

SERMONARIO
MEXICANO

2

BX890

B3

v. 2

• 008526



1080015569

EX LIBRIS

HEMETHERI VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



SERMONARIO MEXICANO

MISTERIOS DE JESUCRISTO

TOMO II

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



SERMONARIO
MEXICANO

COLECCION DE SERMONES

PANEGRICOS, DOGMATICOS Y MORALES,
ESCRITOS POR LOS ORADORES MEXICANOS MAS NOTABLES,
ORDENADOS POR UN ECLESIASTICO
DE LA MITRA DE PUEBLA,
COLECCIONADOS Y PUBLICADOS

POR

Narciso Bassols.

TOMO II.



*Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Urbana y Toluca

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO

IMPRENTA DE ANGEL BASSOLS HERMANOS, CALLE DE MEXICO NUM. 22.

1890.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA

BX890

B3

v2



Capilla Alameda
Universidad Autónoma de Morelia



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

SERMON
SOBRE LA SANTA CRUZ

CONSIDERADA
COMO LA INSIGNIA Y SEÑAL DEL CRISTIANO
PREDICADO
EN LA CATEDRAL DE MORELIA

POR EL
ILLMO. SR. DR. D. CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA

*Mihi absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi.
Lejos de mí el gloriarme, sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.*

S. Pablo á los Gálatas, Cap. VI, v. 14.

Quando la fama, hermanos míos, había ya conducido á muy prodigiosas distancias el nombre de aquel esclarecido apóstol á quien Dios había suscitado muy especialmente para la conversión de los gentiles; cuando la presencia de Pablo ponía la celosa envidia en el ánimo de los judíos, y las mas terribles alarmas en el corazón de los infieles, porque aquella presencia trala consigo la representación tácita de la victoria; el Apóstol entró en cierta especie de inquietud á la vista de su misma celebridad, se estremeció de su propia nombradía, y hubo menester de apoyarse fuertemente en la Cruz del Salvador, para mirar con quietud, sin recelo y sin alarma su propia gloria.

008626

“Lejos de mí, decía, el gloriarme en otra cosa que en la Cruz de Jesucristo.—Dios me ha enviado, escribía también á los fieles de Corinto, á predicar el Evangelio, sin valerme para esto de la elocuencia de palabras, á fin de que no se haga inútil la Cruz de Jesucristo.” (1) El Santo Apóstol, hermanos míos, no quería dar un solo paso sino llevando la Cruz delante de sí, ni pronunciar una palabra sola, sino á fin de que en ella y por ella fuese bendecida, y honrada, y glorificada esta señal sublime de nuestra redención: porque “la palabra de la Cruz que aparece como una necesidad á los ojos de quienes se pierden, viene á ser para los que se salvan, continuaba diciendo, es decir, para nosotros, el poder y la sabiduría “de Dios.” (2) He aquí la razón por qué el Apóstol no quería gloriarse en otra cosa, y por qué cada uno de nosotros, á ejemplo suyo, debemos decir continuamente con la palabra y con las obras: “Lejos de mí el gloriarme sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.” *Mihi absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi.*

Pero ¿cuál será, decidme, la causa ó el secreto principio de esta consagración tan absoluta del Apóstol al sagrado madero de la Cruz? La misma, hermanos míos, que tiene el soldado invencible inspirado por el honor y por la gloria, para rendir los homenajes mas grandes y mas dignos á las banderas que le conducen al combate y á la victoria. Soldados de Jesucristo, la Cruz es nuestra señal y nuestra bandera, y en ella honramos y damos gloria á ese Rey Supremo, que muriendo sobre la Cruz, triunfo de la muerte, salvó la humanidad y encadenó al pie de este signo sagrado á todos los enemigos de su reino.

¿Qué asunto, pues, mas importante, hermanos míos, pudiera yo elegir para vuestra propia edificación, que el llamar vuestro entendimiento y vuestra voluntad hacia la contemplación y culto de este signo misterioso? Como que él es vuestra enseñanza, vuestra guía y vuestro apoyo, tiene

(1) Epiat. I á los Corint., esp. I, v. 17.

(2) Cap. I, v. 18.

relaciones íntimas y esenciales con vuestro pensamiento, vuestra voluntad y vuestra conducta. Descubrir y fijar estas relaciones; he aquí la obligación que hoy me impone mi santo ministerio: pensar, sentir y obrar según ellas; he aquí los preciosos frutos que debéis rendir vosotros á la palabra divina. Para lo primero, necesitáis instrucciones; para lo segundo, vuestra voluntad exige sentimientos; para lo tercero, vuestra conducta ha menester de reglas. Es mi ánimo por lo mismo proveeros hoy competentemente de todo, considerando la Santa Cruz: primero, en las instrucciones que contiene; segundo, en los sentimientos que inspira; tercero y último, en la conducta que prescribe.

PRIMERA PARTE.

Considerada la Cruz en sí misma, fué antes de Jesucristo un instrumento de que se servían las autoridades para dar muerte á los malhechores, fué una especie de patíbulo ó suplicio. Con este mismo carácter le emplearon los judíos cuando ya resolvieron el dar muerte á Nuestro Redentor, y por esto los dos ladrones que juntamente con su Divina Magestad fueron ajusticiados, murieron también cada uno de ellos en su respectiva cruz. Pero desde el instante mismo en que el sagrado cuerpo de Nuestro Señor fué clavado en ella, cambió, señores, enteramente su significado y su destino, pasando á ser trono en vez de cadalso, fuerza en vez de debilidad, luz en lugar de tinieblas, honor

en lugar de infamia, bandera de triunfo en lugar de signo de muerte, objeto anhelado por todos en lugar de signo afrentoso de que todos huían, monumento de una regeneración sublime, égida poderosa de la virtud, terror de sus enemigos y precursora de la inmortalidad. ¿Y todo esto por qué, hermanos míos? *Porque es figura de Jesucristo crucificado, por quien fuimos redimidos en ella.*

¡Ah! mi alma se siente profundamente conmovida, cuando retrocediendo con su meditación hasta el triste y glorioso día en que comenzó á tener una historia de resurrección y de vida este instrumento de muerte, se detiene allí á contemplar la Cruz, y desde allí parte considerándola en su vasta carrera, y acompañándola hasta el presente día. *Cuando yo hubiere sido exaltado de la tierra,* decía Jesucristo, *lo he de atraer todo hacia mí* (1). Dijo, murió en la Cruz; y ¿qué visteis desde entonces, oh católicos, sino la sorprendente y magnífica puntualidad de esta cita profética? Las generaciones y los siglos parecieron apresurarse con inaudita espontaneidad á obedecer este precepto soberano. Un soldado que estaba allí presente exclamó, á la vista de Jesucristo muerto: "No hay duda, este era hijo de Dios (2)." Esperad un tanto, y ya veréis cómo el eco del Centurion, semejante al trueno que se difunde por las alturas, y parece multiplicarse al chocar con las esferas que giran por el espacio, para volver á herirnos con el eco de los mundos, muy pronto se reprodujo en el corazón de los pueblos, para dar á la Cruz del Salvador el testimonio mas brillante de su poder. Apenas los apóstoles empiezan á pasear, digámoslo así, la sagrada insignia del Calvario, y ya los pueblos caen á sus pies. Alármense los príncipes, como estaba escrito, (3) y en odio del Crucificado se reúnen todos para estirpar hasta sus últimas memorias. Fuego y sangre decretan contra la nueva familia; por tres siglos tuvieron levantado

(1) S. Juan, cap. XII, v. 32.

(2) S. Mat., cap. XXVII, v. 54.

(3) Salm. II, v. II.

su brazo sacrilego; á millares perecen las víctimas; pero esta sangre preciosa, vertida en defensa de la Cruz, burbujaba mas y mas, como tambien estaba escrito (1), el furor de los magnates, porque "la sangre de los mártires, dice un padre de la Iglesia, se convertia en una semilla de cristianos." La saña de los perseguidores no deponía su furor; pero la Cruz parecia multiplicar, como las estrellas del cielo, los adoradores en espíritu y en verdad; y despues de haber rendido á los pueblos, rindió á los reyes, viniendo á encontrar su trono en la corona de Constantino. ¿Y todo esto por qué, hermanos míos? *Porque es figura de Cristo crucificado, por quien fuimos redimidos en ella.*

Desde entónces todo fué para la Cruz una carrera de victorias: no pasaba un año sin que le dejase un ilustre trofeo; no pasaba un siglo sin que la colocara en las páginas de la historia, como el origen de nuevas conquistas. Arruinanse los templos del paganismo, levántanse aquí y allá soberbias basílicas en honor de Jesucristo á expensas de los potentados del mundo, y estos nobles santuarios elevan prodigiosamente sus cúpulas para encumbrar hasta las primeras alturas el signo sublime de nuestra redención. Desenvuélvese rápidamente la civilización de los pueblos, llevando siempre delante de sí la sagrada señal, poniéndola igualmente en los palacios y en las chozas, en las escuelas del genio, en los talleres de las artes y sobre esos aparatos magníficos, que surcando los mares, estrechan las naciones, esparciéndola por las aldeas, colocándola en los caminos y asentándola sobre las altas montañas. La Cruz vino á ser el signo de la civilización, y para encontrar los asilos de la barbarie, bastaba descubrir algunas regiones donde no estuviere puesta una Cruz. La Cruz iba delante de los ejércitos innumerables, volvía exaltada entre los conciertos de la victoria, venia formando la divisa de honor, y cuenta ya muchos siglos de ser la mas insigne y gloriosa recompensa, y el mas estimable obsequio en los Estados mas cultos de la Europa: ha sido exal-

(1) Salm. II, v. 1.

tada por el genio de las artes, y ha llevado las primicias en la voz de los poetas. Y todo esto ¿por qué, hermanos míos? *Porque es figura de Cristo crucificado, por quien fuimos redimidos en ella.*

¡Qué mucho, sacro y augusto madero, que la Iglesia te encumbre en sus cánticos hasta la altura de la gloria, cuando tienes el rango de la nobleza entre todos los árboles, cuando has merecido que de ti penda el precio del mundo, con la Gran Victoria, cuando ungida por último, con la divina sangre del Cordero, has venido á ser la arca y el puerto para el mando todo que iba á naufragar! (1) Estas son, católicos, las primeras instrucciones que nos da con sola su presencia y sus recuerdos la Cruz del Salvador. ¡Cuán grande es nuestra dicha, de que sea ella nuestra señal, nuestro apoyo y nuestra esperanza! Cuán alta parece á mis ojos nuestra nobleza, cuando veo que á tanto se ha extendido la munificencia del Señor, que nos ha permitido y aun mandado por su Iglesia, formarla con dos de nuestros dedos, para que esté siempre pendiente de nuestra voluntad, y nos acuda con el socorro en las mas grandes necesidades y los peligros mas terribles de la vida! Pero al mismo tiempo, católicos, ¡cuán esmerada y exquisita, cuán reverente y atenta debe ser vuestra solicitud al formar con vuestros dedos, llevar á vuestra frente, traer á vuestros labios, y conducir hasta vuestros pechos este sagrado signo! Cuando extendiendo vuestras manos y haciéndolas pasar primero desde la frente hasta la cintura, y desde el hombro izquierdo hasta el derecho, para encerrar en una grande cruz las tres pequeñas de que scabo de hablaros, ¿quién de vosotros, decidme, podrá ya en adelante mantenerse frío é indiferente, si al formar esas tres pequeñas cruces, que es lo que quiere decir *per-signarse*, ó la Cruz mas grande, lo que damos á entender con la palabra *santi-passare*, considera detenida y atentamente la magnífica representación del signo, y las innumerables gracias y bienes infinitos unidos á su empleo?

(1) Véase el himno. *Vozilla regia.*

Pero si esto no basta, atended aún, pues voy á haceros nuevas revelaciones: voy á manifestaros la intencion que debéis tener en el uso de la Cruz, haciéndoos ver los bienes que pedís y los misterios que profesáis.

Todas las necesidades que pueden referirse á nuestra vida moral están cubiertas con el uso que hacemos de la Santa Cruz, como vais á verlo. Al formar la primera cruz sobre nuestra frente, decimos estas palabras. *Por la señal de la Santa Cruz:* al formarnos la segunda sobre nuestros labios, decimos estas otras, *de nuestros enemigos:* al formar la tercera sobre nuestros pechos, pronunciamos estas otras: *libranos Señor, Dios nuestro:* y al formar la cruz mayor, con que nos santiguamos, invocamos á toda la Trinidad Augusta, pues poniendo nuestra mano derecha sobre la frente, decimos: *En el nombre del Padre,* poniéndola sobre la cintura, decimos: *y del Hijo,* y trayéndola del hombro izquierdo al derecho, decimos: *y del Espíritu Santo.*

Ahora bien, hermanos míos, despues de haberos asegurado mediante el uso de la cruz con el poder de la divinidad y con el de la humanidad santa de Nuestro Señor Jesucristo, ¿qué podríamos temer? Cerradas quedan para todos nuestros enemigos las avenidas todas de nuestra alma. Bien sabéis que á ésta no pueden entrar aquellos sino por una de tres puertas, digámoslo así, ó por la puerta del pensamiento, ó por la puerta de la palabra, ó por la puerta de la accion. La alma es una, simple, indivisible; pero su comercio con el mundo exterior se abre por los sentidos, como el de un Estado por sus respectivos puertos. Mientras vive en este mundo, se afecta y obra por los sentidos; mientras vive en este mundo, pelea con sus adversarios; mientras vive, pues, en este mundo debe estar siempre vigilante sobre sus sentidos, para no ser invadida por esa multitud inmensa de contrarios que de continuo la asaltan, turbán y persiguen. ¿Y cual será el arma poderosa á que haya de recurrir, para luchar con ellos continuamente sin ser nunca derrotada? La Santa Cruz. Pues qué, *la Cruz tiene virtud para libranos de*

ellos? No lo dudéis, católicos, tiene virtud y muy grande, pues desde que Jesucristo murió en la Cruz todos vivimos en ella, nadie vive sino por ella; y al contrario muere infaliblemente el que no cuenta con ella: porque, lo digo y lo repetiré mil veces, con ella y solo con ella podremos infaliblemente triunfar de nuestros enemigos. ¿Por qué? *Porque la Cruz tiene virtud para librarnos de nuestros enemigos. ¿Por qué? Por habernos vencido Jesucristo nuestro Señor con su muerte en ella.*

Conocéis pues, hermanos míos, las necesidades de vuestra alma, reducidas á una fuerza competente para triunfar de nuestros enemigos; conocéis la virtud omnimoda y suprema de la Cruz; sabéis que el pensamiento, la palabra y la acción reasumen todos los objetos del combate; sabéis que en estas tres líneas el alma está afectada y obra por los sentidos: sabed ahora que en los sentidos están íntegramente representados en tres objetos; que en el frente se representa el pensamiento, en los labios la palabra, y en el pecho las acciones. Sellad, pues, esas tres puertas representativas, y tendréis bien segura, no lo dudéis, la bella Jerusalén de vuestra alma. Nos signamos, pues, en la frente, para que nos libre Dios de los malos pensamientos, nos signamos en los labios, para que nos libre Dios de las malas palabras, y nos signamos en los pechos, para que nos libre Dios de las malas obras. Esta triple libertad nos da la suma del mayor bien que podemos disfrutar en la tierra, el concierto de todo nuestro ser en una buena conducta, la unión y amistad con Dios por medio de la caridad. Refiriéndolo, pues, todo á este único pensamiento, y como queriendo que nuestra naturaleza por el ejercicio de la caridad imite cuanto es dable el concierto de las dos naturalezas en la persona de Jesucristo, concluiremos la grande obra, encerrando en una grande cruz las tres pequeñas cruces, esto es, cubriéndonos con la Encarnación del Divino Verbo, en el momento mismo en que invocamos á la Trinidad Santa; pero esto necesita todavía de cierta explicación que voy á haceros desde luego; pues

que ya es tiempo de hablar de los profundos misterios que en sí contiene y encierra esta aplicación continua de la Cruz.

“Cuando nos adornamos con esta santa insignia, *signándonos y santiguándonos*, confesamos seis principales misterios de nuestra santa fe, que son: *El de la Santísima Trinidad* en las tres cruces que hacemos en la frente, boca y pecho para *signarnos*, y en la cruz que hacemos para *santiguarnos*, diciendo al mismo tiempo en el nombre (lo cual manifiesta la bondad de Dios) *del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*, que es la Trinidad de Personas. Por eso la cruz que hacemos cuando nos *santiguamos*, abraza todas las tres con que nos *signamos* ó *persiguamos*: porque siendo una sola la Divina Esencia, comprende en sí tres distintas Personas: *El de la Encarnación*, en el hecho mismo que confesamos al Hombre Dios muerto en una Cruz por nuestra salvación eterna. *El de la Pasión* en la acción de hacer la cruz, porque en ella murió el Hijo de Dios, y es figura expresa de Cristo crucificado. *El de la Redención* en la misma cruz que formamos, pues este Hijo que bajó de lo alto del cielo á hacerse hombre en el purísimo vientre de María Santísima, muriendo en la Cruz, nos redimió del pecado. *Y el de la Resurrección* en llevar la mano desde el hombro izquierdo al derecho, pues denota que fuimos trasladados del estado de la culpa, significado en el hombro izquierdo, al feliz estado de la gracia, figurado en el derecho; concediéndonos el Señor facultad para que pasemos desde el lado de los malos al de los buenos.” (1)

La última instrucción que me propongo daros, mira, hermanos míos, á los efectos que produce en nosotros el uso frecuente de la Cruz. Ellos pueden inferirse de todo lo que llevamos dicho; pero para mayor claridad os diré que son cinco los mas principales: alistamos bajo las banderas de Jesucristo, defendernos de las tentaciones del demonio y tambien del mundo y de la carne, ahuyentar los

(1) Catecismo de Astete y Ripalda.

espíritus malignos, distinguirnos de las naciones infieles y hacer una confesion eterna y constante de nuestra fe.

Pero estas instrucciones santas nunca dejarán de ser efectivas, católicas, si á lo que el entendimiento concibe no está continuamente unido lo que siente el corazon. No basta, pues, hablaros de las instrucciones que encierra este gran misterio de la Cruz; porque el es práctico, profundo, santificante, ilustra al mismo tiempo que inflama, mueve al mismo tiempo que enseña.

SEGUNDA PARTE.

Imaginad, hermanos míos, todo el poder que tendrá sobre el corazon un signo que al mismo tiempo habla á la memoria con recuerdos inmensos, al entendimiento con verdades sublimes y á la voluntad con afectos inexplicables. Colocada entre los cielos y la tierra, la Cruz expresa esa alianza magnífica producida por una caridad infinita mediante la redencion. Dividiendo, por explicarme así, en el orden de los tiempos las dos mas grandes épocas del mundo, abarca con sus brazos extendidos todos los acontecimientos humanos, reasume los dos Testamentos del Señor, une á los Profetas con los Evangelistas, á los Patriarcas con los Apóstoles, á la Jerusalem antigua con la Iglesia nueva. Los muros del viejo templo se despedazan, alzanse las soberbias basílicas que denuncian al orbe el reinado del Redentor, y el Redentor del mundo se presenta, entre los éxtasis de los ángeles y las adora-

ciones de los hombres, no ya como un delinente que espira en el patíbulo, sino como el Rey eterno que domina desde el sacro madero: *Regnavit a ligno Deus.*

Podéis considerar esta señal sacramental: 1.º, relativamente á Jesucristo que la divinizó; 2.º, relativamente á vosotros á quienes os purifica y al mismo tiempo sostiene; 3.º, relativamente al mundo que no vive para la felicidad, sino precisamente por la Cruz; y esta triple consideracion, hermanos míos, abre tres espaciosos senderos al indefinido curso de vuestros sentimientos cristianos, dando al corazon por morada la ciudad santa del amor divino, aun durante su mansion en la tierra.

Considerada bajo el primero de estos aspectos la Santa Cruz, nos engolfa todos en un piélago de amor; porque es figura de Jesucristo crucificado por quien fuimos redimidos en ella. En efecto, hermanos míos, la Santa Cruz, es el soberano resumen de la pasion del Señor. Nos es imposible verla sin trasladarnos al Calvario, sin andar con los recuerdos y un corazon reconocido las calles de Jerusalem por donde la llevó sobre sus hombros el mismo Jesucristo. Ah! creemos asistir al espectáculo sangriento, creemos escuchar aquellas palabras de salud y de amor que salieron de los labios de la victima, presenciar el insolente clamoreo de las turbas que se rebelaban contra su Salvador divino, contrastando con la paciencia sublime del Hombre Dios presto á morir; escuchamos aquella voz que hiende los cielos para desarmar la cólera del Padre en favor de un pueblo ciego de furor; sentimos el tránsito á la inmortalidad otorgado espontáneamente á la suplicante voz de un hombre arrepentido: nuestro espíritu se rinde á la admiracion al escuchar la consumacion de la grande obra, y nuestros ojos se arrasan de lágrimas al ver entregado al Padre el espíritu de Aquel que es desde la eternidad, que se hizo hombre para poder morir por nosotros, y que muriendo, como canta la Iglesia, destruyó nuestra muerte para reparar luego nuestra vida con su resurreccion gloriosa: *Qui mortem nostram morien-*

do destrucit, et vitam resurgendo reparavit. He aquí, hermanos míos, el primer orden de sentimientos que nos inspira el misterio de la Cruz, este misterio que incorpora nuestras lágrimas en el reino de los cielos, santificando la tribulación, elevando el dolor al rango de la felicidad, y haciéndonos despreciar la muerte ante la imagen siempre viva de un reino que no acabará jamás, para el cual hemos sido criados, y en el cual viviremos por los méritos de Jesucristo Nuestro Señor que le ha comunicado un valor infinito con su muerte en ella.

Considerada la Cruz relativamente á nosotros que somos cristianos, se nos presenta naturalmente como la compañera inseparable de toda nuestra vida: durmió con nosotros el sueño de la infancia; entrará con nosotros en la carrera del sepulcro. Este signo sagrado fué el dulce objeto de las primeras conversaciones que tuvimos con los autores de nuestros días; nuestra madre nos persignaba en la cuna, y parecía imprimirnos ese carácter de la educación religiosa que suele salvar al hombre en la borrasca de las pasiones. La Cruz se nos representaba siempre en el hogar doméstico; nos tenia pendientes de las alturas de nuestros templos; se nos hacía presente en todas partes, en las ciudades lo mismo que en las aldeas; y no la hemos perdido de vista en todo el curso de nuestra vida, sino solo en aquellos momentos desgraciados en que nos hallamos fuera de nosotros. La Cruz viene á consolarnos en medio de los trabajos, subrogándose en lugar de ellos, y haciéndonos socios de Jesucristo en su pasión; ¿Qué más os libre? Nada, sino solo producir en vosotros un recuerdo, el de aquellos sentimientos inexplicables que experimentais á la vista de un Crucifijo, en el silencio de las pasiones, en la soledad de la conciencia, cuando os encontráis solos con vuestra iniquidad, vuestra esperanza y vuestra religión, sorprendidos por el desengaño y vencidos ante Dios por el arrepentimiento. La Cruz entonces os consuela, os exhorta, os fortalece, os habla un idioma que no se parece á ninguna lengua, un idioma

que excede á todos los libros, un idioma que encadena las pasiones y vence el corazón para el cielo. Nace de aquí un segundo orden de sentimientos: la resignación, la confianza, y sobre todo el amor á la Cruz. Nada tienen ya de áspero é insoportable los deberes y los trabajos, y basta al hombre sentir como debe, para experimentar los efectos magníficos de la convicción sobre la verdad con que Jesucristo dejó dicho: *Mi yugo es suave, y mi carga ligera.* (1)

Considerada la Cruz relativamente al gran cuerpo de los pueblos y á los destinos de todo el género humano, ella está sobre la portada de la historia, para recibir todos los tributos de admiración, de reconocimiento y de sumisión. A ella nos convertimos cuando á la vista de esta inmensa transformación que ha sufrido todo el universo moral, andamos en busca de la causa ó gran principio del nuevo reino de Jesucristo. ¿Queréis, hermanos míos, saber el *porqué* de esas verdades celestiales difundidas por todos los pueblos, constantemente profesadas por todas las generaciones? Preguntadlo á la Cruz. ¿Queréis que os conduzca por el sendero de todas las tradiciones hasta el nacimiento de todas esas virtudes que forman el tesoro de la Iglesia santa y la suprema gloria del mundo católico? Yo os conduciré á la montaña donde la Cruz se inauguró como trono del nuevo Rey, pasando de la infamia de un patíbulo á la gloria de un instrumento de vida, de un puerto de salvación. ¿Por qué esos establecimientos innumerables consagrados al ejercicio de la abnegación cristiana? Por la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Por qué esos asilos que tiene abiertos la caridad á la infancia abandonada, á la vejez impotente, á la humanidad herida por el dolor, á todos los que padecen, á todos los que lloran? Por la Cruz de Jesucristo. En fin, hermanos míos, donde veáis enguada una lágrima, encontraréis una Cruz; donde veáis curadas las heridas del cuerpo y las todavía más terribles heridas del

(1) *Math. cap. XI, v. 30.*

alma, encontraréis la Cruz: donde veais crecer, desarrollarse y llegar á su perfeccion las insignes virtudes, encontraréis la Cruz: donde admiréis el heroismo cristiano, encontraréis la Cruz: así comprenderéis cómo la santa Cruz no sólo encierra instrucciones profundas y verdades divinas para el entendimiento, sino que comprende también el manantial inagotable de las mas altas virtudes, de los afectos mas puros, de los sentimientos más elevados para el corazón. ¿Cuál debe ser, pues, vuestra conducta, hermanos míos, para con esta insignia divina? ¿cuán grande vuestra solícitud sobre los deberes sublimes que os impone? Hé aquí lo que tenia reservado para cerrar esta santa instrucción acerca de la insignia y señal del cristiano.

TERCERA PARTE.

Los deberes que nacen, hermanos míos, de las relaciones que tenemos con la Santa Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, siguen la misma razón del uso que hacemos de este signo sagrado. Nos signamos en la frente, nos signamos en los labios, nos signamos en el pecho, nos santiguamos en fin; y todo esto precisamente porque tenemos obligaciones que llenar para con esta Cruz adorable en el orden de nuestra razón, en el orden de nuestra voluntad, en todo el sistema de nuestra vida exterior.

San Pablo decía frecuentemente: *yo no quiero saber mas*

que á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado. (1) ¡Sublime lección que nos dá el Apóstol de las gentes, para santificar con la Cruz nuestra inteligencia y nuestro saber. Los gentiles condenaban la Cruz como una locura; los cristianos debemos reconocerla como la sabiduría de Dios. Esto quiere decir, que debemos sellar con la Cruz nuestro entendimiento, ó lo que es lo mismo, sujetar nuestra razón á la fe, nuestro saber al consejo del Espíritu de Dios, nuestros pensamientos á la humildad. Esto nos manifiesta que debemos alistarnos bajo la bandera de los sencillos y pequeños, para que se nos comuniquen los profundos y sublimes dogmas, las radiantes y divinas luces, que no quiere conceder el Señor á los grandes, á los prudentes y sabios segun el mundo. Esto quiere decir, que todos los fieles tienen obligación de sellar con la Cruz todos los atributos y todas las producciones del talento y de la razón.

¿Qué no podría decirnos, hermanos míos, si descendiendo á la region de los sentimientos mas íntimos, al asilo impenetrable donde se recogen las emociones mas vivas del corazón, intentara descubrir el tabernáculo que debéis levantar á este signo sagrado? Ah! poco tendré que añadir á lo que no ha mucho acabo de exponeros, y cuando sabéis muy bien, que un verdadero cristiano tiene siempre la Cruz en su corazón. “*Estáis ya muertos*, decía San Pablo, *y vuestra vida está escondida con Jesucristo en Dios.*” (2) ¡Sublime pensamiento, católicos, alta y profunda revelación, que solo comprenden las almas verdaderamente consagradas á la Cruz! Pero, ¿de qué manera hemos de llenar este deber? Primero, amando los padecimientos interiores; segundo, rehusándonos á los placeres delincuentes; tercero, produciendo en nosotros sentimientos verdaderos de una conveniente abnegación. En el curso de estas instrucciones catequísticas se me presentarán varias oportunidades para exprayar más estas

(1) Epíst. I, ad Cor. cap. II, v. 2.

(2) Ad Colos. cap. III, v. 3.

ideas. Pasemos al orden exterior, que es el principal objeto de esta plática.

¿Por qué nos signamos tantas veces? pregunta nuestro manual catecismo; y responde: *porque en todo lugar nos combaten y persiguen nuestros enemigos.* Si en todo lugar nos combaten y persiguen nuestros enemigos, visto es, católicos, que andamos la carrera de la vida en medio de una deshecha tempestad, y no hay para qué maravillarnos de que diga el Apóstol San Pablo, que la existencia humana es una contienda no interrumpida, es un combate que no ha de acabar sino hasta el sepulcro, es una arena que nos recibe desde el nacer, para que ejercitemos en ella, como atletas de Jesucristo, las fuerzas de la naturaleza y de la gracia en la empeñada y peligrosa lucha con el demonio, con el mundo y con la carne. Lucha empeñada, sí, porque no ha de ser coronado, dice el mismo Apóstol, sino el que haya sostenido bien los combates del Señor, no sentirá su rostro inundado con el esplendor de la gloria, sino solo aquel que haya salido victorioso en la noble contienda. *Non coronatum, nisi legitime certaverit.* (1)

¿Qué hacer, pues, para conquistar ese bien supremo al través de tantos obstáculos? ¿cómo lisonjearse de la victoria en medio de tantos y tan enconados enemigos, y cuando el mas temible de todos ellos es nuestro propio corazón? ¿Cómo? Con el uso constante de la Cruz. Apoderaos de la Santa Cruz, y todo es hecho: tomad esta égida, y seréis inexpugnables: persiguo continuamente en vuestros pensamientos, en vuestras palabras y en vuestras obras, y la gloria será vuestra. Quien está bajo la protección de la Cruz, tiene á Dios de su parte. En este caso, hermanos míos, os preguntaré con San Pablo: "Si Dios está por nosotros, ¿quién ha de estar contra nosotros? Si Dios nos justifica, ¿quién habrá de condenarnos?" (2) Tened presente de continuo, que la Cruz y solo la Cruz

(1) II ad Tim. cap. II, v. 5.

(2) Rom. cap. VIII, v. 31 et 34.

contiene y encierra toda la luz, todas las armas, toda la fuerza, todo el poder necesario para que triunfemos de nuestros enemigos. *¿Por qué? por haberlos vencido Jesucristo Nuestro Señor con su muerte en ella.*

Mas no porque os he hablado con tal estrechez de esta necesidad continua de la Cruz, debéis figuraros que os propongo un ejercicio no interrumpido. No; ¡ojalá pudiéramos estar siempre tributando nuestros homenajes á este sagrado madero! ¡ojalá no pasara un instante solo, sin que estuviésemos actualmente abrazados de la Cruz! Pero en la vida humana todo se halla perfectamente combinado así en el orden de la naturaleza como en el orden de la gracia, y si yo debo aplaudir la devoción en la escala de la vida mística, debo tambien ser muy discreto y sobrio cuando hablo del deber. Fijo en esta idea, me limito á indicaros la ocasion, el caso y las circunstancias en que debéis apelar á este recurso.

¿Cuándo es bien usar de la señal de la Cruz? pregunta nuestro manual catecismo; y responde: *siempre que comenzáremos alguna buena obra, ó nos viéramos en algun peligro, particularmente en sintiendo alguna tentacion ó mal pensamiento.*

Esta respuesta de nuestro manual catecismo, hermanos míos, encierra grandes y profundas instrucciones. Si bien la meditaís, descubriréis en ella todo el secreto de la vida cristiana. Ya sabéis que en la Cruz está representado Jesucristo con todo su poder; que cubriéndonos con la Cruz, nos cubrimos con el mismo Jesucristo; que portando la Cruz, portamos al mismo Jesucristo; que caminando con la Cruz, caminamos con el mismo Jesucristo; que viviendo con la Cruz, vivimos con el mismo Jesucristo; y que inuriendo en la Cruz, morimos en Jesucristo. El uso, pues, de esta sagrada señal, cuando se verifica en espíritu y en verdad, es el ejercicio práctico de nuestra fe en Jesucristo; y el ejercicio práctico de esta fe nunca dejará de ser en cada uno de los que viven en Jesucristo una señal infalible de esa especie de omnipotencia cris-

fiana que conquista todos los bienes y aleja de sí todos los males.

¿Qué se infiere de aquí? Que haciendo cada uno de los que vivimos su carrera para el último fin, por entre el bien que nos brinda con la felicidad y el mal que tiende á precipitarnos en la eterna desgracia, nada es tan conveniente y necesario como poner la Cruz de Jesucristo al frente de este bien y al frente de este mal: porque habéis de saber, hermanos míos, que á la vista de este madero sagrado, descienden sobre nosotros para inundarnos, todas las gracias que nos hacen santos y felices, y huyen medrosos hasta el abismo todos los enemigos de nuestras almas, enemigos terribles pero impotentes contra la Cruz; enemigos tenaces, pero que desaparecen ante la Cruz: enemigos de que la Cruz nos libra completamente, *por habernos vencido Jesucristo, Nuestro Señor con su muerte en ella.* He aquí por qué tenemos necesidad suma de la Cruz con tanta frecuencia, y muy principalmente debemos usar de ella: primero, *siempre que comenzáremos alguna buena obra;* segundo, *cuando nos viéremos en algun peligro,* principalmente cuando somos acometidos por las tentaciones, ó solicitados al mal por el pensamiento.

Pero qué, ¿basta para conseguir unos bienes tan preciosos, para salir triunfantes de los mas terribles encuentros, hacer sobre nosotros la señal de la cruz? ¡Ah hermanos míos! si así fuera, no sería tan rara la virtud ni tan común el mal sobre la tierra! Apenas hay cristiano que no acostumbre signarse y santiguarse; y sin embargo, son pocos, poquísimos los que pueden con su experiencia misma dar un testimonio al poder sublime de la Cruz. ¿De dónde proviene esta desgracia, hermanos míos? De que usando de este sagrado signo, estamos de ordinario muy lejos del espíritu con que debemos hacerlo, ni tenemos la exactitud y eficacia debidas, ni ponemos la atención correspondiente, ni menos procuramos unirnos con la Santa Iglesia y Jesucristo vida nuestra en la intención con que se debe emplear este divino escudo

por todos los cristianos: en suma, porque ó no procuramos adquirir las instrucciones que encierra, ó teniéndolas, apartamos el corazón de los sentimientos que inspira; ó aun poseídos algunas veces de tan elevados y dignos sentimientos, nos limitamos á ellos, esterilizándonos en nuestra conducta, por no llenar cumplidamente los deberes que nos impone el Evangelio respecto de la Cruz.

¿Qué resta, pues, hermanos míos? No resta ya, sino que atentos á todo con aquella empeñosa vigilancia que nos mandó tener Jesucristo Señor Nuestro y nos predicaron los apóstoles, principalmente San Pedro y San Pablo, os apliqueis á comprender la Cruz, á amar la Cruz, á usar frecuente y dignamente de la Cruz, conservando las instrucciones que encierra, entrando en los sentimientos que inspira, y observando con inviolable fidelidad la conducta que propone. Dichosos mil veces vosotros si correspondiendo á la gracia que os invita, os previene, os ilustra y os conforta, encerrais en vuestra alma, como un preciosísimo tesoro, estas instrucciones, estos sentimientos y estas máximas que os he dado acerca de la Cruz. Con las primeras adquiriréis aquella sabiduría sublime á que aspiraba solamente el grande Apóstol, que no quería saber mas que á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado; con los segundos sentiréis brotar en vuestro corazón esa fecundidad prodigiosa que derrama tantos encantos sobre las santas humillaciones y los santos padecimientos que acrisolan á los justos; y con las terceras llegaréis á ser los señores de vosotros mismos, saliendo siempre victoriosos en los terribles embates en que á cada paso os hallaréis contra el demonio, contra el mundo y la carne: es decir, católicos, que seréis sabios, seréis virtuosos y eternamente bienaventurados.

Sea así: llegue ese día perdurable, ese día siempre claro, ese día sin noche en que recojais el fruto precioso de estas luces, de estos sentimientos y virtudes, conociendo, amando y poseyendo á Jesucristo con el Padre y el Espíritu Santo por toda la eternidad.—AMEN.

SERMON PREDICADO

POR EL

Exmo. Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos

ALBORNIZO DE MEXICO

EL DIA 2 DE FEBRERO DE 1868

EN LA SOLEMNISIMA FUNCION
QUE LA HERMANDAD DE LA QUINCA ANGUSTIA
CELEBRA ANUALMENTE EN SEVILLA

EN HONOR DE LA SANTA CRUZ

Mihi autem absit gloriari, nisi in Cruce Domini Nostri Jesu Christi.

Ad Galatas c. 6. v. 14.

Mas nunca Dios permita que yo me glorie sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

S. Pablo á los Galatas, cap. 6, v. 14.

SERENISIMA SEÑORA: (I)

Cuando aquel hombre misterioso y milagrosamente suscitado de entre los mas entusiastas perseguidores de la Cruz, para llevarla en persona como enseña, como doctrina, código y galardón, por las vastas regiones del gentilismo, ya transformado en apóstol, recorria los pueblos desempeñando la mision de salud que le habia confiado

(1) Doña María Luisa Fernanda de Borbon, infanta de España, estaba presente.

Jesucristo; cuando Pablo, sirviéndose de sus epístolas difundia la luz de una doctrina celestial y el fuego de un amor divino, y la fuerza de una virtud omnipotente por aquellas Iglesias plantadas con su celo y cultivadas esmeradamente con la ternura de su corazon, como las pricipias del nuevo reino, pronunció una palabra digna de su inspiración y de su genio, cuya prodigiosa fecundidad, desarrollada incesantemente en la serie de los siglos, es aún hoy dia la fuerza y el poder de nuestros discursos sagrados. Llamando al tribunal de su magisterio todos los atributos de la gloria, cuanto habia ocupado y podia ocupar aún con interés á todos los hombres; la ciencia, el poder, la grandeza, la felicidad, resolvió soberanamente la célebre cuestion con esta sentencia sublime: "Lejos de mí, el gloriarme en otra cosa que en la Cruz de Jesucristo Señor Nuestro." *Mihi autem absit gloriari, nisi in Cruce Domini Nostri Jesu Christi.*

Este divino Maestro, antes de abrir la carrera de su passion, habia prevenido el discurso de sus apóstoles con una misteriosa profecía que aplazaba para un poco mas tarde convertir un patibulo ignominioso en un monumento illustre de poder, de grandeza y de gloria, diciendo: "todo lo he de atraer hácia mí desde el instante mismo en que haya sido levantado de la tierra," es decir, católicos, desde que haya sido clavado en la Cruz. El Apóstol se inspiraba todo con esta idea en los momentos de transmitir aquel concepto á los fieles de Galacia, como un tema que debia, no solo dirigir sus discursos, sino tambien gobernar su conducta en el sistema de las relaciones que los unian entre sí como miembros del cuerpo místico de Jesucristo.

En consecuencia de esto el Apóstol reputaba como indigno de ocupar el pensamiento é interesar el corazon de los verdaderos fieles, todo aquello que no fuese tocado á este madero: porque no reconocia mas luz que la que él despedia, ni mas fuerza que la que él comunicaba, ni mas honra que la que distribuía, ni mas poder que el que aca-

baba de instituir, ni mas gloria por tanto, que la que habia dejado vinculada en él con sus merecimientos infinitos la gran Víctima del Calvario. *Mishi absit, etc.*

Este madero augusto representa, en efecto, católicos, todo el triunfo de Jesucristo sobre los enemigos de su reino. De instrumento de suplicio, quedó trasformado en trono de gloria; y él solo, atravesando con magestad entre la verdad y la virtud el dilatado curso de los siglos, reúne todos los triunfos, preside á todas las glorias, y en su calidad de enseña del nuevo reino, nos dá el derecho y nos impone al mismo tiempo el deber, á cuantos nos hallamos alistados en esta milicia sagrada por el bautismo, de hacer con la profesion de nuestra fe y el sistema de nuestra conducta, un eco fidelísimo á las palabras del Apóstol, diciendo como él á nuestro turno: "Lejos de nosotros el gloriarnos en otra cosa que en la Cruz de Jesucristo. *Mishi absit, etc.*

¿Qué asunto, pues, mas adecuado á la solemnidad presente y mas conforme á vuestra piedad, que el que suministran á una y otra estas palabras de San Pablo? Sin salir de ellas, hermanos míos, podemos admirar en la contemplacion de los mas bellos triunfos las glorias de la Cruz. Identificadas esencialmente con Aquel que murió en ella, son infinitas, y traspasan con mucho los límites de nuestro pensamiento. Pero sin la pretension de abarcar el inmenso conjunto, podemos columbrar un tanto su comprension, fijándonos en ciertos puntos, cada uno de los cuales, representa la accion de lo infinito sobre la humanidad. Si, la accion de lo infinito; porque sin una virtud infinita, el mal hubiera sido incurable, la muerte moral absolutamente infalible, y la condenacion eterna del todo inevitable. La humanidad, que lo tuvo todo para perderse, nada habria podido para salvarse, si Dios no la hubiese restaurado para inmolarla, é inmolado para salvarla. Los grandes triunfos de la Cruz nacen de aquí, siguen fielmente la generacion del mal, reparan todas las pérdidas, y con solo esto conquistan todas las glo-

rias. El orgullo de la ciencia comenzó la obra de destruccion y el apetito sensitivo consumió la ruina. Cada estrago conservó su castigo propio. Quiso el hombre conquistar la ciencia de Dios, y cayó en la mas lastimosa ignorancia: anheló el placer, y sorprendió á su razon encadenada por los sentidos. Entarbiada así la fuente, el mal se propagó á las generaciones, el caos habia envuelto á la inteligencia, la depravacion universal habia sucedido al candor puro de la humanidad inocente; y cuarenta siglos despues, en las visperas del advenimiento del Mesias, el profeta lanza una mirada sobre el mundo y retrocede horrorizado al verle sentado en las tinieblas y en las sombras de la muerte. Hé aquí la obra que el Padre reservaba á su Unigénito muerto en la Cruz: iluminar este nuevo caos, resucitar este inmenso cadáver. Esta luz y esta vida fueron un hecho desde que Jesucristo exhaló el último suspiro; y su Cruz, gran símbolo de sus humillaciones y sus grandezas, de sus tormentos y su poder, de sus combates y sus victorias, quedó á la enseña, veneracion y gozo del pueblo redimido en lugar del mismo Jesucristo; y nosotros con el derecho y la obligacion de referir á ella lo que diríamos del Salvador, y de referir al Salvador lo que digamos de la Cruz.

Voy, pues, hermanos míos, á recorrer con vosotros en esta solemnidad los grandes triunfos de la Cruz representados en la restauracion intelectual, moral y social del género humano.

Mas á fin de que la palabra evangelica produzca sus mas felices efectos en el ministro que la predica y en el auditorio que la escucha, ocurranos todos llenos de fe y de confianza á esa Madre dolorosa crucificada en espiritu con su divino Hijo, y recibiendo al pie de la Cruz aquella daga terrible que le anunció el profeta Simeon considerándola ya desde entonces como socia del mismo Jesucristo en los tormentos de su pasion y corredentora del mundo. ¡Oh Maria! dignate comunicarnos en ocasion tan solemne, como Madre de la divina gracia, la

que necesitamos todos para meditar con provecho los augustos misterios de la Cruz. Así te lo pedimos considerando con Jeremías como un mar de amarguras y saludándote siempre con el ángel llena de gracia.—AVE MARIA.



PRIMERA PARTE.

Si la restauración intelectual del mundo es el primero de los trofeos que engalanan ese madero sagrado, no imaginéis, católicos, que al concepnarlo y demostrarlo así, tenga yo la idea ni de suponer inactiva por espacio de cuatro mil años la razón humana, ni de afirmar que sus incesantes tareas hubieran sido tan inútiles que careciese de todo linaje de conocimientos. No; lejos de mí emplear esa táctica propia de la desconfianza, porque la verdad católica no ha menester para sus triunfos de empobrecer con supuestas hipótesis el campo enemigo. Bien sabéis que la antigüedad gentilica poseía filósofos, legisladores, oradores y poetas, y que las obras maestras de estos últimos son todavía objetos dominantes en la escena del buen gusto. Sin embargo, á pesar de todas aquellas luces, de aquellos portentosos esfuerzos de investigación, de aquellos legisladores y de aquellos moralistas, el Profeta no exageraba cuando mostró al mundo todo ciego y todo corrompido; ni el Evangelista, cuando refiriéndose al Verbo encarnado, le presenta como la luz que resplandeció en medio de las tinieblas.

Profundamente penetrado de estas ideas, conoecedor y desengañado como el que mas, del poco valor y menor utilidad de la sabiduría humana, Pablo, despues de haber estado en el Areópago, la relegó al desprecio, diciendo con una énfasis sublime: yo no quiero saber mas que á Jesucristo y á Jesucristo crucificado. Sentencia de profundísimo sentido y práctica sinópsis de la inmensa revolución hecha por la Cruz en los vastos dominios de la inteligencia. Si, católicos, el hombre pensaba, pero pensaba mal: el hombre sabia, pero sabia poco y lo sabia mal; el hombre habia adquirido algunos conocimientos, pero precarios y estériles. El gran *desideratum* de la inteligencia estaba todo en pié; pues bien, considerada la necesidad intelectual del mundo, lo poco que habia, por su carácter, su confusion, su inseguridad, su limitación y su excentricidad del cielo, podia compararse con la nada. Todo estaba por enseñar, todo por aprender; y esto es lo que hizo por completo la escuela de la Cruz. Saberlo todo, cuanto exige nuestro destino inmortal; saberlo con la seguridad que comunica lo infalible; saberlo sin mezcla de errores y de absurdos; saberlo en el orden mas perfecto; saberlo de una manera práctica y con provecho, el mas grande para el hombre en todos los estados y condiciones de su vida moral y social; hé aqui la razón católica: establecer el reino de la razón católica sobre las ruinas del Sanhedrin, del Areópago, del Liceo, es decir, á pesar de los esfuerzos del judaismo y del gentilismo; hé aqui la obra de la Cruz. El Apóstol de las gentes tenia pues, católicos, una razón incontrastable para no querer saber otra cosa que á Jesucristo crucificado. ¿Cuál es esa razón? Escuchad: porque esta ciencia hace resplandecer toda la sabiduría divina en la fuerza de su testimonio, en el carácter de su contenido, en la extensión de su influjo y en el perdurable goce de sus frutos infinitos.

Esa Cruz encierra la plenitud de la verdad en todas sus fáces, desde la creación hasta la redención del hom-

bre: ata con sus brazos al Paraíso con el Gólgota. La creación del hombre y su estado primitivo, el primer pecado y sus tristes consecuencias, las promesas de un Redentor que aparecen en los momentos mismos en que va á naufragar la esperanza; los patriarcas constituyendo la primera sociedad, la sociedad doméstica, rigiéndola con la ley de la naturaleza, transmitiéndose unos á otros su historia y sus esperanzas; la gran corrupción que sepultó al mundo entre las aguas del diluvio; la salvación de la estirpe que hace sobrevivir á la humanidad en el arca misteriosa; el nuevo patriarcado que marca la gran transición de la sociedad y de la ley desde Noé hasta Moisés, que publica un código escrito é instituye la sociedad civil; los profetas presentándose al través de los siglos, como otros tantos enviados para ir bosquejando al Mesías, cada uno de ellos con caracteres mas parecidos; en fin, las ceremonias sagradas, las instituciones legales, la ley moral, los personajes mas ilustres y los mas gloriosos hechos: todo viene á colocarse al pie de ese simbolo sagrado desde que ha muerto en él el Redentor del mundo para dar el testimonio mas cumplido á la verdad.

Mas este gran testimonio, que era ya bastante por si mismo para ministrar los mas robustos apoyos á la creencia, recibió mayor fuerza todavía con los milagros de Jesucristo, la voz de su Eterno Padre en el Tabor y en el Jordan, y los caracteres de su doctrina.

¿Quién es capaz de ponderarlos? ¿Cómo encarecer el sublime poder de los misterios desde el dogma sacrosanto de un Dios Trino y Uno hasta la Encarnación del Verbo en las entrañas de María, desde la institución de la Eucaristía y la pasión y muerte del Hombre Dios, hasta la resurrección de la carne y el juicio universal?

¿Y qué os diré, católicos, de ese orden maravilloso que resplandece en el conjunto de esta ciencia sublime, de la armonía que los dogmas, los preceptos y las máximas forman entre si y en sus relaciones con Dios y con los hombres? En vano se habia procurado llegar á esta

unidad, y mas en vano todavía darle al mismo tiempo el doble carácter de una ciencia elevada y una razón común, de hacer admirar igualmente lo que hay de mas grande en la razón de los sabios y de mas sencillo y fácil para el sentido común de los pueblos. ¡Cosa admirable! tratándose de las relaciones entre Dios y la humanidad y de la gran ciencia de nuestro último fin, el niño cristiano sabe mas que Platon.

Pero sobre todo, católicos, hay dos caracteres que ni aun á pretender se atrevieron todas las antiguas escuelas en medio de su vanidad y de su orgullo. Con sus iniciaciones impostoras se apellidaron depositarias de misterios; con sus sistemas se gloriaban de haber alcanzado los honores del orden y de la economía; con sus adeptos creyeron conquistar la universalidad; pero nadie pasó de aquí. Encerrados dentro de los linderos de simples especulaciones de un orden puramente natural y sin ir mas allá de los límites del tiempo, los sabios del paganismo estuvieron muy lejos aun de aspirar á lo santo y á lo eterno. Mas estos dos atributos brillan con caracteres indelebiles en la doctrina de la Cruz, doctrina toda virtud y santidad en el gran cuerpo de sus revelaciones, de sus mandatos y de sus consejos; toda inmortalidad, eternidad, ventura sin fin, sin límite y sin mezcla en todas sus promesas.

Si, católicos: una palabra de Jesucristo lo enseña todo, Refiriéndose á las almas fieles que perseveran en el cumplimiento de su ley, dice que El y el Padre vendrán á ellas y harán su mansion en ellas. Tal es el carácter de la doctrina practicada. Ella trasforma el alma en digna morada del mismo Dios; y por esto San Pablo asegura que los cristianos son miembros de Jesucristo y templos vivos del Espíritu Santo. Y no se trata, católicos, de esas virtudes ficticias con que una estéril filosofía intenta deslumbrar á los incautos: no se trata de la ansteridad presuntuosa del estóico, de la clemencia calculada del vencedor, ni de la liberalidad astuta del político; se trata de

la virtud cristiana, se trata de la santidad de la Cruz, de la santidad misma, y la santidad es otra cosa.

Y bien, ¿cuál es la fuerza que sostiene á todos los justos en la práctica de una doctrina, cuya severidad parece desconcertar á la naturaleza? Las trascendencias eternas de su accion, la felicidad con que brinda, sus angustias é inmortales promesas.

Al anunciarlas el Redentor del mundo borró para siempre todas las pretendidas glorias de la virtud humana, trasformando en objetos de su predileccion eterna las cosas mas despreciables y aun aborrecidas del mundo. Hasta entónces habiase apelado á los tesoros y á las armas, á la seducción y á la venganza, á los goces y á las grandes influencias, para explicar la felicidad. Pero El, que iba á ser crucificado, se apresuró á corregir los errores de cuarenta siglos. Encumbra la montaña, abre sus labios y reúne á sus escogidos entre los pobres de espíritu, los mansos y humildes, los que han hambre, los que lloran, los que padecen, los pacíficos, los misericordiosos, los limpios de corazon; en fin, todos aquellos que se unen con El, llevando su Cruz y andando con ella esta carrera de expiacion que pasa por el Calvario y conduce al cielo.

¡Oh Cruz! ¡hé aquí los caractéres de tu doctrina, de esta doctrina soberana que todo lo ilustra y todo lo somete! ¡Hé aquí tus triunfos sobre la inteligencia hundida en las tinieblas mas espesas de la ignorancia y del error, y resucitando á la luz de la verdad bajo la influencia poderosa del apostolado que presides!

¿Cómo encarecer debidamente, católicos, este resultado precioso que debió el mundo al magisterio de la Cruz? ¡Cuán pequeña es la razon humana para elevarse á tan inmensa altura! exclamaré con un orador contemporáneo: El mundo estaba sumergido en las tinieblas; crimenes contaba la historia en sus anales: errores é imposturas la filosofia en sus escuelas. Inútilmente habian aspirado todos al imperio de la razon: las sectas impelian á las sec-

tas; los sofismas triunfaban de los sofismas; empeñábanse en escandalosas lides los errores con los errores; y parece que la noche habia corrido su negro manto sobre los hombres y la naturaleza. Nada podía ya esperarse de aquellos, ni el entendimiento era capaz de ser regenerado sino con un soplo de vida como el que animó al primer habitante del Paraíso. Hé aquí la obra representada en ese madero santo en favor del entendimiento para hacerle volver de las tinieblas á la luz. Pero no nos detengamos aquí: porque si la Cruz es la escuela de verdad que forma la razon católica, es tambien un poder soberano que depura el corazon, rige la conducta y forma las virtudes cristianas. Veamos, pues, en la restauracion del mundo moral el segundo trofeo de la Cruz del Salvador.

SEGUNDA PARTE.

Grande era, católicos, y á todas luces imponderable la necesidad intelectual que aquejaba al género humano al cabo de su tenebrosa carrera de cuarenta siglos entre los últimos restos de una ley que habia casi perecido por completo, y los destellos fugaces de una razon empeñada lastimosamente en la ridicula tarea de poseer por derecho propio el centro de la inteligencia sobre todos los objetos de las investigaciones humanas. Mas á pesar de esto, y sin embargo de lo mucho que para confirmarlo y encarecerlo nos refiere la historia, puedo aseguraros ciertamente que aquella necesidad no era nada respecto de la

que oprimía por todas partes, sin hacerse sentir, el corazón de toda la humanidad. Es tan grande la diferencia entre una y otra, que á la vista de la inmensa contaminación que corroía por todas partes las entrañas del hombre moral, parecía que no presentaban el menor carácter alarmante los males de la inteligencia. ¡Cosa admirable! Uno de los poetas gentiles, dando cuenta de sus propias impresiones, ponía de manifiesto el estado comparativo de ambos mundos, el de las ideas y el de los sentimientos, confesando la inconsecuencia de su conducta con su razón. Sentimiento natural que no podía faltar, supuesto que aun quedaban algunas ideas aunque puramente especulativas de justicia y de razón. El corazón estaba enfermo y sus síntomas eran profundamente mortales; y aquellos conatos de perfeccion y reforma que de tiempo en tiempo se hacían, eran, por explicarme de esta suerte, los movimientos instintivos de un moribundo que lucha por reincorporarse en la vida.

Los antiguos tenían, pues, moralistas y legisladores: es decir, buscaban con avidez la reforma del hombre, y querían poner en armonía las costumbres con las leyes para la perfección de la sociedad. Su empeño y solicitud fueron tales que nos vemos tentados á considerar aquella laboriosidad como el bello ideal del heroísmo de la inteligencia por dominar el corazón. Sin embargo, católicos, todo habia sido inútil, y la esperanza se alejaba más y más, á medida que multiplicaban sus tareas aquellos sabios reformadores. ¿Qué faltaba, pues? Una cosa nada más; pero una cosa que no podía salir del hombre; faltaba la gracia, y la gracia no tenía su procedencia, ni podía tenerla tampoco en la humanidad. Todo en ésta se hallaba en contradicción y guerra, porque nada estaba en su lugar. Esta máquina desconcertada por las más infames pasiones, no podía restaurarse por sí misma. Su concierto era la paz, y la paz debía ser una consecuencia de la justicia. Mas la justicia no existía, porque sacrificada por el hombre delincuente en el Paraíso, habia

huido de la tierra. ¿Cómo conseguirlo? ¿Cómo realizar este portentoso? ¿Cómo llegar á esa restauración del mundo moral, más admirable que la creación del universo, según la bella expresión del Profeta?..... El Verbo eterno descendió desde el seno de su Padre al seno de una Virgen, para nacer en la tierra con la misión divina de restaurar, mediante su sacrificio, la verdad, la virtud y la felicidad; pudiéndose ya decir desde entonces, como un hecho felizmente realizado, que la Verdad nació sobre la tierra, y que la Justicia, no contenta con pasear desde lo alto sus miradas, como cantaba David, bajó de los cielos para darse con la paz en la tierra el osculo de amor. *Justitia et pax osculate sunt.* Así, con la santa humanidad de Jesucristo, venido para padecer y morir en esa Cruz, quedó firmado en el cielo entre Dios y el hombre un nuevo tratado de amistad, alianza y ventura, tan firme, que no podrían contra él el tiempo ni la muerte, concertadas como lo fueron en el establo de Belén la gloria de Dios y la paz de los hombres.

Ya desde entonces, católicos, la carrera del tiempo cambió de valor y de carácter. A los siglos estériles siguieron los siglos fecundos; á la inmensa procesion de todas las gangrenas morales sucedió el innumerable ejercicio de todas las virtudes, desfilando unas tras otras presididas por la Cruz, del tiempo á la eternidad. No hubo ya ni una hora insignificante ni un hecho sin grandes consecuencias, y ¡admirable y estependa maravilla! cada uno de los cristianos era en sí mismo por el infinito poder de la Cruz, un cielo nuevo y una tierra nueva. ¿Y por qué, católicos? Porque el triunfo de la Cruz, multiplicando milagrosamente lo que de suyo es único e indivisible, hizo que el reino de Dios estuviese encerrado en cada uno de aquellos que fuimos redimidos por ella.

Pero, ¿cómo explicar, me diréis, un cambio que instantáneamente realiza lo que rindió en vano las fuerzas de toda la sabia é ilustre antigüedad? Ya os lo he indicado bastante: por la adquisición de dos medios esencia-

les, uno para el entendimiento y otro para la voluntad, ninguno de los cuales podía venir del hombre. La fe y la gracia. El entendimiento sin la fe podrá saber menos; pero no mas de lo que alcanzaron los sabios del gentilismo con todos sus alfiles: la voluntad sin la gracia es el mas raquítico de los seres entre las garras de los brutos mas feroces.

¿Lo habéis comprendido bien, católicos? Hasta aquí hemos visto el *por qué*; pero sospecho que vuestra razón y vuestra piedad santamente asidas de estas grandes ideas, quisieran engolfarse todavía en la meditación del *cómo*, esto es, del modo con que tan gran transformación se hubo realizado. ¿Queréis saberlo? Lejos de mí el empeño de abrir esas puertas que cierran los mundos del misterio, las invisibles sendas de la gracia; pero sin necesidad de tanto, yo puedo, con la luz espléndida que me da el Evangelio, poner á vuestra vista los caminos externos, es decir, los medios revelados de esta restauración. Atended.

Los antiguos habian dicho: "Por el entendimiento á la verdad, por la verdad á la virtud, y por los placeres á la dicha." Veis desde luego que en la cuestion de la felicidad se dividian el entendimiento y el corazon. Jesucristo, para formar al hombre, cambi6 de rumbo, diciendo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida." Habéis meditado alguna vez, católicos, la doble luz que sale de esta sentencia del Salvador? Como grande objeto de imitacion, gran revelacion de la verdad y fuente de la vida, sí, yo lo sé; porque ésta es la religion, ésta es la verdad, ésta es la expansion del espíritu, ésta es la savia que nutre la santidad. Pero no es esto todo ni yo os preguntaba esto solo. Esta es una luz, y yo hablo de dos; esta es la luz del contenido, y yo hablo tambien de la luz del orden con que todo está expresado: *camino, verdad y vida*. Este orden, católicos, esta sucesion con que se presentan en el lenguaje de Nuestro Señor Jesucristo los elementos de la felicidad, no es una cuestion de sintaxis, ni una cuestion de lógica, ni una cuestion de histo-

ria. Esta es otra cosa, tan alta, misteriosa y divina, tan encumbrada sobre toda jerarquía, tan superior á cuanto el entendimiento pudiera alcanzar despues de todas las investigaciones unidas, como no se puede ponderar. Este es el secreto de un Dios hombre reconstruyendo los caminos de la dicha, de una felicidad pura, suma é inmortal, que es lo que constituye la vida eterna, la parte práctica del Evangelio, la verdadera escuela de la Cruz, de la Cruz de Jesucristo. Si, católicos, ahí está el secreto de la manera admirable con que se combinan los elementos de universal restauracion. En aquella sentencia sublime, se revela el modo con que se obró la transformación intelectual y moral de la especie humana. Renovad vuestra atencion.

Preciso es confesar, católicos, que el hombre, al acometer la empresa de una reforma general, era lógico empezando por la verdad, como lo hubiera sido comenzar por el entendimiento el estudio de sus facultades internas. Pero esta lógica de las ideas no era la de la historia, ni menos podía ser la de aquella ciencia práctica puesta en juego para curar las llagas de la humanidad. No, no era ya tiempo de abrirse brecha al corazon por las regiones del entendimiento, y por esto Nuestro Señor Jesucristo, gran médico de la humanidad corrompida, da de mano al empirismo de la ciencia, contrariando precisamente para sanar al hombre los pasos que el hombre habia dado para perderse. Al naufragio de la verdad, bien lo sabéis, precedió en el paraíso el naufragio de la virtud; el hombre no cegó sino despues de haber pecado. Era, pues, indispensable, que á la resurreccion de la verdad se llegase por la de la virtud, y que el sacrificio y la abnegacion con la gracia, poniendo al hombre en posesion de la fe viva que justifica, le allanasen los caminos de la verdad y le condujesen por ella á los gozes de la vida eterna. Hé aquí, católicos, un proceder maravilloso: disponer con la reforma del corazon, la reforma del entendimiento, promulgar desde una cruz la ley del sacrificio y de la ex-

piacion y hacer salir de esta ley la virtud, la verdad y la vida. Es decir, no podia llegarse á la verdad sino por Jesucristo, que es el camino; que no podia llegarse sin Jesucristo, que es la virtud, y que para llegar á ella, es necesario estar unido con Jesucristo. ¿Cómo? Escuchad aun al divino Maestro: "*El que quiera venir en pos de mí, renúncese á sí mismo, tome su cruz y sígame.*" Es decir, católicos, el secreto de la virtud, el secreto de la verdad, el secreto de la vida, está todo y solo en la Cruz del Salvador. ¿Por qué? Primero, porque negarse á sí mismo es la preparacion indispensable para llevarla. Segundo, porque sin llevarla no se puede seguir á Jesucristo. Tercero, porque llevándola con espíritu cristiano, todo está conseguido, nada falta; la santidad es la forma de la vida moral; la bienaventuranza, la consecuencia infalible de una muerte santa.

Ya comprenderéis, católicos, á la luz de estas verdades, el por qué de esa reciprocidad esencial que hay entre la Cruz y Jesucristo, y cuán cierto es que sin ella no nos es dado seguir al que murió en ella, y cómo con ella, no solamente le seguimos, sino que vivimos en él y El vive en nosotros. Comprenderéis también cómo siendo Jesucristo el camino, es necesario seguirle constantemente ó perderse para siempre: porque en esto no hay medio, porque andar fuera de él es caminar en el caos y parar en los abismos. Al contrario, seguirle es nadar en un océano de esplendor: porque Jesucristo es la luz del mundo y esta luz divina no es de aquellas que desaparecen á la hora menos pensada, no es de aquellas que brillan solo para divertir: porque el que anda con Jesucristo no anda en las tinieblas y la luz que se le da, es nada menos que la luz de la vida. *Qui sequitur me non ambulat in tenebris, sed habebit lucem vitæ.*³¹ Ved, pues, católicos, cifrado en la posesion inimitable de Jesucristo el toque final de perfeccion de este cuadro: esa muerte mística que hace desaparecer del hombre al hombre sin dejar en su lugar mas que á Jesucristo. *Muertos estais,* decía el Apóstol

aludiendo á esas almas generosas que han hecho ya todas las experiencias en esta escuela de amor: muertos estais y vuestra vida está oculta en Dios con Jesucristo. *Mortui estis et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.* Feliz aniquilamiento, que vuelve al céntiplo cuando se sacrifica, trasformando al hombre, como dice Tertuliano, en una especie de Jesucristo. ¡Admirable trasformacion! que hacia exclamar extasiado al Apóstol de las gentes: "*No vivo yo; sino que Cristo vive en mí.*"

Ved aquí, católicos, radicalmente innovados los elementos de una restauracion universal: ved aquí un cuadro enteramente nuevo, una verdad que sigue la virtud y un entendimiento que viene tras las huellas del corazon: ved aquí una escuela práctica donde todo es espíritu y vida: ved aquí un aprendizaje abierto á los pequeños y sencillos, á los que ya son de Jesucristo por haberle seguido y en el cual no se requieren grandes talentos y heroicos esfuerzos de investigacion, sino que basta ser dócil y humilde para ser perfecto.

¡Cuánto pudiera deciros, católicos, sin salir de estos conceptos, para arrobaros al pie de esa Cruz, fuente de tantas maravillas, arca de tantas riquezas, manantial de tan puros y elevados goces! ¡Con qué placer me detendria con vosotros á contemplar el mas bello de todos los trofeos que engalanan la Cruz del Salvador en ese panteon ilustre donde aparecen en toda su grandeza las virtudes del Cristianismo! ¿Qué no podria deciros á la vista de los mártires que prodigaban su vida por Jesucristo y sin otras armas mas que el heroismo de su paciencia y la generosidad de su fe hicieron caer al fin ante la Cruz á los pueblos y á los reyes convertidos? ¿Qué, si en presencia de los confesores os hicieron admirar el heroismo de la penitencia, los prodigios de la abnegacion, y todo el imponente aparato de la austeridad ofreciendo á Dios el martirio del corazon crucificado para el mundo y no menos grande que el de la sangre vertida en los cadalsos? El alma se extasia cuando contempla esa maravilla su-

prema que presentan en la iglesia sus doctores eximios, pasmo de su siglo, salvadores del saber antiguo y fundadores de la nueva ciencia, genios de primer orden, prodigios de erudición y de inteligencia que no quieren saber otra cosa que á Jesucristo crucificado, y la lengua es impotente para explicar los sentimientos que deja en el alma el preciadísimo cuadro de las vírgenes que van á esparcir en los desiertos ó encierran en los claustros los aromas de la santidad y que rodean de punzantes espinas la bella flor que han consagrado á Jesucristo, para que no la contamine la atmósfera del mundo ni aun el contacto del pensamiento.

Pero, católicos, inmensa es la materia, breve el tiempo y estrecha la necesidad para mi objeto de completar la gloriosa revista de tantas victorias, haciéndonos pasar de la restauración de la verdad y la virtud á la regeneración completa de toda la sociedad.

TERCERA PARTE.

Guardaos de creer, católicos, al oírme hablar de una restauración social, que yo me proponga entrar con vosotros en ese laberinto de teorías presuntuosas y aplicaciones falsas en que se estrelló tantas veces el genio de la política. Tampoco imaginéis que desde esta cátedra, en que predicamos una verdad que no tiene principio, y cuyos fundamentos en sus relaciones prácticas posan en lo

infinito, rinda un tributo, ni aun haga un cumplimiento, á eso que los modernos han llamado sistema constitucional, en el sentido de una institución nueva, creada por el hombre en los últimos tiempos. No, fiel á la santa misión que me está concedida, vengo á las grandes verdades, cuyo menosprecio ó olvido ha traído siempre á la sociedad á sus últimas crisis, perpetuado el desorden, y dado nuevos y poderosos impulsos á ese gigante de cien brazos que se llama Revolución. Yo recorreré el velo que cubre un teatro del exclusivo dominio de la historia, con el objeto de haceros comprender dos sencillas verdades: primera, que la restauración social y política del mundo hubiera sido imposible sin la Cruz; segundo, que la vuelta al paganismo es cosa en extremo fácil de realizarse, abandonando la Cruz.

En todos los tiempos, desde que la sociedad hizo su transición de su estado doméstico á su estado civil, se ha comprendido mas ó menos vagamente, pero siempre de algún modo, que la sociedad es la unidad en un conjunto: porque ni este podría presentar un objeto común, si carecía de aquella, ni aquella constituir un todo complejo, si no dominaba la multitud. Mas en aquella transición, católicos, la humanidad en su mayor parte se desbordó por la tierra sin provisiones para la inteligencia y el corazón; y solo aquel pueblo que Dios quiso reservar para sí, á fin de que no pereciese por completo la obra suya, conservó bajo la ley escrita la verdadera forma social. Tenía, pues, un Dios y una creencia, un sistema de relaciones en armonía con sus leyes, una Jefatura divina con un ministerio humano. Dios era el Rey y Moisés su ministro universal. Pero dejemos esto; porque esto es la obra de Dios, y ahora se trata de la obra del hombre solo; del hombre trabajando sin tregua, pero fuera de Dios y en olvido de su ley; se trata de la sociedad con pretensiones de constituida, con vicisitudes, con balance continuo de fuerzas preponderantes ó sometidas, en una palabra, se trata de la sociedad gentil.

Vedla, católicos: contemplad ese cuadro; observad una por una sus deformidades inmensas; y notad la espantosa armonía, el horrible paralelismo que con ellas guardan sus lastimosas crisis. ¿Veis esa mayoría incontable, cargada de cadenas, esclavizada en todas sus partes, y sin libertad mas que para servir á los caprichos y á los deleites brutales de una minoría insolente y sensual? ¿Veis la ferocidad con que á una señal y sin que sirvan de obstáculo, ni aun los vínculos mas íntimos de la naturaleza, se lanzan, á una voz dada, pueblos enteros á los circos y á los anfiteatros para divertir los ocios de los Césares, matándose en su presencia? ¿Veis esas inmolaciones, aquí sacrilegas, allí domésticas, y siempre sociales, del pudor al placer de los impostores y de los magnates? ¿Veis ese tráfico infame que fija los destinos de la mujer esclavizándola en el matrimonio y prostituyéndola en el pueblo? ¿Veis esos códigos de la esclavitud, que no satisfechos con envilecer, llegan al extremo de suprimir al esclavo de la categoría de los seres? ¿Veis esas alternativas constantes de las masas, que obran á nombre de la soberanía popular, y los tiranos, que las subyugan y dominan con el sangriento derecho de la espada? ¿Veis esas legislaciones monstruosas, donde los crimenes suben á la categoría de los derechos, y los mas descarados vicios usurpan en la vida los tributos de la virtud, y reciben en la muerte los honores del apoteosis? ¿Veis cómo concurren y se asocian en el curso de tantos siglos, como dos buenas hermanas, una razon que todo lo diviniza, y una voluntad que todo lo prostituye? ¿Veis?..... ¿Pero á donde voy, católicos?

Basta. ¡qué cuadro! ¡qué historia! ¡qué portento de abominaciones y de infamia! ¡qué conjunto tan espantoso y tan ridículo al mismo tiempo! ¡qué contraste entre el esplendor de los talentos y la manchadumbre de los errores; entre los arranques atrevidos del genio y las últimas miserias de una humanidad envilecida! ¡Ah, católicos! Todos los ensayos y experiencias se habian hecho. Todas

las hipótesis, comenzando por las mas plausibles y concluyendo por las mas absurdas, habian pasado su revista, desde Thales de Mileto hasta el compilador de Tüsculo en las escuelas filosóficas. Todas las máximas que podian deberse á una razon desprovista de toda luz sobrenatural, habian sido inculcadas por los moralistas; por muchas y diversas combinaciones habian pasado los antiguos códigos; y ninguna forma habia dejado de tomar la sociedad civil.

En todo se habia pensado; sobre todo se habia discutido: heróicos fueron los esfuerzos de la antigüedad, é imponderable su sollicitud en todas líneas; y sin embargo, al cabo de tantos siglos y de tan portentosa labor, y de un incesante movimiento; ¿qué veis, católicos, en las sociedades que precedieron al cristianismo? Abundancia de todo para el error y para el mal; universal penuria para la verdad y para el bien. Creencias sin símbolo, moral sin código, legislación sin justicia, sociedad sin relaciones, sin sentimientos, sin vocacion comun; gobierno sin estabilidad, pueblos sin garantías; crimenes, desastres y ruina por donde quiera: hé aqui todo.

Ni podia ser de otra manera, católicos: al politeísmo corresponde la anarquía; á la anarquia religiosa el ateísmo filosófico; al ateísmo filosófico el desconcierto social; al desconcierto social, la muerte política.

Hé aqui adonde llegó el hombre independido del cielo, lo que fué la sociedad en los tiempos del paganismo, y lo que hubiera sido despues, si una voz desprendida de esa Cruz, no la hubiera contenido en su mortal carrera con este grito de salvacion: Detente, que vas á perecer; has perdido la senda, estás á oscuras, y la gangrena te corroe por todas partes. Detente, y ven á mí que yo soy el camino, la verdad y la vida.

Elocuente, sin duda, y altamente persuasivo, católicos, era este lenguaje desprendido de la Cruz en los momentos en que el Hijo de Dios, ya para exhalar el último suspiro, dijo que todo estaba consumado: *Consumatum est*, y

mas que suficiente, para llevar á todos los pueblos con esta palabra el anuncio de la próxima resurrección del mundo social bajo el influjo y en el seno del nuevo reino de la Cruz, de la Iglesia católica, el eco sublime que á esta palabra divina hizo la naturaleza consternada, estremecida de espanto y de dolor, á la vista de aquel tremendo sacrificio. Pero el mundo profundamente aletargado en el sueño de los placeres, é irresistiblemente cogido por todas las pasiones, era demasiado ciego y carnal para no hacerse sordo al convite de la Cruz, é insensible al llanto de la naturaleza. Sin embargo, al consumarse el sacrificio, se abrieron los sepulcros para dejar el paso libre á los que ya dormían en el polvo, y un hombre, aquel de quien menos se esperaba, el mismo que había abierto con su lanza el costado del Salvador ya difunto, vuelve repentinamente sobre sí, abre sus ojos como si saliera de un profundo letargo, y con estas palabras que se escaparon de sus labios á la vista de Jesús crucificado: "Verdaderamente que este era Hijo de Dios," hizo eco al cuadro de toda la naturaleza trastornada, y un eco que pasaría con las generaciones por todos los siglos. Pues bien, católicos, aquellos sepulcros abiertos, y este gentil convertido, fueron una doble profecía que anunciaba desde entonces la resurrección del gentilismo, y su apresuramiento para rendir á la Cruz las primicias de su amor.

No fué, sin embargo, fácil, ni menos tranquila, la realización de esta profecía; y aquella nueva Jerusalén bañada con los esplendores del Verbo, embriagada en los placeres del triunfo, estática en presencia del siglo de oro que ya empieza á correr; aquella Madre tierna y solícita que arrebatada juntamente por su esperanza y su amor, salva todos los intermedios para no detener sus miradas sino en la perspectiva de un resultado feliz, vé inundados los horizontes por todas partes, y absorba, contempla los pueblos que se apiñan unos sobre otros, como otros tantos hijos suyos, para consolar su esterilidad, re-

compensar su fe y dilatar un imperio. Pero estos intermedios, que ella salva con su mirada, están, católicos, henchidos de tropiezos, crizados de espinas, sembrados por todas partes de precipicios y malezas: las nuevas familias vendrán á enjugar las lágrimas de la desolada Jerusalén; pero atravesando en frágiles barquillas, combatidas por todos los vientos, lagos inmensos de lágrimas y sangre.

¿Recordais, católicos, las terribles escenas por donde pasó la Iglesia en su cuna, desde la iniciación de su reino, hasta la consumación de su triunfo sobre toda la sociedad? ¿Recordais la espantosa realización de aquel oráculo pronunciado muchos siglos atrás, pintando la agitación de todas las sociedades, el estremecimiento y clamoreo de todas las naciones, la coalición, la rabia y el furor de todos los príncipes contra el Señor y contra su Cristo; sus tenebrosas maquinaciones para extirpar hasta sus últimas memorias, la conjuración del mundo político y social contra la familia del Gólgota, los millones de brazos armados con el poder y con el hierro contra la Cruz? ¡Ah! hermanos míos, lo recordais y mucho. ¿Y cómo no, cuando nos parece todavía fresca la huella de sangre que señala el camino de la Iglesia, desde Neron hasta Constantino; cuando no podemos dar un paso en estos sitios monumentales sin encontrar un recuerdo; y cuando los ríos, y las montañas, y hasta las mismas piedras parecen oponerse al olvido de la lucha mas heroica y del triunfo mas glorioso? ¡Ah! cuando inaugurada apenas la nueva sociedad que sale de la Cruz ve venir contra sí á los pueblos y los reyes, y busca un asilo en los sitios inhabitados, ó en los espantosos subterráneos; cuando Roma, la misteriosa Roma, conmovida desde lo mas profundo hasta lo mas alto por dos fuerzas contrarias, estaba en vísperas de morir para resucitar, y de hacer su tránsito desde el Panteón hasta Letran; cuando contemplo estos dos pueblos, el uno viviendo á toda luz, con toda libertad, en medio de los placeres, orgulloso con el triunfo que me-

dita contra la Cruz, después de haberla despreciado como una locura; y ese otro pueblo, habitante misterioso de las catacumbas, me parece, católicos, presenciar la mina que la caridad pone á la tierra para purificarla inflamándola; y mi alma queda estática viendo agitarse en las entrañas de la tierra por hombres desvalidos, y bajo el hacha de la persecucion, el gran pensamiento de cambiar la faz de toda la sociedad antigua, sometida, por último, después de tres siglos de sangre, al suave, pero irresistible poder de la Cruz.

Así sucedió: la doctrina y la paciencia, es decir, el Evangelio y la Cruz, rindieron su jornada: la rindieron..... ¿Y como, católicos? ¿Veis ese signo sagrado que posa con majestad sobre las moradas angustas del Rey del mundo? Es la Cruz triunfante en el Palacio de Constantino convertido. ¿Veis ese anciano, sentado en el trono de su Basílica, esperar al gran monarca que se postra á sus pies para pedirle el bautismo? Es Silvestre, el Papa elegido por Dios para representar el tránsito de su Iglesia desde las tinieblas de una mansión penosa hasta la plenitud de su inauguración social.

Ya desde entonces la nueva institución aparece con majestad en toda la tierra: empiezan á caer los templos de los ídolos, á levantarse suntuosas basílicas á la Víctima del Calvario, y á tremolar donde quiera la gloriosa enseña del cristianismo. Un paso más: ved en Nicea reunida la Iglesia en un concilio Ecueménico, por la primera vez bajo la protección y con el acatamiento del César, dando una segunda, y más solemne, y más explícita promulgación á los artículos de la fe, y anunciando la unidad de Dios á un mundo que acababa de salir del politeísmo.

Deteneos aquí, católicos, para contemplar el estado de la sociedad en consecuencia de este cambio. Todo está transformado: todo ha vuelto á la vida; todo crece á la sombra de la Cruz. La familia sacude todos sus grillos, pues la mujer recobra su dignidad, el marido se somete

al código cristiano, y los hijos representan los dulces lazos de la religion y de la naturaleza bajo el techo doméstico. Esta institución honrada por Jesucristo en las bodas de Caná y restaurada por su sangre, es el objeto de la más tierna solicitud; y Pablo, levantando la sociedad doméstica á la altura de su celo y de su genio, parece al mismo tiempo el legislador de los esposos, el ayo de los hijos y domésticos, el Apóstol de la familia. Proclámase y predicase con el ejemplo, el Evangelio de la fraternidad y de la dignidad del hombre, y empiezan á aflajarse las cadenas del esclavo. Un paso más, y la odiosa definición de esclavo, *non tam viles quam nulli sunt*, quedó borrada, como decía un escritor insignie, del código de Roma.

¿Qué os diré, católicos, de todos esos gremios que por espacio de cuarenta siglos habían vivido entre el desprecio, la rabia y animadversión de la sociedad; de los pobres y atribulados, de la familia de Jesucristo? Cubriólos á todos la fraternidad del Evangelio, y se abrieron en favor suyo las áreas del rico y del poderoso.

Ved la sociedad civil: sus elementos, sus relaciones, sus medios de acción, sus códigos, su magistratura, su gobierno: todo cambia. El príncipe se enaltece recibiendo del cielo el título de ministro, y aprendió en Jesucristo el arte de servir á sus súbditos. Estos, á su turno, encontraron en la divina ley la última razón de sus deberes, y en la conciencia el primero de sus estímulos para cumplirlos; y el orden, la concordia, la reciprocidad de sentimientos, las mutuas prestaciones, la firmeza y estabilidad del Estado, fueron la consecuencia y la prueba de una restauración social obrada por la Cruz.

Pero no os detengais aquí: abatid las barreras que limitan este cuadro: dilatad vuestra vista por los nuevos horizontes: dad el paso con vuestra memoria y vuestra admiración, del estado al mundo, de la sociedad civil á la sociedad política, gran cuerpo de todas las naciones constituidas. Ved ese nuevo derecho de gentes, ese dere-

cho consuetudinario que ha creado la civilización cristiana; ese respeto del hogar doméstico, de las garantías de la vida y la persona en el estrepito de la guerra; estos retornos á la paz sin los reñcores, esta condición tan diversa del prisionero moderno que ya no tiene que alternar entre la esclavitud y la muerte. Vedlo, estudiadlo, comparadlo con lo que antes habia. ¿Qué diferencia! ¿Qué transformación! ¿Qué reforma! ¿Qué portento! Pues bien, católicos, todo se explica con la Cruz: todo es obra de ella, y solo por ella se hubo podido cambiar, como al principio decia, la faz política y social de todas las naciones.

Yo bien sé, y Dios sabe el dolor tan profundo que experimento al confesarlo: yo bien sé que ninguno de los siglos cristianos ha dejado de presentar algunas sombras que empañan mas ó menos el brillo de este cuadro: yo bien sé que la acción reparadora de la Cruz, no ha dejado nunca de hallar obstáculos en su marcha: que las mejores instituciones han tenido fuertes antagonismos, como las infalibles doctrinas del Evangelio encomadas luchas que sostener. Sé muy bien que el mundo fué vencido, pero no quedó desarmado; que la iglesia de Jesucristo durante su peregrinación por la tierra no dejará de ser militante; que la razón y la voluntad en sus extravíos no descansarían jamás; y que esa Cruz, despues de atravesar lagos de sangre, tendria que domeñar ante sus angustios concejos, el genio de la herejía, salvando de nuevo la inteligencia, y disipar el aire envenenado de los rios, restaurando la vida de la virtud. Sé muy bien que la sociedad moderna ha reproducido mas de una vez la triste historia del hijo pródigo, y que aun hoy dia se respira el pestilente gas que ha dejado despues de su explosión, para contaminar al mundo, la memorable revolución francesa. Lo sé, católicos, y el corazón me duele cuando escucho á los oráculos del siglo, volver, como al simbolo de las sociedades, á los llamados principios de 89, y cuando en plena civilización se está eobando, digá-

moslo así, la edición novísima del código de las naciones, formulado todo en la monstruosa doctrina de los hechos consumados. Lo sé, lo sabéis vosotros, lo vemos todos, y altamente lo predica, como el soberano resumen de todas las falacias y de todas las injusticias, el turbulento pontificado de ese anciano venerable que hoy está sentado en la cátedra de Pedro, y cuyo irano, amenazado por todas partes, ha estado por mas de cinco lustros sufriendo las trepidaciones políticas, venciendo cada dia, sin contar con el siguiente.

¿Y qué se sigue de todo esto, católicos? Una consecuencia terrible, pero extricadamente lógica, una verdad espantosa, capaz por si sola de hacernos estremecer. Ya os lo he dicho: así como por la Cruz vino el gentilismo á la perfección civil y á la unidad política, y á la plena civilización, así tambien, volviendo las espaldas á la Cruz, la sociedad tendrá que llegar al paganismo, y por el paganismo á la barbarie. Y cuenta con que no se trata de simples hipótesis, de verdades especulativas, no: se trata de lo que ha sucedido ya. El mundo es un ser complejo, y marcha, parte por parte, sociedad por sociedad, pueblo por pueblo, al destino que él mismo se prepara con su conducta.

La Africa está tras de vosotros con su historia; y esa historia reúne tal tesoro de escarmentos, que no necesitáis pasar á la extremidad de la Europa y deteneros ante el imperio de la Media Luna, ni correr á la Asia é interrogar á sus ruinas para encontrar los recuerdos de unas sociedades, que saliendo de la nada, fueron conducidas hasta su zenit por la Cruz del Salvador, y que, abandonando la sagrada enseñanza, se sorprendieron á la hora menos pensada en los abismos de la mas triste abyección é ignominiosa barbarie.

Basta. Muy á pesar mio, y sin permitirne sino muy sumarias indicaciones, me he detenido notablemente. Pero tal es la importancia y el interés de actualidad que la materia presenta, que nunca seremos nimios en estudiarla

y meditarla. Esa Cruz está al frente de todas las glorias, porque á todas las grandes restauraciones ha presidido. Suyas es, por la gracia y el poder infinito del que murió en ella, la luz que dispó el nuevo caos é hizo volver la razon á la posesion de la verdad en toda la extension de sus objetos, en todas las combinaciones de su economia, en todas las trascendencias prácticas de su accion. Suyo es el fuego activo é inextinguible que ha depurado de todos los humores malignos y de todos los contagios venenosos, el mundo moral, trasformándolo de pestilente guarida de los vicios en delicioso albergue de todas las virtudes. Suyo es el secreto de esa restauracion social, que comenzando en el hogar doméstico, no se ha detenido sino hasta que hubo inaugurado y conducido á su madurez la sociedad política. Los esposos y padres, los hijos y hermanos, los domésticos, todos le deben la paz y la concordia consiguientes á la santificacion de la familia: los Estados, su firmeza; los gobiernos y los pueblos, sus garantías; los códigos, su depuracion y su plenitud; las costumbres, su regularidad, y el bienestar social, su esencia misma. En fin, católicos, ese majestuoso conjunto que presentan las sociedades modernas en sus vinculos, sus relaciones, sus tratados, etc., etc., todo lo deben á la Cruz. Y esta deuda gravita ¡prodigio impoderable! aun sobre las sociedades que están fuera del cristianismo; porque el cristianismo las ha desarmado y puesto del lado de la civilizacion, á pesar de no ser creído.

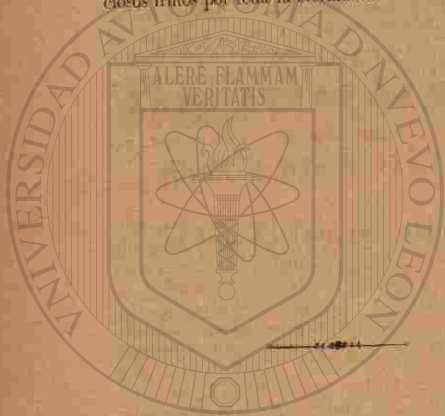
Tal es la influencia de ese madero con sus precedentes, con su historia y en su marcha. Tal es la omnipotencia de la Cruz.

Volemos, pues, á ella, católicos, al noble impulso de la fe y con las alas de la esperanza y del amor. Volemos en espíritu á la sagrada colina, donde se inaugura juntamente como el primer altar del sacrificio y el trono del mundo restaurado. Pidamos á las criaturas todas, en el cielo y en la tierra, su concurso y su poder, para cantar con nosotros los gloriosos combates y proclamar á la vis-

ta de ese trofeo, la primera y mas noble de todas las victorias, la que ha obtenido, inmolado en esa Cruz, el Redentor del mundo. Cantemos la virtud infinita de ese árbol escogido entre todas las selvas y montañas, para curar la mortal herida que recibió la humanidad con el fruto del árbol del paraíso. Saludemos ese madero con un corazon lleno de reconocimiento y amor, á ejemplo del profeta Rey, como el angusto leño desde donde reina el mismo Dios. Saludémosle con toda la Iglesia en presencia del esplendor y belleza que sobre él derramó el Unigénito del Padre, vistiéndole con la púrpura de su sangre y dignificándole para tocar su sagrado cuerpo. Saludemos embelesados y estáticos ese madero, cuyos brazos pesan los destinos de la humanidad y tienen suspendido el precio del mundo.

¡Oh Cruz! Yo te saludo con esta Hermandad piadosa, ilustre por mil títulos y mas ilustre por estar consagrada especialmente á tu culto; yo te saludo con todas las emociones y con todo el arrobamiento de la admiracion, de la esperanza y del amor. Y todos reunidos en derredor tuyo cantamos tus glorias, admiramos tu poder, aplaudimos tus triunfos, reconocemos y acatamos tu soberania, y ponemos al pie de tu trono la barca de Pedro, para que superior á todas las borrascas la lleves á buen puerto; al santo y atribulado Pontífice que la conduce, para que lo salves del furor de sus enemigos; á todas las naciones católicas, para que las mantengas siempre bajo tu imperio; á los mismos pueblos infieles, para que los conviertas: todas nuestras miserias, para que las remedies; todas nuestras lagas, para que las cures; todos nuestros pecados, para que los laves con la sangre que depositas: nuestra fe, para que la robustezcas; nuestra esperanza, para que la coronas; nuestra caridad, para que la inflames. Y en aquel día, último de todos los días, término de todos los siglos, teatro de la gran catastrofe en que ha de perecer el mundo, en el momento decisivo en que regreses á los cielos cargada de coronas inmortales, haz,

¡oh Cruz! que todos nosotros, los que hemos venido aquí á celebrar tus triunfos y á dirigirte nuestras plegarias, seamos del número de los que vayan contigo benditos del Hijo para gozar con el Padre y el Espíritu Santo tus preciosos frutos por toda la eternidad.—Así sea.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

SERMON
SOBRE LA SANTA CRUZ

PRECIADO POR EL

R. P. FRAY PARLO BARRIOS

EN

SAN DIEGO DE MEXICO, EN 1849

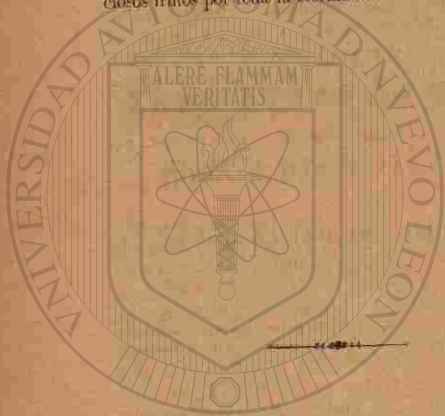
Nisi Moyses exaltavit serpentem in deserto, ita exaltare oportet Filium hominis, ut omnia qui credid in ipsum non pereant, sed habent vitam æternam.

Juan, III.

Así como Moisés exaltó la serpiente en el desierto, conviértese al Hijo del hombre ser exaltado en la Cruz, para que no perezca todo el que cree en él, sino que goce de la vida eterna.

1. ¿Quién había de creer, hermanos míos, cuando al nacer el alba anunciaba el ángel del Señor á los pastores la feliz llegada del Mesías prometido según la ley y los profetas para que corrieran sin dilación hácia Belén, donde le verían pobre y humilde entre las pajas, pero más brillante que el sol, que llegaría un día en que el alborozo y contento se convirtieran en tristeza y llanto? ¿Quién pudiera decir que el Rey pacífico, que brillaba sobre to-

¡oh Cruz! que todos nosotros, los que hemos venido aquí á celebrar tus triunfos y á dirigirte nuestras plegarias, seamos del número de los que vayan contigo benditos del Hijo para gozar con el Padre y el Espíritu Santo tus preciosos frutos por toda la eternidad.—Así sea.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

SERMON
SOBRE LA SANTA CRUZ

PREDICADO POR EL

R. P. FRAY PABLO BARRIOS

EN

SAN DIEGO DE MEXICO, EN 1849

Nisi Moyses exaltavit serpentem in deserto, ita exaltare oportet Filium hominis, ut omnia qui credid in ipsum non pereant, sed habent vitam æternam.

Juan, III.

Así como Moisés exaltó la serpiente en el desierto, conviértese al Hijo del hombre ser exaltado en la Cruz, para que no perezca todo el que cree en él, sino que goce de la vida eterna.

1. ¿Quién había de creer, hermanos míos, cuando al nacer el alba anunciaba el ángel del Señor á los pastores la feliz llegada del Mesías prometido según la ley y los profetas para que corrieran sin dilación hácia Belén, donde le verían pobre y humilde entre las pajas, pero más brillante que el sol, que llegaría un día en que el alborozo y contento se convirtieran en tristeza y llanto? ¿Quién pudiera decir que el Rey pacífico, que brillaba sobre to-

dos los reyes del universo, á quien adoraron los reyes de Sabá para presentarle, no solo sus coronas, sino oro, incienso y mirra tributándole sus homenajes, quién hubiera dicho, repito, que á ese júbilo y á esa alegría sucederían días en que desconocido de los judíos y de los romanos, de los grandes y de los pequeños, de los ciudadanos y de los soldados, sería juzgado y condenado á una muerte ignominiosa: *morte turpissima, inquirent condemnemus eum*, para acabar los preciosos momentos de su vida admirable en el madero de la Cruz como el mas infame malhechor?

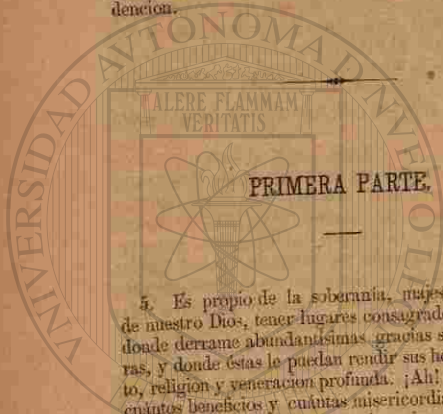
2. Todos los cristianos nacidos y por nacer hubieran afirmado que las figuras, símbolos, vaticinios y todo lo dicho por los profetas habia de tener su verificativo y su mas exacto cumplimiento. Baste esto para hacerlos saber, ¡oh católicos! que pasaron todas aquellas figuras bajo las cuales se escondía aquel caudal infinito de misericordia, y corriendo el velo sobre todas ellas, se nos han manifestado de suerte que no podemos dejar de confesarlo. ¿Qué dia puede ser mas propio para este reconocimiento y sincera confesion, que el que está dedicado á celebrar con la mas festiva y solemne pompa, el rico tesoro, el precioso leño de la Cruz, y una de las prendas mas seguras del amor de nuestro Dios, que quiso morir en ella? Sobre tí, ¡oh Cruz saludable! sobre tí satisfizo el mas inocente de los hombres nuestras crecidísimas deudas. Sobre tí llevastes el peso de nuestra salvacion, y nos distes con la mayor liberalidad y franqueza el mas ópimo y sazonado fruto de villa. ¡Oh Cruz sacrosanta, objeto hoy de toda la Iglesia, dulce refrigerio y consuelo del cristianismo; quién me diera las mas persuasivas voces para poder imprimir en los corazones de los que me escuchan, no las ignominiosas afrentas del madero, sino las grandes humillaciones de Jesús!

3. Ojalá fuera tanta mi dicha que, purificados mis labios con la misteriosa ascua de fuego, como los del profeta Isaías, pudiera cantar dignamente las misericordias

de Dios, y hacerlos ver como es debido las ventajosísimas excelencias de su santísima Cruz! Espíritu divino, auxiliadme. Poderosísima mano del Dios fuerte, asistidme en empresa tan ardua, para que la Cruz, que fué antes blanco del desprecio y del horror, sea desde ahora nuestro consuelo, nuestra gloria, y una incesante memoria de nuestra gratitud á tan inefabiles beneficios. Saludémosla con reverencia y digámosla con la mayor devocion: Cruz bendita, Cruz adorable, Dios te guarde como nuestra única esperanza. *O Cruz, ave spes unica!*

4. La Cruz, antes de que Jesucristo fuese clavado en ella, era un puro suplicio; pero despues que la consagró con su muerte, se convirtió en un gran misterio; misterio que aunque alguna vez los maestros de Israel lo reputaron por escándalo, y los sabios de Grecia por locura, solo fueron esos juicios olas espumosas de una mar embravecida que vienen á estrellarse contra la arena, adorando la señal del dedo poderoso que les ha puesto en la ribera los límites que jamás traspasarán con su furor: *Usque hinc venies, et non procedes amplius; hic constringes turbulentas fluctus tuas*. Así fué, porque toda altanería se humilló, todo entendimiento se despojó, toda sabiduría se ocultó; y adorando humildemente la locura de la Cruz, llegaron á conocer que lo que parece en Dios menos sabio, es mas sabio que toda la subiduría de los hombres: *Quod stultum est Dei, sapientius est hominibus*. Sea así enhorabuena, y pues Cristo vive, Cristo reina, Cristo impera, y el estandarte de su Cruz resplandeciente está enarbolado desde el uno al otro polo, alegrémonos, cristianos, entonando en este tiempo pascual melódicos himnos y cánticos de júbilo. Regocijémosnos porque en la Cruz de nuestro Redentor fué destruido el pecado, vencida la muerte y desarmado el infierno. En la Cruz, hermanos míos, según el culto y homenaje que le deis, hallaréis todo el bien y felicidad que apeteciais. En la primera parte de mi discurso probaré que la fe y el amor exigen el culto interno y la reverencia y honor á la Cruz; y en la

segunda os enseñaré que si no nos abrazamos de la Cruz santa y no nos mortificamos interior y exteriormente, jamás podremos agradarla ni lograr los frutos de la Redención.



5. Es propio de la soberanía, majestad y grandeza de nuestro Dios, tener lugares consagrados á su nombre, donde derrame abundantísimas gracias sobre sus criaturas, y donde éstas le puedan rendir sus homenajes de culto, religion y veneracion profunda. ¡Ah! cuántas gracias, cuántos beneficios y cuántas misericordias no produjo el Eterno en la Cruz que con resiguacion abrazó su único Hijo hasta morir en ella para ser nuestra luz! Con qué profusion no las derramaría sobre las almas que en espíritu y verdad la den todo el culto internísimo y el mas puro honor que demandan la fe y el amor? La fe, señores, que como dice el Apóstol, es la sustancia de todas nuestras esperanzas: *Fides sperandarum substantia rerum*, no es otra cosa sino una luminosa antorcha para conducirnos infaliblemente á que creamos lo que Dios nos dice y la Iglesia nos propone; es la que nos induce en la mañana para que en las sacrosantas aras del altar, donde se nos presenta el nobilísimo trofeo de nuestra felicidad, confesemos que ese sagrado Leño es el en que, según estaba profetizado, habíamos de hallar los cristianos nues-

tra justificacion. En ese precioso madero estribó la salud del mundo: *Ecces lignum crucis in quo salus mundi pependit*; de modo que, la predicacion del Señor no hubiera producido todo su efecto, si sus palabras no hubiesen estado animadas al mismo tiempo con sus trabajos y congojosas agonias en la Cruz adoraible. ¡Qué grandeza, qué gloria, qué consuelo tan inexplicable para todos los redimidos!

6. ¿Y no exige esta Cruz santa, bendita y admirable, todo nuestro culto, obsequio y respeto? No debemos darle el mas raro, justo y debido honor que merece por haberla santificado nuestro amabilísimo Jesus y emblecido hasta el grado de elegerla para instrumento cruelísimo de sus castísimos miembros y sacrosantas carnes? ¿Qué objeto mas grande de piedad é inaudita fineza podríamos haber esperado los redimidos, que el que nos diera su sangre deifica, su propio cuerpo, su alma purísima y su fino corazon en el patibulo afrentoso de la Cruz, en cambio de nuestras almas? En aquella Cruz enya inmensísima caridad abraza desde el uno al otro extremo del universo todos nuestros corazones. En aquella Cruz amorosa, que fué escogida por el Señor por ser mas inhomínosa, para que fuera así mas meritoria y gloriosa y nosotros quedáramos libres de nuestros pecados, conforme á las riquezas de su gracia. En aquella Cruz á la que se debió la fecundidad del Evangelio, pues éste no es otra cosa sino el reino de la Cruz en nuestros corazones, para que abrasados con la mortificacion interior, y unidos con la voluntad del Señor, podamos conseguir el reino ininterminable de su gloria.

7. Esa gloria es, en expresion de la Escritura, una celestial Jerusalem, una morada tan inaccesible que, ni el ojo la vió, ni el oído la oyó, ni puede caber su grandeza en el corazon: *Nec oculus vult, nec auris audivit, nec in cor hominis potest ascendit*. Sin embargo, hermanos míos, si la fe anima nuestras esperanzas, si sus claras luces ilustran nuestro entendimiento, si la esperanza corro-

hora nuestros deseos, si nuestra caridad vivifica nuestro amor, y nuestra ardiente devoción ratifica nuestros propósitos, daremos á la Cruz adorable de nuestro Redentor el culto interno que se merece y el honor á que se hace acreedora por las grandes excelencias que logramos en ella. Entonces, si, entonces, ¿quién no creerá que vuestra fe sea viva y tan activa, que cuidando de acompañarla de las mas buenas y santas obras, podáis hacerla mas eficaz y constante? Entonces, vuestro conato y afán, juntamente con vuestros ojos fijos en la Cruz, norte seguro en el proceloso mar de este mundo, para vivir mortificados con los trabajos de la Cruz, podreis como otro Pablo gloriaros en ella de buena gana. *Nos autem gloriari oportet in Cruce Domini nostri Jesu Christi.* Entonces podremos exclamar y decir con cordial afecto y verdadero amor: ¡Hermosísima Cruz, mas resplandeciente que los astros juntos, celeberrima eres para el mundo, amable para los hombres y santa para el orbe: *O Cruz, splendor cunctis astris, mundo celebris, hominibus multum amabilis, sanctior universis!*

8. Si, señores; esa Cruz sacrosanta que representa su original, y cuya milagrosa invención debe el cristianismo á la solicitud piadosa y generosas rentas de Santa Elena, madre de Constantino, emperador de Constantinopla; á Elena, devotísima del Calvario, que, á pesar de su avanzada edad de ochenta años, abrasada de los mas ardientes deseos de fe, devoción y amor, subió hasta el monte Gólgota para encontrar el sagrado madero, y en su descubrimiento hubiera consumido todo su imperial tesoro por tan feliz hallazgo. Coronados vió sus esfuerzos y conseguido su fin, y el cielo la enriqueció con las tres cruces del Cristo, Dianas y Gestas, pero surgió la duda acerca de cual de ellas sería la cruz legitima del Cristo. Sobre las tres, segun el prudentísimo consejo del obispo San Maesrio, tendieron á unos enfermos cercanos al sepulcro, y unos cadáveres, y al contacto de la cruz de Jesucristo sanó una enferma, y volvió á la vida un difun-

to. ¡Oh maravillas, oh milagro de la Providencia soberana y portentos de la invención de la Cruz! Venerémosla, cristianos, como remedio de nuestra reparación; tributémosla nuestro homenaje y adoración, nuestro culto y nuestro amor, y desde luego será siempre el mas justo y el mas debido segun lo exigen el reconocimiento y la gratitud de todo el cristianismo.

SEGUNDA PARTE.

9. Si es un dicho vulgar que amor con amor se paga, ¿cuál será el que debemos á nuestro Dios hombre, que no solo se satisfizo muriendo en la Cruz por nosotros, sino que aun nos exhorta y dice que jamás será su discípulo el que no cargue la Cruz y le siga para darle la mas irrefragable prueba de gratitud: *Qui non bajulat Crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus* (1). ¿Quién podrá explicar lo mucho que vale una cruz para un cristiano á vista de aquella suma importancia con que Jesucristo para redimirnos quiso ser exaltada en otra? ¡Ah! el hombre no conoce desde luego su valor, ni tampoco el de la sabiduría, el de aquella verdadera sabiduría que se halla y adquiere al pié de la Cruz, cuya leche y miel han sabido gustar los verdaderos amantes del Señor crucificado. *Nescit homo pretium eius*, dice el pacientísimo Job, cap. XXVIII. En efecto, si la religion nos enseña que el Salvador consagró la Cruz con su muerte, y por eso la

(1) Luc. XIV, 27.

hizo inmensísimamente preciosa, debemos inferir que no hay felicidad, gusto, ni bien temporal alguno que iguale ni su precio, ni el mérito que contraerán todos los verdaderos cristianos que la sacrifiquen el culto externo que demanda un fino corazón, una justa gratitud y un debido reconocimiento. Procurad comprender la verdad de estas expresiones, pues son solidísimas y están fundadas en la verdad de la religión y de la experiencia.

10. Si, ningún bien temporal, vuelvo á repetir, puede igualar el precio de una cruz humildemente aceptada, ni mucho menos el premio incomparable que está reservado al que con gusto la sufra y mayor paciencia la cargue. Luego es ciertísimo, señores, que sin dar nuestras humildes adoraciones á la cruz y vivir abrasados con la mortificación exterior é interior de nosotros mismos, no podremos ser dichosos. La Cruz sola puede alcanzarnos de Dios todos los bienes. Esta verdad irrefragable nos la asegura San Mateo diciendo: "El que me sigue con resignación nunca andará envuelto ó confundido entre las tinieblas, sino que gozará de una luz clara y de una vida eterna: *Qui sequitur me non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vite*, dijo el Señor. Aun puedo añadir que gozará también en esta vida de una extraordinaria alegría, no de aquella aparente ó superficial, como llama San Juan Crisóstomo á la que da el mundo, que solo consiste en el placer de los ojos por ver las hermosuras terrenas: *Hæc est lætitia oculorum*, sino de aquella suma alegría é inefable gozo que el Señor concede á los que le sirven y padecen con él y por él, que estriba en el regocijo del corazón, como lo confirma el Profeta diciendo: *Dedisti lætitiã in corde meo*. Fundase igualmente, señores, esta alegría, en la fe que halla todo alivio y consuelo en aquellas mismas cosas que, aunque horrorizan á la misma naturaleza, regocian el cuerpo y el espíritu del justo en la tribulación y amargura de la cruz, como lo experimentó el Apóstol: *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra*.

11. Por lo tanto, católicos, la cruz de los trabajos nos es indispensable para lograr la felicidad y bien de nuestras almas. Esta ley será desagradable y parecerá terrible á los amadores del siglo, y ciegos pecadores que no presten firme ascenso á mis doctrinales expresiones. No así al verdadero cristiano que, no solamente tributa sus obsequios y respetos á la santa cruz, sino que se deleita en darla todo el culto externo é interno que le exige la fe, el amor y la gratitud, juntamente con los trabajos y penas que sufre con conformidad; trabajos y angustias que mira, no como males, sino como verdaderos bienes, porque sabe que Dios es quien los envía. Estos harán que prorrumpa desde luego como otro San Pablo: "Señor y Dios mio, yo en mis congojas y pesares, en mi angustia y tribulación, en mi padecer y en mi alliccion, en mis trabajos y en todas mis enfermedades, jamás dejaré de gloriarme de buena gana, para que en mi habité ó conmigo esté siempre la virtud de Cristo: *Libenter gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi*. ¡Qué grandeza, qué inalterable paz gozan los sectarios de la cruz!

12. Almas que me estais oyendo y que presentais un corazón dócil y tierno, no solo á la palabra evangélica sino á las humillaciones del Calvario, decidnos si no es cierto que en seguir los impulsos de la divina gracia hallais, aun en los mismos dolores de la cruz y en los rigores santos de la penitencia, un dulce sosiego y una tranquilidad inalterable de conciencia, en que arrebatadas muchas veces como otro Pablo de un torrente inagotable de delicias, exclamais con vuestro Dios y crucificando dueño: *Secundum multitudinem dolorum meorum, consolationes tue lætificaverunt animam meam*. Con vosotras hablo, almas devotas que estais muertas y crucificadas por la tierna memoria de la cruz, no con aquellos hombres puramente carnales que con su infame conducta se declaran enemigos de la cruz de Jesucristo. Estos no ven en ella mas que pobreza y desnudez; vosotras por la fe des-

entris en ella inmensas riquezas de gracia y salvación. En vista de esto, hermanos míos, buenos y malos, justos y pecadores, veneremos la cruz del Salvador como fuente inagotable de misericordia; rindámosle todos adoración, culto y homenaje, para que así seamos visitados en nuestras congojas y penas, con los consuelos que el Señor derrama sobre los amantes de la cruz. Lleguemos hoy todos delante de esas Aras sacras, para que derramando las más copiosas lágrimas de virtud y reconocimiento, digamos con fervor, espíritu y devoción: "Te besamos y adoramos, ¡oh santa Cruz! En ti ponemos nuestro afecto, nuestra boca y nuestro corazón, como objeto único de nuestras esperanzas; alcánzanos, en fin, Cruz admirable, de aquel Dios de piedad á quien amorosa distes los brazos, los socorros de la gracia en la presente vida, y después en la otra eterna los contenidos de la gloria que á todos os deseo. — AMEN.

SERMON

SOBRE

LOS ENEMIGOS DE LA CRUZ DE JESUCRISTO

SUS EMBATES Y SUS PERDIDAS

PREDICADO

POR EL PRESBITERO JOSE JOAQUIN DIAZ

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE OAXACA
EL 14 DE SEPTIEMBRE DE 1868

Multi... (et sicut dico) inimicos crucis Christi.

S. Paulo ad Philip., c. III. v. 18.

Hay muchas (y lo digo llorando) que son enemigos de la Cruz de Jesucristo.

ILMO. SEÑOR:

La Cruz de Jesucristo no hizo una entrada pacífica en el mundo. Desde que apareció á los ojos del hombre, combatió y fué combatida con encarnizamiento. Los pueblos, preocupados, rechazaron como enemigo el símbolo augusto de la Redención, el remedio de los males de que eran víctimas.

Vaticinada habia sido esa lucha gigantesca. *Este Niño será un signo de contradicción*, dijo el santo viejo Si-

meon, teniendo á Jesus en sus brazos. *No creáis, aseguro despues el Salvador, que yo he venido á traer la paz á la tierra; yo no he venido á traer la paz sino la espada.* El combate, pues, era el destino de la Cruz. Despues de diez y nueve siglos de lucha combate aún, y aunque en pié, combate siempre y oye gritos ó imprecaciones de furor y de odio en torno suyo; sin embargo, majestuosa y serena, llena su mision salvadora y predomina gloriosa en medio de sus enemigos. Sus triunfos le suscitan nuevos adversarios, pero desengañados ó impotentes rinden párras al divino lábaro del Calvario. Nuevos elementos unas veces y otras; armas ya embotadas emplea cada siglo el genio del mal contra la Cruz, pero plantada en la roca de las edades, conjura la tempestuosa borrasca. Ya parece sobreponerse el infierno al poder de todo un Dios, cuando el horizonte asoma la luz, y vuelve el reposo á los corazones.

Pero no se conforma la Divinidad, atenta siempre á exaltar la Cruz del Salvador, con honrarla por triunfos de un carácter universal, sino que por sucesos particulares hace brillar, en la Egipte adorable de nuestra salud, su virtud omnipotente. Hoy, con toda la Iglesia, conmemoramos la exaltacion de la Santa Cruz; pero nosotros en esta solemnidad tenemos un objeto especialísimo, recordamos un prodigio, ó mejor dicho, una serie de prodigios que exclusivamente en nuestro obsequio ha obrado Dios por la Santa Cruz de Huatuleo, el movimiento religioso mas celebre del Nuevo Mundo y el tesoro mas valioso que á ningún pueblo de América donó el cielo por su origen extraordinario, por el número y calidad de sus milagros y por sus gloriosos triunfos sobre sus enemigos.

Para revivir la confianza y aumentar la devoion á la Santa Cruz, voy á hacer un estudio de sus enemigos en sus ataques y en el éxito que hayan obtenido; de cuyo estudio resultará comprobada la exaltacion de la Cruz de Jesucristo para consuelo de los buenos y confusion de los

malos; y si San Pablo vertía copiosas lágrimas considerando el rencor gratuito de los enemigos de la Cruz, nosotros, por el contrario, experimentáremos trasportes de gozo y alegría palpando la exaltacion de la Santa Cruz en sus triunfos y en la vergüenza de sus enemigos.

En gracia de la claridad divido en dos secciones este discurso. En la primera, trataré de los triunfos de la Cruz de Huatuleo en esta iglesia particular de Oaxaca; y en la segunda, de los triunfos de la Cruz en la iglesia universal: de este modo veréis á los enemigos de la Cruz rendidos al pié de la enseña sacrosanta del Calvario, como trofeos de sus victorias; pero antes pidamos la divina gracia por la mediacion de la Virgen augusta, que en su éxtasis, vió pasar delante de sí todas las maravillas obradas por la Cruz. AVE MARIA.

Profundamente misericordiosos fueron, sin duda, las miras de la Divinidad al donarnos la inapreciable prenda de la Cruz de Huatuleo. Presagio feliz de dicha positiva aparece en nuestro propio suelo, como la aurora de un nuevo y venturoso dia, en un tiempo en que todavia viviamos sentados en las tinieblas del error y en las sombras de la muerte, para que cuando profesáramos la verdad católica, fuera para nosotros astro fulgente que esclareciera nuestros conocimientos en orden á la salvacion; misterioso vínculo que sostuviera nuestros trémulos y vacilantes pasos en el camino de la virtud; egida celestial que nos cubriera de los embates constantes de los ene-

migos de nuestras almas. Me parece que, para significarnos esa misión salvadora, dispuso la Divinidad que la Santa Cruz de Huatulco se plantara bajo la brillante constelación que en las regiones meridionales nos muestra el firmamento en cierto periodo del año: *la cruz del Sur*; á la manera que indicó que, en la gruta de Belen se iniciaba la salud del mundo, una resplandeciente estrella que bañó con sus rayos la cuna del Hombre-Dios. Estos altos destinos de la Cruz de Huatulco entre nosotros han venido á ser confirmados por asombrosos sucesos, consignados en testimonios irrefragables. Según la tradición, el mismo apóstol Santo Tomás, ó por lo menos uno de los inmediatos discípulos de los apóstoles, trajo la Santa Cruz y la puso con sus propias manos en la playa de Huatulco, diciendo á los naturales: "Aquí os dejo la señal de todo remedio, tenedla con veneración y respeto, porque tiempo vendrá en que os haga entender el Señor del cielo y de la tierra lo que debéis á este santo Madero." Ellos de tal suerte experimentaron su celestial virtud, que unánimemente la llamaban: *Arbol de universal remedio*. Pero Dios, que quería ensalzar la Santa Cruz mostrándola como el hogar de su omnipotencia y el martillo de sus enemigos, permitió las profanaciones de un pirata hereje, en quien parecía haber encarnado todo el odio del infierno, porque Tomás Cabrig, al desembarcar en Huatulco, observando con profunda indignación el culto y la general confianza que había inspirado la Santa Cruz, determinó destruirla, no omitiendo cuantos medios podía sugerirle la impiedad, tan fecunda en todos los enemigos del nombre cristiano. Emplea, en efecto, hachas, sierras, cables, fuego; pero... ¡oh prodigio! las hachas se hacen astillas, las sierras se despedazan, rompiense los cables; y el fuego, perdiendo su natural violencia, no causa lesión alguna á la enseña sacrosanta de nuestra Redención.

El mismo Dios que, para expiación de nuestros pecados y para que sepamos apreciar el tesoro de la fe, haciéndonos sentir los males que envuelve el olvido de su

santa ley, ha consentido hoy en la demolición de nuestros templos y de nuestros altares, fué quien en aquellos remotos tiempos y con fines igualmente elevados, conservó incólume la Santa Cruz contra los esfuerzos desesperados de un hereje, personificación de los enemigos de la Cruz é instrumento ciego de las divinas misericordias.

Desde entonces, multiplicándose los prodigios de la Santa Cruz en favor de toda suerte de necesidades, se trató maduramente de la traslación del insigne simulacro; pero ese honor estaba reservado á un digno sucesor de los Záratas y Ledesmas, esclarecidos obispos de Oaxaca, al Ilmo. Sr. Dr. D. Juan de Cervantes. El auténtico los portentos de la Santa Cruz, dió conocimiento de ellos á la Silla apostólica y promovió sus cultos, construyendo en este templo una capilla y estableciendo la solemnidad presente. Nuevo Obispedon, el Ilmo. Sr. Cervantes trajo á nuestra misma casa esa misteriosa arca, la Santa Cruz, á que se vinculan tantas bendiciones; y como al verdadero Obispedon promió el cielo su piedad en su gobierno feliz, en la fama de sus virtudes y en una muerte preciosa. ¡Oh Pontífice ilustre! desde el sepulcro, tu santa sombra vió propagarse la fe y la devoción á la Santa Cruz, tierno objeto de tu amor; y en los peligros y necesidades comunes, nos veía agrupados en torno del estandarte real de nuestra religión, encontrando bajo su amparo una virtud enteramente divina que nos libraba de las asechanzas de nuestros enemigos. Pero de medio siglo á esta parte, esa santa sombra mira torva é iracunda el restrinamiento y hasta el olvido de la Santa Cruz y de sus maravillas; y privados voluntariamente de tan alta protección, ve cómo el sutil veneno del racionalismo y del vicio, penetrando nuestras arterias silenciosa y mortalmente, carcome y destruye, con nuestra fe y nuestra piedad, la antigua y ferviente devoción á la Santa Cruz. Descansa en paz, ¡oh gran Pontífice! que si no ya una convicción propia, amargos desengaños y el conocimiento de las pérdidas agresiones de nuestros enemigos nos

arrancarán la venda de los ojos; y arrepentidos y palpitando de esperanzas, volveremos al culto y devoción del angusto Madero, luz celestial que nos vivifica y esendo poderoso que nos defiende.

Bien sabía la Divinidad los siniestros que en el porvenir vendrían sobre nosotros; y con profunda prevision nos deparó la Santa Cruz, tan á propósito para señorear con su poder los elementos desencadenados. Un diluvio de mentiras y de excesos debían invadirnos, y por esto levanta Dios con tiempo la Cruz entre nosotros por tantas maravillas y nos la presenta como el solo objeto capaz de ilustrarnos y preservarnos de los engaños del espíritu sofístico del siglo diez y nueve, porque la Cruz es el triunfo de la verdad divina sobre los delirios humanos: la Cruz es la raíz única de la vida del hombre: solo en la Cruz y por la Cruz halla reposo nuestro pobre corazón: solo en la Cruz y por la Cruz encuentra gozo, abnegacion, pureza, paz y verdadera dicha. Nosotros, cuyos corazones se han conmovido hondamente temiendo por los vitales intereses de la religion y de la Iglesia: nosotros, que en el abismo de nuestros sobresaltos é inquietudes, hemos buscado sostén y amparo en el cielo, yo os señalo para lo sucesivo, como baluarte y muro de defensa inexpugnable, á la Santa Cruz de Huatuleo. La efigie omnipotente que humilló la insolencia sacrilega del corsario inglés, humillará igualmente á los gratuitos enemigos de los misterios que en ella se consumaron: la efigie omnipotente que se dió generosa en fragmentos de sí misma á los fieles, que se dejó mover para estar entre nosotros de los leves impulsos de los cristianos, pero que resistió como una roca al hierro, al fuego y á los cables del pirata, no nos abandonará cuando la invoquemos confiados y sinceramente arrepentidos; y si Oaxaca ha sido un pueblo privilegiado entre los pueblos del Nuevo Mundo, porque á ningun otro se dispensó un beneficio tan singular en todas sus circunstancias, suficiente fundamento tenemos para prometernos de esta Cruz divina señalados fa-

vores, especialmente en apuros supremos: hé aqui los triunfos de la Cruz en esta Iglesia particular; pero demos ahora á su poder mas dilatado campo; considerando sus triunfos en la Iglesia universal.

El primer enemigo que pretendió empañar las glorias de la Cruz, fué el judaismo. Objeto de singulares favores de parte de Dios, los judíos creyeron en la superioridad de su raza, despreciaron altamente á los gentiles; y en el Salvador prometido por la ley y los profetas, vieron á un poderoso conquistador de los reinos de este mundo que los haria dueños de todos los pueblos. Por eso su sorpresa no tuvo límites, cuando se les presentó Jesucristo anunciándoles su mision, pobre, sin aparato alguno de grandeza. Un Mesías tan contrario á sus ideas no podia esperar de los judíos otra cosa que el desprecio, el escarnio y el odio. Nada les impresionaban los milagros del Señor ni la sabiduria de su doctrina, ni la popularidad de su mision; consideraban á Jesucristo como el destructor de su gloria pasada y de las esperanzas de su gloria futura. El egoismo judaico no podia sufrirlo, y vino á ser necesariamente el Salvador el blanco de sus tiros, hasta haberle dado muerte de Cruz. Todavía más; tomaron minuciosas precauciones para impedir la Resurreccion. Pero ¿cuál sería su admiracion y su rabia, cuando levantándose la Cruz victoriosa de la muerte; se presentó á sus adoraciones? Contra la Cruz, los judíos cada dia renuevan sus furores, porque es testigo de su orgullo, de su in-

gratitud y de su crueldad; porque les manda abrazar á todos los hombres como hermanos y renunciar ese exclusivismo vergonzoso, que les hace ver la herencia celestial como patrimonio de ellos solos. Sin embargo, sobre los judios ércese su influjo la Redencion, y cuántos caen con amor al pie del patíbulo que sus padres levantaron! Al fin, vendrán á ser fervientes adoradores de la Cruz de Jesucristo.

El paganismo no veía menos destruidas sus pretensiones que el judaismo por la Santa Cruz. Apoyada en la idolatría en el respeto de los reyes, de los pueblos y de los filósofos, fué, sin embargo, combatida de frente por una religión nueva infamada por el suplicio de su autor. Reconvenía el cristianismo á la idolatría de haber degradado y corrompido al hombre; el paganismo no podía ser indiferente á tan graves acusaciones y determinó hacer al cristianismo una guerra implacable, y así lo hizo; pero fué vencido, y ya veis ahora á las religiones paganas sepultadas en el panteon donde yacen las concepciones monstruosas del hombre. Ved cuántos prestigios sostenían á los dioses paganos, prestigios que los hacían casi invencibles. Tenía el paganismo de su parte á todo el género humano; contaba con el poder del imperio romano, con las preocupaciones de la educacion, con todos los recuerdos piadosos, con los instintos de la costumbre, con las afecciones de la patria; tenía en su favor las malas pasiones, todos los deseos culpables del corazón que satisfacía hasta la hartura por una moral sibarita: en fin, el influjo de un culto astutamente calculado era casi irresistible. Ah! si pudierais ver una ceremonia pagana, dice el P. La cordaire, si pudieseis ver á Roma entera subiendo al templo de Júpiter capitolino; ese pueblo, esas legiones, ese senado, todos los recuerdos patrióticos subiendo con ellos, y todos juntos llevando á los dioses la nueva victoria de Roma; si hubiéseis oído el silencio y el ruido de la unanimidad, ese murmullo de todas las pasiones convencidas de su derecho y satisfechas de su triunfo, tal vez,

sucumbiendo á esa general embriaguez, hubiéreis tenido un momento inclinada la cabeza y adorado en las manos de Roma á los antiguos dioses del mundo. Hé aquí lo que la Cruz debía destruir y reemplazar: la sensualidad con la penitencia, el orgullo con la humildad, el amor propio con la propia abnegacion; es decir, con la Cruz las águilas romanas y Júpiter con Jesucristo. Esto pasma, señores, y arranca sentimientos inmensos de adoracion y amor á la enseña sacrosanta del Gólgota por victoria tan espléndida. El racionalismo venia tras el paganismo, y á recibir golpes no menos destructores. Torpemente se engañó la razon humana al juzgar los designios altísimos de la Cruz. No vino Jesucristo á encadenar la razon, sino á apoyarla, á dirigirla, á levantarla. Dándole los principios de los conocimientos. El que es el Señor de las ciencias, en nada menoscababa su independencia; al contrario, le ministraba alas para que emprendiera su vuelo con rápido curso por las regiones del saber. Pero envanecida con sus débiles luces, la razon humana ha tenido la soberbia pretension de escalar las alturas del cielo por sí sola y de penetrar en las profundidades de la tierra: con desdén ha despreciado el apoyo divino, y suspicaz y recelosa, abraza una concentrada animosidad contra la Cruz. La experiencia de diez y nueve siglos ha demostrado que la locura de la Cruz es sabiduría infinita, y la sabiduría de la razon humana una verdadera locura. La Cruz salvó al mundo, desconcertando los raciocinios de la razon del hombre; y no obteniéndose sino por la Cruz la vida moral y la vida intelectual, está descubierta la insuficiencia de la razon en la insuafatez de sus subios, en las ilusiones de sus filósofos y en la vanidad de sus sistemas.

Pero si la razon humana defendía su independencia, que equívocadamente creía amenazada, el poder temporal no era menos celoso de la suya: engreído con su fuerza física, no quería consentir en la existencia de otro poder que juzgaba rival. Tenia expeditos sus medios de ac-

cion para dominar exclusivamente; debian ser sus miras y á realizarlas tenderian sus esfuerzos. Aquí resplandece la misericordiosa mision de la Cruz. Era un bien inapreciable sin disputa. Destruir el despotismo, separando el poder espiritual del material: esto precisamente ha hecho Jesucristo por el misterio de la Cruz. Se reservó el poder espiritual y confió á las potestades de la tierra el imperio de la fuerza. No se conformó el poder temporal con tan sabia como humanitaria distribucion, y se declaró en abierta lucha contra la cruz; pero ha tenido que ceder ante el derecho y la justicia del cristianismo; y gracias á Dios en los países católicos que viven bajo el amparo exclusivo de la Cruz, es imposible el despotismo y reina una bien reglada libertad.

El hombre venia á su vez á poner rémoras al establecimiento de la Cruz en el mundo: no podia oír sin zozobra la predicacion de una doctrina que reprobaba altamente las depravadas inclinaciones del corazon humano. Todos experimentamos la alarma, la revolucion que causa en nuestra naturaleza cuanto enfrena nuestras turbulentas pasiones, y contra esas resistencias tuvo que luchar la Santa Cruz de Jesucristo: pero aisladas ó reunidas quedaron vencidas en la arena del combate. Adoptó el mundo la Cruz, simbolo de su ventura; y bien lo sabeis, las pasiones espantadas cedieron y las virtudes cristianas, practicadas en todo tiempo y en diversos grados, testifican que el hombre antiguo se ha convertido en el hombre nuevo por la omnipotencia de la Cruz. Trunfo es éste tan brillante, que admiramos en los altares hombres en quienes sus sentimientos han sido todo amor, y su amor todo divino; mas bien que hombres, fueron á la manera del espíritu de los ángeles, que pasaron por la tierra como una muestra de la gloria de los justos en la tierra.

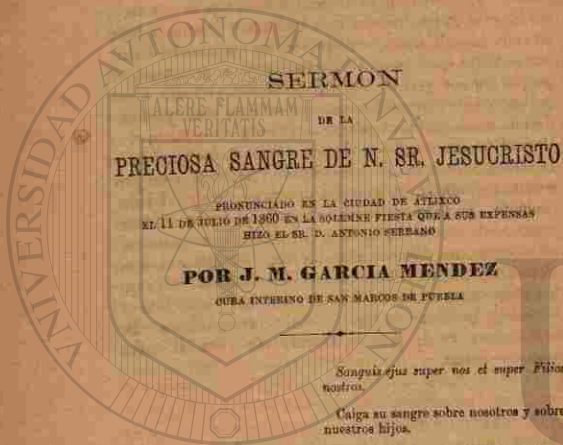
Pero Satanás, Satanás, el implacable enemigo del género humano; ¿podia ser indiferente á las gloriosas conquistas de la Cruz? El, envidioso desde la creacion de la inocencia primitiva del hombre, ¿dejaría de poner

trabas á la regeneracion de la estirpe viciada? Desde el abismo del infierno Satanás bramaba de rabia y urdia astutamente asechanzas contra la Cruz: el sembró el odio en el corazon de los judios, armó el brazo de los tiranos contra los adoradores de la Cruz, sugiere las herejias y los delirios del racionalismo, pone en juego cuantos medios le inspira su orgullo abatido, un rencor tan profundo como el averno. Sin embargo, la serpiente venenosa lucha y pelea en vano, su cabeza ha sido quebrantada: enroscóse desesperada en la cruz al santificarla el Salvador con su muerte divina, como para ahogar á la angustiada victima; pero descendió confundida del madero sagrado, destituida de su antiguo poder, encadenada y vencida. La redencion fué consumada, el Evangelio predicado, la religion cristiana establecida, la herejia confundida y el racionalismo derrotado. La Cruz ha triunfado de sus enemigos, de los espíritus malignos, de Satanás con todas sus legiones de demonios. Restaba, señores, un enemigo mas, la muerte armada de su destructora guadaña. Abrióle las puertas de la tierra el pecado, se apoderó de ella y la ha recorrido sobre su carro fúnebre en todas direcciones, haciendo millares de victimas; pero no ha sido menos desgraciada en su empresa. La Cruz es la espada que ha despedazado la segur de la muerte y la llave que le ha cerrado la morada de los hijos de Dios. Jesucristo con su muerte nos dió la vida; para el cristiano la muerte es mas que una trasformacion gloriosa y el sepulcro la entrada á una eternidad feliz. *Levántate tú que duermes y sal de la tumba*, nos ha dicho Jesucristo y el Apóstol, al contemplar estático el vencimiento de la muerte, la ha interpelado: *¿Dónde está ¡oh muerte! tu victoria! ¿Dónde está ¡oh muerte! tu opion?* La Cruz, señores, sobre nuestro sepulcro es un simbolo de gracia, de resurreccion, de inmortalidad y de gloria.

Aquí tenemos un estudio sobre los enemigos de la Cruz. Siempre me habia interesado el ocuparme de un asunto que, trayendo á la memoria las glorias y esperanzas que

brillan en lo alto de la Cruz, reavivara hacia ella vuestra confianza, vuestra piedad, vuestro amor, así por la consideracion de lo que le debe todo el género humano, como por el recuerdo de lo que Dios ha hecho en favor de nosotros, en particular por la preciosísima prenda de la Cruz de Huatúlco. Cercádos por todas partes de enemigos que nos acechan de continuo y que no esperan mas que una coyuntura para lanzarse sobre nosotros, deber era ó imprescindible indicaros donde estaba la defensa, la fortaleza, el consuelo del cristiano en los peligros á que nos orillan nuestros enemigos. Rindamos, pues, señores, á la cruz de Jesucristo nuestros homenajes, consagrémosle hasta los suspiros de nuestra existencia, clave-mos en ella nuestras pasiones; y la Enseña del Calvario que ha dominado á los enemigos de Dios contra sí, los vencerá igualmente en sus embates contra nosotros. En las agitaciones de nuestra borrascosa vida, en las vicisitudes de los tiempos, la Cruz triunfante levantará nuestros abatidos ánimos, nos inundará de esperanzas y nos hará tocar la dicha deseada; y si velada con las sombras del infortunio se nos presentase alguna vez tétrica á la vista, no desfallezcamos; recordemos que ninguna potestad puede cosa alguna contra la cruz de Jesucristo, que mientras mas reñido sea el combate, tanto mas gloriosa será la victoria, y que no es coronado sino el que peles legítimamente. Permitidme, señores, que os refiera un hecho portentoso y que ha sido, no hace mucho, sellado con la autoridad de la Iglesia. Caminaba para Manila San Felipe de Jesus, cuando lo sorprendió en el mar deshecha tempestad. En momentos supremos fija su vista en el cielo y admira una cruz blanca, resplandeciente, que bien pronto adquiere un color de sangre: una negra nube cubrió aquel imponente y misterioso fenómeno. Despues el ilustre mexicano padeció por la fe y obtenia en el Japon el triunfo del martirio. Así Dios, hermanos míos, nos conduce por vias misteriosas y en medio de tempestades y borrascas al puerto de la felicidad, poniéndonos delan-

te la Cruz del Salvador, que nos anima, nos sostiene y comunica, cada vez mas, nuevo vigor en nuestros combates. Para hacernos dignos de tan soberana proteccion preciso es que la honremos con nuestras buenas obras; y si los enemigos de Dios se han coaligado contra la Cruz jurando hacerle una guerra sin tregua, hagámosles entender nosotros que estamos determinados á armarnos, en propia defensa y la de Dios, de todas las virtudes evangélicas y que con ellas somos invencibles. Manejándonos de este modo contarémos con la victoria en el tiempo, y llegará un dia en que podamos entonar alegremente en la eternidad este cántico de triunfo: "El Señor es mi protector, mi escudo, mi gloria y el que me levantó del abatimiento. En todo apuro alcé mi grito al Señor pidiéndole socorro, y él se dignó escucharme benignamente desde su santo monte. Buenas pruebas tengo de que nunca me abandonó, porque siempre humilló y confundió á los que sin justa causa se me declararon enemigos: quebrantó el orgullo y la fuerza de mis violentos perseguidores. Del Señor, pues, es de quien solamente nos viene la salvacion." — AMEN.



Sanguis eius super nos et super Filios nostros.

Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.

S. Math., cap. XXVII, v. 26.

Al ocuparme, señores, del misterio mas inesfable de los consejos eternos, á saber: la redencion del género humano por medio de la efusion de la sangre preciosa del unigénito de Dios, mi primera emoci6n es, humillarme y confundirme á la consideracion de la incredulidad y obstinacion con que el pueblo predilecto para quien estaban reservadas las primicias de este beneficio, correspondió á tan inmensa bondad y amor, negándose á reconocer y recibir al Mesias, nacido en su seno y de la sangre de uno de sus patriarcas mas insignes.

Era el pueblo hebreo el primogénito de la gran familia del mundo: estuvo, durante tres mil años, en posesion de los lugares que habian sido la cuna del género humano: fue destinado desde un principio para ser (por una especie de presuncion) el confidente del Padre celestial, con la obligacion, empero, de dar cuenta de los dones recibidos en el gran día de la apertura del Antiguo Testamento del cual llegó á ser ejecutor universal, constituyéndose en instrumento de misericordia y de justicia.

Mientras todas las naciones de la tierra marchaban ciegas por la estrecha senda de sus intereses individuales: mientras sus escuelas se contradecian recíprocamente por la oposicion de sus respectivas doctrinas, y su politica, su religion y su filosofia divagaban por caminos aislados y sin salida, el pueblo hebreo solo tiene una doctrina, una politica, un destino, una idea fija: es la de anunciar, simbolizar y esperar al Mesias. Preocúpale solo este grande objeto: nada es capaz de distraerle ni desviarle de él durante la larga serie de treinta siglos, dentro de los cuales Abraham, Jacob, Moysés, David, Isaias, Daniel y tantos otros patriarcas, legisladores, reyes y pontífices, solo aparecen de tarde en tarde, para repetir y reanimar la grande esperanza de su divino objeto. Y este pueblo, que en sus mas bellos dias de poder y de gloria, en tiempo de David y Salomon, nunca pensó en pretender que el Mesias debia entonces aparecer; ni jamás desesperó de verle en sus mayores aflicciones en tiempo de Daniel y de los Macabeos; este pueblo, en el momento supremo de la aparicion de Jesus, cuando las semanas proféticas estaban cumplidas; cuando en la persona de ese hombre extraordinario y divino estaban resumidas las señales de todos los oráculos y el mundo habia llegado al punto mas abyecto de depravacion, en que era necesaria una regeneracion completa para sacarlo de la sombra de las tinieblas: entonces le desconoce al través de las circunstancias de su aparecimiento, veladas con un doble y contrapuesto carácter de debilidad y de fuerza, de humillacion y de glo-

ria, de sufrimiento y de felicidad. Se dividieron sus opiniones, y siguiendo éstas su curso de las pasiones humanas, los falsos doctores rompieron las predicaciones de los profetas y se inclinaron á esperar la venida de un dominador y conquistador, rodeado de fuerza, de gloria y de felicidad, por cuyos medios, y nunca por la humildad, los ultrajes y el sacrificio, cumpliera la promesa de un Mesías, salvando las almas y reformando el mundo. El Hijo de Dios vino á los suyos y los suyos no le recibieron (1). El pueblo hebreo se obstinó en su ceguedad; maldijo á los que creyesen en el tiempo de la venida del libertador desead; y á su presencia se convirtió en su acusador y en su verdugo, y así abdicó las primicias de los beneficios de la redención, en favor de otro pueblo menos privilegiado, menos escogido; pero mas creyente, mas dócil y mas fiel, nacido al pie de la Cruz del Gólgota, y vivificado por la sangre divina de una víctima, cuyo sacrificio reasumió todos los sacrificios antiguos, todos los holocaustos y todas las ofrendas con que se pretendía aplacar la justicia del cielo.

Al caer la preciosísima sangre de Jesús sobre la tierra ingrata de Jerusalem, y al acabar de verterse en la cima del Gólgota, maldición eterna cayó también sobre el pueblo ingrato que olvidando su predilección, su destino y su gloria, se convirtió en pueblo deicida; y sobre su crimen y su rebeldía brotó otro pueblo que acogió humilde la voz de los patriarcas, que en la persona de un proscrito, pendiente en el patíbulo de los esclavos, reconoció al justo, que según David (2) debía ser desechado, acusado y atormentado de mil maneras: al que según Isaías (3) sería negado, ultrajado y escarnecido; vendido según Zacarías (4) y según Daniel (5) muerto y glorioso en su sepulcro, de donde saldría triunfante de la muerte, enca-

- (1) Joan. I. XI.
 (2) Salm. 117, 46, 68.
 (3) Cap. LIII.
 (4) " XI.
 (5) " XI.

denaria el poder del demonio, abriría el paraíso celestial á todas las naciones á quienes venia á redimir. Y en el sorprendente contraste de destinos que estas dos fracciones principales de la humanidad ofrecen á la historia de su rehabilitación, yo debo exclamar, no con el espíritu de los obstinados enemigos de Jesús, sino con el fervor y la fe del pueblo cristiano, cuya confianza se apoya en ese Ariel (1) donde el Unigénito de Dios se sacrificó por los hombres, yo debo exclamar: "*Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos,*" porque en verdad, señores, en cumplimiento de esta terrible imprecación, la Sangre preciosísima de Nuestro Señor Jesucristo se vertió sobre la tierra, cayendo sobre el pueblo judío para su confusión y exterminio en castigo de su incredulidad; y sobre el pueblo fiel para su prosperidad y salvación, en premio de su fe. Esta idea, hija de nuestra creencia, necesario para desenvolverla, cuanto me sea dado, de la protección y auxilio de la que fué el fundamento mas sólido y principal de la fe cristiana: la Virgen María Madre de Dios, á quien invocaremos sumisa y reverentemente. AVE MARIA.

Sanguis ejus, etc.

Si pretender penetrar los arcanos de la Providencia sino hasta donde nos es permitido, bien puede decirse con un filósofo cristiano (2) que si la rehabilitación del género humano hubiese sucedido inmediatamente á la caída

- (1) Era el nombre del altar de los holocaustos.
 (2) Augusto Nicolas. Estudios filosóficos.

de su jefe, no hubiéramos conocido nunca su verdadera importancia, concebido toda su necesidad ni comprendido sus prodigios. Hubiérase confundido con la creación misma y hubiéramos creído tenerla por derecho de naturaleza y no por el beneficio voluntario de la gracia de Dios. Convenía, en efecto, que la tierra conociese y sintiese por muchos siglos su mal, para que pudiese desear y apreciar su remedio. Convenía que el linaje humano experimentase su miseria e impotencia, para sacar de sí mismo el medio de expiación que nunca debiera ser menos que por el sacrificio de una víctima santa, sustituta y sangrienta.

El linaje humano había pecado contra Dios en el primer hombre y no podía rehabilitarse sino redimiendo su falta por medio de un sacrificio que fuese bastante eficaz para expiarla, y era necesario que la igualase en importancia. La falta era infinita, pues que había violado á la justicia infinita de Dios. Así debía ser la víctima que se ofreciese en sacrificio para la expiación del pecado. El hombre era finito por naturaleza: llegó á serlo aun mas por el pecado: no podía encontrar en sí mismo la expiación reclamada por la justicia infinita y por consiguiente divina. Solo Jesucristo, unigénito de Dios, pudo ser una víctima infinita: víctima como hombre: infinita como Dios. Y este fué el primer carácter de su sacrificio, al cual estaba vinculada la salvacion de la humanidad. También fué sacrificado Jesus, como víctima sustituta del hombre culpable, derramando sobre él todos los méritos de su sacrificio. ¿Quién pudiera decir, sin enorme blasfemia, que el Hijo de Dios fuese pecador? ¿Quién pudiera negarle el derecho con que dijo á los fariseos: *¿Quién de vosotros me acusará de pecado?* ¿Y quién, por último, puede desconocer en Jesucristo la víctima inocente que en tono profético descubrió Isaias (1), diciendo: "Tomó sobre sí nuestras enfermedades: cargó con nuestros dolores y sobrellevó las iniquidades de todos los hombres."

(1) Isaias.

Su sacrificio fué, finalmente, sangriento. No bastó que el Verbo de Dios se sacrificase en la anonadación de descender del seno de su Padre á encarnar en el de una mujer: no bastó que su divinidad se velase revistiéndose de la humanidad culpable: no bastaron las humillaciones á que se sujetó desde su nacimiento en un establo hasta su muerte en una Cruz: no bastaron, por último, todos los sacrificios de suprema dignidad que su magnánimo corazón sufrió en las contradicciones, oprobios, blasfemias é improprios con que cada día le afligian sus enemigos: era necesario que su sacrificio reasumiere en la verdad, todas las condiciones de los antiguos que prefiguraban el suyo y que éste fuese cruento. Y lo fué realmente. Y lo fué hasta el extremo de verterse toda su sangre; y lo fué para que así como con la sangre de Adán circuló el pecado en todos los miembros de su posteridad, así la sangre del nuevo Adán Jesucristo, como representante de la naturaleza humana, expiase la culpa; y como representante de la naturaleza divina, lavase los pecados del linaje humano: dos efectos tan íntimamente unidos entre sí, como lo están las dos naturalezas de donde proceden y que solo pudieran encontrarse en la persona de Jesucristo.

Estas ideas, señores, que mi pobre razon ha podido combinar y mi voz apenas bosquejar, ni fe las adopta como principios en que pudo apoyarse el plan divino de la redención de la humanidad por medio del sacrificio de Jesucristo: principios que sin embargo de hallarse desenvueltos en tono profético en los libros sagrados por los oráculos del testamento antiguo, desde Jeremias hasta Daniel y desde Oseas hasta Malaquías, fueron olvidados por la gran familia á quien escogió Dios para ser depositaria de la palabra escrita y para testigo del tiempo en que había de tener cumplimiento. Por ese pueblo cuyos misioneros exclusiva era el saber y comprender los designios de la Providencia á quien por tanto pudiéramos llamar con San Agustín el gran profeta único, cuya esperanza era una herencia nacional que cada generacion

trasmítala á la siguiente, aproximando los términos de su cumplimiento. Y cuando el Mesías vino á la tierra y los astrós le anunciaron los representantes de naciones remotas, le hablaron y adoraron; los ángeles le asistieron y la naturaleza toda, con su lenguaje mudo, pero elocuente, entonaba el himno de alabanza al venido en el nombre del Señor. Entonces ese pueblo comenzó á fluctuar en su fe: dudó de las predicciones repetidas mil veces y sostenidas por las tradiciones mas venerables, se burló hasta de los vaticinios profanos que parecían en misteriosa concordancia con los divinos, y rompió la unidad de la espec-tación común.

Mas adelante, cuando el Mesías, que en su niñez y juventud habia vivido oculto y apenas se habia dado á conocer por medio de la revelación á algunos varones justos: cuando salió á la luz pública al trato común de los hombres para mostrarles, personificados en él, los vaticinios y los deseos, para comunicarles las verdades eternas y revelar los designios de la Providencia, tanto á sus discípulos como á sus enemigos, y comprobarles con su santa vida y sus milagros que era el el prometido y deseado, el sujeto y objeto de la espec-tación de treinta siglos, entonces, la mayor parte de su pueblo le desconoce y se niega á recibirle. Todos los fariseos y falsos doctores de la ley; todos los pontífices, le hacen objeto de sus miradas, y en vez de confrontarle con los sagrados vaticinios que lo habian descrito palpablemente, echan de menos en su persona un tipo, que solo sus afecciones carnales pudieran haber forjado en su imaginación. Ellos esperaban un conquistador soberbio, un príncipe que rodeado de fuerza y de esplendor, viniese á dominar las naciones; y el Hijo de Dios, á la manera de un Soberano que por razon de estado evita entrar en sus dominios por el rumbo en que se le está esperando, no hizo su entrada al mundo por el arco triunfal de las grandezas humanas, sino que sale de la humillación y oscuridad de la vida privada, á la sencillez y moderación de la vida pública.

Irreprensible y santo, colmando la tierra de sus beneficios, reformando las costumbres y poniendo freno á las pasiones, él se hace objeto de la persecucion de sus enemigos: le censuran y le acechan, le zahieren y le blasfeman, le desprecian y le infaman. El que mas le tolera le llama el hijo del modesto carpintero de Nazareth. El que mas le honra le confiesa dotado de ingenio, pero despojado de todo brillo semejante al resto de los hombres, y por tanto indigno de fe. El que menos le insulta, le llama un astuto embaucador del pueblo y atribuye á Belcebub sus milagros. Los que le envidian le abaten y desprecian; y los que le temen, le cubren de todo el oprobio del crimen. Rodeado de los falsos juicios de los hombres, pero siempre virtuoso, siempre santo, le hacen pasar por inicuo y perverso. Le prenden con alevosía para entregarlo á los mas atroces ultrajes y duros tormentos, y ved luego á sus inicuos enemigos que habiendo empleado inútilmente las calumnias y las amenazas para arrancar á Pilatos la sentencia de muerte de Jesus, ahora recurren á una conmoción popular; y los que afectando celo hipócrita por el orden público pedían la muerte del Salvador por sedicioso, hoy organizan una sedición pronta á estallar, si el magistrado no cede á sus exigencias. No les acalla la inocencia de Jesucristo proclamada por ese mismo juez: no les intimida una ceremonia misteriosa y nueva hasta entonces, que consiste en lavarse Pilatos las manos despues de haber firmado la inicua sentencia, exclamando en alta voz ante el pueblo: "*Yo me declaro inocente de la sangre de este justo: vosotros responderéis de la iniquidad que cometéis* (1)." ¡Pueblo obstinado! ¡Pueblo ingrato! Mientras Pilatos protesta solemnemente que está inocente de la sangre que va á derramarse, el pueblo, amotinado ante el palacio del gobernador é instigado por los enemigos de Jesucristo, redobla sus esfuerzos, y con grito unánime exclama: *Crucifige, Crucifige*. "Cai-ga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos." *Sanguis ejus, etc.*

(1) Math. 27, 24.

¡Petición criminal! ¡imprecación impia! ¿Con qué vosotros, ¡pueblo antes predilecto de Dios y hoy pueblo ingrato y rebelde! vosotros responderéis voluntariamente de esa sangre que va á derramarse, de esa sangre sin mancha, de esa sangre divina? ¿Vosotros consentís en que la venganza del cielo caiga sobre vuestras cabezas y las de vuestros hijos? ¿Vosotros aceptáis ese crimen horrendo, con toda su responsabilidad y odiosidad? ¡Impios! Sucederá lo que deseáis: esa imprecación infernal tendrá eco terrible en toda la tierra: vuestro deseo sacrilego será satisfecho. La única parte que pedís de esa sangre, es el placer cruel de derramarla: esa parte os será concedida.

Esa sangre divina caerá sobre vosotros; pero será para perderos en vez de salvaros. Caerá sobre vuestra opulenta capital, que será destruida y no quedará piedra sobre piedra. Vuestro templo será profanado y derribado: vuestros hijos y esposas entregados á la servidumbre de un tirano, y vuestros campos talados y esterilizados por muchos siglos. Caerá también sobre vuestros hijos, quienes se verán envueltos en vuestro crimen y en vuestra maldición. Ella imprimirá en sus frentes la marca del deshonor y de la infamia. Sin nación propia y sin religión, diseminados y fugitivos por toda la tierra, como Cain, seréis aborrecidos de Dios y de los hombres. Andaréis errantes por todo el mundo, sin hogar, sin amigos, y vuestra expectación será burlada. Todos los pueblos de la tierra, se cubrirán de horror á la vista de vuestros hijos y descendientes: volverán sus ojos para no verlos, porque verán escrita en su frente con caracteres de sangre esta palabra indeleble..... ¡Pueblo deicida! Caerá, dentro de pocas horas, sobre vosotros la sangre del enviado de Dios; y á su muerte el mundo se cubrirá de densas tinieblas: la tierra se conmoverá violentamente: las rocas se abrirán: los sepuleros arrojarán de su seno los cadáveres: el velo del templo se rasgará, y toda la naturaleza se estremecerá al ver consumado vuestro crimen en la persona de su Criador. Y vosotros ¡impíos! confu-

sos y arrodrados al frente del gran cataclismo que jamás viera el mundo, descendereis medrosos del Gólgota, teatro de vuestro horrendo crimen, á cumplir sacrilegamente el precepto pascual, y dándoos golpes de pecho diréis inútilmente: "Verdaderamente era este el Hijo de Dios." *Vere filius Dei erat iste* (1). Entretanto, nosotros los cristianos, los hijos del Calvario, los hijos llamados y regenerados por la virtud de esa sangre preciosísima, convirtámos el insulto en homenaje, la imprecación en súplica, y digamos á Jesús: "Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos." Derramadla en nuestro espíritu para iluminarlo, en nuestro corazón para convertirlo, en nuestra alma para purificarla, en nuestros hijos para santificarlos y en nuestro suelo para inundarlo de fe, de esperanza y de caridad. Estos son los fines de la misericordia de nuestro Redentor para el pueblo cristiano. Veámoslo brevemente. Uno de los caracteres que mas resaltan en la expiación de Jesús, es la universalidad de su sacrificio. Su sangre adorable se vertió por todos los hombres y por cada uno de ellos en particular.

Cada uno puede ver y distinguir su individualidad, en la generosidad de aquel sacrificio. Por su medio se estableció una relación directa y un comercio íntimo de gratitud y de amor, entre cada uno de nosotros y la Victimá suprema que se inmoló solo por amor á los hombres. Es por esto por lo que la Providencia dispuso que este sacrificio tuviese lugar en el monte Calvario. Todos los evangelistas unánimemente convienen en esta circunstancia: ¿Sabeis, señores, por qué están ligados en gran parte, la grandeza, la importancia y los efectos del sacrificio del Redentor, á la circunstancia del lugar de su muerte? Escuchad: El monte Gólgota que se llamó monte Calvario (2) ó el lugar de la calavera, fué el sacro monte en el cual Abel, Noé, Melquisedec, Abraham, Josué, David, Salomón y todos los pontífices descendientes de Aron,

(1) Math. 27, 54.

(2) Id. id. 33.

ofrecieron á Dios sacrificios; cada uno de los cuales representaba una de las particularidades del de Jesucristo y todos le figuraban.

Hay más. En ese mis no monte, según el testimonio de un intérprete (1), depositó Noé, al salir del arca, los restos del primer padre del linaje humano, que había guardado en ella para salvarlos del diluvio; los restos del primer barro, organizado por las manos de Dios y vivo por su insuflación divina; y esa calavera, esa cabeza augusta que se descubrió y exhumó de la fosa que cavaron los verdugos para sentar la Cruz del Redentor, es la de nuestro primer padre, la del primer pecador; la calavera de Adán, de donde tomó el nombre de Monte. Allí en el monte, donde fue sepultado el primer pecador, que inculó á toda su posteridad, allí padece y muere Jesucristo; y su sangre preciosa riega esta tierra, á fin de que el polvo del viejo Adán, mezclado con la sangre de Jesucristo, pueda ser purificado con la virtud del agua divina y de la sangre santa que se vierte y cae en el vértice de ese cráneo, que parece que la casualidad abandona al pie de la Cruz. No fue el acaso: fue el designio de Dios, que para indicarnos la generalidad del sacrificio de su Unigénito, quiso que toda su sangre se vertiese en el lugar mismo donde de muchos siglos estaba sepultada la cabeza culpable, y donde reposaban, reducidos á ceniza, los restos del cuerpo del primer hombre homicida de su raza. Allí mismo planta el árbol de la vida; allí salta la sangre del Salvador, humeante por el fuego de su amor y de su caridad; allí reanima ese polvo inerte: allí da la vida y la libertad á todo el género humano; porque así como, según siente San Pablo (2) y con él todos los doctores é intérpretes, así como todos los hombres estaban muertos en Adán, todos debían renacer en Jesucristo; y después de las palabras de justicia que pronunció sobre Adán en el paraíso, diciéndole: "Polvo eres y en polvo

(1) Ad Lapidem in Math., 27.
(2) Ad Ephes., 5.

te has de convertir (1)," en el Calvario profirió estas de misericordia: "Levantate tú que duermes el sueño de la muerte: sal de la tumba, hoy que la luz de tu Salvador te llama con toda tu raza á la resurrección y á la vida." ¡Oh raugo inefable de la Providencia divina! ¡El autor del pecado, es el primero que participa de la sangre del autor de la justicia! ¡El autor de la muerte vé morir sobre sí al autor de la vida; y la malicia del primer Adán experimenta los méritos de la inocencia del segundo, haciéndonos comprender que en la misericordia inmensa usada con nuestro primer padre, fuimos comprendidos nosotros que somos sus desventurados hijos! ¡Oh inefable misericordia de Dios, nunca bastante apreciada ni correspondida!

Mas el pueblo judío, predestinado á gozar de las primicias de este beneficio incomparable, ciego y obstinado en su incredulidad, despreció los dones del cielo y abdicó su derecho. Cual Esau vendió á Jacob los derechos de su primogenitura, por una insulsa vianda (2), así este pueblo por su instinto y afecciones carnales, renuncia en favor del otro pueblo menos favorecido los derechos de su primogenitura en el orden de la gracia. Pero era ese pueblo dócil, creyente y humilde, que no juzgándose digno del pan de los hijos de Israel, estaba dispuesto á recoger las migajas que caían de su mesa. Era pueblo que incurcise y sin ley, y al cual no fueron confiados los oráculos de Dios (3), guardó la ley en su corazón y de ella dió testimonio en su conciencia. Era pueblo que sin adopción y sin gloria, sin alianza y sin legislación, sin culto y sin promesa, descubrió en el mundo al Mesías, le reconoció y le siguió. Era pueblo que según su mismo Apóstol (4) recibió la salud del pecado de los judíos, para excitarlos á reconocer su crimen y á imitarlo en la fe. Era pueblo prefigurado en el hijo de la esposa libre y es-

(1) Génesis.
(2) Id. 25, 33.
(3) S. Paul. ad Roman., 3, 2.
(4) Id. id. 11.

téril de Abraham, para ser constituido en la nueva alianza del monte Sion y hecho heredero de la celestial Jerusalén, en contraposición del hijo de la esposa esclava y fecunda, constituido en la primera alianza del Sinaí, para ser después exheredado de los derechos de Israel. Pueblo, en fin, que estando de asiento en las tinieblas de la idolatría y en las sombras de la muerte, el gran faro de la fe, elevado en el Gólgota, le sirvió de guía en el proceloso mar de sus errores y le condujo al puerto de salvación. Esta es la estirpe de bendición en la cual se desarrolló el primer germen del cristianismo.

Dos pescadores humildes, ilustrados por el evangelio santo en la insuflación de Pentecostés, se dividen entre sí todo el mundo en cumplimiento de las órdenes de su Maestro y comienzan a predicar la doctrina que le habían oído, comprobándola con su conducta, con sus milagros y con su sangre. Así comienzan y se acaba la conquista del mundo, de ese mundo sumido en los errores de la idolatría y en el desenfreno de las costumbres; y ese mundo se transforma luego al eco de la palabra evangelica y transformado pertenece todo a Jesucristo y procede de Jesucristo como de una nueva raza. Por todas partes y sobre todas las cosas se planta el instrumento de la expiación: la Cruz. La Cruz poco antes tan execrable y horrible, y después tan adorable y preciosa, como signo del límite de la humanidad antigua, y el punto de partida de la humanidad regenerada. De este signo hace modelo de todas sus acciones, regla de todos sus deberes, origen y adorno de todas sus grandezas, vínculo de todas sus empresas, apoyo y remedio de todas sus debilidades y eterno testamento de toda su actividad.

Hé aquí, señores, los efectos de la emisión de la preciosa sangre de Jesucristo, obradas en la estirpe cristiana por contraposición de la imprecación de los judíos, *Sanguis ejus, etc.* El sacrificio del Calvario, reasumiendo realmente las prefiguraciones de todos los antiguos, una vez celebrado fué bastante para aplacar la justicia de Dios

y borrar todos los pecados del linaje humano. El Hijo de Dios, cuando entró al mundo para iniciar y consumir con el sacrificio de su sangre la expiación, dijo a su Padre celestial: "*Sacrificios, ofrendas y holocaustos por los pecados no quisiste ya, ni te son agradables los que te ofrecen los hombres según la ley. Héme aquí que vengo para hacer tu voluntad. Por esto me has recibido de un cuerpo formado por ti mismo en el que pudiese yo ser sacrificado en lugar de todas las víctimas de la ley antigua: quita y abroja éstos y acepta el que yo te ofrezco por amor (1).*" En esta voluntad, dice San Pablo (2), somos redimidos por la sangre de nuestro Señor Jesucristo, quien habiendo ofrecido un solo sacrificio por los pecados, hizo perfectos para siempre a los que ha santificado, según el evangelio santo lo había predicho por Jeremías (3), diciendo: "*Yo haré un nuevo testamento con mi pueblo: le daré mis leyes, las grabaré en sus corazones, y nunca jamás me acordaré de sus pecados ni de sus maldades.*" Por eso el mismo Apóstol, excitando a los hebreos, les dice (4): "*Tened, hermanos, confianza de entrar en el santuario por la sangre de Jesucristo. Emprendamos practicar el nuevo camino de vida, que nos marcó El primero con su pasión. Tenemos un gran sacerdote sobre la casa de Dios: sigámosle con todo corazón, con fe cumplida, con conciencia justificada, lavando nuestras almas con el agua de la penitencia. Conservemos firmes la profesión de nuestra esperanza, porque es fiel el que hizo la promesa; y considerándonos los unos a los otros, vivamos vigilantes en el reino de Jesucristo.*"

Este reino es el de la virtud y la verdad en el mas alto punto de unidad, de concentración y de fuerza. Está fundado en el seno de los reinos del mundo, los comprendiendo a todos y en él todos los hombres son ciudadanos y

(1) Salmo 39.

(2) Ad Hebreos, XX, 10.

(3) Jeremías, XXXI, 3.

(4) Ad Hebreos, XIX.

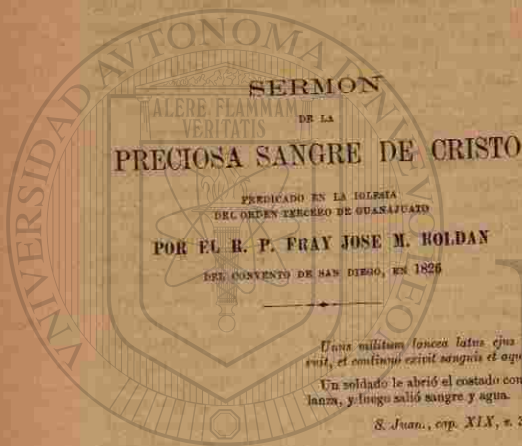
subditos, y Jesucristo es el soberano. Es el reino espiritual de la cristiandad donde tiene la verdad un solo jefe, un centro único desde donde extiende sus influencias á todos los puntos de la tierra donde hay inteligencias, desde donde dirige las legiones apostólicas dedicadas al culto de un solo Dios. Es el imperio de la Iglesia que no conoce mas de una sola economía, una disciplina, una sola voluntad, un solo lenguaje, una ley que combate, do quiera que los encuentra, el error y el vicio, no sirviéndose mas que de la palabra y del ejemplo, no proponiéndose otra conquista que la del bien, ni esperando mas recompensa de sus sacrificios que la felicidad de los hombres, la tranquilidad de la conciencia, la práctica de la virtud y el cielo. Finalmente, es este reino, según la frase digna del gran talento de Bossuet, una sociedad que engendra santos; y una sociedad tal está marcada con una señal infalible de regeneración. ¿Cuál? La sangre preciosísima de nuestro señor Jesucristo.

Tal es, señores, el reino de Dios que su Unigénito vino á establecer por medio de su sacrificio. Inmensa es la transformación que Él hizo en el mundo moral. Inmensos los socorros que ha dado al hombre caído. Ya no hay mal, por atractivos que tenga, que el hombre no pueda evitar; ya no hay bien, por elevado que sea, á que el hombre no pueda aspirar. ¡Con cuántos prodigios de fuerza moral y de santidad ha sido justificada esta confianza, después que Jesucristo la alentó con estas divinas palabras: *Confidete: ego vinci mundum!*

¡Cuántos prodigios de pureza y de inocencia en tantas vírgenes cristianas; cuántos prodigios de heroísmo y de valor en tantos mártires; cuántos prodigios de celo y de caridad en tantos apóstoles, confesores y doctores; cuántos prodigios de abnegación y de sacrificio á la paz y al consuelo de la humanidad, en tantos sacerdotes, en tantos justos, en tantos cristianos de todas condiciones y cuántos prodigios de arrepentimiento y de reforma moral en tantos pecadores convertidos! ¡Ah! si pudiéramos ver de

una manera sensible el mundo de las almas: si pudiéramos abrazar con nuestras miradas todas las virtudes que han florecido, todo el mal que ha sido extirpado, todo el bien que ha recibido el mundo desde el sacrificio del Calvario, ¡con cuánto fervor y espontaneidad tributáramos á nuestro Dios las mas sinceras gracias de amor y reconocimiento, porque en sus consejos eternos estuvo dispuesto que la sangre preciosa de su Unigénito cayese sobre todo el género humano para su prosperidad y santificación! *Sanguis eius supra nos et super filius nostros.*

¡Dios y Redentor mio misericordiosísimo! derramad vuestra sangre preciosa é inocente sobre todo el linaje humano para su justificación. Haced que ella nos libre de los castigos temporales y eternos que hemos merecido por nuestras culpas, como en otro tiempo la sangre del Cordero con que fueron marcadas las casas de los israelitas en Egipto, los salvó de la cólera del Angel exterminador. Haced, Señor, que ese pueblo de Israel, de quien un día dijisteis: *Israel es mi hijo y mi hijo primogénito*, cuando se cumplo la plenitud de los tiempos os dignéis congregar sus dispersiones, que en el mundo vagan sin ley, sin religión y sin destino, y se reúna á la Iglesia Católica en la cual reconquiste su fe y rectifique su esperanza. Haced, finalmente, Señor, que esa sangre de valor infinito que aun hueca en el Calvario, desde donde nos proclama paz, amor recíproco y caridad fraternal, nos una en los verdaderos intereses de la Religión y de la Patria, y en esta concordia, en esa fraternidad, os dirijamos este himno de reconocimiento: ¡Os damos gracias, Dios de infinita bondad, por haberos dignado redimirnos con vuestra sangre preciosa dándonos de ese modo un derecho sagrado á vuestro reino celestial!



Quando veis, hermanos míos, con atenta devoción, la religiosa ceremonia que en virtud de su ministerio sacrosanto practican los fieles ministros del Altísimo; cuando veis que colocados en medio del altar en que se adora al verdadero Dios de los ejércitos, toman con sus manos consagradas el verdadero libro de los Evangelios, y vueltos hacia el pueblo entonan en voz alta y majestuosa la cláusula del evangelio de San Juan en que se describe la efusión prodigiosa de la sangre del Cordero divino. Jesucristo Señor Nuestro, crucificado en la eminentísima cima del Calvario como víctima de expiación y de propiciación por las iniquidades de los hombres; cuando esto veis, no

podéis dejar de representaros en esta memoria la escena misteriosa que se representó en el Sinaí, cuando puesto Moisés junto al altar que por orden de Dios se había erigido en la falda de aquel famoso monte y tomando en sus manos las tablas en que estaban escritos los preceptos y las leyes fundamentales de la nación judaica, las leyó en alta voz, de modo que todos las oyesen; y tomando despues el misterioso hisopo entregido con la purpúrea lana y empapado en la caliente sangre de las víctimas que se acababan de inmolar, roció con ella á todos los hebreos: *Moyse vero, sumptum sanguinem rospexit in populum.*

Así me lo imagino yo, hermanos míos, porque instruído en la doctrina de San Pablo y persuadido por la fe de que cuanto pasaba á los hebreos era sombra y figura de lo que habia de suceder á los cristianos: *Omnia in figura contingebat illis*, debo reconocer y confesar que toda aquella multitud de ceremonias y de ritos que prescribía la ley, la escrupulosa exactitud con que se practicaban, y sobre todo las expresiones ferocesas y patéticas con que terminaba Moisés la ceremonia diciendo á los hombres: "Esta sangre que acaba de teñiros y acapararos, es la prueba mas fiel y el testimonio mas seguro de la alianza que quiere Dios establecer perpetuamente con vosotros: *Hic est sanguis federis pepigit Dominus vobiscum.* Todo esto se ordenaba para representarnos el misterio que hemos venido á celebrar en este templo.

La causa principal de aquella ceremonia era la sangre de las víctimas que se sacrificaban. No porque esa sangre inanimada é insensible de los animales tuviese algunos títulos que la hiciesen recomendable y acreedora á la veneración de los hebreos, sino porque era símbolo y figura de la defica sangre que habia de derramar, despues de muchos siglos, en las aras de la resignación el Hijo de Dios Padre por voluntad divina.

En efecto, señores, los designios que ya tenia formados Dios desde la eternidad de convocar á los pueblos y

naciones todas de la tierra para formar una Iglesia sola, y unir las con el vínculo indisoluble de la fe, en una sola verdadera, católica y cristiana religión, no se podían llevar á la debida ejecución sino por virtud de aquella Sangre que habia de derramar sobre el altar sagrado de la Cruz, el Cordero sin mancha, Jesucristo. Esta divina Sangre debia ser la que aboliese la monstruosa infinidad de religiones falsas y engañosas que reinaban por todo el mundo, y la que destruyese los altares que ocupaban las mentidas deidades de la gentilidad, para que en todas partes fuese solo reconocido y adorado el verdadero Dios, y á él solo se ofreciesen los incensos que sacrilegamente se quemaban al demonio.

Esta divina sangre habia de ser la que á pesar del bélico furor de los romanos, del presuntuoso orgullo de los griegos y de la grosera estupidez de los indios, habia de sujetar al majestuoso imperio de la Cruz los imperios mas opulentos de la tierra; y á pesar de la posesion inmemorial que pretendia sobre los corazones de los hombres el engaño; y á pesar de la corrupción universal de las costumbres, habia de hacer que amaneciese para los mortales la clarísima luz de la verdad.

Correspondió el efecto á los deseos del Todopoderoso. La sangre del Cordero inmaculado, Jesucristo, levantando la voz mucho mejor que la de Abel, se dejó percibir del Eterno Padre, y obró tan estupenda metamorfosis en la tierra, que aquella religion humilde, despreciada y abatida, que solo se componia de doce pobres pescadores rústicos y groseros, se extendió prodigiosamente por los cuatro ángulos del mundo, y sujeto á las voces de su imperio á los príncipes y á los monarcas. Tal es el asunto á que se ha de enderezar en este breve rato mi discurso, haciéndonos ver los triunfos de la Sangre Preciosísima de Jesucristo. Para esto necesito que tú, Purísima Princesa, en cuyo seno virginal se libró esta Sangre Preciosísima, me concedas el auxilio divino de la gracia. — AVE MARIA.

Por mas grandes que fueren los favores de que llenó el Señor á su escogido en el desierto antes de su divina Inearnation; por mas extraordinarias y excesivas que fueren las finezas que ejecutó con él en testimonio de la especial predileccion con que lo amaba; y por mas abundante, en fin, y prodigioso que fuere el cúmulo de beneficios y mercedes que derramó sobre los israelitas en abono de la amorosa proteccion con que los amparaba, no por eso se hacia el Señor objeto de su benevolencia y de su amor, sino solo de su respeto y temor.

Aquellos formidables y espantosos nombres con que queria ser conocido de las gentes, unas veces como Dios de las venganzas, otras como Dios y Señor de los ejércitos, otras como fuerte y poderoso; todos estos nombres, al paso que infundian en los humildes corazones de los hombres profundos sentimientos de temor y reverencia hacia su soberana Majestad, los dejaban en cierto modo engañados y alejados del tiernísimo y dulce afecto de amor. Oculto y escondido debajo de los velos oscurísimos de su divinidad, no se dejaba ver de sus criaturas sino con una especie de desden mas á propósito para hacerse temible y espantoso, que querido y amado.

En consecuencia de esto, si queria conferir con alguno de aquellos padres y patriarcas del Testamento Antiguo negocios importantes de su Sabiduría, no era el Señor quien inmediatamente lo trataba, sino que iluminando á algun espíritu de la mas alta jerarquía, este era quien hablaba y quien articulaba las razones que Dios ponía en su boca para la conclusion de aquel negocio. Si resolvía comisionar á algun campeon ilustre para alguna expedicion brillante de su divina providencia, no bajaba en su persona, sino que, valiéndose del ministerio de algun ángel, á él le daba las facultades y los poderes necesarios para desempeñar debidamente aquella comision. Finalmente, como la voz de Dios no se escuchaba sino entre relámpagos y truenos, ninguno habia que no estuyese persuadido en aquel tiempo de que era consecuencia in-

dispensable y necesaria entre los hombres ver la cara á Dios y morir al punto. *Non vidabit me homo et vivet.*

No era dable que un modo de tratar con sus criaturas, tan austero y desdenoso, se acomodase al génio de aquel Dios cuya naturaleza es el amor y cuya propiedad inseparable es la misma amabilidad. Por eso, conociendo que su grandeza misma le estorbaba, y que la alta y sublime divinidad de su infinito ser le era un infinito estorbo, resuelve desnudarse del brillante esplendor de su divinidad y despojarse del pomposo caudal de luces y fulgores que rodeaban el majestoso trono de sus glorias, para acomodarse á la debilidad y á la flaqueza de la carne y hacerse visible á nuestros ojos.

Efectivamente, aquel Dios que tenia colocado su throno en el lugar mas eminente y encastrado del Empireo; aquel Dios que con un acto solo de su divina voluntad dió el ser á las criaturas todas que componen la máquina admirable y portentosa de este mundo; aquel Dios cuyo brazo omnipotente carga sin fatigarse ni agobiarse la inmensa penumbra de los cielos y la tierra, y á quien rinden vasallaje humilde desde el mas vil gusano hasta el mas encastrado serafin de las alturas; ese mismo Dios se abate y anonada; y vestido de un cuerpo material y corruptible, de la misma naturaleza que es el nuestro, pinta en los delicados vasos de sus venas un copioso caudal de sangre nobilísima, suficiente no solo para pagar las deudas que contraemos por la culpa y para dar satisfaccion cumplida á la justicia de Dios Padre, sino tambien para comprarnos el derecho y el título legitimo de herederos del reino de la gloria.

De aqui nace, señores, que en aquella acerada lanza que traspasó con inhumanidad tan desusada é inaudita el costado de nuestro amoroso Jesus, no venera la Iglesia sino una llave de oro precioso que franqueó á los mortales los tesoros inagotables de las gracias que tenia como representadas ó estancadas en los senos de su misericordia, la generosidad y bizarría de nuestro amorosísimo Criador.

De aqui nace que aquella celestial inundacion de beneficios y mercedes que Dios tenia determinado derramar en sus criaturas para hacer una bizarra ostentacion de sus beneficios y piedad, no se las quiso dar ni conceder sino despues de que las vió purificadas con la Sangre del divino Cordero.

De aqui nace que la tierra viviente y racional de la humana naturaleza no explicó la asombrosa fecundidad de su terreno, ni pudo dar á luz los sazonados frutos de virtud y santidad que tenia preparados, sino despues de estar beneficiada y preparada con el riego apacible de esta Sangre.

De aqui nace que aquella multitud de almas grandes y generosas destinadas por la divina Providencia para ser con el brillante resplandor de sus operaciones hermosísimas, el mas rico ornamento de la Iglesia, no se hallaron capaces de lucir sino despues de haberse matizado y esmaltado con el carmin sagrado de esta Sangre.

De aqui nace, por último, que la graciosa variedad de estados, ejercicios y empleos, de ministerios, de sexos y edades, que forman la hermosura espiritual y prodigiosa de este místico cuerpo de la Iglesia, no supiera jamás desempeñar su obligacion y ministerio, si no es por la virtud y eficacia de esta Sangre, la cual, comunicando su valor y santidad á los estados todos de la Iglesia, á todos los ilustra, valora y santifica, y les da su debida perfeccion y complemento. Si, señores, así es.

Si veis esa lucida tropa de esforzados y valerosos combatientes que empuñando la espada de dos filos de la evangélica predicacion, se presentan en medio de las plazas y de los templos de la gentilidad para anunciar la ley de Cristo, despreciando con generosidad las halagüeñas promesas del tirano y sus combinaciones espantosas, no buscan otra gloria sino la de testificar y rubricar con la preciosa tinta de sus venas las verdades de nuestra religion; sabed que no han bebido en otra fuente ese heroico valor y fortaleza sino en la Sangre del Costado de Jesús.

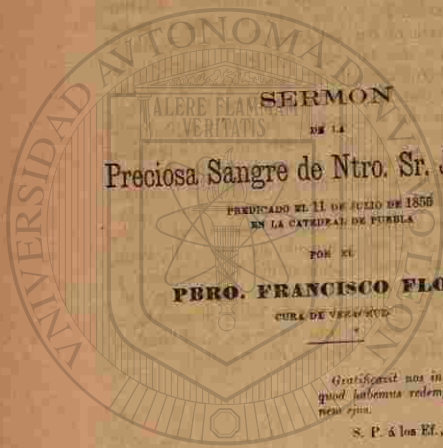
Ella fué quien les infundió tamaños bríos y quien les hizo ver que los cuchillos, las llamas, las ruedas, las catatas y los demás horribles instrumentos que forjó la malicia de los hombres en la negra oficina de su saña, nada tienen de horrible y espantoso para aquellos que no ven la muerte sino como un tránsito forzoso que conduce á los palacios celestiales de la gloria.

Si contemplais esos pensiles religiosos de azucenas que negadas á los dulces placeres de la carne, é insensibles á los tiernos halagos con que el mundo los estaba brindando á que bebiesen en la dorada copa de los gustos y las satisfacciones criminales, os persuadiréis de que figuran en el catálogo de las inteligencias celestiales y divinas para hacer solo un coro y una clase con los ángeles; y de que no han subido á tanta altura sino porque siguiendo presurosos al Cordero que pace entre los lirios de los valles, se apacentaron y nutrieron con el licor precioso de su Sangre.

Si veis esa gloriosa multitud de anacoretas, penitentes y solitarios, que alejados de los tumultos bulliciosos de las gentes y escondidos en el retiro silencioso de una gruta ó de unos claustros, solo tratan de macerar su cuerpo y rendirlo por medio del azote, del ayuno y de la disciplina á las justificadas leyes del espíritu, sabed que no han cursado en otra escuela para aprender tan celestial sabiduría, sino en la de la Sangre de Jesus, porque ella fué quien con sangrientos caracteres imprimió en el papel de sus amantes corazones esta ciencia sagrada de los santos.

Mas, ¿para qué es censur vuestra discreta atencion con la enumeracion prolija de los frutos que en la Iglesia de Dios han producido las benignas influencias de esta Sangre? Levantad las pupilas de los ojos hácia esa cristalina habitacion de las estrellas, y cuando hayais contado los diez y ocho millones de campeones, ilustrísimos que la están hermoheando y adornando con los verdes laureles que cogieron en el campo feliz de su martirio; des-

pues que hayais contado esos ciento cuarenta y cuatro repúblicos ilustres que triunfando del demonio, del mundo y del pecado, subieron á cantar las glorias de su triunfo ante el trono del Dios de los ejércitos; despues que hayais fijado vuestra vista en esa prodigiosa multitud de héroes nobilísimos que la están habitando, preguntadles quién los condujo á aquellas felicísimas moradas del emperio ó por merced de quién tuvieron francas unas puertas que cerradas por los candados de la divina indignacion por muchos siglos, no le dieron entrada á ninguno de los hombres, y todos os dirán que la Sangre del divino Cordero Jesucristo. Os dirán que esa Sangre fué quien los lavó y purificó de la asquerosa mancha que heredaron de su primer padre. Os dirán que ella fué quien les regió el vestido y la estola nupcial con que se hicieron dignos de la gracia y de la amistad del Todopoderoso; y os dirán, por último, que ella fué quien los condujo á tomar posesion del Reino que Jesus les habia prometido en los palacios de la Gloria, y que os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.—AMEN.



SERMON
DE LA
Preciosa Sangre de Ntro. Sr. Jesucristo

PREDICADO EL 11 DE JULIO DE 1856
EN LA CATEDRAL DE PUEBLA

POR EL

Pbro. FRANCISCO FLORES

CURA DE VERACRUZ

*Gratificasti nos in dilecto filio uno in
quod habemus redemptionem per sanguinem ejus.*

S. P. á los Ef., cap. I, vs. 6 y 7.

ILLMO SEÑOR:

Como Dios es nuestro último fin y el principio de toda felicidad, el hombre jamás puede llamarse feliz sino está íntimamente unido con Dios por la gracia. Antes que la humanidad perdiera la inocencia; cuando brillaba sobre su frente una espléndida aureola de gloria; para ser dichoso le bastaba conservar los magníficos dones que había recibido en la creación. Vino su espantosa caída; se dejó engañar por Satanás y mas todavía por su orgullo; quiso llegar por el odio y la rebelion á su última felicidad y con esto se abrió una ancha senda cubierta de es-

pinas y abrojos. Perdida la luz que lo iluminaba en el paraíso, de improviso quedó envuelto en una eterna noche; rota la vestidura de la inocencia se avergozó luego de su asquerosa desnudez.

¡Triste condicion del hombre! exclama San Agustin. Habiendo sido cometido el pecado por el hombre, él era quien debía expiarlo. Mas ¿cómo? Un ser miserable y corrompido, abandonado á sus propias fuerzas; sería posible que se elevara á un mérito inmenso, á una santidad eterna para ofrecer á Dios una satisfaccion infinita por la desobediencia de su origen y sus pecados actuales? A la infinita Majestad solo un Dios podia dar una recompensa digna de sí; la reconciliacion del hombre delincuente con el autor de su ser, parecia absolutamente imposible; su pérdida era inevitable; su vida no tenia esperanza; su muerte era sin remedio. Mas aquello que era imposible á la miseria humana fué posible á la infinita caridad de Dios por medio del misterio sangriento de la Cruz. El Verbo Divino se hizo hombre y entonces, según David, encontrándose en Jesucristo la justicia y la misericordia, se abrazaron, se dieron un ósculo de paz, se unieron y triunfaron constituyéndolo Redentor.

Ya vemos que aquellos títulos de majestad y de grandeza que el Señor se granjeó en la antigua ley, cuando con su presencia hizo estremecer todo el desierto, humear el Sinaí, retroceder las corrientes del Jordan y postarse los mas altos cedros del Líbano, en la ley de gracia se mudaron en títulos de misericordia y en trofeos de su amor. Antes no se presentaba á los hombres sino en su trono de nubes y de relámpagos; celoso de su honra era vengador de sus injurias. ¡Cuántas veces dejó sentir sobre los ingratos el peso de aquella justicia! Justicia que, según la pinta un sabio, fué como el celebrado rio de la Escritura que, á pesar de su débil origen, sacó de su quicio los montes, como la partícula de fuego que con el pábulo reduce á pavesas las ciudades mas populosas, como el rayo que agitado en las nubes tiene por débil

impedimento las mas esforzadas torres. Ahora temple los fervores de su ira con las blanduras de su misericordia; ejerce su bondad como á excusas del rigor y sin que procediese ningun mérito por nuestra parte: *nos hizo agradables en su amado Hijo en el cual tenemos la redencion por su sangre.* Por su sangre, porque con ella desarmó la justicia, dilató la misericordia, abrió el camino, nos franqueó la gloria. Con ella Jesucristo detuvo el torrente impetuoso de sus venganzas y tiene la oliva en la mano como el emblema de la reconciliacion, ó mas bien, ya no es el Dios que en el diluvio quitó los pecados del mundo acabando con los pecadores, sino el Cordero de Dios que los borra con su sangre, dando vida á los hombres de todas las generaciones.

Hé aquí la redencion por su sangre; redencion universal y eterna. Universal, porque esa preciosa sangre por la que nos viniera, fué tan abundante, que dilatándose como su misericordia, no se agotó con la multitud de los redimidos. Eterna, porque su virtud es tan permanente que no se ha secado, ni se borrará, con el trascurso del tiempo. Razon porque voy á demostrar que *la redencion que tenemos en Jesucristo por su sangre, fué común á todos los hombres por su extension, y común á todos los siglos por su duracion.*

Salvador Divino, para hablar dignamente de esa preciosa sangre con que nos redimiste y que por lo mismo el dia de hoy aclamamos nuestra libertadora, te suplico ilumines mi entendimiento y purifiques mis labios. Esta gracia espero alcanzar por la intercesion de Maria Santisima, á quien para el efecto saludo con el Angel.—**AVE MARIA.**

PRIMERA PARTE.

1. Así como todos pecamos en Adán, porque la unidad de todos los hombres entre sí lleva consigo la idea de una responsabilidad común; así también todos fuimos redimidos en Jesucristo, porque obrando en cualidad de segundo Padre del linaje humano, sus misterios, aunque personales, fueron comunes á toda la humanidad, y porque el padecer por los pecados de un representante no sería justo ni conveniente si no nos fuera dado el merecer por los méritos de un sustituto. De aquí, si Dios castiga hasta en su última generación el pecado de unos padres delinquentes, también perdona y salva á hijos criminales por los méritos de sus ascendientes. Noé, inspirado por Dios, maldice en Canaan á toda su posteridad, y el Eterno le anuncia al patriarca Abraham que de su descendencia saldría un vástago en quien serían benditas todas las generaciones. Igual promesa y en los mismos términos se hizo á Isaac y á Jacob, é iluminado este último con nueva luz en el lecho de la muerte, señala á la tribu de Judá como la destinada para dar á luz al que era la esperanza de las naciones. Y ¿quién no reconoce que el prometido era el Mesías por quien vendrían las bendiciones del cielo, que bajo la idea consoladora de un libertador rompería las cadenas que el hombre se había forjado en la fragua de su delirio, apartando la maldición de la tierra? El Profeta, hablando como un evangelista, ya nos había explicado el misterio de la redencion, cuando al anunciar los trabajos del Salvador dijo: *No tiene hermosura ni belleza en su parecer; pusimos en él los ojos y le vimos desfigurado; tomó sobre sí nuestros pecados, fué lla-*

gado por vuestras iniquidades y el castigo del cual naciera nuestra paz con Dios, descargó sobre él, salvando nuestras enfermedades con la sangre de sus heridas.

2. Este fué el grande y profundo misterio que el Apóstol nos reveló, cuando hablando del crucificado dijo: "¿Veis ese divino cuerpo pendiente de una cruz? Pues no está allí el cuerpo de un solo hombre, sino también nuestro hombre viejo; nuestra humanidad culpable ha sido crucificada en Jesucristo á fin de que la inmensa deuda que contraí por el pecado, por este medio fuese borrada, destruida y aniquilada. De consiguiente, cuando el Hijo de Dios exhaló el último suspiro y consumió aquel gran drama del mundo que trajo su origen desde el primer suspiro del hombre delincente; la redención fue universal, porque el defendió nuestra causa, tomó á su cargo nuestros intereses, mereció por nosotros, á todos nos redimió. Pero no nos redimió con sus lágrimas, mas cristalinas que el puro rocío del cielo, no con los suspiros de su corazón, mas tiernos que el jay! de las vírgenes, no encomendando su espíritu al Padre en una muerte natural y común, sino muriendo en manos de la violencia, hecho un varón de dolores y con toda la efusión de su sangre. Porque vino á ponerse en lugar del hombre, y debiendo el castigo proporcionarse al delito, ya estaba obligado el hombre á ofrecer á Dios en sacrificio su misma sangre, porque en ella estaba radicada la primitiva culpa. Hé aquí por qué Jesucristo, con un aparato sangriento allá en la cumbre de la humildad, tremoló el estandarte glorioso de la redención.

3. A este fin se encaminaban todos los sacrificios de la antigua ley; la sangre de tantos animales derramada desde entonces no era mas que figura de la que se vertiría en el Calvario. Y en el Levítico no estaba mandado que casi todas las cosas fueran purificadas con sangre? El libro de la ley, el tabernáculo y todos los vasos destinados al sagrado ministerio eran lavados con ella. Los sacerdotes mismos no podían acercarse á Dios sin ofre-

cerle sacrificios, y el primero que ofreció Abel despues de la tragedia paradisíaca, solo fué acepto á Dios por lo que tenía de sangriento, pues despreció con enojo el de Cain que consistió en los frutos de la tierra, porque sin efusión de sangre no hay remision, dice el Apóstol. Y cuando todas las figuras iban á tener su realidad, cuando las mas oscuras sombras iban á disiparse, Jesucristo, dando á su conversacion un encanto nuevo é inexplicable, les dice á sus discipulos en el Cenáculo: "Este es, á la verdad, el cáliz de mi sangre del Nuevo y del Antiguo Testamento, que se derramará por vosotros y por muchos para la remision de los pecados." De manera que así como el Eterno en el Apocalipsis entrega á los ángeles la copa de su furor para verterla sobre todas las naciones, aquí el Padre pone en manos de su Hijo el cáliz de su misericordia para que la vierta sobre los pecadores, porque ésta es la sangre del Nuevo Testamento que apaga los rayos de la eterna justicia y reconcilia á un Padre irritado con unos hijos indóciles. Esta es la sangre del Cordero que, pasando por los labios, va á teñir las puertas del corazón y aparta al ángel exterminador. Ella tiene mas virtud y eficacia que la de tantas victimas desechadas, y consolida una alianza no con un solo pueblo, sino con todos los de la tierra, porque es común á todos los hombres por su extension.

4. Su virtud y eficacia es tan universal, que segun Casiodoro es comparada á un diluvio que anegando todo el universo lo lava de sus inmundicias; y aunque esto mismo puede decirse de una sola gota de la sangre de Jesucristo, su Majestad ha derramó con tanta abundancia, que nos es imposible hablar de ella sin trasladarnos con los recuerdos y un corazón agradecido al Huerto de Getsemani, regado y humedecido con esa divina Sangre, sin andar con la consideracion y el alma traspasada de dolor las calles de Jerusalem teñidas con ese precioso licor, sin subir llenos de compasion é iluminados con la fe al último lugar de su pasion, todo perfumado con este

bálsamo de la salud. ¡Ah! creemos asistir al espectáculo sangriento; creemos escuchar aquellas palabras de salud y de amor que salieron de los labios de la Víctima, presenciando el insolente clamoreo de las turbas que se rebelan contra el Redentor; parece que oímos aquella voz que hiende los cielos para desarmar la cólera del Padre en favor de un pueblo ciego de furor; parece que sentimos el tránsito á la inmortalidad, á esa inmortalidad cuyo precio no es el oro ni la plata corruptible, sino la sangre de Jesucristo; esa Sangre con que el hombre retocó su antigua semejanza con Dios; esa Sangre que á un ladrón arrepentido le abrió las puertas del paraíso para que fuese de su gloria el primer testigo; esa Sangre que, saliendo á borbotones de todo su santísimo cuerpo, cayó sobre la Magdalena en quien estaban representados todos los pecadores. ¡Oh Sangre preciosa, néctar divino, fuente inagotable, bálsamo oloroso! Tú, saliendo de las venas del Redentor á impulsos de su amor, caíste sobre las piedras del Gólgota á la manera de una lluvia apacible, y descendiendo por sus laderas en torrentes de misericordia, veniste á fertilizar este valle de lágrimas, árido de por sí, cubierto de espinas y abrojos que al hombre le causaban la muerte; porque secas sus plantas, envejecidos sus árboles, agostadas sus yerbas, en medio del estruendo de los huracanes y de los impetuosos torbellinos que se levantaban en sus horizontes; sus fuentes no destilaban más que ponzoña, hálito de aquella serpiente que engañó á nuestros primeros padres. Pero la lluvia fué universal y ese Dios que la derramara, á más de empapar el aire, como dice San Bernardo, salpicó á todo el mundo para pagar con cada una de sus gotas la deuda del hombre insolvente, sin excluir al pobre ni al rico, al que está cerca ni al que está lejos, pues semejante á aquel viento abrasador que arrebató la muchedumbre de langostas que destruían la tierra de Egipto, para ahogarlas en el Mar Rojo, así la sangre de Jesucristo para limpiar el mundo se extendió á cuanto mira el sol y á cuanto alcan-

za todo el orbe de la tierra, ahogando nuestros pecados en el mar inmenso de su Preciosa Sangre, pues fué común á todos los hombres por su extensión, y lo es á todos los siglos por su duración.

SEGUNDA PARTE.

5. Una nueva era de salvación comenzó ya para el mundo; cumpliéronse las profecías y Jesús, colocado en medio de los aires, abarcándolo todo con sus brazos extendidos, fué el signo de reconciliación de toda carne hasta que terminó el tiempo, ocupando el hombre un lugar muy distinguido en el corazón de Dios; por él vino al mundo en el tálamo de la Cruz, se desposó con la humanidad y después de haberlo redimido Dios y Hombre verdadero, subió á los cielos para no olvidarlo jamás; y si Adán contó con los méritos de su Sangre, con ellos se contará hasta la consumación de los siglos, porque la misión de su enviado fué el morir por los hombres de todos los tiempos y de todas las edades. Si, esa oblación sola, esa satisfacción generosa que Jesucristo dió en un tiempo, desafia á la misma eternidad por su duración, y su virtud expiatoria comenzó desde el primer día para no cesar jamás, porque habiendo venido en cualidad de Redentor á librarnos de la esclavitud de Satanás por medio de su Sangre, con ella nos firmó una eterna paz, esa paz firme

é inalterable que como merced de un plausible suceso, anunció á los hombres por medio de los ángeles, cuando recién nacido se dejó ver en las cercanías de Belén. Esa paz verdaderamente divina y encantadora, que como prenda de su futura gloria dejó á los apóstoles para consolarlos, después de haber destruido nuestra muerte nutriendo en medio de dos bandidos, después de haber restablecido la vida de la gracia; pero antes de subir á los cielos, antes de elevarse sobre la nube resplandeciente que le sirvió de carro para entrar victorioso en su reino, donde conducirá también en triunfo á los justos de todos los siglos. Si con las manos llenas de su Sangre abrió las puertas del verdadero santuario, que es el cielo, no fué para entrar él solo, sino para hacernos entrar con él; ya había triunfado del enemigo común que nos lo impidiera y cargándose con sus despojos haciendo una redención completa.

6. A pesar de esta victoria el demonio emplea toda la fuerza de sus tentaciones para conservar la presa; mas Dios, fiel á la promesa de que nos libertará en el día de la tribulación; desde el cielo acaba de combatir contra él, le quita esa injusta posesion en que intenta mantenerse, nos sostiene por su Sangre y nos pone en el goce pacífico de los derechos á su gloria, siendo ésta la materia de los triunfos que conseguirá Jesucristo hasta que acabe el mundo, porque su reino no tiene fin.

7. Por otra parte, ¿no es un sacerdote Eterno según el orden de Melquisedec por quien serán ofrecidos hasta la consumación de los siglos los sacrificios, las oraciones y los votos de los hombres? ¿No es un Pontífice, según San Pablo, cuyo ministerio comienza desde que entró en el santuario de la reconciliación por su Sangre? Habiendo inmolado la víctima, es decir, su Cuerpo, en el Calvario, para desempeñar el oficio de gran sacerdote del que no había sido mas que figura el de la antigua ley; ahora, revestido con la púrpura de su Sangre hermosa con la estola de su inmortalidad y adornado con el pectoral de sus

lagas allí en el cielo le ofrece á su Eterno Padre, no una oblacion pasajera y momentánea, sino una oblacion eterna por la que comparece ante él como el abogado y el Redentor de todos los siglos.

8. ¡Ah! ¿qué sería de las generaciones venideras si la virtud de la Sangre de Jesucristo no fuera eterna? ¡Triste condicion de los que vivieran hasta la última revolucion de los tiempos! Verian con sentimiento y envidia el corto número de unos redimidos que por no haber nacido con ellos solo eran unos desgraciados; pero su soberana virtud no se ha amenguado y cuando cesen de correr los tiempos y se recojan los espacios en las eternas alturas, siempre será el premio de nuestra gloria. Si las manos del Salvador estando cautivas y aseguradas con duros clavos en el sacro y augusto madero, tuvieron bastante fuerza para arrancar de Dios el decreto de muerte fulminado contra nosotros, ¿cuál será su virtud ahora que en el cielo se encuentran libres, triunfantes y victoriosas? Si la ira y la cólera del Padre á la vista del corazón espirante de su Hijo se convirtió en dulzura y clemencia, ahora que ese mismo corazón permanece abierto en su presencia ¿será indiferente á nuestras misérias? ¿se olvidará de nosotros en la mansion de su gloria, ese Padre, ese Dios, ese Pastor que dió la vida por sus ovejas? ¿Cómo! ¿no hemos salido todos de aquellas gloriosas cicatrices con que él se engalana en el cielo? ¿no estamos unidos con su Sangre, no somos los hijos queridos de su dolor? ¿no ha protestado que aunque su Sangre sea olvidada por los ingratos, él jamás dejará de experimentar las mas tiernas emociones en favor de aquellos cuyos nombres están grabados en sus mismas manos? El ofrece al Eterno Padre nuestras súplicas, nuestros suspiros y oraciones, y se las hace aceptables por la virtud de su Sangre; él le presenta sin cesar sus humillaciones y tormentos y por la presentacion de sus llagas cuyas cicatrices conserva, mueve las entrañas de la divina misericordia, y arranca como á la fuerza sus gracias. Su Sangre cla-

ma: pero muy de otra manera que la de Abel, dice San Pablo, porque pide misericordia para nosotros en vez que la de Abel, clama justicia y venganza contra el crimen de su hermano.

9. Luego esa Sangre preciosa que hoy adoramos, así como antes de derramarse santificó á los justos y penitentes de aquellos tiempos, así despues de su efusion salvará á los inocentes y pecadores de todas las épocas que querrán aprovecharse de ella, porque fué comun á todos los hombres por su extension, y á todos los siglos por su duracion.

10. Regocijemonos, por tanto, en ese manantial eterno de riquezas y de gracias que tenemos en la sangre de Jesucristo, porque ella es el simbolo de su amor, la llama abrasadora de su caridad y la prenda segura de su gloria; con ella nos dejó marcado el camino del cielo y para ser felices solo nos resta el poner atentamente nuestros pies sobre el rastro sangriento y glorioso de sus pisadas; así lo hicieron los mártires y confesores que han ido á aumentar el número de las santas falanges; así lo practicaron los padres del Yermo que teniendo una vida angélica convirtieron los desnudos desiertos en pensiles del paraiso, y así debemos hacerlo todos nosotros convirtiendo nuestros ojos en dos fuentes de lágrimas, y encumbriándonos al áspero monte de la penitencia, para que allí, humillados ante el trono de la Divina misericordia, imploremos el auxilio de esa preciosa Sangre que derramada por todos los hombres y para todos los siglos, nos hizo y nos hará eternamente felices, que es lo que os deseo.

SERMON

DEL

DIVINO REDENTOR

PREDICADO EN LA CATEDRAL DE FUERTE EN 1865
POR EL SEÑOR CURA DE HEAMASTIA

D. BARTOLOME ROJAS.

Tolle enim decet ut nobis exet Pontifex sanctus innocens impollutus segregatus a peccatoribus et excelsior caeteris factus.

S. P. ad H., VII, 26.

SEÑORES:

Acabadas tenía el universo sus revoluciones en el espacio correspondiente á sus cuatro mil años sobre la faz de este globo. Se habian visto nacer, morir y levantarse pueblos poderosos. La fortuna de las naciones y su gloria estaban entonces en poder de romanos. Diez y ocho siglos hace en tanto que, fastidiado del gran ruido y ostigado de tanta gloria se adormecía profundamente el mundo entero en las rodillas de Tiberio. En una provincia del oriente, de ese oriente, cuna del linaje humano y patria de las cosas grandes; en el seno de

una tierra famosa ya en los fastos de la verdad religiosa, sembrada de milagros; en el centro de la Judea, que Dios había escogido para ser el santuario de las edades primitivas, estaba para cumplirse el grande acontecimiento que había de cambiar los destinos del hombre. Era que Cristo, caminando á la cima del Gólgota, negociaba con Dios los intereses de la salud del mundo y se había rasgado ya la antigua constitucion que formara solo criminales. Escribíase una Nueva Ley que había de presidir todas las relaciones del cielo y de la tierra: la franquicia del mal, el perdón, la esperanza, la felicidad estipulada allí daba segura garantía de que los hijos de un padre culpable recobrarían sus derechos primitivos en aquella nueva era que se había abierto para el universo, en que deponiendo Dios el rayo de su justicia, satisfecha ésta, justificada su providencia y sanados los males de la naturaleza, la criatura, en una fecunda asociacion, iba á unirse con su monarca el Hacedor supremo.

Tales eran las condiciones del tratado magnífico que Jesucristo estaba sancionando con Dios, pero que aun no estaba concluido. El cielo, inexorable, no quería ceder sus derechos; pues si bien había salvado al mundo, era porque el mundo, para salvarse de un castigo tremendo, se había asido de un hombre llamado Jesus; por consiguiente, lo único que se había alcanzado era el cambio de victimas; el día bonancible de la alianza era el del sacrificio. Un mismo sol alumbraba el renacimiento del género humano y al Santo de los Santos, Jesucristo, que en sus últimos suspiros y derramando á borbotones su preciosa sangre, entrojía con ella las tristes rocas donde estaba levantado su ignominioso cadalso. Ved, señores, un misterio mas grande que la creacion, impenetrable como la naturaleza humana, incomprendible como la naturaleza divina; un misterio que produce en el corazón del hombre redimido impresiones dulces como la vida, terribles como la muerte, consoladoras como la salvacion, luminosas como la revelacion de los secretos mas

hermosos del mundo moral, fastidiosas como la bajeza de los verdugos. En tan diversos extremos, ¿qué hará, pues, el orador sagrado en este día en que la Iglesia nuestra Madre consagra á la sangre de su fundador augusto un recuerdo inmortal? ¿Haré que fijéis vuestras miradas en la resurreccion del hombre ó en Jesucristo moribundo? ¿En las ventajas de un pasto divino ó en el sacrificio que lo ha sellado? El primer punto de vista es interesante; en él se explica toda la filosofía del cristianismo: Dios, la naturaleza, el hombre. Pero fijándome en éste, preciso sería olvidarme del Calvario, y el dolor universal toma hoy en él su dulce y sentimental júbilo. No consideraré, pues, este misterio bajo faz tan sublime. Valiéndome de las palabras de San Pablo que me sirven de tema, elevaré vuestra contemplacion para que admiréis en Jesucristo, nuestro Pontífice santo, inocente, segregado de los pecadores y mas excelso que los cielos, la divinidad de la victima en medio de sus dolores; un Dios que con su sangre paga el precio de nuestra libertad; por otro lado vereis en la preciosa sangre de Jesucristo una victima manifestamente divina:

Primero, por la naturaleza del sacrificio que ofrece;

Segundo, por la órden y consumacion de este mismo sacrificio.

Triste María, dolorosa Madre, para que hable con el lenguaje que produce respetos sagrados, lágrimas santas y ternuras divinas, inquiriendo sólida devocion á vuestro Hijo moribundo, alcanzadme las luces del cielo; postro para el intento os invoco con el lenguaje que nunca remitís.—AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Talis enim decebat, etc.

A la presencia de esta sangrienta víctima que se levanta en el Calvario, cubierta con un velo de lágrimas y un manto de dolor, revuélvese allá en el fondo del corazón un no sé qué de violento que quisiera alzarse contra la Cruz con un grito de anatema. Sin embargo, por estos mismos indicios nos es necesario reconocer á un Dios hombre. En efecto, en vano hubiera podido reunir Jesucristo en su persona todas las notas de su divinidad; en vano hubiera podido mandar á la muerte; no fuera Dios si no hubiese sido vencido por ella. Era menester que la corona del poder se mezclase con la corona de espinas y la aureola del martirio con la aureola del milagro. Prueba de esta asercion es el principal carácter por que había de darse á conocer el prodigioso ministerio del Dios hombre, que con gemidos inenarrables pedía el universo. Era una expiación general de todos los crímenes y una expiación de naturaleza sangrienta.

Supongo incontestable el dogma de la decadencia primitiva, porque de otro modo las promesas divinas son cuentos alegres; las profecías visiones sin objeto; las figuras copias sin original; la venida de Jesucristo una fábula; el mismo Jesucristo un fantasma; los apóstoles unos falsarios é impostores, y el culto una vana y ridicula superstición. Por otra parte, ¿cómo suponer que la naturaleza con sus males y espantosos desórdenes, con sus dolores y crímenes cual la veinos, haya salido del plan pri-

mero de las manos de su Criador? Seria preciso entonces dar á todos los pueblos y tradiciones un vergonzoso mentis. Lejos de esto confesemos que algo grave sucedió al hombre, formado á imagen y semejanza de Dios, al principio de su ser, contra las intenciones de su artífice soberano. Tal fué el origen del anatema fulminado contra el profanador del Eden. De aquí la distancia infinita entre el crimen y la santidad; de aquí el abismo en que yacia sumida una raza proscrita y malaventurada, y la noche oscura y de tinieblas en que se miraba sepultada. Pero de aquí tambien la necesidad feliz de un Pontífice Redentor, sin cuyo sacrificio expiatorio, el hombre caído no podia levantarse. Había que elegir entre estos dos extremos: ó el hombre paga su deuda ó busca quien por él satisfaga. El hombre por sí no puede, porque la deuda es infinita. ¿Dónde, pues, encontrará la famosa víctima que se inmole con sangre de hombre y poder de Dios? En Jesucristo nuestra vida. El y solo él puede dar esta satisfaccion completa para llenarla como el mandatario del mundo. Es hombre para darle el poderío y la fuerza que salva, y es Dios. Ved aquí el gran prodigio que veía el universo á través de los siglos en un misterioso porvenir, conservando en su seno el sagrado culto de la esperanza; ved lo que pedía con lágrimas uernas cuando saludaba á un Dios hombre, deudor de una expiación, ofreciendo para el rescate universal en su persona adorable el gran sacrificio del tiempo y de la eternidad.

Esta es la idea que con respecto á esta vital tradicion se tenia en todos los lugares del mundo. Los profetas, sobre asunto tan grave, están explícitos y perfectamente de acuerdo con los magos; aun los libros de las sibilas, respetuamente fiel y exacto de ciertas tradiciones, hablan como los nuestros; y tambien los libros de la India y de la China nos presentan al cielo ofreciendo á Dios una oblation sangrienta sobre la cima de un monte. No hay remedio, el excelso Pontífice que el mundo esperaba, debía estar marcado con el sello del dolor y su expiación debía ser

cruenta, porque sin efusión de sangre no había redención. Esto profetizaba el culto antiguo con formidable energía. Mirad al hombre un momento despues de su primer crimen. Sus plegarias hasta entonces pacíficas, se vuelven terribles. En lugar de una ofrenda apacible, echa mano de una víctima que inmola. Corre á torrentes sangre de animales. Se erigen suntuosas hecatombes en las puertas de los templos, no creyéndose ningun pueblo exento de esta ley. El legislador, este hombre de vista perspicaz, que con tanto rigor combatia los usos mas indiferentes de las naciones idolatras, sucumbiendo á la necesidad de sangre, prescribió el sacrificio de animales frecuentemente magníficos.

¿Qué quiere decir esto, cristianos? Ha llegado el mundo al delirio de atribuir á la sangre vil de las víctimas el poder de curar los crímenes? Nada menos que esto, pero el mundo tenia su fe en la expiación de naturaleza sangrienta; así es que en la inmolacion de los becerros y machos cabrios miraba el simbolo destinado para perpetuar en la sucesion de los tiempos esa preciosa tradicion de la esperanza.

Poned la atención en este espectáculo horrible, capaz de turbar vuestra mente lastimando el corazon: una turba misteriosamente atenta y cruelmente devota: un hombre tendido y encadenado á un altar, junto á un sacerdote que empuña un fiero puñal; la sangre humana acaba de verse en sacrificio, y sin compasion se arrancan á la víctima las entrañas palpitantes. ¡Oh templos de las naciones todas, desde el poniente á la aurora y del septentrión al medio día, vosotros sois testigos fieles de los horrosos holocaustos. El Egipto, el Africa, los pueblitos del Norte, Roma y Grecia fueron profanados así. El Nuevo Mundo de México y del Perú, puro y virgen de todo contacto con las civilizaciones antiguas, fué sorprendido en sus soledades degollando sobre el altar de sus falsos dioses cada año á veinte mil hombres.

¡Fatal engaño! El género humano en tinieblas densas,

olvidado de Dios, anda fluctuando en sus ideas. Sabe que cuando quiera salir de su letargo ha de ganar su salvacion mediante la efusión de sangre purísima. ¿Qué hace entonces? Deja la sangre de los becerros y de las terneras; busca otra mejor y cree encontrarla, primero en los criminales condenados á muerte que convierte en víctimas; despues en la de los extranjeros, prefiriendo la cabeza en que ha brillado una diadema; por último, guiado por una lógica sin piedad, hace caer al filo de la segur sagrada millares de cabezas angelicales, de tiernos infantes que se alimentan en los pechos de sus madres. Así marchaba el género humano buscando la vida á través de la muerte. Sin embargo, aun entonces, en el mas enorme de sus crímenes rendia, quizá á su pesar, homenaje á esta verdad sagrada: la naturaleza cruenta del sacrificio que debia salvarlo. No bastaba, dice San Pablo en su teología, la sangre de animales para que se borrassen los pecados; por eso el Hijo de Dios en su venida al mundo, dijo á su Eterno Padre en una celestial conferencia: "Tú no has querido sacrificio ni ofrenda, mas á mí me has apropiado un cuerpo; ni los holocaustos por el pecado te han agradado. Heme aquí que vengo ¡oh Dios! para cumplir tu voluntad. Séllese con mi sangre la paz eterna entre el cielo y la tierra." En efecto, señores, pensad conmigo ¿qué sería de nosotros sin la sangre del Calvario, cuál nuestra suerte y la de todos aquellos pueblos que no disfrutaban la iniciación de las ideas cristianas? Amaríamos una sangre inmundada, con la que se profanarían nuestros altares; con ella se regularían nuestros ojos, torvos de sacra crueldad; un temblor convulsivo se apoderaría de nosotros, á presencia del cielo; fatigados buscaríamos en vano la quietud y la paz. Pero es muy otra nuestra felicidad. En el divino Redentor que poseemos, en el Calvario han caído las venganzas de un Dios. Mirad esa tormenta de justicia y de furor que se arremolina en torbellinos de cólera, arrojando con impetuoso poderío sangre y mas sangre del cuerpo de Jesucristo tran-

sido de dolor. Acaba de ser vertida y al momento y como por encanto las maldiciones perdieron la marcha de la divina indignacion. ¿Dónde está la victoria de la muerte, dónde el imperio de Satanás, dónde el aguijon del pecado? Todo calló allí. . . . ¡Alégrese el mundo, enhorabuena, con la serena sonrisa del cielo! ¡Cante la tierra purificada con la sangre de tan ilustre víctima! La seguridad de una paz perdurable, potente y apacible, diga y publique en una cancion nueva, al ver á un Dios hombre morir y desaparecer como un giron sangriento de la sociedad de los hombres: ¡Oh feliz culpa, oh dichoso pecado que mereció tal y tan grande Redentor!

¡Nuestra sociedad de escogidos que habeis alcanzado una corona inmarcesible, ¿á quién debeis las palmas y los laureles, la calma y la tranquilidad, sino á la sangre del Cordero martir? Invencibles en los tormentos que inventara la barbarie de la antigua Roma, ¿dónde alcanzasteis la fortaleza que venciera á los crueles verdugos? Vicente, Sebastianes, Tiburcios, Estebanes y Lorenzos, ¿dónde la alcanzasteis sino en la sangre de Jesus? Delicadas doncellas Ineses y Gertrudis, Angelas y Magdalenas, Teresas y Rosas, Claras y Catalinas, que sin gustar la copa encantadora, volásteis con alas de paloma á los nidos santos para recibir el abrazo del divino Esposo, ¿quién dió bríos á la flaqueza del sexo y os infundió un ánimo tan varonil sino la preciosa sangre de Jesucristo? Confesores ilustres, héroes del cristianismo, robustas columnas de la Iglesia, Agustinos y Ambrosios, Gregorios y Crisostomos, Ignacio y Domingos, ¿quién fué el autor de vuestras colosales empresas gloriosamente acabadas, sino la purísima sangre del Cordero? Solitarios y anacoretas de Egipto y la Tebaida, Pablos y Jerónimos, Brunos y Antonios, Macarios e Hilariones, sepultados en las cavernas y grutas de la tierra, ¿á quién debisteis esas resoluciones magnánimas tan opuestas á la corrupcion del siglo? Diréis muy bien que á la sangre inocente de Jesus. Pecadores y pecadoras de todos los siglos y de todos los

tiempos, Pedros y Pablos, Mateos y Marcelinos, Ciprianos y Fortinas, Eudocias y Margaritas, Marias y Pelagias, que inundásteis la tierra con vuestros escándalos, ¿quién mudó vuestro corazon apartándoos de los lugares del crimen y de la erápula? ¿Quién os hizo ejemplar de virtudes? Publicareis en dulces baladas, cuyo eco resonará por toda la carrera de los tiempos, á la divina sangre de Jesus. Con razon, señores, hablando de la naturaleza y eficacia del sacrificio de nuestro adorable Pontifice, dijo como inspirado Casiodoro, que la sangre de Jesucristo podia compararse á un diluvio que ha anegado á todo el universo. Hé aquí la primera parte; pasemos á contemplar la divinidad de la Víctima en la órden y consumacion de este mismo sacrificio.

SEGUNDA PARTE.

En las religiosas costumbres de los pueblos, el sacrificio contenia dos partes muy distintas: una preliminar que empleaban en sacrificar las victimas, segun sus ritos dolorosos; y otra definitiva y suprema en que las victimas inmoladas sucumbian. Plugo á la gran Víctima del Gólgota adoptar el ceremonial en la celebracion y consumacion de su propio sacrificio: de ambos modos la victima se muestra patentemente divina: la primera parte del sacrificio de Jesucristo comienza en la entrada á Jerusalem

y se extiende hasta el lugar de su suplicio; mas claro, la compone el espacio que media entre el valle de Josafat y el Monte Calvario, á saber: el jardín de los Olivos, la sala del consistorio, el pretorio: hé aquí los teatros de su martirio: aquí es donde se ve al augusto é inocente Pontífice como ensayando su muerte con ignominias crueles, tormentos atroces, dolores inauditos: con sangre copiosa vertida, pero siempre noble y pura como el amor de Dios, independiente y libre como su poder, grande y majestuosa como la naturaleza de Dios. En otro tiempo la víctima que se traía al pie de los altares y que forcejeando bramaba bajo la cuchilla sagrada, no sucumbía sino á la fuerza; pero de Jesucristo ¿quién, sin argucias maliciosas, puede pensar así cuando no obstante lo que sabe le espera en Jerusalem, se dirige allí con semblante sereno? Preciso es concluir que tan famoso reo no marcha al sacrificio por fuerza. Ya fuera de los templos habianse visto sacrificios magníficos, sublimes obsequios de voluntades heroicas, hermosísimos holocaustos entre los héroes y sábios que se entregaron á la muerte primero que doblegar la independencia de su palabra para obsequiar á su patria. Figuran Sócrates que sacrificó su vida al dogma de la unidad de Dios; Leónidas que fué el mismo á inmolarse al famoso altar de las Termópilas; y el anciano Régulo que entregó su cuerpo á los verdugos á sangre fría. Memorables son esos sacrificios y tanto cuanto puede serlo un hombre, pero ¿cómo parangonarlos con la oblacion de un Dios, que víctima en la voluntad de su sacrificio ha exhalado de sus labios, cual soplo divino, estas hermosas palabras: *Padre mio, Megada es la hora, glorifical á vuestro Hijo: he anunciado vuestro nombre á los hombres: vos me los habeis dado, santificadlos en la verdad. Hijos míos, no os conturbeis, que no os dejaré huérfanos; rogaré por vosotros á mi Padre hasta mi postrer suspiro de amor y de misericordia.* Tal ora el valiente y tierno lenguaje de nuestro querido Jesus, pocas horas antes de morir. Así se trasparentaban en una rápida

y ardiente efusion algunos de los sentimientos que se agolpaban en el corazón de esta ilustre víctima; sentimientos jamas interrumpidos en el golfo de sus dolores. Tomad en vuestra mano la sagrada Biblia, esos divinos libros bajados del cielo para que rindan un justo homenaje á la Je santa.

Habia propuesto la antigua sabiduria pagana esta cuestion: ¿Quién es el mas grande entre los hombres? Y la resolvía del modo siguiente: Imaginad un justo empleado solo en hacer bienes; puro como el cielo y ennegrecido como un forajido; digno de todos los premios y recompensas de la virtud, y abrumado con todos los castigos del crimen. Cuando sus contemporáneos se agitan para perderle, la muchedumbre le insulta y los poderosos le abandonan á los tribunales que le condenan; allí se le priva de todo lo que dá valor á la existencia: bienes, honor, libertad, desamparo de sus amigos; si este hombre permanece intrépido, le llamaremos grande hasta la perfeccion. Magnífico espectáculo sublime del cielo y de la tierra! Ahora, señores, recoged estos diversos rasgos salidos como furtivamente de los pinceles de Platon, Ciceron y Seneca, reunidlos para formar un hermoso cuadro, dad brillo á los colores y una proporcion colosal á la figura: despues de esto arrojad en medio del mundo ese retrato sin nombre, y el universo entero, sin titubear un solo instante, exclamará como Pilatos el procónsul: *Ecce Homo.* Ved al hombre. Hé aquí la quimera de los siglos, el perfecto ideal, el ilustre filósofo, el gran Dios de las naciones, el Pontífice inocente, santo, segregado de los pecadores y mas excelso que los cielos. En la cima de su grandeza los pueblos ingratos le desconocen, la muchedumbre le maldice, los pontífices le llaman blasfemo, los procónsules insensato, los reyes sedicioso, los esclavos le abofetean, escupiéndole, aquel divino Rostro que desean ver los ángeles y que elevadas en éxtasis de gozo, no pueden alabar dignamente las estrellas de la mañana: sus discípulos y amigos le abandonan, huyendo en dis-

persion llenos de cobardía. Oye los sollozos que exhala el corazón de su desconsolada Madre como la siempreviva percibe su triste aroma sobre la tumba de los muertos. Recibe la sentencia de muerte con una tempestad horribilísima de azotes, que ha puesto su cuerpo virginal como un fierro candente; ciñe su frente la corona de espinas que abre setenta y dos agujeros que manan sangre: carga sobre sus hombros la leña del sacrificio hasta llegar al lugar de su inmolación, donde ha de purificar los elementos uniéndolo el cielo con la tierra. Allí, desnudo de sus vestiduras, se le perforan sus sagradas manos y pies, levantándole esa faz divina que cubre el cielo con el manto de la noche. Ha llegado la hora sublime de los grandes misterios, Jesucristo, cubierto de una palidez tristísima, balbuciente la lengua, exclama: *Elis, Elis Lamma Sabachani*. Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Jesucristo agoniza, y sus lágrimas dejaron de correr y su corazón de latir. Jesucristo muere y entonces cayeron por tierra los altares de los ídolos; y los ángeles vuelan al encuentro de las viejas generaciones, que se levantan de sus sepulcros y se tornan á la vida las cenizas heladas; se rasgan las entrañas de la noche y aparecen las tinieblas en la mitad del día. Habla el silencio de los patriarcas sepultados hacía mil años bajo las primeras capas de la tierra, que tiembla: escuchan las voces de dos delinquentes, y entre las aguas del mar Muerto, se escuchan sordos gemidos de las potestades del infierno. Jesucristo muere derramando su sangre, y el globo, sintiendo desmoronarse, tiembla crujiendo sobre su incógnita base; gime el abismo de los mares: oyes el ronco sonido de la trompeta: claman los ángeles: la tormenta muge y la tierra tiembla cada vez mas y mas de polo á polo, en tanto que las mujeres de Galilea, presagando las angustias de María en su tristísima soledad, en fúnebre canción repitan: ¡Infeliz Madre, han inundado la aquellos torrentes de iniquidad que cayeron sobre Babilonia y las ciudades malditas! Y los mares, y el Ce-

dron, y el agua cenagosa de los lagos, y los manantiales infectos de sal y azufre, y la sangre del Haceldama, acudieron á sus ojos purísimos, porque ya no tenía lágrimas con que llorar en aquella catástrofe lastimosa de tres horas; y lloró entonces con el rocío de la mañana, con la densa bruma que se alzaba de los mares. ¡Pobre Madre! es su corazón henchido de dolor una rosa deshojada, un clavel arrancado de su tallo, una azucena descolorida y muerta, un acellio de mirra: sus entrañas están acibaradas en hiel, toda ella de ajeño y de retama. Silencio, dice una voz majestuosa, que el alma de Jesucristo rompiendo los vínculos de la naturaleza, se vá con la grandeza de un Pontífice que ha consumado su sacrificio á fuerza de sangre, repitiendo: *Consumatum est*. La voz mas dulce que el silbo del ruiseñor del Tabor y del Jordán, parece que emudece en estas circunstancias. Entonces las palabras de los profetas resuenan como cien truenos. Isaías, Ezequiel, Jeremías, David y Daniel, repiten sus oráculos antiguos con mirada fija, fulminante y el pecho congojoso: *Vello*, dicen llorando, *muere por amor en la cruz*. La naturaleza entonces se pone de duelo para hacer las exequias á su inmortal Pontífice. Tinieblas espesas se levantan y corren precipitadamente á ponerse como una inmensa gasa sobre la frente del sol y como vasto crespon sobre la faz de la tierra, en tanto que los ángeles, presa de mortal desmayo, encogidas las alas, con lágrimas celestiales cantan en voz fúnebre con sus arpas de oro esta triste canción: "Digno es del honor el Cordero que murió por todos," pues siendo cual convenia, un Pontífice santo, inocente, segregado de los pecadores, despues de haber purificado al mundo mediante la copiosa efusión de su preciosa Sangre, ha ido á sentarse á la diestra de la Majestad Divina, en lo mas excelso de los cielos. Cristianos, entonemos nosotros tambien acá en la tierra, con profundo respeto, postrados ante esa sagrada imagen de Jesucristo, el invitorio que la Iglesia nuestra Madre solemnemente ha cantado: *Christum Dei filium qui sua nos redimit sanguine, venite adoremus*.

¡Oh, Jesús mío, que en tu preciosa sangre nos has dado en el cáliz de bendición el vino generoso que engendra las almas vírgenes y que alegra el corazón del hombre; venga, Señor, esa sangre purísima y con ella la paz del siglo de oro sobre la Iglesia nuestra Madre, para su engrandecimiento; venga sobre nuestra nación, sobre esta infortunada Jerusalén, para que se reedifiquen sus muros, para que acabe el espíritu de rebelión que tiene á sus miembros desorientados, delirando con ensueños de quimérica grandeza y cubriendo con su manto el error, la aberración y la injusticia y estrechando el horizonte de la virtud para corromper á los pueblos; y ya que há mas de treinta años por males tan graves no se escucha de nuestros labios melancólicos sino un triste miserere, llegue sin accidente el día en que por vuestros méritos vayamos á la patria de los santos á entonar por la prosperidad de la nuestra un eterno aleluya!—Así sea.

SERMON

DEL

DIVINO REDENTOR

PREDICADO EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MEXICO
EL 21 DE JULIO DE 1839

POR EL

Dr. D. Tomás Francisco Lopez Rodriguez de Figueroa

CURA DE XALATLACO.

Ego sum via.

Joan., cap. 14, v. 6.

Yo soy el camino.

S. Joan., cap. 14, v. 6.

Dé en hora buena Xerjes la mas alta idea de su grandeza, abriéndose las puertas de las ciudades, porque se presenta con un millón de combatientes. Hágase respetar Alejandro, hasta el extremo de que á solo su nombre se sujeten los hombres y abandonen su defensa. Salgan en tropas los habitantes de los reinos y provincias rindiendo obediencia á un Holofernes, porque creen no poder resistir á sus inagotables tropas. El enviado de Dios, en cuyo conocimiento está vinculada la eterna felicidad, sin riquezas, sin ejércitos, sin magnificencia ni aparato, se hace mas acreedor al respeto, á la admiración y al aplauso. Apareciendo segun lo deseaban los profetas y lo te-

¡Oh, Jesús mío, que en tu preciosa sangre nos has dado en el cáliz de bendición el vino generoso que engendra las almas vírgenes y que alegra el corazón del hombre; venga, Señor, esa sangre purísima y con ella la paz del siglo de oro sobre la Iglesia nuestra Madre, para su engrandecimiento; venga sobre nuestra nación, sobre esta infortunada Jerusalén, para que se reedifiquen sus muros, para que acabe el espíritu de rebelión que tiene á sus miembros desorientados, delirando con ensueños de quimérica grandeza y cubriendo con su manto el error, la aberración y la injusticia y estrechando el horizonte de la virtud para corromper á los pueblos; y ya que há mas de treinta años por males tan graves no se escucha de nuestros labios melancólicos sino un triste miserere, llegue sin accidente el día en que por vuestros méritos vayamos á la patria de los santos á entonar por la prosperidad de la nuestra un eterno aleluya!—Así sea.

SERMON

DEL

DIVINO REDENTOR

PREDICADO EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MEXICO
EL 21 DE JULIO DE 1839

POR EL

Dr. D. Tomás Francisco Lopez Rodriguez de Figueroa

CURA DE XALATLACO.

Ego sum via.

Joan., cap. 14, v. 6.

Yo soy el camino.

S. Joan., cap. 14, v. 6.

Dé en hora buena Xerjes la mas alta idea de su grandeza, abriéndose las puertas de las ciudades, porque se presenta con un millón de combatientes. Hágase respetar Alejandro, hasta el extremo de que á solo su nombre se sujeten los hombres y abandonen su defensa. Salgan en tropas los habitantes de los reinos y provincias rindiendo obediencia á un Holofernes, porque creen no poder resistir á sus inagotables tropas. El enviado de Dios, en cuyo conocimiento está vinculada la eterna felicidad, sin riquezas, sin ejércitos, sin magnificencia ni aparato, se hace mas acreedor al respeto, á la admiración y al aplauso. Apareciendo segun lo deseaban los profetas y lo te-

nian bosquejado las figuras, se declara Omnipotente y triunfador insigne, debiendo calmar no menos los deseos de la pérdida Jerusalen, que los de la Sion santa. Su venida es pacífica, sus pensamientos de paz. Su misión el fruto precioso de la más ardiente caridad. Los efectos de ella á la par de graciosos y abundantes, suficientes para efectuar lo que no concedió al ángel apóstata. El mundo, en fin, vio en Jesucristo el exceso del amor divino; vio en él la gloria del Hijo único del Padre, en el cual residía la virtud y la excelencia de Dios. Todos participamos de su plenitud, porque esto es la extensión de la Encarnación. El carácter de la justicia que recibimos de él, consiste en comunicarnos cuanto somos capaces, su consubstantialidad y su igualdad con el ser increado, en establecer entre el hombre Dios y todos los que su redención ha purificado, una tan íntima unidad, que su dignidad y méritos vienen á ser la propiedad de cada hijo de la adopción santa, resultando la gloria del hombre redimido, de haber tomado Jesús con toda propiedad la naturaleza humana, para ejercer los oficios de Redentor y trazar al desgraciado mortal el medio seguro de arribar al fin de tan excelsa obra. *Ego sum via.*

Con miras tan sanas, se acerca ese Cordero divino que pedía Isaías (1) viniere á la tierra para ilustrarla y desmenuarla de su antigua ignorancia, convidándonos á recibir el fruto infinito de la oblation que de su sagrada persona hizo en nuestro favor. Y al cubrir de asombro al cielo y la tierra por dignacion tan inefable; al recibir por ella alabanza hasta de las lenguas tiernas y balbucientes de los niños (2), según el oráculo divino; al excitar esa conmocion universal que con irresistible fuerza precisa á confesar su divinidad, no sin suma malicia y obstinacion, puede dejar de conocerse en Jesucristo el enviado de Dios, que nos conduce con seguridad á la gloria y vida eterna. AVE MARIA.

(1) Isaías, 16, v. 1.

(2) Psalm. 8, v. 3.

Ego sum via, etc.

Grandes cosas, decía David, encomendó Dios á nuestros padres para que las trasmitiesen á sus hijos. Los hijos de nuestros descendientes anunciarán los mismos prodigios á los suyos. Celebrarán que desde el instante en que rompiendo Dios su eterno silencio, mandó á la noche que saliese del caos, hasta el establecimiento de su pueblo en la tierra de promision y el triunfo de su culto en medio de Jerusalen, se registra una serie de portentosos acontecimientos que manifiestan los magníficos proyectos que tenía Dios sobre el hombre. Prevarique éste, envilezca su naturaleza, hágase digno de una venganza eterna, los soberanos designios debían cumplirse en la economía de la gracia, tomando el Verbo que existía al principio y por quien todo fué criado, la naturaleza humana en la unidad de su persona y grandeza infinita. Beneficio inestimable que dió á conocer en el mundo al Salvador, para que de todos modos enseñe al hombre redimido el medio seguro de adquirir la gloria y vida eterna. *Ego sum via.*

¡Oh! y qué conduca tan peregrina observa para desempeñar este noble fin de su misión, y satisfacer los deseos del Profeta (1) dirigiendo al hombre hacia el Monte del Señor y alumbrándolo hasta los sagrados tabernáculos! ¡Qué majestad descubre al patentizarle lo que sin él no pueden ver nuestros ojos! como dice S. Pablo (2) hablando de sus sagrados misterios: *El que en otro tiempo habia hablado de diferentes maneras á nuestros padres por los profetas, cumpliéndose los días deseados, nos habló á to-*

(1) Psalm. 42, v. 3.

(2) 1 Corinth., 2, v. 8.

dos por su Hijo, que toma la sabiduría del cielo y la saca de las nubes, exclama con elegancia un profeta (1). Viniendo al mundo como el esplendor de la gloria del Padre, en expresión del Apóstol (2), al explicar su generación eterna la palabra santa, no solamente es anunciada á Jacob, ni á solo Israel se declararon ya sus justicias y sus juicios. El se insinuó mas allá de los estrechos límites de la Judea, no por las obras de justicia que hicimos, continúa S. Pablo (3), sino por su gran misericordia; y la hermosa luz de su doctrina y de sus virtudes se propaga con admirable rapidéz desde el oriente al occidente. En fuerza de su excelso destino se le habia dicho por Isaias (4): "Poco es para tí que seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob y convertir las heces de Israel. Esto hizo un Moisés, un Josué, un David. Yo te he dado luz de las gentes, para que seas mi salud hasta las extremidades de la tierra. El teatro de tu instruccion asombrosa ha de ser todo el universo caido por la culpa."

¡Con qué excelssitud satisface tan divinos decretos, derramando su gracia de Salvador sobre todos los hombres (5)! dice S. Pablo. ¡Con qué excelencia cuanto haga, cuanto diga, cuanto enseñe, es ordenado á la salvacion del hombre, y le sirve de apoyo de su salud, repite Zacarias (6)! ¡Con qué verdad tan consoladora testifica el grandioso objeto que lo trajo á la tierra, exclama Isaias (7), felicitando al hombre, porque sus ojos verán en él á su Preceptor, y sus oidos escucharán sus palabras! El principió á descubrir el camino que debia seguirse, para descansar en la verdadera y silenciosa Canaan. Hasta que se manifestaron los rayos de su luz benéfica, no se ilustró el mundo con la doctrina del cielo, comunicada á las su-

(1) Baruch, 3, v. 29.

(2) Ad Hebr., 1, v. 3.

(3) Ad Tit., 3, v. 4.

(4) Isaias, 49, v. 6.

(5) Ad Tit., 2, v. 11.

(6) Luc., 69, v. 6.

(7) Isaias, 30, v. 20 et 21.

premas inteligencias, esparcida por el sobre los patriarcas y profetas, para que la declarase este divino prototipo, abriendo los siete sellos del libro misterioso, y confirmada despues con milagros, con virtudes, con ejemplos entre sus apóstoles, sus evangelistas, sus doctores y todos los que hicieron dóciles á su palabra (1), su gracia multiforme.

Desde entonces el adúltero Júpiter, la profana Venus, el vengativo Marte, aparecieron dignos de horror; ni volvieron á tributarse adoraciones á los que fueron famosos en los crímenes. Desde entonces se experimentó aquella conmocion universal de su pueblo predicha por Isaias (2), que destruiría la ciencia de sus sabios. Desde entonces, como la luz se muestra á sí misma y á todo lo que ilumina con sus rayos sin necesitar de otros astros que den testimonio de su belleza y resplandores, por sí habla y atestigua cuanto ha visto y oído de boca de su Padre (3). Sale de sus labios sin peligro de error la enseñanza divina, extermina á los pseudo-profetas, y el espíritu inmundo llena la tierra de la ciencia del Señor (4). Por eso el mundo lo reconocerá como un gran Profeta por quien Dios visitó su pueblo (5). Se exaltará, exclama Isaias (6), se elevará y será ensalzado á grande gloria, admirando todos su profundísima sabiduría; porque si conocemos algo del ser y perfecciones de Dios, asegura S. Juan (7), lo debemos al Unigénito que está en su seno: él nos ha hecho relacion de sus maravillas, y del modo de lograr su eterna posesion.

La vida celestial que lo ha distinguido desde que apareció en Belen hasta el día en que se presentó en pública palestra á emprender las conquistas de su Padre, las sa-

(1) Joan., 3, v. 11.

(2) Isaias, 29, v. 14.

(3) Joan., 1, v. 18.

(4) Isaias, 11, v. 9.

(5) Luc., 7, v. 16.

(6) Isaias, 52, v. 1.

(7) Joan., 1, v. 18.

ludables máximas y sentencias que ha proferido para asegurar la vida eterna, los preceptos que ha dado para aclarar lo que debemos á Dios y á nosotros mismos, lo que pertenece á la vida espiritual y lo que es propio de la natural; la confusión y desaire que causa á sus enemigos con sus respuestas, símiles y parábolas, son otros tantos rasgos de iluminación soberana que esclarecen al hombre para que asiente el pié con firmeza y acierto por las sendas de la santidad; las importantes lecciones que le da para desterrar de su entendimiento la ignorancia y para vencer con los ejercicios de la virtud las dificultades de esa carrera. Verdades tan sublimes las encarece el Salmista (1) invitando á todos á recibir su disciplina. El Evangelista llamándolo "Maestro adornado de gracia y de verdad (2)." La Esposa, en el misterioso libro de los Cantares (3), comparando la utilidad de sus instrucciones con la del precioso bálsamo que destilan las viñas de Esgaldí, en gran manera provechoso, para precaver del mal y asegurar la robustez interior.

¡Ah ciegos! puede decirse á tantos, cuya vanidad y falsa filosofía no les deja conocer que él es aquel pimpollo suscitado en la casa de David para reinar con sabiduría y con justicia (4); que es la verdad misma de la misteriosa columna que alumbró á los israelitas, disipando con sus radiantes destellos las tinieblas del error y del pecado, sin cuyo auxilio no conocería el corazón humano los caminos de Dios. La brillantez de sus conocimientos se hace sentir eficazmente en el espíritu del hombre, y le hace formar la mas alta idea del fin para que fué criado, del derecho que ya tiene á la gloria, del modo de conseguirla. No, no hay motivo ya para equivocarse con la divinidad del Hijo de Dios. Ninguna de sus excelencias se confunde con los hechos portentosos que de ante-

(1) Psalm. 2, v. 10.

(2) Joan., 1, v. 14.

(3) Cant. 1, v. 4.

(4) Jerem., 23, v. 5.

mano han obrado los profetas. Su Divinidad por sí misma convence al hombre á reconocerlo y á prestarle sus homenajes. Le enseña el modo con que su ley evangélica lleva á la criatura á lo que es perfecto y excelente; el medio glorioso con que por los consejos perfecciona en ella á la naturaleza racional; el servirse de la naturaleza y de la revelación para instruírla en sus deberes; la propagación extraordinaria del cristianismo, por la continua asistencia de ésta su cabeza invisible, contra la astiduría sagaz de los políticos, contra la afeminación del siglo y contra el furor de los tiranos. Esa emoción estupefacta, que por su poderoso influjo obliga al cristiano á sujetar libremente sus designios á los de Dios, á docilitarse para la creencia de los misterios de su bondad, de su saber y poder, es reconocida como un fuerte golpe de instrucción con que este divino Salvador destruye la incredulidad y abre los ojos para conocer de lleno al Señor. *In lumine tua, videbitur lumen* (1).

Es menester hallarse con un corazón en gran manera obstinado, para desconocer en Jesucristo al Maestro sapientísimo y divino del cuerpo místico que debía erigirse y conservarse con sus sábias instrucciones. Es preciso resistir con tenacidad á la plena convicción que prestan la autoridad y la razón, para mirar las máximas ortodoxas como invento de la política, á fin de mantener á los hombres en sujeción. Si el Hijo de Dios no hubiese venido al mundo con otras miras que las de formar una sociedad temporal y puramente humana; si no hubiera traído otras ideas que las de vanidad, soberbia y ambición, arrebatado de un humo de vanagloria, solo habría aspirado á elevarse sobre los medos, asirios, partos, persas y romanos. Si tal hubiera sido el objeto de su venida ó la regla de sus obras, no habría ofrecido á los suyos otra recompensa que las riquezas de Greso, ó las delicias de Sardanápalo. Pero siendo el ángel del Testamento eterno,

(1) Psalm. 36, v. 7.

debía con su doctrina establecer y confirmar las últimas alianzas. Siendo el libertador de Judá escogido para sacar á sus hermanos de su horrible cautiverio, debía enseñarles con sus consejos el modo de asegurar su libertad verdadera. Siendo la luz de Jerusalén, no podía menos que explicarse con el idioma de la virtud, hablar del reino de los escogidos y de la tierra de las promesas, y enseñar, al establecer su reino espiritual, una doctrina, una religión y una moral que sirven al hombre de la mejor áncora para salvarse del naufragio á que precipitan las desenfrenadas pasiones, que le hace respetar las leyes de la justicia y de la humanidad, que lo lleva de los sentidos al espíritu, que aniquila la corrupción, que establece los principios de rectitud que antes tenía en el alma, que eleva la razón y consuela el corazón, siendo tan admirable para la una, como saludable para el otro; que en sí envuelve el odio de lo que es aborrecible, el amor de lo que es amable y la solicitud de todo lo apetecible. ¡Oh doctrina divina que descendiste del estrellado cielo para mantener con admirable concierto en el mundo, el orden, la paz y la dulzura en la sociedad! Tu práctica vigoriza los esfuerzos del hombre, unidos con los auxilios de Dios, para llegar á su mismo trono. Haciendo su más grata ocupación, cansas sus verdaderas delicias, le haces recibir sin resistencia las suaves impresiones de la gracia, ve sus pasos seguidos de la gloria, un corto trabajo acompañado de una suma recompensa, coronando la remuneración digna de un Dios, las penas proporcionadas á la flaqueza del hombre.

¿Hay algún régimen ó sistema igual á éste en todos los que han inventado los hombres para asegurar su suspirada felicidad? ¿Qué filosofía se encuentra parecida á ésta? ¿Qué doctrina se hace tan perceptible al idiota y al de entendimiento despejado? ¿Qué máximas más acomodadas para poseer el bien sólido y honesto, en las diversas condiciones de la vida humana? ¿Qué prudencia le ha semejado en franquear socorros para la ejecución de sus

designios? Bien puede decir Isaias (1), celebrando la benéfica ilustración del Salvador, que por ella los ignorantes poseerán la sabiduría, y con claridad y expedición se explicarán los balbucientes: el sábio la aplaudirá aclamándola en los proverbios (2): "Luz espléndida que crece y se aumenta hasta llegar al mas alto grado de perfección:" la recomendará su Padre celestial diciéndole (3): Yo te he honrado en la tierra, Hijo mío, y tu nombre será ilustre y venerado en los siglos. La doctrina que ha salido de tu boca, mejor que ninguna otra, ha hecho la ventura de los mortales. Por tí todos conocerán que la vida eterna consiste en conocerme á mí, verdadero Dios, y á tí, mi amado Hijo, enviado al mundo para enseñarlo. *Ego te clarificavi super terram.*

Regocíjate, ¡oh Sion! porque dejándose ver el Santo de Israel, que es la sabiduría de Dios (4), declara el camino de la verdad, demarca las sendas de la perfección y expone las obligaciones del hombre fiel y espiritual. *Ego sum via.* La exacta observancia de sus preceptos, máximas y consejos, llevan sin riesgo al hombre hasta el reino de Dios, á la posesión de la herencia del mismo Jesucristo, haciéndolo participante del influjo de ésta su divina cabeza, dándole á conocer la gracia de los sacramentos, proporcionándole medios de santificarse, aclarándole su último fin, facilitándole el acceso á la Majestad Divina, elevándolo á otra esfera, incorporándolo en las ramas de una raíz santa, asociándolo á una generación escogida, mudando sus pensamientos y olvidándolo de sí mismo, para que anhele por una felicidad permanente que disfrutará en la ciudad de paz, que no ha menester sol ni luna que alumbrén en ella, porque solo Dios la ilumina, y su lámpara es el Cortero. *Ego sum via.* Miradme, nos dice el mismo, miradme con atención. Yo

(1) Isaias, 32, v. 4.

(2) Proverb. 4, v. 18.

(3) Juan., 17, v. 6.

(4) Ecles. in offic. Div. Redempt.

soy la puerta: el que entra por mí, se salvará. Seguidme, y aparecerá el día de vuestro cumplido gozo y regocijo. Seguidme, y os asentareis para siempre en el camino de la gloria y de la vida eterna. *Per me quis intrerit, salvabitur..... Et Pasqua inveniet (1).*

(1) Joan., 9, v. 12.



SERMON

DEL

DIVINO REDENTOR

PREDICADO EN LA SANTA CASA DE LOBATO
DE SAN MIGUEL ALLENDE EN 1884

POR EL

R. P. FRAY JOSE M. VAZQUEZ

CON MOTIVO DE LA BENDICACION DEL TEMPLO.

Hodie salus domui huius facta est.

Hoy es ha verificado la salud de esta casa.

S. Luc., cap. XIX, v. 5.

Aunque Dios por el atributo de su inmensidad divina exista en todos los puntos del orbe y del espacio, brilla, empero, mas ostensiblemente, ora en los astros de la mañana que en los cielos publican la magnificencia de su poder; ora en el recinto de nuestros templos que en la tierra anuncian los favores inefables de su beneficencia. Allí le admiramos como Dios Criador, cuya omnipotente palabra hace saltar la luz del fondo de las mismas tinieblas. Aquí, cosidos con el polvo, le adoramos como Dios Redentor, como Dios de misericordia y de salud.

Hoy he verificado la de esta casa, decía el mismo Salvador Jesus, hablando en la del opulento Zaqueo; y este acierto, cuyo verificativo se hizo sensible en la santificación de aquel feliz príncipe de los publicanos, es tan aplicable á la presente solemnidad que aquí nos reúne, cuanto que la dedicación de ese altar y su objeto, es la expresión, no de aquel beneficio solitario, sino del bien procomunal, concedido á toda la especie humana en los augustos misterios, por los que se consumó la grande obra de nuestra eterna regeneración, por manera que, con motivos aun mas plausibles, podemos igualmente decir: En la dedicación de ese altar se ha verificado hoy la salud de esta casa. No será otro el asunto del discurso que diré, despues de pedir á la Madre de Dios llena de gracia, un rayo de la divina luz para el acierto.—AVE MARIA.

Hodie salus, etc.

SOBERANO SEÑOR SACRAMENTADO:

Formado el hombre de una naturaleza poco menos que la angelica, coronado de gloria imarcesible, brillando en sus ojos los destellos de los atributos divinos, sus altos fines eran la inmortalidad y perfección, y sus grandes destinos la comunicación con el mismo Autor Soberano que lo forma. Injusto, empero, quebranta el precepto que se le impusiera en testimonio de su vasallaj; y hecho entonces imperfecto y mortal por su desobediencia, él con su posteridad (veneremos las oscuridades de este misterio), cae en la indignación y apartamiento de Dios. Tristes y estériles serian sus gemidos; nada le valdrian para ser reintegrado á aquel alto rango en que fué colocado

por la mano creadora, si no le redimiera una victima de precio infinito; pues que su culpa era infinita, por terminarse en un Dios que tiene por esencia este carácter. Hé aquí la necesidad de un Dios Redentor. Pero como la justicia eterna, equitativa en sus profundos juicios, exigiera esta victima expiatoria de la masa misma delincuente, menester era que el Dios redentor fuese á la vez un Dios y hombre; menester era que el Verbo de Dios, entrando en el seno de una mujer, se hiciese semejante á nosotros, pasible y mortal, para que así reuniera hipostáticamente en su persona divina aquel doble carácter. Y hé aquí la necesidad de la existencia de una Madre. ¿Y quién sino Maria, por la santidad de su origen, podia vestir dignamente al Verbo de Dios de la humana naturaleza que le era necesaria para su cruento sacrificio? Pues, Jesus Redentor: Maria, santa en su origen, por Madre de quien nació Jesus, son los misterios augustos á cuya memoria ha dedicado ese nuevo altar esta santa casa, puntualmente erigida para conservar la de aquella dichosísima un tiempo de Nazaret en Galilea, hoy de Loreto en Piza, donde en la plenitud de los tiempos se verificaron con toda realidad. Con que si por ellos se consumó la grande obra de nuestra eterna regeneración, razon hubo para afirmar que con motivos aun mas plausibles que los del Evangelio, podíamos decir: en la dedicación de ese altar Dios ha hecho hoy la salud de esta casa. Escuchadme, os suplico, voy á examinar, cada uno de por sí, estos dos misterios.

Jesus Redentor, Dogma sublime, oculto á la razon humana y comprendido exclusivamente por la justicia y ciencia divina: por aquella justicia que pesa en su balanza los altos montes de Dios; aquella ciencia que penetra la longitud del cielo, la latitud del mundo, la profundidad de los abismos. Pero dogma, si, impenetrable: nóche, según la expresión poética de un profeta, que iluminada con todos los destellos del dia, indica el conocimiento de otra noche; de mil otros misterios; el mal mo-

ral del mundo; el padecimiento de los inocentes; la prosperidad de los malvados; los sangrientos combates que de dos potencias enemigas sufre incesantemente el corazón humano, tan profundos como extravagantes los sistemas inventados para su explicación; la edad de oro; los toneles de Júpiter; el libro del Destino; el dogma de la reminiscencia, el del fatalismo; la chocante existencia de dos principios eternos e independientes, Osiris y Tifon, Orosmás y Arhimanes, Dios bueno y Dios malo; pero que teniendo por fondo el doble estado del hombre primitivo de luz y de justicia; el actual de ignorancia y de pasiones, indican suficientemente la necesidad de un Redentor. Así es como este misterio ilumina las oscuridades de otros mil. Así es como su necesidad es tan urgente, que las naciones todas de la antigüedad, según el testimonio de historiadores ilustres, Suetonio, Tácito, Josefo y el precioso diálogo que es de ver en las obras de Platón (1), vivían alimentados de esta consoladora esperanza. Así es como se deja aun entrever por la razón humana, si bien del modo mismo que se miran los objetos, cuando en las noches tempestuosas del otoño un relámpago fugaz ilumina débilmente sus contornos.

¿Pero Jesús es el primero y el último? ¿el principio y fin de los caminos eternos? ¿el cordero sin mancha sacrificado desde el origen del mundo? ¿el Verbo por quien Dios formó los siglos? (2) No es, pues, admirable que el dogma de su venida y ministerio, ora se contemple su absoluta necesidad, tomada del actual estado de la naturaleza humana; ora se considere, iluminado desde el principio de los siglos, con las luces de la revelación, haya penetrado por entre los errores groseros del entendimiento, á la manera que un sol radiante hiende las negras nubes que se oponen á sus brillos. En el primero del orbe, primero de su ruina, se ve ya anunciado por Dios

(1) Suet. in Vespas. — Tacit. hist. lib. V. — Josef. de bell. Judaic., págs. 1283. — Plat. Alc. 2.

(2) Apoc., c. XIII, v. 8; c. XX, v. 6; c. XXII, v. 13; Heb., c. I, v. 2.

mismo infalible verdad: apenas las lágrimas del arrepentimiento comenzaban á abrir en las mejillas del hombre un surco terrible, cuando al momento las enjuga la promesa de un Salvador (1). Su tradición es desde entonces el dogma de esperanza de que se sirvieran las patriarcas venerables para consolar á sus familias, cuando sentadas bajo las palmas del desierto, las ven juntarse á su alrededor, desoladas, por experimentar aun en la ingratitude de la tierra, que les germina solo espinas, los tristes efectos de la maldición que fué lanzada en el paraíso. Un siglo sucede á otro siglo, y un hombre sucede á otro hombre para perpetuar su memoria. Noé fué libertado de la inundación universal para trasmitirla á sus posteror; y si Abraham lo fué de la idolatría que tan grandemente infestaba al mundo, fué el solo augusto fin de ser el padre de aquel hijo en quien serán bendecidas las tribus todas de la tierra (2). Aquí comienzan ya á multiplicar los oráculos; avivase la luz; crecen por momento los fulgores; á su favor empieza ya á verse el interesante cuadro de la historia de Jesús, bajo la mas ventajosa perspectiva. No es ya un solo hombre el depositario de esta promesa consoladora, lo es la generación toda de Abraham, la generación toda de Isaac, toda la generación de Jacob; y porque esta familia sin leyes, sin representación, sin jefes, no pudiera ser extinguida por los muchos y orgullosos imperios que comienzan á levantarse á su alrededor, el Dios de poder la fortalece, levanta á Judá en su hijo David un trono de granito que la consolide. Subsistirá, si, subsistirá, á pesar de los bruscos embates de sus enemigos; pero subsistirá hasta tanto venga Aquel que ha de ser enviado, y que será la espectación de todos los pueblos (3).

Así lo ha pronosticado el oráculo divino; así lo verá la historia, la historia de este pueblo, que para dar-

(1) Gén., cap. III, v. 15.

(2) Gén., cap. XX, v. 4.

(3) Gén., c. XLIX, v. 10.

le su cabal cumplimiento, será desde hoy la historia de Jesús. Sus figuras, sus ceremonias, sus pontifices, su sacerdocio, sus expiaciones, sus solemnidades, su pascua, no serán otra cosa que una representación simbólica de Jesús, Abraham, Isaac, Jacob, José, David, Jonás, Josías, personajes ilustres por sus grandes virtudes y sus grandes padecimientos, bosquejan desde entonces los padecimientos y las virtudes de este Héroe divino. Los profetas no abren sus labios sino para preparar á los pueblos á este acontecimiento tan fecundo en resultados, como que ha de cambiar la faz de todos los imperios. En todos ellos, aunque de diversos pueblos, de épocas diferentes, de educaciones distintas, reina un solo espíritu de unidad profética, porque uno solo es el objeto de sus revelaciones, y solo uno el númen que se las inspira. Lo hemos de ver. Mas para que jamás se entendiera que un profeta copiaba servilmente á otro profeta, el que sucede, tomando en sus manos el pincel profético, se acerca al cuadro, y con pulso firme tira un rasgo tan característico y distintivo, que desde entonces el héroe profético se convierte en un héroe verdaderamente histórico; y de este modo brilla en cada uno el espíritu de multiplicidad profética. También lo hemos de ver. Todos, todos, sin exceptuar uno solo, parece no tienen otro fin que el de reproducir el duplicado oráculo de Jacob. Pero este patriarca fija su venida para cuando una potencia usurpadora derroque el trono de Judá (1); pero David, subiendo hasta los cielos, lo ve engendrado antes de la aurora en resplandor eterno y sacrosanto. Bajando luego hasta la tierra, mira sus pies y manos traspasados, su lengua amargada con hiel y vinagre, y á sus enemigos sauciarse en la sangre que á torrentes corre de su cuerpo (2); pero Micheas apunta con el dedo á Belén, la más pequeña villa de Judá, ilustra-

(1) Gén., cap. XLIX, v. 10.

(2) Pálm. 21, 69 et 109.

da por su nacimiento (1); Zacarías describe su modesto triunfo, y cuenta en seguida las treinta monedas de plata, á cuyo precio será comprado (2); Daniel, más perspicaz y más exacto, computa matemáticamente los años, indica el tiempo que consumirá en predicar ó instruir á su pueblo, y aun casi el instante preciso de su muerte. Y para que nunca hubiese ocasión de dudar de sus asertos proféticos, aliga este oráculo remoto á otro oráculo próximo, futuro (3). Levanta su voz, y con un tono verdaderamente épico, digno de las magníficas acciones del héroe que describe, llama al bélico joven Alejandro, á aquel conquistador ante cuya presencia postrase humillado todo el orbe: veloz y poderoso como el rayo, derroca en un momento los tronos todos de los siglos; pero llega á Jerusalem y..... Si, no me distraigo; demos á mi proposición la latitud que le conviene: la historia de Jesús es también la historia de todos los imperios. La de Egipto y la de Siria; la de Persia y la de Media; la de Grecia y la de Roma. Sus jefes los Ciro, los Asueros, los Alejandro, los Césares, no presentan batallas, no asedian plazas, no plantean fortificaciones, no son ó vencedores ó vencidos sino para facilitar el imperio de Jesús, para llenar al mundo de la esperanza y de la gloria de Jesús. Los cielos mismos..... Pero, ya se abren sus puertas eternas, los caminos están allanados, una paz profunda reina en todo el universo, ha llegado el tiempo señalado por los profetas: rasgáuse los cielos..... y, el deseo de los collados eternos; el Padre del siglo futuro; el Emmanuel, Jesús, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, Dios desde la eternidad, sin dejar de serlo en los tiempos, aparece un verdadero hombre en su plenitud.

Hé aquí el fin de Jesús profético; pero hé aquí también, y desde luego, el principio de Jesús histórico; y si no podemos identificar á Jesús con Jesús; á Jesús ideal

(1) Mich., c. V, v. 2.

(2) Zacar., cap. II, v. 12 et 13, c. IX, v. 3.

(3) Dan., c. X, v. 24; c. II, v. 3.

con Jesús real, á Jesús esperado por cuatro mil años, con Jesús que aparece en medio de los siglos; vanos serian nuestros trabajos, vanas nuestras esperanzas, vano el culto que le tributamos en ese altar nuevamente consagrado á su memoria; justificándonos además, sin duda alguna, la insultante pregunta que ha osado dirigir la filosofía incredulidad. Y, ¿este Jesús, dice llena su boca de la sonrisa del desprecio, es el mismo Jesús anunciado por la ley y los profetas?..... Contestémosle: ciertamente lo es. La genuina respuesta es su identificación, y ella puede llevarse hasta el último grado de evidencia. Vamos á verlo. Jesús anunciado por los profetas, ha de nacer cuando una potencia usurpadora derroque el trono de David.—Entonces nació Jesús (1). Belén, la mas pequeña villa de Judá, será ilustrada por su nacimiento.—Allí nació Jesús (2). Huirá á Egipto, de donde volverá á su tierra natal.—De Egipto llamó el Eterno Padre á su Hijo Jesús (3). Crecerá en edad, y en testimonio de su misión divina obrará los mas raros y estupendos prodigios.—Los obró Jesús. El cielo y el infierno, la tierra y el mar, el día y la noche, la salud y la enfermedad, la vida y la muerte, el ser y la nada, todo obedece su voz omnipotente (4). Tocará los últimos años de su vida, y predicará una doctrina, que radical y verdaderamente cure todas las dolencias humanas; empeño hasta ahora inasequible aun á la sabiduría mas profunda.—Consiguiólo Jesús. Superior, infinitamente superior á los filósofos y legisladores de las naciones, comprende en su Evangelio toda la sublime metafísica del hombre, penetra sus insospechables abismos; descubre, aun en los mas profundos, su abatimiento y orgullo, y subiendo á buscarlos hasta su origen fontal, encuentra al hombre medio herido por el rayo que la justicia eterna lanzó sobre su delincuente

- (1) Math., cap. II, v. 1.
 (2) Math., cap. II, v. 11.
 (3) Math., cap. II, v. 15.
 (4) Luc., cap. XV, v. 24.

cabeza, y allí descubre su abatimiento; pero aun centelleando sus ojos los destellos de aquella viva luz de que fué iluminado en el paraíso, allí manifiesta su orgullo, y como conoza que uno y otro vicio dimanar de aquel su atrevido y loco interés de hacerse semejante á Dios, oponiéndole su sola evangelica simplicidad, cura de este modo, porque cura de raíz todas sus dolencias. ¿Qué sistema! ¡Cuán profundo! ¡Pero cuán sencillo! ¡Ojalá y el tiempo no me estrechara, presentaria en su confirmacion la historia filosófica del hombre, la relativa al entendimiento en la de los dogmáticos y pirrónicos; la concerniente á la voluntad en la de los Epicúros y Cenones; recordaria, al único fin de hacer ver que sólo Jesús llenó cumplidamente su objeto, las mas brillantes teogonías y sistemas morales de los pueblos cultos; pondriálas en contraste con su Evangelio, y entonces..... ¡entonces desaparecerian como huyen las tinieblas á la presencia del astro majestuoso de la luz (1). Empero (continiemos la identificación), este Jesús benéfico, este Jesús omnipotente será desconocido de su pueblo, abandonado de los suyos, vendido por uno de los suyos, vendido en treinta monedas, coronado de espinas, hecho un varon de dolores; el espectáculo, en fin, del cielo y de la tierra.—Estas profecias son exactamente la historia literal de los padecimientos de Jesús (2). Morirá, y á su muerte llanará á todas las naciones á formar una sola familia. Este es uno de sus caracteres mas distintivos, bosquejado en las historias de los héroes venerables de la antigüedad, marcado con los mas fuertes coloridos en los cuadros de David, Daniel, Isaías, Arco, de todos los profetas.—Pues, muere Jesús, y es el Isaac destinado al sacrificio y constituido en la misma hoguera Padre de una posteridad numerosa. El José aborrecido de sus hermanos, y adornado despues con la púrpura, constituido redentor de los mis-

- (1) Pausan. de Pass., tit. 3 y 21.
 (2) Math., cap. XXVI.

mos que intentaron perderle. El Jonás arrojado á la mar para aplacar la indignacion divina; y libre de las aguas, enviado á predicar á una nacion que no era la herencia de Jacob. Y Jesus muerto, es la piedra angular del magnifico edificio de su Iglesia santa, que coadunada de mil pueblos, del judío y del gentil, del griego y del romano, del bárbaro y del scita, se extiende del oriente al ocaso, y del septentrion al medio dia (1).

Con que la identificacion de Jesus con Jesus puede llevarse y se ha llevado en efecto al último grado de evidencia. Es, pues, Jesus histórico el mismo Jesus profético: el mismo que verificó cumplidamente el espíritu único y multiplicado de los oráculos: luego Jesus es el Dios y Hombre, Redentor de la naturaleza humana: y como ese altar haya sido consagrado para perpetuar la memoria de este misterio de nuestra salud, razon hubo para afirmar: que Dios en su dedicacion habia obrado la de esta santa casa. Su angusto sacrificio....

Peró el tiempo corre velozmente, y yo nada he hablado de Maria, á cuya grata memoria tambien se ha dedicado, por haber cooperado tan eficazmente á la grande obra de nuestra eterna regeneracion. De Maria Santa en su origen, por haber encarnado en sus entrañas purísimas el mismo Hijo de Dios. Voy, pues, á hacerlo con la posible concision.

Y desde luego afirmo: que tan cierto y fecundo es este aserto, quanto que como en el Verbo eterno brillan las perfecciones infinitas de su Padre, en Maria en cierto modo resplandece la impecabilidad de Jesus su Hijo. Como el Verbo eterno es inseparable del entendimiento eterno que lo engendra, es proporcionalmente Maria inseparable de Jesus, Hijo á quien concibe.

Eslo desde la eternidad. Allí, en aquel seno omnipotente y fecundo, en quien toman su esencia los posibles, y en donde las criaturas todas se revisten de la existencia de sus formas eternas, veremos que si Dios ve á Jesus co-

(1) Epist. 1, ad Corint., cap. XII, v. 13.

mo una persona consustancial de su infinita esencia, imágen viva de su incorruptible sustancia, Dios verdadero de Dios verdadero; tambien le mira como destinado á la cualidad de hijo del hombre; y allí tambien, que si Dios ve á Maria como una criatura que por generaciones sucesivas habia de nacer del criminal Adán; la contempla igualmente como una Virgen Santa, por destinada para la Madre de su Verbo. Hé ahí á Maria con Jesus desde la eternidad: héla ahí desde aquel eterno entonces, reflejando como un espejo purísimo la impecabilidad de Jesus su Hijo.

No es esta una expresion metafórica; es la exacta y genuina que se deduce de una lectura aunque rápida, de los libros santos. Abrámoslos. ¡Ah! ¡qué economia tan admirable! ¡qué distributiva tan honorífica para esta Virgen Santa! ¡Jesus y Maria caminan á la par! ¿Es Jesus delineado en las figuras de la antigua alianza?—Lo es Maria: en la escala mística, que rompiendo la muralla de division levantada por la culpa entre Dios y el hombre, une al hombre con Dios; en la zarza de Oreb circundada de voraces llamas, pero incombustible, pues de su seno milagroso da voces el Señor; en la vara de José nacida del fango de la corrupcion, pero incorruptible; pues en su flor descansa el septiforme Espíritu de Dios. ¿Es Jesus bosquejado en los personajes venerables de la antigüedad?—Maria brilla en Jael, en Judit, en Débora, en mil y mil heroínas. ¿Es Jesus raticinado por los profetas?—Lo es Maria. David la vé en la reina majestuosa á cuyos pies aprenden las hijas de Tiro y las naciones infieles. Ezequiel la profetiza en el magnífico templo donde habita el Dios de Israel, inundándolo de mil torrentes de luz. Isaias la contempla en aquel infante, prodigio que nace y crece, y se vigoriza, y desarrolla todas sus facultades en el solo momento de su concepcion. ¿Los cielos mismos anuncian la mision divina de Jesus?—Los mismos cielos.... si nó es una ilusion de mi fantasia acolorada. Yo veo descender desde la altura del empuer al

ministro ejecutor de las misericordias del Eterno: Gabriel, el arcángel de las gracias, sale de su excelso trono, extiende sus anchurosas alas, bermosas como el azul de los cielos, radiantes como el oro de ofir: ilumina ya los espacios del éter, hiende ya los vientos con mas rapidez y majestad que los brillantes meteoros, llega á Galilea, se dirige á Nazaret, entra en la casa de Maria; *¡Dios te salve, Maria!* le dice: llena de las gracias como los cálices de las flores, del rocío de la mañana: el Señor te ha poseído desde el principio de sus grandes designios, y desde los siglos antiguos que han precedido tan de antemano á la formación del orbe: aun su dedo divino no trazaba en los espacios vacios la órbita inmensa de la luna y demás astros, aun no me dotaba con el precioso don de la existencia, y ya tú, pura como uno de sus pensamientos, eras colmada de sus bendiciones divinas: el Espíritu Santo que ya habita en tí, te ocupará con toda su plenitud, y encarnarás en tus entrañas al mismo Hijo de Dios. *¡Dios te salve, Maria!* (1) ¡Si, mil veces Dios te salve Maria, Santa Madre de Jesús, Dios y Hombre Redentor!

¡X tú, Casa angusta que me escuchas, erigida para representar aquella dichosísima donde se obraron tamaños prodigios, yo te saludo! Yo te saludo, porque en las sacrosantas aras de ese altar que nuevamente has dedicado, van á reproducirse, y con todo su esplendor y con toda su extension, hoy que por la vez primera serán santificadas con el sublime y tremendo sacrificio. Tus bóvedas repitieron ya los ecos de estas suplicantes plegarias: ¡Cristo, oyenos! ¡Cristo, escuchanos! Son, ó los gemidos de los patriarcas venerables que á grito herido llaman á su Dios y Redentor, ó el acento profético de aquellos vates sagrados, que aunque lo anuncian futuro, su fe, rompiendo el velo de los tiempos, lo adora consumando ya la grande obra de la redencion de Israel. Entonóse el himno de los coros angélicos..... ¡Qué cuadro! ¡Qué es-

(1) Luc, cap. I.

cena tan patética.....! El Soberano de los cielos en un establo! ¡Ceñido con fajas el que despidió rayos! ¡La inocencia que le adora! ¡El poder que se le anonada! ¡Una Virgen Madre reuniendo en su persona los dos estados mas divinos de una mujer, los honores de la virginidad con la mat ruidad. Se oyeron en seguida los acentos de los escritores de la antigua ó nueva alianza, ó al sublime Pablo describiendo la filiacion de Jesús; la eterna en el seno del Omnipotente, la temporal en el de una Virgen tímida; ó al mas sábio de los reyes, Salomón, entonando con el estro de los misterios la preordinacion de Maria. Resonaron despues las palabras del Evangelio: ¡ah! es la escena sublime del arcángel enviado por el Eterno á Maria á desempeñar la mas angusta de las misiones. Interrumpiéronse los sacrosantos misterios: ¡ay de mí! ¡Cómo he osado balbucir con mi impura y torpe lengua objetos tan divinos! Dispuesta así la cristiana asamblea, presenciará la consumacion del gran misterio; subirá el sacerdote á las sacrosantas aras; tomará en sus manos el Pan Santo de la vida, el Cáliz de la eterna salud; pronunciará las omnipotentes palabras que transubstancian las santas hostias; aparecerá Jesús: ¡Jesús mismo! Morirá Jesús: ¡Jesús mismo! Y aunque inermata, real y verdaderamente como allá en el Calvario, cuando entré dolores y agonias: "¡Padre mio, grita, he consumado tu grande obra!"

Así Abraham y todos los patriarcas, Moisés y todos los profetas, Jerusalem y toda la magnificencia de su culto y de su templo, el mundo y todos sus imperios, el cielo y todos sus arcanos, todo este aparato tan de antemano dirigido al verificativo de los angustos misterios por los que se consumó la grande obra de nuestra eterna regeneracion: Jesús Redentor; Maria Santa en su origen por Madre de quien nació Jesús, todo, todo ¡oh Casa santa! se ve reproducido y con todo su esplendor, con toda su extension en las sacrosantas aras de ese altar, hoy que por la vez primera son santificadas con el sublime y tre-

miedo sacrificio. Mil veces te reitero mis saludos ¡Casa Santa y una y mil veces sin cesar repetiré *En la dedicación de ese altar se ha verificado hoy la salud de esta Casa.*

Y tú, ¡Dios de las misericordias, siempre antiguas y siempre nuevas! recibe este homenaje que yo, criatura tuya, vil polvo, a nombre de este pueblo que te adora te ofrezco con las mas dulces efusiones de mi alma en testimonio de gratitud por los incomparables beneficios que te has dignado concedernos en la presente solemnidad. Haz ¡oh Dios de mi vida! que de ella volemos á las eternas de la gloria, y que allí, corriendo alternativamente al trono de pureza y de candor de la Madre de tu Verbo, en compañía de los serafines de amor, le entonemos el tres veces Santa, ó al esplendente del de Jesus tu Hijo; y juntos con los patriarcas y profetas, con los apóstoles y mártires, con todos los habitantes de la Jerusalem celestial, en el timpano, en el órgano, en el salterio, á ti Dios Padre Ingenito, á ti Dios Hijo, Unigénito, á ti Dios Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo, santa é indivisa Trinidad, te alabemos, te confesemos, te entonemos el *hosanna* eterno.

SERMON
DEL PADRE ETERNO

PREDICADO EN LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA
DE MEXICO EL 25 DE MAYO DE 1851

POR EL

SR. DR. D. JOSE MARIA DIEZ DE SOLLANO

PURA INTERINO DEL SACRARIO Y DESPUES OBISPO DE LEON (1)

Narrabo nomen tuum fratribus.

Pa. 21.

Cuatro mil y mas años habian trascurrido desde que el *Fiat* Omnipotente del Criador hizo brotar del caos de la nada cuanto existe en los cielos y en la tierra; y aquel Dios, que tan familiarmente trataba con Adán inocente en el Paraiso, ofendido sin duda por la culpa primera, no menos que por la corrupcion universal de su linaje, ocultaba á los hombres entre los resplandores de su divinidad los augustos nombres de su insondable majestad. Mas por último, llegó con el trascurso de los siglos y á pesar de las multiplicadas culpas de los hombres, el mo-

(1) Véase la nota puesta al fin de este sermón.

miedo sacrificio. Mil veces te reitero mis saludos ¡Casa Santa y una y mil veces sin cesar repetiré *En la dedicación de ese altar se ha verificado hoy la salud de esta Casa.*

Y tú, ¡Dios de las misericordias, siempre antiguas y siempre nuevas! recibe este homenaje que yo, criatura tuya, vil polvo, a nombre de este pueblo que te adora te ofrezco con las mas dulces efusiones de mi alma en testimonio de gratitud por los incomparables beneficios que te has dignado concedernos en la presente solemnidad. Haz ¡oh Dios de mi vida! que de ella volemos á las eternas de la gloria, y que allí, corriendo alternativamente al trono de pureza y de candor de la Madre de tu Verbo, en compañía de los serafines de amor, le entonemos el tres veces Santa, ó al esplendente del de Jesus tu Hijo; y juntos con los patriarcas y profetas, con los apóstoles y mártires, con todos los habitantes de la Jerusalem celestial, en el timpano, en el órgano, en el salterio, á ti Dios Padre Ingenito, á ti Dios Hijo, Unigénito, á ti Dios Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo, santa é indivisa Trinidad, te alabemos, te confesemos, te entonemos el *hosanna* eterno.

SERMON
DEL PADRE ETERNO

PREDICADO EN LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA
DE MEXICO EL 25 DE MAYO DE 1851

POR EL

SR. DR. D. JOSE MARIA DIEZ DE SOLLANO

PURA INTERINO DEL SACRARIO Y DESPUES OBISPO DE LEON (1)

Narrabo nomen tuum fratribus.

Pa. 21.

Cuatro mil y mas años habian trascurrido desde que el *Fiat* Omnipotente del Criador hizo brotar del caos de la nada cuanto existe en los cielos y en la tierra; y aquel Dios, que tan familiarmente trataba con Adán inocente en el Paraiso, ofendido sin duda por la culpa primera, no menos que por la corrupcion universal de su linaje, ocultaba á los hombres entre los resplandores de su divinidad los augustos nombres de su insondable majestad. Mas por último, llegó con el trascurso de los siglos y á pesar de las multiplicadas culpas de los hombres, el mo-

(1) Véase la nota puesta al fin de este sermón.

mento pronosticado por el profeta Baruch; y el Dios que se dignó llamarse Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, y que encontró el camino de la doctrina y lo dió á Israel su amado siervo, se dejó por fin ver sobre la tierra y conversar con los mortales. Entonces fué cuando el misterio escondido desde los siglos en Dios se reveló al hombre; entonces, cuando el torpe labio del que es polvo y ceniza pudo ya pronunciar los tremendos nombres de las soberanas personas de la Trinidad Sacrosanta; entonces supo el hombre que el dulce nombre de Padre trae su origen divino, no ya de lo caduco y perecedero, sino que antes bien toda paternidad se denomina en la tierra no menos que en el cielo de aquella soberana persona que es la fuente y origen de toda la Trinidad. *Ecce quo omnia Paternitas in terris et in caelis nominator* (1).

Este Padre, pues, tan desconocido á los antiguos patriarcas y santos profetas, y manifestado á nosotros por el Hijo único de su divino corazón, es el objeto especial de nuestros religiosos cultos el día de hoy. *Narrabo nomen tuum fratribus meis.*

Para que mi torpe lengua profiera un algo de tan profundos arcanos de la Divinidad, necesito mucho mas que el santo profeta Isaías, que purifique el Señor mi boca mandando desde su alto solio una centella del fuego sagrado que perpetua arde en el altar de sus holocaustos. Esto os suplica conmigo el cristiano pueblo que para alcanzarlo interpose la mediación de María llena de gracia.—**AVE MARIA.**

La excelencia y sublimidad del augusto nombre del Padre Eterno es tal y tanta, que parece que para ser anunciado á los hombres era menester no un ángel, no

(1) Ephes., III, 15.

un arcángel, no uno de los espíritus de las celestiales jerarquías, aunque fuese el mas encumbrado querubín, ni el primero aún entre los serafines; sino que mision tal requeria no menos que al mismo Verbo, para que el Unigénito, que está en el seno del Padre, fuese quien nos anunciara nombre de tanta grandeza. Y esto nos dá á entender el Espíritu Santo poniendo aquellas palabras en boca del Hombre Dios Jesucristo: Yo anunciaré, ¡oh Padre! tu nombre á mis hermanos: *Narrabo nomen tuum fratribus meis.*

Y en verdad ¿quién conoce al Padre sino el Hijo? ¿Ni á quien jamás le ha sido revelado ese nombre sacrosanto, sino á aquel á quien le plugo al Hijo revelarlo? Los tronos, los principados, las potestades, toda la corte celestial no lo saben sino por este mismo Hijo: diré mas con San Agustín y con toda la teología, el Padre mismo no se conoce á sí propio sino en su Verbo; y en ese esplendor de la luz eterna es en donde únicamente puede ser visto aquel Padre. *Neque Patrem quis novit, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare* (1).

Varios son, por cierto, los nombres con que nuestro pobre lenguaje denomina y distingue á la primera persona de la inefable Trinidad; llámante los santos doctores y teólogos, ingénito é innacible, para marcar por aquí una de las propiedades de esta divina persona. Mas en las Santas Escrituras solo se la encuentra nominalmente llamada con el augusto nombre de Padre, y esto sin duda no carece de misterio. El título de Padre, es, según los santos, la primaria y principalísima denominación de la primera persona; y encierra en sí la noción personal que le es propia y funda la relación que la constituye: avanzará mas, porque mas avanzan también los Santos Padres. El nombre y la realidad de Padre tan lejos está de ser indigno de la Divinidad, que antes bien le es de tal manera propio á Dios, que solo en él obtiene toda su

(1) Math., XI, 27.

verdad y propiedad. Fácil me sería aducir en comprobación de este aserto una larga y no interrumpida serie de santos padres y doctores de la Iglesia; pero oigamos por todos algunos de aquellos que mas brillaron en discutir, comprobar y vindicar el augusto misterio de la adorable Trinidad de nuestro Dios.

El insigne San Atanasio se expresa así: "Solo en la divinidad el Padre es propiamente Padre, y el Hijo propiamente Hijo, porque solo en ellos se halla que el Padre siempre es Padre y el Hijo siempre es Hijo." *Sola in divinitate Pater proprie est Pater, et Filius proprie Filius est: in hisque solis hoc consistit ut Pater semper sit Pater et Filius semper sit Filius!* (1) ¡Oh pensamiento altamente profundo! ¡Oh concepto nobilísimo digno de un Atanasio! ¿Con qué la grave dignidad de Padre solo en la divinidad surte todo su majestuoso carácter? ¡Oh Padre verdaderamente eterno, porque siempre has sido, eres y serás Padre, yo te adoro! ¿Quién sino tú, exclama San Gregorio Nazianceno, de tal manera es Padre que jamás haya sido Hijo? Tú solo eres propiamente Padre, porque jamás fuiste antes Hijo, como son entre nosotros los padres: *Pater proprie est, quia non etiam Filius* (2). Permitid, hermanos míos, expláne un algo esta idea de tan grandes doctores.

El Padre, prosigue el Santo, es verdaderamente Padre, y mas que todos los que se denominan así entre los hombres, porque lo es de un modo singularísimo *quia singulari modo*. ¿Cómo? No por una acción corpórea, corruptible y pasajera, como la de los padres terrenos, sino por una acción eterna, indeficiente y toda intelectual. Oid á la Escritura, hermanos míos: Yo, le dice siempre el Padre al Hijo unigénito, yo hoy te engendré. *Ego hodie genui te* (3). Y esta voz del Padre es eterna, la profirió antes de los tiempos, la profiere hoy y la profierirá siempre

(1) Ath. orat. 2, pág. 151.

(2) S. Greg. orat. 36, pág. 564.

(3) Pa. 2.

porque siempre es aquel *Hoy* indetectible é inmutable en que está concentrada toda la eternidad. Pero sigamos al santo doctor Nazianceno que continúa marcando la excelencia con que el Padre Eterno se aventaja con superioridad infinita á los padres temporales. Dice, pues, *tun quia solus* (6), los padres terrenos comparten, por explicarme así, la dignidad de Padre; la paternidad y la maternidad integran aquel todo, y la autoridad y las prerogativas las dividen entre sí el padre y la madre á quienes debemos el sér. No así aquel Padre Soberano; él lo es todo y con nadie comparte su acción ni divide su dignidad: él es el principio total, completo y adecuado de la generacion eterna de su Hijo consustancial. Oid otra excelencia: *tun quia solius*, prosigue el Santo: como la generacion temporal es transitoria y el término producido es finito y limitado, no agota la fecundidad del padre terreno; de aquí esa multiplicada descendencia con que Dios suele bendecir á los hombres privilegiados como prometió y cumplió con Abraham. Mas ¡oh y cuán distinta, cuán superior y excelente es la generacion eterna de aquel que siempre es padre! Su acción es toda de una vez, toda permanente, toda eterna é infinita; y su Verbo, ¡oh! el Verbo llena y adecua y agota el entender infinito y por esto es único. Razon digna del angélico Tomás de Aquino. ¡Oh fecundidad insondable del Padre! ¡Oh alteza incomprensible del Hijo! ¡Qué pobre, qué pequeña, qué nula aparece aquí la fecundidad terrenal! Bendito sea por jamás ese tu nombre inefable, ¡oh Padre! que nos reveló el Hijo encarnado: *Narrabo nomen tuum fratribus meis*.

Esto solo bastaria para entender por qué toda la veneranda antigüedad cristiana hizo tanta estima y reputó de tan gran valor en las Divinas Personas la denominacion de Padre y de Hijo, que la antepuso á todas las demás, con que suelen los teólogos significar á estas dos personas,

(1) S. Greg. orat. 23, pág. 421.

Más, ¿cuánto debe subir de punto nuestra sorpresa y estupor al oír aquella misma respetabilísima antigüedad aseverarnos del modo mas explícito y terminante, que el angusto nombre del Padre es tan propio y adecuado en la divinidad, que el es mas excelente y mas conveniente á Dios que el nombre mismo de *Dios*? Pues así es, hermanos míos, así es. Y para que vuestra convicción sea completa, os referiré literalmente las expresiones mismas de los santos. El grande San Cirilo Alejandrino, entre mucho mas que pudieran referirse, se explica así:

El nombre de Padre le conviene á Dios con mayor propiedad que el nombre mismo de Dios (1). *Nomen autem Patris magis proprie Deo convenit, quam Dei*: pero oígame la razon, prosigue, porque el de Dios contiene la nocion de la dignidad, mas el de Padre contiene la de una propiedad sustantiva. Porque quien dice *Dios* indica al Señor de todas las cosas; mas el que dice Padre, toca en lo que pertenece á la propiedad: *hoc enim dignitatis, illud autem sustantivæ proprietatis notionem continet. Nam qui Deum dicit universarum Dominum indicat: qui autem Patrem nominat, quod ad proprietatem spectat attingit.*

Demos alguna mas claridad á un pensamiento tan alto. Saber que existe un Dios á cuya imperiosa voz surgieron del caos de la nada esos magníficos cielos con todo su brillante ornato de luceros y grandes luminares, y ésta nuestra tierra con sus abisnos insondables de aguas pobladas de peces, rodeada de una atmósfera surcada por variedad de aves, ataviada con todo el verdor y lozanía de los prados, cubierta de sombríos y majestuosos bosques, dispuestos con agradable sucesion de montes, colinas y valles; todo ordenado con sabiduría profunda; todo conservado con poder irresistible; todo regido con providencia suprema, es cosa que no se escondia al saber del pueblo judaico. Mas penetrar hasta el seno mismo del

(1) S. Cir. l. II. in Ioann. C. 7, pág. 961.

Altísimo, ver allí un Verbo, un Hijo único y consubstancial que siempre é indeficientemente nace de su ciencia y de su sabiduría; esto si estaba reservado para que fuese el timbre glorioso del nuevo pueblo que debia heredar al antiguo y á quien aquel mismo Verbo humanado anunciase tan profundos arcanos, dándonos á conocer el angusto nombre de su Padre: *Narrabo nomen tuum fratribus meis.*

Pero aun no lo he dicho bastantemente. El nombre de Padre es tanto mas propio y mas digno de Dios que el nombre de *Dios*, cuando se aventaja al de Criador el de Padre, es decir, cuando mas sobrepuja y excede en excelencia ese Hijo á quien se refiere aquel Padre á esa pobre criatura producida por aquel Criador. *Est autem multo prestantius*, dice el citado San Cirilo (1): *Patrem esse genitorem, ac tanto quidem, quanto Filius opere est prestantior.* ¡Oh, y quién pudiera desenvolver aqui todo el concepto, toda la idea que entrañan estas sublimes expresiones! Pero el tiempo se me estrecha.

¡Oh Padre celestial! ¿quién jamás hubiera podido saber tu nombre, si tu Unigenito no nos lo hubiese revelado? Gracias te sean dadas á tí, Dios Hijo Jesucristo, que así desempeñastes tu mision sobre la tierra. Tú, al concluir tu carrera mortal y al volverte á tu Eterno Padre, le dijiste (2): *Manifestavi nomen tuum hominibus, quos debisti mihi*, como si dijeras: Padre, tú solo eras conocido como Dios por aquel antiguo pueblo Israelítico; mas ahora vas á ser reconocido, adorado y bendecido bajo tu propio nombre de Padre, por el nuevo pueblo, por el pueblo de adquisicion que me diste. Dichosos nosotros, hermanos míos, mil veces dichosos, repito, porque formamos parte de ese pueblo de adquisicion, de esa heredad Santa, á quien se confió secreto tan alto, escondido desde los siglos en el seno de Dios. Nuestro timbre, nuestra mayor gloria es ser hijos adoptivos, y llamar y reconocer por Padre á

(1) Thea., pág. 29

(2) Ioann., XVII, v. 6.

aquella Divina Persona por quien se denomina toda Paternidad en los cielos y en la tierra, á aquel que es Padre antes de todos los siglos y lo será por siempre; al Padre verdaderamente Eterno, que ni fué antes hijo ni jamás, ni aun por un instante deja de estar siendo Padre. ¡Oh dicha! ¡Oh dignidad incomprensible la del cristiano que tiene por hermano á Jesucristo, al Verbo eterno de aquel Eterno Padre, al Unigénito, al Hijo consustancial y siempre hijo del que sin término ni fin, es siempre Padre el mas augusto que jamás hubiera, cuyo nombre solo por este Hijo, ha podido revelárenos! *Narrabo nomen tuum fratribus meis.*

¡Oh nombre de Padre, mas excelente y mas propio de Dios que el nombre mismo de Dios! Bendito seas por siempre por las generaciones de los siglos! Bendigamos al Padre con el Hijo y el Espíritu Santo ahora y siempre y sin fin.—AMEN.

NOTA DEL EDITOR

A solicitud de uno de nuestros abonados al *SERMONARIO*, amigo cariñoso del Illmo. Sr. Sollano, publicamos la censura que de esta pieza oratoria hizo el no menos respetable e ilustrado Sr. Dr. D. José M. de Jesus Belauzarán, obispo de Linares, y sobre la cual llamamos la atencion de nuestros lectores por su importancia:

Parecer del Illmo. Sr. D. Fr. José M. de Jesus Belauzarán, dignísimo obispo antiguo de Linares, etc.

ILLMO. SR. Y VENERABLES HERMANOS:

Al recibir el sermón que me entregó ayer tarde el Lic. D. Joaquín Primo de Rivera, secretario de F. S. I., obra del Sr. Dr. Rector del Colegio de San Gregorio y cura interino del Sagrario de esta Santa Iglesia Metropolitana, D. José María Díez de Sollano, predicado en esa santa iglesia catedral el día 25 de Marzo del presente año, luego entendí que se deseaba que leído que fuese por mí, pudiese mi dicatema para proceder á su impresion.

Lo lei, en efecto, con suma atencion y hallé una pieza sublimemente sabia, calificando á su autor de un verdadero Teólogo. Porque á la verdad, explicar como explica la generacion eterna del Verbo de Dios, la belleza y propiedad con que habla de ella, siendo como es infalible, al decir de Isaías, es preciso que concurramos de que el Espíritu Santo dirigía su lengua y hablaba por sus labios en su Cátedra.

Hay mas: la explicacion y aplicacion del texto en que apoya su discurso que tomó el orador del salmo 21 en que Jesucristo habla á su Padre de los hombres llamándolos hermanos, no hay, ciertamente, una verdad mas bien explicada y que deha engrandecer en nosotros una esperanza mas firme de nuestra eterna salvacion. Por eso dice San Pablo en el capítulo VIII de la Carta á los Romanos: que el mismo Espíritu Santo nos dió testimonio asegurado.

donos que somos hijos de Dios y hermanos de Jesucristo; y que somos herederos de la gloria suya: Ipse enim spiritus testimonium reddit spiritui nostro quod sumus filii Dei. Si autem filii, et haeredes: haeredes quidem Dei, cohæredes autem Christi. Una doctrina tan pura y tan conforme con el dogma de la Unidad y Trinidad de Dios y predestinacion de los santos dicha con toda propiedad. Quien no celebrará esto en un templo mexicano? Se leerá en la sabia Francia esta pieza, y diré mas, en la misma Roma, con edificación y con asombro.

Deseo V. S. I. el impulso que merece con su autorizacion para que vea la luz pública, y la lea con edificacion el pueblo cristiano, que es tan interesado en el cumplimiento y aumento de su verdadera religion.

He aquí el deseo de este humilde hermano de V. S. I. Q. R. S. M.

Fr. José Maria de Jesus,

Antiguo obispo de Linares.

Convento de N. S. P. San Francisco de México, Junio 28 de 1861.

SERMON

DE

LA TRANSFIGURACION

PREDICADO EN HUAMANTLA EN 1858

POR EL

SR. CURA D. FRANCISCO FLORES.

Domine, bonum est nos hic esse.

Señor, bueno es que permanezcamos aquí.

S. Mat., 17, 4.

Queriendo Jesucristo dar á sus discipulos una idea, aunque ligera, del paraíso celestial, tomó consigo á Pedro, á Santiago y á Juan, y llevándolos á un monte muy alto se transfiguró delante de ellos, de manera que su rostro resplandeció como el sol y sus vestidos se pusieron blancos como la nieve. Entonces Pedro, al ver sobre la faz de ese Dios transfigurado, un rayo de aquella gloria inmortal que Dios reserva á sus escogidos, habiendo gustado como con los labios aquellas inefables delicias del Señor, encantado con las celestiales dulzuras de su Maestro, lleno de un santo entusiasmo exclamó: "Señor, ¡qué bien estamos aquí!"

Pero ¿qué fue lo que vió San Pedro sobre esa montaña de Galilea, para fijarse ahí repentinamente y no querer ya descender? Ahí vió el cielo, el esplendor del tabernáculo de Dios: ahí escuchó los conciertos de Sion y los cánticos de la celestial Jerusalén. ¡Ah! Imitemos su ejemplo, sigamos su conducta, trabajemos sin cesar por adquirir ese cielo que debemos ver como la patria del hombre, porque para ella fué criado. ¿Y qué haremos para conseguir ese cielo del cual no quería separarse San Pedro en el Tabor? Penitencia, porque Jesucristo ha dicho: "Si no hicierais penitencia, no entraréis en el reino de los cielos." A propósito, hermanos míos, estamos en el tiempo de cuaresma, tiempo especialmente destinado al arrepentimiento, á las lágrimas y á la penitencia. Bastante hemos ofendido á Dios, bastante hemos provocado su indignación y su cólera: ya es tiempo de que nos preparemos para pedirle perdón, para darle una satisfacción competente por medio de una buena confesión; mas antes de manifestar las circunstancias que se requieren para la confesión, me permitiréis que os proponga estas dos proposiciones: 1.ª, que la confesión sacramental es una institución evidentemente divina y tan antigua como el mundo; 2.ª, que se encuentra establecida en el Evangelio en los términos mas claros y formales.

1. Trasladémonos por un momento y en espíritu al paraíso que fué el lugar donde el hombre cometió su primera culpa. Ved ahí en el fondo de una floresta á Adán en compañía de Eva, la cómplice de su delito, escondido en el hueco de un árbol, temblando de miedo á la idea de los castigos de Dios, abrumado de vergüenza en presencia del vacío que la pérdida de la inocencia y la gracia han dejado en su corazón. En este horrible estado, lejos de pensar Adán en volverse á Dios, despues de haberle vuelto la espalda, sólo piensa en alejarse de él cada vez mas y en ocultarse de su vista; y hubiera permanecido siempre en el abismo de su pecado si el mismo Dios no hubiese ido á buscarle y no le hubiera tendido la mano para sacarle

de él, porque el pecador puede abandonar á Dios por su propio albedrío, pero no puede volver á sus brazos si su misericordia no lo llama con su voz interior y lo atrae con su gracia. En efecto, oíd esa voz que se repite en la selva del paraíso: "Adán, Adán, ¿dónde estás?" ¡Ah! Es la voz de Dios que llama á este gran culpable para inspirarle confianza en su bondad; es la voz de Dios que excita á Adán pecador á que se arrepienta de su conducta y haga una humilde confesión de su pecado, á fin de obtener el perdón que habia de borrarlo y la gracia que habia de reparar sus funestas consecuencias.

2. Pues bien, Adán y Eva, comprendiendo que Dios quiere su arrepentimiento y su confesión, se arrepienten en efecto y confiesan su pecado. Adán dice: "La mujer que me habeis dado por compañera me ha ofrecido este fruto." Y Eva dice: "La serpiente me ha engañado." Pero dicen estas palabras, no tanto por excusar su culpabilidad, como para manifestar el gran disgusto que experimentan. En vista de esta confesión, Dios les impone una penitencia, pero una penitencia de humillación, puesto que por el orgullo habian despreciado los preceptos de Dios y sus amenazas. Adán fué condenado á pedir á la tierra su alimento; pero un alimento que habia de ir siempre humedecido con el sudor de su frente. Eva fué condenada á vivir bajo la potestad del hombre y á parir hijos con dolor. Además, Dios perdonó á esos culpables en virtud de los méritos de Jesucristo, porque esas dos túnicas de pieles de corderos que Dios formó para vestir con sus propias manos á los dos esposos penitentes, significaban que el Cordero Divino, en la plenitud de los tiempos, habia de ser inmolado por los pecadores. Ved como desde el principio del mundo, luego que hubo culpables, tenemos la confesión inspirada por Dios, el arrepentimiento y la satisfacción que son las partes esenciales de la penitencia. Luego la confesión de los pecados es tan antigua como el mundo y fué instituida por Dios.

3. La confesión no fué inventada por los hombres co-

mo se cree, porque si así fuera, conoceríamos á su inventor; pero no lo conocemos, ni nadie lo ha conocido jamás. Ninguna historia habla de él, ningún documento lo indica, ningún escritor amigo ó enemigo de la Iglesia hace mención de él; ningún libro, ninguna palabra hace sospechar su existencia. ¿Y creéis que el autor de una novedad tan grande y tan extraña pudiera ser desconocido? ¿Creéis que ese admirable explotador de la ignorancia y de la incredulidad de los pueblos hubiera pasado desapercibido? ¿Creéis que ese impostor en materias religiosas, que ese verdugo bárbaro de la conciencia cristiana hubiera podido permanecer incógnito despues de haber atravesado la tierra, despues de haberla trastornado, sin dejar el mas mínimo vestigio de su nombre ni de sus pasos? No es posible, como no es posible haya inventado la confesion. Decidme: ¿Qué hombre puede exigir del hombre que descubra á otro hombre, toda la miseria, toda la iniquidad, toda la injusticia, toda la perversidad de su corazón? Exigir del hombre que confiese espontáneamente á otro hombre, sus faltas más humillantes, sus intenciones más perversas, aquello que el hombre apenas puede confiar temblando á las tinieblas y á la soledad: aquello que le causa tanta vergüenza que quisiera ocultarlo aun á sí mismo, es pedirle el sacrificio más penoso y más difícil; el sacrificio del pudor interior, el sentimiento más delicado del alma que le distingue del bruto. Y un sacrificio de esta naturaleza, ¿creéis que el hombre lo haya podido imponer á más de trescientos millones de hombres, y que haya podido existir diez y nueve siglos? Decir esto, es afirmar que se ha encontrado en el mundo un hombre de un rango tan elevado, de una autoridad tan imponente y de un poder tan ilimitado, que pudo imponer á los hombres una obligación la más repugnante al orgullo, la más contraria al vicio, y esto sin haber causado el menor ruido, sin haber encontrado la más pequeña oposición. Pero decir esto es un absurdo ó bien es afirmar que este hombre era un Dios. Luego la

confesion de los pecados no es invencion humana, sino divina.

4. No es cierto que la inventaron los sacerdotes, porque éstos no podían inventar una cosa que les sería tan pesada y tan molesta. En efecto, señores, en nuestro ministerio, esto es lo que más nos molesta y nos fastidia, las confesiones. Para una confesion se nos llama á cualquier hora del día y de la noche, y cuando administramos en los pueblos, por una confesion se nos hacen caminar diez y más leguas de mal camino, en medio del frío, del calor y de la lluvia, y esto sin ninguna recompensa, solo por el cumplimiento de nuestro ministerio. Veamos como se encuentra establecida en el Evangelio en los términos más claros y más formales.

5. Leamos el Evangelio y veremos que el Hijo de Dios instituyó el sacramento de la confesion. Un día dijo á sus apóstoles estas palabras: "En verdad os digo que todo lo que ataréis en la tierra será atado en el cielo, y que todo lo que desataréis en la tierra será desatado en el cielo." Otro día despues de su resurreccion, habiéndose presentado á los mismos apóstoles que estaban reunidos en el Cenáculo, les manifestó sus llagas, les dió la paz, y en actitud de Maestro, de Legislador y de Dios, con un acento de majestad y de autoridad les dijo: "Así como el Padre me ha enviado á mí, yo os envío á vosotros." En seguida soplo sobre ellos, y con el mismo acento prosiguió diciéndoles: "Recibid el Espíritu Santo. Aquellos á quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados; y aquellos á quienes los retuviéreis, les serán retenidos." Ved aquí la institucion de la confesion. Esa actitud de Jesucristo, ese soplo de su divino aliento que esparció sobre sus apóstoles y con el cual los envolvió en una atmósfera divina; esas magníficas y sublimes palabras con que acompañó este acto misterioso, todo nos indica que el Hijo de Dios, obrando como Dios, promulgó una ley importante é instituyó una cosa grande, sublime y divina. Todo nos revela que desde ese momento constitu-

yó á los sacerdotes medianeros entre Dios y los hombres; que los revistió de las facultades de Maestro, de Juez y de Médico; que dividió con ellos su propia autoridad; que les confirió su poder divino. En una palabra, los hizo sus ministros, los dispensadores de sus misterios, sus representantes, sus apoderados para la obra de la redención de los hombres.

6. De aquí se infiere que la confesion debe ser de boca, porque el sacramento de la penitencia fué instituido en forma de juicio. Y así como el médico no cura las llagas que no ve, ni el magistrado juzga los crímenes que no conoce, así tampoco el sacerdote puede levantar el brazo para perdonar ó retener los pecados que no se le confiesan, y no basta confesarlos á Dios, sino tambien á los sacerdotes, porque en su institución se designan claramente tres personas: el pecador que se acusa, el sacerdote que absuelve y Dios que perdona por medio del sacerdote. ¡Ah! si fuera suficiente confesar á Dios los pecados para alcanzar el perdón, entonces Dios inútilmente hubiera dado á la Iglesia el poder de perdonarlos.

7. Luego la confesion fué instituida por Dios, es tan antigua como el mundo, está expresamente mandada en el Evangelio y debe ser de boca. Y ésta es la confesion que se necesita para que entremos en el reino de los cielos, donde como S. Pedro podemos decir: "Señor, ¡qué bien estamos aquí, porque el cielo es nuestra patria!" Ahí poseeremos á Dios, lo veremos como es en sí y lo alabaremos por siempre. Ahí veremos á ese Salvador que se transfiguró en el Tabor, que ha sido crucificado por nosotros. Ahí contemplaremos esas divinas llagas de las cuales ha salido la sangre de la redención, y adoraremos ese Sagrado Corazon que nos ha amado tanto, y nos amará por los siglos de los siglos.

PANEGIRICO TEOLOGICO DOGMATICO

DE

LA TRANSFIGURACION DE JESUCRISTO

SCRITO PARA ESTA PUBLICACION
POR EL

PRESBITERO FR. JUAN RIVEROS

EL MINISTRO PROVINCIAL DE SAN DIEGO DE MEXICO.

*Nemini dicentis cinerem donec Filius
hominis á mortuis resurgat.*

Guardad en vuestro pecho este secreto hasta que el Hijo del hombre se levante de entre los muertos.

Math., XVII, 9.

Esta es la majestuosa expresion que acaban de oír de la boca de Jesucristo los felices espectadores de su gloria. Era inevitable encargárles el secreto, porque siendo la divinidad del Mesias un arcano impenetrable para los oráculos del gentilismo, esperaban que su venida fuese en el mundo un espectáculo de orgullo, y que hiciese á Jerusalem el teatro de las grandezas humanas. Esa vana filosofía que se lisonjaba de penetrar los mas escondidos secretos de la razon, no alcanzó á ver la estrella de Jacob que alumbró al Hijo del Eterno. La soberbia habia logrado un puesto ventajoso y la humildad empezaba á

ejercer su poderoso dominio, mientras que los Maestros de la Ley encendían y llenaban de entusiasmo sus ideas. Por eso la cobardía de un príncipe ambicioso se aumentaba con la llegada de los Magos, porque creía que con su cautela, ofuscaban su grandeza; antes bien, contribuyó como un aviso para que los reyes de Arabia y de Saba le presentasen sus dones.

Así, los suspiros y vehementes deseos de los Padres y Profetas de la antigua ley sobre el Mesías prometido, se habían ya verificado. Los cielos enviaron desde lo alto su rocío; las nubes flojeron al Justo y la tierra brotó al Salvador deseado. Todos los oráculos que lo anunciaron se cumplieron perfectamente. Las semanas de Daniel corrieron presurosas á su término; el mundo todo vió con admiración el fin de las expresiones de Isaías y Micheas. Los hijos de Abraham se unieron entre sí, y por la consumación de ambos Testamentos, Ismael e Isaac reconocen un mismo Padre. En fin, Jesucristo, Dios y Hombre verdadero y Salvador del mundo, habitó entre nosotros para hacernos percibir las delicias de su gloria como Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Por eso fué necesario que esta suma verdad se vistiese de un cuerpo mortal y se acomodara á la flaqueza de nuestra vista, acostumbrada á las cosas materiales; porque siendo los hombres, en hermosa expresion del padre San Agustín, incapaces de ver á Dios en su misma sustancia, era inevitable que del seno mismo de la luz eterna saliese el rayo que había de iluminar á los griegos y á los persas, para que indiferentemente todas las naciones rindiesen al Ser Supremo el culto y homenaje que en el Tabor le ofrecieron los dichos testigos de su gloriosa transfiguración.

Y así, después de haber manifestado á Pedro y á los dos apóstoles el sublime grado de su divinidad, que goza como Dios, les advierte que como hombre ha de habitar la región de los muertos, de la cual se levantará glorioso, para hacer pública ostentacion de su poder, y

que hasta entonces guarden en su pecho el prodigioso secreto que acaba de confiarles: *Nemini dicentis visionem, donec Filius hominis á mortuis resurgat.*

Quiso decirles: "Mi grandeza se extiende mas allá de lo que alcanza la imaginación; mi Espíritu es superior al de las mas altas inteligencias; y siendo igual y coeterno con el Padre y el Espíritu Santo, mi esencia no admite distincion ni mayoría. Sin embargo, he querido parecer con la vestidura de esclavo para sembrar en los sepulcros los principios de la inmortalidad, salir victorioso del túmulo y animar las cenizas de mis creyentes.

Entonces ya no buscaréis entre los habitantes de Babilonia al soberano de la santa Jerusalem, y podreis revelar la vision que habeis tenido en el Tabor: *Nemini dicentis visionem, donec Filius hominis á mortuis resurgat.*

Cristianos á quienes la solemnidad de este día congrega en este templo, vosotros que meditais con gozosa expectacion la gloria del Salvador, no limiteis á movimientos de júbilo los frutos que debeis deducir de este misterio. *Jesucristo transfigurado*, no solamente es un motivo de regocijo á nuestra religion, sino tambien un apoyo firme de nuestra fe. Para alimentar ésta, propongo el asunto de mi discurso en estos términos: *La Transfiguracion de Jesucristo es el mas publico testimonio del dogma en la racion hipostática.*

Saludemos á la Virgen Maria llena de gracia.—AVZ MARIA.

Este es mi hijo muy amado en quien pongo mis complacencias; Testimonio el mas auténtico con que el Padre Eterno quiso acreditar la unidad de naturaleza que tiene con el divino Verbo. Ni fué ésta la vez primera que se oyeron tan dignas expresiones; ya lo tenia asegurado en

el Jordán cuando el Hijo de Dios, para comenzar su misión, instituyó el sacramento del bautismo. Este es el fundamento de nuestra religión santa; este el firme apoyo de nuestra fe; este el ejercicio heroico de nuestra creencia, y ésta la voz con que publicamos que Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, es la segunda persona de la Trinidad Beatísima, y que como tal es una su divinidad con el Padre y el Espíritu Santo; que es increado, inmenso, eterno y omnipotente; lo mismo que las otras dos personas; que solo es menor que el Padre según la humanidad que recibió de María Virgen, por la que como hombre había de padecer por nuestra salud, bajar á los infiernos y resucitar al tercer día de entre los muertos.

Dogma el mas sublime y que nos asegura todas las operaciones que el Salvador obró en el mundo por su unión hipostática. *Por ésta, como Dios, se manifestó en el Tabor á sus tres discípulos con la plenitud de su Ser. Primera proposición. Como Hombre había de morir para unir al tercer día su alma gloriosa con su cuerpo, que estaba en el sepulcro. Segunda proposición. Nemini dicentis risio-nem donec Filius hominis á mortuis resurgat.* Comencemos.

PRIMERA PROPOSICION.

Como Dios. El que fuere escrutador de la Majestad se oprimirá con su gloria. Anatema fulminado por el mismo Dios; pero anatema dirigido á aquellos espíritus de

presunción y orgullo que el grande apóstol San Pablo, desde sus dias divisaba nacer en los venideros siglos para arrancar los fundamentos de la fe y la religión; no para las almas dóciles que haciendo un noble ejercicio de su creencia, confiesan con la mas sincera devoción la altitud y profundidad en los caujinos y juicios de Dios.

Yo, señores, protesto de buena fe no ser mi ánimo investigar unos arcanos de que estoy convencido con el mismo San Pablo, que ni los ojos los vieron ni los oídos oyeron, ni puede nadie llegar á comprender. Tan solo en desempeño de mi asunto ocurriré á los principios católicos para deducir de ellos mismos: el dogma de la unión hipostática, con motivo de la festividad que celebramos este dia.

Efectivamente, Dios era en sí mismo desde la eternidad. Nada produce necesariamente fuera de sí, y todo cuanto constituye su gloria, su grandeza y su justicia, todo es eterno. Por esta razon la unión del Verbo con la naturaleza humana, obrada en tiempo, solo podia ser efecto de su voluntad libre; por eso apenas previó la caída del hombre cuando formó un plan de reparación en el que expiara enteramente así su justicia como su misericordia. Quiera restituir á su perfeccion, por su Sabiduría increada, á la criatura que la habia perdido por el pecado; y el Verbo, esplendor de su gloria y expresion de su substancia, condesciende en tomar sobre sí nuestras flaquezas para sanarlas.

Y qué, ¡las admirables obras *ad extra* dejarían de ser para el hombre objeto de regocijo en los hermosos dias de su inocencia? ¡Ah! Entonces era cuando ostentaba su hermosura, formada á semejanza del Altísimo; entonces mandaba con imperio á la naturaleza; entonces reinaba el orden, y el Señor se debia á sí mismo el hacer feliz su imagen en Adán. Pero aun despues de tantos beneficios no pudo sostener por mucho tiempo tanta gloria. Su orgullo le hizo registrar el libro de la sabiduría y creyó

saber tanto como Dios. Los sentidos mezclaron su atractivo con la curiosidad y deseo de gobernarse por sí mismo, y quebrantando el primer precepto de su obediencia, se hizo el blanco de las saetas de la justicia. Desde entonces se propagó un linaje proscrito para siempre; y siendo, como dice el Apóstol, hijos de un padre culpable, nacimos, no solamente sujetos á la maldición y al pecado, sino que le agregamos culpas voluntarias de nuestro propio albedrío.

La sangre derramada por un hermano envidioso; la monstruosa torre de Babel; la soberbia de Nabuco; las abominaciones de Eleazar y todo, todo cuanto podia idear la ceguedad del género humano, no ofrecería á los divinos ojos sino un espectáculo de impiedad, ingratitude y horror.

En vano se hisonjea el impio en su misma iniquidad; en vano logra el goce ilimitado de sus pasiones. Cuanto mas lucha con los sentimientos de la Ley, tanto mas fatigan su espíritu los remordimientos de su perdida felicidad. Esta pintura es un poderoso ejemplo que debe recordar á la humanidad el plan maravilloso de las misericordias del Señor.

Porque ¿pudo darse mejor medio para disipar los errores y dar al hombre el conocimiento del Ser Supremo, que el que une nuestra alma con la misma verdad y nos da por guía de nuestro entendimiento á la misma Sabiduría eterna? La conversacion é intima familiaridad de un Maestro Solerano ¿no es el mas apreciable testimonio para publicar que su union hipostática es una obra sin comparacion mas excelente que los cielos y la tierra, que los ángeles y los hombres, y que su divinidad triunfa bajo las apariencias de flaqueza, de todas las fuerzas del mundo y del infierno?

Católicos, hagamos un obsequio reverente á nuestra fe, y á despecho de nuestros enemigos confesemos que el Hombre Dios, humillado á la presencia del Criador, llenó de rubor á los mortales, postrados ante las obras que ha-

bian fabricado con sus manos. Confundamos el pernicioso error de los que intenten seducirnos con otras doctrinas; apartemos de nuestros ojos al adulator halagüeño que exige de nosotros un sacrificio de impiedad, y constantes siempre en nuestro dogma, publiquemos á la faz del universo que nuestro gran Dios, sin perder nada de su Ser, se comunicó á la criatura de un modo singular y maravilloso.

Esto fué justamente el misterio de su amor que debia aprovechar á los hijos de la Luz, mientras que su doctrina, segun el oráculo de Simeon, venia á ser ocasion de escándalo por la orgullosa sabiduria de los hijos de tinieblas. La monstruosa perfidia de unos hombres licenciosos no podia ver con indiferencia el cúmulo de portentos que el Salvador prodigaba á manos llenas: era muy contrario á su conducta el que Jesucristo tratase con los pecadores y fariseos; murmuraban de su agrado porque comió en casa de Zaqueo, y viéndose avergonzados en la acusacion de la mujer adúltera, no hallaban expresiones con que desacreditar el ejemplo y la doctrina de Jesucristo.

Sin embargo, se acercaban ya los dias de su triunfo, y al manifestar su poder recibió homenajes aun de los mismos que maquinaban su muerte. Doce hombres incipientes, para confundir la sabiduria de un mundo pagano, y débiles para destronar á los fuertes, era la comitiva ilustre que acompañaba al Salvador. Pedro, á la cabeza de estos primeros profesores del Evangelio, habia hecho ya una pública ostentacion de la divinidad de su Maestro, quien para asegurarle mas en su fe le preguntó: "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?" — "Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo," le responde el apóstol con la mayor fe y satisfaccion. Respuesta tanto mas misteriosa y sencilla, cuanto que su revelacion no era por la carne ni la sangre, sino por especial don del Padre celestial; y tanto mas, que en doctrina de San Ambrosio, ella fué el principio de los altos designios para

que habían sido escogidos estos valientes defensores de la fe.

Por eso hallándose en la necesidad de prevenirle contra el escándalo de su Pasión, y para confirmar que era el legítimo Mediador entre el cielo y la tierra, dispuso presentar á la vista de sus tres discípulos en el Tabor, el mas delicioso espectáculo que jamás pudieron imaginar. Su rostro, mas resplandeciente que la claridad del sol y sus vestidos tan blancos como la nieve, ¿no eran objetos que debían sorprender la admiración de Pedro, de Santiago y de Juan? ¿Dejarían en tal ocasion de representarse á Moysés y á Elias, que en mútua conversacion con el Salvador trataban los misterios de la Cruz? Si fué bastante la visita que Abraham tuvo de los ángeles para sentir su separacion: si Eliseo padió á su Maestro acompañarlo en el carro de fuego; y si la vision de San Pablo lo enajenó de los sentidos, ¿con cuánta mas razon podria Pedro fabricar tres tabernáculos y permanecer en aquel lugar? Los que saben medir la distancia que hay entre unos bienes constantes y eternos y los caducos y perecederos, calificarán de justa su pretension. Ni es de extrañar que la voz del Padre Eterno que los cerca les hiciera postrarse sobre sus rostros hasta que Jesus los tocó para alentarlos y encargarles el secreto con estas patéticas expresiones:

“Si, gran Dios, así prevenís á vuestros electos y les confiáis el tesoro de vuestras misericordias infinitas; así levantáis á la criatura del polvo de la ignorancia al sublime conocimiento de vuestro Ser; y de este modo la engolfáis en las delicias de la gracia. Vuestro nombre ha sido siempre respetable en todas las generaciones y vuestro poder y dominacion sin limites se extienden del uno al otro polo. Por tanta magnificencia, el Olivete y el Hermon cantan el triunfo de tu brazo omnipotente; mas el Tabor descollará sobre todos por el teatro magnifico de tu gloriosa Transfiguracion. Los testigos felices de tan admirable portentó guardarán este secreto hasta que, libre

de los horrores del sepulcro, se una al tercero dia tu alma al cuerpo que obró en el Calvario el cruento sacrificio de la Cruz.” Segunda proposicion: *Nemini dixeritis visionem donec Filius hominis á mortuis resurgat.*

SEGUNDA PROPOSICION.

Como hombre. Cuestionen ahora los teólogos sobre si la herida del primer ángel fué por el horrendo atentado de ser Dios, ó porque noticioso de la humanidad de Jesucristo y enamorado de su propia hermosura, no quiso rendir adoracion ni tributar vasallaje á la *Union Hipostática*. Disputen en buena hora, si el desordenado amor de Adán á su consorte le hizo comer de la fruta prohibida, ó si el deseo de adquirir superiores luces á las que graciosa y liberalmente le habia franqueado la mano omnipotente del Altísimo, le precipitó al mas oscuro y horroroso desagrado. Pero sea lo que fuere, lo cierto es que Jesucristo, levantándose de entre los muertos, nos asegura en la fe que profesamos. Porque su divinidad y omnipotencia se tendrían por cualidades usurpadas si no hubiese podido resucitar los principios de la vida, de la cual publicaba era Criador. Los milagros que obró hubieran parecido iguales á los prestigios que la destreza de un impostor ostenta á los ojos del vulgo, y las hermanas de Lázaro no se hubieran lisonjeado de oír

estas palabras: *Yo soy la resurrección y la vida*. Lo mismo que si su poder, rindiéndose a la muerte, hubiese quedado aniquilado en el polvo del sepulcro; su doctrina, tan pura y luminosa, la miraríamos como una mera producción del entendimiento humano, pues carecería del carácter de infalibilidad y de la prueba mas clara de su ministerio.

De esta misma prueba se valia San Pablo para confundir á los judíos é iluminar á los fieles. "Si Jesucristo no resucitó, decía el apóstol á los corintios, nosotros somos unos hombres falaces, nuestra predicación es inútil y vana nuestra fe. Pero al contrario, si el Hijo de Dios resucitó como se lo dijo á sus discípulos, la doctrina que os enseñamos es divina, la religion segura, los peligros que nos amenazan evidentes, sus promesas infalibles, sus misterios probados, y nuestra creencia no necesita de mas testimonio."

Esta fué la práctica de Jesucristo en prueba de su misión. En vano le pedian que para acreditarla mostrase señales en los cielos. "Las maravillas de nada os servirían, decía á los rebeldes, si vuestro corazon está obstinado." No vereis otras que las de Jonás encerrado tres dias en el vientre de la ballena, como figura del Hijo del hombre, hasta unir su gloriosa alma con su cuerpo que estaba en el sepulcro. Observad sus obras durante su ministerio y vereis como camina por medio de milagros y portentos; como dispone á su voluntad de los elementos; como el ciego *a natiuitate* abre los ojos á la luz, que jamás habia visto; como el mudo y sordo bendice la mano que le da la palabra; como á su mandado el hijo de la viuda de Nain se levanta del féretro con nueva vida; como el paralítico recobra la sanidad de sus miembros; como la muerte misma no está ya segura de la presa que queria llevarse y como al oír su voz poderosa resucitan las cenizas encerradas en la oscuridad de los túmulos. ¿Qué podrá oponer la incredulidad á tantos prodigios? Sin embargo, Jesucristo no quiso valerse de ellos para

atestiguar su divinidad á los ojos del universo; antes bien, teniendo miras superiores en órden á su soberanía, impuso silencio y ordenó á sus discípulos que no divulgasen sus maravillas hasta que hubiese salido del sepulcro: *Neminé dixeritis, donec Filius hominis á mortuis resurgat.*

Así convenia á la virtud de su Omnipotencia, porque los demás milagros podian comunicarse á las criaturas; pero el de la resurrección solo al Hijo de Dios le corresponde, como que él solo debe estar libre de entre los muertos; solo á él corresponde recobrar la vida que tres dias antes perdió en el Calvario, y á él solo mostrar tanta fuerza en la nada del sepulcro: *Neminé dixeritis, donec Filius hominis á mortuis resurgat.*

No con menos resplandor se manifestaron todos los designios que acompañaron á la vision del Tabor. Si acaso me fuera lícito averiguar en beneficio vuestro una providencia que todo lo ordena, diria que la eleccion de los tres apóstoles fué con miras superiores á nuestra comprension. Eligió el Señor á Pedro porque sabia bien que despues, en el rigor de sus tormentos, habia de negarlo, aun con juramento; eligió á Santiago, así para asegurarse de su promesa, como para confirmarlo en el valor con que habia prometido beber el caliz de amargura; y eligió á San Juan como un testigo fidedigno que habia de escribir á la posteridad la magnificencia de sus hechos. Esta economía tan admirable se advirtió en la conversacion de Moysés y Elias; al primero para descubrirle con mas importancia los beneficios que habia obrado en favor del pueblo escogido, y al segundo para instruirle en los acontecimientos que veria, cuando como precursor del dia grande habia de preparar la venida del justo juez de vivos y muertos.

Así en obsequio de nuestra fe y para abrazar el dogma de su resurrección, debemos confesar que en el mismo instante en que su alma se volvió á unir con su cuerpo, sujeto á éste enteramente á su imperio y lo eximió del poder de la corrupcion. Superando con su actividad la pe-

sintez que parece nos clava á la tierra, parte como un rayo, se eleva por el aire y se va acercando á su trono con semblante afable y majestuoso. Mas resplandeciente que los astros y mas veloz que los espíritus, lo vieron los tres apóstoles elevarse en el Tabor. De igual modo el resplandor de su inmortalidad y todos los adornos de su triunfo son de un orden en el que nada está sujeto á las leyes de la mutacion.

De este punto, la muerte, atravesada con su propio aguijón, perdió el dominio sobre este vencedor glorioso. El valiente leon de Judá triunfó en la famosa batalla del Calvario. Aquella piedra angular, tan despreciada de los judíos, se levantó llena de majestad y esplendor. Aquel Job tan cargado de calamidades y miserias se ha convertido en el mas perfecto modelo de nuestra constancia y sufrimiento. Por su inocencia encadenó á su carro triunfante el pecado, que fué el primer autor de la esclavitud del hombre; y tanto por su gracia como por su amor echaron los cuñeros de su imperio la verdad y la virtud. Unió al tercero dia su alma con su cuerpo, y salió del sepulcro á fortalecer la fe de los apóstoles, que parece vacilaban despues de haber visto los oprobios de la Cruz. Ya desde este punto no se debía guardar el secreto que antes habia encargado. Publicaron sin recelo que era el verdadero Mesias; le confesaron públicamente en los cadalsos; todos derramaron su sangre en testimonio de su divinidad y asentaron la *union hipostática* por haberse levantado Jesucristo de entre los muertos. *Nemini dicereis visionem donec Filius hominis á mortuis resurgat.*

Convencimientos uniformes de nuestra creencia en la divinidad de Jesucristo; su igualdad perfecta con su Padre; su cualidad de Redentor y su noble atributo de Salvador de todo el linaje humano, son motivos de nuestra gratitud y regocijo. La conexion entre los dos Testamentos se ve patente; las sombras se disipan y á la figura sigue la realidad; las profecias se cumplen; el conjunto de abatimiento y grandeza, carácter con que pintan los pro-

phetas al Mesias, deja de ser un enigma. Los apóstoles se glorian de su felicidad; la vision del Tabor se publica; Moysés y Elias dan testimonio de ella, y Jesucristo confirma su palabra resucitando de entre los muertos. *Nemini dicereis visionem, donec Filius hominis á mortuis resurgat.*

Católicos, no despreciemos la bella oportunidad que se viene á nuestras manos. Estamos en un templo, cuyo titular y advocación es el misterio que hoy celebramos; nos vemos en la dulce precision de rendir un público homenaje á las dos naturalezas de Jesucristo. Pidamos con sinceridad el remedio de nuestros males, y esperemos de su mano benéfica el goce eterno de su vista que por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo á todos desco.—ASI SEA.

SERMON PREDICADO EN MORELIA

EL 31 DE OCTUBRE DE 1842

POR

Fray Manuel de San Juan Crisóstomo, carmelita

(EN EL SIGLO D. MANUEL NAJERA)

CON MOTIVO

DE LA RENOVACION DEL CONVENTO DEL CARMEN

*Domine dilexi decoram domus tue, et
locum habitacionis glorie tue.*

Señor, yo te amado el decoro de tu
casa y el lugar donde reside tu gloria.

Psalm. 26, v. 8.

La majestad con que la religion se nos presenta, no puede ser destello de otro trono, que del que baña de gloria el Dios de la luz; su grandeza no tiene otro origen que Adonay, el Señor, aquel Señor que habla á la nada y á quien ella responde obediente; y sus victorias no pueden ser sino trofeos del omnipotente, que se burlará del poder coligado de los reyes y se mofará de las altas potencias confederadas contra el Señor y su Cristo. ¡Oh! ¡cuán brillante, cuán resplandeciente, cuán excelsa te

ostentas en tus triunfos, ¡oh religion! hija del cielo, embajadora de Jehovah en la tierra, á donde descendiste para conservar el imperio y la gloria del eterno, en un mundo cuyo vice soberano se rebeló contra el mismo que le habia dado la existencia!

Seis mil años de lucha contra las pasiones y de combates con los errores de los hijos del primer prevaricador, no han servido sino para que despliegues mas y mas tu poder, desarrolles mas y mas tu verdad, y extiendas, en un mundo que representaba el caos de tinieblas que cubrian el abismo, que fué iluminado por el que dijo: "Hágase la luz," y la luz fué hecha; tu imperio, ese imperio que nace en la voluntad del soberano por naturaleza, cuyos medios son, la verdad que ilustra el entendimiento y la virtud que fortifica el corazón, y cuyo objeto es la felicidad, la única felicidad, que no puede consistir sino en la perfeccion del ser, perfeccion que en vano buscará el hombre, sino en las manos que lo formaron en el Eden.

¿Dónde está, señores, la idolatría, tan poderosa y extendida, en un mundo que parecia ser su legitimo y, en consecuencia, eterno patrimonio? No busquemos, si se quiere, la primera, la mas antigua idolatría (1) que por ser menos sensual no dejaba de ser una degradacion del hombre, y una afrenta al que lo crió; dejemos, pues, en el olvido que de ella hay, aquella idolatría de los astros, y veamos si aun el Líbano y el Casio, el Ante-Líbano y el Bracio, nos presentan recuerdos de aquella intrincada y corrompida familia que con dioses imaginarios forjaron los fenicios, que si fueron los primeros en inventos, no quisieron ser menos en idolatrías (2). ¿Quién ha precipitado á los infernos á Moloc, el Moloc henchido en la sangre de los niños y empapado en las lágrimas de las madres? ¿Y Canos, tropiezo de Moal, monstruos ante los que Israel, sí, el ingrato Israel dobló el insensato la rodilla, en qué lugar remoto y escondido de la tierra han

(1) Dídoro, lib. I.

(2) Eusebio preparat. Evang., lib. I, cap. X, 4 Reg. cap. XXIII, 13.

hecho pié en su precipitada fuga? ¿Y qué pasajero ha vuelto á oír las odas con que las jóvenes de Sidon, celebraban á la pretendida reina de los cielos Astoret, ó las lamentaciones elegíacas con que las muchachas, flor y belleza de la Siria, lloraban el triste caso de Adonis? ¿Y Baal, ese brutal ídolo con el que disputó Luzbel al Santo de los Santos, la adoración que le es debida exclusivamente; y Dagón, monstruo medio hombre y medio pescado; y Osiris, Isis y Osus ante los que el Egipto se prostaba temblando, dónde están? ¿quién los llamó? ¿quién se digna ni aun volver la vista á sus derrocados altares (1)? Y, señores, ¿fué mas feliz la poética mitología de la Grecia, madre fecunda de la elocuencia, maestra y discípula de las sectas tan diversas y aun opuestas entre sí de la filosofía, y forjadora ingeniosa de la fábula? Y los templos de Iacio, ¿á quién están ahora consagrados? ¿aun se veneran en ellos los dioses á quienes Roma concedió el derecho de hospitalidad, y cuyos infames excesos ponía en claro un Plauto, cuyas ridículas mutaciones fueron la diversion de un Ovidio, cuyos recuerdos esquivaron de todo culto á un Horacio, elevaron al ateísmo á un Lucrecio y precisaron á un Cicerón á que se desentendiera de los dioses que adoraba, cuando escuchando la voz de la naturaleza y de la razón, se complacía en contemplar los atributos de la divinidad? No, nada de esto existe, señores: el mundo pagano ha ido deslizando la parte mas florida del universo, y cada dia se replega mas y mas, repellido por la fuerza divina de la Cruz: en la India, no se tiene por segura la idolatría en sus altares de oro, ni espera durar muchos años en el Ganges, y la religion de Fo-hi ha derramado últimamente mucha sangre en el Tong-king y Cochinchina (2), por el consuelo de probar que aun tiene el imperio de la fuerza donde se le nie-

(1) Eusebio, preparat. lib. II, cap. I.

(2) El sacro rito de la canonizacion precedida de la alocucion de S. S. en el Conistorio de 27 de Abril de 1840, y de la relacion del martirio del misionero Sr. Jacard, p. 2.

ga el de la razon, al paso que ya cansado de su misma crueldad deja respirar á los cristianos en Pekin (1). Victorias son estas de la religion cristiana; y ¿qué es lo que actualmente nos renne en el recinto de este templo? ¿cuál es la festividad que con tanto júbilo venimos á celebrar? Que, ¿tributaremos los honores divinos á los dioses que apenas hace tres siglos eran adorados en nuestro suelo? ¿Dónde está la piedra del sacrificio? ¿Será interrumpido por los ayes de las victimas, ó los clamores de los ministros de la muerte, que con la grita y algarazara trataran de sofocar los lastimeros quejidos arrancados á los desdichados por el cuchillo de pedernal que haya de abrir sus pechos? ¿Dónde está el ídolo á cuyos labios se aplicará el corazon palpitante de los malogrados y atormentados mancebos? ¿Habremos venido á gustar la sangre caliente de esa ardiente juventud sacrificada al enemigo de nuestra raza? Pero ¿qué cosas digo.....? ¿á dónde estoy? ¿qué espíritu me arrebató de la escena que me rodea y me trasporta á épocas, á sucesos que ya no existen? Venciste, religion santa, venciste tí en ella, rey de los cielos, á esos dioses crueles que fueron los verdugos de aquella raza de Sem (2), que á las idolatrías que en su larga peregrinacion desde el septentrional Aztlan venian recogiendo, agregaron la sacrilega abominacion de divinizar á Huitizon, caudillo que las sacó de las siete cavernas y las condujo hasta el lago de Pátzcuaro (3); venciste, sí, Hijo de David, y tu victoria fué nuestra libertad, y por ello venimos hoy á darte la gloria, bendiciéndote y adorándote con la confesion de tu santo nombre y nuestra humillacion ante la cruz.

Si estos son los sentimientos que animan al auditorio

(1) Carta de un misionero de China de que habla el *Noticiero de Amos Muclos*, citado por *El Siglo XIX* en Octubre próximo pasado.

(2) Los sacrificios de los tarascos se ofrecian en el gran templo de Zaccap, y esos sacrificios eran de victimas humanas, aunque en mucho menor número que las de los mexicanos. Crónica de Michoacan por Fr. Pablo Benunant. Manuscrito en la librería del Seminario de Morelia.

(3) Voitia, historia antigua de México, cap. XIII.

que tanto me honra escuchádone. ¿cuáles no serán los que rebullen en mi pecho hacia la Providencia del Señor que se dignó permitir que fuese yo el intérprete de sus designios para con su pueblo, y el de este para con el Dios á quien protesta hoy solemnemente confesar por su Señor y Criador, á quien reconoce por su reparador, y en quien espera tener su glorificador? ¡Cuán dichoso es el día de hoy para mí! ¡Cuán hermosa la luz que me alumbrá, los objetos que me rodean! Desde estos lugares hace años como que me llamaba una voz agradable, convidándome á venir para contemplar la hermosura y riqueza de la creación y para gozar de la triple armonía que forman las aves que pueblan vuestros campos, la antigua lengua tan sonora para el oído, como es agradable á la imaginación que ve agolparse objetos de cuyas relaciones ni sospechaba antes; y la habla castellana, que sin perder nada de la gravedad que en su majestuoso curso le ha comunicado el Tajo, suena tan suave en vuestros labios, á la manera que toda era musical, la de Heleno, en las bocas de los Atenienses. Mi corazón palpitaba al recorrer alguna vez vuestras campiñas, con los recuerdos de aquella nación belicosa, que jamás se rebeló ante soberano alguno de los que se dividían el país de nuestros abuelos, y ese corazón todo mexicano, latía, en las mismas ocasiones, figurándome oír aquella voz de independencia que en esta ciudad sonó por primera vez, y con la velocidad del rayo se comunicó á esta parte del septentrion, y cuyo eco aun retumba en nuestros bosques. Y tus oradores, ciudad ilustre, patria de tantos varones memorables, y el coro de dulcísimos poetas que para honor de nuestra patria, con tus aguas han bebido el estró que los inspiró, y los génius á quienes la arquitectura immortalizó, la escultura distinguió y la pintura dió un colorido tan franco y animado, como lo es toda la naturaleza que te rodea y que á ti pertenecen, por ser la reina, digamos así, de todas las poblaciones que nacen enanas, de tantos huertos, tantos sembrados, tantas forestas y tantas aguas que las

bañan en aquellas vegas, y estas montañas que jamás se cansan de contemplar tanta hermosura: tus sabios, pues, en tanto número y en tan diversas materias, como á tus pechos has criado; ¿cómo no excitarían mi curiosidad para venire á conocer?

¡Gran Dios! Yo te bendigo humillado cuando me encuentro en medio de esta ciudad, atraído por un objeto mas noble y mas grato aun á mi corazón, pues no solo he venido á ser testigo de la piedad de tu pueblo, sino que he tenido la dicha de hablarte, aunque polvo y ceniza, á su nombre, y en tales circunstancias, no puedo explicar mis sentimientos de un modo mas propio, á mi doble posición, que repitiendo, por mí en Morelia, y á nombre de Morelia, de tu santo templo, las palabras que tu siervo David te dirigia: *Domine dilexi, etc.*

Y á la verdad, ¿podria yo, señores, con otras explicar mejor el motivo y objeto de esta festividad, reconocer la santidad de los dones que al cielo presentais, y congratularme con vosotros por la misericordia con que el Señor se ha dignado aceptarlos, ni invocar al Dios de nuestros padres para que bendiga la obra que consagrais á su culto para glorificarlo, que tomando del cantor de Israel las tiernas expresiones con que decia al Señor que su felicidad seria el poder vivir en su santa casa, aun cuando allí lo pasara humillado y abatido, y pudiese estar ensalzado en las ricas mansiones de los poderosos de la tierra, por lo que le placía el solicitar el decoro del templo, donde Dios, en el arca santa daba á conocer su gloria? *Domine deus decorem domus tuae.* Señor, yo amé el decoro de tu casa y el lugar donde habita tu gloria.

¡El lugar donde habita su gloria! ¿No son su trono los cielos? ¿La tierra no es el escalón de sus pies? ¿Y esos mismos cielos no son insuficientes para abarcar toda su grandeza? El Dios de la naturaleza es el mismo de la revelación, y si su poder es anunciado por todas las criaturas, su santidad y su verdad nunca son tan conocidas, ni su gloria exaltada como en medio de un santo templo;

por lo que, erigir casas y altares á su culto y decorarlos de una manera digna de la majestad del santuario, es glorificar su augusto nombre. El gran rey que me ha suministrado las palabras de mi texto, me ha enseñado esta verdad que yo vengo á tomar por asunto de mi oración, cuando convidaba á Israel á que sacrificase en el templo del Señor por dar en ello gloria á su nombre divino, gloria que era la voz que salía de la casa del Santo de Jerusalén; y si David, inspirado por el Dios de la sabiduría nos ha dado esta doctrina que voy á promover, él será el guía que yo seguiré el día de hoy, siempre que tú, templo vivo de la trinidad, arca de la alianza, trono de la augusta trinidad, madre de tu Dios, me obtengas el espíritu que iluminó al profeta de donde tú vienes, la inteligencia y afectos que comunica la gracia.—**AVE MARIA.**

A ti solo, Rey inmortal de los siglos, Dios invisible con el Padre y el Espíritu Santo, se debe el honor y la gloria. ¿Quién es el hijo del hombre para que pueda glorificar, y glorificando honrar, y honrando encumbrar, y encumbrando engrandecer al que habita en las alturas, que dijo y todo fué hecho, y que es el Señor á quien pertenece el imperio, la victoria y la grandeza? “El que existe, este es mi nombre, y no daré á otro mi gloria, ni á los ídolos mi alabanza,” decía el mismo Dios á su pueblo por el ministerio de Isaias, despues de poner en claro las pruebas de su divinidad, recordando lo que por Israel había hecho, y anunciándole su suerte futura que sería la ejecución de sus designios y el cumplimiento de

sus promesas. Dios, pues, tiene una gloria tan esencial y tan necesaria á su ser, como lo es el ser y existir por sí mismo y la soberana inteligencia. ¿Cómo, pues, podremos decir que el hombre lo glorifica? ¿recibirá el Excelso prerogativa alguna de las manos miserables del mortal?

“Tú eres mi Dios, puesto que no necesitas de mis bienes.” Porque, ¿qué criatura hay en la naturaleza que no tenga cierta dependencia del hombre con el hombre? Si es inferior al ángel, está animado de una alma que por estar unida á la materia, no deja de ser de una naturaleza inmaterial, cual los espíritus que asisten en el sólo inmenso; y si las otras criaturas son á él inferiores, unas existen como el hombre, otras existen y viven como el hombre; y otras existen, viven y sienten como ese hombre: estas están sujetas á su imperio, aquellas lo están á su inteligencia, y todas fueron hechas para su servicio; solo Dios queda tan sublime, tan elevado respecto del hombre, que todo lo que éste tiene, de allá lo recibe, sin que la Divinidad en nada se le parezca y asemeje, pues el hombre es el que lleva en sí el retrato de la Divinidad, en la virtud de entender, en el verbo ó palabra por donde entiende, y en el amor que tiene á su pensamiento; y fué también semejante al Señor en los augustos atributos, tales como el poder, la bondad y justicia que le fueron comunicados en el paraíso; el hombre es, pues, la imagen de la Trinidad y la semejanza de la Deidad. ¿Y necesitaria Dios del honor que le deben sus criaturas? No, ciertamente; mas ellas si necesitan de honrar al Señor, pues cuanto mas dulcemente lo glorificamos, tanto es mayor nuestra utilidad, puesto que á medida de la gloria que al Señor damos, nos hacemos mas dignos de sus beneficios y tanto mejor cumplimos con nuestro deber. Oíd, cristianos, cómo explica San Pablo lo que es glorificar al Señor, para probar que el Evangelio es la virtud de Dios para salvar á todos los que en él creen. Recordaba á los ciudadanos de Roma, aquella Roma, centro enton-

ces del poder, emporio de la filosofía y trono de la idolatría, la conducta indisculpable de los que jactándose de sabios, vinieron en conocimiento de Dios, y no lo glorificaron como á Dios; y para que no quedase en la oscuridad qué cosa era glorificar á Dios, se explica asimismo el grande apóstol, advirtiendo que glorificar al Señor es darle gracias, confesando los beneficios que de él se han recibido, alabando su bondad: *Quia cum cognovissent Deum, non sicut Deum glorificaverint aut gratias egerint*, lo que ciertamente es tan sabio como divino comentario á las palabras del Señor: "El que me ofrece sacrificio de alabanza, ese me glorifica y es el camino por el cual manifestaré al hombre la salvación." Y así, despues de que el Espíritu Santo mismo se ha dignado explicarse, parece por demás la voz del hombre; no obstante, os recordaré una sentencia de San Agustin, no para aumentar la luz de una doctrina tan dilucidada por el mismo Dios, que repeta lo que á David habia enseñado por la pluma de Pablo, sino para ya compendiar las importantes verdades que he tratado de explicar. ¿De qué manera, pues, glorificamos al Señor? *Gloriosum dicendo non faciendo*; esto es, confesándolo digno de toda gloria, dando á conocer con alabanza su santo nombre, y dándole la adoración exclusivamente debida á la Divinidad. Decid ahora, señores, si el erigir templos y altares al Dios de los cielos, dar á los erigidos el decoro, esto es la hermosura del aspecto, la propiedad, y en una palabra, la magnificencia que corresponde á tan sublime destino, ¿no será glorificar á Dios?

No es lícito al que tiene la dicha de admitir la ley y creer á los profetas, ni aun dudar de que el Señor se complace de ser adorado en las casas á su culto consagradas. Si los templos no comenzaron con el género humano fue porque la condicion de la primera familia no lo consentia; pero con el hombre comenzó la religion, y con la religion el culto externo; expresion, consecuencia necesaria y complemento del interno, y con ese culto, los sacrificios,

para los sacrificios los altares, y con los altares la consagracion de ciertos lugares al soberano árbitro del universo. ¿Quién de vosotros, señores, no recuerda la primera víctima sacrificada á una de las mas brutales pasiones, el inocente Abel, asesinado porque sus ofrendas eran gratas al Criador? Y advertid que Moyses nada nos dice del culto que Adán tributaba al Ser Eterno, y que si nos habla de los sacrificios de Abel, fué solo porque dieron ocasion á la primera catástrofe que despues de la desobediencia de los primeros hombres, horrorizó á la naturaleza. Tan comexa con el hombre, tan necesaria le era una religion con un culto que correspondiese á la doble obligacion de aquel ser, como compuesta de una alma inmortal y un cuerpo, intérprete ó instrumento de ella, que el inspirado escritor del Pentateuco solo enarra la creacion de nuestro común padre, refiere las relaciones entabladas entre el cielo y la tierra, y deja á los que en esa obra divina hayan de ser enseñados, el que deduzcan la verdad que emana naturalmente de estos dos hechos: religion con un culto interno y externo.

Si seguimos la marcha del género humano, nos encontraremos aquí y allí con los monumentos de piedad, que levantaba la raza de los hijos de Dios para avisar la santidad de aquellos lugares, y que sirviesen de testimonio de su gratitud, dando á conocer á los pasajeros, como Jacob decia despues de la vision maravillosa, que allí habia estado para él abierta la puerta del cielo, y que donde durnió se habia encontrado con que era la casa de Dios; y ya entonces los hombres justos que en toda ocasion alababan al Señor, buscaron el retiro y separación del comercio humano, para ir á cumplir con sus deberes religiosos. Los bosques y las montañas fueron los templos en que los hombres, cazadores, labradores y pastores adoraban especialmente al que habita en las alturas y habla al hombre en la soledad. Así vemos que Abraham sube al monte para inmolár la víctima, símbolo de la del Calvario, y Moyses pide á Faraon deje salir

de su imperio opresivo á Israel, para que á su Dios sacrifique en el desierto; cuando la idolatría profana toda la tierra, ya no quiere el Señor que sus creyentes conserven la misma costumbre, y para poner un muro de bronce entre su culto y el de los ídolos, protesta que le son odiosas las cumbres de los montes y maldice á los que busquen los pabellones de los árboles para sacrificar bajo de su sombra. El elige el lugar donde será agradable á Jehová la solemnidad del culto público, y ese lugar es el tabernáculo. No, no deja que el caudillo lo forme á su gusto, sino que el mismo Señor le presenta el diseño en la montaña; ese templo pequeño y portátil no duraría sin ser colocado en un lugar que el mismo Dios llama "Santo" sino el tiempo de las peregrinaciones de las tribus, y estaba destinado á ser reemplazado por el gran templo de Jerusalem.

¿En quién de vosotros no enlaza esta memoria la de los nombres de un David y de un Salomón? Sea para vuestro bien, monarcas augustos, el que tan unidas estén vuestras glorias con el recuerdo de la protesta más célebre que las criaturas han hecho de su religión, como quien dice, de su creencia, de su amor y de su obediencia al que les dió el ser, la existencia y cuanto bien les ha sido concedido. Sean enhorabuena tenidos el rey conforme al corazón de Dios, y el pacífico hijo de ese guerrero á quien ningún príncipe igualó en magnificencia y sabiduría, el uno por autor y el otro por edificador del templo mayor del universo, del primero consagrado al Dios de la verdad, del único que en la antigüedad simbolizaba á la Iglesia, templo vivo y querido del Hijo de Jehová. Pero ¡ah! David y Salomón no fueron sino instrumentos de aquella soberana voluntad que obedecen los serafines y ejecutores de los designios del Dios que los eligió para pastores de Israel. Bien has hecho al pensar en edificar-me una casa, dijo el mismo Señor al gran Rey, á quien le impide la realización de la idea, porque no quiere el Dios de paz, que tenga la dicha de llevar á cabo un tan pia-

doso pensamiento, el guerrero que, aunque en batallas de Dios, como las llama la Santa Escritura, había mojado sus manos en la sangre de los hombres. Mas si David no realiza unos deseos que Natán le advierte fueron inspirados por el Señor, él recibe el galardón concedido solo á una obra de justicia y santidad. Desde entonces ve á sus enemigos encadenados á sus pies, la paz le hace gustar sus delicias. Israel crece en riquezas y prosperidades, y tiene el consuelo de oír que sería padre de un príncipe á quien está reservada esa ventura, y de cuya raza no faltaría la corona que sería eterna en las sienes del rey de los siglos y de la eternidad, del que Salomón sería el padre y la figura.

Sube, en efecto, al trono ese joven para colmar las esperanzas de Israel y llenar el vaticinio. "El excelso, dijo á David mi padre: El hijo tuyo, que te daré para que te suceda en el solío, edificará la casa consagrada á mi santo nombre." Estas son las precisas palabras de Salomón al rey de Tiro, su vecino Hirán. Llega el gran día en que se realizan los votos de David y de Salomón, y ¿qué día de más gloria para la tierra? Los cielos se rasgan, un fuego que nada tiene de pavoroso, se precipita, devora las víctimas y los holocaustos, una nube blanca y lucida desciende y cubre el templo. Israel, testigo del prodigio, se postra involuntariamente y prorrumpe en exclamaciones: "¡Cuán bueno eres, Sér Eterno, tus misericordias no tienen fin!" Así será, pero agregad, tampoco lo tendrá tu gloria, pues será eterna como tu conocimiento y alabanza por la bondad con que te das á conocer á los que invocan tu nombre augusto en medio de tu santa casa. ¿Puede obrar el Señor con otro fin que el ensalzamiento y gloria de su nombre?

Mas permitid, señores, que antes de que os arranque yo, por decirlo así, de aquel delicioso recinto, ofrezca á vuestra reflexión, y ponga ante vuestros ojos la magnificencia de aquel suntuoso edificio que fué la admiración del Oriente. Mármoles, cedros del Líbano, oro pu-

risimo y acendrado, bronce, jacintos, púrpura, todos los primores del cincel y del buril, toda la belleza del recamo, cuanta habilidad hacia famosos á los artistas de la antigua Fenicia, cuanta valentia pudiera darse en aquella grandiosa y melancólica arquitectura, tan solemne como el objeto en que se empleaba; todo esto, y aun mas que esto se gastó en el templo de Salomon. ¡Mas qué mucho! La obra que yo emprendo es muy grande, pues se prepara la habitación, no para el hombre, sino para Dios, decía David, y á Salomon todo le parecia de menos valer cuando contemplaba la magnificencia del Señor. David no se consuela sino con los tesoros que habia reservado con aquel fin; dones eran de lo mucho que Dios nos da, y Salomon protesta que él nada va á dar al Señor, sino á preparar la casa y el altar, donde se sacrifique á la Divinidad. ¡Que fuerza de razon! ¡Que profundos sentimientos de piedad! ¡Que conviccion de la necesidad que nos impone la religion de levantar templos al Criador y decorarlos con quanto hay de mas grande en el universo! Señores, contempladlo, y en vez de envanesceros por vuestros dones, protestad á vuestro Dios, con David, que reconocéis que toda esta abundancia de cosas destinadas á la casa santa, de su mano han venido y suyas son todas ellas. Y tuya sea, Señor, sola y exclusivamente tuya la gloria, que no quieren para sí, sino para ti tus inútiles siervos. Llena, Señor, con esta gloria el dia de hoy ésta tu santa casa, como llenaste la que edificó Salomon.

Complacensat gloria Domini domum Dei. ¡Con que lleno la gloria del Señor el templo de Jerusalem! Luego la divinidad cubrió con su gloria la riqueza del santuario y la hermosura de los paramentos de los levitas, se manifestó con los himnos de alabanza que entonaban voces á maestradas en tal ejercicio, que armonizaban con los instrumentos que hacian unas patéticas los cánticos de Jerusalem. ¿Y cuál es esa gloria de Dios? La majestad del Señor de los cielos y de la tierra. ¿Y

cual es esa majestad? Su poder, que daba á conocer de una manera visible su augusta soberanía sobre todo lo creado.

Mas si suyos son los cielos y la tierra, ¿á qué el consagrarle templos y erigirle altares? ¿á qué el ornato y decoro de las casas destinadas á su culto? Precisamente por ese señorío; y el conocerlo es de mucha importancia y dará gran luz á nuestros entendimientos. ¿Qué cosa, pues, entendemos por ese señorío? El señorío es el derecho que se tiene en la cosa, ¿y qué es ese derecho que se tiene en la cosa? La facultad de gozar y disponer á nuestro arbitrio de lo que nos pertenece. ¿Y de dónde emana esa facultad de la ley de la naturaleza, y cuál es esa ley? La voluntad de nuestro Criador. Con que el dominio del hombre no es sino una participacion del poder absoluto del supremo legislador. No reconocer, pues, ese supremo dominio en el Criador, es negarlo al hombre, es destruir la fuente de toda propiedad, es ocultar la sociedad en sus cimientos y desconocer la existencia de un Ser, causa de todos los seres, por quien viven todos los vivientes, se mueven las criaturas locomotrices y existe quanto tiene existencia. ¿Y no será una inconsecuencia el reconocer ese dominio en el que todo lo hizo y desconocerlo por no protestarlo exteriormente? ¿No sería un absurdo un reconocimiento que no se hace conocer? ¿Y cómo lo daremos á conocer sino consagrándole alguna de sus criaturas en testimonio de nuestro reconocimiento? Porque dió al hombre el imperio del universo, para lo que lo formó á su semejanza, y por lo que le dijo, *crecite et multiplicamini, et replete terram*, tenéis la fecundidad que os comunico en estas palabras, para que os aumenteis y multipliqueis y llenéis la tierra, *et subjete eam*, y de ella podáis enseñorearos, ¿por esa razon el imperio de Dios sería desterrado de la tierra? ¿El Señor de todo será incapaz de tener un dominio particular, exclusivo y absoluto, en algunos de todos los dones que él hizo al hombre y el hombre de lo suyo le presenta? ¿Dios por

ser Dios ha de haber perdido todo derecho á una parte de sus bienes, que El por un exceso de bondad quiere recibir del hombre mismo que gozará de todos y que debe quedar dueño de la porción mas considerable, segun la voluntad del Criador? ¿E iremos á buscar en el digesto del derecho romano, en las capitulares de Carlo-Magno, en las leyes Godas ó en el Código de Alfredo, los títulos del señoreaje de Andonai? ¿Ser eterno y omnipotente! ¿tu condicion ha de ser peor en tu mundo que la del hombre, pues tu propiedad dependerá de la voluntad del menturoso hijo de Adan, y su propiedad ha de tener, como tiens, origen en la naturaleza? ¿A tí te concederán ó denegarán las leyes el favor de que seas reconocido Criador del universo, cuando esas leyes no ponen en duda la propiedad del hombre, que ellas no pueden sino reconocer, hacer respetar y reglamentar, dar á veces, pero jamás quitar?

No, no lo ha creído así el Dios de la verdad y no serán tan avanzadas, ó mas bien locas las pretensiones del polvo y de la nada que intentan escalar el cielo, para ir á despreocupar al solo sabio, de cuyo manantial beben las inteligencias angélicas, y de donde algunas gotas que destila, derraman torrentes de verdad en los entendimientos mas privilegiados. Registrad las Santas Escrituras y en esa palabra de vida y de sabiduría encontrareis que el Señor, el como Criador, llama con toda verdad suyos á los cielos y á la tierra, y él mismo, como objeto de la adoracion de sus criaturas, llama al templo su casa, su morada, el lugar de su habitacion; no fue otro el lenguaje del hombre-Dios al lanzar á los mercaderes de la casa de su Padre y es el mismo que usaron los apóstoles.

Conciencias torcidas que os avergonzais de profesar públicamente el materialismo, por no ser ya de moda, y que teneis una filosofía en la que no entra el cristianismo del Evangelio, no obstante que aparentais respeto á la religion que ha convertido el mundo; sed francos, y

en vez de truncar las autoridades de algunos padres de la Iglesia y querer obligar á ésta á que vea como suyos á los que no lo son, y porque no lo eran, salieron de su seno, regalo que ellos mismos, si vivieran, no os admirarian. En vez de ponerlos en tanta tortura, colocaos públicamente en las filas de los desertores del cristianismo, y seguid las huellas de los Porfirios, Celsos y Julianos, pero sabed que os la habeis con un Dios que se llama á sí mismo celador de sus derechos.

Y lo es tanto, señores, de lo que tiene á las cosas á él consagradas, que venga su causa con mas rigor contra los profanadores de su casa, que contra los mismos idólatras. ¡Qué espanto no inspira la suerte de un Manasés, hecho vil juguete de desapiadados enemigos! ¡Qué horror no da un Nabuco, de tal manera enajenado de sí, y devorado de la melancolia á que le arrastraron los remordimientos, que llega á imaginarse bestia y solo tiene conatos de tal! Lo arrojan de su palacio, vive á la inclinencia del cielo, paca la yerba de los campos y sus cabellos se volvieron como pluma de águila, del águila de oriente y sus uñas como de ave de rapiña. Acáz muere en la apostasia. Baltasar bebe en un convite en los vasos robados al templo de Jehovah, y en medio de su alegría, una mano lígubre pinta en la pared: "Número, pesó, dividió." ¿Quién, santo Dios, el mismo Señor número? ¿qué? los días de Baltasar, que ya llegaron á su término; pesó su mérito y lo halló fallado, y dividió su reino entre los medos y los persas, que al dia siguiente ya sonaban el clarín vencedor en la sala del festín, clarín que no oyó Baltasar, pues aun su cadáver habia sido devorado de los perros.

Señores, Dios no se muda: la historia moderna nos presenta cuadros no menos tristes que instructivos. Enrique VIII, despues de cometer robos que no le trajeron mas que las responsabilidades de su sacrilegio, y de haberse separado de la arca de salvacion, muere hecho cabeza de una iglesia que en él comenzó; y en nuestros dias el hom-

bre extraordinario que tuvo todas las grandezas (1), menos la de respetar á la Divinidad en la casa santa, se nos presenta como espectáculo de un justo castigo de los cielos; Dios lo mandó á Europa para que ejerciese la misión mas importante y útil al género humano (2): en el siglo XVIII llevólo por la mano para sujetar á las naciones y poner en fuga á los reyes; á su presencia abrióse las puertas de las ciudades; anduvo ante él humillando á los grandes de la tierra, y quebrando las puertas de bronce y cerrojos de hierro; y lejos de dar ese nuevo Ciro la gloria al santo nombre de Dios, desprecia al Señor de los dones de la piedad y aprisiona al vicario del que lo es de la nueva alianza. El anciano de Israel, encadenado, fulmina contra él "el anatema," y desde entonces Dios lo abandona y comienza á eclipsarse su poder. Habia dicho que la excomunión no haria caer los fusiles de las manos de sus soldados (3). ¡Ah! poco después los tiraron en Rusia y después en Waterloo (4). Encerró en Fontainebleau al padre de los fieles, y en Fontainebleau, rodó de su cabeza la corona que le habían dado las victorias, afirmando el gémito y aun bendiciendo el cielo: hizo pesar dura serridumbre sobre el agobiado cuello del santo Chiaromonte, y él bebió el cáliz de amargura que le hicieron apurar sus inexorables centinelas en la roca donde murió..... y murió con la muerte de un hombre vulgar.... Pero, ¡Dios clemente! ¿te invocó al morir? Plague á ti el que haya ballado un perdon que ni el gémito, ni el poder y solo la sangre de tu Hijo son bastantes á alcanzar.

Y bien, señores: ¿podrá haber duda en que Dios se

(1) *Hec nomina magnus et bonus reparari non possunt; magnus quippe aut bonus est, aut non magnus.* Séneca, lib. de Anim.

(2) Estoy destinado á restablecer el buen orden en la tierra, decía Bonaparte en una arenga, al subir al consulado.

(3) Lo refiere J. B. Salgues, citado por el Cardenal Pagan en sus memorias, part. II, cap. IV, p. 221.

(4) Historia de Napoleon y del ejército grande por el Conde Segur, y traducida por Pages, lib. XI, cap. XI y XII, tit. IV, pág. 242.

Historie de Napoleon par M. Norvini illustrée par Raffet et Vernet, chap. XXXV et XLIV.

complace en los dones de sus criaturas, en que quiere ser adorado en los templos? ¿Podrá querer tan positivamente y con tanta aprobacion lo que no sea agradable á sus ojos? ¿Lo será lo que no es santo á su presencia? ¿Habrá algo que sea santo, que no dé gloria al Santo de los santos? ¿Con qué el erigir templos y altares al Señor, y decorarlos de la manera mas digna, es glorificarlo? Tal fué la doctrina de la antigua Iglesia, tal la de la católica, y en consecuencia, la de los padres y teólogos, como lo han reconocido un Bossuet, un Fenelon, un Fleury, un Alejandro; tal la de todo cristiano que no se avergüence de la Cruz (1).

Ya entenderéis, señores, por qué el cristianismo no puede pasarse sin los templos, donde consagra al hombre desde que nace, donde rodea de una nube de veneracion á la autoridad, para hacerla respetar en la sociedad, y donde estampa la cruz sobre la frente del hombre para que no ponga en ella la tiranía el hierro de la esclavitud; ella busca, pues, las catacumbas, si la persecucion le arrasa las paredes de los templos, y consagra las chozas; si, en ellas viven los fieles á la verdad, cuando la impiedad les impide levantar casas para dar culto á la Divinidad, ó conservar las que levantó la fe de nuestros mayores; ella espera las tinieblas de la noche, si en el dia se le cierra la boca para entonar los cánticos de Sion; ella, en fin, recoge la sangre y conserva los restos de los que la tiranía inmola en odio de los templos, donde el Dios verdadero es adorado.

Mas ¿qué maravilla es que el cristianismo sea tan celoso de ese derecho del Señor en la tierra, si él emana de la idea de la existencia de un Dios criador del universo, y es consecuencia de la verdad de la revelacion comenzada en Eden, continuada por Moyses y los profetas, y

(1) Bossuet, *Méditation sur l'évangile* 68 par Fenelon, lettre 3, sur la religion tit. II, pág. 413.

Fleury, *Mœurs dea Chrétiens* 3, part. núm. 35, 26, 37, pág. de 205 á 208. Natal, *dissertat.* 1.ª sobre la 5.ª edad del mundo, tit. II, pág. 124.

renovada y aumentada por Jesucristo y propagada por los apóstoles? Qué; ¿la sinagoga adoraría á Dios en el magnífico templo de Jerusalem, y la Iglesia sería menos piadosa porque era mas amada de Jehová? ¿El antiguo culto necesitaba de un templo para el perfecto y completo ejercicio de sus funciones y el nuevo carecería de ese recurso para mejor conseguir sus fines? ¿La arca donde estaban las tablas de la ley, sería tratada con mas respeto que el cuerpo sagrado de Jesucristo?

A tres partes se reducía el culto judaico: á la predicacion, á las oraciones y á los sacrificios; la predicacion era la leccion de los libros santos y la explicacion que de ellos daban los maestros de Israel; las oraciones, los votos ya privados de los fieles, ya públicos del sacerdocio, para pedir al Señor el perdón de sus pecados y sus mercedes; y los sacrificios consistian en la mutacion real de una cosa visible, que hacian los ministros legitimos en reconocimiento del supremo dominio que el Señor tiene en sus criaturas, todo lo que debía verificarse en medio del magnífico aparato de ceremonias que el mismo Señor habia designado minuciosamente. ¿Todo esto no requería la grandeza de un templo, digno de tales usos, no reclama un santuario que con ese culto fuese consagrado, no exigía la reparacion de un lugar donde el hombre no se presentara sino para ocuparse del Señor, y donde el Señor aceptase el sacrificio de su oracion y la humillacion de un corazon contrito?

No es cosa menos conveniente el templo para el culto católico, que como universal, en todo el universo debe levantar casas consagradas al Padre de todos los hombres, que no correrán á Jerusalem ni subirán la montaña de Gásim para adorarlo en espíritu, como que no está circunscrito en un lugar, como los dioses del paganismo; y en verdad, pues su culto es la realidad de aquel de que no era sino sombra el judaico. Mas porque Dios es espíritu y el Evangelio el complemento y término de la verdad revelada, ¿desdeñará el cristianismo los medios

necesarios unos y convenientes otros para cumplir con su sagrado ministerio? Si predicacion tenia el antiguo culto, predicacion tiene el culto de los cristianos; si oraciones hacia el pueblo judaico en espíritu, sin ellas no vive el discípulo de Jesucristo; si el sacrificio requería un altar en Jerusalem, nuestro sacrificio, el mas sublime y augusto de todos los sacrificios, ¿cuándo será ofrecido dignamente, ni aun en las aras mas ricas y mejor adornadas?

No pende la fuerza y virtud de la palabra del Señor, que es la espada de dos filos que penetra hasta las entrañas del hombre, de la circunstancia del lugar; pero por eso, ¿no deberá anunciarse donde la majestad del lugar corresponda á las funciones augustas del apostolado que ha sustituido á los destinos de los antiguos profetas, donde la publicidad dé acogida á cuantos quieren escucharla, y libre al orador de los inconvenientes que traen consigo las exhortaciones privadas, donde la solemnidad haga desaparecer la debilidad de que está rodeado el sacerdote, y donde la santidad hace mas sensible la presencia del Eterno, y dispone y prepara los ánimos del oyente para que la gracia fliegue y haga fructificar la semilla que el hombre derrama en su corazon? Sabéis perfectamente, señores, que el grande apóstol nos hace advertir que el Evangelio no es conocido por la predicacion: *Fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi*. Y los apóstoles, cuando se les imponía la obligacion de callar, protestaron no poder en ello obedecer á los hombres; ellos predicaron en los arcópagos y en las plazas para convertir al mundo, pero convertido ya éste, el lugar propio de la palabra de salvacion serán los templos. La filosofia tuvo por oportuno el no dar sus lecciones sino en la galería del Liceo ó en el pórtico de la Academia, edificios que la arquitectura levantó y embelleció para inspirar á los adeptos ideas dignas de su ocupacion; la política y la judicatura tenían sus tribunas en los rostros, entre las estatuas de los romanos mas célebres; la legis-

lacion tiene sus templos en las mas de las naciones; la poesia perderia todo su efecto si la escena no correspondiese á la composicion. ¿Y la religion cristiana, la filosofia mas sublime, madre de una elocuencia, cuyo tono no habian oído los mortales fuera de los limites de la Judea, cuyos preceptos son los únicos que pueden hacer la felicidad de los estados, cuya poesia, coronada de palmas y de estrellas y con el libro de los destinos de los pueblos en la mano, les hace notar lo pasado y descubre el porvenir en cantos, que solo ella puede modular y no pueden ser acompañados de otra lira que la suya virginal, esa religion, pues, no tendria sus cátedras, esas cátedras no estarian colocadas en lugares convenientes á tan grandioso objeto? ¡Ah! Desapiadada filosofia del siglo XVIII, tú le cerrastes las puertas del santuario y la relegastes á los establos, ¿olvidabas que allá nació Jesus, y que los ángeles bajaron de lo alto á darle gloria, anunciando la paz á los hombres de buena voluntad en el primer templo del cristianismo?

Si la predicacion es un precepto del Salvador á los apóstoles, la oracion está mandada á todos los cristianos, y es la segunda parte de nuestro culto. Orar es elevar á Dios la mente; para elevar nuestra mente hasta el trono del Señor, necesitamos libertarla de la influencia de los sentidos, ó rodearnos de tales objetos que les causen impresiones favorables al recogimiento. ¡Ah! ¡Pluguiera al cielo que nuestra alma no estuviera avasallada á un imperio tan tiránico como es el de la imaginacion, ó esa imaginacion no lo estuviera á los sentidos, ó que esos sentidos no estuvieran tan pervertidos por la concupiscencia! Entonces, nada de cuanto nos rodea seria poderoso para arrancarnos de la presencia de Dios; en toda la naturaleza leeriamos los testimonios de gloria que da á su Creador, y nuestro entendimiento se engolfaria en la verdad sin salir de su dulce enajenamiento por la algazara de las pasiones. . . . Pero, ¿á qué vienen racionios cuando nuestro corazon habla bien claro y bien alto, refiriendo

cuanto tiene alcanzado por la experiencia? ¿Qué habemos experimentado en el curso de nuestra peregrinacion sobre la tierra, donde la piedad y el arrepentimiento nos han hecho derramar las primeras lágrimas sobre nuestros pecados? En los templos, donde hemos visto á muy clara luz nuestra nada y la grandeza del Señor; en los templos, donde hemos sentido aquella paz profunda, pero de vida muy opuesta al silencio de la muerte; en los templos, donde hemos escuchado la voz consoladora de nuestro perdón; en los templos, en los templos, sí; allí, el fuego que arde en el altar depura lo que tenemos de mortales, y hace que los afectos de la carne se pierdan evaporados; en los templos la fe se aviva, la esperanza se alienta; en los templos, en fin, nuestra alma percibe aquel lenguaje espiritual, inmenso, vago, pero todo divino en que el entendimiento ve quien sabe qué de sobrenatural, y da á la voluntad un placer que la embriaga; con él, la memoria calla respetuosa, la imaginacion humillada se postra, el cuerpo, esa prision de nuestra alma como insensiblemente se desata de ella, dejándola libre para que pueda dar el salto. . . . ¿á dónde? . . . al seno de la Divinidad. Rey del cielo, ¿y no serás tú el que habites en este lugar? ¿No será tu templo, la puerta de tu reino de luz y de claridad?

No me digais, señores, que en todo lugar y ocasion debemos orar, y que para ello no necesitamos de la paz del santuario, porque, en efecto, siempre nuestros deseos deben rodear, por decirlo así, los muros de la Jerusalem celestial, á la manera que las mariposas revolotean en torno de la llama; mas bien sabéis que hay diversos modos de hacer oracion, y fué voluntad de nuestro Salvador el que de entre ellos eligiéramos aquel que fuese el mas conforme á las circunstancias. Esa oracion habitual que nos debe acompañar en las plazas, en los negocios y aun en medio de la honesta diversion, no puede sostenerse sin la que de cuando en cuando debemos hacer en el retiro, reconcentrando nuestras fuerzas para en nada

pensar sino en el Señor, y esto lo hacemos, ó privada ó públicamente. Leed el capítulo V de San Mateo, y allí hallaréis muy claramente distinguida la oracion privada de la pública; cuando se trata de ella dice el Salvador en singular: "Cuando oras entra en tu retrete, no lo hagas como el hipócrita." Mas en seguida pasa á dar instrucciones á los apóstoles sobre la pública y entonces el lenguaje es para muchos, *orantes autem*. ¿Y cuál es esa oracion pública? Aquella en que reconocemos á Dios como nuestro padre común. . . . le pedimos el pan de cada dia, le rogamos reine en nosotros por la gracia y nos lleve á reinar con él en la gloria, y le suplicamos nos perdone nuestras deudas como nosotros nos las perdonamos mutuamente. ¿Puede haber un carácter mas marcado de universalidad? ¿No lleva en sí esa oracion la conveniencia, por no decir necesidad de la familia, esto es, de que se haga en la reunion de todos los hermanos hijos del mismo padre?

¿Y no pedimos igualmente en esa oracion que el nombre del Señor sea santificado? Ya sabéis que santificar á Dios no es hacerlo, sino confesarlo santo: no ignoráis que solo Dios es santo por naturaleza y conoceréis que confesarlo santo es proclamarlo Dios á la vista de la naturaleza, que en él se complace. ¿Y qué confesion, ni mas natural ni mas clara, ni mas digna de la Divinidad, que la protesta de reconocimiento de su supremo dominio? ¿Y como se hace esa protesta sino en el sacrificio? ¿Y qué es el sacrificio sino la ofrenda, la muerte real ó mística y la consuncion de la víctima? ¿Y no tenemos nuestra hostia, nuestra víctima los cristianos? Pero ¡ah! ¡qué hostia, qué víctima, qué sacrificio! terrible, si bien humilde, grande si bien sencillo, el mas augusto, el mas santo, el mas rico, el único grato á tus aras, Sér eterno, por el sacerdote que lo ofrece que es Jesucristo, y por la víctima ofrecida é inmolada que es tu Hijo, el mismo Jesucristo, esto es, el Salvador ungido, sacerdote como ungido y Dios como Salvador, pues solo Dios podia salvar

al género humano. ¿Quién podrá comprender la grandeza de este sacrificio? Mas si nosotros no podemos alcanzarla, conocemos lo bastante para convencernos de la necesidad en que el respeto debido á tanta majestad nos empeña á levantar aras dignas de tal víctima y templos dignos de tales aras, adornándolos de una manera digna de tales templos. La Iglesia lo ha creído así, y cuando mas no ha podido, ha cuidado de que los cálices que han servido á la Eucaristia, sean de las materias mas preciosas; y no creáis que esa costumbre comenzó despues de que los Césares se hicieron cristianos, pues tuvo origen desde los primeros dias del cristianismo, y se conservó aun en tiempo de las persecuciones y de la pobreza de la Iglesia.

¿Y quién se sorprenderá de ello, despues de que Jesucristo nos ha hecho entender de cuánto es digno y merecedor su augusto cuerpo, pues no solo permitió, sino que aprobó el que se emplearan tantos y tan exquisitos perfumes, no solo para honrarlo durante su vida, sino para ungirlo despues de su muerte? Jesucristo, pues, aprueba ese decoro con que en los templos damos prueba de nuestra veneracion, de nuestro amor y de nuestra gratitud hacia el divino Hijo de Maria, y la Iglesia se complace en darlo á cuanto á su culto está consagrado; mas no hay que creer que su corazon está apegado á este aparato exterior. La persecucion, advierte Bossuet (1), le puede quitar el oro y la plata con que sirve al Hijo de Dios, mas no le puede hacer perder jamás la riqueza de su sacrificio: no, un poco de pan, un poco de vino, son bastantes para que ofrezca á Dios el mas augusto sacrificio y dé á los fieles el mas magnifico convite. Ved aquí las mayores riquezas de la Iglesia, y cuando ésta ha sido despojada de las temporales por el despotismo en delirio, no ha sido ella ni menos fiel á su Dios, ni menos hermosa á los ojos del esposo que conquistó al mundo con una cruz

(1) En el lugar citado.

de palo. Mas advertid que entonces ella ha protestado contra la violencia, y no han ejercido con ella esa tiranía sino los gobiernos mas depravados y mas opresores de la libertad, y violadores de toda razon y derecho.

¿Y podria yo presentaros una prueba mejor de la gloria que damos á Dios en los templos, señores, que haciéndolos reflexionar sobre la deconcia con que la Iglesia cuida sea tratado el cuerpo virginal del Hijo de la doncella de la naturaleza, de la Virgen del cielo? No hay mejor modo de dar gloria al Señor que dándola á Jesucristo, en quien la Divinidad puso la suya, pues él dió á conocerla en la enseñanza del misterio angusto de la Trinidad, en la virtud del Señor y en la salvacion del género humano; y á Jesucristo, ¿cómo damos la gloria sino reconociéndolo Hijo de Dios vivo, consustancial á su Padre desde antes del nacimiento de la aurora, é Hijo de aquella Mujer á quien, recién nacido, dió á conocer por su Madre estando reclinado en su regazo, cuando recibió las primicias de las adoraciones del mundo en los Magos, y que llamó Madre suya, ya para morir á la faz de ese mundo que lo contemplaba atónito, y algún día debía adorarlo? ¿Qué es, pues, edificar templos, erigir altares al Dios de los cristianos, sino confesar la Trinidad, la Divinidad y humanidad de Jesucristo, y maternidad de aquella Virgen que será llamada bienaventurada entre todas las naciones? Y ¿cuánto mas grata no te será esa confesion, Hijo santo de David, si el templo que se te erige, si el altar que se te consagra como á Dios, pues solo á Dios se pueden dedicar templos y altares, llevan el nombre de la que te dió el ser de hombre, de aquella en quien el poderoso hizo grandes cosas?

No es posible, que quien ame á Dios, que corazon donde reine la religion ignore estas verdades de tanto consuelo y de tanta luz, y no aplanda la piedad cuando ésta se esfuerza en dar el culto de adoracion al Criador, de la manera mas digna, no solo levantando ó conservando los templos, sino decorándolos con cuanto encuentra de

mas rico en la naturaleza y tienen de mas bello las artes. Nada mas digno de la religion cristiana, pues si Cristo restauró todo, como dice San Pablo, todo es muy justo que coopere á su gloria, y todo coopera, pues se rodea de la Cruz para entonar himnos de alabanza á la salud de la naturaleza que salió de aquel árbol, y á la vida de los entendimientos, que del resplandor que despide aquel solio de la Sabiduría, reciben los que contemplan "al que es el camino y la verdad" para escucharlo. Si las ciencias, si la literatura, se convirtieron ya de nuevo al cristianismo, no tendrán las bellas artes la desgracia, la deplorable desdicha de haber idolatrado, decorando los templos de los dioses de Grecia y de Roma, y no adorando al Dios de la hermosura intelectual y de la hermosura fisica, no convirtiéndose al cristianismo, inspiracion celestial que les da una pureza, una viveza, una sublimidad que no recibieron de los dioses de Homero y Virgilio: ellas, en efecto, son cristianas, nada les place tanto como lucir su excelencia en los templos del cristianismo. Las cuantas obras débiles ó ridículas producidas por el materialismo en el siglo pasado, las avergüenza y acongoja, y apenas se han visto en libertad, cuando se han colocado en las puertas de los templos, donde están repitiendo: "Como hijas del antiguo catolicismo, aquí estamos nosotras entre los titulos de nuestra nobleza, amarlos y en ellos gloriarnos, es un derecho nuestro y defenderlos á toda vela es una obligacion nuestra." Ved, pues, por qué, hombres que nos escuchais, os encargamos el que repitais á nombre del culto de nuestros padres, aquel grito de indignacion y de vergüenza que arrancaba á los papas de los grandes siglos la devastacion de la Italia: "Expulsemos á los bárbaros (1)," y si tan bien cuadra á las bellas artes este lenguaje en Europa, aun él no expresa bastante sus obligaciones para con la religion católica en el nuevo mundo, donde todo lo que son, á manera

(1) Les destinées du christianisme par M. l'abbé Ployé, pag. 337.

de los pájaros cuyos nidos están en las bóvedas de las iglesias solitarias, lo deben al fuego del santuario; de allí se han desprendido las chispas que las han electrizado. ¿Dónde está la fama pregonando con su clarín los nombres de un Murillo (1), Cabrera, Vallejo, Jimeno, Cora, Patiño, Ixtolénque, Perusquia, Casillas, Velázquez, Tres Guerras y tantos otros, sino sobre las cúpulas de nuestros templos? ¿Dónde han lucido los géneos sino á los piés de los altares y bajo las bóvedas solitarias de nuestros claustros? Felices, pues de esta manera se manifiestan agradecidos á la Divinidad que los inspira, y le pagan un tanto sus favores cooperando á la gloria que se le debe, y le tributan los cristianos, cuando le consagran templos y altares, y los hermoosan con los adornos de la naturaleza y los ornamentos de las artes. ¿Quién de vosotros no percibe el día de hoy, señores, el concierto de la revelación hecha al pueblo elegido, de la filosofía, de la religión de Jesús, de las ciencias y las bellas artes, para dar gloria en este templo al Dios Criador del universo, que eligió á Abraham y su descendencia para depositarios de la verdadera fe, al Dios de las ciencias que es el Señor, al Dios Padre de Jesucristo Redentor del género humano, su esperanza y su glorificación? ¡Gran Dios! Todas y á una, te cantan y dicen por mí: *Domine dilexi decorum domus tue et locum habitationis gloria tue.*

X á ti, ciudad ilustre, el Dios de tus padres te bendiga; mas para ello bendice tú al Santo de Israel, que está en medio de ti, pues él te inspiró esos sentimientos de piedad, te dió los medios de que llevaras á cabo tu empresa y terminarás una obra de tanta gloria para el Se-

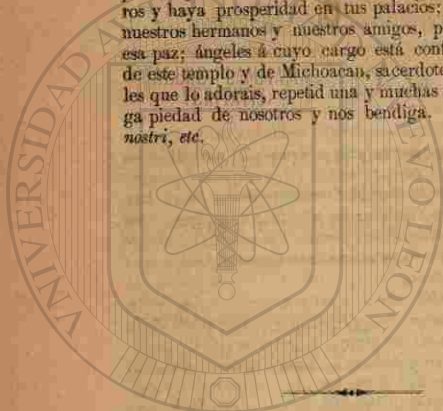
(1) Este José Murillo fué hijo del celebre Bartolomé Estéban. De aquel dice Palomino, en el tomo II, pág. 620 de su Museo Pintoresco, que fué sujeto de grande habilidad para la pintura, y de mayores esperanzas, cuya muerte, en Indias, fué temprana; murió en efecto en Puebla.

De los otros artistas citados y otros varios, habla D. Tadeo Ortiz en la pág. 236, aunque con la misma inexactitud que el Conde Belzime á quien cita, y el que se propuso desde luego en sus cartas sobre México, probar hasta donde podía llevarlo su géneo chocarrero y burlesco.

ñor, pues en este templo será conocido, y á los piés de estos altares será adorado en espíritu y en verdad. Dichosa tú que has sido fiel á la palabra de vida que en tu corazón sembraron Fr. Martín de Jesús y Quiroga, cuyas almas venerables aquí están en medio de vosotros adorando á Dios Padre, á su Hijo Jesucristo y al Espíritu de consolación. ¡Cuánto se gozan vuestros apóstoles al veros postrados ante estos altares! ¡Con cuánto gusto os presentan á Jesucristo, diciéndole que en vosotros se han cumplido las profecías que le prometían el reinado del mundo... que sus hijos de lejos vendrían á él y sus hijas se levantarían en su busca... que todas las gentes que hizo, vendrían y se postrarían á sus piés! Ni solo ellos; los hijos de Noé, los conservadores de la especie humana, contemplan desde la eternidad este templo en donde hay retoños de las tres familias de que fueron padres, y en ellas ven, ya convertido el género humano todo, al que fué objeto de la esperanza de las gentes. ¿Qué mayor gloria para Jesucristo?

Esta gloria cubre este templo y es mayor que la que cubrió al de Salomón; esta gloria, que no desciende de lo alto sino que sale de ese altar..... gran sacerdote, pontífice dado á vuestro pueblo en la misericordia de Jehová, levantaos, bendecidlo á nombre de Jesucristo, cuyo vicario sois; levantaos, ungido del Señor, y subid al *sancta sanctorum* para que hagáis por vuestra grey la oración que Salomón, en el día del estreno del templo de Jerusalén; levantaos, ministro santo de paz, padre amante de este pueblo dichoso, que con el suyo os paga vuestro amor; interponéos como Moisés entre él y Jehovah, extended vuestras manos sagradas á los que están encargados de la conducta de vuestro pueblo, á vuestro Morelia, á toda vuestra grey, para que el cielo se apiada de nosotros. Y vosotros, que hacéis memoria del Señor, no estéis en silencio delante de él; rogadle hasta tanto restablezca la gloria de Jerusalén y la ponga por objeto de alabanza de la tierra..... ¡Ah! muralla de Sion, derrama

lágrimas de día y de noche como un torrente; levántate, grita, derrama tu corazón a la presencia del Señor..... eleva tus manos hacia él por la felicidad de tus hijuelos. ¡Ah! ruega por la paz de Jerusalen; que gocen de esa paz los que te aman, que la paz se goce dentro de tus muros y haya prosperidad en tus palacios; por el amor de nuestros hermanos y nuestros amigos, pidamos al Señor esa paz: ángeles á cuyo cargo está confiada la custodia de este templo y de Michoacan, sacerdotes del Señor, fieles que lo adorais, repetid una y muchas veces: Dios tenga piedad de nosotros y nos bendiga. *Deus misereatur nostri, etc.*



SERMON QUE EN LA SOLEMNIDAD

DE LA

CONSAGRACION DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

DEL

ARZOBISPADO DE MICHOACAN

PREDICO EL 20 DE OCTUBRE DE 1880

EL SR. LIC. DON AGUSTIN ABARCA

PREDICANDO DE LA MISMA SANTA IGLESIA.

Vidi civitatem sanctam, Jerusalem novam, descendentem de caelo á Deo.

Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalen, descendiendo del cielo por la mano de Dios.

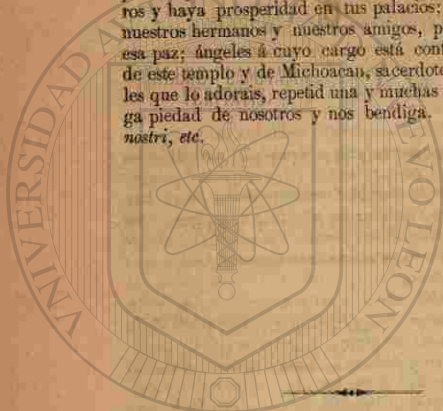
Apos., 21, 2.

ILLMO. SR.

SEÑORES:

Al celebrar la consagracion de este templo, el primero de todos en nuestra Iglesia, se presenta, sin duda, una oportunidad de combatir el error tan comun en nuestros dias, de aquellos que no comprenden la grandeza é importancia de los templos cristianos, y se admiran de que la Iglesia despliegue tanta pompa y muestre tamaña alegría, en una fiesta al parecer de poca significacion; pero la mejor manera de impugnarles es dirigirse á la igno-

lágrimas de día y de noche como un torrente; levántate, grita, derrama tu corazón a la presencia del Señor..... eleva tus manos hacia él por la felicidad de tus hijuelos. ¡Ah! ruega por la paz de Jerusalen; que gocen de esa paz los que te aman, que la paz se goce dentro de tus muros y haya prosperidad en tus palacios; por el amor de nuestros hermanos y nuestros amigos, pidamos al Señor esa paz: ángeles á cuyo cargo está confiada la custodia de este templo y de Michoacan, sacerdotes del Señor, fieles que lo adorais, repetid una y muchas veces: Dios tenga piedad de nosotros y nos bendiga. *Deus miserere nostri, etc.*



SERMON QUE EN LA SOLEMNIDAD

DE LA

CONSAGRACION DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

DEL

ARZOBISPADO DE MICHOACAN

PREDICO EL 20 DE OCTUBRE DE 1880

EL SR. LIC. DON AGUSTIN ABARCA

PREBENDADO DE LA MISMA SANTA IGLESIA.

Vidi civitatem sanctam, Jerusalem novam, descendentem de caelo á Deo.

Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalen, descendiendo del cielo por la mano de Dios.

Apos., 21, 2.

ILLMO. SR.

SEÑORES:

Al celebrar la consagracion de este templo, el primero de todos en nuestra Iglesia, se presenta, sin duda, una oportunidad de combatir el error tan comun en nuestros dias, de aquellos que no comprenden la grandeza é importancia de los templos cristianos, y se admiran de que la Iglesia despliegue tanta pompa y muestre tamaña alegría, en una fiesta al parecer de poca significacion; pero la mejor manera de impugnarles es dirigirse á la igno-

rancia, fuente de éste como de otros muchos errores, y hablar á la vez á las almas creyentes, para enseñarlas, fortalecerlas y conmovérlas.

Con este fin he tomado por texto las palabras del libro del Apocalipsis que acabais de escuchar, y que contienen, á mi juicio, todo el espíritu de la Iglesia en esta solemnidad, y todo cuanto pudiera decirse de la grandeza y excelencia de nuestros templos. *Ví, dice San Juan, la ciudad santa, la nueva Jerusalem, descendiendo del cielo por la mano de Dios. Vidi civitatem sanctam, Jerusalem novam, descendentem á Deo.*

Para su inteligencia y aplicación, os suplico, señores, atendais al siguiente razonamiento:

Es Dios tan magnífico en dar, que cuando nos concede un don cualquiera, no nos da solamente aquel don, sino que en él y con él nos da también una promesa, una figura y una prenda de otro don mayor. En la naturaleza, dice Santo Tomás, nos da una imagen de la gracia, y en la gracia, una figura y una prenda de la gloria. Concedió á Adán el perdón de su culpa, y se lo concedió instituyéndole figura y profecía viva del Salvador. En la ley natural dió la figura de la escrita; en la escrita dió la figura de la ley de gracia; y en ésta, por último, dió la figura y la prenda de la gloria, que será el término y el último de los favores divinos. Así nos mantiene el Señor, perseguidos por su misericordia, así en el presente como en el porvenir, tan ligados á ella por el goce de la posesion, como por los suspiros de la esperanza.

Y en este último estado de la Iglesia, que es el de plenitud de gracia, se cumple la misma ley. Las fiestas que celebramos los cristianos son una representacion y un preludio de las fiestas del cielo; nuestro culto es figura de la adoracion estática de los escogidos, y las cosas todas que creemos son, dice el Apóstol, un velo que oculta la substancia de las que debemos esperar: *Fides est sperandarum substantia verum* (1). Y como los israeli-

(1) A los Hebreos, II, 1.

tas llevaban en su peregrinacion por el desierto el tabernáculo, que era figura del templo que Salomón levantó despues, así nosotros, que caminamos á la verdadera tierra prometida, tenemos estos templos de Dios, que tanto como son, no son mas que figuras de los templos vivos de Dios, que son los santos, y del templo eterno de los cielos.

Por consiguiente, si Jerusalem, la ciudad de David, era figura de la habitacion de Dios: *Elegit Dominus Sion, eloquit eam in habitationem sibi* (1), el templo es Jerusalem, y nosotros estamos llamados á ser Jerusalem, y el cielo es Jerusalem; porque aunque Dios se une á nosotros de mil maneras diferentes en la comunicacion de todos sus dones, su union viva y personal, su habitacion, solo se halla en tres partes: en los templos, en nosotros mismos y en el cielo. En los templos habita *corporalmente*, en el lenguaje del Apóstol, aunque no por siempre; en nosotros habitará para siempre, si nosotros lo queremos; en el cielo, habita por la suprema revelacion de toda su gloria. Y porque un don de Dios es figura de otro don mas excelente, una habitacion prepara aqui la otra, y una Jerusalem á la otra Jerusalem. El templo es consagrado para santificar al hombre; el hombre es santificado en la tierra para ser glorificado en el cielo. Lo que quiere decir, adelantando mas estas ideas, que la Jerusalem primera, la mas excelente de todas, es la Jerusalem de los cielos, que en vista de ella crió el Señor las otras dos, y que no siendo éstas mas que participaciones de aquella, la misma Jerusalem celestial se dilata y desciende de lo alto para llegar hasta nosotros, y que las otras dos no son mas que sus atrios, sus pórticos y sus entradas. *Vidi civitatem sanctam, Jerusalem novam descendentem de celo.*

Digamos, por tanto, con la Iglesia, al penetrar los umbrales de este templo recién consagrado: «Hemos visto la ciudad santa, la nueva y eterna Jerusalem; la hemos

(1) Salmo 131, 13.

visto descender de lo alto y extender hácia nosotros sus brazos y sus puertas para convidarnos. Y como ya colocados en la entrada, nada debemos desear tanto como penetrar mas y mas en el interior de esa ciudad dichosa, criada para ser nuestro descanso; en el templo consagrado veamos la imagen del hombre hecho santo, en éste la del hombre glorificado. Es decir, que lo primero que debemos hacer en esta solemnidad, es contemplar y admirar las maravillas de esta Jerusalem visible, que está al alcance de nuestra vista; en ella veremos luego las maravillas de la Jerusalem interior de las almas, y por medio de ambas, nos formaremos por fin una idea, aunque pequeña, de la Jerusalem celestial.

Estos son los tres puntos que voy á tratar. Mas como me considero pequeño para un asunto tan grandioso, ruego á Dios, hermanos míos, que mi voz no se ofusque en medio de estas pompas sagradas, y que las palabras que voy á decir, sean dignas del lugar santo que ocupamos, de los cristianos á quienes se dirigen y de la majestad invisible del Dios que las oye.

Así te lo pedimos, oh dulcísima Madre nuestra, saludándote con el ángel.—*AVE MARIA.*

PARTE PRIMERA

Tan cierto es que los templos se consagran para santificarnos, que me atrevo á compararlos, bajo este aspecto, con lo mas santo y sublime que conozco, afirmando ante vosotros que son á manera de un sacramento. No es ésta, hermanos míos, una exajeracion de la piedad, ni un juicio

ligero; vosotros convendréis en ello cuando hayais admirado conmigo, en ambos, caractéres que les son comunes. Porque para los dos son necesarias de todo punto las fuerzas sobrenaturales. En ambos, por un portentoso invisible, pero indudable, de una cosa antes profana, se hace una sagrada; y en ambos, por último, aunque cada cual á su manera, hay virtud y eficacia para santificarnos.

Es necesario en los sacramentos, que á la naturaleza se agregue la gracia, á lo natural lo sobrenatural. ¿Qué es el agua? pregunta san Agustin. Nada; mas agregadle la gracia y se hace sacramento: *Accedit gratia, et est sacramentum.* Lo mismo pasa en los templos. Son ellos tan excelentes, que no bastan todas las fuerzas humanas para hacer el último de todos. Acumulad en un solo lugar todas las riquezas de la tierra; los mármoles mas raros, la plata, el oro y las piedras preciosas y tendréis el santuario de la riqueza humana, pero nada mas. Reunid, si queréis, á la riqueza de la materia, la perfeccion y la sublimidad de las formas; tendréis el templo del arte y del ingenio humano; pero no el templo de Dios. Para levantar en la tierra la casa de Dios, es necesario que concurren el cielo y la tierra, Dios y los hombres. El hombre designa el lugar, pero es necesario que Dios lo elija. *Elegi locum istud* (1). El hombre construye el monumento y lo adorna con sus propias riquezas; pero el Señor es quien debe consagrarlo y santificarlo. *Sanctificavi locum istud.* El hombre busca en el templo un refugio y un asilo; pero no lo será si Dios no deposita en él toda la majestad de su nombre. *Ut sit nomen meum ibi* (2). Finalmente, el hombre orará en él, y pedirá á Dios y le adorará; pero ¿de qué servirá la oracion del hombre, si Dios no ha puesto antes sus ojos en el templo para ver las miserias del hombre, y su corazon para compadecerlas y curarlas? *Ut permaneat oculi mei et cor meum ibi curatis diebus* (3).

(1) Paralip., cap. VII, v. 16.

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*

Mas esta operacion necesaria de Dios sobre el templo, es una accion redentora, para ser luego una accion santificadora. Digo redentora, porque al aceptar el Señor un lugar que el hombre le ofrece para su morada, es preciso que redima Dios aquel lugar de la servidumbre, ó mejor diremos, de la soledad y desamparo universales. Fijemonos, señores, en este pensamiento, que tiene un interés que á primera vista no se descubre en él.

El error de los que quisieran que se adorase á Dios distintamente en todas partes, tal vez con el designio secreto de no verse precisados á adorarle en ninguna, procede, como casi todos los errores modernos, de la negacion ó de la ignorancia del pecado original y de sus tristísimas consecuencias. Los que condonan nuestros templos como demasiado estrechos, y quisieran que el mundo todo fuera templo del Dios vivo, olvidan ó ignoran que desde aquella caída fatal, el universo, maldito por la maldicion del hombre, que era su rey y señor, se vió privado en alguna manera de la presencia de su Criador. Dios, que crió todo y lo conserva en el orden de la naturaleza, quiso en el principio elevarlo todo por una accion mas poderosa que la creacion, al orden sobrenatural, y conservarlo todo en el mismo orden por una providencia especial. Hay dos acciones, y de consiguiente, dos presencias de Dios: la de la naturaleza y la de la gracia. Dios está, sin duda, en todas partes por la soberana necesidad de su esencia; pero en la íntima revelacion de sus secretos, en aquella comunicacion familiar que el hombre, espíritu y materia, necesita mantener con él, en aquella manera en que hablaba á Adán bajo la sombra de los árboles del paraíso, en aquella forma en que antes lo llenaba todo con su bondad especial y con su gracia; así huyó del mundo por el pecado, como huyó despues de Jerusalem la ingrata, cuando dejó desierto su templo y ofuscada por lo mismo toda su gloria: "*Ecce relinquitur vobis domus vestra deserta* (1)." Y desde ese abandono

(1) Math., cap. XXIII, v. 38.

terrible, el universo estaria solo, si en su misericordia inagotable Dios no se hubiera reservado estos lugares privilegiados, que en el lenguaje humano se llaman templos.

Pero habiendo perdido el mundo por la ingratitud, Dios no ha creído digno de su corazón reconquistarle sino por el amor. No tomará por sí estos lugares que ha de elegir, no invadirá el universo con su gloria, sino que, lleno de reverencia hácia nosotros, esperará á que se los designe la gratitud del hombre. Y á la designacion que hace el hombre, corresponde la aceptacion de Dios, que se digna elegir aquel lugar como suyo: *Elegi locum istum*. Y aquel lugar viene á ser de Dios, no ya como todas las cosas son suyas, sino por un título nuevo, el de la designacion del amor.

Así es como de una cosa ántes profana, se hace en la dedicacion de los templos una cosa sagrada; como en los sacramentos, de una materia comun, del óleo, del agua, del pan, de cosas entregadas al uso comun, y á satisfacer las necesidades ordinarias de la vida, se hacen cosas santas, consagradas á Dios y propias de él, aunque para la utilidad del hombre.

Este lugar donde estamos, pudo antes de ahora pertenecer, señores, á cualquiera de vosotros; pero desde que fué dedicado al Señor, desde que fué hecho santo, la voluntad humana y la divina le separaron para siempre de todo el resto de la tierra. Porque el dominio eminentísimo de Dios sobre todas las cosas, como Criador y Padre universal, no excluye ningun otro, puesto que de otra manera los excluiria todos. El, pues, nos dió la tierra; á la vez que se reservó el cielo de los cielos, esto es, de los escogidos: "*Caelum caeli Dominus, terram autem dedit filiis hominum* (1)." ®

Hizo con nosotros como un padre que, distribuyendo su casa entre sus hijos, reserva para sí un retirado y secreto aposento. Mas esto que nos dá, es nuestro, ó no hay

(1) Salmo 113, v. 16.

título alguno que asegure la propiedad; y no pudiendo el hombre hacer mas, de esto mismo que el Señor le dió, dá, devuelve al Señor algunos lugares de esa tierra que fué un regalo suyo. Y el Señor por su bondad acepta la dádiva del hombre, como al premiar los méritos de los justos, no hace otra cosa, dice San Agustín, sino coronar sus propios dones.

No fuimos nosotros, en verdad, quienes tuvimos la dicha de levantar este templo al Señor, fueron nuestros mayores; y esto aumenta el respeto y la veneración que le debemos, porque aparte de ser un templo de Dios, es un monumento de la piedad de nuestros antepasados.

¡Ah! Esa antigüedad que el mundo moderno finge admirar tanto, es lo que mas le condena. Los sabios han removido las ruínas, buscando entre su polvo disculpas á su incredulidad, y las piedras han hablado, y han avergonzado á los sabios, porque han patentizado la fe ardiente y sincera de las generaciones pasadas. ¿Queréis saber, hermanos míos, como pensaban nuestros padres, cómo creían nuestras hértes, cuyos nombres repetís con respeto, cuyas acciones deseáis imitar? Alzad, pues, vuestros ojos y ved: esas bóvedas, ellos las levantaron, esos altares, ellos los erigieron. Amad lo que ellos amaron, respetad los que ellos respetaron; y sobre todo, convertíos al Señor á la sombra de estos muros sagrados que les vieron á ellos convertirse!

Así es sagrado para nosotros el templo. Pero lejos de nosotros el pensamiento de que solo por estos sentimientos tan naturales hablamos de respetar y venerar como sagrada la casa de Dios. La religión puso en ella su mano, y la Iglesia entera nos obliga á considerar este lugar como el asiento de la majestad del Señor, mas particularmente desde que hemos tenido la dicha de consagrarle con toda solemnidad.

Es la eracción de un templo un voto que, no un individuo, sino un pueblo, hace al Señor. ¿Qué viene á ser el voto sino un sacrificio absolutamente voluntario hecho

por amor en las aras de la Divinidad, por el que nos desprendemos de algun bien que legítimamente poseíamos? Así se desprende un pueblo de un lugar que era suyo; acumula en él todas las riquezas que puede, y de allí en adelante no le tiene por suyo, con tal que Dios le acepte y se digne en su misericordia elegirle para su habitación. Hay aquí, como veis, dos voluntades: la humana y la divina. Una de ellas, la divina, es invisible; la humana, es tan flaca y tan inconstante, que es indigna de contratar por sí misma con el que es eterno é inmutable. ¿Quién asegurará al hombre la aceptación de Dios, inaccesible á nuestros sentidos? ¿Y quién dará testimonio ante Dios, ó mejor dicho, quien nos asegurará á nosotros mismos contra nuestra inconstancia? ¿Quién será aquí el mediador, si no es Jesucristo, mediador universal y único entre Dios y los hombres? Jesucristo es invisible á nuestros ojos, colocado como se halla en lo alto de los cielos; pero aquí en la tierra, al alcance de nuestros sentidos, visible para todos los hombres de buena voluntad, derramado por todos los ángulos de la tierra, esta su cuerpo místico, su esposa santa á quien ama como á su propia carne, por cuyo medio obra en la tierra los mayores prodigios; su Iglesia, en una palabra, que es por esta causa la medianera eficaz, poderosa entre el cielo y la tierra, y que en este caso es quien da testimonio, ante Dios, de nuestra voluntad, y á nosotros nos asegura de que Dios acepta nuestro pobre don, y de que habitará efectivamente el Señor en la casa que nuestras manos le levantaron; que nuestro corazón le ofreció, y que si es rica, espléndida para nuestra impotencia, es muy pobre, muy mezquina para los deseos ardorosos de nuestra fe.

Esta doctrina verdaderamente profunda, sirve para explicar la diferencia que va entre la solemne consagración de un templo y su simple dedicación: Es ésta el voto que los teólogos llaman simple, y que pasa en el interior de la conciencia; aquella es como el voto solemne que la Iglesia recibe en representación de Dios, y la misma Igle-

sia acepta también en nombre del Señor. La Iglesia le recibe del hombre, la Iglesia recibe de Dios su soberana y bondadosa aceptación; siendo ella la medianera, el testigo, y casi diré el fiador que asegure al hombre que Dios habitará su casa, y á Dios asegura que será constante nuestra voluntad, por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo.

¡Con cuánto amor, con qué empeño maternal echa la Iglesia sobre sus hombros el trabajo verdaderamente pesado de la consagración del templo! ¡Oh! Si tuviéramos fe, veríamos de qué manera se va levantando poco á poco el edificio espiritual, más hermoso que cualquiera milagro del arte, embelleciendo y completando el monumento material, hasta hacerle digno de ser habitado por Dios, espíritu y Padre de los espíritus! Nosotros le rodeamos de un atrio para que fuese conocida así la voluntad nuestra de que permanezca separado de cualquiera otro lugar; pero si Dios no guarda la ciudad, ¿qué importa que vigile el que la custodia (1)? El Señor pondrá por amor á su Iglesia, á sus ángeles, poderosos é incontrastables como montañas, á que la cerquen en rededor; y el mismo la rodeará, sin cesar, como una madre solleita rotica inquieta la cuna de su hijo: *Montes in circuitu ejus, et Domains in circuitu populi sui* (2). Esta casa es sólo para el bien, pero ¿quién puede hacer cosa alguna limpia, concebida en la impureza y en el pecado? (3) La Iglesia representada por uno de sus pontífices, la rodeará muchas veces, y caerá dentro de ella la ciudad del mal, para que se alee la ciudad del bien de entre las ruinas de aquella. Así cayó Jericó á quien rodearon los levitas y los sacerdotes, y fué reedificada luego por las manos y para habitación pacífica del pueblo escogido. Los que la construyeron pusieron su base y cimiento tan profundo y seguro como pudieron, pero la base única no mudable es

- (1) Salm. 126, v. 2.
 (2) Salm. 124, v. 2.
 (3) Job, cap. XIV, v. 4.

la enseña del Crucificado, y la Iglesia, representada por uno de sus pontífices, santificó su pavimento con la cruz salvadora; cruz de escoria y ceniza, cruz que lleva en sí los elementos de las principales lenguas de los pueblos que la habían de adorar; cruz que no tiene, por último, valor alguno sino por su forma, porque eso le basta, y porque en comparación suya el cristianismo juzga todas las riquezas del mundo como ceniza y basura: *Omnia crestinavi sicut scorcra* (1). Los que la edificaron unieron entre sí las piedras para que resistieran á la acción de los siglos; pero sólo hay un pegamento que resiste á todas las fuerzas de la tierra y de los abismos, y la Iglesia unge estas piedras con el óleo que tiende á difundirse y á penetrar en el interior de los cuerpos como la caridad, y con el bálsamo que es como ella incorruptible. Y mientras se practican ceremonias tan prolijas y laboriosas, no cesa la oración, ni la plegaria se interrumpe; y cuando parece decaer, cuando casi se extingue, el Pontífice excita á todos á proseguir los himnos y los cánticos, para que no se rindan al cansancio los obreros espirituales de la casa de Dios.

Pero ni todas esas ceremonias, ni todas esas oraciones divinas, ni el haber el Pontífice, con el poder terrible que la Iglesia le confiere, extirpado de aquel lugar á los espíritus de tinieblas: *Fugiant phantasmata cuncta*, son bastantes á dar á aquel luzar de la tierra, á aquella habitación del hombre, el brillo y la gloria que requiere la casa de Dios: *Domum tuam, Domine, decet sanctitudo* (2); sí, hermanos míos, la casa del Señor necesita, como del sólo adorno digno de ella, de la santidad. Es preciso que antes de que Dios baje al fin, é inunde su recinto con el resplandor purísimo de su gloria, algo no terreno, algo celestial la ocupe, haciéndole digno del Señor de la gloria. La Iglesia lo sabe así, y antes de decir por la boca de los sacerdotes la palabra omnipotente que nos en-

- (1) A. Filip. c. III, v. 8.
 (2) Salm. XXII, v. 5.

trega á Dios para que le coloquemos donde sea nuestra voluntad, ya sea para traer á Dios una compañía digna, ó ya como para probar si su templo puede ya resistir el peso de la gloria de la santidad, trae aquí en triunfo las reliquias de sus mártires, huesos calcinados por el amor, trono único digno del Dios del Sacrificio y de la Cruz.

¿Y á qué viene, señores, ese Dios terrible á la morada de los pecadores? Cuando entró á la casa de Zaqueo, le decía: "Hoy ha venido la salud á esta casa, porque el Hijo del hombre ha venido á recoger y á salvar lo que habia perecido (1)." De tal suerte que podemos asegurar que solamente ha venido á su templo, solamente le ha santificado con su presencia, para santificarnos á nosotros. Porque ¿qué importa por sí mismo este edificio material, ni cómo ha de satisfacer él, solo los deseos del corazón del Señor de comunicar su amor? Aquí está, sin duda alguna, pero estas piedras no comprenden su felicidad, y Jesucristo quiere piedras vivas que sean capaces de conocer su diela y de agradecerla á quien se la da.

Ea decir, que la consideracion de esta Jerusalem visible del templo, nos conduce naturalmente á la contemplacion de otras maravillas mas altas en los templos vivos de Dios, que son las almas.

Este es el asunto de mi segunda parte.

PARTE SEGUNDA.

El templo es, ante todo, el lugar de la santidad. Fuera de aquí, señores, encontraréis el lugar de la riqueza, el lugar de los placeres, el lugar de la fuerza, el lugar

(1) Luc., cap. XIX, v. 9.

del talento y de la gloria, y sobre todo, en el mundo y por todas partes el lugar de la vanidad. Pero en el templo no hay riqueza, ni fuerza, ni gloria; nada aquí puede darnos un valor real, mas que la gracia, la justicia, la santidad. Todo aquí es santo; santo el pavimento, santos los muros, santas las bóvedas, santos los altares y los adornos que les decoran, santísimo el tabernáculo, y todo, en fin, es santo, como que es el templo, la morada entre los hombres del Dios de la santidad. Ni me cansaré de repetirlo, como Criador y conservador de sus obras, Dios está en todas partes; pero como santificador de las almas, se halla particularmente en el templo.

¿Cómo, si no ha penetrado á este lugar? El ha llegado como un conquistador que dilata sus dominios, y con ellos su gloria; como un experto capitán que tiene fortalezas, puntos avanzados en el mismo territorio enemigo que se ha propuesto ganar. ¿Y cuál es el intento de este glorioso Conquistador, sino ganar las almas santificándolas, y dilatar de esta suerte el imperio, no de su poder, sino de su amor?

En las angustas ceremonias que hace poco habeis visto, el enviado de Dios, como lo fueron en otro tiempo Moysés y Josué para descubrir y conquistar la tierra prometida, toca por tres veces con su báculo las puertas del templo para que se abran ante el Señor. "Abrid, príncipes, vuestras puertas. Abrios, puertas eternas, para que entre por vosotras el soberano de la gloria." *Afferte portas, principes, vestras, et elevamini porte aeternales: et introibit Rex glorie* (1). Y el pueblo que resiste la dominación, el pueblo que ha de ser conquistado, responde lleno de recelo ¿y quién es, decidme, este rey de la gloria y con qué carácter viene á apoderarse de nuestra casa? *Quis est iste Rex glorie!* Ese Rey que viene á vosotros, exclama el pontífice, es el Señor, el Dios fuerte y poderoso á quien nadie puede resistir: *Dominus fortis et potens: Dominus potens in*

(1) Salm. 23, 7.

prolio. Admirad aquí, hermanos míos, el orgullo y la insolencia del hombre. Dos veces se le contesta así, dos veces el pueblo resiste, y las puertas por donde Dios desea entrar permanecen cerradas. ¿No pasa así en el corazón? Mas ese corazón invencible por la fuerza suele ser vencido por la caridad. Dios es quien lo ha dicho. *A fundulus Adam traham eos in vinculis charitatis* (1). Y declarando el pontífice al fin todo su pensamiento, responde: "El Dios de las virtudes, ese es el Rey de la gloria." *Dominus virtutum ipse est Rex gloriae*, que equivale á decir: "Es Señor fuerte y poderoso, es el Dominador; pero no viene á sujetarnos á su imperio por la fuerza, sino por la caridad; no viene á dominarnos, sino á perfeccionarnos; no será vuestro Rey, sino que será vuestro amigo, porque pondrá en vosotros su amor y seréis con él santos, y vuestra gloria en adelante será cumplir su voluntad." *Quis est iste Rex gloriae? Dominus virtutum, ipse est Rex gloriae*. Luego no viene á su templo, luego no quiere ocuparlo sino como santificador.

En todas partes nos bendice el Señor, y estas bendiciones nos dan la vida y todos los bienes que en ella gozamos. Pero esta es la bendición del Criador, es aquella bendición que se dió en el principio á nuestros padres, y en virtud de la cual crecieron ellos, y se multiplicaron hasta llenar la tierra y sujetarla á su dominio. Mas no cabe duda que nosotros necesitamos otra bendición que en esta tierra estéril de nuestra alma haga florecer y fructificar las virtudes hasta que seamos, no solamente reyes de la tierra, sino reyes del cielo, semejantes en todo al Soberano de la gloria. ¿Y cuándo se verificará esto y recibiremos nosotros esa bendición segunda? Cuando se abra, dice David (2), el tabernáculo del Señor, y en él tengan su morada los justos, como el ave tiene su albergue, como la tórtola su casa donde alimenta sus hijos. En ella dará el Señor su bendición, pero no como Cria-

(1) Oseas, II, 4.

(2) Salm. 83. Passim.

dor, sino como Legislador. Aquella bendición primera puso en las cosas criadas el ser y la vida del Hacedor; mas esta segunda, mas excelente que aquella, pondrá en los corazones su ley, por la participación de la justicia y de la rectitud de Dios. Y la primera consecuencia de esta gracia será que caminarán los justos acelerados y sin detenerse, de virtud en virtud. ¿Hasta dónde? Hasta que sean perfectos como el PADRE CELESTIAL, y semejantes á Dios. Dios estará entre ellos como el Santo entre los santos, como Dios entre los dioses. *Perfectionem dabit Legislator, ibunt de virtute in virtutem; videbitur Deus deorum in Sion*.

Todo lo cual nos dice, señores, con toda claridad, que el Señor ha venido aquí para santificarnos, santificando su templo. Porque el conducto de una gracia, no puede menos que participar de ella; y así como se humedeció el conducto del agua y se ilumina el cristal, porque el sol pasa, así el templo se santifica y se hace semejante á los santos.

Si por las cosas visibles ha ordenado Dios que conozcamos las invisibles, volved vuestros ojos hácia todas partes y confesaréis, hermanos míos, que en este sagrado recinto todo nos habla de la santidad. La santidad necesita una fuente de que nazca, y por cuyo cauce, digámoslo así, pueda correr con seguridad; la santidad necesita motivos, necesita ejemplos, necesita estímulos, y todo esto se encuentra en el templo. Allí, á corta distancia está el lugar en que el cristiano es regenerado con el agua santa, de donde sale nuevo y radiante, como en otro tiempo salió de las aguas primeras. ¿Cabeis alguna voz, señores, de aquella gracia inmaculada? En rededor vuestro están colocados los tribunales de la misericordia; en que la santidad se recobra. ¿Nuestra vida divina desfloreó y casi se extinguió? Aquí está la mesa en que se sirve el pan que con toda verdad confirma el corazón y le sostiene; de suerte que aquí nace, aquí se renueva y aquí se alimenta la santidad.

¿Necesita motivos? ¿Y cuáles son ellos sino el pesamiento de la justicia divina que produce el temor, y el de la bondad, que es la fuente del amor? Pues ¿dónde resplandecen mas esas verdades, que ante ese Dios víctima, víctima de la justicia que la exige, y víctima de la misericordia que la entrega?

¿Necesita la santidad ejemplos? Aquí están por todas partes las imágenes de los santos, dechados de virtud, de santidad y de justicia, que condenan nuestra vida con su vida, y, ¡no lo quiera el Señor! acaso también nuestra muerte con la suya!

¿Necesita, además, estímulos? Esta casa de la santidad está abierta para todos, sus puertas están colocadas hacia los cuatro vientos del cielo; porque Dios llamó á todos y á nadie quiso excluir de todas las naciones y de todas las tribus, y de todas las lenguas. *Communis omnium domus est Ecclesia* (1), dice San Juan Crisóstomo. Es decir, que esta casa, no solamente es de los ricos, sino de los pobres, y de los grandes y de los pequeños y humildes; ni es la casa de los dichosos, sino de los felices y de los desgraciados. No todos somos llamados á la posesión de los bienes de la tierra; pero todos, sin excepcion ninguna, somos llamados á ser santos: *Sancti estote* (2). Los mismos bienes terrenos excluyen á muchos; la puerta del rico se cierra comunmente para el pobre, la del sábio para el ignorante, la del dichoso para el desdichado; pero las puertas del Señor, y sobre todo, del Santificador ¿para quién pueden cerrarse? La santidad es un bien supremo que cobija todos los males y les convierte en bienes. El pobre viene aquí para hacerse rico, el ignorante para hacerse sábio, el débil para hacerse fuerte, el enfermo para recobrar la salud y la robustez: por eso es el templo la casa de todos, pues que todos pecamos, y aquí vie-

(1) Hom. 33, sobre el cap. 9 de S. Mat.

(2) Levit., cap. XI, v. 44.

nen los pecadores á hacerse santos. *Communis omnium domus est Ecclesia*.

Tiene, pues, de comun el templo con la santidad, que no excluye á nadie; pero bajo otros mil aspectos es semejante á los mismos santos. Porque el primer templo de Dios, el templo por excelencia, el *sancta sanctorum*, el tabernáculo admirable, no es otro, hermanos míos, que el cuerpo ó la humanidad toda de Nuestro Señor Jesucristo. Ese es el templo de que El mismo decía que le dejaría destruir, y le reedificaría en tres días, como le reedificó, en efecto, en su gloriosa resurrección. Allí es donde se da á Dios el culto digno de El; allí habita corporalmente la Divinidad; allí se ofrece perpetuamente á Dios la sola víctima aceptable; allí, finalmente, es donde todos somos santificados. Mas los santos participan de esa prerrogativa de Aquel que es su cabeza, y de ellos, dice San Pablo, que son el templo santo de Dios.

La congregación de los santos es un templo; y el templo se llama por eso "iglesia;" llevando con ella ese nombre comun por la semejanza. Los fieles, dice San Agustín, son las piedras que componen la Iglesia; y lo que se hace materialmente en los templos, eso mismo se hace en los santos, levantándose poco á poco en sus almas un edificio espiritual. *Quidquid in templis manufactis agitur, totum in nobis, spiritali aedificatione completur* (1). Sigamos el pensamiento de este padre. Las piedras se traen, dice, de lejos, como los justos son llevados al reino de Dios; desde el pecado, desde el vicio tal vez, es decir, desde una region lejana. Traidas aquí las piedras necesitaron mudar de forma para ajustarse las unas con las otras, como el corazón de los santos fué preciso que dejara la inflexibilidad del orgullo, y cada uno cumpliera su ministerio en la Iglesia, ocupando humildemente el lugar que la Providencia le designase, ajustándose á el aun dolorosamente. Para lo cual fue indispensable herir

(1) Serm. 252 de Tem.

y romper, y con hierro y con fuego amoldarles á la forma hermosa, pero violenta, que Dios queria darles. Mas nadie se salvará por sí mismo, aislado de aquel pueblo aceptable y por quien Cristo murió, y á quien lavó y purificó con su sangre, y por esta causa, no bastó á lo santos el ser así configurados y reformados, sino que fué necesario ponerlos en contacto, elevarlos los unos sobre los otros, hasta formar con ellos un edificio mas alto, mas armonioso, mas bello que todos los que podemos ver. San Pedro nos exhorta á que todos juntos nos edifiquemos á la vez, hasta formar la casa y el templo santo de Dios: *Et vos tanquam lapides vivi superedificamini in domum spirituales, ut est templum Dei sanctum* (1). Eso es, que en esta tierra de division y de enemistades, en donde todos los hombres van divididos y dispersos por el odio, unidos nosotros por la caridad, formemos una morada en que el Señor, arrojado de todas partes, y no hallando donde reclinar su cabeza, pueda al menos reposar, poniendo en El sus ojos sin pesar ni dolor. Fijad, en efecto, vuestra atencion en la Santa Iglesia Católica, y la veréis extenderse por todas las naciones heréticas ó gentiles, dilatando sus brazos y cruzando sus ramas por todas partes; y decid luego si no os parece el templo y la habitacion de Dios, su asilo, digámoslo así, en donde se refugiaba desterrado como se hallaba del mundo por el mal. Estas bóvedas santas ¿no cobijan, no amparan ese pan de que dijo Jesucristo: Este es mi cuerpo? No le cubren con su sombra, y me atrevo á decirlo, con su gloria? Pues así es, señores, la Iglesia. Ella cubre á Dios, porque Dios se oculta detrás de los hombres; nos enseña por sus pastores, *qui nos audit, me audit* (2), y se hace amar en nuestros hermanos: "Lo que hiciereis con uno de estos pequeñuelos, conmigo lo hicisteis (3)." Siendo tan cierto que Dios se halla en la tierra, que el justo, dice la Escritura, no puede vivir

(1) Epist. I, cap. II, v. 5.

(2) Luc., cap. X, v. 16.

(3) Math., cap. XXV v. 40.

mas que de la fe, y la Esposa de los cantares, esto es, el alma justa, tiene que consolarse de la ausencia del que ama sentándose bajo su sombra: *Sub umbra illius quem desideraveram sedi* (1).

Mas al propio tiempo que la Iglesia presta al Señor su sombra para que se oculte á nuestros ojos, mientras éstos no sean dignos de verle, le dá también y le presta su gloria, puesto que en ella, y por ella y por medio suyo, hace el Señor en la tierra todas sus maravillas. Por la Iglesia santifica Dios á las almas; por medio de ella ilustra á los pueblos, predica el Evangelio y salva á las naciones. Para los hombres de buena voluntad es la Iglesia, en la tierra, la casa de Dios. En ella se oculta, pero en ella está; viniendo á ser como el templo, que á la vez que le cubre, le revela. Ella es el santuario, el tabernáculo de Dios en el camino y peregrinacion de esta vida; ella le encierra, ella le lleva, como en otro tiempo el arca del testamento, que no era mas que figura suya, le conducía por los largos rodeos del desierto; y no pudiendo verle en su sustancia, le vemos nosotros en ella, como vemos el sol oculto tras del horizonte en su luz que envía á las nubes y se refleja en ellas. ¡Grandioso espectáculo, si hay alguno sobre la tierra!

Aquí, me parece, podemos descubrir y admirar el secreto de la estabilidad de este templo, inexpugnable como una fortaleza, siempre abatido y siempre en pie. ¿De qué podemos admirarnos si resiste á las fuerzas unidas de la tierra y de los abismos, una vez que Dios le puso por fundamento á Cristo, y á Cristo mismo que es todo en todas las cosas, que es el primero y el último, como piedra angular? Están en ella los santos unidos entre sí por la caridad de Cristo, ¿y quién puede, dice San Pablo, separarnos de esa caridad? Ni las potestades, ni las dominaciones, ni los ángeles, ni los arcángeles (2). Así como las piedras de los templos, dice San Agustín, si no

(1) Cant. cap. II, v. 3.

(2) S. Juan, XIII, 34.

se ajustaran y adherieran entre sí, si no se amarraran á su manera, el edificio no podria subsistir, así la Iglesia caeria en ruinas el día que faltase la caridad. El templo antiguo fué una figura de los nuestros; hasta que Jesucristo vino, no hubo en la tierra verdaderos templos; solo en la Iglesia católica existen, porque solo Jesucristo trajo al mundo la caridad. Hasta aquel día en que el Maestro divino nos enseñó su mandamiento propio, el precepto nuevo que nadie había enseñado, *Mandatum novum do vobis, ut diligatis invicem sicut dilexi vos* (1), hasta entonces, señores, pudo existir la Iglesia y hasta entonces igualmente pudieron existir los verdaderos templos que la representan. Mas trajo al mundo Jesucristo su precepto divino, é hizo más, le infundió en los corazones de muchos, y se levantó á los ojos de todas las gentes el edificio portentoso y amado de la Iglesia. En ella todo lo hace la caridad. Los pastores, que son como las cúpulas de ese templo divino, representan la caridad que enseña y que manda; los fieles, la caridad que aprende, que cree y que obedece. Los fieles están unidos entre sí y con sus pastores, los pastores entre sí y con sus superiores; y todos con el Pastor supremo, con el Pontífice sumo, torre de la casa de Dios, castillo inexpugnable, fortaleza de Israel. Y oculto en ese templo está Dios, Dios mismo que enseña y gobierna con los pastores, que obedece con los fieles, que sostiene con su fuerza ese magnífico monumento que levantó á su gloria, comunicando á todos su amor, que es invencible, para que se amen todos y se unan entre sí.

Pero las piedras de ese templo son piedras vivas, *tamquam lapides vivi* (2), y cada una de ellas es de suyo un templo, *templum Dei sanctum, quod estis vos* (3). Porque en efecto, el alma del justo es tan venerable, tan sagrada y tan terrible á los enemigos de Dios, como un templo.

(1) Rom., cap. VIII, v. 35.

(2) I. de S. Pedro, cap. II, v. 5.

(3) S. Pablo á los Corin., cap. III, v. 17.

Los edificios profanos pueden ser mas ricos y mas soberbios que nuestros templos, como el alma del incrédulo y del pecador puede ser más alta, más ilustre, más sabia que el alma humilde del fervoroso creyente; pero si aquella es grandiosa como los palacios de los reyes, ésta es sublime y santa, á la manera de un tabernáculo. La grandeza y majestad de la casa, le viene de aquel para quien fué hecha; pues bien, el corazón de los impios es la habitacion del espíritu de orgullo, y el de los justos, habiendo sido en algun tiempo tambien el albergue del mal, ha sido reedificado por Dios para que fuese su morada. "Si alguno me ama, dice el adorable Salvador, mi Padre le amará, y vendrémos á él, y pondrémos en él nuestra morada: *Et veniemus ad eum, et mansionem apud eum faciemus* (1).

Y para levantar ese templo poco ántes en ruinas, ¡cuántos cuidados, cuántos esmeros por parte de Dios, y cuántos trabajos y fatigas por parte del hombre! Su cimiento es la humildad, es decir, lo que más cuesta, y tanto debe ser más profundo cuando el edificio ha de ser más elevado. Sobre ese cimiento precioso se van luego levantando poco á poco, como las columnas y los arcos, las tres virtudes cristianas, que van devolviendo al alma el orden y la armonía. La justicia mide con exactitud, la fortaleza resiste con vigor, la templanza enseña la sobriedad en la misma hermosura, la prudencia lleva el nivel por los muros para que no se inclinen á tierra por lado alguno, y se eleven al cielo por todas partes con igualdad. ¿Y quién dirá la hermosura y belleza de esa casa hecha para Dios? No resplandecen y brillan por todas partes, la plata pura de la equidad y de la rectitud, el oro acrisolado de la paciencia, los diamantes y piedras preciosas de la dulzura, de la bondad y de la compasión? ¿No crecen allí las palmas de los fuertes, los lirios de la castidad y la vida abundante que produce el vino de la

(1) S. Juan, cap. XIV, v. 23.

generosidad y del amor? La fe la alumbró, la esperanza la levanta, la caridad la calienta y la abriga. Como en el templo cabía al parecer todo de naturaleza, y toma otro carácter que no tenía, así en el alma justa se santifica todo luego que allí penetra, y todos sus pensamientos son santos, y sus sentimientos y sus deseos, aunque vengan de fuera, se santifican en aquel augusto recinto. Pasa allí lo que estáis viendo que sucede en este templo: la luz, que en otros lugares suele alumbrar vanidades, aquí toma cierto aspecto de tristeza, porque la verdad para nosotros es triste. La música en otro lugar servirá solo para exaltar las pasiones, y aquí derrama sobre ellas una lluvia pacífica de tranquilidad y reposo. Las obras del arte, motivos de orgullo en otras partes, son aquí motivos de edificación. Hasta las sombras mismas y el aire que respiramos parecen ser aquí distintos de lo que son allá fuera; porque las primeras no ocultan aquí crímenes, sino misterios inefables; y el segundo, cargado allí de murmuraciones y palabras ligeras, dentro del templo, inunda el alma misma con el rumor de las oraciones y el perfume, tan bien sagrado, del incienso. Y ese no es que angustio, inmóvil, impasible que se siente que reina hasta en los más apartados ángulos de la casa de Dios, representa muy al vivo la paz interior y aquella tranquilidad invencible de los santos, que no se turba por nada, ni por los sufrimientos, ni por las persecuciones, ni aun en medio de los tormentos y las hogueras. ¡Tan calmada así es, tan tranquila y segura esa morada de Dios, en el corazón de sus justos!

Mas ¡ay! que esa morada tan preciosa, tan excelsa y tan bella, bambolea á tiempos, y cae por último á veces! ¿Quién la reparará? ¿Quién sino aquel que conoce el barro miserable de que fuimos formados, y sabe bien que no somos sino un polvo vil: *quid cognavit mentem nostrum, et recordatus est quoniam pulvis sumus?* (1) Pero por

(1) Salm. 102, v. 14.

nuestra parte, es preciso siempre vivir en la más penosa vigilancia, y con temor y temblor siempre, levantando la fábrica vacilante de nuestra salud, poco á poco y en silencio, como trabajaban los obreros del templo de Salomón. Y este temor ¿vivirá siempre en nosotros y nunca descansaremos tranquilos á la sombra de nuestra vid y de nuestra higuera? Sí; cuando bebamos alegres en las fuentes de Sion, cuando el Dios de la misericordia se digno al fin confirmar nuestra casa y asegurarla para siempre. Entonces aparecerá visible y en toda su hermosura esta Jerusalem interior de nuestra alma, y en la Jerusalem celestial, hecha ya su dedicación solemne y perpétua, formará con todas las demás piedras vivas é inmortales, el templo eterno de Dios.

Esto es lo que voy á explicar, por último, con toda la claridad y brevedad que me sean posibles.

PARTE TERCERA.

No puedo expresaros con palabras lo grandioso del espectáculo que os reservo para esta tercera parte, porque es el cielo mismo colocado en la tierra, es la felicidad que tanto ansiamos, puesta al alcance de nuestra mano; somos nosotros mismos colocados dentro de ella, ciegos, es verdad, pero ciegos voluntarios que podemos abrir los ojos á la hora que queramos, y verla y saciarlos con ella.

¿No es acaso Dios nuestra felicidad? ¿No está en él, por más exigentes que seamos, todo y mucho más de lo que somos capaces de desear? Pues Dios, hermanos míos, está en el templo como está en el cielo; y si hay alguna diferencia, es que del templo puede salir, mientras que en el cielo está de asiento y para siempre. *Domínus in templo sancto suo, Domínus in celo sedes ejus* (1).

Si hay alguna diferencia en la manera de estar Dios en el templo de la tierra y en el eterno del cielo, no depende de Dios, sino de nosotros. El Señor en su misericordia infinita se acomoda al estado de los que le gozan: en el cielo, con los justos que ya no pueden caer del estado de caridad, está para siempre y manifestando toda su gloria; con los pecadores en la tierra, con los justos cuya santidad es admisible, está como de paso y bajo las sombras de la fe. Pero en ambos casos es Dios, Dios en persona, quien está con los hombres; el templo, la Iglesia, el cielo, son Jerusalén, habitación de Dios, y si los accidentes son diversos, si la luz es aquí menos clara y allá más brillante, la sustancia es la misma, Dios no cambia, y el templo, la Iglesia, el cielo, se reducen á esta idea común, á esta expresión sublime: "Dios con nosotros."

Quando el Señor daba á Moysés aquella minuciosa descripción del tabernáculo y de sus más pequeños accesorios, le decía: "Mira bien y hazlo fabricar todo conforme al diseño que se te ha mostrado en el monte (2)." La gloria de Dios era lo que Moysés había visto en la montaña santa, siendo ese el modelo á que Dios quería se sujetase Moysés en la construcción del tabernáculo. Pero San Pablo nos advierte, en su epístola á los hebreos, que aquel templo material no debía ser construido con tanto esmero, sino porque era figura del tabernáculo celestial de Cristo en la tierra, es decir, de su Iglesia, imagen del mismo cielo; y los sacerdotes, agrega el Apóstol, sirven en el templo, no á otra cosa que al bosquejo y sombra de

(1) Salmo 10, v. 5.

(2) Exodo, cap. XXV, v. 40.

las cosas del cielo: *Qui exemplari et umbra disseruiunt celestium* (1).

Pero dejemos á Moysés, que no era él mismo más que una representación lejana del que había de venir. Escuchemos al mismo Salvador cuando iba santando en la tierra los cimientos, y como trazando el plan de su Iglesia. "Yo, dice, no hago más que lo que veo hacer á mi Padre." *Non potest Filius a se facere quicquam, nisi quod videt Patrem facientem* (2). Lo que quiere decir, que el mismo Jesucristo, al construir en la tierra el edificio de su Iglesia, tenía fijos sus ojos divinos en lo que él había visto en la luz inaccesible, en los esplendores de los santos, en que fué engendrado antes de la aurora.

Y ya que Dios nos lo concede, penetremos más en las profundidades de este misterio. ¿Qué era lo que el Hijo divino veía en el tabernáculo inaccesible, en el seno anchuroso, infinito del Padre, en el que es perpetuamente engendrado? Se veía á sí mismo procediendo eternamente del Padre, y veía al Espíritu proceder de ambos, y unirlos por el amor en una misma esencia, en idéntica sustancia; y á las Personas, distintas en la Trinidad, uniéndose, sin embargo, en una soberana Unidad. Y veía que aquel era el tipo de toda perfección y de toda belleza, y que no habría jamás cosa perfecta si de alguna manera, aunque remota, no remedaba aquella variedad perfectísima y aquella unidad infinita. Y quería que su Iglesia fuese á ella semejante, y que sus miembros, siendo distintos, se uniesen todos ellos por la caridad que viene de Dios, no de otra manera, que el Padre celestial y el Hijo por excelencia, se unen por Dios mismo en cuanto que es amor. Esto es lo que pedía á su Padre en la última cena: "Padre santo, guarda á los que me diste, para que sean uno como somos nosotros." *Pater sancte, serua eos quos dedisti mihi, ut sint unum sicut et nos* (3). Este es el

(1) Ad Heb., cap. VIII, v. 5.

(2) Juan, cap. V, v. 19.

(3) Juan, cap. XVII, v. 11.

luzo de Cristo, y el fin á que todos somos llamados: que seamos una misma cosa por el amor. ¿Y qué cosa? El templo de Dios, el tabernáculo de la divinidad, el lugar felicísimo de la habitación y de las complacencias del Señor.

De manera que el orden, la armonía, la belleza, han descendido del seno de Dios, han bajado del cielo á la tierra, *descendentem de celo á Deo*; ó lo que es lo mismo, se han extendido y dilatado hasta nosotros, y nosotros, en el seno de la Iglesia, nosotros, congregados en el templo, tocamos los umbrales de la ciudad de Dios, y hemos puesto el pie en el primer escalon para subir á ella. Esta es la escala que vió Jacob tocando la tierra, y elevada hasta el cielo. Dios reposa en su cúspide, atrayendo á sí todas las cosas: *Omnia traham ad me ipsum* (1), pero antes ha bajado el mismo y ha puesto gradas y escala para que pudiésemos subir. ¿Subamos, hermanos míos! ¿Quién será tan desgraciado ó tan loco que no quiera subir? ¿Y qué es subir sino santificarse?

Jacob mismo decía: ¿Cuán terrible es este lugar! ¿Y por qué? Porque es la casa de Dios y la puerta del cielo. *Terribilis est locus iste! verè non est hic aliud nisi domus Dei et porta caeli* (2). ¿Cómo puede ser terrible para nosotros la casa de Dios, ni ménos las puertas tan amadas del cielo? El profeta Isaías decía también: "¡Ay de mí, porque he visto la casa del Señor!" (3) ¿Por qué, pues, al acercarse á nosotros, nos colma Dios de terror, cuando parece que debíamos sentir que rebosábamos de placer? ¿No habrémos sido hechos nosotros para verle, ó más bien, ese temor que nos infunde, será ya el principio de nuestra felicidad? Así es, señores; y el templo que, si tenemos fe, llena nuestras almas de temor hácia Dios, nos enseña con eso mismo, que al penetrar en él, nos acercamos al Señor y estamos en las puertas de su ciudad y de su casa.

(1) Joan, cap. XII, v. 32.

(2) Genes, cap. XXVIII, v. 17.

(3) Isai, cap. VI, v. 5.

Hemos sido criados para el cielo; pero no hemos de entrar á él como estamos, sino que ha de ser preciso reformarnos ántes y renovarnos, no superficialmente, si no hasta lo más profundo de nuestro ser, hasta el fondo de nuestras entrañas: *Convertimini sicut in profundum recessatis* (1); para que nuestra vuelta á Dios pueda ser tan íntima y radical como lo había sido nuestro apartamiento. El pecado, por otra parte, nos es natural, en cuanto que nuestra naturaleza se vició por él en su origen y en su fuente, y la conversión verdadera, la fuga perpétua de todo mal, es para nosotros tan dura y dolorosa, que la Escritura la compara á la misma muerte. Nada más natural, de consiguiente, que el temor que experimentamos con la aproximación de Dios: no podemos acercarnos á él sin sentir un impulso hácia la virtud, es decir, hácia la conversión, dado caso que somos pecadores y no podemos convertirnos sin sentir en nuestro miserable corazón dolores como de muerte; por eso no podemos penetrar en el lugar santo sin un temor proporcionado á nuestra fe.

¿Queréis saber, señores, el secreto de la aversión, casi diré, del odio de ciertos pecadores al templo de Dios? ¿Queréis saber por qué van ellos con gusto á todas partes, ménos á donde más debieran ir, que es al lugar de la misericordia? Pues esa es, señores, la razón. Los remordimientos, naturales al pecado, como al cuerpo la sombra, crecen sin remedio en el templo; los pensamientos santos surgen y se levantan amenazantes, la justicia está más próxima, la misericordia habla allí más alto, y es preciso luchar con ella para no dejarse vencer. En situación tan penosa, ó se pierde la fe, lo cual no se consigue siempre que se quiere, ó se abandona el vicio, ó lo que es más sencillo y fácil, se abandona un lugar que causa tan crueles inquietudes, y se va en busca de otros más propicios, más tolerantes para el triste estado del al-

(1) Isai, cap. XXXI, v. 6.

ma. ¡Así huyen de las fuentes del agua los que tienen más sed, y del bien, los que más lo necesitan! ¡Felices ellos si, en lugar de huir de ese temor saludable, abrieran á él su corazón, y pidieran á Dios como David penitente, que traspasase con él su carne y hasta la médula de sus huesos! *Confige timore tuo carnes meas* (1).

Escuchad aquí, hermanos míos, una verdad terrible. En el triste estado á que por el mal nos vemos reducidos, toda gracia viene á nosotros como un perdón, y toda alegría como un consuelo. Así me parece que deben entenderse aquellas dos expresiones del salmista: *Secundum multitudinem miserationum tuarum, dele iniquitatem meam* (2); y aquella otra: *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo: consolationes tuae latificaverunt animam meam* (3). Es decir, á cada pecado, una misericordia, y á cada dolor, un consuelo. No porque el pecado sea condición ni mucho menos causa de la gracia, ni el sufrimiento de la alegría; sino porque nuestro estado primitivo fué de pecadores, y del pecado salimos á la gracia, y del dolor al gozo. Si nuestros padres pudieron caminar, según el propósito primero de Dios, de alegría en alegría, de felicidad en felicidad, después de la culpa primera, no podríamos salir del dolor como del pecado, sino por los dolores de la penitencia. Así está escrito: "El temor del Señor es el principio de la sabiduría;" es decir, de la perfección y de la felicidad. Y por lo mismo, si en el templo de Dios se aumenta ese temor, si crece hasta hacerse terrible, es solo porque es la entrada á la casa de Dios, porque está colocada en el principio del camino á la vida, porque es la puerta del cielo! *Terribilis est locus iste! non est hic aliud nisi domus Dei et porta celi*.

En efecto, la casa de Dios en la tierra, es triste, y lejos están de ella las locas alegrías del mundo. ¿Qué tiene que ver Jerusalén con los festines de Babilonia? Aquí

- (1) Salm. 118, v. 120.
 (2) Salm. 50, v. 3.
 (3) Salm. 93, v. 19.

está Jesucristo conmoviendo sus propias entrañas, como en el sepulcro de Lázaro, para compadecer y curar á los pecadores. Este es el único lugar de la tierra en que se conoce el mal que el pecado lleva en sí, y se llora por él. Mas que este dolor no os espante, hermanos míos, ni sea tanta vuestra cobardía, que huyais por eso de este lugar sagrado. "Mejor es, dice el Sabio, ir á la casa del duelo, que á la casa del festín (1)." Los placeres del mundo son vanidades, y encierran en el fondo un dolor que los hijos del siglo se empeñan en vano en disimular, á la vez que las tristezas de la religión tienen no sé qué alegría superior á todos los sentidos. Abrevaos, pues, en esas aguas amargas, pero saludables; á la luz misteriosa del templo, elevad los himnos del dolor, y haced oír los gemidos de la paloma. Ese dolor es santo; el cielo mismo parece envidiarle, y así llorarán, si lloraran, los bienaventurados. Por lo demás, pronto el temor será sustituido por el amor, *Charitas foras mittit timorem* (2); y aunque esto no concluye con el dolor, sino antes mas bien le aumenta, le hace participar aun mas próximamente del cielo.

Los justos son en la tierra hombres que viven de deseos. *Viri desideriorum*; y el templo es la casa de los deseos. Porque los justos viven de la caridad que es amor, y el amor que no posee lo que ama, vive solamente de deseos. *Quis sapiens, et intelligit hæc?* ¿Quién comprenderá esos deseos ardientes de las almas santas, que disgustadas del mundo, y sin hallar en él cosa alguna que detenga el corazón, vuelan con toda su fuerza á la casa eterna, en que el esposo descansa en el medio día, es decir, en la plenitud de la luz y de la verdad? Su consuelo sería conversar de ello con los demás; pero los hombres no les entienden. Nosotros, mundanos como somos, hemos encontrado la vida bastante hermosa, y la tierra bastante cómoda, y nada deseamos tanto como prolongar

- (1) Eccles., cap. VII, v. 3.
 (2) I. Joan., cap. IV, v. 18.

aquí nuestra permanencia. Sería inútil hablarnos á nosotros, hombres de la tierra, de las aspiraciones de los que nosotros calificamos de locos. ¿A dónde irán, pues, esas almas delicadas y escogidas á ocultar su pena, que solo los ángeles comprenden, á consolarse y á descansar? Las aves del cielo tienen sus nidos: *Passer invenit sibi domum, et turtur nidum sibi* (1), y solo las almas más amadas de Dios no hallarán albergue ni abrigo donde ocultarse y llorar? ¡Tus altares, dice David, tus altares, Señor de las virtudes, Señor y Rey mío! *Altaria tua, Domine virtutum: Rex meus et Deus meus!* (2)

Mas ¡ay! que los deseos se aumentan con la proximidad del bien que se ama; y cuando éste se tiene tan cerca, los deseos irritados llegan á su colmo! "Mi alma se exalta y padece deliquios, y desfallece de tan largo desear, decía el Rey profeta, cuando me encuentro en los atrios del Señor!" (3) ¡Contradicciones incomprensibles del amor divino! Los justos vienen al templo á consolarse de la larga prolongación de su destierro, y su pena, exacerbada por la presencia de Dios, crece en vez de disminuir. Quisieran alejarse y no saben cómo; permanecen allí, y se sienten morir. Ellos saben que el esposo está en ellos, que le tienen presente, y sienten en su alma el encanto de su palabra y la luz de sus ojos; pero el velo del sacramento le oculta todavía, y no le ven en su sustancia, ni le gozan como quisieran. Le bendicen porque se oculta, y se quejan porque no se muestra. Ocultándose les da la vida; y no mostrándose á sus ojos, les da la muerte. Lucha santa jamás conocida por el corazón de barro de los mundanos, y reservada solo para las almas que saben amar en espíritu y en verdad! ¡Tormentos felices, dichas dolorosas, que nunca han de sentir los que no saben negarse á sí mismos, ni tienen valor para abrazar la cruz! ¡Atrios santos y benditos, puertas

(1) Salmo 83, v. 4.

(2) Salmo 83, v. 4.

(3) Salmo 83, v. 2.

hermosas y anadas de la casa del Dios nuestro; templos del Señor, solo los santos os conocen, y saben todo lo que valeis! Cuando su vida termine, cuando este vidrio frágil se rompa en ellos, cuando entrando por fin en la cámara escondida del Rey, y en la cueva de los vinos, se sientan embriagados de inteligencia y de luz y de felicidad inefable, todavía se acordarán de vosotros, como los israelitas, ya gozando de su patria, se acordaban del maná del desierto! ¡Así se acordarán de vosotros; y en cambio, vosotros guardaréis con amor y con respeto sus suspiros, sus quejas y aquellas lágrimas preciosas que derramaron y con que santificaron nuestro pavimento! Ellos os amarán, como ama el hombre orinado el lugar de su cuna, y los sitios en que trascurrió su niñez; y volviendo hácia vosotros los ojos de sus recuerdos, os verán con ternura y derramarán sobre vosotros gracias y bendiciones.

¡Señor y Dios nuestro! ¡Rey inmortal de la gloria, y corona de los escogidos! ¡Guarda este voto que te hacemos: *Custodi hanc voluntatem*; y ampara esta casa tuya bajo las sombras de tus alas, preservándola de las ruinas del tiempo y de los desastres del pecado! Mas ya que es para nosotros, no te olvides, oh Señor, de la que deseas tener en nuestras almas; de este templo antes grandioso y hoy arruinado por culpa nuestra! Las bóvedas cayeron sobre los muros, los muros yacen por tierra, y en el altar medio derruido, sacrificamos al orgullo víctimas abominables. ¡Libertador y esperanza de Israel! manda levantar de nuevo esta Jerusalem tan ingrata y sin embargo tan querida. *Benedixit faciem suam ad Jerusalem* (1). Porque los muertos por el pecado, no talabarán. Tu gloria necesita piedras vivas para edificar el templo también vivo donde has de resplandecer para siempre. Comprendemos ya que esto es para nosotros lo único necesario. Esto pedimos, esto solo deseamos, que habitemos tu casa los días interminables de nuestra vida inmortal!—Así SEA.

(1) Salmo 50, v. 20.



SERMON PREDICADO

POR EL LIC. D. FRANCISCO M. VARGAS

EL DIA 17 DE AGOSTO DE 1888

EN LA

Iglesia del monasterio de Santa Maria de Gracia

DE GUADALAJARA

AL CUMPLIRSE EL TERCER CENTENARIO DE LA MISMA.

*Benedicam Dominum in omni tempore:
semper laus eius in ore meo.*

Bendeciré al Señor en todo tiempo: su
alabanza siempre en mi boca.

Salmo 33, v. 2.

SEÑORES:

Los íntimos sentimientos de reconocimiento, de amor y de alabanza, son como el alma del culto que acá en la tierra tributan á Dios tres veces santo, los escogidos del Señor. Así como el sincero agradecimiento, que procede de la humildad y caridad, forma en el cielo las inefables delicias de los ángeles y de los santos, así en la tierra la acción de gracias rendida con espíritu de piedad por los reconocidos al Supremo dispensador de todo bien, les alcanza paz y gozo espiritual que los recrea y les concede

en cierta manera, crédito activo contra el Bienhechor infinito para que les prodigue gracias más copiosas y más abundantes beneficios, según el sentir de San Bernardo, "que así como la ingratitud detiene y cierra la fuente de la divina misericordia," así la acción de gracias es causa de que Dios conserve y acreciente los dones y beneficios. La existencia es un don de Dios, y dones igualmente preciosos y gratuitos, son todos los elementos de que necesitamos para la conservación. Para el estado y modo de ser de cada uno de los individuos de nuestra especie, se necesitan dádivas celestiales, naturales y sobrenaturales, adecuadas á las funciones que tengan que cumplir, conforme á su agrado y categoría; y de diferentes clases de dones espirituales, según la jerarquía más ó menos encumbrada, á que ha sido destinado por una vocación toda providencial y divina. Y aun cuando sucesos ingratos lleven á la alma del escogido del Señor, la hiel del pesar y del infortunio, tales acontecimientos serán estimados como providenciales y ordenados á mayor bien y provecho espiritual. Sea por tanto, genuino é idéntico nuestro sentimiento al del Real Profeta, dando gracias y bendiciendo al Señor en todo tiempo: que nuestros labios no cesen de pronunciar sus alabanzas: que nuestra alma no tenga otra gloria, que la gloria del Señor... Y ¿por qué prorumpo en esta entusiasta invitación? Porque soy el intérprete de nobles y generosos sentimientos, animados de la virtud de la Religión: porque soy el órgano por donde ostentan amor santo las personas que tienen espíritu de Dios y celo por las almas, que no se satisfacen con alabar y bendecir al Señor, sino que anhelan que otras le bendigan y alaben: porque soy el orador de una fiesta sagrada de reminiscencias providenciales: porque es el tercer Centenario de la fundación monástica, en esta ciudad, de la bienhechora y venerable Orden del inclito Patriarca Santo Domingo de Guzmán; y porque en publicar los dones y larguezas de Dios Nuestro Señor, rendirle culto de adoración y acción de gracias, no solo está inte-

resida la comunidad religiosa, sino los demás miembros dominicanos y los buenos hijos de Guadalajara que saben estimar los beneficios de la educación moral y religiosa. Anunciado está de lo que voy á ocupar vuestra atención, hermanos míos; pero concretando el asunto, y al referir sucesos de prosperidad ó de adversidad, será concordando con las palabras de mi texto el sentir de los intérpretes sagrados. Toda alabanza y toda gloria sea del Señor. "Dios dá los consuelos y Dios los quita, dice San Agustín; pero Dios no se aparta, ni priva Su Majestad de su particular providencia á aquel que le bendice y alaba." Por tanto, bendigamos á Dios en todo tiempo. *Benedicam Dominum.*

Hermanos míos: os ruego pidamos á Dios con humildad, las gracias necesarias para que yo, en su nombre, anuncie con celo evangélico, su divina palabra; y en su Santo Nombre la palabra evangélica produzca el efecto para que la han enviado. Supliquemos estos auxilios por la intercesión de la Santísima Virgen María, concebida sin pecado, Madre de Dios Nuestro Señor, Señora y abogada nuestra.—*Ave Maria.*

Benedicam Dominum, etc.

Señores: En esta clase de festividades religiosas le es indispensable al orador cristiano—como ya dije—narrar sucesos prósperos y adversos con relación á las personas y comunidad, que Dios ha elegido como herencia suya; pero en todo se marcan sus providenciales designios. Si ensalza y encumbra, galardona; si abate y humilla, prueba. En la prosperidad y perfección cristiana, hace gustar la dicha y bienestar espiritual; en la adversidad y mo-

ral abatimiento, prepara el mérito, amenguando el reposo espiritual con la persecución y el sufrimiento.

Ahora bien. El monasterio de religiosas dominicas de Santa María de Gracia en la ciudad de Guadalajara de nueva Galicia, lleva aquel título que lo caracteriza, porque aunque consagrado á honra y servicio de Dios Nuestro Señor, fué edificado bajo la advocación de la Anunciación y en honra de este misterio consolador está también dedicado su hermoso y devoto santuario, aludiendo y concordando su título con aquellas sagradas palabras que el mensajero celestial dirigió con reverencia á la bendita Hija de Joaquín y Ana, revelándole su divina maternidad: *Ave Maria Gratia plena.* Este monasterio es el más venerable, entre otros méritos, por su antigüedad, pues precedió en más de un siglo al seráfico de madres capuchinas, y como un siglo, al recoleto y observante de Santa Teresa de Jesús, al edificante y benéfico de Jesús María y al respetable y ejemplar de Santa Mónica. Fué celebrada su fundación el 17 de Agosto de 1588, pero iniciada su institución desde 1571. Sí, porque su origen fué un colegio en que se recogieran y educaran doncellas pobres, satisfechas sus expensas con los productos de una hacienda que el abnegado y piadoso D. Hermán Gomez de la Peña, había cedido con este fin, bajo la protección, dirección y vigilancia del Ilmo. y venerable Sr. Obispo Dr. D. Francisco Gomez de Mendiola. A esa fecha—1571—solo habían trascurrido 29 años de la fundación de esta hermosa ciudad y 40 de la maravillosa Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe, amorosa y especial abogada de los mexicanos. Bajo la advocación de Nuestra Señora de los Remedios, se hizo la fundación del colegio, y así pasaron las cosas hasta el año 1586; mas no satisfecha la ardiente caridad del piadosísimo Hermán Gomez de la Peña, con los buenos resultados del colegio de los Remedios, anheló óptimos frutos á mayor honra y gloria de Dios, convirtiendo aquel ameno plantel en Monasterio, teniendo, sin embargo, como anexidad

el colegio, y así viniera á ser el instituto religioso, jardín fecundo de virtudes, de ilustración y moralidad, como fuera preconcebido. Apoyado ese intento con la aprobación de discretas y caracterizadas personas, y con mejor acuerdo del Illmo. Sr. Obispo, Dr. D. Fray Domingo de Arzola, que había sucedido á su digno predecesor el V. Sr. Mendiola, se puso en práctica tan levantado intento. El Illmo. y celoso Arzola escribió luego al Illmo. Sr. Dr. D. Diego Romano, Obispo de Tlaxcala, pidiéndole religiosas fundadoras; y aquel generoso Prelado, accediendo á tan piadosa demanda, firmó en Puebla de los Angeles á 28 de Junio de 1588, la licencia que otorga para que salgan del Convento de Santa Catarina de Sena, las tres venerables fundadoras del Convento de Santa Maria de Gracia de Guadalajara, que así se acordó por SS. Illmas. y patronos se llamara el nuevo instituto monástico, que crearían y organizarían las monjas Catinas Senenses de Puebla, Sor Maria Ana de Santa Catarina de Sena, priora; Sor Francisca de la Cruz, superiora; y Sor Catarina de Sena, maestra de novicias y vicaria. Arribaron á esta ciudad, custodiadas y atendidas por respetables dignidades de la iglesia catedral de Guadalajara en Agosto de 1588; y la real Audiencia, conforme á la disciplina y concesiones de aquella época, extendió un auto el día 11 y provoxyó un decreto el día 14 del mismo mes y año, autorizando cuanto se había practicado, y mandando dar posesion del convento. Inmediatamente el Illmo. Sr. Arzola verificó canónicamente la fundación y la celebró con pomposa solemnidad el 17 del citado Agosto de 1588.

Señores: El sentimiento religioso, tan íntimo, tan arraigado al corazón humano, tiende á extenderse por su virtud comunicativa, y favorecido con tan buenos elementos en la institución religiosa implantada en aquella naciente sociedad y con el cultivo de tan excelentes operarios, sus efectos debieron ser superabundantemente útiles y provechosos. El embrión entonces de sociedad que en

su desarrollo formaría la populosa y hermosa ciudad de Guadalajara, tan culta é ilustrada, estimada con justicia en la actualidad como una de las principales, y la más importante, sin contradicción, de los Estados de Occidente de la nación mexicana, fué en aquel tiempo una congregación de efímera estabilidad por los continuos asaltos á mano armada de los aborígenes subyugados por las armas conquistadoras. Es imposible que el rigor de la fuerza inspire confianza y haga florecer la concordia; ni dé garantías, ni sazón al fruto de la paz. Esto es adquisición del elemento religioso y el medio más á propósito para progresar y adquirir la verdadera civilización. Y así fué, pues sólo la religión ha podido y tiene ese poderoso resorte de domesticar la feroz de las costumbres, de apaciguar y rendir los ánimos exaltados y erguidos para estrecharlos con los vínculos de la disciplina social. Solo ella tiene ascendiente para predicar la igualdad al magnate altanero que en sus arrebatos de orgullo prrumpo con audacia impla. ¿Quién es el Señor? A la verdad, señores, ese sentimiento religioso penetró en todas las clases de la sociedad y por todas partes estampó su sello divino. Por él se abrieron establecimientos públicos y se franquearon las puertas del saber, adelantándolo en la escala de la ilustración y ciencia hasta la culta profesion y magisterio; y se proporcionó asilo á la orfandad; y se instituyeron hospitales para los dolientes, y hospicios para los desvalidos y achacosos ancianos, y se efectuaron tantos bienes cuanto sabe producir el sentimiento religioso animado por la caridad.

Entre tanto, el templo del Monasterio se deterioró y fué indispensable construirlo de nuevo; mas para practicar con edificación la ceremonia de colocar la primera piedra, se celebró misa con solemnidad, asistiendo revestido de pontifical el Illmo. Sr. Obispo Dr. D. Juan Ruiz Colmenero, y de un modo oficial la Real Audiencia, los Cabildos eclesiásticos y seculares, y un extraordinario concurso de fervientes católicos, cuyo acto tuvo efecto el

1.º de Abril de 1661, á tiempo que se agenciaban los establecimientos de nuevos institutos monásticos. La obra emprendida no tardó—por la abundancia de recursos—de estar apta para el servicio divino; así es que fué tambien un donativo unido á la rica y preciosa herencia que legaria el primero al segundo centenario.

Señores: Escrito está en las páginas sagradas “que si Dios no fundare y edificare la Casa, serán vanos los esfuerzos de los que intentaren edificar; y que si Dios con su proteccion no guardare la ciudad, serán inútiles los desvelos de los que quisieren proteger.” Por tanto, á Dios, benéfico y protector, es á quien se deben las gracias por la fundacion, por la conservacion y progresos, tanto en lo material, como en lo moral y espiritual que tuvo esta santa casa, domicilio de la virtud y ciudad santa del Señor. Mas el hacer honorífica mención del piadoso fundador D. Hernán Gomez de la Peña, como de otros insignes bienhechores—que cooperaron á su establecimiento y desarrollo—es tenerlos como ministros de la bondad y providencia divina, pero no es atribuir á ellos la gloria y el honor que á solo Dios pertenece como á único y supremo Benefactor. ¡Oh! El hacimiento de gracias es tan del agrado de Dios, dice San Bernardo, que nos hace dignos de mayores beneficios: que la prontitud en rendirlas y reconocer la mano dispensadora, es dar testimonio de la grandeza y liberalidad de nuestro Dios; y que si no podemos así corresponder, por lo menos podemos estimar; y que si no sabemos debidamente agradecer, por lo menos sabremos confesar y publicar que el Señor derrama sin cesar sobre nosotros sus gracias y bendiciones. Tal fué el espíritu que animó á los fieles para celebrar el primer centenario; escuchad ahora en breve los felices resultados:

Las sabias constituciones que expidió el Ilmo. Sr. Colmenero para el colegio de San Juan de la Penitencia, que así se llamó el Monasterio: las prudentísimas disposiciones que dictó para el mas perfecto régimen

monacal, por su conexión con el colegio: las circunstancias favorables de la época en que el cielo se declaraba pródigo dispensador de buenas dádivas, hicieron que se continuaran aprovechando óptimos y excelentes resultados en ambos establecimientos, y que el merecido prestigio de su docta enseñanza y práctica de virtudes por la exacta observancia de sus reglamentos, se conquistara con justicia la veneracion y estimacion social. Ambos eran como unos talleres en donde se formarían: en el Monasterio, esposas predilectas de Jesucristo correspondiendo á su divino llamamiento: en el colegio, heroínas de acertada vocacion á diferentes estados, segun su sexo y condicion. De este Monasterio salieron las ejemplares fundadoras del convento de Valladolid en el Estado de Michoacan, de donde más tarde procedieron las que fundaron el de Nuestra Señora de la Salud, en Pátzcuaro, del mismo Estado. De este ilustre convento de Santa Maria de Gracia, á los treinta y cuatro años despues del primer centenario, se trasladaron las seis virtuosas madres religiosas que fundaron el de Jesus Maria de esta ciudad, bajo las mismas condiciones de régimen; porque tambien tuvieron colegio anexo que dirigir y gobernar, y por lo que tanto merecieron de la sensata sociedad por su máxima beneficencia.—A la par: el monasterio de Santa Teresa que poco há se habia establecido, el nuevo de Jesus Maria, por cuya fundacion tanto trabajó el venerable sacerdote D. Feliciano Pimentel, fundador del de Santa Mónica, y el posteriormente establecido de Capuchinas, dieron mucho impulso á la ilustracion y á la piedad por su sólida y religiosa enseñanza y la práctica de buenas obras; y al mismo tiempo fueron incremento para Guadalupe, pues los conventos son, á no dudarlos, como núcleos del centro de poblacion.

Del colegio de San Juan de la Penitencia salieron, no solo coros de cándidas vírgenes, que desposándose con Jesucristo y ligándose con sagrados vinculos en la vida cenobítica que profesaron, ilustraran el claustro con el bri-

llo de sus eminentes virtudes, sino otras vírgenes de raras prerrogativas, destinadas para edificar la sociedad y servir de modelo por sus maneras y santa vida en su calidad de esposas y madres. Tal fué Doña Mariana de Parada, honra de San Juan de la Penitencia; porque como alumna se distinguió por su aprovechamiento en aquel colegio, y después legítima y santamente desposada, tuvo por hijos—entre otros que fueron honra y lustre del Estado—á los que brillaron en la Iglesia, como el Ilmo. Dr. D. Juan Gámez de Parada, de gratísima memoria, y que دادó por el cielo Pastor de esta Arquidiócesis, la comenzó á gobernar con sabiduría y buen ejemplo en 1736.

Gracias no interrumpidas y raudales de bendiciones, fueron las copiosísimas lluvias que fecundaron este plantel de las esposas del Señor. Por esto, en el aniversario del segundo centenario se manifestaron, por sus sentimientos religiosos, humildes y extraordinariamente reconocidos á Dios Nuestro Señor, único y sabio dispensador de todo bien. Y á mayor honra y gloria de Dios hicieron patente, que en el término de dos siglos trascurridos se registraban en el libro de inscripciones, 650 actas de espontáneas profesiones con votos solemnes monacales de rigurosa observancia. ¡Ah! Bendito sea Dios en cada momento: y ¿cómo nuestros labios no han de entonar las alabanzas del Señor? *Benedicam Dominum in omni tempore: semper laus ejus in ore meo.*

Por más de doscientos cincuenta años este monasterio, venerable asilo de vírgenes consagradas á Dios, se mantuvo con una paz inalterable, sin que emergencias de ninguna clase turbaran su edificante concordia y armonía, y así sus domiciliadas pudieron experimentar, y bien se apercibieron, de lo que dice San Bernardo sobre las ventajas y excelencias de la vida monástica, que el religioso "vive con más pureza, cae más raras veces, se levanta más pronto, procede con más cautela, recibe más á temido el rocío de la gracia, descansa con más seguridad, muere con más confianza, se purifica más pronto

y es recompensado más copiosamente." Y aún en los grandes conflictos y dolorosas pruebas es patente la especial asistencia de Dios que lo preserva del mal y lo hace obrar con discernimiento, como el prudente marinero que en mar enfurecido por violento huracán que lo agita y en la forzosa alternativa de salvar algo ó perderlo todo, elije en aprieto tan obligado salvar lo más precioso y esencial. Esto no es una ilusión, señores, es manifiesta referencia á aquellas llamadas leyes de reforma, por cuyas disposiciones y á cuyo amparo las religiosas fueron arrojadas de su clausura, se les despojó de sus intereses y se nacionalizaron y adjudicaron sus conventos. Mas las víctimas de tan implacable persecucion, como formadas en la escuela de la virtud y en el regazo de la verdadera religion, no tuvieron ni tienen esos lamentables sucesos como provenientes del acaso ó de contraria fortuna, sino como permisiones de la adorable Providencia. El dedo de Dios está en todos: si en las desgracias más conmovedoras hace brillar su justicia, descubre á la vez á los ojos del observador cristiano, los tesoros infinitos de su misericordia. Los fuertes sacudimientos que agitan al mundo, y las persecuciones más protegidas que hacen gemir la virtud, son también anuncios misteriosos de castigo á unos, comenzando por degradarlos hasta la condición de verdugos; y de mérito para otros, aceptándolos como predilectos. Los buenos hallan balsamo de consuelo en los infortunios, considerando, que los espantosos cataclismos entran en las miras del Altísimo para bien de la humanidad, por expiación ó escarmiento; y fieles en sus sentimientos católicos, creen y esperan; sufren con resignacion y bendicen la mano que los oprime, porque saben que esa mano justiciera, es también remuneradora, generosa de la paciencia y de los trabajos.

En esta parcialidad del cuerpo místico de Jesucristo, vemos caracterizada la verdadera Iglesia, según la prediccion del divino Salvador cuando dijo: "Seréis aborrecidos de todos por mi nombre," como lo hace observar

un eminente apologista cristiano: "Buscad entre todas las sociedades religiosas la que es el blanco del rencor de las demás, del odio del mundo, y se hallará la verdadera Esposa del Hombre-Dios: se la reconoce por la corona de espinas que constantemente ciñe sus sienes. Esa corona no la ha llevado ninguna secta ni tampoco la ambiciona; es una diadema que solo adorna la frente de la Iglesia Romana." En testimonio de tan justas consideraciones, hay hechos que es preciso mencionar, pero que no los indicaré sino como motivo de excitarnos á mayor gratitud y reconocimiento hácia Dios Nuestro Señor.

Así como este Monasterio fué el primero en el goce del bien y próspero en la dicha y merecimientos por su beneficencia, así también fué el primero en los sufrimientos y acerbas pruebas que acrisolaron su virtud y felicidad. En 1846, ¡oh qué jornada tan lastimosa! En sitio estaba esta ciudad á consecuencia del pronunciamiento del general Yañez, verificado el 20 de Mayo; y en 22 de Junio del mismo año, un intrépido general de los sitiadores—Arévalo—haciendo ostentacion de sus fueros y pericia militar, quiso asaltar la plaza fortificada introduciéndose por el convento con la presuncion de feliz éxito; pero el recinto fortificado estaba defendido por jefes de valor probado, perspicaces y entusiastas; y cuando se apercibieron de las maniobras del enemigo, á las cuatro de la mañana escalaron las alturas del convento y se lanzaron hasta afrontar el peligro, y se trabó una lucha tan reñida y de evoluciones tan criticas que fué una verdadera batalla. La victoria se declaró por los sitiadores y entre las victimas estaba el general Arévalo. Pues bien, entre los claustros y entre las celdas que ocupaban las religiosas, tuvo lugar esta sangrienta refriega, y en ninguna de las monjas ni de las colegialas hubo que lamentar desgracia alguna, fuera del sufrimiento moral de un peligro tan inminente y extraordinario. Despues de algun tiempo se restableció la tranquilidad con la observancia de sus Estatutos: pero no fué más que tregua para

hacer más sensible su pérdida al parecer irreparable, por la destruccion y enajenacion de su convento, con la ruina más funesta que fué su excaustracion en la década sexagésima—tristemente histórica—del presente siglo. Desde esta época, porque mayores pruebas tenian aún que sufrir las escogidas del Señor, tuvieron que experimentar el duro destierro de su casa, ya alojadas por varios periodos, ora en el Beaterio de San Francisco de Sales, ora con sus hermanas en el convento de Jesus Maria, ora en el antiguo Estanco, ora hospedadas con sus bienhechoras ó favorecidas por la caridad cristiana, segun designios providenciales á los cuales estaban resignadas, porque era la voluntad de Dios. ¡Cuánta verdad es, que no se echa al crisol sino el oro!

Al través de tan amargas penas el apostolado de religiosas que resta de aquella—en otro tiempo—numerosa comunidad, porque no se puede renovar teniendo clausurado el noviciado, tiene el consuelo de estar dedicado al cuidado de su iglesia, único tesoro que le ha quedado de su venerable monasterio. Y ¡qué! ¿será extinguida esta comunidad? Podrá ser que Dios así lo permita; pero la Santa Familia dominicana no desaparecerá de la Iglesia, porque aquí se han sacrificado algunos de sus miembros. ¿No es el mismo Señor Omnipotente el que puede permitir la extincion, que el que puede obrar la regeneracion? ¿No fué el mismo Dios quien dió á Job más copiosos y excelentes bienes, que los que permitió perdiera en prueba de su virtud y fidelidad? Y ¿quién, sino El que todo lo puede, clausuró los cielos y los abrió para fertilizar la árida tierra de Gelbuet? ¿Sabemos, por ventura, que lo pasado no sea el medio adecuado de que Dios quiso valerse para dar á conocer á la sociedad la excelencia de las virtudes monásticas, la tranquilidad de la vida religiosa y los encantos de la virtud solitaria y contemplativa, extendiendo por medio de sus esposas el buen olor de la cenobítica santidad? ¿No creéis que estos elementos depositados en el seno de la sociedad germina-

rán maravillosamente con el riego de la gracia de Dios, que es el incremento que á todo dá vida y fecundidad? ¿No recordáis que el destierro de los discípulos de Jesucristo expulsados de Jerusalem, se verificó para dar lugar á los idólatras el conocimiento del verdadero Dios y de sus divinos mandamientos, que hacen bienaventurados á los que los observan y cumplen de buena voluntad? ¿Faltará á Dios un Balaam á quien inspire, bendiga á su porción predilecta, aun cuando algun Balac quiera que la maldiga? Mejor es, señores, que nuestra alma abunde en sentimientos de adoracion y de alabanza, porque son inescrutables los designios de Dios. Y en cuanto á vosotros, V. Religiosas, una cosa provechosa me ocurre decirós para concluir, y es: que despues que deis gracias por los beneficios recibidos, las deis tambien por los que os prepara y reserva la inescrutable Providencia para el centenario que comenzais. Considerad que en vosotras va á tener solucion este designio del Altísimo:— O entregáis vivas y ardientes las lámparas de la observancia de vuestra regla y constituciones á vuestras sucesoras, como las recibisteis de vuestras antepasadas; ó preparadas y encendidas vuestras antorchas celebráis las bodas eternas con vuestro divino Esposo. Si lo primero, dad gracias á Dios porque ha continuado prodigando sus munificas larguezas: si lo segundo, celebrad gustosas vuestras eternas bodas, porque el Señor os halló dignas de holocausto, sacrificadas por su amor y en su servicio, y consumidas en su divino acatamiento, como bálsamo precioso, y más puras que la cera y el aceite que mantiene el fuego perpétuo ante la presencia de Jesus Sacramentado. Bendecid al Señor en uno y otro extremo, y vuestra—por misericordia de Dios—será la eterna bienaventuranza que os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.—Amén.

SERMON

PARA EL

DOMINGO DE PALMAS

PREDICADO

EN LA CATEDRAL DE PUEBLA

POR EL

PRESBITERO BARTOLOME ROJAS

CURA DEL SAGRARIO.

Acceperunt ramos palmarum, et processerunt vocant ei et clamabant: Hosanna benedictus qui venit in nomine Domini, Rex Israel.

S. Juan, cap. XII, v. 13.

ILLMO. SEÑOR:

¿Qué significan esos trasportes de alegría, esos signos de alabanza, esas coronas de oliva, esos ramos de palma, esas flores olorosas esparcidas por el suelo, sino las victorias de la Iglesia representadas en la entrada triunfante de Jesus en Jerusalem, fortalecida ésta con los auxilios de su celestial esposo, coronada de laurel inmortal? ¿Con la Palma del triunfo en las manos marcha como siempre invencible hollando con sus plantas la cerviz altanera de

sus adversarios! Con razon hoy el corazon cristiano, con entusiasmo eléctrico, late de santo placer al eco de las dulces canciones de Sion, con que los sacerdotes, las turbas y los niños hebreos, en dulces efusiones de alegría, destilando sus lábios el panal y la miel, solemnizan la entrada triunfal del Soberano inmortal de los siglos, en la ciudad de David! Con razon la Iglesia, mezclando sus cánticos con las aclamaciones y obsequios que se tributaron á Jesus Nazareno en Jerusalem para fortalecer á sus hijos predilectos, celebra el mas glorioso triunfo que vieran las naciones del orbe, puesto que ninguno de sus conquistadores, con todo el aparato militar de sus armas, ha podido obtenerlo de los pueblos de su dominacion. No son los arcos triunfales ni los carros magníficos tirados por los prisioneros de guerra, los trofeos de esta victoria; son, sí, la humildad y mansedumbre de un Rey divino que, si bien el mundo desconoce virtudes tan sublimes, admira con noble entusiasmo como fundamento de toda grandeza, tronos, potestades y dominaciones del cielo. ¡Llor y bendiciones á Jesus lleno de gloria y de poder! ¡Hosanna al Hijo de David que en dia tan plausible su misericordia nos traza el camino del cielo!

¡Qué feliz fuera, señores, si en este dia consagrado á las glorias del Rey pacífico, pudiera decirnos alguna cosa para vuestra edificacion acerca de los triunfos de la Iglesia santa! A esto me convida la solemnidad presente, este es mi asunto; para tratarlo dignamente, pidamos la asistencia al cielo por la intercesion de Maria, saludándola llena de gracia. AVE MARIA.

Entre todos los nombres que alternativamente van á caer en la noche de lo pasado, hay uno que se eleva y domina á los demás: uno que recuerda las mas heroicas

acciones, lo más selecto de la Historia Sagrada, y éste es el nombre adorable de Jesus. Rey, señores, de eterno origen, consagrado en el seno de su Padre por la union de la misma Divinidad, soberano del mundo, contemporáneo de todas las generaciones, vive con todas y á todas las sobrevive, ya retire dentro de sí mismo su propia vida, ya la manifieste por una accion brillante. Verásele siempre atrayendo á sí todos los hechos de la vida humana, de modo que todas las historias de diversas sociedades no son mas que episodios de la grande historia del catolicismo. Ahora bien; de cualquier modo que consideremos la accion del catolicismo, en el seno de la sociedad, miráremos con asombro los triunfos de la Iglesia santa, á quien para ensalzarla su augusto fundador, le ha comunicado un poder que destruye y un poder que conserva; diez y ocho siglos há que la encarnizada lucha sostenida con sus principales adversarios ha demostrado esta verdad. Veámoslo:

El primer adversario que se atrevió á levantarse contra el Hijo de Dios, fué ¡quién lo creyera! ese pueblo en medio del cual se dignó elegir su cuna; ese pueblo que en los alegres vivas le cantó el domingo el hosanna para gritarle despues el viernes próximo un melancólico *crucifige*; que primero le rindió los primeros honores del trono y despues le insultó con ignominia en vergonzoso patíbulo. El crimen de ese pueblo fué haber reconocido y renegado al que solo por él existe. Su crimen es el mayor que pueda cometerse debajo del sol y por mano del hombre, porque es un deicidio. Tal es el crimen; hé aqui la venganza.

Dejad trascurrir algunos años; ved que el templo mismo va á profetizar su ruina. Por admirables prodigios, aparecen nuevos profetas de justicia que reemplazan á los antiguos profetas de misericordia. Y ¿quién es ese César que viene de Oriente y Occidente y que quiere con sus legiones y sus águilas castigar la infidelidad? Viene á pedir cuenta á ese pueblo de un voto impio; viene á ven-

gar una sangre inocente derramada en las afrentas de un cadals; viene á reclamar por el suplicio de un Dios el suplicio de un pueblo. No queremos que reiné sobre nosotros, se había dicho; caiga su sangre sobre nuestras cabezas y sobre las cabezas de los hijos de nuestros hijos; y el voto impio se cumplió y el castigo se halla en el mismo cumplimiento. Cayó esa sangre sobre sus cabezas; cayó sobre su ciudad y hé aquí por qué el hambre, la guerra y el incendio, después de haber inmolado un millón y cien mil víctimas, no dejan de Jerusalen más que escombros repugnantes por la sangre y por la muerte de sus habitantes.

La sangre cayó sobre el templo y por eso ni los vencidos ni los vencedores pueden contener las voraces llamas que parecen haber recibido la misión de destruir hasta los últimos vestigios del monumento de la antigua alianza. La sangre cayó sobre el pueblo y por eso el vencedor, después de haber hecho arar y sembrar de sal aquella tierra donde la misericordia no existía ya, envía á sus habitantes á los cuatro reinos del imperio para recoger el desprecio y el odio de las naciones. La sangre pesa sobre la última generación de tan ingrato pueblo. Las generaciones pasan, ese pueblo dura, los imperios se hunden y ese pueblo queda en pié. El flujo de los acontecimientos barre las naciones y ese pueblo existe siempre y en todas partes con la doble herencia de sus remordimientos y de su suplicio; pero éste no es más que el castigo temporal; el espiritual es más terrible todavía.

Deusas tenebrosas cubren sus ojos; un sello fatal pesa sobre su corazón. Según las Santas Escrituras, él es quien lleva la antorcha que ilumina las inteligencias y se queda á oscuras; él es quien para nosotros ha sido profeta de salvación, y no comprende sus propios oráculos; predica en todas partes la verdad, ¡cosa estraña! es el apóstol de ella y no puede ser su discípulo; él la proclama y no la cree; él nos ha dado la misericordia y la esperanza, y para sí no tiene misericordia ni esperanza hace diez y ocho siglos.

El segundo adversario que se atrevió á luchar contra Cristo y su Iglesia, fué el mundo pagano reunido bajo el dominio de Roma. Recordaré que durante tres siglos sus edictos cubrieron sus provincias de hogueras y cadalsos que hicieron correr en aquel período mas sangre cristiana que la extranjera ha derramado para la conquista del mundo; recordaré que durante tres siglos la Iglesia católica, rechazada violentamente de la sociedad, se vió obligada á buscar en vano un rincón en el mundo donde orar y pedir por sus verdugos, no teniendo mas culto que el que celebraba en los anfiteatros, no conociendo más solemnidades que aquellas en que sus mártires daban el espectáculo y el ejemplo bajo la afilada cuchilla de los verdugos ó entre las garras de las fieras, no ofreciendo sobre sus altares ningún sacrificio en que con su Dios no presentase al cielo con dolor y lágrimas inmoladas por la gloria de su santo nombre, no conservando un resto de su vida agotada en aquella tierra sino para encontrar en ella destierros, oprobios, ignominia y trabajos. Hé aquí el crimen de Roma pagana; ved ahora su castigo.

El pueblo, dice San Agustín, cuyas virtudes morales había recompensado la Providencia con el imperio del mundo, es castigado de sus atentados contra Jesucristo y su Iglesia; ese pueblo se había alabado de acabar con el Cristo como concluyó con las naciones extranjeras; por esto en cada una de sus victorias escribía con sacrilega audacia en sus arcos de triunfo alabanzas en honor de la superstición y proclamaba destruir el cristianismo.

Mas apenas habían trascurrido cinco siglos y esa Iglesia, tan débil, tan agotada de sangre y de vida, con el pié sobre la cabeza de sus perseguidores y en medio de las ruinas de su imperio, borra las inscripciones insolentes, y graba en su lugar con letras indelebles el eterno anatema de sus perseguidores. El soplo de la cólera de Dios pasaba entonces por aquella tierra maldita; todo cuanto osaba levantarse contra el Cristo había caído bajo los gol-

pes de la venganza inexorable: ¿qué espectáculo ofrece más tarde aquella ciudad romana cuando cae á los golpes de los bárbaros? ¿Qué se han hecho los ídolos á cuyos pies se ha derramado tanta sangre cristiana, y esos templos de Priapo y de Cibele, de Juno y de Adonis, de la Fortuna y de Venus: ¿qué suerte le ha tocado al pantón de Agripa? No veréis mas que ruinas y polvo, y á una nueva sociedad que recoge las piedras dispersas para elevar con sus restos santuarios donde la virginidad y la virtud con la palma de triunfo en las manos entonan el celestial hosanna al Cristo victorioso.

¿Qué se hicieron aquellos cesáres que, ebrios de orgullo, decretaron tantas persecuciones contra el cristianismo? La historia dice que pasaron por un trágico fin, dejando tras sí una memoria cargada de la execración de los siglos todos, yendo á la tumba sin haber podido legar á su posteridad el cetro del mundo con la herencia paterna.

¿Dónde están aquellos sofistas ridículos que perseguían la fe por medio del epigrama y de la calumnia? Todas sus escuelas cayeron ante el desprecio y la risa universal.

Y ese pueblo que no podía saciarse de sangre cristiana, ese pueblo á quien era menester todos los dias alguna novedad de tormentos y suplicios para divertir la feroz monotonía de sus ocios, ¿dónde está? Yo veo que en cambio de los hierros que dió á la Iglesia y de la sangre que derramó á torrentes en sus anfiteatros, arrastra las cadenas vergonzosas de sus vencedores y vierte la suya por todas sus venas en sus provincias, ciudades y fronteras.

Y ¿qué es de aquella Roma silenciosa que se decia la ciudad eterna? Vedla pasar á manos de los pueblos bárbaros que le dan un golpe mortal; vedla hollada por la planta de dos conquistadores, quienes, creyéndose impulsados por una misión divina, se empeñan en querer borrar hasta el nombre romano de la tierra; y si después de tantos desastres queda alguna cosa de la ciudad eterna, se viene á parar en que Roma lo debe todo á esa mis-

ma Iglesia, á la que solo daba lábregas catacumbas para esconderse, ó cadalsos afrentosos para morir. Todo en ella hubiera perecido, hasta el nombre y los recuerdos, si la religion no se hubiera dignado tomarla para colocar allí la cátedra de San Pedro; y si no hubiese tomado sus monumentos bajo la protección de un pescador y la salvaguardia de una cruz.

Y esos jefes de la incredulidad, Arrio y Nestorio, Lutero y Calvino, tristemente famosos por las desgracias del cristianismo, donde estais, ¡oh vosotros! dice la Iglesia, que como el cedro levantábais la frente hasta las nubes? He vuelto la cabeza, os busco y ya no os hallo; y sin embargo, pretendiais immortalizaros con la ruina de la religion. Serán satisfechos vuestros votos, porque la immortalidad os colocará siempre entre los perjuros de la razon y los corruptores de la virtud, cumpliéndose aquella sentencia del Espíritu Santo que nos dice que el triunfo de los ímpios es como la tempestad que brama algunos momentos; pasa y nada mas.

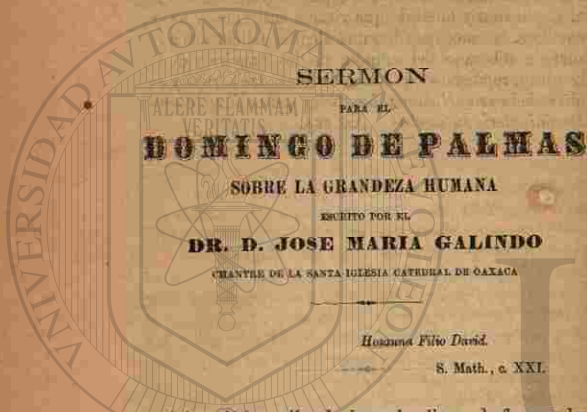
Y los discípulos de éstos ¿qué suerte han corrido? Avergonzados del delirio de sus maestros, protestan á su vez contra ellos, pidiéndoles la fe y la verdad de sus antepasados, como aquel Emperador que en el silencio de las noches reclamaba á un general desgraciado, sus legiones destruidas en los campos de la Germania. ¿Qué habeis hecho de nuestras creencias? les dicen; devolvednos la verdad que nos legaron nuestros padres; la verdad que es nuestra vida; de otro modo reportaréis una sentencia de anatema que confirmará la justicia y la razon de todos los siglos.

Así es, señores, como Jesucristo, triunfante, siempre vivo, ensalza á su Iglesia ejerciendo su poder en el mundo; poder siempre fatal para cualquiera que pretenda luchar con él.

Hay en la Iglesia de Dios un poder que conserva y este lo ha depositado en su Evangelio. Y ¿cuál es este Evangelio que los apóstoles con tan admirables frutos co-

menzaron á predicar en el mundo hace diez y ocho siglos? Es un conjunto de máximas tan puras, de dogmas tan sublimes, que parecen más bien hechos para la santidad del ángel que para la corrupcion del hombre; fué hecho para todos los tiempos, para todas las circunstancias y para todos los gobiernos: consagra leyes que sirven de fundamento á todas las sociedades humanas, manda ser modesto hasta la humildad, caritativo hasta amar á los enemigos, manso hasta perdonar las injurias, paciente hasta evitar la detraccion, casto hasta condenar el pensamiento voluntario, fiel á la ley hasta morir por ella. Hé aquí el Evangelio que el Rey pacífico promulga en las calles públicas de Jerusalem, en medio de los aplausos de las turbas, sin más catedra que la humildad, pero que en elogio de su autor merece justos encomios con estas elocuentes voces: *Si los hombres callaran lo aclamarían las piedras.* Suponed, señores, que en estos momentos de entusiasmo para el pueblo, que saltando de gozo vitoreaba á Jesus, el Espíritu Santo hubiese conducido á su derredor á los grandes y potestades del mundo, para que oyendo sus palabras profetizasen acerca del porvenir del Evangelio. Los sabios habrían dicho: "Ese Evangelio humilla la razon, no vivirá, lo combatiremos con todo el poder del talento y de la ciencia." Los políticos: "Ese Evangelio es contrario á todas las leyes y pretende usurpar nuestro poder; no vivirá, lo combatiremos por la fuerza, lo perseguiremos con las armas, y si menester fuere, lo ahogaremos en sangre." Los hombres de placeres dirían: "Ese Evangelio quiere desterrar la alegría y las fiestas del mundo; no vivirá, sublevaremos contra él pasiones innobles y todas las inclinaciones del hombre corrompido." Los indiferentes: "Ese Evangelio viene á turbar la paz de la conciencia pública; declaremosle guerra á muerte con todo el poder de la opinion." Esto habian dicho, dije mal, esto ha dicho nuestro siglo tambien; ahora pregunto: ¿estos pronósticos se han cumplido? ¿se han frustrado las conquistas del Evangelio?

¿qué han sido para él las persecuciones sino lo que la tempestad para los corpulentos árboles de la montaña? No han hecho otra cosa más que contribuir á que profundicen más sus raíces en el seno del corazon intrépido. El Evangelio, al atravesar las edades y los siglos sin tener que mendigar para su expansion á las puertas de los palacios los mezquinos resortes de una política tenebrosa, ha vistose libre de las enfermedades inherentes á todas las religiones puramente humanas, sin sufrir trasformaciones; no tiene que lamentar como aquellas cambios pasajeros porque su autor, siempre vivo en el mundo, mantiene inalterable la integridad de su doctrina. Muéstrenos los hombres del progreso de diversas sectas un solo precepto, un solo dogma, condenado por la razon, que ellos hayan conseguido suprimir del Evangelio. Dicen los novadores contemporáneos que el Evangelio ha caído en desprestigio, que su época ha finado, que si la generacion anterior ha podido colocarle en un trono, el porvenir no puede reservarle más que una honda sepultura. Si, pues, el Evangelio ha caído en desprestigio ¿por qué se le combate? ¿Qué valor hay en sacar la espada contra quien está caído y en luchar con el que ya no existe? ¿Ha pasado el tiempo del Evangelio? Catorce siglos há que los principales sectarios de la Africa tenían este mismo lenguaje prediciendo á él, y á la Iglesia su ruina, y catorce siglos há tambien que el dignísimo Obispo de Hipona, con la doble autoridad del Episcopado y del talento, respondió á sus escritos imprudentes y ostigosos, diciendo: ¡Qué! ¿Se acabó la Iglesia porque vosotros habeis aparecido? Temed la caída del firmamento, pero la de la Iglesia católica jamás; lejos de esto, esa Iglesia, á quien diversos sectarios y en distintas épocas han preparado su epitafio, ha probado que ha vivido, vive, y vivirá sin dejar de producir generaciones de mártires y virgenes, de apóstoles y doctores, porque está asegurado por un Dios infalible que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella: *El porta inferi, non prevalebunt ad-*



SERMON

DOMINGO DE PALMAS

SOBRE LA GRANDEZA HUMANA

DR. D. JOSE MARIA GALINDO

CHANTRE DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE OAXACA

Hosanna Filio David.

S. Math., c. XXI.

Quien vió las calles de Jerusalem llenas de flores y los inmensos grupos del pueblo pronunciándose á gritos por un hijo del país á quien llamaban hijo de David y Rey de Israel, Hosanna Filio David: segun aquella maxima de que "el pueblo que quiere ser libre lo es," hubiera creido, que para esa colonia del imperio habia sonado la hora de hacerse independiente. Mas nada de eso, aquello fué una llamarada de paja, una exhalacion popular que lució y se apagó en el instante. Sin embargo, seria de ver una larga procesion desde Betania hasta el atrio del templo, el entusiasmo de los pronunciados, la compostura del camino, y sobre todo la presencia apacible del objeto de aquellos vivas que, cabalgando sobre un jumento, se dejaba vitorear de la multitud, hasta el extremo de decir: "que si los hombres callaran lo acla-

marian las piedras." Como el entusiasmo del pueblo es temible, y en sus delirios cabe, lo que suele no caber en la imaginacion, supongo acuartelada la tropa y á las autoridades dictando providencias para mantener el orden y sosegar la comocion. Lo más raro es que concluye la asombrosa jornada, las palmas y ramos quedan en el suelo, los gritos cesan, las masas se van disminuyendo hasta que desaparecen, y la ciudad vuelve á su antiguo reposo, sin haberse notado una desgracia, ni destituido una autoridad. El proclamado Rey apenas queda con una compania de voluntarios que lo siguen, sin encontrar una patrulla que les detenga el paso. La asonada no pudo haber sido mas pública, pues un hecho tan ruidoso, á medio día se habia reducido á un profundo silencio. Los vivas, el alboroto, el Hosanna al Hijo de David, todo se hundió en la eternidad.

¡Llegó la noche: ¿pensais que esa noche hubo reuniones para uniformar la opinion y dar de acuerdo un golpe decisivo, hasta poner en el trono al hijo de David? Quien vió el entusiasmo de por la mañana podia calcular que dentro de ocho dias, á lo sumo, era negocio concluido, el César sin autoridad, y con toda ella el admirable candidato. Un cambio más ligero se hizo en Babilonia (1), y no tenia el nuevo monarca el carácter de Mesias prometido. Emperó.... ¿que ocho dias?... apenas corrieron otros seis, cuando el mismo pueblo, con aquella propia boca que gritó el domingo para proclamarlo, el próximo viernes se alborotó de nuevo para pedir su muerte. Cotejad estos dos alborotos de un mismo pueblo; medid la distancia que los separa y haced las glosas para un comun desengaño.

Jesús conocia muy bien el voluble sufragio de la multitud: dueño de los tiempos y de los acontecimientos, miraba desde el domingo todos los sucesos del viernes: y solo entra en una especie de triunfo para cumplir una profecía que marcaba este lance (2), y para darnos una leccion inte-

(1) En una noche murió Baltasar y lo sucedió Ciro.
(2) Zacarias, esp. IX.

resante de que toda la grandeza humana tiene un domingo para coronarse de rosas y un viernes para coronarse de espinas. No me puedo desentender de esta preciosa idea, ella será mi asunto principal; mas para que produzca todos sus efectos, pidamos la asistencia del cielo.—AVE MARIA.

Hosanna, etc.

No fué esta la primera vez en que el pueblo hebreo quiso proclamar á Jesucristo. Después de una abundante comida que les improvisó en el desierto, como aquellos soldados que solo se van con el que paga bien, quisieron dar el grito y saludarlo rey. Jesús burló entonces la espectación, desapareciendo de la concurrencia (1), desechando así aquel proyecto ridículo, aquella revolucion sin principios, sin plan y sin orden. ¿qué más hubieran deseado sus enemigos, para dorar la calumnia de que perturbaba la tranquilidad? Jesucristo es rey, pero no un rey faccioso; como hijo de Dios es rey de todas las naciones (2), como hijo de David lo era particularmente de los judíos; no necesita de la sedición ni del desorden. Los títulos que trae en su adorable persona y la sangre que corre por sus venas probarán esta verdad que confesó él mismo delante de los jueces. Cierto es que hoy no se fuga, ni contiene los vivos; mas no ha sido por que viera en el trono un nuevo halago que lo apasionara; sino por que quiere enseñarnos los *sinaabores* de la grandeza y los *reveses* de la fortuna. Luego la grandeza humana, á más de la cruz en donde vive crucificada, está expuesta á un cambio que la puede acabar. Estas dos razones hacen más apreciable la humildad y más odiosa la ambicion.

(1) S. Joan, cap. VI, v. 15.

(2) *Dominus dominorum est, et Rex regum.* Apocalip, c. XVII, v. 14.

Pues que hagan tambien las dos partes de este corto discurso y comencemos por su orden.

Si sostuviéramos un paralelo entre la baja y alta fortuna, glosando las ventajas y quebras de una y otra, haciéndoles un escrutinio riguroso, en el último análisis se quedaria sin voto la elevada fortuna. Veríamos que la grandeza tiene una amargura interior que la fastidia, y una pena exterior que no la deja quieta. Las flores, que le riegan en sus destinos, jamás le satisfacen, cuando le punzan las espinas de que se ve rodeada. "Solo Dios es siempre gozo, y fuera de él no hay verdadero gozo." El hombre grande con sus ponderadas comodidades nunca llena el vacío inmenso que tiene en su corazón, pues cuando el pobre se apura por la que le falta, el grande agoniza por la que le sobra: una cama blanda dispone para su descanso; ¿y si no le viene el sueño? ¿Cuántos infelices dormirían tranquilos aquella noche en que el rey Asuero, gobernador de veintisiete provincias, tuvo que entretenerse con los anales de su reino! Le espera una mesa espléndida, ¿y si la misma gula le extravió el sistema y no le viene la apetencia? Mientras el pobre, sobrio de por medio, mantiene su salud robusta y el apetito en ejercicio. Cortinas, vidrieras de gran tono, un suntuoso palacio; ¿para qué? para no resistir á la inclemencia que resiste el pobre con una miserable cubierta. Una ansia continua devora á los grandes, y una perpétua displicencia les abruma; su corazón se halla donde está su grandeza. ¿Qué cálculos para aumentarla! ¿Qué temores de perderla! La espina de la esperanza les hiera al pretender, la de la inquietud al conseguir y la del dolor á la hora de perder. Lean siempre los papeles públicos con muchísimo miedo, temiendo un decreto, una orden ó la triste noticia de que murió el protector. Rodeados de émulos viven los grandes esclavos de sus destinos y presa de los aduladores que les perjudican más que sus propios enemigos. Todo les asusta, la caída de un ministro, la mudanza de gobierno. "tienen que adular al que manda

por un ascenso, al favorito por una recomendación y al desvalido para que no estorbe." En las convulsiones civiles, ¡qué sin sabor! ¡con qué pena vive envidiando el sosiego inalterable del pobre (1)!

Pues éste es el espíritu de la grandeza humana. Aun separándola de la parte viciosa, esto es, cuando se des-empaña con la virtud, no se le pueden quitar las espinas. Jesuaristo conocía como nadie que en el estado actual del mundo casi es imposible ser grande y ser feliz, ser grande y ser justo: grande á los ojos del mundo y grande á los ojos de Dios. Así entró lleno de mansedumbre en medio de las aclamaciones, porque es el único recurso que les queda á los grandes, humillarse, emplear su autoridad en el bien público y esperar en las manos de la Providencia el movimiento de las cosas. ¡Infeliz el que se haga un cálculo igual al de aquellos impíos que asentaron este pernicioso sistema: "Coronémonos de flores antes de que se marchiten (2)! Es decir, saquemos á nuestra grandeza toda la utilidad y ventajas posibles. Necios, ¿qué no miran que jamás podrán coronarse de rosas, sin quedar coronados de espinas? San Ambrosio explica este pensamiento de un modo divino: "Dios circundó de espinas á la rosa para dar una muestra de la vida humana, pues en la suavidad de sus mentidas delicias siempre hay estímulos que mortifican y espinas que punzan (3)." "Las prisiones de este mundo, dice San Agustín (4), tienen aspereza verdadera y falsa dulzura, dolores ciertos y gustos inciertos, trabajo duro y reposo inquieto, un lleno de miseria y una esperanza vacía de felicidad." Y muy vacía, porque aunque se reunieran en un solo hombre todos los bienes de la tierra, esa plenitud daría por resultado el que el alma quedara más hueca, menos satisfecha y más amplio el vacío. ¡Con qué acierto se pone

(1) Todo esto trozo en el fondo es del Ilmo. Feijó. Teat. crit. t. I.

(2) Coronemus nos rosis, antequam marcescant. Sáp., c. II.

(3) Tom. I, lib. 3. Hexam. c. XX.

(4) Epist. 38.

una cruz sobre la corona de los reyes y en los báculos de los obispos para insinuar que cualquiera dignidad es una cruz! (1) No puedo olvidar lo que dijo Carlos V á Felipe II al poner en sus manos el gobierno: "¡Oh hijo! un gran peso coloco en tus hombros: te aseguro que lo que há que manejo el reino, no he tenido un cuarto de hora libre de desvelos y fatigas." Leon XI, muriendo á los veintisiete días de pontificado, exclamó: ¡Cuánto mejor me fuera haber tenido las llaves de un convento y no las del cielo! Sobre que hasta las delicias y diversiones del pobre son la ocupacion y cuidado del grande..... ¡Oh grandeza humana, qué grande es el tormento que te acompaña! pues ¿qué será si á mas de las espinas de que se corona, agregamos los reverses de la fortuna? Este nuevo desengaño se examinará en la segunda parte.

Entre todas las divinidades de la fábula, la fortuna fué la más venerada: ¡sombra! Solo en Roma seiscientos templos se erigieron á la fortuna (2). Tal era el miedo que le tenían á su terrible rueda; todos querían á fuerza de ofrendas clavar esa rueda cuando estaban en la parte superior ó rodarla cuando se veían en el punto opuesto. La tal diosa, ciega como los hombres que la divinizaron (3), golpeaba sin cálculo, sucediendo muchas veces que el verdadero mérito lloraba á sus plantas, mientras ella levantaba del polvo á hombres indignos, hijos puramente de un viento favorable. Era lo más célebre de esta fantástica divinidad que siempre correspondía á tantos sacrificios con una burla perpétua. En vano sería referir los innumerables petardos que llevaron sus fieles servidores, pues á pesar de los ruegos y aun de las lágrimas, la funesta rueda continuaba su marcha en un giro eterno, echando por tierra los palacios más soberbios y subien-

(1) *Quæ ibi crux triplex, Gregori' triplex que coronat. Nonne suam sequitur quoque coronam crucem?*

(2) Casaneo. Citado por el Dr. Suarez en la expos. del libro de los Fastos de Ovidio.

(3) *Similes illis fiunt, qui faciunt ea. Psalm. 113.*

do hasta el cielo las pajas más humildes. En este genio imaginario parece que dominaba la complacencia de dar golpes contusos desde la mayor altura, pues si se elevaba hasta lo sumo, era para que el porrazo fuera hasta lo ínfimo. Así pensaban los gentiles sobre los sucesos de la vida; no cabe en la imaginación como unos sabios pudieran hacer dios á un ente que no premia la virtud ni castiga el vicio. Pero cristianicemos estas ideas traduciendo las al idioma del Evangelio, y nos inspirarán un desengaño, no solo filosófico sino cristiano, porque eso que se llama fortuna no es más que la adorable Providencia de Dios que todo lo regula, de ese Dios que ha querido probar en la infinita variedad de las cosas la invariabilidad absoluta y única del que las supo crear (1). Dios es el que ha dispuesto todos los casos favorables ó adversos; él es el que hace mendigos y ricos, sabios ó ignorantes; él es el que sienta al hombre en el sifio y el que rompe la silla. El produce los hombres bárbaros de las selvas y los ilustrados de las naciones cultas; él crió la semilla de los árboles venenosos y la de los saludables; él crió á los animales que nutren á los hombres y á aquellos que se nutren con los hombres; en una palabra, Dios lo hace todo y *todo lo hace bien*. ¿Pues quién no teme al ver á la grandeza humana amenazada, no de una diosa ciega que no distingue objetos, sino de un Dios verdadero que es *todo ojos* para ver, y que para esos ojos es visible hasta lo que no se mira? Los grandes lances que nos han sorprendido, ó en la historia del mundo, ó en la nuestra propia, las repentinas mudanzas que aun no acabamos de admirar, todo es efecto de esa imengable Providencia que sabe hacerse tocar en un punto el palacio y la cárcel, los honores y la ignominia, la opulencia y la miseria, el trono y el cadalso..... *ó las flores y las espinas*..... Tiemblen, pues, los grandes al golpe de una ma-

(1) *Nihil quidquam stabile, et firmum, Arbitr ille rerum esse, soluit, præter ipsum.* Just. Lips. de const., lib. I, cap. 18.

no omnipotente: *¿á dónde han de ir que puedan escaparse? Si suben al cielo allí está, si bajan al infierno allí la encuentran, si vuelan por el aire ó se sumergen en el mar allí sentirán esa diestra soberana* (1), que es pesadísima cuando se enoja.

Hagamos una observación en la mudanza de todas las cosas y conoceremos que todo pelea en favor de Dios contra los insensatos (2). “El mundo engaña, la suerte burla, la salud falta, la edad se pasa, los años vuelan, la vida se acaba, la muerte arrebatada, el sepulcro traga, la tierra cubre, los gusanos deshacen, la memoria olvida, y el que ayer fué hombre, hoy es polvo y mañana nada (3).” La vida no es más que ilusión, agradable solo al comenzar. El año nace entre las rosas de la primavera y desaparece en la tristeza del invierno. El día amanece entre las risas de la aurora y acaba en las tinieblas de la noche. Así el hombre comienza á vivir en los encantos de la niñez y lozanía de la juventud para concluir en los horrores de la muerte..... Y si el hijo de Dios con haberse hecho hombre sufrió el rigor de esta ley, que *no se hubiera publicado en una tierra inocente*; ¿qué se queda para los infelices hijos de los hombres?..... ¡Ah! desengañémonos, la humanidad cristiana y la resignación en la Providencia, es el único recurso que nos queda. Para despuntar de algún modo las espigas de la grandeza humana, no hay mejor expediente que no aspirar á ellas, ó cuando Dios las mande desempeñarlas con la virtud. Solo la virtud hace al hombre impávido en las desgracias; aunque se desplome todo el orbe, se sepultará sin cuidado en las ruinas (4). En fin, tened presente este consuelo que nos regala la religión. Cuando Dios hace infeliz al virtuoso es para hacerlo más feliz con ventaja. Y cuando hace dichoso al perverso, es para castigarlo al doble, “pues le conce-

(1) Psalm. 138.

(2) Sap. c. V, v. 21.

(3) Gracian.

(4) Horacio. Lib. I, ed 3.

dió enojado lo que no le hubiera concedido propicio (1).” Esta es la solución del gran sofisma que los murmuradores ponen contra la Providencia por la aparente injusticia de la distribución.

Grandes de la tierra, si sois insensibles á los estímulos que deben amargaros, si os ha narcotizado el olor de tantas flores, como os riegan: temed un *viernes*..... cuidado con morir crucificados en la cruz del mundo.... Aprended de Jesucristo, que si se dejó vitorear es solo para cumplir con su destino. Tened virtudes..... para que si algún día el mundo pidiere vuestra muerte, mirais en la cruz de Jesucristo, que es donde se logró una dichosa resurrección.—AMEN.

(1) *Quaedam negat (Deus) propitius, quia concedit iratus.* S. Agust. Tract. 73 in Joan á princ. Tom. IX.

SERMON

DE LA

DOMINICA DE PALMAS

PREDICADO

EN LA CATEDRAL DE MEXICO

POR EL

DOCTOR D. JOSE PATRICIO FERNANDEZ DE URIBE.

CANONIGO PENITENCIARIO QUE FUE DE LA MISMA IGLESIA.

*Hosanna filio David..... eorum est
univera civitas dicent: quis est hic?*

S. Matt., cap. XXI, v. 9 et 10.

¿Luego había de ser la triunfante entrada del Hijo de Dios en Jerusalem triste próambulo de su próxima muerte? ¿Luego habían de andar en la persona del Salvador tan cerca de las palmas las cruces; del triunfo la ignominia, que casi se mezclaron las aclamaciones de Mesías con las maldiciones de criminal: los supremos honores del trono con las últimas deshonras del patíbulo: los alegres vivas con los sediciosos gritos de muerte: el hosanna con el crucifijo? ¿Mas qué mucho que en el corto espacio de cinco días se represente una metamorfosis tan extraordinaria, si hoy mismo, cuando Jesucristo se deja ver en Je-

rusalen con todo el magnífico aparato de un Rey pacífico, es recibido con demostraciones tan contrarias? Una humilde porción del pueblo enarbola palmas y olivas, forma de sus vestidos tapetes á los pies de Jesús llenando el aire de vivas y de bendiciones, le rinde homenaje como á su Rey; pero todo este, aunque sencillo, magnífico aparato, no produce en la pérfida Jerusalem otro efecto que inquietud y alboroto, y que conmovidos sus vecinos de varios afectos, ya de ira, ya de envidia, se preguntan alestando curiosidad unos á otros ¿quién es éste?

Commota est universa civitas dicens: quis est hic?

No nos detengamos, señores, en la aplicación de este misterio á los soberanos que hoy comenzamos á celebrar. El triunfo que alcanzó Jesucristo sobre la muerte y el pecado á costa de su dolorosa pasión: su triunfante entrada en la espiritual Sion de las almas por medio de una penitencia sincera y perfecta, son el objeto de la Iglesia, y deben ser el nuestro en la solemnidad de esta santa semana. Pero ¿cómo la celebramos, ó qué parte tomamos en este triunfo? ¿La de las turbas que le aclaman, ó la de Jerusalem ingrata que agitada y conmovida no manifiesta sino una inquieta curiosidad? La respuesta á esta pregunta será la materia de esta breve oración. No he de ser yo el que responda. Dejaré que vosotros, después de exponer fielmente lo que pasó hoy en Jerusalem y lo que pasa en México, decidáis si la semana santa es semana de triunfo para Jesucristo: *Hosanna filio David* ó de inquietud y conmoción escandalosa para las almas: *commota est universa civitas dicens: quis est hic?* Quiera Dios dar eficacia á mis palabras como se lo pido por la intercesión de su Madre purísima: pedídselo conmigo saludándola llena de gracia. — AVE MARIA.

EXCELENTISIMO SEÑOR

Palmas ásperas, escabrosas al tacto, que deben sus más dulces frutos á los jugos de aguas salobres: olivas de hoja y corteza amargas al gusto, fecundas en terrenos áridos y montuosos, símbolos ambas de la exterior mortificación, y de la amarga compunción del espíritu, eran las insignias más acomodadas para el triunfo de un Rey que venia á conquistar muriendo, y á declarar una abierta guerra á los placeres de los sentidos y á la vana pompa del siglo. No fué, pues, sin misterio el que las turbas en esta mañana ostentasen ramos de palma y oliva, y que desnudándose de sus vestiduras cubriesen con ellas el suelo por donde pasaba Jesucristo. Si, señores: la amarga penitencia en el corazón, la humilde modestia en el exterior, los sentidos negados á todo placer, aun el más inocente, deben ser las insignias con que celebramos á un Dios que triunfa desde el leño en que muere en esta semana conocida con razon de los antiguos (como enseña el padre san Bernardo) por el nombre de la *semana penosa*. Yo bien sé que la palma y la oliva significan principalmente aquella paz interior del espíritu que debemos establecer en nosotros mismos por medio de un triunfo doloroso y amargo de las pasiones más amables; pero también sé que la memoria que solemnizamos de un Dios que espira destrozado, pobre, escarnecido; que la religion que consagra estos días solo á la penitencia y á la iglesia, publicando en todas sus ceremonias un fúnebre luto, exigen de nosotros las exteriores señales de mortificación y de santa tristeza. Pues ¿qué (decía el esforzado y fiel Urias (1), cuando David con traidor artificio le persuadía que se retirara á descansar) el arca de Dios vivo estará bajo de armados pabellones expuesta á los insultos del enemigo? Joab, mi general, apenas tomará un inquieto reposo sobre la dura tierra, ¿y yo

(1) 2 Regum, cap. II.

he de ser tan vil que coma y beba con aegria? ¿Qué duerma en blando lecho y dé gusto á mis sentidos? *Arca Dei habitat in papilionibus, et Dominus meus Joba super faciem terra manet, et ego ingrediar domum meam, ut comedam, et bibam et dormiam?* Afectos dignos de estos dias venerables y que necesariamente excitan la memoria de los misterios penosos de un Dios salvador en almas verdaderamente cristianas. El arca, no ya entre sombras, sino la que verdaderamente encierra á Dios vivo, sostiene el combate más crudo contra el pecado y las pasiones; y yo al mismo tiempo ¿formaré una infame liga con estos mismos vicios para insultarle? Mi general, mi Rey, mi libertador, no tendido sobre el duro suelo, sino clavado en un patíbulo y reducido á la última miseria, no alcanza aun una poca de agua para apaciar su ardiente sed que le consume, y yo en estos mismos dias ¿comeré con abundancia? ¿beberé con regato? ¿dormiré blandamente? El autor de todo, el que viste á los lirios de fragante y hermosa pompa, al medio dia, y á vista de un numeroso pueblo se deja ver vergonzosamente desnudo; y yo ¿buscaré en estos dias galas con que lucir, adornos con que distinguirme, y oponiendo desnudez á desnudez, con la más escandalosa arruinaré lo que pretende ganar Dios con la suya divina? Sentimientos, vuelvo á decir, que no solo inspira la religion, sino que dictan la naturaleza y el agradecimiento en un corazón racional.

Y ¿son estos, católicos, los nuestros? ¿Andamos á semejanza de las turbas portando en estos dias ásperas palmas y amargas olivas de austera y rígida penitencia? ¿póro al contrario, convirtiendo en objetos de una curiosa diversion los que deben serlo de dolorosas reflexiones, nos coronamos de las rosas envenenadas del placer? ¿Nos desnudamos de los vanos adornos para ponerlos á los pies de Jesucristo, ó procuramos á competencia vestirnos con más profandidad? Lo que practica la mayor parte de los cristianos ¿presenta una idea de la sencilla aclamacion de las turbas: *Hosanna filio David*; ó de la desordenada inquie-

tud de Jerusalem *commota est univosa civitas?* Verdad ignominiosa digna de sepultarse en el olvido; pero tan notoria, que sin que la publique la lengua, están, no sé si Horándola más que viéndola los ojos. Adornarse con galas que inventan en los unos el lujo y la vanidad; en las otras el nocivo deseo de agradar; sustituir al cilicio con que deberíamos estar cubiertos, ó al menos á las toscas bayetas con que manifestamos el dolor de la muerte de nuestros padres ó allegados; vestidos, ó costosos ó artificiosamente dispuestos, y que con una nomenclatura indecente se llama *gala de semana santa*: hacer al ayuno tercero de la gula, comiendo y bebiendo con más esplendidez y delicadeza al medio dia, por lo que no se come en las restantes horas: tomar ocasion de unas devotas procesiones para convites, visitas, refrescos en que suelen acabar la destemplanza, la marmuración y el galanteo, lo que empezó la urbanidad: correr de iglesia en iglesia distraido el corazón, libre y desenvuelto el exterior, siendo el menor delito la curiosidad de ver y ser vistos; si esto sucede en México ¿no es México un retrato de la commovida Jerusalem? *Commota est univosa civitas dicens: quis est hic?*

El retrato es muy fiel para no conocer el original. Comocion, iniquidad, desórden en todos los lugares y en todas las clases de personas: *univosa civitas*. Comocion en el pueblo bajo entregado á la destemplanza y á mil perniciosas libertades; comocion en personas de calidad agitados de inquietas pasiones de la vanidad y amor profano, que buscan su fomento donde debian hallar su más santo freno; desórden en las calles donde todo es confusión, tropela y algazara; desórden en las casas donde todo es convites y ociosidad; desórden; y el mayor, en los templos donde las vistas inmodestas, las conversaciones, las risas, la dispacion parece que están desmintiendo aquellas ceremonias con que venimos á protestar que ha muerto y ha muerto por nosotros todo un Dios. A vista de éste, no sé si lo llame furor, locura, ó irreligioso escándalo, ¿quién no llorará las quiebras que padece nuestra reli-

gion, especialmente en un siglo que se ha abrogado el título del siglo del decoro y de la reforma de los abusos? Si se promueven las bellas artes, si se cultiva el lenguaje, si las costumbres se civilizan, se observan con una especie de afectación supersticiosa la propiedad y la imitación del natural en tanto grado, que hasta en el teatro se condenaría como barbarie no guardar el decoro y la verisimilitud. Yo, por tanto, no dudo que si la santa solemnidad de esta semana no fuera otra cosa que una representación teatral, en que todos nosotros compareyéramos como unos personajes fingidos para hacer el papel de hijos compasivos de un padre desgraciadamente muerto, no dudo, repito, que observaríamos en el traje, en las palabras, en las acciones y en todo el exterior un aire melancólico bastante á excitar la compasión.

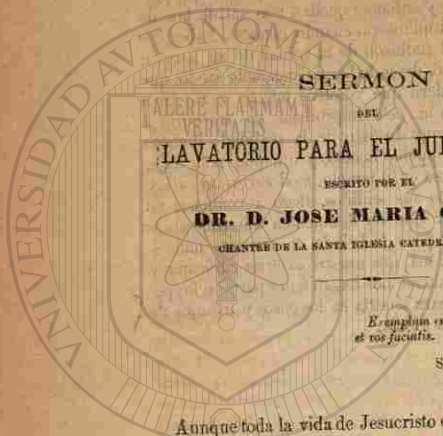
Y ¡oh Dios Redentor! ¿no obrará en nosotros tu verdadera muerte, por lo menos, otro tanto de lo que obraría una representación fabulosa? Esclavos de un Señor que muere por redimirnos, criaturas de un Dios que nos reforma con su sangre, hijos de un padre que muere solo por nuestro amor, ¿qué títulos estos para reducirnos al extremo de la desolación! Imágenes funestas con que expresaba Jeremías el estado de la iglesia doliente por la muerte de Dios ¿cómo habeis desaparecido de nuestros ojos? Nobles y grandes de Sion postrados por la tierra observando un profundo silencio (1). *Sederunt in terra, conticuerunt sines filia Sion*: calles anegadas en llanto, sacerdotes que gimen, vírgenes sin aliño y toda la ciudad oprimida de amargura: *Vive Sion lugens, Sacerdotes ejus gementes; vírgines ejus squalidas, et ipsa oppressa amaritudine* (2). ¿Y será posible que al llanto y los suspiros, que al silencio y al desaliño hayan sucedido la pompa, la disipación, las risas, el desorden y una inquieta universal conmoción? *Commota est universa civitas*.

He concluido, señores, porque las muchas ocurrencias

(1) Jer. treu., cap. II.

(2) Jer. treu., cap. I.

del día no me permiten dilatarme; pero acabo animado de un deseo enteramente contrario al que traen á este santo lugar los oradores. Nada más desean éstos que predicaros la verdad, y entonces quedan más satisfechos de haber cumplido su ministerio cuando conocen haber dejado convencido al auditorio de la verdad de su asunto; yo, por el contrario, deseo haberme engañado en lo que os he dicho, y quiero que vosotros tengais razon para censurarme de que un celo imprudente me trasportó á formar un retrato muy distante de la realidad; dichoso yo si á vista de un pueblo honesto y humilde en su traje, reverente y silencioso en el templo, modesto en las calles, mortificado en todos sus sentidos, llevo á condenar mi engaño y á confesar que no desmienten nuestras obras las palmas que hoy pone la Iglesia en nuestras manos. Quiera Dios que así sea, que nuestro exterior edificante y nuestro corazón penitente nos hagan tener parte en las penas del Salvador, para tenerla en los gozos y triunfos de Jesucristo Rey de la gloria.



SERMON

LAVATORIO PARA EL JUEVES SANTO

DR. D. JOSE MARIA GALINDO

CHANTE DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE OAXACA

Exemplum enim dedit vobis, ut... ita et vos faciatis.

S. Juan., c. XIII, v. 15

Aunque toda la vida de Jesucristo es una cadena de humillaciones, hay lances que marcan su humildad y la hacen más interesante. Tal es el admirable pasaje con que sorprendió á sus discípulos la noche de la cena. Preparada ésta y sentada á la mesa toda la comitiva, Jesús se levanta, deja la capa, se cñe una toalla y se postra delante de ellos para lavarles los pies con sus propias manos. Sería para los apóstoles este espectáculo, no solo de admiración natural, sino de un santo éxtasis de difícil adivinanza. Cierta es que estaba la solución del enigma para otra oportunidad; y aquella vez para tener parte con el Maestro, era preciso no resistir y dejarse lavar; así es que no quedó en proyecto el misterioso lavatorio, sino que literalmente recorrió Jesús la série de los discípulos hasta la-

var á todos y darles este ejemplo sublime de humildad.

Exemplum enim dedit vobis ut... ita et vos faciatis.

Jesús iba en la cena de aquella memorable noche á celebrar la primera misa que se oyó en el mundo; en esta misa, nueva en toda la extension de la palabra, había de conferir la dignidad del sacerdocio á los once predestinados y un reprobó que cenaban con él; les había de dar verdaderamente el cuerpo y la sangre del nuevo testamento, escrito con esa sangre y sostenida con ese cuerpo hasta su último instante. Les iba á pronunciar un largo y divino discurso, que contenía instrucciones sólidas y necesarias para el gran oficio de enviados por todo el universo. Era, pues, convenientísimo que el primer Pontífice les enseñara á formar el cimiento del edificio que se había de construir. A la altura debe corresponder el fundamento; ¿cuál será el de una iglesia que se ha de levantar hasta el cielo? Solo la humildad profunda de un Hombre Dios podría sostener una mole inmensa, que lleva el peso de todos los pueblos y de todos los siglos. Era también muy justo que los preparara con un lavatorio material, para indicarles el espiritual ó la suma pureza con que debían participar de aquel sacramento: enseñarles, digo, á humillarse delante de un Dios, cuando ese mismo Dios se había humillado delante de ellos... *exemplum enim...* Los discípulos vieron en esta asombrosa jornada una lección práctica de aquella mansedumbre y humildad en que quería ser imitado su Maestro, y nunca conocieron toda la grandeza de Jesucristo como cuando lo vieron postrado lavándose los pies. Si solo el recuerdo admira y la figura entenece, ¿qué sería ver el lance con todas sus escenas? ¿Qué emociones tan dulces! ¿Qué pasmo para aquellos hombres que se habían formado la idea más alta de su Maestro! ¿Qué!... diría cada uno de ellos, ¿cómo se postra á mis pies el que hace tantas maravillas y nos asombra con sus palabras? Los discípulos, que asistieron al labor, estarían confundidos, deseando explicaciones y mirándose unos á otros con los ojos llenos de lágrimas.....

Lava ¡oh dulce Jesús! los pies de tus discípulos; purifica con este ejemplo de humildad esas víctimas, que iniciadas en el gran misterio de la Redención, escribirán con su sangre tu nombre y te confesarán en el rigor del suplicio. Lávales los pies, porque el que ya está limpio, no necesita sino que se lave los pies..... ¡ah!..... pero no están todos limpios... ¿quién, pues, está sucio en ese senado de obispos? ¿Quién se atreve a profanar las primicias del sacerdocio y el primer sacrificio de la ley nueva, delante del autor de los sacramentos? ¡Ah, infeliz, mejor sería que no hubieras nacido.....! Qué contraste entre la rebeldía de este apóstol y la docilidad de sus condiscípulos! Me parece muy propio este asunto, deducido naturalmente del mismo pasaje: lo tomo para que domine en todo mi discurso y para que corresponda a los misterios de este día: pidámos la asistencia del cielo.—AVE MARIA.

Exemplum enim, etc.

Fijando los ojos en este tierno lance, vemos dos escenas de suma importancia que se disputan la preferencia para llevarse la atención. Jesucristo á los pies de San Pedro y á los de Judas. Jesús con el pichel y el lebrillo (de los que quiso servirse personalmente para darle todo el tono á aquel lavatorio) excita unas ideas tan distintas en los dos discípulos, cuanto eran diferentes los corazones de un Simón Pedro, amoroso por naturaleza, y de un Judas Iscariote, venal por sistema y traidor á su Maestro. Yo veo en el primero la imagen de un pecador dócil, que al pequeño influjo de la gracia se da por vencido; y en el segundo la de un obstinado que con su resistencia tenaz se precipita en el abismo. ¡Oh, Pedro! ese lavatorio es la figura de

otro que has de hacer con tus lágrimas para quedar enteramente limpio. ¡Oh Judas! ese lavatorio, cuyas gracias resistes, es la última prueba ó el visto bueno de tu eterna reprobación. ¡Oh Jesús, con qué igualdad lavas á los dos discípulos y qué frutos tan desiguales produce el lavatorio! Este es el gran misterio del amor á Jacob y el del odio á Esú. Adoremos el misterio considerando que Dios es justo en todas sus obras y que estamos obligados á recibir bien el lavatorio de nuestros pecados, imitando la docilidad de Pedro, que lo hizo feliz y desechando la obstinación de Judas que lo hizo desgraciado. Estas dos ideas dividirán el discurso en dos partes. Desenvolvamos la primera idea.

Comienza Jesús á desempeñar aquella humillante función y comienza por Pedro: el discípulo se asusta, no por el modo y circunstancias de aquel que le sirvió; no por un fámulo, sino por un Señor de la representación de Jesucristo. *¿Tú me lavas los pies,* le dice, *tú, el Cristo, el Hijo de Dios vivo,* á quien vi andar sobre las aguas, lanzar demonios, curar enfermos, resucitar muertos, convertir pecadores, imperar á los vientos? *¿Tú,* el dueño legítimo de todo lo criado, *el Omnipotente!*... *¿Tú,* postrado, me lavas los pies? *Lo que yo hago,* le contesta Jesús lleno de dulzura, *tú no lo sabes;* algún día conocerás el secreto de mis humillaciones y del pan celestial que te voy á dar de comer esta noche; algún día se te abrirá la inteligencia de este lavatorio, que ahora te sorprende porque no lo conoces: esta conducta que observo contigo y con tus condiscípulos, es la misma que observa mi Padre en el gobierno del universo: dispone todas las cosas con suavidad y deja á los hombres en una ignorancia muy útil, para que se rindan con docilidad á los decretos de la Providencia y se dejen conducir en las manos de Dios, sin una curiosa investigación. *Pues no me lavas los pies eternamente,* le replica San Pedro. *¿Cuándo voy yo á permitir que Jesús me lave?* *¿En dónde se ha*

visto que el siervo sea superior á su amo, ni el discípulo al maestro? Esta réplica viva y animada, nacida del supremo concepto que se habia formado de Cristo, descubre todo el amor y reverencia de Pedro y lo aturdido que estaba sin poder unir unos extremos infinitamente distantes. Alabo la humildad, mas no apruebo el desaire. Cuando Jesus dispensa una gracia, es necesario recibirla. Convento en que es justísimo humillarse delante de Jesucristo, pero si él lo manda ya es una ofensa resistirle. Así contesta á San Pedro, como resentido de las excusas: *Pues no tendrás parte conmigo si no te lavo...* ya no celebrarás la pascua en mi compañía... no serás un sócio de mi muerte ni de mi resurrección... no serás del género escogido ni entrarás en mi reino... ¡Ah!... terrible amenaza! ¿Quién no cede con una descarga tan furiosa? ¡Pobre Pedro! no se aturde tanto un labrador que ve caer un rayo á sus pies... Señor, le dice, si esta es la pena de los que resisten, si esta es la consecuencia de no dejarme lavar, lávame *no solo los pies, sino las manos y la cabeza...* ¿Quién no mira en esta estremosa salida todo el amor de Pedro y la docilidad de su corazón? El Maestro urge; negarse es perder su dulce sociedad, es enojarlo sobrenaturalmente. ¿Quién no se deja lavar por no perder á Jesucristo? El compañero inseparable aun en los prodigios más reservados, ¡separarse de su Maestro para siempre! Solo de imaginarlo se espanta..... no solo se docilia á la fácil operación de dejarse lavar, sino que *está preparado á ir á la cárcel y hasta á la muerte* en obsequio de su maestro.....

Todos los días tenemos á Jesucristo á nuestros pies que riéndonos lavar: conoce que nuestros pecados nos han ensuciado hasta el extremo: le da dolor que una alma redimida con el infinito precio de su sangre, no participe del copioso diluvio que salió de su costado, para limpiar toda la tierra: quiere que todas las almas se laven; y él mismo, con una bondad suma, nos ofrece el misterioso lavatorio. Y qué ¿no nos ha de lavar eternamente? ¿Nos

hemos de contentar con nuestras impurezas? ¿Nos exponemos á no tener parte en los misterios de su gracia y de su gloria? No, y mil veces no; docilítmonos, pues, como Pedro al divino lavatorio: no dejemos pasar la oportunidad de la gracia con que nos favorece, no sea que tengamos la funestísima suerte de Júdas. Segunda idea.

Concluida aquella especie de cuestion entre el Señor Jesus y San Pedro, los demás apóstoles, no menos asombrados, recibieron de mano de su Maestro el lavatorio, sin hablar palabra, glosando el lance con mil ideas que se agolpaban en su imaginación. Llegó, pues, el Salvador á los pies de Júdas, y se postra delante de él. ¿Habéis visto á la tímida oveja en la presencia de algun lobo, como por el conocimiento que su naturaleza le inspira, conoce á su enemigo y se persuade de que ni su inocencia y humildad la han de poder salvar, sino que indolentemente será presa de aquella fiera obstinada en devorar ovejas? A ese modo me figuro á Jesucristo, Cordero immaculado, delante de Júdas, *conociendo que el impío proyecto de este hombre inhumano se habia de sostener con su capricho inflexible, hasta entregarlo sin culpa en las manos de sus enemigos.* Con todo, Jesucristo quiere hacer la última tentativa: bien podia, sabiendo la iniquidad de aquel discípulo, despedirlo del colegio, ó hacerle reprensiones y exigirle los motivos de una conducta tan opuesta al espíritu de caridad, que él mismo le habia enseñado de palabra y obra. Nada de eso: no quiere abochornarlo delante de sus discípulos; pero aquella palabra, *estad limpios, mas no todos*, que se escapó á su elocuente silencio, como fué pronunciada á la comunidad, reveló el misterio de la traición, dejando cubierta la persona del traidor. Jesus con ternura lava el sacrilego pie y lo enjuga con la toalla: así quiere domesticar aquella fiera; con esa agua quiere extinguir el voraz incendio que veía en el corazón de Júdas y reducirlo á variar de sistema. Al fin era su discípulo, lo escogió él mismo: era, pues, justo no desgraciar una elección de toda una noche

de oración mental. Jesús redobla las dulzuras de su insinuación, hace brillar en la hermosura de su rostro, la santidad de su vida delante de Júdas; le inspira el conocimiento de que es su Maestro, de que es el Mesías prometido, de que es el Hijo de Dios; le pone en la memoria todos los prodigios que ha hecho delante de él: le hace un paralelo entre once discípulos fieles que se preparan á morir con el Maestro, y un apóstata ingrato que piensa entregarlo; le excita la idea terrible de una muerte pésima, sin dejar de endulzarlo con la imagen de la esperanza del perdón: en fin, le toca el corazón con el bellísimo pensamiento de que aun está en proyecto la entrega, de que todavía hay lugar á la misericordia. No parece sino que con el grupo de tan nobles ideas y con su interesante postura, le decía Jesús en el fondo del alma: "¡Llora, Júdas, te perdono tu culpa: ¿por qué me aborreces? Perdóname, ¿por qué me entregas en las manos de mis enemigos.....?"

¿Y Júdas?..... ¡Ah! funestamente impávido como un peñasco duro, insensible al más furioso viento, con una indiferencia criminal ve aquella tiernísima demostración, capaz de ablandar una piedra, y con una especie de burla, recibe el santo lavatorio, pues se asoma á su semblante la sonrisa de la traición. ¿Habeis visto corazón más feroz y más bárbaro? Una sola mirada de Jesús bastó á San Pedro para llorar amargamente; para Júdas no bastan ni las palabras ni los mismos hechos. El conoce que su Maestro lo sabe; lo había visto adivinar á una mujer el número de sus amantes, por lo que debía suponer que su delito no era oculto para Jesucristo..... no podía ni siquiera dudarlo; ¿pues hasta dónde llega la incua dureza de este hombre?..... El lavatorio se hace y Júdas queda más negro que la noche en que fué concebido.....

¿Cuál será el resultado de esta escena entre la oveja y el lobo, entre el amor y el aborrecimiento? Que se acabará la misericordia y llegará la desesperación..... El que no quiso la pureza de un lavatorio, adoptará el rigor

de una soga..... Anda, pues, pérfido discípulo: *lo que has de hacer, hazlo pronto*; no amargues la divina tertulia con tu repugnante presencia; deja á los verdaderos amigos en sus dulces desahogos; déjalos en una santa confianza tener sus últimas conversaciones. Indigno de la sociedad de Jesús, anda y recibe el precio de tu Maestro, tú volverás el *miserable talego* cuando no te haya quedado más que un *árbol funesto donde suspenderte*.....

¿Quién no tiembla al ver la desgracia de este obispo acabado de consagrar en el mismo comercio familiar de Jesucristo? Tiemble, pues, el pecador obstinado, que resista las insinuaciones de la gracia. Si su corazón se endurece, si no acepta gustoso el lavatorio con que se le convida ó lo recibe sin la sinceridad de un amigo, para entregar despues á Jesús con la ofensa de un Dios, tema la *soga* y el *árbol* del réprobo; la impenitencia final, digo, ese pecado contra el Espíritu Santo, que no se perdona ni en este siglo ni en el futuro. ¡Oh cristianos! Las dos escenas que os he pintado, son los dos extremos de nuestro último fin: el lavatorio de la gracia es universal, á nadie se le niega; ó se recibe con el respeto y docilidad de Pedro, ó con la infamia y sacrilegio de Júdas: no se da medio. Si se deja uno lavar como Pedro, el lavatorio produce todo su efecto, hasta tener parte en la gloria de Cristo: si se recibe como Júdas, el lavatorio produce el efecto contrario, hasta la separación eterna de la compañía de Jesús. Abramos, pues, los ojos; reflexionemos en estas verdades de sumo interés; recibamos bien dispuestos el lavatorio por medio de la confesión, pidiendo siempre á Dios *que nos lave más y más de nuestra iniquidad*, para que puros, como el corazón de Jesús, lo acompañemos siempre en el cielo.—AMEN.



SERMON

SOBRE EL

CAMINO DEL CALVARIO

PREDICADO EN PUEBLA

EN LA IGLESIA DEL SEÑOR DE LOS TRABAJOS

EL 1.º DE ABRIL DE 1859,
EN LA PRIMERA MISA QUE CELEBRÓ EL P. D. FRANCISCO RUIZ

POR EL SR.

D. JOSE MARIA GARCIA MENDEZ

CURA INTERINO DE SAN MARCOS

*Befolans sibi crucem, exivit in eum
qui dicitur Calvarie locum.*

Llevando su Cruz á cuesta, salió
para aquel lugar que se llama Calva-
rio.

Joann, cap. XIX, v. 17.

En los libros de los vaticinios sagrados; en aquella compilación de sentencias cuyas verdades se hallaban de tal manera sepultadas en el tiempo, que no aparecía de ellas ningún principio ni relación con el presente; en esas predicciones inspiradas por Dios de sucesos contrarios á las leyes generales y naturales, y de acontecimientos prodigiosos é incomprensibles, en las profecías, leemos la prefiguración de un hombre extraordinario, que si bien tra-

jera al mundo un origen sublime y naturaleza divina, y por ello fuera elevado sobre todas las criaturas del vasto universo; sería, sin embargo, objeto y receptáculo de abyecciones profundas, de ultrajes inauditos, de atroces injurias y de baldones sin cuento.

Zacarias (1) lo describe con los caracteres de un Rey poderoso y triunfante que vendrá á consolar á la hija de Sion. Daniel (2) lo representa el Santo de los Santos, la justicia personificada y el poder encarnado que habia de cambiar los tiempos y los siglos, los imperios y los reinos, para trasladar y firmar los suyos fuera del alcance del poder humano. Ageo (3) lo reseña el deseado de todas las naciones, que vendrá á henchirlas de gloria y de paz. Malaquías (4) lo caracteriza un Angel de alianza que será el reconciliador de la tierra con el cielo. Pero en contraste sorprendente de tanta majestad y poder, David (5) lo presenta como el esclavo más abyecto, desechado, acusado, atormentado de mil maneras, abrevado en hiel y taladrado de pies y manos. Isaías (6) lo describe negado, vendido, abofeteado, escarnecido, escupido á la cara, cubierto de heridas y de sangre, muerto y después glorioso en su sepulcro. ¿A quién, pues, se refiere una reseña tan contradictoria? ¿A quién corresponde este cuadro, por el anverso tan magnífico y glorioso, y por el reverso tan abatido y humillante?

Bien entenderéis, señores, que la persona á quien hacen referencia estas misteriosas predicciones, es Jesucristo Hijo de Dios; aquel hombre extraordinario que se presentó en la Judea y la llenó de beneficios, de ejemplos y de milagros, y á quien sin embargo los judíos se obstinaron en desconocer, porque no le veían rodeado de la

- (1) Zachar, cap. XIX, v. 9.
- (2) Daniel, cap. II.
- (3) Ageo, cap. II.
- (4) Malaquías, cap. IV, v. 1.
- (5) David, salmos 97, 40, 68, 21.
- (6) Isaías, capítulos XXI, XXXIV, L, LIII, LXVII.

poupa y majestad con que figuraban á su libertador; á quien los gentiles calificaron de demente, porque no poseían la inteligencia de los divinos arcanos, ni acertaban en la concordancia de las profecías; y á quien los cristianos, porque rendimos el debido homenaje de fe á las sagradas letras fundadas en la revelacion de Dios, veneramos como á nuestro Salvador, como á nuestro Redentor y como al reconciliador de la tierra con el cielo, por medio de las humillaciones aceptadas en la naturaleza humana de que se revistió para padecer y morir por los pecados de sus hermanos.

Imposible sería, señores, que los cristianos que hoy nos hallamos reunidos en este templo para recordar con amor reverente la pasión de Jesucristo Nuestro Señor, emprendiéramos hacerlo de todas sus penas, de todos sus sufrimientos y de todos sus trabajos, desde que en un humilde establo de Belen abrió sus divinos ojos á la luz primera, hasta que la agonía y la muerte le abatieron en la cima del Gólgota, pendiente de un infame patíbulo. Imposible será también, por más que nuestra gratitud lo exija, que estimemos en su verdadero valor todos los actos de su preciosa vida, sembrada de virtudes sublimes, de doctrinas excelsas, de estupendos milagros y del más puro y acendrado amor á la humanidad. Imposible será que comprendamos y sintamos como merecen, las angustias, los baldones, los dolores inmensos y los sufrimientos humildes de que estuvo plagada su venerable pasión y su preciosa muerte. Mas para cumplir nuestro piadoso deber en este día, consagrado al culto de Jesús en los trabajos de su camino al Calvario, yo os lo recordaré con su Cruz á cuestas, soportando en sus llagados hombros su enorme peso, sufriendo la angustia de tan dolorosa jornada; y su amantísimo corazón traspasado de la pena de su Santísima Madre y de la ingratitud de los hombres. Consideremos brevemente á Jesús arrojado en la tierra bajo el ominoso peso de la Cruz: á tal extremo le han precipitado las culpas de los hombres. Considerémoslo hue-

go puesto en pié y casi exánime, caminando gustoso hasta el lugar del suplicio: así enseña á los pecadores á expiar sus culpas bajo el saludable peso de la penitencia. Esta doble idea me propongo, señores, desenvolveros en este breve rato, con el fin de excitáros al arrepentimiento de los ultrajes hechos á Jesús y á la expiación de los pecados por la penitencia sacramental. Pidamos la gracia del Espíritu Santo por la intercesion de su purísima Esposa la Santísima Virgen Maria.—*Ave Regina*, etc.

Bajulus sibi crucem, etc.

Describiendo Isaias (1) al siervo del Señor, á su Mestaz hecho hombre, con rasgos sublimes de suprema inteligencia y sabiduría, para cumplir sus órdenes en la grande obra de la redencion, lo representa también con horrosos tintes y coloridos de sangre, de tormentos y de angustias. ¿Quién es ese? pregunta: ¿Quién es ese insigné varon que poderoso, justo y clemente con el género humano, viene de Edom y de Bosra, con el glorioso manto real que le cubre, salpicado de la sangre vertida en la difícil y sangrienta victoria que el solo ganó contra sus enemigos? Es el hombre despreciado como el postrero de todos, varon de dolores y que sabe de trabajos; el que por su voluntad se ofreció solemnemente al sacrificio, y cual oveja conducida á la muerte, tomó sobre sí las penas que merecían los extravíos de los hombres; quien

(1) Isaias, cap. LXIII.

cargó sobre sus hombros las iniquidades y maldades de todos, y quien para expiarlas fué llagado, herido, atormentado y al fin condenado á infame muerte y arrancado de entre los vivientes por sentencia de jueces inicuos.

En este patético cuadro trazado por un profeta del Antiguo Testamento con la antelación de muchos siglos, la Iglesia católica ha reconocido siempre el reinado de Jesucristo Hijo de Dios, que desprendido del seno de su Padre se ofrece por el rescate de la humanidad, y se hace víctima expiatoria de sus pecados. Como Hijo de Dios, se encuentra cargado con los derechos de la justicia de su Padre; pero como verdadero hombre, lo está también con los intereses de la humanidad culpable, y así se interpone entre Dios y el pecador, entre la culpa y la ley, entre la justicia y la misericordia, entre el castigo y el perdón. ¡Oh amor inefable de Jesús á la humanidad! Un Dios inmólando á su propio Hijo en sustitución del hombre culpable: un Dios hecho hombre: un hombre exento de toda culpa original y personal, y á quien por lo mismo nunca pudiera acercársele el pecado ni la muerte, confunde su santidad, se reviste de pecador, y cargando sobre sus hombros el enorme peso de la malignidad humana, marcha al suplicio á satisfacer la eterna, la inflexible justicia de Dios. Vuelvo á exclamar: ¡Oh amor inefable de Jesús! Pero ¡oh ingratitud incomprensible del hombre! ¿No le bastará, para calificarse de ingrato, olvidar los beneficios de Jehová ostentados en la creación, recibidos al sacarlo de la nada y elevarlo al trono mismo de Dios, manifestados al ofrecerle la restauración de su caída por la redención, y confirmados, al fin, con haber dado por él su sangre y su vida, hacerlo objeto de sus delicias y alimentarlo y sostenerlo con su mismo cuerpo y sangre? ¿No bastaba todo esto sino que también á tamaña ingratitud había de añadir su desfealdad y traición al buen Dios de los cristianos? ¿Por qué error ó por qué ingratitud corresponde el hombre de este modo? ¿Por qué, después de diez y ocho siglos de pasado el gran sa-

crificio del Calvario, el hombre lo repite diariamente renovando los ultrajes, los dolores, la pasión y la muerte de su Redentor? ¿Por qué sobrecarga en esa Cruz que le ha hecho sucumbir todas sus iniquidades y sus crímenes? Señores, el pecador con los delitos que diariamente comete, con más atrocidad y con más conocimiento que los judíos, repite y renueva los tormentos y la muerte de Jesús, porque con su impiedad le desconoce y niega; con su libertinaje le insulta y ultraja; con su avaricia le vende y entrega; con su blasfemia lastima sus oídos y atormenta su cabeza; con su ira le ata y le azota; con su mollicie lo macilenta y consume; con su voluptuosidad le desnuda y avergüenza; con su soberbia le desprecia y arroja á la tierra; y con todas sus culpas recarga esa pesada y ensangrentada Cruz que le abruma y en la cual al fin le clava, le eleva como objeto de infamia, le hace morir para abrir cruelmente su corazón y hacerle verter la última gota de su sangre. ¡Ah! y esa última preciosísima sangre es aun ofrecida por Jesucristo en expiación de los pecados de sus enemigos, de sus verdugos, de los hombres. ¡Oh amor! ¡oh misericordia incomprensible de Jesús! Lloremos, señores, lloremos con lágrimas de verdadera contrición, vertidas hoy al pie del altar que aplaca la ira de Dios; lloremos nuestras iniquidades y propongamos firmemente expiarlas por la penitencia, imprimiendo en nuestros corazones la lección que en segundo lugar nos da Jesús en los trabajos de su dolorosa jornada al Calvario.

La penitencia cristiana que Nuestro Señor Jesucristo, tomándola de la esfera de virtud, elevó al rango de sacramento para comunicarle el don de causar la gracia santificante, que como virtud sola no puede tener, comprende tres deberes ó caracteres esenciales: 1.º La detestación interior del pecado por el arrepentimiento. 2.º La confesión de la culpa, como expresión propia y efecto necesario del arrepentimiento. 3.º La reparación del mal causado y la formación del sacrificio expiatorio para

conseguir el perdón. Y ¿quién de los cristianos que me escuchan, al juzgarse convencido de las infinitas y atroces ofensas que hemos perpetrado y diariamente cometemos contra nuestro magnánimo Redentor, que á precio de su sangre y de su vida conquistó nuestra salvación, quien no se sentirá poseído del propósito de enmendar su conciencia detestando sus culpas por el arrepentimiento, confesándolas ante Jesucristo por medio de sus sacerdotes, á quienes transmitió todo su poder para perdonar las que se arrojen á sus pies envueltas en el dolor y en el propósito de enmienda, y protestando su satisfacción por medio del sacrificio del corazón, por la mortificación y por las buenas obras?

La penitencia sacramental nos libra de la ignorancia de nosotros mismos, pues nos hace conocernos y calificarnos con la exactitud de la verdad; nos inclina á sacudir el orgullo que crece en el corazón á proporción de los pecados y que nos inmoviliza para dar el primer paso á la humildad; nos libra del desaliento, que es grande obstáculo á la virtud, venciendo el peso de las flaquezas de que interiormente nos sentimos poseídos, y que pretenden persuadirnos de que no podemos obrar de otra manera que bajo sus influencias. La penitencia nos hace volver á comenzar una vida nueva, en la que conociendo la vanidad de los placeres, nos obliga á romper con ellos y arrojarlos á un abismo en que desaparecen todas nuestras miserias; nos ofrece por el arrepentimiento una segunda inocencia, y por el sentimiento del perdón una conciencia renovada, que puede volver á empezar sobre nuevos cimientos de virtud; finalmente, la penitencia renueva nuestra unión con las almas virtuosas; se conservan y estrechan los lazos de una asociación espiritual, y por medio de la fe esta asociación posee un centro único, un fondo inagotable de luces y de gracias, cuyo principal origen está en los méritos de Jesucristo. Nuestro Señor, á los cuales se unen las oraciones de la Santa Iglesia, y todas las buenas obras de las almas santas de la

tierra y del cielo. ¡Oh gracias! ¡Oh virtudes supremas de la penitencia sacramental!

A este gran recurso de expiación; á este inagotable raudal de gracias y de méritos; á esta fuente purísima de perdón, nos excita Jesucristo en el camino de su suplicio, abrumado con el enorme peso de la Cruz y arrojado por nuestras culpas al polvo de la tierra. Oid, cristianos, como aun en esa aptitud tan dolorosa y humillante, nos dice que no quiere la muerte del pecador, sino que se arrepienta y se salve; y conoced que en esta frase de amor acepta nuestro arrepentimiento. Recordad que al establecer su Iglesia sobre la autoridad de Pedro, le dió, y en él á los demás sacerdotes, la facultad de perdonar (1) los pecados, y lo dispuso así para recibir la confesión sincera de nuestras culpas y borrarlas por el perdón. Atended á que también nos dice: Venid á mí todos los que estais trabajados y oprimidos del peso del remordimiento, que yo os aliviare y os dare esfuerzo, y así nos abre su amantísimo corazón y se propone recibir la expiación de los pecados. Reflexionad á que igualmente nos convida á tomar cada uno la cruz de nuestro destino, y á seguirle en el escabroso camino del Calvario (2); y con esto acepta en expiación la paciencia, el sufrimiento de los trabajos que nos envíe para cumplir su santa voluntad, porque de otro modo nadie puede llamarse verdadero discípulo suyo. Finalmente, recordad que con frecuencia decía que prefiere la misericordia al castigo, y que su misión fue llamar á los pecadores para que se convirtieran y vivan eternamente.

Señores: el tiempo es aun aceptable; los dias presentes son los de la verdadera salud que anunciaba S. Pablo (3), porque son los de penitencia. Aceptémoslos; hagamos de ellos el tiempo de nuestra reforma, comenzándola por

(1) Matth., cap. XVIII, v. 18.

(2) S. Mar., cap. VIII, v. 34.

(3) Ad Rom., cap. XIII, v. 11.

florar vuestras culpas con las lágrimas que el profeta David vertió ante el Señor exclamando: No desprecies un corazón contrito y humillado (1) que te ofrezco en sacrificio de expiación por mi pecado. Depongámosla luego en el tribunal de la penitencia: limpiémonos de su lepra en esa piscina salutífera, cuyas aguas son movidas por los ángeles de Jesucristo enviados á este fin. Hombre no nos falta que nos acerque á ellas. Expiémoslas también con las buenas obras de la caridad fraternal, con el perdón de las injurias, con el ayuno, la limosna y la oración, virtudes todas á las cuales daremos mucho mérito siguiendo á Jesucristo y llevando con paciencia y conformidad la cruz del sufrimiento en los trabajos de la vida y del destino en que nos ha colocado la Providencia.

A vos, jamgo y no siervo de Jesucristo! á vos, á quien por el sagrado ministerio del Pontificado, ha inaugurado hoy la Providencia en las sublimes funciones del sacerdocio: á vos muy particularmente dirige Jesus su mirada y su voz desde el camino del Calvario, abrumado con esa pesada y ensangrentada Cruz que carga para conducirnos á la gloria.

Grave, muy grave, pero muy gloriosa es la cruz del sacerdocio que desde hoy comenzais á portar en vuestros débiles hombros. Es gloriosa, porque vuestra misión será exaltada por dones y gracias que ningún soberano de la tierra puede dar jamás á ningún hombre. Porque habeis obtenido la facultad, nunca bien comprendida ni estudiada, de sujetar á Jesucristo á vuestra palabra, obligándole á bajar de su trono de gloria á vuestras manos, para asimilarlo á vos y comunicarlo á vuestros hermanos. Porque se os ha dado la soberanía de la conciencia humana y con ella el precepto, la fuerza y la gracia para defenderla hasta derramar la última gota de sangre, si fuere necesario. Porque se os han transmitido las facultades

(1) David, Sal. L, v. 19.

de la justicia de Dios, para juzgar de sus ofensas y ultrajes, y abrir y cerrar las puertas de su gloria, y se os ha dado la ciencia y la gracia de enseñar su doctrina, de comunicar su palabra y de revelar los arcanos de su sabiduría. Pero también es pesada y grave vuestra cruz porque os vereis cercado de tormentos y de angustias. Esa cruz oprimirá vuestros hombros, hará verter lágrimas de vuestros ojos y suspiros de vuestro corazón. La impiedad os perseguirá: el libertinaje os insultará: el hombre de Estado os despreciará: el falso filósofo os increpará: el noble y opulento os desdeñará: el sábio presuntuoso os criticará: el impenitente os odiará y el necio é ignorante os importunará. Vuestra frugal mesa será cubierta de amargura y sinsabor, vuestro lecho de espasmos, vuestro reposo de ansiedad, y toda vuestra vida será lastimada con las escabrosidades de la cruz del sacerdocio.

Mas no la esquivéis jamás; nunca hagais el menor impulso de arrojarla; nunca os presenteis débil ó tibio para llevarla. Abrazadla con la ferviente caridad que Jesucristo os enseña, fijad siempre vuestra mirada en Jesucristo en el Calvario. Así seréis dignamente llamado sol de la tierra, luz del mundo, juez de los pecadores, reconciliador de los hombres y el mejor, el más sincero y desinteresado amigo de la humanidad. Tened siempre fijo en vuestra memoria y en vuestro corazón el precepto del apóstol San Pablo: *Ministerium tuum imple* (1). Esta sentencia os asegura, á nombre y por orden de Jesucristo, la recompensa de vuestra pesada y gloriosa cruz; y cuando hoy por primera vez, el Dios Eterno y Omnipotente descienda de su trono á vuestras manos, purificadas por la unción sacerdotal, pedidle empeñosamente la paz de la Iglesia y de la Patria, la santidad y respetabilidad del sacerdocio católico, la tranquilidad de las conciencias y la prosperidad de la sociedad. Pedidle por

(1) Tim., cap. IV, v. 5.

el sacerdote más indigno que os dirige la palabra; pedidle, en fin, por todos los pecadores, vuestros hermanos, que sobrellevando la cruz de los trabajos que Su Majestad se digne enviarnos, con ellos expiemos de alguna manera nuestras culpas: que éstas nos sean perdonadas por su pasión y muerte, y que nos conceda la eterna bienaventuranza. — AMEN.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MORELIA
DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA Y BIBLIOTECA

PANEGIRICO

DE

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

PUBLICADO EN LA PARROQUIA DE PATZUCAO
EL 25 DE MARZO DE 1842

POR EL

PBRO. LIC. CLEMENTE MUNGUÍA

DESPUES OBISPO DE MORELIA.

*Vidimus gloriam eius, gloriam quasi
Unigeniti à Patre, plenum gratiæ, et
veritatis.....*

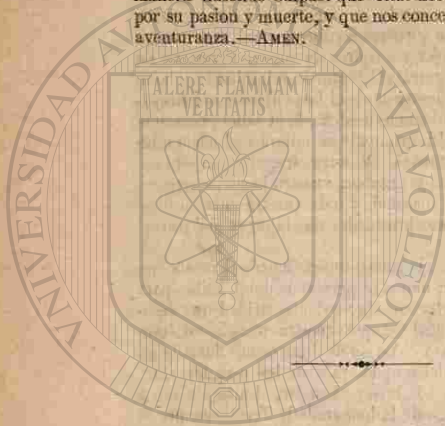
Joann, cap. I, v. 14.

«Hemos visto su gloria, gloria cual el
Unigénito del Padre, lleno de gracia y de
verdad.....»

S. Juan, cap. I, v. 14.

Para desempeñar dignamente, señores, en esta vez el misterio de la palabra santa, sería necesario estar poseído de aquella celestial inspiración que admira el universo en la narración del más profundo, misterioso y sublime de los evangelistas. El acontecimiento que celebra la santa Iglesia en este día, despierta mil recuerdos en el alma, excita innumerables sentimientos, y todos de un orden tan elevado, que há menester para sostenerlos de una fuerza superior, de aquella fuerza que suele Dios co-

el sacerdote más indigno que os dirige la palabra; pedidle, en fin, por todos los pecadores, vuestros hermanos, que sobrellevando la cruz de los trabajos que Su Majestad se digne enviarnos, con ellos expiemos de alguna manera nuestras culpas: que éstas nos sean perdonadas por su pasión y muerte, y que nos conceda la eterna bienaventuranza. — AMEN.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MORELIA
DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA Y BIBLIOTECA

PANEGIRICO

DE

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

PUBLICADO EN LA PARROQUIA DE PATZUCAO
EL 25 DE MARZO DE 1842

POR EL

PBRO. LIC. CLEMENTE MUNGUÍA

DESPUES OBISPO DE MORELIA.

*Vidimus gloriam eius, gloriam quasi
Unigeniti à Patre, plenum gratiæ, et
veritatis.....*

Joann, cap. I, v. 14.

Hemos visto su gloria, gloria cual el
Unigenito delia recibir del Padre, lle-
no de gracia y de verdad.....

S. Juan, cap. I, v. 14.

Para desempeñar dignamente, señores, en esta vez el misterio de la palabra santa, sería necesario estar poseído de aquella celestial inspiración que admira el universo en la narración del más profundo, misterioso y sublime de los evangelistas. El acontecimiento que celebra la santa Iglesia en este día, despierta mil recuerdos en el alma, excita innumerables sentimientos, y todos de un orden tan elevado, que há menester para sostenerlos de una fuerza superior, de aquella fuerza que suele Dios co-

municar á los que están encargados de anunciar sus prodigios y publicar su gloria. Pero ¿cuál es este acontecimiento, católicos, y qué motivo nos reúne á todos al presente en la casa del Señor? ¡Ah! esta luz melancólica, cuyos débiles rayos apenas interrumpen las tinieblas en que está envuelta la naturaleza: esos monótonos y pausados cánciertos que no há mucho acabamos de escuchar, en los cuales prorrumpla el profeta inconsolable á la vista de Jerusalem desolada: este silencio augusto que parece encadenar hasta el aliento en el recinto del santuario: ese monumento enlutado, esa urna venerable, custodiada por llorosos géneos que cambian hoy la vestidura de luz por el luto de la tierra: todo nos anuncia la muerte del Hombre Dios, todo manifiesta que celebramos el aniversario del Rey por esencia, las horas fúnebres de Jesucristo.

Á la vista de tan grandes objetos, el corazón se siente oprimido, se apodera del alma una santa desolacion, los suspiros interrumpen de tiempo en tiempo este silencio religioso, y los ojos se intundan á cada paso en un torrente de lágrimas.

Pero que ¿lágrimas y dolor exige de nosotros la vida y muerte del Redentor del mundo? ¡Ah! ¿Qué sería del hombre sin esa tumba? ¿Dónde estarían sin ellas su consuelo, su esperanza y su felicidad? Si yo viniese aquí á ofrecer los últimos honores á un monarca de la tierra, pintaría su magnificencia y exaltaría sus glorias, á fin de que viéndolas vosotros abandonarle para siempre en el sepulcro, comprendiéseis á la luz del Evangelio cuán triste es la inmortalidad que otorga el mundo á sus grandes. Mas no se trata, señores, de arrebatár la admiración con la pintura de esa triste celebridad; no vengo aquí á sacar de la vanidad humana lecciones terribles y útiles desengaños; se trata de contemplar la única y sólida grandeza, vengo directamente á exponer á la veneración pública la verdadera gloria, la gloria por excelencia, la gloria del Mesías, y para hablar con el Evange-

lista, la gloria que el Eterno Padre había de comunicar á su Hijo Unigénito. *Gloriam quasi Unigeniti á Patre.*

¿Cómo pintarla? Nuestros discursos tienen siempre un término; las grandezas de Jesucristo no le tienen. Mas que, ¿no contamos por ventura con otros medios de celebrarla que nuestros limitados pensamientos? Nuestro ministerio no está reducido á los mezquinos discursos de la razon: el orador cristiano cuenta siempre con esa profunda sabiduría que para la enseñanza y edificación de su Iglesia, le ha dejado el Señor en el depósito de los libros santos; y yo mismo, á pesar de toda mi pequeñez é indignidad, no necesito más que abrir esas páginas venerables, para mostrar en ellas á mi auditorio la fuente inagotable de tanta grandeza y de tanta gloria.

Una y otra, señores, resplandecen altamente en aquella plenitud infinita que lo comprende todo: sabiduría, bondad, misericordia, poder; en aquella plenitud eterna de gracia y de verdad que admira el evangelista San Juan en la persona del Mesías: *plenum gratia, et veritatis.* Estas dos palabras encierran maravillosamente los grandes atributos de Jesucristo. Plenitud de verdad, que anuncia la sabiduría del verbo; plenitud de gracia, que anuncia las perfecciones infinitas y los méritos del Hombre Dios; plenitud de que todos hemos participado sin que padezca detrimento alguno en su fuente. Aquí reconoce nuestra razon que las glorias de Jesucristo no están reducidas á una porcion del espacio, ni sujetas al cómputo mezquino del tiempo, y que aun humanamente hablando, su historia es la historia del mundo; que su nombre ha sido, es y será universal y perpetuamente venerado, y que hablar de las grandezas de Jesucristo es abismarse en la inmensidad y eternidad de Dios.

Mas no siendo posible referirlo todo, y habiendo de sujetarme, en una materia tan vasta, dentro de los estrechos límites de un discurso, permitidme que os hable de tres cosas que inician en cierto modo á la razon humana en los altos misterios de esta plenitud infinita. La predica-

ción de Jesucristo, la historia de su vida, el establecimiento y la conservación de su Iglesia: hé aquí, católicos, la sabiduría por excelencia, la santidad eterna, el poder sumo del Redentor del mundo, los dones inefables con que el Verbo hecho carne se ha dignado enriquecer á la pobre humanidad, la luz que ha civilizado al mundo, el poder que ha extendido entre los hombres el imperio de la virtud y la misericordia que ha celebrado la feliz alianza del cielo con la tierra. Admirémos, pues, en esta noche, consagrada justamente á los más santos y gloriosos recuerdos, admiremos, digo, cuanto cabe en la condición humana, una verdad que disipó las tinieblas del universo; una vida que hizo nacer la virtud y la sostiene con el ejemplo más sublime; un poder, en fin, que fundó un reino inmortal. Plenitud de verdad que destruye el imperio del error; hé aquí la doctrina de Jesucristo. Plenitud de gracia que confirma esta verdad con los ejemplos, á fin de plantar en la tierra la virtud: hé aquí las acciones, los padecimientos, la muerte ignominiosa de Jesucristo. Plenitud de gracia y de verdad eternamente unidas; de verdad que dirige y de gracia que ejecuta y conserva: hé aquí la Iglesia de Jesucristo. Mas yo no debo desplegar mis labios, hermanos míos, sin postrarme antes con vosotros delante de ese madero, escándalo para el judío, locura para el gentil, consuelo y apoyo, poder y sabiduría para nosotros, que por la gracia de nuestro Señor Jesucristo hemos renacido en el Espíritu Santo.

¡Oh Cruz! Yo te saludo con la Iglesia santa. De tí penden hoy la esperanza y la inmortalidad. En tí se halla el manantial perenne de la sabiduría y de la misericordia, tú eres la fuerza y la unción de la palabra evangélica. Que descienda, pues, á mis labios una gota siquiera de esa licor dulcísimo y fecundo con que se dignó enriquecerte el Hijo de Dios: que esto me basta para celebrar dignamente su gloria á la vista de su sepulcro y en medio de su pueblo.—*O Cruz ave, etc.*

PRIMERA PARTE.

Siguiendo con fidelidad el curso de los tiempos, para venir á la época de su plenitud, en que Jesucristo había de presentarse extendiendo sus augustos brazos, á fin de reunir en la sagrada colina del Calvario y al pié de su cruz á todas las naciones, nuestro espíritu se eleva por un impulso irresistible á contemplar las causas de un acontecimiento que nada tiene de común con lo que más admira la historia en la vida y en las acciones de los sabios y de los reyes. La filosofía, señores, que se lisonjaba en aquel siglo de haber atesorado un gran número de verdades; la filosofía que en el silencio de una reserva misteriosa llegó á comprender la vanidad y aun ridiculizó del culto que tributaba la superstición á las divinidades del paganismo; la filosofía que más de una vez había ocupado el trono de los Césares, apuró en vano sus recursos para extender y uniformar todas sus convicciones. Las creencias de los sabios, si es que alguna tenían, eran tan varias como los sistemas filosóficos; y la idea de trasmitirlas á los pueblos, y con más razón, la de reunirlos á todos en una sola creencia, fué ya un designio que traspasaba con mucho los límites de la posibilidad humana. Envueltos en las tinieblas más densas, los pueblos todos hacían del error una profesión pública, tanto más obstinada, cuanto más lisonjaba sus brutales pasiones. Condiciones áncas, condiciones incommunicables, condiciones incapaces de confundirse, eran absolutamente precisas en el grande y sublime personaje que había de bajar de los cielos con el fin de reunir en un punto las persuaciones y las creencias, disipando las tinieblas que envolvían á la tierra y regenerando el entendimiento de los hombres con la manifestación de su verdad. Hé aquí, señores, el primero de los timbres que ofrecen á la veneración del

universo la vida y las acciones gloriosas de Jesucristo, Señor nuestro. ¿Mas cuáles fueron las condiciones con que se hubo presentado á fin de realizar este prodigioso designio? Los sibilos no se atrevían á revelar á los ojos del pueblo la vanidad del paganismo, porque su autoridad habria sido desechada; mas Jesucristo presenta los títulos de su mision divina; las verdades que podian presentar aquellos, se hallaban confundidas con un sinnúmero de errores, no tenían enfase, no formaban sistema, no podian, en suma, mejorar la condicion del hombre; Jesucristo marca su doctrina con caracteres que subyugan irresistiblemente la razon humana.

En primer lugar, da testimonio de su mision divina. Un pueblo profético llena con su historia el prodigioso curso de cuarenta siglos; y esta historia, cuya primera página muestra el principio de las cosas, el nacimiento del mundo y la creación del hombre, el origen del mal y la promesa de su remedio; esta historia donde vemos figurar tantos pueblos y tantos reyes, resplandecer tanta magnificencia y tanta sabiduria, aglomerarse tantas acciones inmortales y tantas glorias diversas; esta historia donde admiramos el esplendor del culto, los timbres del sacerdocio, la sabiduria de las leyes, el gobierno de los pueblos; esta historia tan fecunda en resultados, tan variada en acontecimientos, nada encierra, católicos, que no tenga por objeto el anuncio de Jesucristo; Jesucristo ocupa todas sus páginas, él es la fuerza que sostiene todas las instituciones antiguas, el objeto figurado en todos los acontecimientos de Israel.

Recorred todas las épocas que la historia cuenta, desde la falta deplorable de la primera mujer, hasta el parto glorioso de la Virgen Madre. ¿Dónde no encontráis á Jesucristo? En el paraíso es prometido por Dios al estirpe delincente; en el diluvio es representado en el arca misteriosa. Abraham merece, como una recompensa de su fidelidad, la infalible promesa de que habrá de salir de su generacion aquel por cuyo medio habian de ser

beaudicidas todas las naciones. Moysés recibe en las cumbres del Sinai las tablas de una ley que habia de recibir su complemento en la cima del Calvario. Más tarde Salomon dedica al verdadero Dios aquel templo magnifico, donde todo representa dignamente al Redentor del género humano. El triste cautiverio de Babilonia y su gloriosa libertad, son apenas una figura imperfectísima de la regeneracion que Jesucristo vino á producir en el universo. Ved, señores, al Mesias en todas partes, vedle bajo la cuchilla sacrificadora de Abraham, ved su sacrificio inerte, su sacerdocio, su reinado y hasta su generacion misma en la persona y en la oblation augusta del gran sacerdote Melchisedech; reconocedle en el altar de los holocaustos, en la tribu sagrada de Levi; adoradle con el salmista rey á la diestra de su Padre; ved, en fin, como vive en el corazon de los patriarcas, y con cuánta magnificencia es anunciado por la voz de los profetas.

¿Mas qué veo, señores, en la plenitud de los tiempos? Nuevos y solemnes testimonios de Jesucristo. El espíritu de Dios abre milagrosamente los labios de Zacarias, y de ellos se levanta hasta el cielo aquel himno profético de honor, de gratitud y bendicion, aquel himno en que canta la gran visita del Señor á su pueblo, la redencion por tantos siglos esperada, el advenimiento del Mesias, luz divina que habia de iluminar á tantos pueblos sumergidos en las tinieblas, en las sombras de la muerte (1). Impelido por una fuerza sobrenatural, el anciano Simson penetra en el templo, toma en sus brazos al niño, y á la vista de este supremo Rey que habia traído la salud á las generaciones, y en la embriaguez dulcísima de un gozo puro y celestial, interrumpe la ceremonia religiosa con el cántico sublime de su muerte. — "En fin, Señor, llegó la hora feliz que aguardaba con impaciencia tu siervo; voy á morir en paz, porque mis ojos han visto al Salvador del mundo (2)."

(1) Luc. I, 79.

(2) Luc. II, v. 29 y 30.

Una voz desconocida interrumpe el silencio del desierto. ¿Quién la ha pronunciado? El pueblo se sorprende á la vista de un personaje verdaderamente extraordinario. Su aspecto venerable, su vestidura humilde, el rigor de su penitencia llaman fuertemente la atención general. — ¿Quién eres tú? le preguntan los enviados. ¿Elias acaso? ¿Por ventura el Profeta? — No soy, les respondió, no soy sino la voz del que clama en el desierto: *preparad el camino del Señor*. En medio de vosotros está uno á quien no concebís, el que ha de venir despues de mí, el que fué hecho antes de mí, y á quien yo no soy digno de desatar la cinta de su calzado (1).

¿Cómo resistir, católicos, al poder de tantos y tales testimonios? Lo pasado y lo presente, los hombres y los acontecimientos, las ceremonias y las leyes, todo se reúne á fin de mostrar en Jesucristo al Hijo de Dios. Pero no es esto todo: visitad conmigo aquella montaña célebre donde Cristo se transfigura. ¡Oh escena verdaderamente sublime! ¡Oh cuadro divino que pasma la inteligencia y encadena la admiración! Jesucristo aparece revestido de toda su majestad, cubierto con los rayos de su gloria; tiene á sus lados al grande Elias y al jefe del antiguo pueblo, á sus piés caen los apóstoles incapaces de sostener el esplendor de aquella majestad. ¿Qué misterio se encuentra en este acontecimiento? ¿Por qué causa la gloria del emperio aparece á los hombres en la cumbre de esta montaña? Que cese vuestra duda, católicos, se trata de Jesucristo, y su Eterno Padre, no contento con verle de tantos modos figurado y predicho, quiere anunciarle por sí mismo y consagrar con su testimonio inmediato en el culto de las generaciones, la nueva verdad que iba á ser anunciada por Jesucristo al universo. — Este es mi hijo muy querido, en quien me he complacido desde la eternidad: hombres, oídle. *Hic est filius meus dilectus, in quo mihi bene complacuit: ipsam audite* (2).

(1) Joann. I, 21, 23, 26 et 27.

(2) Math. XVII, v. 5.

¿Y qué diré de los testimonios que Jesucristo dá de sí mismo? ¿Su Evangelio por ventura será menos recomendado por ellos, que lo había sido por la voz de toda la antigüedad, por el anuncio de los profetas contemporáneos á su nacimiento, por su precursor en el desierto y por su Eterno Padre en el Tabor? ¿Quién podría referirlos todos? ¿Dónde está la elocuencia que baste á ponderarlos? El alma se pierde, católicos, en ese abismo infinito de grandeza y de poder. Habla Jesucristo, y todo se rinde á su palabra: el cielo le escucha, la naturaleza le acata, el infierno le obedece, la tierra le admira. No se necesita más que una palabra, ¿qué digo? un acto de voluntad basta para que se realicen los mayores portentos. No me empeñaré, sin embargo, en seguirle con vosotros por la vasta carrera de sus milagros: ninguno lo ignore, y todavía recordamos con trasporte los paralíticos que recobran el movimiento, los demonios que abandonan despavoridos el seno de sus víctimas, las tempestades que se sosiegan á la presencia del Rey de la naturaleza, los discípulos marchando por la superficie de las aguas, los ciegos de nacimiento sorprendidos repentinamente con el cuadro magnífico de la creación, los mudos rompiendo con la palabra el silencio á que habían estado condenados toda su vida, los sordos escuchando, y los muertos, en fin, saliendo triunfantes del sepulcro.

¿Qué importa, pues, que haya desdenado desde su cuna las vanas apariencias, el ornato fastuoso y la impotente fuerza de los grandes para humillar con su palabra la razón altiva de los hombres, el que da tales muestras de su origen divino, el que así comprueba la misión que ha traído desde el seno de su Eterno Padre? ¿Qué importan las pajas de Belén y los humildes paños que le cubren, cuando veo descender al establo el ejército de las potestades del cielo, cuando los ángeles captan allí la gloria de Dios y la paz de los hombres, y cuando veo confundidos delante del Hijo de Maria el concierto rústico de los pastores con el magnífico y humilde homenaje de los re-

yes? No debemos extrañar, pues, que la predicación de Jesucristo haya condenado al silencio los vanos discursos de los filósofos y la voz impostora de los oráculos. Pero qué, ¿son estos acaso los motivos únicos que sometieron á la palabra del Señor el espíritu del universo y la razón de los siglos? Entrad, católicos, en el fondo de su doctrina, abrid el Evangelio, recorred allí las altas verdades que contiene, subid á su origen por la contemplación de su naturaleza. Sublime en sus misterios, una en su economía, universal en su inteligencia, santa en su moral, eterna en sus promesas: hé aquí, señores, los caracteres divinos con que se manifiesta la verdad de Jesucristo, para que el universo todo reconozca y admire en ella la palabra infalible de la sabiduría del Hijo.

Sublime en sus misterios. La verdad que Jesucristo enseña emboteca la razón humana, reemplazando con una luz divina y eterna esas conjeturas de un día, tímbrs de los mayores sábios y magníficas pruebas de nuestra limitación y de nuestra nada. El dogma sacrosanto de un Dios trino y uno, el Verbo que existía desde el principio, que estaba en Dios, que era Dios (1), hecho carne en el vientre de una Virgen por obra del Espíritu Santo para nacer en el tiempo, padecer y morir; el hombre condenado á la muerte por el pecado original, reconciliado con Dios por medio de Jesucristo, destinado á resucitar en el gran día en que ha de finalizar el mundo; el pan convertido en el cuerpo y el vino en la sangre del Cordero sin mancha, para quedar á los hombres hasta la consumación de los siglos, como una prenda de amor, en la cual Jesucristo había de presentarse á los ojos de nuestra fe con el doble carácter de Pontífice que sacrifica y víctima que se inmola; la tierra formando con el cielo una sociedad perdurable en que, unidos todos los miembros con la cabeza, que es Jesucristo, por la profesión de una misma fe, por la participación de unos mismos sacramen-

(1) Joana, I, 1.

tos, por la identidad del culto, por la sujeción á unos mismos pastores, se manifiesta el cuadro perfectísimo de aquel rico y poderoso imperio, en cuyo muro inexpugnable habían de estrellarse las oleadas furiosas que se levantarán del abismo; una ventura sin fin reservada á los justos, una desgracia sin fin destinada á los culpables; el mundo que corre fugitivo con todas sus ilusiones; el tiempo que vuela presuroso á hundirse para siempre en el seno de la inmóvil eternidad: hé aquí, señores, un conjunto imponente, admirable, divino; una concurrencia misteriosa de sombras y de luz en que la verdad, semejante á la nube de Israel, es toda claridad para el sencillo creyente, toda oscuridad y tinieblas para la soberbia razón que tiene el increíble frenesí de buscar en sí misma el gran principio y el inevitable término de todas las cosas.

¡Oh filósofos! Estos misterios profundos encienden la ira en vuestro pecho, arrancan de vuestros labios el grito de rebelión, y arman vuestra mano sacrilega con el impotente dardo que arrojaís con furia contra el cielo. Mas ¿qué importan estas almas impías? Nada podréis contra la verdad: sostenida con la palabra infalible del Ser por esencia, ni espera ni teme nada de vosotros; y ántes bien, para colmo de vuestra infamia, fijará su trono en el entendimiento humilde, mientras vosotros, espantosamente hundidos en el fango de vuestros pensamientos, siempre agitados y siempre infelices, os fatigaráis inútilmente por hallar una fuerza que os asegure contra las amenazas de la fe, no gustaréis nunca los encantos de la verdad, ni bajaréis al sepulcro precedidos de la esperanza.

Una en su economía. El primer indicio, católicos, del humano saber, es y ha sido siempre aquella insoponible mezcla de verdades y de errores, y muy particularmente la confusión de máximas, de principios y de sistemas, donde el entendimiento humano se extravía cuando parece mas seguro. Ni hay puntos de contacto, ni centros de reunión, ni el mas ligero indicio de unidad. Se habla

mucho y se dice muy poco, se abraza todo y se estrecha nada: hé aquí la sabiduría del gentilismo. ¿Qué otra cosa nos dicen aquellas sectas donde cada uno imaginaba el haberlo hallado todo, y donde nada nos sorprende tanto como el conjunto de las imposturas y de los errores, los laberintos en que se extravió tantas veces el genio de la ciencia, y las torcidas huellas que nos recuerdan todavía la incierta y vacilante marcha de la razón humana? Solo Jesucristo, hermanos míos, ha podido comunicar á su doctrina el orden y unidad estupendas que, no solamente ilustran y llenan de admiración al verdadero cristiano, sino que han arrancado mil veces aun al impío los más unpidos homenajes. Por esto vemos, que mientras una parte del mundo adora á Jesucristo como á Dios, otra parte le reconoce y aclama primer sábio de los siglos.

Las ideas de criador y criatura nos llevan hasta el origen de la especie humana. En el acto mismo de presentarse la creación, vemos abrirse á nuestros pies el camino que debe recorrer el hombre para llegar á su destino inmortal. Allí descubrimos nuestra dependencia gloriosa, nuestra limitación: desde el sentimiento de nuestra nada nos elevamos hasta el origen del Ser y el manantial de la sabiduría; y ya desde entónces esperamos únicamente de Dios, la verdad y la ley. En esta primera página del mundo se nos presentan casi á un mismo tiempo el pecado que condena á toda la humanidad y la promesa de un Redentor que ha de satisfacer á la justicia divina para salvar á los hombres. Los patriarcas, los profetas, las instituciones, la religión, los sacrificios, todo está íntimamente ligado á esta promesa, y aun antes de nacer el Salvador del mundo, atraviesa con majestad los siglos todos que ocupan el espacio que media entre Eva y María; Jesucristo llega; es Dios y Hombre; su palabra exige la negación de nuestro entendimiento; su ley, el holocausto de nuestra voluntad. A este doble sacrificio está unida una recompensa eterna, así como á la pertinacia

del incrédulo y á la obstinación del pecador, corresponden una desgracia que no ha de tener fin. La negación de sí mismo, íntimamente unida con la felicidad verdadera, la única sabiduría dependiente del sacrificio del entendimiento; el orden, la paz, el verdadero gozo, inseparables del sacrificio de la voluntad: hé aquí, señores, un maravilloso sistema en que todo está unido á una idea capital, á la negación de nosotros mismos.

Universal en su inteligencia. Admiro, como es justo, aquellos misterios sublimes y esta unidad perfecta: pero cuando paso á la universalidad que tiene por su clara inteligencia la verdad de Jesucristo, cuando la veo tan sencilla como elevada, cuando me convenzo por las pruebas de una irrecusable experiencia, de que el Señor ha querido prodigarla sin medida á los pequeños y sencillos, tal vez en el instante que la rehusa á los grandes y á los sábios, mi razón vencida sucumbe bajo el poder de este arcano. Recorred, señores, el inmenso campo del cristianismo, visitad con la imaginación todas las clases, desde el palacio hasta la cabaña. ¿Quién ignora estos misterios? ¿Quién no ha comprendido el conjunto de estas verdades? ¿A quién se oculta el superior designio que contienen? ¿Quién no ha penetrado su maravillosa economía? ¡Ah! Cuando busco la verdad y la ley, las reconozco igualmente en el idioma inculto del aldeano y en los labios balbucientes del niño.

¿Qué había podido con su magnificencia y aparato la razón de los antiguos filósofos? ¿Cuándo mostraron ellos al pueblo los conocimientos que ofrecían á la admiración? ¿Qué había sido la parte más numerosa de la sociedad antes que la cruz de Jesucristo derramase aquella sabiduría profunda á cuya única posesión aspiraba el Apóstol de las gentes? Los sacerdotes en Egipto, los magos en Persia, los brachmanes en el Indostan y los filósofos entre los griegos, ¿qué fueron, decidme, sino arcaes ceñidas de ilusiones é imposturas? ¿Se diría que penetrados de la vanidad de sus pensamientos, mantenían la cien-

zia envuelta de continuo en las sombras del misterio, recelosos de una publicacion que hubiera comprometido su celebridad? El pueblo lo ignoraba todo, hasta el abismo de su degradacion. Estaba reservado á vos ¡oh Jesus! derramar sobre esta ruda y extendida mole, la inmensa copia de vuestra sabiduria, haciendo por este medio que en vuestra persona reconociera el universo la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo: *Lux vera, que illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum* (1).

Santa en su moral. ¿Quién otro que Jesucristo, católicos, pudo haber sancionado su ley dando á cada precepto un carácter verdaderamente celestial? Su reino no es de este mundo, sus leyes no están sujetas á las vicisitudes del tiempo, su doctrina es verdaderamente santa. La práctica de esta doctrina hace reinar el Espíritu Santo en el corazón; y la observancia de la ley es un vínculo indisoluble que parece unir al cielo con la tierra: ¡ios en el hombre; el hombre en Dios: hé qui la moral de Jesucristo. Somos por ella una cosa que no pertenece á la tierra: el entendimiento se levanta sobre las alas de la fe, en busca del grande objeto hácia donde la impete sin cesar el fuego del amor divino. Donde el Evangelio se observa como la regla universal, no hay sacrificio costoso, no hay empeño difícil: y desde el individuo que obedece, hasta el candelillo que manda, no se ve más que un comercio dulcísimo de condescendencia cristiana que afirma incesantemente el imperio de la paz, hace reinar juntas la virtud y la sabiduria, y franquea por todas partes las avenidas de la felicidad.

Como la mision de Jesucristo fué restablecer á los hombres en los derechos á la felicidad que habian perdido por el pecado original, el nuevo reino que fundó en el mundo, se dirige nada ménos que á poner á todos sus miembros en la posesion inamisible de Dios, que es la ven-

(1) Joann. I, 9.

tura celestial. Pero qué, ¿esta moral santa, cuyo inmediato objeto es la eternidad, no ha venido tambien á dar paz á los hombres dentro de los límites del tiempo? Antes de Jesucristo, la historia de las instituciones humanas, parecia dirigirse á convencer al mundo de que no habia medio ninguno para la politica, en la fatal alternativa de la insurreccion y de la tirania. Jesucristo fué con la santidad de su ley, el que sancionó la libertad de los pueblos; borró la infame definicion de esclavo del código de las naciones, sentó los principios de la sociedad, y dió una constitucion al universo. “Sabeis, dijo á sus apóstoles, y “en ellos tambien á cuantos hubiesen de gobernar segun “el Evangelio, sabeis que los principes de las naciones “dominan sobre ellas, y que los más grandes ejercen en “ellas el poder. No será así entre vosotros; sino antes “bien el que que quisiere ser mayor, sea vuestro criado, y “y el que quisiere ser el primero, sea vuestro siervo: por- “que el Hijo del Hombre no vino al mundo para ser ser- “vido, sino para servir y dar su vida por la salud del “mundo (1).” ¿Lo habeis oido, hermanos míos? Jesucristo acaba de tirar la línea que divide política de política y gobiernos de gobiernos. Los pueblos no son ya el patrimonio de sus soberanos, sino el blanco de la beneficencia, y un objeto de la más tierna solicitud para los que son llamados al honor terrible de regirlos. Mandar es santificarse en los empleos públicos, es servir á los súbditos con celo, sacrificarles el tiempo, los gustos, la quietud propia, la prosperidad y hasta la vida. Pero ¿quién ha establecido esta máxima? El mismo, católicos, que ha comunicado á la persona del que gobierna un carácter santo y venerable, el que ha inscrito las leyes que se promulgan en la tierra, entre los preceptos que Dios ha impuesto á los hombres; y que, uniendo á la sancion de los sentidos la sancion del espíritu, ha santificado la obediencia. Nada tuvo ya de humillante el título de súbdito.

(1) Math. XX, 26, es seq.

to, y glorioso fué obedecer á las potestades de la tierra, desde que se dijo á todos los pueblos por la boca del Apóstol: "Todos están sometidos á las potestades superiores, porque no hay autoridad que no venga de Dios, y él es quien las ha ordenado. Así, pues, el que resiste á la potestad, resiste á la ordenación de Dios..... El príncipe es el mismo Dios para el bien..... Es, pues, necesario que le estéis sometidos, no solo por el temor del castigo, sino por un deber de conciencia (1)."

Eternan sus promesas. ¿Pero cuál es, señores, la fuerza que sostiene á los discípulos de Jesucristo en la práctica de unos deberes tan penosos, que á no verlos cumplidos con tan absoluta fidelidad, nos veríamos tentados de creerlos incompatibles con la naturaleza humana? Las altas y sublimes promesas. Vengamos, pues, á esta parte, la más dulce y consoladora de la verdad de Jesucristo; vengamos á la verdad práctica, al destino de nuestra existencia, á los misterios del sepulcro, á esta esperanza divina que nos desprende de la tierra, que dulcifica las amarguras de la vida, que triunfa de la adversidad y trasforma en atractivo, á los ojos del verdadero cristiano, cuanto había tenido hasta entonces de triste y desesperado la muerte. Trasladémonos con el espíritu á esa montaña para siempre célebre, lugar de cita para los grandes y los pequeños, desde la cual recuenta sus escogidos el Salvador del mundo, muestra su reino á todas las generaciones, y traza la única senda por donde puede llegar el hombre á incorporarse dentro de sus muros eternos. ¿Qué tiene de común esta felicidad con la que el mundo promecía? Era ésta, señores, una felicidad encantada, que inflamaba de continuo los deseos del hombre seducido, é incesantemente burlaba sus locas esperanzas. ¡Infeliz! Quería conciliar la dicha con el crimen, y descubrir, tras el velo de las pasiones, la imagen de la virtud y la paz inefable del corazón.

(1) Ad Rom. XIII, 1 et seq.

«A vosotros estaba reservada esta ventura, hijos de la tribulación, desechos del mundo; á vosotros todos los que no teniais sobre la tierra sino una triste y miserable cabana, los que anhelaíais por la justicia, sin embargo de la persecucion, los que disfrutábais la deliciosa paz de una conciencia pura, los que siempre habíais hecho sentir la benigna influencia de una mano amiga en el endurecido pecho de vuestros adversarios.

¡Bendito sea Dios, hermanos míos, que llegó el tiempo de ser sabios sin ser filósofos, de obtener, á título de pobreza, el reino celestial y encadenar con la mansedumbre del alma todas las potencias de la tierra! *Bienaventurados los pobres, bienaventurados los mansos, los pacíficos, los misericordiosos, los que padecen la persecucion.* Consuélate ya, Madre sin ventura, pues no tienes que mendigar de los hombres un pan de lágrimas, constantemente pedido y desdenosamente negado. ¡Oh infelices! subid en multitud á las colinas de Sion, para anunciar vuestro reinado á los ricos de Babilonia: Bienaventurados los que han hambre: *Beati qui esuriunt* (1).

¡Admirable trasformacion! ¿Quién hubiera imaginado que la felicidad estaba en el opuesto rumbo al que los hombres avidamente recorrían, en el extremo opuesto de las riquezas que todo lo ganan, del poder que todo lo somete, de la guerra que todo lo humilla, de la venganza en fin, colocada por el orgullo en el rango de los nobles sentimientos? ¿Qué te resta, pues, para tocar las cumbres de la dicha, familia inmensa que gimes bajo el insostenible yugo, sino asirte de tu propia desgracia como de un puerto seguro de salvacion? Hombres de mérito á quienes desconoce la envidia, almas esclarecidas á quienes empaña el inmundo aliento de la calumnia, génius de la caridad á quienes persigue la ingratitude, no temais: que ya se adelanta desde la diestra de su Padre á enjugar vuestras lágrimas el que interrumpió el llanto del infor-

(1) Mat., V, 6.

tante con este grito de salvacion: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados: *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur* (1). Llorad, pues, almas escogidas; mas llorad con el consuelo inefable de que vuestro Padre celestial recoge en su seno vuestras lágrimas, las purifica, las ennoblece, y objeto son ellas á sus divinos ojos de una eterna predileccion.

¡Oh verdad! ¡hé aquí tus caractéres, hé aquí tus triunfos! ¡Oh soberana razon que todo lo ilustras y todo lo sometes! ¡Té admiro en tu sublime sencillez, te adoro en tu santidad angusta. Hé aquí, católicos, una obra maravillosa. ¿Quién podrá elogiarla bastantemente? ¡Cuán pequeña es la razon humana para elevarse á tan inmensa altura! El mundo estaba sumergido en las tinieblas; crímenes contaba la historia en sus anales; errores é imposturas la filosofía en sus escuelas. Inútilmente habian aspirado todos al imperio de la razon: las sectas impelían á las sectas; los sofismas triunfaban de los sofismas; empeñábanse en escandalosas lides los errores con los errores, y parece que la noche habia corrido su negro manto sobre los hombres y la naturaleza. Nada podia ya esperarse de aquellos, ni el entendimiento era capaz de ser regenerado, sino con un soplo de vida semejante al que animó al primer habitante del paraiso. Hé aquí la obra de Jesucristo: baja desde la diestra de su Padre, se digna vestirse de nuestra pobre naturaleza, pasa en el humilde retiro doméstico todos los años de su vida privada, sale de aquí á emprender su carrera pública, marcha sobre las huellas de su precursor, abre sus lábios y la verdad invade al universo, y el entendimiento queda regenerado.

Pero esto no es bastante, católicos: en la perfeccion eterna de las obras de Dios todo ha de rendir humildes tributos á su gloria: que no desfallezca vuestro corazon ante la severidad de la ley: que si la verdad que la con-

(1) Math., V, 5.

tiene parece superior á la fuerza del hombre, Jesucristo no solo predica, sino que obra; no solo impone el precepto, sino que tambien lo practica; y sus lábios anuncian la verdad, su vida toda es una escuela de perfeccion y un gérmen infinito de virtud.

SEGUNDA PARTE.

Al recorrer, señores, la vida de Jesucristo, al ver el doloroso cuadro de sus padecimientos, nuestra razon parece lanzar un grito de extrañeza, y no sabe cómo habiendo podido Jesucristo rescatar millares de mundos con la infinita eficacia de un solo sentimiento, quiso pasar por una prueba tan dolorosa, sufrir todas las miserias y fatigas de la triste humanidad, y ser combatido al mismo tiempo por la ingratitud, por la envidia, por el celo hipócrita y la estúpida crueldad de sus enemigos. Mas volviendo un instante sobre nosotros, sondeando cuanto es posible nuestra miseria y debilidad, y subiendo al fatal origen de aquellas trasgresiones que más deben confundirnos en la presencia del Señor, comprendemos fácilmente cuanto importaba para nosotros el ejemplo constante que á nuestra santificacion ofrecen los crueles padecimientos del Salvador del mundo. Si este Padre de misericordia se hubiera limitado á predicar su Evangelio; si hubiera pasado su vida exenta de las tribulaciones de la vida humana; si sus lábios no hubieran probado la hiel; si el dolor no hubiera despedazado sus entrañas; si

la perfidia y la ingratitud no hubieran contristado su pecho; si la persecucion no se hubiera cebado en su sangre y si la muerte, en fin, no le hubiese cubierto con sus sombras: ¿quién de todos los nacidos hubiera puesto en práctica las verdades austeras de su moral? ¿En qué punto de la tierra hubiera encontrado su ley un asilo? ¿En cuál templo del mundo se hubieran elevado hasta Dios los incienensos de la virtud? Hay una distancia tan inmensa desde el entendimiento hasta el corazón, se halla el alma tan dependiente del imperio de los sentidos, es tan grande el influjo de la carne y de la sangre, tan flaca y débil la condicion del hombre, que no habria discurrido mucho tiempo desde la venida de Jesucristo, sin que el mundo hubiera vuelto á naufragar, y la luz del Evangelio hubiera corrido entre el pueblo regenerado, la misma deplorable suerte que la legislacion de Moysés en el pueblo judío, y la ley eterna de la naturaleza en las dilatadas regiones del paganismo.

Mas no era ésta, católicos, la suerte que habia señalado Jesucristo á su reino; visible habia de ser, y todos los súbditos que le compusieran habian de tener, no solamente verdades que atesorar en su entendimiento, más tambien dechados perfectísimos de las virtudes que debieran practicar. De esta manera la razon y la voluntad estaban igualmente regeneradas, pues de una misma fuente habian de correr con abundancia infinita las verdades que ilustran, las virtudes que santifican, los remedios que sanan y las gracias, en fin, que alimentan el espíritu y sostienen los pasos vacilantes de la criatura por los caminos de su eterno fin. Hé aquí por qué se hizo hombre Jesucristo: se hizo hombre para ser como nosotros, para experimentar los dolores de la naturaleza humana, para sentir como nosotros todas las penas y vicisitudes de la vida, y saber por experiencia propia, como dice el profeta Isaias, las enfermedades del hombre: *Scientem infirmitatem* (1).

(1) Is., 53, v. 3.

Era preciso, hermanos míos, que á causas opuestas correspondieran efectos tan bien opuestos; que la inmolation del orgullo pusiera término á las penalidades inauditas que trajo la soberbia: que Jesucristo eligiese el extremo contrario del que escogió Adán; finalmente, que el que era Dios se hiciera hombre, para contener el torrente infinito de males y miserias que precipitó sobre todas las generaciones aquel mortal, con haber pretendido levantarse desde su esfera de hombre á la condicion excelsa y soberana de un Dios. Hé aquí, señores, el primer paso de la conducta de Jesucristo, y el fundamento de las virtudes que vino á derramar en la tierra. Este es el tema de su vida, y cada una de sus acciones es un testimonio santo, un ejemplo sublime con que ha querido consagrar la negacion de nosotros mismos en la admiracion de los ángeles y en el culto de los hombres. *Yo he bajado del cielo*, decía, *no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió* (1). ¿Quién de todos los que me escuchan, quién de todos los hombres, á vista de esta sujecion ilimitada, tendrá razones contra el Evangelio, pretextos contra la virtud, excusas, finalmente, para sacudir la cerviz rebelde y arrojar lejos de sí el *yugo suave y la carga ligera*? *Négate á ti mismo*. ¿Qué respetable y augusto, cuán inviolable es este precepto, cuando Jesucristo nos presenta un dechado sublime de la más perfecta abnegacion, sometiendo su entendimiento y su albedrío á la voluntad eterna de su Padre celestial!

Négate á ti mismo: Esta palabra, hermanos míos, que no se hallaba en ninguna lengua; este precepto, que no estaba consignado en ningún código; esta máxima, que no se habia manifestado nunca en la doctrina ni en la conducta de ningún lábio; esta palabra, que espanta á la naturaleza, desconcierta la razon y hace desesperar al amor propio; esta palabra, digo, que se mira y con razon, como el fundamento de las virtudes cristianas, es

(1) Joann., VI, 38.

precisamente la divisa de Jesucristo. ¡Qué de prodigios no ha realizado estrechando suavemente á sus discípulos á imitarle en su abnegación! ¡Qué grande aparece el verdadero cristiano, y qué contraste no presenta con todos aquellos que más ardentemente habian aspirado á los homenajes de la virtud! ¡Oh fecundidad prodigiosa de Jesucristo! El último de sus innumerables hijos, tal vez un labrador ignorado, hace avergonzar á la culta Atenas y á la virtuosa Esparta. Poned, católicos, junto á un cristiano fiel á cualquiera de aquellos hombres insignes y raros que toda la antigüedad presenta más á la imitación del género humano, como unos dechados perfectísimos de las más heroicas virtudes. Una vanidad insufrible era en estos últimos la menos de sus debilidades. La posteridad vuelve los ojos hácia aquellos siglos, y se fatiga inútilmente por encontrar en la fastuosa galería de sus sabios y de sus héroes *un hombre manso y humilde de corazón*. Morirá Sócrates por la verdad: pueblos que no conocen las virtudes llamarán noble el suicidio de Catón, y alabarán con entusiasmo la justicia de Aristides. Pero siglos despues, una posteridad mejor instruida, burcará sin fruto la humildad del primero y pondrá en duda la continencia de los segundos. No faltarán panegiristas entusiastas al célebre Trajano; pero la historia le acusará siempre de haber hecho presentarse de una vez diez mil gladiadores en la misma arena, donde condenó Tito á los prisioneros judíos á que se degollasen mutuamente.

A vos estaba reservado, Hombre Dios, dar al mundo virtudes que no podía, ser con vuestra doctrina y ejemplo el padre de una generación de santos, y hacer caer de los ojos de la posteridad el velo que, ocultando ciertos vicios, granjeó á los virtuosos de otras épocas una admiración y una cierta especie de culto entre los hombres.

Pero ¿cuál es, hermanos míos, la fuente de estas acciones inmortales que han cubierto de rubor á toda la antigüedad? Convertíos á Jesucristo, y ved en su persona el tesoro infinito de perfección que ha tanto enrique-

cido al nuevo pueblo. ¿Qué virtud hay que no se muestre en su conducta con todos los caracteres más sublimes? ¿Quién otro que Jesucristo pudo haber dicho jamás: "¿Quién de vosotros me arguirá de pecado?" ¿Qué momento de su vida no es una lección de santidad? ¿En cuál paso de su conducta no arrebató dulcemente la admiración y el culto del universo? Habéis temblado, sin duda, contemplando la inflexibilidad suma con que propone su doctrina. Pasad ahora de su entendimiento á su corazón. ¿Qué indulgencia tan suave! ¡qué compasión tan atractiva! ¡qué dulzura con el hombre! Miradle, hermanos míos, *no acabá de romper una caña cascaba ni apaga la pizca que aun humea* (1). ¡Sublime lección para confundir ese amargo celo que condena la fragilidad y hace morir la esperanza!

¿Quién hubiera podido imaginar que Jesucristo habia de ser el primero en consagrar con sus dolores y amarguras la penitencia, patrimonio exclusivo del pecador? Pero ¡ah! ni éste la hubiera practicado jamás, ni sus obras de penitencia habrían tenido mérito alguno. *La carne habia corrompido sus caminos* (2). Era, pues, necesario que los desórdenes de los sentidos tuviesen la misma reparación que los errores innumerables en que habia precipitado el orgullo al entendimiento. Y qué ¿podrá volver aquella por sí sola á tomar el antiguo sendero? Cierito es que por una consecuencia inevitable de la naturaleza corrompida, el cuerpo no dejó nunca de arrastrar el incalculable peso de su propia corrupción y de todos los instrumentos del dolor de la muerte. ¿Pero estas penas eran frutos de penitencia? Era, pues, necesario, señores, una humanidad no contaminada que levantase al rango de las virtudes, todas las penas de la vida, y un Dios, que unido estrechamente á la naturaleza humana, santificara estas mismas virtudes, dándolas un precio infinito con su ejecu-

(1) *Is.* XLII, 8, *Math.* XLII, v. 20.
(2) *Gén.*, VI, 12.

plo. Hé aquí lo que hace Jesucristo: *verifica en su cuerpo aquella expiación necesaria*. (1); y después de haber predicado la cruz alre su marcha por sí mismo y anuncia la penitencia con los ejemplos admirables de su vida.

Corre por sus venas la sangre de David; pero no quiere aparecer en los palacios; y antes bien, en su nacimiento humilde, en su cuna despreciable, parece que no satisfecho con vestirse de nuestra humanidad, quiere anunciar desde que aparece en el mundo, como el último de los hombres. Nacido en la pobreza, no quiere rehusar una sola de las privaciones innumerables que la acompañan; entrado apenas en la carrera de la vida, deja caer unas gotas de su sangre pura, para dar testimonio á la antigua alianza; más tarde la derramará toda, para salvar al hombre y sellar el nuevo pacto. Pero entremos, católicos, entremos ya en su carrera pública y reunamos algunos de los innumerables caracteres de perfección que desenvolvía constantemente para formar el corazón de los escogidos y disponerlos para entrar en el reino de su Padre.

Emprende ya el camino de su misión, y no da el primer paso antes de haber estado cuarenta días en el desierto en ayuno continuo, y otorgado el permiso al poder de las tinieblas para que viniese á tentarle. Concluida esta solemne preparación, empieza su grande obra: elige en persona á sus ministros; mas tomándolos á todos de la clase más humilde, y poniendo á la cabeza de ellos á un pobre pescador que como por acaso descubre en el mar de la Galilea, altamente nos anuncia con su misma conducta, que no entran en sus designios ni la prudencia del sabio ni el tesoro del rico, ni el valor de los héroes, ni la grandeza y poder de los monarcas. En todo ha de ser confundida la naturaleza humana, y del mismo caos de donde salió la creación, el universo atónito verá salir una sabiduría, una fuerza, un poder, que ha-

(1) La. Meno.

brán de sujetar á todos los pueblos sin más filosofía que la fe, y sin otras armas que la humillación, el sufrimiento y la paciencia de los discípulos de Jesús.

¡Oh fe divina! ¡Oh esperanza celestial! Hé aquí vuestras grandes obras. ¿Quién no pone á vuestros pies los mequinos partos de la raza humana y las tristes ilusiones del mundo? ¿Quién no se abandona dulcemente en vuestros brazos cuando anunciáis vuestros títulos sublimes, no solamente en las palabras, mas también en la conducta del Hombre Dios que os ha traído á la tierra? "Oíd y creed, morid y esperad;" tal es la orden de Jesucristo. Pero ¿quién ha impuesto este precepto? El mismo, católicos, que afirmó la fe con sus obras y anunció la esperanza la víspera de caminar á la muerte.

¿Qué dire de su caridad? Está sedienta de dolor: *he deseado con deseo*, dice á sus discípulos, *comer esta pasqua con vosotros* (1). Poseía con una igualdad absoluta las virtudes todas; mas no sé qué noble y tierna predilección descubrió en todas las acciones de su vida. *Pasaba haciendo el bien* (2). Honra con su presencia la masa de los publicanos, lleva la salud al abandonado lecho del moribundo, es el amigo de los pobres. Benevolencia, dulzura, amor, hé aquí lo único que oponía al corazón manchado y á la voluntad rebelde. *Amigo á que veniste* (3)? Hé aquí las únicas palabras que su corazón le permite dirigir al bárbaro discípulo que le entrega una mirada tierna y expresiva: hé aquí el único reproche que hace á la infidelidad de Pedro. Sus labios no estuvieron animados por la sonrisa del placer; pero cuántas veces corrió el llanto de sus ojos! Ah! simpatizaba con el dolor y la tribulación, porque vivía entre los hombres y peregrinaba por un valle de lágrimas.

Infinito es su poder, pero nunca lo emplea sino para llevar al cabo los maravillosos designios de su clemen-

(1) Luc., XXII, 15.

(2) Act., X, 38.

(3) Matth., XXVI, 30.

cia, de su misericordia y de su bondad. Huye á su voz una turba insolente y desenfadada, y al instante mismo la mujer adúltera respira, vuelve sus ojos á todas partes, y no descubre ya sino al Rey divino que le otorga el perdón más generoso: multiplica los panes y los peces, y el hambre devoradora abandona luego el recinto que ocupa la prodigiosa multitud: suspende la borrasca que agita espantosamente los mares, y el discípulo escapa de un naufragio que miraba como infalible: detiénese algún tanto en el pozo de Samaria, y una mujer del pueblo siente llegar á su corazón, y va luego á difundir entre los suyos aquella luz divina que trajo la paz y la virtud á la tierra: hace estremecer con su voz á las potestades del inferno, y el hombre queda libre de la posesión tiránica de los demonios: en fin, el sepulcro le obedece, y al instante mismo se agota el manantial de lágrimas que inundaba las mejillas de Marta y de Maria.

¡Oh prodigio de fortaleza y de bondad! ¡Oh profundidad inmensa de misericordia! ¡Oh caridad, virtud sublime hasta entonces ignorada! Pero qué, ¿no habia presentado el mundo almas benéficas á la admiracion de los hombres? ¿Antes del Evangelio, no habia llegado nunca el opulento á derramar sus tesoros en el seno de la indigencia? ¡Ah! reconozco en tan raros ejemplos el desprecio de las riquezas, y tambien, si se quiere, los nobles impulsos de la beneficencia humana: mas busco inútilmente la caridad. No basta dejar todas las cosas: es necesario seguir á Jesucristo, es decir, abandonarlas con un espíritu cristiano: porque tal es el carácter distintivo de la verdadera caridad; y lo que es peculiar y exclusivo de los apóstoles y creyentes (1). No, señores, en la balanza de la eterna justicia no harán peso ninguno esas virtudes externas que el mundo admira, pero que no santifican el corazón. ¿Qué habrán de ser á los ojos del Altísimo la austeridad presuntuosa del estóico, la clemencia

(1) Hier. l. 3, in Math., c. XIX.

12 — II NOV — 1860

calculada del vencedor, la liberalidad astuta del político? Producciones del interés y aun del egoismo, viles holocaustos que el orgullo se ofrece á sí mismo.

Que no sepa tu mano izquierdâ lo que hace tu derecha (1): hé aqui la máxima de Jesucristo, el sello de las virtudes cristianas. Con este ejemplo tan material ha querido este divino Maestro, no ciertamente privar á los hombres del inestimable bien que produce la publicidad de las virtudes, sino empeñar á cuantos las practican, á no mendigar con ellas la recompensa mezquina de las alabanzas humanas; sino á encaminar la intencion y consagrarlo todo al Autor Soberano de las virtudes. Quiere que "en el público aparezcan nuestras obras con la misma pureza de intencion con que permanecen en el silencio de nuestra voluntad," como afirma San Gregorio (2). Tal es la voluntad de Jesucristo, y por esto se adelanta él á consagrarla con su ejemplo inmortal. Tan pronto en revelar su omnipotencia, como en sofocar el grito de la admiracion y suspender los movimientos del entusiasmo, apenas acaba de realizar un prodigio, cuando dice al mortal venturoso en cuyo beneficio ha empleado su poder: *No lo digas á nadie.*

Esto no impedia, sin embargo, que el reconocimiento público llevara por todas partes su nombre con los mas sinceros homenajes, y atrajese de continuo á su persona nuevos pecadores y nuevos necesitados. En estas circunstancias parecia esmerarse Jesucristo en manifestar toda la dulzura de su carácter. El decaimiento de fuerzas, la fatiga, el cansancio, la hambre, la sed, nada le detiene. Se le excita á que coma, cuando acababa de instruir á la Samaritana. *Yo tengo,* les dice, *un manjar que vosotros no conocéis..... Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado* (3). ¡Cuántas veces reprecudió á sus discípulos, á tiempo que detenia el paso á la multitud atribu-

(1) Math., VI, 3.

(2) Hom., XI, in Ev.

(3) Joann., IV, 32, 34.

12 — II NOV — 1860 (1)

12 — II NOV — 1860 (2)

lada! ¿Os acordais, hermanos míos, de aquella ternura paternal que le inspiró siempre la infamia? *Dejad esos pequeños, dice á sus discípulos, dejad que vengan á mis brazos* (1).

¿Quién al ver tales prodigios de bondad no vuela á incorporarse entre los vasallos de Jesucristo? Sin embargo, católicos, no le olvidéis en aquellas situaciones imponentes, en que severo y revestido de toda la majestad, truena como rayo para confundir las mentidas esperanzas del pecador impenitente, reprimir la osadía temeraria del profanador, y tirar al suelo la máscara insolente del hipócrita. En la Sinagoga confunde la sabiduría presuntuosa de los doctores; en la corte prostituida burla la expectativa del magnate; en el palacio de Pilato dice que el hombre no es dueño de su poder; reprime en el desierto la audacia del tentador; lanza ignominiosamente al profano mercader de la casa de su Padre; desochoi-cierta y postra en Getsemani á cuantos iban á prenderle. ¡Ejemplo sublime que ha dejado Jesucristo á los que rigen los destinos de las naciones! *Escruchad, grandes de la tierra, instruid, árbitros del mundo!* (2).

Este carácter de grandesa que tanto se admira en la conducta soberana del Mesías, este imperio sobre las pasiones, esta majestad que anuncia por todas partes al Hombre Dios, cómo contrasta con la escena tiernísima del Cenáculo! Yo me traslado, señores, con la imaginación, á la noche, para siempre memorable, en que la Divinidad resuelve quedarse entre los hombres, en que el Redentor del mundo celebra el grande y eterno testamento con la institución augusta de la Eucaristía: ¿qué descubren allí mis ojos? ¡Oh abismo de bondad! ¡Oh misterios impenetrables del amor divino! Es preciso dar tregua al llanto para escuchar las instituciones que el buen Maestro dirige á sus discípulos la víspera de su pasión. ¡Qué afectos tan bien sentidos! ¡Qué idiomas tan insinuan-

(1) Math., XIX, 13, 14.

(2) Ps. II, v. 10.

te y tan dulce! ¡Qué concordia tan feliz de la majestad y la ternura! *Hijos míos, dice á los apóstoles, dentro de poco no me veréis..... mas no se turbe con esto nuestro corazón..... no os dejo huérfanos, volveré á estar con vosotros..... en la casa de mi Padre hay muchas mansiones; voy, pues, á preparar allí lugar para vosotros* (1). ¡Oh palabras de vida eterna! ¡Qué imperio tan dulce no ejercéis en el corazón! Si de aquí pasamos, católicos, á contemplar las acciones que Jesús verifica en el Cenáculo, nuestra alma queda absorta, y há menester de una fuerza que la sostenga en presencia de una institución como la del Sacramento de su cuerpo y sangre. Mas permitidme que os detenga un momento en un cuadro donde el Hombre Dios descarga el último golpe sobre la soberbia humana. *Jesucristo se levanta de la mesa, se cina de una toalla, echa agua en una fuente, dobla su rodilla, inclina su frente, lava y enjuga los pies á sus discípulos* (2)..... ¡Espectáculo augusto de la humildad, el cielo respetuoso te contempla, la tierra atónita te admira!

Basta, Señor, deteneos: ¿el orgullo del hombre no está ya sobradamente expiado y confundido?..... Católicos, hay todavía mucha distancia desde el Cenáculo hasta el Gólgota; y el amor infinito del Redentor del mundo no quedará satisfecho hasta no morir por los hombres y dar la última consumación á su grande y augusto sacrificio. Se acerca, pues, el instante postrero en que van á tener su perfeccion y complemento los oráculos, las figuras, el sacerdocio y la ley; en que la sangre del justo, llevando al cabo el eterno designio que meditaba desde el seno de su Padre celestial, va, por último, á estrechar para siempre y con un vínculo infinito la prometida y suspirada alianza entre Dios y los hombres. Es llegado el momento de partir para Jerusalem: la última pascua está ya celebrada; el Redentor del mundo emprende ya su camino, pasa el torrente Cedron y penetra en el bosque de las Olivas.

(1) Joann., XVI, 1, 2, 18.

(2) Joann., XIII, 4 et R.

vas. . . . El sacrificio está aceptado: el Hijo del Hombre va a morir. . . . Poder de las tinieblas, sonó ya tu hora! La señal está dada, no con el ósculo del discípulo traidor, sino con la ofrenda sublime que acaba de hacer al Eterno Padre la víctima sin mancha. Llegad, pues, á consumir vuestro crimen, pontífice ambicioso, ministros infames; mas abatid primero la orgullosa frente delante de vuestro Rey. No haréis vuestra voluntad contra la suya. Padeced, porque lo ha querido así. Prendedle, pues, mas aguardad que os lo mande.

¿Qué imaginación podrá seguir desde aquí los pasos de Jesucristo? ¿Qué dolor podrá representar sus tormentos? En un intervalo bien corto ha visto aparecer contra sí todos los crímenes, sufrido el embate cruel de todas las pasiones, agotado los innumerables recursos de la tiranía, sentido el inmenso peso de toda la crueldad. No han pasado más que algunas horas, y durante este reducido intervalo, ¡qué de ultrajes no ha sufrido esta víctima inocente! Un discípulo le entrega, reniega otro de su nombre, y todos generalmente le abandonan. Solo, en medio de sus verdugos, no tiene ya con quien partir sus dolores y sus penas. Un pontífice aconseja su muerte, un cobarde satélite de una corte corrompida le dispensa una compasión peor todavía que el último suplicio: azotes, salvias, golpes crueles, sierilegas burlas, comparaciones humillantes; la caña de ignominia, la púrpura de mofa, la corona de sangre, el insulto añadido al tormento, la rabia frenética mezclada con la insolente risa, el grito de crucifixión, el sendero que se abre desde el pretorio al patíbulo, el madero que oprime sus delicados hombros, las peñas que retardan y alligen su dolorosa marcha, la montaña que se eleva como el altar del sacrificio. . . . ¿Dónde está el entendimiento capaz de comprenderlo todo? ¿Dónde está el corazón que pueda sentirlo todo? ¿Dónde la palabra que baste á expresarlo todo? ¡Ay, hermanos míos! El cuadro de la pasión asunto es que hace desfallecer la elocuencia más animada, y parece que el orador cris-

tiano participa en estos lanceos el trastorno de la naturaleza.

Heinos llegado por fin al Calvario. Presentase Jesucristo clavado sobre la cruz á la vista del cielo y de la tierra; pronuncia sus últimas palabras, bebe ya las heces del doloroso cáliz, explica, en fin, su amor de la manera más sublime. Esa sed insaciable que le devora (1) símbolo es del amor infinito que tiene á su pueblo: esa plegaria que sale de sus labios y desarma el brazo de la justicia eterna, es una solemne invitación de la misericordia al arrepentimiento (2). Su madre es nuestra madre (3), Jesucristo va delante de los que se lloran desamparados, y la tribulación queda santificada (4). Todo avanza á su fin. Aproximase ya el desenlace de esta escena misteriosa. Abrense por última vez los labios de la víctima. . . . ¿Qué va á decir? Venid, oh pueblos en multitud, ocupad todas las colinas y todos los valles, cercad esa montaña, mirad esa víctima: que escuchen los cielos y la tierra. Jesús abre sus labios por la última vez. ¿Qué va á decir? Atended: no perdáis un solo acento; es la palabra salvadora que sanciona la libertad del mundo, el omnipotente grito que hace estremecer los infiernos y abrirse de par en par á las generaciones las puertas de la inmortalidad. Escuchad, pues, hermanos míos: Jesucristo va á hablar. . . . CONSUMMATUM EST: *Todo está consumado* (5). Sí, católicos, todo está consumado: la naturaleza que se trastorna; el pueblo que gime en la más triste consternación; el sol que niega su luz al universo; el choque repentino de todos los elementos; el orbe que vacila; los sepulcros que restituyen sus despojos; el velo del antiguo templo que se rompe; son otros tantos ecos sublimes que parecen repetir esta palabra del Salvador: *Consummatum est*: todo está consumado.

(1) Sicut. *Joann.*, XIX, 28.

(2) *Pater, dimitte illis; non enim sciunt quid faciunt. Luc.*, XXIII, 34

(3) *Mulier, ecce filius tuus, etc. Joann.*, *ibi*, v. 25, 27.

(4) *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me? Math.*, XXVII, 46

(5) *Joann.*, XIX, 30.

Jesucristo no trajo á la tierra mas designio que redimir al género humano, regenerar al hombre en la verdad y en la virtud. Todo lo ha establecido ya, y desde que mira su obra consumada, no quiere vivir un instante más. Anuncia, pues, el término de su mision divina, é inmediatamente encomienda su espíritu al Eterno Padre, inclina su cabeza,....

Ha muerto el Redentor del género humano; mas en esta muerte, católicos, cuyos caracteres singulares y únicos nos han hecho descubrir á la Divinidad por entre los dolores, tormentos y humillaciones que rodean á la víctima del Calvario, en esta muerte donde acaban sus tormentos, empiezan sus victorias; en esta muerte veo destruido el trono de la muerte, roto y deshecho el viejo hereditario yugo que oprimia desde cuatro mil años atrás la cerviz abyecta de innumerables generaciones. Todo cambia en el mundo moral: las costumbres, la política, las instituciones, la filosofia. Esa palabra de consumacion pronunciada por Jesucristo, es un nuevo *at* que saca por segunda vez al mundo de la nada. Esa montaña es el cimiento de la ciudad eterna; esa cruz un estandarte glorioso que dará vuelta al mundo, y reunirá por fin á todas las generaciones. El sepulcro del hombre es el término de todas las grandezas humanas; la tumba del Mesias será el punto desde donde empiece á levantarse majestuosamente su gloria. Tal debe ser, católicos, el fruto de su predicacion, de su vida y de su muerte. No basta, pues, haberle visto renovar el entendimiento humano con el anuncio de su eterna verdad, y ofrecer á la imitacion de los presentes y futuros siglos, el más cumplido modelo de todas las grandes virtudes: es preciso hojear un tanto la historia de su cruz, entrar en el nuevo reino y ver levantarse los eternos muros de su Iglesia sobre las ruinas del paganismo.

TERCERA PARTE.

Imaginaban los judios haberse asegurado contra todo temor al consumir su crimen, y creyeron los gentiles que abandonando al público desprecio el misterio de la cruz, caería muy pronto el influjo de este grande acontecimiento que miraban ellos con los ojos de su vanidad, como un extraño delirio. Pero ¿qué sucedió? Apenas reciben el Espíritu Santo los apóstoles, y ya comienzan á sorprender al mundo con el número prodigioso y la celeridad de sus conquistas. Corre cada uno de los enviados á llenar su mision, y ya desde aqui no se ve otra cosa por todas partes mas que una serie continua de prodigios. Nada pueden contra ellos, ni el hombre ni la naturaleza: bajo sus pies se aplanan las montañas y las colinas, el mar pareció inmóvil, abriense las puertas de las opulentas ciudades; y estos hombres, sin más armas ni riquezas que la cruz del Salvador, todo lo conquistan con la palabra evangélica; por donde quiera se les rinden los gentiles y los judios, por todas partes repiten los ecos el nombre del Crucificado. Treinta años apenas han trascurrido, y ya casi no hay una ciudad en el universo donde no tremole con majestad la bandera del cristianismo.

Alarmóse con harto fundamento, señores, el corazón de todos los enemigos de Jesucristo, cuando concierren toda la realidad de un poder que tan solemne y gloriosamente se habia ya manifestado. Desapareció la burlona sonrisa de los labios del gentil y cayó la esperanza del pecho del judío. *Braman entonces á impulsos de un rabioso furor todas las naciones; los pueblos meditan fútiles y ridiculos proyectos; se paran eriguídos los reyes todos, y los príncipes se congregan á una contra el Señor y contra su Cristo. "Hagamos caer á pedazos, decian, las cadenas con que pretenden aprisionarnos, arrojemos lejos de nosotros el*

yugo vil que intentan imponernos (1).” Hé aquí, señores, el centro de todos los votos y el toque de guerra que se iba a may en breve a suscitar contra el cristianismo.

Estaba escrito que la Iglesia de Jesucristo no dejaría nunca de tener crueles perseguidores; él mismo lo anunció a sus apóstoles en la noche de la cena, de una manera tan precisa, que pueden reconocerse allí fielmente caracterizados todos los enemigos de su reino; pero también estaba dicho que éste había de sostenerse con gloria, que había de triunfar siempre, que habían de ser inútiles todos los embates, que la Iglesia estaba fundada sobre una roca inexpugnable, y que no prevalecerían contra ella las puertas del infierno (2). Esta perpetuidad, estos triunfos incesantes, esta acción poderosa y nunca interrumpida, hé aquí, señores, un monumento inmortal que Jesucristo ha levantado a su gloria. Ella resplandece igualmente en la inutilidad con que la Iglesia es combatida y en las penas terribles con que sus enemigos son castigados. Tal debe ser nuestra marcha, cuando repasamos las glorias de Jesús en los triunfos de su Iglesia.

¿Y quiénes son los enemigos que la persiguen? El gentilismo con la muerte, la herejía con el error, la prostitución con los vicios y la filosofía con todo género de armas. Mas ella triunfa de los primeros con la constancia de sus mártires; de la segunda, con la autoridad infalible de sus decisiones; de la tercera, con las virtudes heroicas de sus confesores; y de la última, con todo género de victorias.

El gentilismo la persigue con la muerte. A la vista de una sociedad rápida y prodigiosamente multiplicada y extendida, sin embargo de proponer misterios incomprensibles a la razón y leyes austeras a la voluntad, la rabia se apodera del corazón de los príncipes, que desde la altura del trono arman a millares los brazos de los gentiles para extirpar de la tierra la sociedad santa que acaba de

(1) *Psalm. II. 1. 2. 3.* *“Et nonne hic homo persequitur?”* *Matth. XXVI. 18.*

(2) *Matth. XVI. 18.*

fundar Jesucristo con su muerte. Odio al Evangelio, fuego y sangre a los miembros de la Iglesia: hé aquí el primer legado que se transmiten unos a otros aquellos monstruos, que para oprobio de la humanidad, rigieron en la sucesión de algunos siglos el destino de los pueblos. Circula por su corazón el veneno hereditario, y a pesar de las diferencias innumerables que caracterizaban el reinado de cada uno, todos ellos seguían uniformes el camino de persecución, abierto por la mano de aquel monarca, que pareció nacido para hacer estremecer a todo el género humano. ¿Quién pintará, señores, el horrible cuadro de aquella inicua persecución que sufrió por tan largo espacio de tiempo la innumerable familia que había reunido a su derredor la cruz de Jesucristo? Perseguidos como bestias feroces, los suplicios ordinarios parecían en extremo dulces para unos hombres universalmente vistos como enemigos de los dioses y de la patria. “Se nos decapita,” decía el mártir San Justino, se nos clava en cruces, se nos expone a las fieras, se nos atormenta con las cadenas, “con el fuego, con todos los suplicios más crueles (1).” El asta, añade San Cipriano, la cuchilla, el verdugo, todo está dispuesto: el garfo arrancando la carne, el potro levantado, la hogera encendida, y para el cuerpo de un solo hombre se aprista mayor número de suplicios que “el de los miembros de que consta (2).” El hijo se revuelve moribundo en la sangre de su padre, el hacha del verdugo no perdona ni al sexo flmido ni a la edad temprana. Ni los instintos de la naturaleza, ni los clamores de la humanidad, ni las concesiones más dulces de la vida, son parte a detener el ímpetu furioso de esta horrible persecución. Multiplicanse los cadalsos con los edictos de los césares: cada emperador pretende señalar su advenimiento al trono con los excesos inauditos de nuevas crueldades. Desde Nerón hasta Diocleciano se mantiene fresca la sangre que inunda las calles y las plazas públicas: “por si

(1) *Dial. cum Triph.*

(2) *Ad Donat. pag. 24 ed. de Paris (1829).*

“glos es necesario contar los padecimientos de la Iglesia, “y durante el curso de trescientos años no podemos seguir la sino por las huellas sangrientas de sus mártires (1).”

¿Mas cuáles fueron, decidme, cuáles fueron, por último, los resultados de esta larga y sostenida persecucion? ¿No habian imaginado sus autores triunfar del Evangelio y reducir á polvo el suave yugo de Jesucristo? ¿No llevaron algunos el frenesí hasta el extremo de afirmar que habian extinguido el nombre de los cristianos desde el Oriente hasta el Occidente y abolido en todos los pueblos la religion de Jesucristo (2)? ¿Insensatos! Desde lo alto de su trono *el que reina en los cielos se reía de estos sangrientos desvarios, se burlaba, como lo tenia prometido, de sus empresas locas y de sus nombres vanos* (3).

Para confundir y anonadar el poder de los perseguidores, no necesitaba por cierto de ocupar con legiones armadas el vasto campo que abarcaba su imperio: quiso triunfar de lo más fuerte con lo más débil, y para llevar al cabo esta empresa divina, le bastó prodigar al corazón de las víctimas aquella fortaleza espiritual que no teme la muerte. ¡Qué espectáculo el de un mártir al tiempo de espirar! Camina á la muerte sin la presuncion del orgullo, sin el terror de la debilidad: la virtud le precede, la gloria le sigue; sube al patíbulo con ademan tranquilo y con una especie de serenidad, que no pertenece á la tierra: no insulta á su verdugo, alaba á Jesucristo: ve llegar la muerte, y la saluda con el himno de la victoria: no es un hombre que aspira, es un navegante que ha sufrido todos los embates de los tiempos; ve descollar las cumbres queridas de la patria y toca por fin en el puerto suspirado. La serenidad de su rostro es una visible prueba de la inmortalidad de su alma; la constancia con que resiste, es la imagen más viva de su fe; el deseo que

(1) Bulet. Estab. del Crist., pág. 62.

(2) Gull. Bibl. tom. I, Persec.

(3) Pt., II, 4.

tiene de morir, es un trofeo sublime de la caridad. A la vista de un ejemplo tan heroico, de una magnanimidad que el mundo no concipia, de este predominio sobre la tribulacion y la muerte, el mundo todo se convence de que los destinos de este nuevo pueblo no penderán jamás de la voluntad poderosa de los reyes. Llegando á este punto, hermanos míos, una perspectiva enteramente nueva arrebató las miradas de mi alma. Veo triunfar la causa de Jesucristo: veo que las victorias suceden á las victorias: que la misma tiranía sirve á los desiguos del Señor; que los límites del nuevo reino se van retirando á medida que se irrita y enfurece el genio de la crueldad. Cada nueva víctima da nuevos atletas: *la sangre de los mártires es una semilla* de justos (1), y su constancia en padecer, rinde por fin el brazo de los tiranos. Sonó, pues, la hora que habia de poner dique á este torrente de sangre; la Iglesia domina ya en todos los pueblos; es poseedora única de todos los homenajes; por todas partes escuchan las santas aclamaciones de su victoria; goza de una paz que espontáneamente le otorgan la conviccion y la gratitud; levanta su frente augusta delante del universo; *apoya uno de sus brazos en la cruz del Salvador, y descansa con el otro sobre el cetro tutelar de Constantino* (2).

Pero qué nuevas nubes no vendrán á eclipsar estos días de santo regocijo? Católicos, los enemigos de Jesucristo, siempre tenaces, no descansarán jamás. A los embates de la crueldad inutilizados, seguirán los golpes menos sangrientos pero más terribles del error y de la seducción. A la sombra de un reinado pacífico nace y madura incesantemente el genio de la herejía; dirige sus miradas sacrilegas hacia todos los muros de la Iglesia, para minar paulatinamente sus cimientos; asecha á los incautos tendiéndoles una mano amiga; reúne de todas partes prosélitos, y no pasa mucho tiempo sin que clame contra los dogmas y amenace á la creencia universal.

(1) Tert.

(2) Maury. Paneg. de S. Ag.

Manés ataca la unidad de Dios; Arrio la divinidad de Jesucristo; Macedonio la del Espíritu Santo; Pelagio la Gracia; Nestorio y Eutiquio la Encarnación augusta y la Maternidad divina. ¿Cómo enumerar, señores, aquella multitud prodigiosa de prosélitos que reunieron bien pronto estos candillos para dispersarlos al punto por todo el territorio cristiano? ¿Cómo pintar la efervescencia que agitaba por todas partes á los hombres? ¿Cómo bosquejar aquí el cuadro lastimoso de aquellos cismas que hicieron derramar tantas lágrimas á la esposa de Jesucristo? Escriben, hablan, obran con increíble actividad los falsos profetas y los mentidos sabios; corren de todas y por todas partes nuevas y contradictorias doctrinas: los fieles huyen amedrentados, la Iglesia tiembla por la suerte de sus hijos, y volviendo atrás una mirada, parece lamentarse de que ya no exista la sangrienta persecucion y "echar menos, con sentimiento amargo, el hacha de los antiguos verdugos (1)."

¿Cuál será la suerte de esta esposa querida? No temáis: la cruz de Jesucristo triunfa con la misma soberanía en el pabullo de los mártires y en el campo de la controversia. Reúnanse los pastores á la voz de la Iglesia, y del centro de aquellas augustas asambleas, se lanza el rayo divino que postra y anonada la turba de los herejes. ¿Quién puede recordar sin entusiasmo los nombres venerables y gloriosos de Nicea, Constantinopla, Efeso, Calcedonia, Letran y Trento? Estos nombres están unidos á las memorias de aquellos consejos angostos de la cristianidad, reunidos á la voz del Pontífice Supremo con el doble fin de ilustrar al creyente con la antorcha de la fe y herir al herejearca con el anatema de la autoridad infalible. ¿Qué recuerdos excitan en vuestras almas, católicos, las costas desiertas de la Africa? ¡Ah! Se animarán constantemente á nuestra vista aquellos sitios tan fecundos en recuerdos, "donde las asambleas de los obispos eran

(1) Maury.

tan numerosas como los concilios generales (1)" y donde el monstruo de la herejía cayó reducido á polvo á los pies de Agustín.

De este modo, católicos, veo resplandecer en la Iglesia del Señor aquella sabiduría que subyuga á la inteligencia y domina sin cesar en medio de todos los ataques que dirige contra ella el espíritu del error. Si éste se agita con un movimiento que parece perdurable, la Iglesia resiste con inflexible constancia; si la herejía combate, la Iglesia triunfa; si el inferno vomita sus monstruos, la Iglesia cria sus atletas; si las sectas murmuran, los concilios truenan; si el cisma se insinúa, el vicario de Jesucristo se mantiene firme en la silla de Pedro; finalmente, si los candillos de tantas doctrinas perversas hacen cundir un ruido sordo de impiedad por todas partes, la Iglesia se reviste de una majestad imponente, juzga sin apelacion, habla por fin, y su victoria se anuncia con el silencio del universo.

Y ¿qué consiguió, decidme, qué consiguió la inmoralidad con todas las redes que tendia á la inocencia? Servir, señores, de una sombra que hizo resplandecer más y más la imagen celestial de la virtud. Huyen los justos á los sitios más ignorados; crece incesantemente el culto santo de la castidad; la perfeccion evangélica multiplica sin cesar los más ilustres ejemplos; las vírgenes y los confesores brillan por todas partes; *el desierto mismo florece con sus solitarios* (2). No hay un rincón de la tierra donde no habiten estos ángeles de paz: desde las cortes hasta las aldeas se difunde el fuego de la caridad, y donde quiera se exhala el delicioso perfume de las virtudes. El alma se siente conmovida cuando registra la historia, sube al origen de las instituciones monásticas, y descubre allí tantos y tan diversos caracteres de santidad; cuando mira al hombre tan superior á la naturaleza humana; cuando le ve inmolar en las aras de la religion todos los

(1) Penn. to an hundred and al. oviv scilicet habet una

(2) Penn. ab uno al mundo: catholici sancti sunt in omni

placeros de la carne y de la sangre, todos los prestigios del poder, toda la magnificencia y esplendor de la prosperidad, las voces halagüeñas de la fama, las ilusiones, risueñas de la vida, y todas las promesas y todas las esperanzas del siglo.

¿Quién hubiera podido imaginar, hermanos míos, que después de tantos combates inútiles, después de tantos y tan bellos triunfos como había obtenido la cruz de Jesucristo sobre los perseguidores crueles y los herejes corruptos que trabajaban infatigables por extirpar la Iglesia, habrían de abrirse otra vez las puertas del abismo para vomitar nuevos monstruos y suscitar nuevas y más empeñadas persecuciones? Pero ¡ay! no está lejos de nosotros ese siglo fatal en que vinieron á remirse el odio de todos los siglos, los errores de todas las épocas, la corrupción de todos los tiempos; ese siglo ateo que dejó muy atrás en impiedad y prostitución aun á las épocas más infames del paganismo. La filosofía, señores, en el último siglo se erige en árbitro supremo, se arma con la pluma y la espada, y desplega una prodigiosa energía para destruir á un golpe todas las creencias y todas las instituciones. El corazón corrompe al entendimiento, y á un impulso son combatidos los dogmas de la fe, las máximas de la moral y los principios de la política. Ya no se trata de combatir un dogma particular, es preciso borrar todas las creencias, arruinar todos los templos, sumergir en el caos todas las verdades, borrar hasta las últimas memorias del culto y sus ministros. Desde la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, hasta las más lejanas consecuencias de la moral cristiana, todo se contradice con audacia, todo se ataca y persigue con furor. Deslumbrar al pueblo con máximas seductoras de política para descargar un golpe seguro sobre las antiguas instituciones: se le dice al hombre que es material, para que vea sin espanto al ídolo de la razón, usurpar el tabernáculo del Dios vivo. La incredulidad no consiente ni aun las más lejanas memorias: bórrase la era de Jesucristo;

sustituyen las fiestas revolucionarias á las solemnidades religiosas; los nombres de los brutos y de las plantas á los nombres de los santos; y ya desde entonces las iglesias que no fueron demolidas, quedaron para servir de teatro á las más inicuas profanaciones.

¿Qué crimen, señores, no tuvo entonces sus héroes, qué sitio no fué testigo de los más terribles atentados? Levántase el patíbulo del monarca, y de él brota el manantial de sangre que había de inundar á la patria de San Luis. Mirase la Iglesia despojada de su patrimonio; y muy pronto perecen á millares sus ministros. ¡Triste cuadro, católicos! El orden social destruido, la rebelión abriendo brecha á la anarquía, la anarquía mil veces peor que el despotismo, sedienta siempre de sangre, buscando sin tregua nuevas víctimas que devorar: los establecimientos más útiles, obras preciosas de siglos de experiencia, destruidos en un solo instante de delirio; los monumentos más gloriosos desmoronándose por donde quiera; las piedras de los sepulcros despedazadas, y arrojadas al viento las cenizas de los muertos; la probidad, el honor, con las virtudes y los talentos, con el nacimiento y la fortuna, indeleblemente escritos en el gran registro de las públicas proscripciones; la Francia, en fin, trasformada repentinamente en un vasto cadalso, donde la sangre no deja de correr (1).

Entre tanto, señores, la Iglesia de Jesucristo aparece con igual esplendor. Nuevos mártires la glorifican, nuevos defensores se levantan y hacen avergonzar á la filosofía; la religion cristiana vuelve á reunir á su rededor cuanto hay de más lustre y más grande; el genio se humilla en su presencia, la poesía la pide sus tesoros, y las mismas ciencias la ofrecen los más humildes homenajes. ¿Dónde están los trofeos á que aspiraba la soberbia incredulidad? ¿Dónde los monumentos erigidos por la admiración á sus triunfos? ¿Dónde los orgullosos genios

(1) Mac-Carthy.

que se atrevieron contra la sabiduría de la Iglesia? ¿Dónde los escrutadores curiosos de la ciencia mundana? ¿Dónde aquellos insensatos que habían imaginado triunfar de la palabra eterna y arrancar del corazón las esperanzas del cielo? *Ubi sapiens? Ubi scriba? (1)* *Yo confundiré la sabiduría del sábio, yo reprobaré la prudencia del prudente (2)*; ha dicho el Señor y esta palabra es infalible.

Pero no basta, señores, no basta ver inutilizados los esfuerzos del gentilismo, de la herejía, de la inmoralidad y de la filosofía; es preciso volver atrás la vista, y preguntar á la historia cuál ha sido la suerte de los hombres y de los pueblos que se han rebelado contra la cruz.

La gloria de Jesucristo resplandece igualmente en las penas terribles con que son castigados los enemigos de la Iglesia. En vano busca la filosofía causas desconocidas para explicar el secreto de tantas revoluciones; una mano invisible dirige siempre el curso de los acontecimientos humanos, y parece que no hay entre ellos uno solo que no entre á la parte con Dios en los destinos de su Iglesia. Abrid, señores, las páginas de la historia; ¿qué reflexiones hacéis al descubrir allí el triste destino de tantos reyes y de tantos pueblos?

¿Quién ignora el trágico fin de los Nerones, Domicianos, Decios, Julianos y tantos otros? El alma se estremeció al ver la rabia con que espira un Galerio-Maximiliano, inventor de tantos tormentos. Vedle, señores; devorado por los gusanos que salen de sus entrañas. Ved á ese Maximiano Daya, todavía más atroz, que no teniendo ya contra quien combatir su rabia entra en un delirio espantoso, conducido por el veneno que toma él propio para celebrar su muerte; vedle rabioso por un fuego que le consume, y exhalando por fin su alma feroz entre los alaridos de la rabia y la desesperación. (3) Cuando veo, señores, á

(1) 1.ª Ad. Cor. I, 20.

(2) *Ibid.*, 19.

(3) *Mac-carth.*

éstos que disponían del mando, abandonados á sí mismos, consumidos por el puñal del remordimiento, presa de los dolores más crueles arrastrarse á morir como un reptil miserable, desprovistos hasta del último recurso humano; cuando los veo espirar, maldiciendo su destino, entre los clamores de una desesperación inútil, abandonados de Dios y de los hombres; cuando los veo por fin bajar al sepulcro, sin que caiga una lágrima siquiera sobre sus tristes restos, mi alma se estremeció y confunde, admira en estos accidentes fatales el esplendor de la justicia eterna, y reconoce aquella vara de hierro, que el Padre puso en las manos de Jesucristo para que rigiese á los monarcas rebeldes, y desbaratase como un vaso de tierra (1), á los perseguidores de su Iglesia.

Y ¿qué diré de los pueblos que no quisieron reconocer á Jesucristo, y de aquellos que después de haber recibido su Evangelio, tuvieron la desgracia de abandonarle? Millares de judíos quedan sepultados bajo las ruinas de Jerusalén, y los muros del antiguo pueblo desaparecen bajo los brazos fuertes de Tito y Vespasiano. Acabó desde entonces la nación judía, y para oprobio de su deicidio, vagan errantes aun sus miserables restos al cabo de diez y ocho siglos, sin patria, sin hogar, universalmente despreciados; y no parece sino que la ira del cielo está destilando gota á gota con el fin de prolongar por toda la duración del mundo los tormentos de este pueblo degenerado.

De las regiones salvajes é inaccesibles del Norte brota una multitud inmensa que invade el capitolio y hace caer el imperio de la ciudad eterna. No son acontecimientos casuales. Así será tratada, dice San Juan, la ciudad que reina sobre los reyes de la tierra (2), la ciudad levantada sobre siete colinas (3), porque es la madre de las abomina-

(1) Pa. II, 9.

(2) Ap. XVII, 18.

(3) Ap. XVII, 9.

ciones, y está embriagada con la sangre de los santos y los mártires de Jesús (1).

Después de haber presenciado la destrucción de la antigua Roma, volved los ojos, hermanos míos, á esa muchedumbre de pueblos que, después de haber militado gloriosamente bajo la enseña del Calvario, volcieron sus espaldas á la cruz. Visitad con la imaginación esas comarcas numerosas del Asia, que fueron otro tiempo los bellos timbres de la Iglesia y el ornamento de la religión. Efeso, Antioquia, Cesárea, Nicomedia, en vuestro seno vinieron á reunirse en una época todas las acciones inmortales de la virtud y todas las producciones magníficas de la sabiduría: al fecundo calor del Evangelio florecieron entre vosotras, no solamente las costumbres más puras, sino también los talentos más ilustres, las ciencias y las artes. ¿Dónde están ahora aquellos dechados perfectos de virtud, tantos caracteres de santidad, tantas obras insignes que presentabais á la admiración del universo? ¿Qué hicisteis de la inmensa gloria que os legaron con su nombre los Basilio, los Gregorios y los Crisóstomos?.... Mas apartad, católicos, vuestra vista de la Asia, fijadla por un instante en la extremidad de la Europa, visitad esos nuevos pueblos: ¿dónde está la ciudad de Constantino? ¿No es esta la magnífica, la culta, la sabia ciudad, que mereció en otro siglo los gloriosos renombres de nueva Roma y de segunda Atenas? Dejad la Europa, penetrad en la Africa, recoged esos otros pueblos que fueron la cuna de los Atanasios, Cirilos y Tertulianos, donde la sabia Grecia, animada otra vez con un soplo de vida que le comunicó el Evangelio, revivió toda y santamente depurada del contagio del paganismo en la célebre escuela de Alejandría, y donde los Ciprianos y Agustinos dieron tanto lustre á las ciudades de Cartago y de Hipona. ¿Qué fué, vuelvo á preguntar, qué fué de estas ciudades famosas, de su opulencia y de su glo-

(1) Ap., XVII, 6.

ria? Yo no veo, señores, sino campos desiertos ó pueblos embrutecidos, envueltos en las nieblas de la ignorancia, presa de las supersticiones más viles, sin libertad y casi sin patria, encorvados bajo el yugo de un despotismo feroz, espantosamente huidos en el inundo fango de los errores y de los crímenes. No puede citarse un solo pueblo, católicos, donde la fe se haya extinguido, que no se haya precipitado por el mismo hecho en el abismo de la barbarie: el Evangelio, que ha civilizado al mundo, abandona también soberanamente en el cieno de la corrupción á los pueblos ingratos que le desconocen ó persiguen. Estaba ¡oh Dios! en los atributos de vuestra justicia eterna que sucediese así: era fuerza que la apostasia de los pueblos experimentase los efectos de vuestro furor, y que pudiera decirse á cada una de esas naciones infieles lo que á Israel prevaricador decía uno de vuestros profetas: "Sabe y confiesa que es muy terrible y amargo el haber abandonado al Señor tu Dios." *Sabo, et vide, quia malum et amarum est reliquisse te Dominum Deum tuum* (1).

Mas no concluyamos, hermanos míos, esta revista funebre de penas y castigos, sin volver todavía una última mirada sobre esa misma Francia, donde hemos presenciado no há mucho el cuadro más cumplido de todos los errores, de todas las crueldades, de todos los crímenes y abominaciones que pueden caber en la naturaleza corrompida. No os manifestaré, señores, la muerte deplorable del filósofo de Ginebra y del patriarca de Fernay: estos corifeos de la incredulidad y precursores de la desolación y exterminio que sufrió el reino cristianísimo de Clevis y Carlo Magno: no llamaré vuestra atención hácia aquellos sacerdotes intrusos, heridos por el rayo del cielo en el instante mismo en que se aprestaban á la posesión de los honores del santuario: correré el velo sobre Marat y Robespierre, porque en esa multitud inmensa de

(1) Jerom., II, 19.

criminales víctimas, es empresa difícil para el orador pasar individualmente la vista por el suplicio de cada uno. Es necesario ver de un golpe todo el horrible conjunto, ver á estos malvados luchando inútilmente con su propio destino, perseguir en vano al cielo y á la tierra, y expiar casi á un tiempo mismo entre las maldiciones de Dios y las execraciones del hombre: es necesario verlos sumergidos bajo las ruinas de sus propias instituciones, de estas instituciones pasajeras, levantadas sobre una arena movediza y desmoronadas entre las manos de sus propios autores. ¡Gran Dios! ¡qué implacable y terrible fué vuestra clemencia para con los autores de esta conflagración impía, de estos sacrilegos que se bañaron en la sangre de vuestros sacerdotes, que mancharon y destruyeron vuestro tabernáculo augusto con el designio frenético de abolir la memoria de vuestro Cristo!..... ¿Qué fué de los autores de esta famosa revolución? Siglo ateo, ¿dónde están tus sabios y tus fuertes? ¿Dónde los trofeos de tus victorias y los despojos de tus conquistas? ¡Dichosos ellos, hermanos míos, si semejantes á los soberbios de Babilonia, solo hubieran tenido que sufrir el humillante castigo de la confusión de las lenguas! Pero vedlos como espiran entre la oscuridad y la ignominia, como se despedazan y devoran mutuamente, y como representan casi todos en esta escena de sangre el doble papel de verdugo y de víctima.

¡Oh pueblos! atended: esta lección ha sido dictada para vosotros. Temed á la vista de estos estragos, temblad: la atmósfera que circunda al universo no acaldea de purificarse aun de este contagio maligno que afligió tanto á la religión de Jesucristo y arrebató tantos hijos á la patria de Golofredo. Y vosotros, grandes de la tierra, aprended aquí lo que cuesta el abuso del poder: sabed que le tenéis prestado, y que para confundir y arruinar totalmente al insensato que se arma contra el cielo, no se necesita de otro impulso que el que bastó para sacar al mundo de la nada. Abrid los ojos, y convertid á vuestro

propio bien las lecciones que suministran estas catástrofes sangrientas: no sea que perezcáis entre los clamores desesperados de un tardío arrepentimiento; cuando el Hombre Dios haya pronunciado *el hasta aquí de su paciencia y hecho tronar sobre vuestras cabezas el tremendo rayo de su ira. Nequando irascatur Dominus, et pereatis de via justa* (1).

¡Qué grande y sublime se presenta, señores, á mi alma ese madero augusto, cuando le veo renuir á su alrededor la sabiduría, la virtud, el poder, cuanto hay de más admirable en los cielos y en la tierra! ¿Quién temerá por el reino que él preside, cuando repasa la serie infinita de sus victorias y mira disiparse inevitablemente las negras tempestades que hace brotar el abismo? Ved, católicos, el nuevo reino presentando el modelo de todas las sociedades; ved este imperio donde la libertad evangélica, dulcemente abrasada con la fe, anuncia desde la cruz de Jesucristo aquel imperio *in fin*. ¿Qué política es ésta que tan maravillosamente combina los derechos y la autoridad, los intereses del súbdito con el poder del magistrado? ¿Qué imperio es éste donde no se ha interrumpido jamás la sucesión de los soberanos; sin embargo de no contar con otra dinastía que los vínculos de la fe? Colocado en medio de todos los reyes, el vicario de Jesucristo ve nacer, encontrarse y morir todas las vicisitudes de la política; sin que vacile un instante su trono. ¿Quién contará, señores, todos los caracteres diversos que han ido presentando en la serie de los siglos la política, la legislación, los principios del orden, el génio de los pueblos y la suerte de los gobiernos en las instituciones humanas?

¡Oh Iglesia de Jesucristo, sociedad única y verdadera, imperio por excelencia! Tú descúbres en esa silla invulnerable, en esa luz indeficiente, en ese principio eterno,

(1) Ps., II, 12.

independiente de todas las vicisitudes humanas, en esa unidad exclusivamente tuya, en esa universalidad tanto más duradera cuanto más espontánea, que no pertences al mundo, que eres la esposa de Jesucristo, que no prevalecerán contra ti las puertas del infierno. Verás levantarse y abatirse todos los tronos, grandes y decadentes todas las sociedades, resplandecientes y oscurecidas todas las glorias, mientras que tú, superior al tiempo y á la muerte, aparecerás imane, como el arca misteriosa, entre las ruinas deshechas de cuanto existe: y como te vió el hombre, constante y fuerte en tu nacimiento, te verá también triunfante y gloriosa á la luz *moribunda del universo abrasado.*

No me sorprende ya, católicos, ver á Jesucristo anunciando muy anticipadamente las glorias de su cruz, levantarse para ir á Jerusalen, diciendo que ha llegado la época en que va á ser glorificado, el Hijo del Hombre. Ahora comprendo aquella gloria que vió el evangelista San Juan, aquella gloria suprema y única del Unigénito del Padre, esa verdad infalible que hizo caer el petro del pensamiento de las manos del filósofo gentil, esa transformación que en el universo producen las innumerables virtudes que corren con la sangre del Mesías, este reino invencible que nace de la cruz: ahora comprendo esa plenitud de gracia y de verdad, que abre las puertas del cielo al universo condenado, limpia y regenera la naturaleza humana, marchita y muerta por la primera culpa. Mi alma queda absorta en la contemplación de tanta grandeza, dulcemente agobiada bajo el peso de tanta majestad y de tanta gloria: el nombre augusto de cristiano eleva mi corazón, y un enajenamiento sublime se apodera de mí, cuando veo la cruz de Jesucristo en los brazos de los mártires, en el candor de las vírgenes, en la mano del Apóstol, en los libros del sabio, en los dedos del niño, en el pecho del rústico y en la frente del monarca.

Ved, pues, hermanos míos, ved fielmente cumplido el

oráculo del Redentor. Todo le está sometido, pues desde el instante mismo en que fué elevado sobre la cruz, el mundo tuvo un libertador, la virtud un dechado, la culpa una víctima infinita, la Iglesia un jefe, la religión un pontífice, los pueblos un pastor, los gentiles una luz, Israel un consuelo, los justos un santificador, los ángeles un rey, los santos un reino, y el Eterno Padre un holocausto digno y adoradores en espíritu y verdad.

Católicos, cuando hemos presenciado la regeneración de todo el universo para anunciar á Jesucristo; cuando hemos visto á la filosofía orgullosa ceder el campo á una verdad que tan soberanamente descubre su origen divino en la persona de su autor, en la sublimidad de sus misterios; en la unidad de su economía, en la universalidad de su inteligencia, en la santidad de su moral y en la eternidad de sus promesas; cuando hemos visto al Hombre Dios criar la virtud en la tierra, rendir y anonadarse el orgullo con sus santas humillaciones, inutilizar y confundir con su poder soberano las negras maquinaciones y los combates impíos; cuando hemos presenciado las innumerables y gloriosas conquistas de los apóstoles, de los mártires y de los confesores, rendirse los imperios á la palabra santa, y caer pueblos y reyes al pie de la cruz, tiempo es de convertir de nuevo nuestras miradas hacia el Gólgota, y reconocer, admirar y bendecir en esa víctima santa la subiduría, el poder, la inmensa majestad del Hombre Dios.

Desde esa colina donde le coloca la ingratitude de un pueblo rebelde, desde ese patíbulo que ha transformado en un momento de gloria, pasea sus miradas por todo el universo, registra los pasados y futuros siglos, que han de conducir hasta la eternidad los humildes tributos de adoración, de reconocimiento y de amor, los inflamados votos de todos los hombres; las virtudes de todos los justos, el culto magnífico de todos los pueblos, el santo vasallaje de todas las generaciones. A su presencia huyen medrosas las tinieblas que habían cobijado la tierra, dispidadas

por el esplendor divino que sale de su cruz, bajan hasta el abismo los infames restos de la idolatría, y descuellan los inexpugnables muros del nuevo templo; la figura cede el campo á la realidad, y sobre el antiguo pavimento de la sinagoga, se levanta el tabernáculo augusto que ha de habitar en persona el Hijo de Dios vivo.

¿Cuál es aquí nuestro deber, hermanos míos? Reconocerle Rey en medio de sus ignominias, é inspirados por su gloria, entonar la *hossanna* sublime, aclamarle libertador á pesar de su muerte. Esa cruz es el trono del mundo; esa corona de espinas es la única diadema; esas llagas son otros tantos monumentos de inmortal victoria; la eterna majestad de los cielos consagra en el culto sublime de los ángeles y de los hombres ese aparato fúnebre, esa urna de dolor. Criaturas todas, reconoced á vuestro soberano: cielos, inclináos á su presencia; postráos delante de él, vosotros todos los que ocupais la tierra; estremeceos al escuchar su nombre; potestades vencidas, que habitais en las eternas llamas: "que al nombre de Jesus, se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos." *In nomine Jesu omne genu flectatur caelestium, terrestrium, et infernorum* (1).

Redentor del mundo, nosotros nos postramos delante de vos, para rendiros en vuestras aras el culto solemne de nuestra admiracion y de nuestra gratitud. Hombre Dios, á vos pertenecen todos los homenajes: dueño sois de todos los beneficios que el universo disfruta, de la verdad que nos ilustra, de la virtud que nos santifica, de la Iglesia que nos conduce, que nos sostiene y que nos salva. Vuestro es el poder, vuestra la divinidad, vuestra la sabiduría, la grandeza y la gloria. Bendicion, claridad, accion de gracias á vos, honra y culto sin fin á vos, Rey eterno de los ángeles y de los hombres. Que á vuestro nombre, pues, se postre el universo; que todos los pueblos os escuchen como el autor supremo de la verdad; que to-

(1) Ad Phi., II, 10.

dos los hombres os veneren como al modelo divino y único de la virtud, que todos los reyes pongan el cetro y la diadema á los piés de vuestra majestad, y que nosotros, ¡oh Jesus! permanezcamos firmes en la profesion de vuestra fe, que no aspiremos sino á la gloria y á las santas delicias de vuestra cruz, y que despues de haber permanecido fieles en la milicia de vuestro reino, recibamos de vos mismo en la triunfante Jerusalem la corona de la inmortalidad que habeis prometido á la constancia heroica de los justos.—AMEN.

SERMON

PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

PREDICADO Á LAS SEÑORAS
DE LA SOCIEDAD CATÓLICA DE TRAPUATO

POR EL

SR. PBRO. D. GABINO CHAVEZ.

Quos prescivit et predestinavit conformes fieri imaginis Filii sui.

A los que conoció en su presencia
los predestinó para sus hechos conformes á la imagen de su Hijo.

Rom., 8, 29.

HERMANAS MÍAS:

Hoy va á ocuparme el asunto más sublime y magnífico, y el más digno quizá de vuestra atención. Voy á presentar delante de vosotras el cuadro más interesante que se ha desarrollado en el mundo en el curso de todos los siglos, y á manifestaros á un tiempo mismo el sufrimiento más notable y meritorio que se ve en la historia del hombre, así como la más atroz é injusta persecucion que se haya ejercido jamás por la crueldad y la barbarie.

Vengo á hablaros de los hechos memorables que juntamente regeneraron al universo y consumaron la ruina del pueblo más noble y grande de la antigüedad; en una palabra, vengo á referiros la dolorosísima Pasion del Redentor. Pero, hermanas mías, yo no quiero ni debo hablaros ahora de los tormentos de Jesucristo, considerados bajo esos respetos, es decir, en su influencia en la regeneracion de las sociedades, y en el bien y la felicidad del universo entero. Os los voy á representar bajo un aspecto más reducido, pero infinitamente más eficaz para vuestro provecho, y más digno de vuestra atencion.

Dios, dice el apóstol San Pablo, á los que conoció como sus escogidos de toda la eternidad, los predestinó para que durante su vida se conformasen enteramente á la imagen de su Unigénito Hijo, y por esta conformidad, por esta imitacion de Jesucristo, por la consecucion constante de este divino modelo, se harian despues dignos de ser glorificados eternamente con el mismo Redentor. Pero, ¿cuáles son las acciones de Jesucristo que debemos imitar? ¿En qué pasos de su vida debemos tomarle como modelo? ¿Cuáles son los que debemos tener más constantemente á nuestra vista para procurar copiarlos fielmente en nuestro corazon é imitarlos en nuestra conducta? Es cierto que toda la vida de Nuestro Señor Jesucristo es un ejemplo constante y una manifestacion sublime de todas las virtudes, sus sentimientos los más nobles, su amor á los hombres el más puro y desinteresado, su conducta la más intachable y su memoria la más gloriosa y augusta que honra á la humanidad. En efecto, hermanas mías, Jesucristo no sólo fué el mediador que obró la reconciliacion del hombre con Dios; no sólo fué la luz que enseñó la verdad al hombre más ignorante y extraviado; no sólo fué la fuente de la gracia que eleva nuestros actos hasta hacerlos dignos de la vida eterna, despues de haberlos producido y desarrollado en nuestras almas, sino que El es tambien nuestro modelo. El vino á enseñarnos los senderos que conducen al cielo; El vino á ser

nuestra perpétua enseñanza con sus ejemplos, nuestro constante guía con sus palabras y nuestro continuo ejemplo por sus virtudes. El se ha querido llamar *camino* para darnos á entender que si no caminamos sobre sus pasos, que si no seguimos siempre sus huellas, que si no marchamos, por decirlo así, con El mismo, no podremos abrigar la esperanza de que somos del número de los escogidos á quienes Dios no predestinó sino en cuanto conoció que serían conformes á la imagen del Salvador é imitadores fieles de su doctrina y ejemplos: *Quos praecevit et predestinavit conformes eri imaginis Filii sui*. Es cierto, pues, que toda la vida de Jesucristo es nuestro ejemplar y nuestro modelo, que en toda ella, y aun en uno solo de sus pasos, tenemos bastante que imitar en todo el curso de la nuestra, y que todos sus ejemplos, desde el primer instante de su Encarnacion, hasta el momento en que al subir al cielo desapareció á los ojos de sus discípulos, son infinitamente más dignos de nuestra imitacion que los hechos más heroicos de los santos, pues cuando imitamos á éstos, realmente imitamos al mismo Jesucristo, que fué constantemente su modelo. Todo esto es cierto, pero no se puede negar que su dolorosa pasion es el hecho más grande de su vida, y el más noble, sublime y digno de nuestra imitacion entre todas sus obras; que es lo que más continuamente debemos tener á nuestra vista, si queremos, no solo corregirnos de nuestros desórdenes, sino también encendernos en el amor de Dios y practicar el camino de las virtudes. Hoy vengo á hablaros, pues, de la Pasion del Salvador, y haceros resaltar la discrepancia de nuestra conducta con la suya y el contraste de nuestras obras con la enseñanza de sus tormentos. El asunto es tan vasto que ha dado materia á un célebre predicador de nuestros dias para formar veintidos conferencias de las que ya habeis oído algunas. En la imposibilidad de extenderme tanto, voy solo á haceros una sencilla exposicion acompañada de algunas reflexiones, sobre los cinco principales pasos de la sagrada Pa-

sion que habeis meditado hoy; es decir, las penas del huerto, la flagelacion, la coronacion, el camino de la cruz y la crucifixion.

PUNTO PRIMERO.

Despues que Nuestro Señor Jesucristo hubo celebrado con sus discípulos la última cena, en la que instituyó el adorable sacramento de su cuerpo y de su sangre, salió de Jerusalem á un huerto solitario donde acostumbraba por las noches retirarse á orar con sus discípulos. Despues de aquel esfuerzo prodigioso de amor que habia hecho en el Cenáculo, el Salvador permite que las pasiones humanas invadan su corazon. El pavor más frio y la tristeza más amarga se apoderan de su alma; teme, tiembla y se llena de consternacion; y no pudiendo contener su dolor dentro del pecho, da parte de él á sus discípulos, diciéndoles: "Triste está mi alma hasta la muerte." Llegan al jardin de los Olivos, lleva Jesus consigo á Pedro, Juan y Santiago, los mismos que habian sido testigos de su Transfiguracion, se aparta un paso de ellos, les encarga que oren, y comienza El la oracion más sublime, noble y fervorosa que se habia presentado ante Dios en el curso de los siglos. Ya habeis considerado que en esta oracion el Salvador era solicitado al mismo tiempo por el amor de su Padre indignamente ultrajado, por el amor del hombre eternamente perdido, y por el amor de sí mismo,

amenazado con todo el horror de su pasión. Postrado Jesucristo en tierra, con el rostro pegado en el polvo como vil pecador, á la vista de tantos objetos espantosos, entra en una violenta agonía, se abate como el más desgraciado de los mortales, tiembla, suspira, gime en medio del más hondo desconsuelo. Su sangre, arrojada del corazón por un esfuerzo generoso, se dirige á los poros del cuerpo, sale en pequeñas gotas que formando otras mayores y aumentándose más y más, produce aquella efusión maravillosa que despues de bañar su cuerpo sagrado, descende á humedecer la tierra y comienza á purificarla con su contacto divino. Os recuerdo todo esto, para que veáis cómo debéis conformaros á la imagen del Salvador en los dolores de su pasión. Dos cosas veo en el huerto de los Olivos, hermanas mías, Jesucristo que ora y los discípulos que duermen. Jesus ora para darnos ejemplo; ora para enseñarnos de esta manera la necesidad de la oración, sobre todo en tiempo de tristeza y tribulación; ora, aun cuando siendo Dios como lo era, podía hacerlo todo sin necesidad de pedir nada para él ni para nosotros. Pero ¿le imitáis en este punto? Habéis hecho de la oración la práctica continua de vuestra vida, las alegrías de vuestro corazón y el lugar de reposo de vuestra alma? Acudís á ella en vuestras tristezas, en vuestros temores y en vuestras aflicciones y penas? Cuando os sentís atribuladas y oprimidas por algun pesar, ¿no es verdad que buscáis vuestro consuelo en el seno de una amistad mundana, en el estrépito de las conversaciones y alegrías profanas, ó en la lectura de obras perjudiciales, que no os contentan sino porque halagan las pasiones? ¡Ah, hermanas mías! la oración, que es la práctica más importante, es también la más olvidada; la oración, que nos recomienda Jesucristo por la última vez en el huerto, es tan desconocida de muchas de vosotras, que muchas veces al tratar de recomendarosla, tememos pronunciar su nombre por no asustaros, y hacer inútiles nuestras advertencias con la oposición de vuestras falsas ideas. Imitad

al Salvador, orad. El os lo recomendó en la persona de sus discípulos, y os dió el ejemplo más grande y noble en la noche de su agonía. Mas ¿qué hacen entre tanto los discípulos? Duermen y descansan, hermanas mías, mientras el Salvador se fatiga; reposan en el sueño, mientras su divino Maestro suela sangre. Abren con la pereza sus entrañas á la tentación, mientras el Redentor ora por su salud y la de todos los hombres. Y ¿qué hacéis vosotras, hermanas mías? ¡Ah! vosotras, que no imitáis á Jesus que ora, os entregáis al sueño con los apóstoles, mientras Jesus se ocupa ardentemente en el negocio de vuestra salud; vosotras yaceis en la tierra con indolencia, y mientras él derrama sus lágrimas y su sangre por vosotras, creéis haberle correspondido con dirigirle una mirada de compasión, sin que las disposiciones de vuestro corazón se muden. Porque, hermanas mías, la vida del cristiano no es solo una vida de oración, sino también de vigilancia. "Vigilad y orad," dijo el Salvador á los discípulos antes de separarse de ellos en el huerto. Y en efecto, hay tantas ocasiones de pecado, tenemos tantos enemigos fuera de nosotros mismos, somos en nuestro interior tan inclinados al mal, que si no queremos perderlos, debemos imitar á Jesucristo en la vigilancia que tuvo por nosotros. En su oración él pide más para nosotros que para sí mismo; le atormentan más nuestros pecados que sus próximos dolores. Hace en el huerto un acto inmenso de contrición por las culpas de todos los hombres, y su dolor es tan intenso que, no solo hace brotar las lágrimas de sus ojos, sino también la sangre de sus venas. ¿Le imitáis acaso, hermanas mías? Vigiláis constantemente vuestros actos? Repasáis en el silencio de la noche y antes de entregaros al sueño, vuestras faltas para pedir perdón de ellas á Dios? ¡Ah! no os miráis en vuestro interior sino cuando vais á depouer vuestras culpas á las plantas del ministro sagrado, y vuestra mirada es entonces distraída y dispada, tan rápida é inquieta, que no os deja conoceros á vosotras mismas. Es una imi-

rada que solo encuentra lo que os propusisteis hallar y no lo que deberiais buscar en el fondo de vuestro corazon. Dormis como los apóstoles el sueño de la tibieza y de la indolencia, mientras Jesucristo agoniza de dolor y suda sangre por vosotras. De esta manera, cuando Jesús ora y los discípulos duermen, en vez de conformaros con el Salvador y huir el ejemplo de la negligencia de los apóstoles, castigada con la cobardía posterior de su conducta, trastornáis todo el orden y os echáis á dormir olvidando á Jesucristo. Mas sigamos al divino Salvador y acompañemosle en el resto de su pasión.

PUNTO SEGUNDO.

Después de haber orado con tanta constancia y con tanto fervor; después de haber despertado varias veces á sus discípulos, que no habian podido vencer el sueño, se levanta por fin confortado por el ángel del Señor, advierte á los apóstoles que se acerca el discípulo traidor, y él mismo le sale al encuentro con toda la severidad y calma de un Dios que se entrega porque quiere. No puedo ir repasando uno por uno todos los tormentos y dolores del Salvador, porque me extenderia demasiado; tengo, pues, que pasar en silencio el modo como aquella tropa de malvados echaron mano del Salvador y le ataron cruelmente, según la infame recomendacion de Judas. Tengo que pasar en silencio la dulzura de Jesús para con

este malvado, tan digno de los horrores del infierno; el poder de aquella palabra que derriba por tierra á los enemigos del Salvador y su tránsito por las calles de Jerusalen, que se llenaban de curiosos que salian á ver y llenar de insultos al supuesto reo. No puedo hablaros tampoco de su presentacion ante los diferentes tribunales del pontífice, del gobernador romano y del rey de Galilea. Me veo obligado á callar el insulto horrible que un criado del pontífice hace al Salvador hiriendo su rostro con una bofetada, y el infame paralelo que hace Pilatos entre Jesucristo y un vil asesino y salteador. Bien quisiera detenerme un poco en estos pasos, pero me es imposible, y solo os diré algunas palabras de los tormentos que pasó el Salvador la noche antes de su pasión. Después del interrogatorio más indecente sufrido en casa de Caifás, mandan los inicuos jueces que saquen atado al reo. Toman á Jesús los bárbaros ministros y le conducen á un aposento súpico y vil para custodiarle. Mas el demonio se apodera de sus corazones y les inspira el proyecto más horrible y criminal. Desean divertir el sueño ocupándose en insultar y escarnecer al Hijo de Dios. Uno venda sus divinos ojos con un inmundo lienzo, y todos comienzan á herir su rostro dándole horribles bofetadas; arrojan inmundas salivas á su cara, y después de cada golpe le dicen entre burlas y risas: "Profeta, adivina quien te dió." De esta manera Nuestro Señor Jesucristo, exhausto por el cansancio de su larga oracion, desfallecido á causa de la sangre que habia derramado, terriblemente afligido por la desercion de sus discípulos, por la traicion de Judas y por la apostasia de San Pedro; transido de frio en tan cruda noche, en vez de encontrar algun descanso, en vez de recibir un pasajero alivio que le permitiera afrontar los tormentos que le aguardaban, solo encuentra la opresion, las cadenas, el insulto y las burlas más indignas. ¡Ah, señoras! cuando entregadas á locas alegrías y sumergidas en el seno de diversiones profanas, pasais esas noches en una especie de embriaguez insensata; cuando ro-

deadas de placeres y de encantos regalais con suaves músicas, exquisitos manjares y olorosos perfumes vuestros sentidos; cuando asistís á esas reuniones en las que no se respira sino la atmósfera de la sensualidad y del deleite, ¡ah! ¡cuán lejos estais entonces de pareceros al Salvador, cuán distantes os hallais de imitarle! El sufre el frío más horroroso y á vosotras os rodea un aire tibio y embalsamado; él gime en un cuajo calabozo y vosotras estais en un lugar rodeado de todas las comodidades y adornado con exquisita vanidad; él oye insultos y desprecios, y vosotras solo ois palabras de adulacion; él tiene una venda en los ojos, y vosotras saciais vuestras miradas en los objetos que más propios son para corromperos; él vigila por vuestra salud, y vosotras os desvelais para vuestra ruina ó dormís un sueño delicioso en medio de todas las comodidades. ¡Ah, hermanas mías! no es así como debemos imitar á nuestro divino modelo; no es así como debemos caminar para establecer en nosotros esa dichosa conformidad con el Hijo de Dios que el Señor conoció en sus predestinados, como dice San Pablo: *Quos præsciens, etc.*

Pásemos en silencio los otros tormentos para fijarnos solamente en el paso doloroso de su flagelacion. En esta pena, hermanas mías, debéis notar dos cosas: su infamia y su atrocidad. Era tan vil y tan infame la pena de azotes, que bastaba ser ciudadano de Roma para estar libre de ellos en cualquier caso. Castigábanse con azotes á los esclavos rebeldes y á los más viles ladrones y asesinos. Era tan atroz la pena de azotes, que la ley de Moisés mandaba que nunca se aplicasen más de cuarenta, para no acostumar á los judíos á la dureza y á la crueldad con la vista de sus hermanos despedazados; pero á pesar de esto, Jesucristo quiere sufrir esta pena tan vil é infamante y arrostrear su atrocidad. Se le sujeta con cadenas á un poste de la casa del pretorio, y como lo tenían por mago y hechicero, tenían que se valiese de la magia para huirse. Hé aquí por qué le sujetaron con dobles cuerdas. Sus manos, que

fabricaron el mundo, se vieron oprimidas con toscos lazos que le atormentaban cubriendo de sangre su delicada piel. Su túnica preciosa cae hecha pedazos á los pies de los soldados pretorianos; su carne purísima y virginal, aquella carne divina de que la Virgen immaculada habia revestido el Verbo de Dios, se ve desnuda en presencia de un pueblo infame y prostituido. La vergüenza de que se vió cubierto Jesucristo fué digna de ser anunciada por David con espíritu profético, y en ese estado abatido y humillante, atado y desnudo como un miserable ladrón, sufre el Salvador dictorios de la turba desenfrenada, las maldiciones de las almas corrompidas y las burlas sangrientas de los espectadores. Dispuesto todo de esta manera, comienza la ejecucion del suplicio. Los soldados, rabiosos, se acercan á Jesus con haces de nudosas varas, le dan un golpe para afirmar el pulso, y luego..... ¡Ah, hermanas mías, desviemos los ojos de esta escena de compasion y horror! Mas no, contemplemosla, que Jesucristo Nuestro Salvador es quien padece por nosotros. Los verdugos comienzan, pues, se afirman sobre un pie, aprietan con saña la vara sacrilega y luego resuena el ruido de los primeros azotes que hirieron la carne del Hijo de Dios. Los golpes redoblan las fuerzas de los ministros del infierno, y á medida que se multiplican, la blanca carne del Cordero se pone cárdena y pronto señala la vara un surco sangriento. Las espaldas del Salvador se ponen rojas y su sangre brota con abundancia, corre por todo su cuerpo y baja á regar la tierra salpicando el rostro á sus verdugos y á los asistentes; y los mismos instrumentos del suplicio riegan la sangre del Salvador entre los espectadores como un aspersorio sublime que salva al mundo y arruina á sus enemigos. ¡Ah, hermanas mías! cuando el cansancio de los verdugos y la impaciencia de los judíos hizo cesar el tormento de Jesucristo, la mayor parte de su sangre habia abandonado su cuerpo; sus espaldas no presentaban á la vista sino un destrozó sangriento; los nervios y las venas habian sido rotas y el aspecto del cuerpo desgarrado

do del Salvador haría derramar lágrimas á la crueldad más dura. ¿Con qué fin quiso Jesucristo sufrir tormentos tan atroces é inauditos? ¡Ah! vosotras lo habéis considerado hoy al meditar la flagelación del Señor, y yo no necesito repetirlos. No quiero nombraros siquiera el vicio infame que mancha en nosotros el templo del Espíritu Santo, que ciega el entendimiento y endurece la voluntad, que arruina al individuo y trastorna las sociedades, que injuria á Dios y azota á Jesucristo; que él solo precipita más almas al infierno que todos los otros vicios juntos. No quiero ahora preguntaros, hermanas mías, cuáles son los rasgos de semejanza que en la pureza tenéis con el Salvador; yo no pretendo examinar si vuestra carne es una carne mortificada con Jesucristo, ó si es una carne blanda y regalada; yo no escudriñaré si vuestra conciencia tiene algún horror al pecado, que le hace cubrirse de una santa vergüenza y confusión al oírlo solo nombrar, á imitación de la vergüenza del Salvador. Nada de esto inquiero yo ahora; pero inquiridlo vosotras mismas, y si os halláis desemejantes en estos puntos á Jesucristo, acordáos de que el Señor no reconoce como predestinados sino á aquellos que mira en un todo conformes á la imagen de su Hijo divino. *Quos praecevit.* Mas sigamos la pasión del Redentor. ¿Pensais vosotras que después de haberlo despedazado de una manera tan horrorosa, cesarian un poco de atormentarlo sus verdugos? No, hermanas mías, el demonio se había introducido en sus corazones y les inspiraba nuevas maldades. Acordándose de que Jesucristo había hablado frecuentemente de su reino, y de que uno de los capítulos de su acusación era el de que aspiraba á hacerse rey, disponen hacer con el Dios de la majestad una parodia ridícula y dolorosa de un rey que se presenta cubierto con todas sus insignias á recibir los homenajes de sus súbditos; y para remedar el trono, la púrpura, el óctro y la corona, cubren á Jesús de una clamide andrajosa de púrpura, le sientan en un vil escaño de madera é introducen entre sus dos manos,

fuertemente atadas, una caña frágil para burlarse de su poder. Pero ¿y la corona, hermanas mías? ¡Ah! En la Palestina crece abundantemente una planta que llaman junco marino; son unas varas nudosas cubiertas de una multitud de espinas notables por su tamaño y por su dureza, que las hace semejantes al acero. De este junco juntaron los soldados unos manojos, y doblándolos de modo que formaran una especie de casco que cubria una cabeza, clavan en la del Redentor aquel horrible manajo de espinas, y para no punzarse con ellas, arrancan la caña que le habían puesto en las manos y con ella golpean la corona horrorosa que taladra en un instante la cabeza del Salvador. Aquellas largas espinas se introducen por el cerebro, por las sienes y por la frente, rasgan los oídos del Salvador, penetran en sus delicadas carnes, y asoman por cerca de sus ojos. Sus largos cabellos de nazareno se pegan con la sangre que riega su cuerpo. A los tormentos atroces que padece, se agregan los insultos atroces de los soldados que doblan la rodilla como para adorarle, aumentando así su irrisión y su burla sacrilega. ¡Ah, Jesús mío, Jesús mío! ¿No bastaba que tus sangrientos verdugos hubiesen desgarrado tus espaldas sagradas y convertido en llagas tus costados? ¿No bastaba que toda la vileza de los discípulos, el odio infernal de los sacerdotes, el desprecio de un rey y sus cortesanos y la complacencia del cobarde presidente se desfogaran en tu persona divina, sino que debían los soldados extranjeros, sin sujetarse á la orden del juez y solo alentados por el diablo, hacer un juguete de tu dignidad real, presentándote á las turbas descenfrenadas como un objeto de mofa, añadiendo á todo esto la crueldad más atroz que solo el demonio podía inventar?

Tal es la coronación de Jesucristo, hermanas mías. Como el hombre abusó por el pecado de todos sus miembros, Jesucristo quiso padecer en su pasión especiales tormentos en todos y cada uno de los suyos; por eso quiso ser coronado de una manera tan dolorosa. Y ahora

os pregunto yo á vosotras: ¿Sois acaso miembros dignos de una cabeza tan adolorida? Vuestros pensamientos, que Jesucristo quiso purificar con sus espinas dolorosas, ¿son todos tan castos, tan puros y tan santos como deben serlo? Desterráis de vuestra imaginación todos los espectáculos extraños, todos los fantasmas del mundo y de las criaturas, todas aquellas representaciones que no pueden llevaros á Dios? Ah, señoras, criaturas redimidas por la sangre del Salvador, herederas de promesas inmortales, predestinadas por Dios para ser conformes á la imagen de su Hijo, y miembros de una cabeza augusta coronada de espinas, nuestros pensamientos han de ser todos puros, nuestros deseos todos celestiales, nuestras aspiraciones sublimes y nuestros corazones todos de Dios! Pero ¡ah! desgraciadamente no somos lo que deberíamos ser, pensamos más en nosotros mismos que en Dios, pensamos con más gusto en las criaturas que en Jesucristo, y sumergidos continuamente en los cuidados de la tierra, miramos nuestra alma como una cosa secundaria, repartimos nuestro corazón entre Jesucristo y el mundo, y creamos hacer mucho cuando empleamos un rato del sobrante de nuestras diversiones para hacer unos rezos sin devoción, sin fervor y sin provecho.

Es necesario cambiar de conducta, consagrar á Dios nuestros pensamientos, nuestros deseos y nuestras aspiraciones; es necesario que seais todas de Jesucristo, y que salgais de ese viento de disipación diaria y constante, que os hace más mundanas que cristianas, y más contrarias que conformes á vuestro celestial modelo. Jesucristo no quiso sufrir nuestras pasiones sino para enseñarnos á vencerlas; no quiso ser la víctima de una falsa amistad y del abandono de sus discípulos sino para despertarnos de nuestros exagerados afectos. Quiso ser tratado como loco por Herodes y su corte, para enseñarnos á despreciar los falsos juicios de los hombres; quiso ser despedazado con azotes para lavar nuestra impureza y encomendarnos la castidad; quiso que su cabeza fuese cruelmente atravesada

por ramos de espinas, para satisfacer por la perversidad de nuestros pensamientos, y para enseñarnos á fijarlos en el cielo; quiso también recibir en sus hombros desfallecidos la pesada cruz de su suplicio, para enseñarnos á marchar por el camino de la penitencia bajo el peso de la mortificación y para reparar los desórdenes de nuestra vida sensual y relajada.

Porque, no penseis que satisfecho Poncio Pilato con la carnicería que mandó hacer en el cuerpo de Jesucristo y con las maldades que por su antojo habían añadido sus ministros, no penseis que satisfecho con esto impidió la consumación de la muerte del Redentor. Por el contrario, aturdimado con los gritos del pueblo, atemorizado por el espectáculo de un motin que se convertía en rebelión, y temeroso sobre todo de las amenazas que se le habían hecho de perder la gracia del César, cede cobardemente á las exigencias de los fariseos y del pueblo aotinado, y firma, por último, la sentencia impía que condenaba á Jesucristo á morir. Entonces el Salvador sale del ofertorio para marchar al suplicio. Le ponen sus vestiduras, porque quieren que el pueblo le reconozca, y está tan desfigurado con las heridas y la sangre, que casi no conserva ya la figura humana, como predijo un profeta. Le presentan luego el instrumento de su muerte: dos gruesos y toscos leños puestos en forma de cruz, y Jesucristo toma esa cruz con alegría y como con alborozo, la abraza y coloca sobre sus desmayados hombros, comienza á caminar en medio de los soldados, y todo el inmenso gentío se pone en movimiento con bárbara curiosidad. Le colman de injurias y de insultos; resuenan por todas partes gritos de muerte ó risas de escarnio y él sigue entre tanto cargando la cruz y colmado de las maldiciones de Jerusalem. Pero ¡ah! Jesucristo quería sentir las flaquezas de la humanidad, y se siente profundamente debilitado por la sangre copiosa que había perdido. Un desfallecimiento general se apodera de todos sus miembros; pasan por sus ojos nubes de muerte y siente que sus

hombros desgarrados se abren y se separan de su cuerpo con el peso de la cruz. Camina con pasos lentos y trabajosos, pero la impaciencia de sus verdugos no sufre demora; le violentan y arrastran tirando de sus ataduras y le obligan de este modo á acelerar el paso. Mas al atravesar la puerta de la ciudad, que era muy estrecha, ya no pudo sostenerse bajo el peso horrible que le abruma; vacilan sus piés, flaquean sus rodillas y á un nuevo impulso de sus verdugos las fuerzas le abandonan, le oprime el peso de la cruz y su venerable cuerpo cae desplomado, enterrando en el inmundo polvo su divina frente de modo que las espinas de su corona desgarraron más profundamente su cabeza. Pero no soltó la cruz sino para hacer nuevos esfuerzos para levantarse y dejando una mancha sangrienta en el suelo, se levanta poco á poco empujado por los soldados que tiran de sus ataduras con brutal crueldad. Multiplicanse sus caídas, y la barbaridad de los judíos, que no quieren verle perecer en el camino, sino en la cruz, le busca un compañero á quien obligan á llevarla con Jesucristo. ¿Sabeis, hermanas mías, lo que significa el camino del Calvario y la cruz del Salvador? ¡Ah! el camino del Calvario es la vida del cristiano sobre la tierra, y la cruz de Jesucristo es la mortificación cristiana que debemos llevar siempre con nosotros.

En efecto, si Jesus inocente marcha entre aflicciones y oprobios, nosotros, pecadores y criminales, no debemos esperar una vida cómoda y voluptuosa. Si Jesucristo, exento de pecado y aun de la posibilidad de pecar, se ve cargado con una cruz que no le correspondía á él sino á nosotros, debemos persuadirnos de que nos es preciso llevar continuamente la cruz de la mortificación para llegar al mismo término que Jesucristo despues de su gloriosa resurreccion. Si no seguimos las pisadas del Redentor, infaliblemente pereceremos, porque él es el modelo que nos está propuesto, y nunca tendrá efecto nuestra predestinacion á la gloria, sino en cuanto, nos conforme-

mos con el divino ejemplar de todas las virtudes, Jesucristo paciente: *Quos præcunt*..... Esta es una verdad de fe. Mas á pesar de serlo así, ¿dónde se encuentra en los cristianos la conformidad con los sentimientos y con las obras del Salvador en su divina pasion? ¿Qué se han hecho en la tierra la mortificación y la penitencia que solas pueden llevarnos al cielo despues de una vida criminal y pecadora? ¿Cuál es entre vosotros la que puede llamarse verdaderamente mortificada? ¡Ah! ¡cuán lejos estais de serlo, señoras! Vuestra vida es y ha sido siempre fácil y cómoda, y gira continuamente entre el regalo y las disipaciones. No mortificais ni en un punto vuestras inclinaciones y vuestros sentidos; todas las incomodidades os asustan; el nombre solo de penitencia os aterra, y cuando os predicamos que sin la penitencia no hay perdón, que teneis que satisfacer por vuestras culpas, y que vuestra vida reformada debe ser una continua expiacion de vuestra vida pecadora, no haceis caso de nuestras palabras, ó las tomais por exageraciones del cielo, que á nada os obligan. Renegais, en cierto modo, de Jesucristo, que no os dejé, por ejemplo, una vida dulce y sensual, sino llena de trabajos y de aflicciones.

Llega, pues, el Salvador á la cumbre del Calvario, le arrebatan sus vestiduras renovando sus dolores, tienden en el suelo el madero del suplicio y mandan al Cordero inmaculado que se extienda sobre él. Jesus se acuesta tranquilo en aquel duro lecho que habia de ser el de su muerte. El amor al hombre le ocupa hasta los últimos instantes y sufre hasta el fin los dolores más espantosos. Sus llagas se abren al contacto de aquel tosco leño; no halla modo de reclinár su divina cabeza, que inclina sobre su pecho para librarla de la cruz, le abandonan las fuerzas, pues por donde quiera que la deje caer le molesta el madero cuyo contacto le clava hondamente las espinas. Mas ved como los soldados le toman una mano que él mismo habia extendido voluntariamente, le sujetan contra la cruz y le clavan la mano en ella, introdu-

ciendo el hierro entre sus venas, que separa los huesos causando dolores atroces y abriendo paso á la sangre divina que contenian aun los brazos del Redentor. Con la misma crueldad clavan sus piés sagrados dislocando todos los huesos y tirando de los miembros divinos de Jesucristo como si fueran un objeto vil é inanimado. En este estado elevan el madero y le clavan en la peña; el enpeno del Salvador cuelga con todo su peso de los clavos y desgarrá y ensancha sus heridas, y se conserva animado algun tiempo para pronunciar palabras de bendicion y de paz, palabras de perdon y de amor, que alientan á los pecadores y consuelan á los justos; consuma la grande obra de la redencion del hombre y espira. Si, hermanas mías, espira nuestro Redentor, espira nuestro Dios, espira nuestro Padre, espira nuestro amigo y nuestro consuelo, nuestra salud y nuestra esperanza. La naturaleza inanimada manifiesta su dolor, la tierra tiembla, los astros palidecen ó se eclipsan, las peñas se chocan, el velo del templo se desgarrá y los sepuleros abandonan su presa. Solo nosotros permanecemos insensibles en medio de la desolacion de todo el universo; y digo insensibles, porque no nos pide el Señor lágrimas estériles y momentáneas, ni una compasión infructuosa de sus penas al contemplar sus tormentos y su muerte. ¿Sabeis lo que aguarda de nosotros? ¡Ah! no espera otra cosa sino que os conforméis á él en todo, y principalmente en los grandes ejemplos de su pasion y de su muerte; quiere que os asemejéis en todo á él, porque sabe que en esta conformidad y en esta semejanza tiene vinculada su Eterno Padre su eterna vinculacion y nuestra gloria. *Quos præcivit, etc.*

Imitadle, pues, hermanas mías; imitadle en su humildad y en su mansedumbre, que él mismo nos recomienda; imitadle en su oracion y en su detestacion de los pecados; imitadle en su resignacion y en su paciencia; conformáos á las divinas enseñanzas que nos dejó en su dolorosa pasion; imitadle en su inmenso amor; corresponded su caridad para con vosotras, caridad que no cono-

ció límites; amadle con todas vuestras fuerzas, con todo vuestro corazon y con toda vuestra alma; corresponded con un amor fervoroso y constante á todo lo que padecié por salvaros. Una alma generosa no podrá echar jamás en olvido beneficios tan grandes y dones tan sublimes. Emplead toda esa ternura, toda esa sensibilidad que Dios os ha dado, correspondiendo del mejor modo que podáis á los esfuerzos de su liberalidad para con vosotras. Sed muy devotas de la pasion de Jesucristo; consideradla en el sacramento angusto de la Eucaristia, en él que nos dejó el Señor la memoria de sus tormentos; meditadla en el sacrificio de nuestros altares, que es una conmemoracion real y verdadera del mismo sacrificio del Calvario. Conservad sobre todo el resto de vuestra vida las disposiciones que este dia ha debido producir en vuestras almas.

Vosotras habeis experimentado ahora los sentimientos de amor, de compasion y de ternura, de dolor de los pecados y de afectuosa gratitud que la pasion de Nuestro Señor Jesucristo excita siempre en las almas fieles y fervorosas. Nada me queda que hacer sino proponeros una devota práctica, que mantenga siempre firmes en vuestro corazon los santos afectos que en este dia habeis concebido. Los dias viernes de la semana, hermanas mías, siempre han sido honrados por los cristianos de todos los siglos de una manera muy particular, en memoria de la sagrada pasion de Jesucristo. Os exhorto á que se lo consagreis tambien vosotras. Luego que despertéis en ese dia, y entre dia con la frecuencia que podáis, decid con todo fervor la jaenlatoria de este dia, y sobre todo meditad siquiera la mitad de una hora por la mañana, y por la noche alguno de los pasos de la sagrada pasion. Si no podeis, ó no quereis obligaros á esto, sea siquiera una vez todos los viernes. El Alma al pié del Calvario, de donde hemos tomado ahora las meditaciones, el Amor del Alma y la Práctica del amor á Jesucristo, de San Alfonso de Ligorio, las meditaciones de Fray Luis de Granada y otras muchas obras piadosas que conoceis mejor

que yo, os pueden servir para tomar el punto de las meditaciones, y de esta manera ireis recorriendo poco á poco todos los misterios de la pasión de Jesucristo. Pero no sea esto todo; haced, además, en esos días, en honor de la misma pasión, algún acto particular de penitencia, aunque sea muy pequeño, si no os permitiesen otra cosa vuestras fuerzas. El privaros en la mesa de un manjar que os agrade; el omitir una visita que os sería muy grata; el obedecer con gusto á vuestra madre en alguna cosa que repugna vuestra voluntad; el guardar un silencio particular ese día y otras muchas prácticas que inventará vuestra piedad, os pueden servir de ofrenda para honrar la pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Yo conozco un alma, amadas hermanas, que practica todo lo que os he dicho, y en verdad que á eso debe sus adelantos en el camino de la salvación. Ahora, pues, ya que todo este día habeis meditado la sacratísima pasión del Salvador; ya que vuestro corazón se ha desecho en lágrimas de gratitud y de amor por tan grandes beneficios, ¿qué os resta sino postraros á los pies del Crucificado, regarlos con vuestro llanto y pedirle perdón por vuestras culpas? Hacedlo así, y aprovechándoos en esta vida del fruto de sus dolores, podreis un día gozarlo en la sublimidad de sus glorias.—Así SEA.

SERMON

QUE EN LA
SOLEMN E FESTIVIDAD

DE JESUCRISTO CRUCIFICADO

BAJO EL TITULO

DEL SEÑOR DEL ENCINO

PREDICÓ EL SR. CURA
DE SAN PEDRO PEDRAGORDA

DON TIBURCIO MEDINA

Oblatus est quia ipse voluit.
El se ofreció porque El mismo lo quiso.

Isaias, cap. LIII, v. 7.

ILMO. Y EMO. SEÑOR:

Una vez más, carísimos oyentes, me cabe el honor de dirigir la palabra, desde la cátedra del Espíritu Santo, en la presente festividad: de nuevo vengo á inspirarme en vuestra piedad edificante y fervorosa y á participar de vuestro sagrado entusiasmo, al celebrar los cultos solemnes de la venerable imagen de Jesucristo Crucificado, bajo el título del Señor del Encino.

Hoy resuena este magnífico templo con las alabanzas de nuestro amable Redentor, y vosotros, recordando la

que yo, os pueden servir para tomar el punto de las meditaciones, y de esta manera ireis recorriendo poco á poco todos los misterios de la pasión de Jesucristo. Pero no sea esto todo; haced, además, en esos días, en honor de la misma pasión, algún acto particular de penitencia, aunque sea muy pequeño, si no os permitiesen otra cosa vuestras fuerzas. El privaros en la mesa de un manjar que os agrade; el omitir una visita que os sería muy grata; el obedecer con gusto á vuestra madre en alguna cosa que repugna vuestra voluntad; el guardar un silencio particular ese día y otras muchas prácticas que inventará vuestra piedad, os pueden servir de ofrenda para honrar la pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Yo conozco un alma, amadas hermanas, que practica todo lo que os he dicho, y en verdad que á eso debe sus adelantos en el camino de la salvación. Ahora, pues, ya que todo este día habeis meditado la sacratísima pasión del Salvador; ya que vuestro corazón se ha desecho en lágrimas de gratitud y de amor por tan grandes beneficios, ¿qué os resta sino postraros á los pies del Crucificado, regarlos con vuestro llanto y pedirle perdón por vuestras culpas? Hacedlo así, y aprovechándoos en esta vida del fruto de sus dolores, podreis un día gozarlo en la sublimidad de sus glorias.—Así SEA.

SERMON

QUE EN LA
SOLEMN E FESTIVIDAD

DE JESUCRISTO CRUCIFICADO

BAJO EL TITULO

DEL SEÑOR DEL ENCINO

PREDICÓ EL SR. CURA
DE SAN PEDRO PEDRAGORDA

DON TIBURCIO MEDINA

Oblatus est quia ipse voluit.
El se ofreció porque El mismo lo quiso.

Isaias, cap. LIII, v. 7.

ILMO. Y EMO. SEÑOR:

Una vez más, carísimos oyentes, me cabe el honor de dirigir la palabra, desde la cátedra del Espíritu Santo, en la presente festividad: de nuevo vengo á inspirarme en vuestra piedad edificante y fervorosa y á participar de vuestro sagrado entusiasmo, al celebrar los cultos solemnes de la venerable imagen de Jesucristo Crucificado, bajo el título del Señor del Encino.

Hoy resuena este magnífico templo con las alabanzas de nuestro amable Redentor, y vosotros, recordando la

lluvia prodigiosa de divinas gracias y de favores, que os ha concedido, derramáis tiernas lágrimas de amor y gratitud delante de esos altares, magnificando su bondad inefable y ensalzando hasta los cielos sus grandes misericordias.

¡Bendito sea! y en alas de la fe divina suban nuestros votos hasta la altura de su trono, hasta el sòlio que allá sobre el emporio le forman la estrellas (1), donde está sentado á la diestra de Dios Padre, radiante de gloria y majestad. ¡Bendito sea! y reciba el justo y el solemne tributo de accion de gracias, que hoy le ofrecemos por el inestimable presente que se dignó hacernos en esa sacratísima escultura, donde nos dejó un recuerdo vivo y precioso de aquel amor inmenso, que incluyó los cielos para traerlo á la tierra; que en las entrañas purísimas de María Virgen lo vistió de nuestra carne; que por el camino de los padecimientos y de las lágrimas, de los tormentos y de la sangre, lo llevó hasta el Calvario, sobre cuya cima, pendiente de tres clavos en una cruz, quiso sacrificarse voluntariamente por nosotros, hasta exhalar el último suspiro. ¡Exceso inconcebible de amor! ¡abismo insondable de misericordia y de bondad!

El Verbo Divino, que hace en las alturas las delicias de los ángeles y la alegría del emporio; el mismo que en la plenitud de la eternidad nace unigénito del Padre *in splendoribus sanctorum* en medio de los esplendores de su inefable santidad (2), es el que, cercado por todas partes de las negras sombras de la muerte y hecho el hombre de los dolores y de los tormentos, se sacrifica voluntariamente y derrama toda su sangre para obrar nuestra redencion, ofreciéndose á sí mismo de una vez y para siempre, víctima inocente y preciosa del amor divino; de aquel amor infinito con que antes de todos los siglos ama la gloria de Dios; de aquel amor grande é incomprensible con

(1) S. Mat. Ecol. Of. Parv.

(2) Ps., 109, v. 4.

que desde su venida al mundo, amó á los hombres, en los treinta y tres años de su vida.

Sí, Jesucristo, así en su vida, como al morir crucificado, es la víctima de la santa caridad (1). Hé aquí el pensamiento, que como materia de este discurso, me propongo desarrollar.

Mas, yo siento mi alma intimamente conmovida, y no sé si abrir mis labios, ó sellarlos con el silencio más profundo, á vista del grande misterio de nuestra redencion. No solo faltan á mi lengua las palabras para hablar del amor de Jesucristo, sino que tambien á mi alma le faltan pensamientos, y sentimientos á mi pobre corazon. Más ¡oh Dios mio! á tus ojos está patente mi grande miseria, y bien puedes ¡oh Señor! quitar de mi este corazon de piedra y darme un corazon sensible, un corazon á la medida de tu corazon santo, para que admire y ensalce la hermosura y finezas de tu amor.

¡Espíritu divino, fuente inagotable de gracia, fuego sagrado del cielo, manda sobre mi una centella que ilustre mi entendimiento y abraze mi alma, así como los corazones de mis oyentes, en el amor de Jesucristo Crucificado! Esta gracia imploro de tu bondad, interponiendo los méritos de la que es aclamada Madre del amor Hermoso y tu amabilísima Esposa la Virgen María, para que humildes y reverentes saludamos con el ángel: AVE MARIA.

Oblatus est, etc.

Jesucristo es amor, y éste es el atributo más grande de la gloria del Dios Hombre, el título más sublime de su Majestad y la expresion más alta de su grandeza. “Mi ama-

(1) S. Mater Ecol. in off. Sac. Cord. Jesu.

do, decía la inspirada esposa de los cánticos, es cándido y rubicundo, escogido entre millares (1), mi amado es para mí y yo para él, que apacienta entre los lirios, y que á la mitad del día, viene á sestar bajo la sombra de los manzanos; El es semejante á la corza y al enodio de los ciervos, sobre los montes de Béter. ¡Ah! sí: El es todo amable, todo desiderable: El es todo amor." *Totus amabilis, totus desiderabilis* (2).

Con el Padre y el Espíritu Santo, en la unidad simplísima y absoluta de la divina Esencia, es la caridad misma, porque Dios es Caridad, dice el apóstol San Juan (3).

Amor infinito, que en los años interminables de la eternidad, jamás extingue sus fuegos; y su luz inaccesible no se nubla ni sufre eclipse; y su bondad suma jamás agota sus fecundísimos raudales de gracia y felicidad.

El es aquel mismo Señor, que en la dilatada serie de cuatro mil años, desplegaba su terrible grandeza á la faz de las naciones, para ser temido y adorado, como el Dios de la justicia y de las venganzas; de los combates y de las victorias; del rayo y del torbellino; mas al descender á la tierra para hacerse Hombre y vivir entre los hombres, quiso ser aplandido y adorado como Dios del Amor.

Si bajo el velo de nuestra carne, esconde los resplandores de su Alcazma gloria, que oscurecen al astro del día; si parece humillar su poder y abatir hasta el polvo su Majestad, sujetándose generoso á la humana condicion, es solo para exaltar á su amor sobre todos sus otros atributos, es solo para que sobre las sombras de la humanidad que ha tomado, resalten los destellos brillantísimos de su inmensa caridad.

Su descenso de las alturas del empíreo, así como la misión sagrada que su Padre le confia, al enviarlo á la tierra; el precepto que le impone de morir para redimirnos, así como su predestinacion para ser el primogénito de los

(1) Cant. cant., c. V, v. 10, c. II, v. 17.

(2) Cant. cant., c. V, v. 16.

(3) S. Joan., c. IV, v. 8.

muerdos (1); y, en suma, todos los misterios que abraza en su plenitud el plan divino de la humana reparacion, son otras tantas maravillas de la caridad de Dios á los hombres.

El inefable Sacramento de la Encarnacion, oculto, como dice el Apóstol (2), en el seno de Dios, desde antes de todos los siglos, ¿qué otra cosa es sino una obra magnífica del amor divino? El Espíritu Santo, amor comun é indivisible del Padre y del Hijo, se reserva la gloria de ser el Hacedor, si me permitis esta expresion, de este altísimo misterio: parece esconderse dentro del vientre virginal de la Inmaculada, y allí escoger, de sus inocentes entrañas, aquella sangre rica y preciosa que El mismo por operacion secretísima, une á la Divinidad al formar el Sagrado Cuerpo del Redentor. Y Maria, abrasada en los incendios de tan grande amor, al sentir dentro de sí tal prodigio, concibe al Divino Verbo, declarándose la humilde esclava del Señor (3).

¡Oh amor! ¡oh amor divino! ¡qué grande eres! ¡qué prodigioso, qué inefable, qué infinito! Aquí, hermanos míos, yo debo hablar con un trasporte de júbilo, yo debo exclamar con el Apóstol (4): ¡Oh alteza inaccesible de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios, cuya naturaleza es bondad, cuya voluntad es poder y cuyas obras son misericordia! (5)

Y el vientre de Maria es el primer santuario que dedica el Hijo de Dios humanado, es el primer altar que consagra para ofrecerse al Eterno Padre en el mismo instante de su milagrosa concepcion, como una hostia inmaculada para la salvacion del humano linaje.

Escuchemos la primera fervientísima oracion con que esta víctima santísima se ofrece (6) envuelta todavia en

(1) S. Paul. Heb., cap. I, v. 6, et ad Rom., c. I, v. 4.

(2) Id. ad Eเฟซ., c. III.

(3) Luc., c. I, v. 38.

(4) S. Paul. ad Rom., c. XI, v. 33.

(5) S. Leo. Sermon. 2.º de Nativ.

(6) Pa. 39, v. 7, 8, 9, et S. Paul. ad Heb., c. X, v. 5.

las telas del materno seno: "Padre mío, tú no has querido ya la hostia ni la oblation que te presenta el hombre; has alejado de tí el tumulto de sus cánticos y cerrado tus oídos al sonido de su lira; aborreciste las festividades de la Nohebenia y del Sábado; pero tú me has apropiado este cuerpo, y entonces dije al hacer mi primera entrada en el mundo: Hé aquí que vengo ya en el encabezado del libro de tu Testamento, escrito es: "Id de mí que he de hacer tu voluntad; tu ley he dicho, "¡oh Dios mío! en medio de mi corazón." Ley de sacrificios, ley de misericordia, ley de amor.

Y cuando víctima tan admirable nace del Sagrario de la Virgen (1), valiéndonos de la hermosa expresión de la Iglesia, un pesebre es el primer palacio que escoge el Dios niño para hospedarse al llegar á este valle de miserias. En ajeno domicilio, recostado sobre pajas, llora y sufre, y aquellas ardientes lágrimas que derrama y las quejas que exhala su tierno corazón, son las primeras que ofrece á Dios para redimirnos. ¡Jesús mío! llorando hiciste tu entrada en el mundo, y con lágrimas y sacrificios inauguraste tu vida entre nosotros, y aquella sangre que derramaste al ser circuncidado, fué la primera que desde la tierra clamó al cielo misericordia para los nacidos, misericordia para los culpables y proscritos.

Por el espacio de treinta años estuvo alejado del comercio y de las miradas de los hombres, y su vida oculta, reducida á la más extrema pobreza, fué llena de trabajos y de sufrimientos, porque si las aves del cielo, decía su Majestad, tienen sus nidos y las raras sus cuevas, el Hijo del Hombre (de quien es la plenitud del universo) (2) al venir al mundo, no tiene un palmo de tierra donde pudiera descansar su planta, ni una piedra donde reclinar su cabeza (3). Y así vive en tan penosa situación, hasta la hora marcada por los eternos consejos, en

(1) Mater Eccl. in OE. Div.

(2) Pa. 33.

(3) S. Matt., c. VI, v. 20.

que había de manifestar al mundo su angusta persona, rodeada misteriosamente de todos los atributos de la divinidad y de la grandeza.

Y da principio á su misión de amor convirtiendo el agua en vino en las bodas de Canaan de Galilea (1), y este primer milagro, que trajo sobre él la admiración de aquel pueblo, fué el primer eslabon de la cadena no interrumpida de sus maravillas y portentos, pareciendo en cada uno de ellos que desplegaba toda la gloria de su grandeza y agotaba los recursos infinitos de su omnipotencia.

Sola su adorable presencia humilla las olas levantadas de un mar enfurecido (2), y cuando camina sobre las aguas, éstas, atónitas é inmóviles, lo sostienen. Al imperio de su voz, las fiebres dejan sus ardores y los paralíticos el lecho de su postración y de sus dolencias; los demonios el cuerpo y las entrañas de los posesos, y lo que es más, despues de cuatro dias la muerte devuelve vivas á sus víctimas del mismo seno del sepulcro (3). Con solo cinco panes da de comer hasta la saciedad á cinco millares de hombres, y para que á los incrédulos no pareciera ilusorio este prodigio, manda, pasada la comida, recoger seis canastos de fragmentos y de migajas (4).

Y en el orden de la gracia, ¿no son más admirables y estapendas las obras de su misericordia y de su amor? ¿Con cuánta dulzura y sencillez recibe á los pecadores cuando llegan á sus plantas y les perdona sus pecados! "Anda en paz, (5) decía á alguno, no quieras más pecar, "porque pueden sobrevenirte mayores males." Convierte con sus palabras á una pobre samaritana (6); absuelve á la mujer adúltera (7), y confunde á sus enemigos que

(1) Joann., c. II.

(2) Id., c. VI, v. 15.

(3) Id., c. XI.

(4) Id., c. VI.

(5) Id., c. V, v. 14.

(6) Id., c. IV, v. 9.

(7) Id., c. VIII, v. 11.

estaban preparados para quitarle la vida. Y ¿quién no se conmueve cuando perdona á aquella otra mujer pecadora que, arrodillada, baña de lágrimas sus piés, enjugándolos con sus cabellos? (5) “Se le han perdonado muchos pecados; decía, porque también ha amado mucho.” ¿Quién permanece insensible, cuando para consolar á las afligidas hermanas de Lázaro, llora amargamente sobre su sepulcro antes de resucitarlo? (6) Pero ¿cómo pudiera yo deciros todo lo que obró para nuestro bien, cuando El todo respiraba divinidad y omnipotente virtud? ¿Cómo pudiera numerar todos los milagros de su amor, si según el testimonio evangélico de San Juan, fueron tantos y tan grandes, que si se escribieran y pudieran coleccionarse en libros y volúmenes, el universo mundo sería un local muy reducido para formar la biblioteca? (3)

El es objeto digno de la admiración de todos los pueblos; en pos de sí lleva siempre inmensa multitud por donde quiera que transita; los enfermos lo esperan impacientemente á la mitad de los caminos; los cojos para seguirle, los sordos para escuchar su predicación nueva y divina, y los ciegos, con solo sentir su presencia, se prometen ver con ojos limpios la luz del día y la hermosura del cielo. Una mujer apresurada se abre paso por entre las turbas (4) para tocar la orilla de su vestido y quedar sana; y los leprosos, y los hidrópicos, y los lunáticos, y los paralíticos (5); en las aldeas, lo mismo que en los poblados, desean con ansia su visita para recibir la salud, porque El los sanaba á todos: *Et sanabat omnes* (6). Los campesinos suben á los árboles para mirarlo cuando va por el camino, y si llega á las ciudades, la multitud lo recibe, los ancianos, las mujeres y aun los niños quieren ir cerca de

(1) S. Luc., c. VII, v. 37.

(2) Joan, c. XI.

(3) Id., c. XX, v. 30, 21 y 25.

(4) Matt., c. IX, v. 30.

(5) S. Luc., c. XIV.

(6) Id., c. VI, v. 19, et Matt., c. VIII.

él; las turbas que lo acompañan ciñen los muros de la casa que lo hospeda, y aun se levantan los tejados para descollar á su presencia los enfermos (1). ¿Quién es éste, se preguntaban atónitos los unos y los otros, quién es éste á quien obedecen los vientos y los mares? (2) Dos discípulos de Juan se presentan á El diciéndole: “¿Tú eres el que has de venir ó tenemos que esperar á otro?” (3) Y El les responde: “Id y decid á Juan lo que habeis visto; que los ciegos ven, que los sordos oyen, que andan los cojos, y que los pobres son evangelizados.” Sus enemigos, por otra parte, también se preguntaban: ¿No es éste el hijo del carpintero? (4) Las turbas, entre tanto, le bendecían como á un profeta (5), que se había levantado en aquel pueblo, y en cierta ocasión quisieron arrebatarlo ocultamente para hacerlo su rey (6); mas El desapareció de entre ellos y huyendo se internó en el monte.

Tan grande era el entusiasmo que excitaba en todas partes la multitud y grandeza de sus milagros; pero esto no obstante, su divinidad era un enigma para aquel pueblo, y su amor un problema que no acertaron á resolver. El vélo que en otro tiempo, dice el Apóstol (7), les impedía ver el rostro centellante de Moisés, cuando bajaba del Sinaí, ese mismo no les permite ver en Jesucristo á su Mesías prometido, que estaba figurado en todos los patriarcas del Antiguo Testamento y cuya milagrosa vida estaba descrita aun millares de años antes por los profetas. Mas su divinidad debía de manifestarse de un modo más admirable á los ojos de aquel pueblo ingrato para hacer inexcusable su ceguedad y dureza de corazón; y Juan Bautista, aquel hombre extraordinario que sin cesar clamaba en el desierto la penitencia y la aproximación

(1) Luc., c. V, 19.

(2) Matt., c. VIII, v. 27.

(3) Id., c. XI.

(4) Id., c. XIII, v. 55.

(5) Id., c. XXI, v. 11.

(6) S. Joan, c. VI, v. 15.

(7) Apost. ad corint., c. III, v. 13, 14, 15 y 16.

cion del reino de los cielos; Juan Bautista, el mayor entre los nacidos de mujer (1), el profeta (2) y más que profeta (3), según el divino testimonio, cuando estaba bautizando del otro lado del Jordán, declaró solemnemente su divinidad, así como su infinito amor á los hombres, y señalándolo dijo: *Hé aquí el Cordero de Dios: hé aquí el que quita los pecados del mundo* (4).

Carísimos oyentes: Os parecería, sin duda, al escuchar la narracion de los milagros de nuestro Salvador, que me habia olvidado, ó al menos alejado bastante del asunto, pero perdonad, y permitidme el deciros con el Bautista, señalándoos esa imagen bendita de Jesus Crucificado: Hé allí el Cordero de Dios, hé allí al que quita los pecados del mundo.

Pasare en silencio las burlas, desprecios y ultrajes que ántes de ser crucificado sufrió Jesucristo, así como las afrentas y atrocidades ejercidas en su sacratísima persona, y me trasladaré con vosotros al monte de la mirra, el collado del incienso (5), sobre cuya cima ensangrentada se levanta colgado de un madero infame el Dios de la misericordia y del amor: está colocado entre los cielos y la tierra como mediador supremo entre Dios y los hombres (6).

Derramad vuestro corazón deshecho en lágrimas al contemplar el triste y conmovedor espectáculo que ofrece la fe divina á los ojos de vuestra alma. Trillado y exprimido fué en el lugar de los tormentos (7) aquel escogido racimo de nuestra vid, riquísimo fruto del vientre de una Virgen. Está eclipsado con las sombras de la muerte, el Sol divino de justicia, la Luz verdadera que

- (1) S. Luc., c. VII, v. 28, et Matt., c. VI, v. 11.
- (2) S. Luc., c. I, v. 76.
- (3) S. Matt., c. IX, v. 9.
- (4) S. Joan., c. II, v. 23.
- (5) Cant. cant., IV, 4, 6.
- (6) S. Pau., I, ad Timot., c. II, v. 5.
- (7) Isaías, c. LXIII, v. 3, et Theoa., c. I, v. 13.

ilumina á todo hombre que viene á este mundo (1). Descuadernado está por las manos de los pecadores aquel libro misterioso (2), que con tan esmerado empeño formó, y compaginó el Espíritu Santo en las entrañas de María. Muerto está ya el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo; la víctima preciosa de la caridad, ha consumado su sacrificio: ved empañados con su sangre aquellos ojos que eran dulces estrellas de esperanza para los buenos, y cuyas miradas eran también centellas encendidas que herian el corazón de los malos (3); ved denegrido aquel rostro en el cual anhelan mirarse los mismos ángeles (4); cerrados aquellos labios de donde manaban dulces raudales de consuelos; lacerado aquel pecho, sagrario de los eternos secretos y depositario de tantas gracias; traspasadas las manos que á nadie hicieron mal, sino que obraron portentos para bien de todos, y con vincullos férreos fijados en la Cruz aquellos pies que corrieron sin descanso por tan difíciles cuanto durísimos caminos en pos de la oveja descarriada.

Verdaderamente puedo decir con el profeta Isaías: El llevó sobre sí todas nuestras iniquidades (5). Sobre sus espaldas, decía David, han fabricado los pecadores (6) que promulgaron sus pecados. Padre Eterno, ¿éste es el Hijo en quien tienes todas tus delicias? (7) ¿éste es el mismo á quien allá sobre el Tabor hiciste resplandeciente con la claridad de tu gloria? (8) Pues ¿por qué lo hieres en tu furor? ¿por qué no le perdonas el que lleve nuestra figura y se halla vestido de nuestra carne? El es inocentísimo y santo; pues ¿por qué lo ciñes por todas partes con el azote de tu indignacion? ¡Ah, hermanos

- (1) Joan., c. I, v. 9.
- (2) S. Joan. Damasc.
- (3) Terul. de Paciencia. Lib.
- (4) S. Petr., c. I, v. 12.
- (5) Isaías, c. LIII, v. 11.
- (6) Psa. 128, v. 3.
- (7) S. Matt., c. XVII, v. 5, et c. 3, v. 17.
- (8) Id., " " v. 2.

mos! le hiere por los pecados de su pueblo (1); y por el amor grande que nos tiene, lo entrega á los tormentos y á la muerte (2).

¡Escena sangrienta del Calvario! decidnos las sentidas quejas y los últimos gemidos y amargos ayes de la víctima inocente que murió sobre la cruz; pero, ¿qué digo? ¿que se queja el cordero delante del que lo despoja de la lana que lo abriga? ¿que gime la oveja cuando es llevada al lugar del sacrificio? ¡Ah! No; pues así como empulece el cordero delante del que lo trasquila y la oveja camina en silencio al sacrificio, así, dice el profeta Isaías (3), Jesucristo se sacrifica porque El mismo lo quiere, y no permite á sus lábios una sola queja, ni á su corazón exhalar un suspiro que den el menor signo de resistencia á los tormentos y á la muerte. El excesivamente nos amó; conoció nuestras miserias, y registró dentro de nosotros mismos las heridas y llagas de nuestra alma, y enumeró nuestras desgracias todas, y en las desgracias y en los infortunios del objeto amado, el amor, cuanto más puro y ardiente, anhela más y más saciarse de amargura y halla cruel consuelo en hartarse de dolor. Como en un mar revuelto las olas se encadenan, y volando, chocan las unas con las otras, hasta formar terrible tempestad; así los tormentos y los dolores y las angustias mortales, se hacinaron todas en el corazón de Jesucristo, hasta que exhaló el último suspiro sucumbiendo por nuestro amor y solo por nuestro amor. David colocaba en sus labios estas palabras: "Yo mismo llegué hasta la altura del mar y me envolvió la tempestad." *Veni in altitudinem maris et tempestas demersit me* (4).

Sí; El se sacrificó porque El mismo lo quiso. El escogió la Cruz, dice San Agustín, para que fuera el lecho doloroso de sus agonías y de su muerte (5). ¿Quién otro hu-

(1) Isaías, c. LIII, v. 8.

(2) S. Pau. ad. Rom.

(3) Is., esp. LIII, v. 7.

(4) Ps. 68, v. 3.

(5) S. Augua.

biera podido quitarle la vida si El no hubiera querido? Allí en el huerto dijo á Pedro: "Vuelve tu espada á la vaina; ¿qué no puedo yo rogar á mi Padre y El mandaría luego en mi defensa más de doce legiones de ángeles? (1)" "Yo puedo, decía El otra vez, destruir este templo y en tres días de nuevo reedificarlo (2), yo dejó mi alma y luego vuelvo á tomarla, pues tengo poder para dejarla y poder para tomarla de nuevo: nadie puede quitarme la vida." *Nemo tollit eam á me* (3). Asombrado el grande obispo de Hipona de tan Hérrima y generosa voluntad con que quiso morir nuestro Redentor, decía: "¿Quién así durmió cuando hubo querido, como Jesucristo murió cuando quiso? ¿quién tan fácilmente dejó su vestido como Jesucristo, que cuando quiso dejó su sagrado cuerpo?" *Quis ita dormit quando voluit* (4). Ni los tormentos, pues, ni los dolores, ni los verdugos, ni la efusión completa de su sangre, ni los clavos, ni las espinas, ni la cruz, pudieron quitarle la vida, solo el amor.

El amor es tan fuerte como la muerte, dijo el sabio, y la emulacion estan dura como el mismo infierno (5). Veamos, pues, en la cruz esa emulacion durísima y esa lucha terrible del amor y de la muerte.

La muerte es nuestra y el amor es de Dios, ¿de parte de quién quedará la victoria? Las armas de la muerte son los dolores y los padecimientos; los clavos, las espinas y la cruz; las armas del amor es el fuego divino: la muerte abre las llagas y las heridas, y las enrojece con la sangre, y el amor las enciende con sus llamas; la muerte cubre de heridas la cabeza, las manos y los pies de Jesucristo, y estas mismas son otras tantas rosas encendidas con que lo viste el amor, porque ¿qué otra cosa son esas incontables llagas, sino flores de sangre, dice el tierno San Bernardo, señales imborrables de la ardentísima ca-

(1) S. Matt., c. X, v. 12.

(2) Id., c. XXVI, v. 61.

(3) S. Joan., c. X.

(4) S. Aug. Frac. 119 in Joan.

(5) Cant. cant., c. VIII, v. 6.

ridad de Jesús? (1) ¿qué son, oh Dios mío? te diré con el profeta Zacarías, esas llagas en el hueco de tus manos (2), ¿qué otra cosa son sino señales de tu amor inmenso? ¿qué otra cosa son sino amor las llagas de tus lastimados pies? ¿qué es la herida de tu pecho adorable, sino el último y más grande signo de tu amor? Todo El inspira amor, dice la Iglesia Santa (3), su cabeza inclinada, sus manos extendidas y su costado abierto. *Omnis gura ejus amoris spirat; caput inclinatum, manus expansae, latus vulneratum.* Si inclina la cabeza, la inclina antes de morir, dice el contemplativo Crisóstomo (4), pues muere por nuestro amor; si abre los brazos, es porque nos ama y para estrecharnos en signo de eterna amistad; y si tiene su costado abierto, es porque su amor sacó hasta la última gota de sangre, para que de allí manaran, como de la otra piedra herida por la vara de Moisés, los raudales inagotables de su misericordia (5). Y el amor sigue viviendo en ese cuerpo muerto; pero divino; ¿dónde está, pues, ¡oh muerte! tu victoria? ¿dónde ¡oh infierno! está ahora tu aguijón? (6) Triunfó el amor que despojó al infierno y destruyó la muerte, porque esa cabaza, cercada de espinas, será coronada de honor y de gloria (7); esas manos traspasadas empujarán el catro del poder (8) y llevarán el asta de los triunfos inmortales; esos hombros llagados cargarán el principado de los cielos (9), y en su real vestidura será escrito el lema de la grandeza. Rey de los reyes y Señor de los señores (10), pero ¿qué digo? si Jesucristo ya reinó desde la cruz. ¡Oh bondad, oh misericordia, oh amor! Pueblos todos de las extremidades del or-

(1) D. Bernard. Serm. de Pass. Dom.

(2) Zac. cap. XIII, v. 6.

(3) Off. Div. Fest. asp. Dolor. B. V. M.

(4) Hum. 84, sup. Joan. cap. XIX.

(5) Id. S. Aug. Frac. 120 in Joan.

(6) D. Pau. ad. Cor. 15. 55.

(7) Ps. 8, v. 6.

(8) Isaia. LXIII, 3.

(9) Id., id., IX, v. 6.

(10) Div. Pau. Ad. Tim., c. VI, v. 14 et Apoc. S. Joan., XIX, 16.

be, arrojad gritos de alegría (1), porque el Señor ha reinado ya; decid en las naciones que Jesucristo, como lo había cantado el Profeta (2), ha reinado desde la cruz; que la Cruz es el trofeo de su fortaleza, es el trono de su amor, es el altar de su gloria.

El, dice San Agustín, se hizo por nosotros en la Cruz vencedor y víctima, y por esto vencedor, porque fué víctima; sacerdote y sacrificio, y por esto sacerdote, porque fué sacrificio: Rey y siervo obedientísimo y porque se sujetó hasta la muerte más ignominiosa, por esto reina desde la cruz (3).

Dios lo exaltó por su humildad y obediencia, y le dió un nombre que es sobre todo nombre: de manera que al nombre de Jesús se arrodillan los cielos, la tierra y los infiernos (4). Dios lo exaltó resucitándolo de entre los muertos (5) y le restituye la perfección y hermosura de su cuerpo; y entonces aparece limpia y serena su frente, vivos y alegres sus ojos, rosadas sus mejillas, purpúreos sus labios; todo limpia y tan resplandeciente como el sol que sale de entre las nubes de la tempestad. Solo se registran en El las señales gloriosas de su amor; las llagas que con ardor desean ver aquel discípulo para creer en su resurrección y adorarlo como á su Dios y á su Señor, las mismas que nuestro amable Redentor le manifiesta diciéndole: "Mira, Tomás, que yo soy el mismo, introduce tu dedo en los agujeros de mis manos y de mis pies, y tu mano en la herida de mi costado, y nó más seas "incrédulo, sino fiel (6)."

Y esta gloria crece inmensamente y toma nuevo y escogido brillo, cuando á los cuarenta días, cerrado ya el tiempo que debía vivir con los hijos de los hombres, desde la cima de un monte, vestido de luz y de hermosura

(1) Frase de Fenelon en el armon de la Epifanía.

(2) Bibl. Poliglót. versus LXX, ps. 95, v. 9.

(3) Aug., lib. 10. Conf. c. 48.

(4) S. Pau. ad Philip.

(5) Act., c. II, v. 32 et 13 33.

(6) Joan., c. XX, v. 27, 28 y 29.

por su propia virtud, sube á los cielos. Grandes y blancas nubes pone debajo de sus piés, y vuelve á su Padre, y nuestro Padre, vuelve á su Dios, y nuestro Dios (1) llevándose las primicias de nuestra carne. Rey soberano, al regresar al cielo va cortejado de su nobilísima servidumbre. Vencedor inmortal, sube acompañado de su gloriosa esclavitud (2); no la lleva adelante, tirando el carro de sus triunfos, sino que ella, ella misma, nuestra propia naturaleza, es la carroza que lo conduce (3). Sacerdote Eterno, Pontífice Santo, levanta consigo la víctima que ha ofrecido sobre el Calvario con las llagas vivas abiertas todavía, y no por otra sangre como los sacerdotes del otro testamento; no por la sangre de los becerros ni de los corderillos, con que ellos penetraban en el santuario, sino por su propia sangre entró una vez y para siempre en el *Sanccta Sanctorum* de su Padre, encontrando la eterna Redención (4).

Cordero divino, inmaculada Víctima del amor, se presentó en pie y como muerto ante el trono de la Majestad, y el Padre le reconoció como á su hijo, y lo sentó á su derecha (5), y le decretó honor y gloria inmortal, y puso á sus enemigos por escabel de sus piés (6); los miles y millares de ángeles que rodean el trono del Altísimo, cayeron sobre sus frentes en su presencia y (7) todos decían en alta voz: Digno es el Cordero que fué muerto de recibir virtud y divinidad, y sabiduría, y fortaleza, y honra, y gloria, y bendición; y los veinticuatro ancianos de ropas blancas que llevaban sobre su cabeza coronas de oro, se levantaron de sus sillas y se postraron delante del cordero con arpas de oro en sus manos y copas de oro llenas de perfumes (8), y cantaban un cántico nuevo, di-

(1) Joan, c. XX, v. 17.

(2) Fe. 67, v. 29, et Div. Pau. ad Efas., 4, 8.

(3) S. Ambrosio, Sermón 61. De Fest. Pentecost.

(4) S. Pau. ad Heb., c. IX, v. 12, et Div. Thom. in Expos. huj. Epist.

(5) Id. id. id. id. c. I, v. 5. Ps. 109, v. 1.

(6) Id. " " " " " " " " " " " "

(7) Apoc. S. Joan., c. V, v. 6. " " " " " "

(8) Id. id. c. IV, v. 8.

ciendo: "Digno eres, Señor, de toda alabanza, porque fuiste muerto y nos has redimido con tu sangre (1); y una grande multitud que nadie puede contar de todas naciones y tribus, y pueblos y lenguas, se presentan en pie ante el trono, y delante del Cordero, cubiertos de vestiduras blancas y palmas en sus manos, y clamaban en alta voz, diciendo: gloria á nuestro Dios que está sentado sobre el trono, y al Cordero (2); y todos los ángeles dijeron: "Gloria" y todo el cielo sin cesar clamaba diciendo: "gloria, gloria." Y la gloria del Cordero eclipsó la gloria de los cielos, y de su alabanza llena está toda la tierra. *Operuit celos gloria ejus: et laudis ejus plena est terra* (3).

Y diez siglos y ocho siglos han pasado ya, y todas las generaciones que se han sucedido y todos los pueblos que se mueven sobre la superficie del globo, han admirado la gloria de Nuestro Señor Jesucristo, y se han puesto bajo la égida de su Cruz; porque la cruz, que fué el patíbulo de su ignominia, fué después el signo inmortal de su gloria. Por esta razón la Santa Cruz, de entonces hasta ahora, santifica la frente y el corazón del cristiano; consagra el pecho del guerrero; ennoblece las armas del combatiente; ilustra la cátedra de los sábios y resplandece sobre la corona de los reyes, sobre el palacio de los grandes, sobre el trono de los césares; pues que además de ser el emblema de la verdadera gloria, también es el de la paz y de la justicia, de la luz y de la gracia, de la libertad y del heroísmo; en una palabra, es el emblema del amor.

¡Oh, con cuánta justicia todos los santos han amado la Cruz del Nuestro Señor Jesucristo, y todos ardentemente han deseado exhalar en ella el último suspiro!

¡Oh Jesús mío! decía el seráfico Doctor San Buenaventura, yo no quiero vivir sin mortificaciones ni padeci-

(1) Apoc. S. Joan., c. IV, v. 10.

(2) Id., id., c. VII, v. 10.

(3) Habac., c. III, v. 3.

nientos, pues te veo tan vulnerado; yo no quiero morir sin cruz, cuando veo que tú por mí bien has muerto crucificado. Y el egregio mexicano, el atleta esforzado de la fe, nuestro ínclito protomártir Felipe de Jesús (1), manifestando la grandeza de su alma, al llegar rebotando de alegría al campo triunfal, se arrodilla al pie de la cruz que estaba preparada para su martirio, y derramando ardientes lágrimas, la saluda diciendo: "¡Oh cruz, oh nave afortunada, oh bajel feliz de Felipe que te ofreces á mí para llevarme sin escollo y sin peligro hasta el puerto de la eterna bienaventuranza!" Y ¿qué os diré del glorioso San Andrés, llamado el apóstol de la Cruz? Al descubrirla desde lejos, levantada en el lugar del martirio, prorrumpe con ardiente entusiasmo: "¡Oh cruz admirable, oh cruz desiderable, oh cruz resplandeciente en el universo mundo, recibe, pues, al discípulo en los mismos brazos en que sostuviste al Maestro y El que quiso por tí redimirme, hoy también por tí se digne recibirme en el cielo (2)." Lejos, muy lejos de mí el gloriarne en otra cosa que en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, decía el apóstol San Pablo (3), y éste ha sido y es el espíritu de todos los santos, y éste es y ha sido siempre el espíritu de la Iglesia nuestra Madre, que cuando recuerda la pasión y muerte del Salvador, saluda á la santa Cruz como á su única esperanza. *Oh cruz ave spes unica* (4).

Si, ella es nuestra única esperanza, escala prodigiosa que desde la tierra nos conduce al cielo; árbol divino más alto que los cedros gigantes que coronan las cumbres del Líbano; bajo su sombra bienhechora viven los pueblos tranquilos y felices; arma invencible de nuestros combates con la que siempre triunfaremos de nuestros enemigos visibles é invisibles, con la que por la gracia y virtud de Jesucristo conquistaremos la gloria. *In hoc signo vinces*.

(1) Sant. Eec. in off. huj. Fest.

(2) Id., id., id., id.

(3) S. Pau. ad Gal., c. VI, v. 14.

(4) Sant. Eec. him. Vexil.

Arrodillemonos, pues, ante la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo y tributemos nuestras alabanzas á esa Imágen sacratísima, hoy objeto digno de nuestra humilde y ferviente adoración; no porque en ella esté oculta alguna virtud ó divinidad que exija nuestros cultos; sino porque los honores que se le exhiben, muestra fe y nuestra piedad los refieren al divino Prototipo que ella nos representa (1).

En verdad, carísimos hermanos, vuestra fe y vuestra piedad refieren á Jesucristo el honor que hoy ofrecéis á la veneranda imágen del Señor del Encino; mas aquí, permitidme que os pregunte: ¿os prometéis que vuestros votos y plegarias serán aceptos en la presencia del Altísimo? Vuestra fe tan sin acción y casi muerta, y vuestra piedad tan resfriada y tan endeble, ¿podrán levantarse y llevar hasta el cielo vuestros homenajes? ¿No seréis vosotros como aquel pueblo de quien se quejaba el Señor por uno de sus profetas, diciendo: "Este pueblo me honra con los labios, mas su corazón está lejos de mí?" (2) ¿Qué os dice vuestra conciencia? ¿qué testimonio ofrecéis de ser verdaderos discípulos del Señor, para que podáis dignamente honrar hoy su Cruz, y su pasión, y su muerte? ¡Ah! Volved una mirada sobre los años pasados de vuestra vida, y, ¿qué podréis encontrar más opuesto que vuestras acciones al espíritu del cristianismo? Cada uno de vuestros días ha sido oscurecido con la niebla impura de la culpa, y cada uno marcado con nuevas y más graves infracciones de la Ley divina, que hoy deben cubrir vuestro rostro de confusión y de vergüenza. Os llamais cristianos, pero llevais este título tan glorioso solo para denigrarlo y profanarlo; cobardes, aun no habeis roto las duras y pesadas cadenas con que el demonio os tiene esclavizados; ni habeis dado un solo paso en el camino que Jesucristo os señaló con su sangre, y huyendo siem-

(1) Sacrosant. Trident. Sin. lo. Incoe. Sant. Sess. 26.

(2) Isaia. c. XXIX, v. 13 et Mat. 15, 8.

pre de toda mortificación por su amor, casi os es desconocido aun el nombre de penitencia. Vuestra conducta, no hay duda, más bien que de amigos, os puede acreditar de enemigos de Nuestro Señor Jesucristo; por consiguiente, no os pertenece la gloria del signo precioso de nuestra religión augusta, y cuando en tan grande solemnidad debáis acercaros á esos altares, vuestros pecados os retiran muy lejos de ellos, como indignos de ofrecer á un Dios Crucificado vuestros incienso y adoraciones.

Esa es la verdad que debemos confesar penetrados íntimamente de dolor, y regando con amargas lágrimas el sagrado pavimento. Mas ¡oh Dios mío! ¿qué puede aparecer limpio delante de tus ojos? ¿quién es digno de presentarse á tu Majestad? ¿qué somos delante de ti.....? Tú, cuya mirada penetra lo más escondido de nuestras entrañas (1); Tú, que desenvuelves hasta los secretos más íntimos del corazón; Tú, mejor que nosotros conoces, nuestro figuero (2), que no somos más que polvo. Pero felizmente, cuanto más grande es nuestra miseria, tanto más vehemente resplandecerá sobre nosotros tu inmensa misericordia. ¡Compadécete, pues, de nosotros! y ya que somos tan dignos de que nos escuches y atiendas, y de que aceptes nuestros humildes obsequios, escucha los fervientes ruegos de nuestro insigne Pontífice, que envueltos en las nubes del incienso, suben hasta el trono de tus bondades; él te presenta los gemidos de nuestra alma arrepen-tida, el llanto de nuestro ojos, nuestras humildes súplicas; él, en fin, te ofrece nuestro pobre corazón.....

Amable pastor, cuya sola presencia venerable da tanto brillo á la presente solemnidad, ya que por una felicidad inesperada os encontráis en medio de vuestros hijos, dejad vuestro sésio, y cual otro Moisés, subid al monte santo, al collado de mirra y del incienso, al monte del amor. Muy de cerca podéis vos hablar con el Señor, y consultar el remedio más pronto y oportuno de todas nuestras

(1) Jerem., c. XVII, v. 10, et Apoc. II, 23.

(2) Ps. 102, 14.

necesidades. Decidle que conserve la fe divina en nuestro pueblo; que nos haga cada día más observantes de la religión de nuestros padres; que se replieguen al abismo las sombras del error y de la herejía; que dé nuevos y más gloriosos triunfos á su Iglesia; y que haga que la tempestad que el pecado ha levantado sobre nuestras cabezas, desecha en copiosa lluvia, riegue nuestros campos; decidle, en fin, que anticipe sus misericordias, que nos defienda de tantos peligros cuantos por todas partes nos rodean. Ponednos desde ahora y para siempre bajo la sombra protectora de la Cruz; aplicadnos los méritos infinitos de la pasión y muerte de nuestro Redentor; lavad las ropas de nuestra alma en la sangre de Ese Cordero Divino; escondednos de nuestros enemigos en esas llagas sacratísimas, y toda nuestra vida, hasta su último terrible instante, resedvada en la preciosa herida de su costado.

¡Oh Jesús mío, muerto en la Cruz por mi amor! yo sé firmemente que vives tú, y vivirás, en los lábios de todas las gentes, en la historia de los siglos, en el corazón de tu dulce esposa la Iglesia Santa, y en perpétuas eternidades á la diestra de Dios tu Padre. Vivirás, vives; y en el último día de los tiempos; en el día grande y maravilloso, en el día de manifiesta lumbre, comoverás los cielos y la tierra, y en las alturas aparecerá resplandeciente tu Santa Cruz, el signo del Hijo del Hombre, el signo de tu amor, el signo de tu Majestad, el signo de tu gloria. Descenderás sobre las nubes del cielo, y nosotros en las alas de los vientos volaremos á tu encuentro (1), vendrás á juzgar á los vivos y á los muertos; ¡ay entonces de los pecadores! ¿dónde, entonces, podrán aparecer á tus ojos los impíos? (2) Estallará súbitamente, y encendida brillará tu justicia como el relámpago que nace en el Oriente y muere en el Ocaso (3); Y nosotros te hemos de ver en

(1) Div. Pan. ad Tess., c. IV, v. 16.

(2) Epist. Div. Petr. I.º 4, 18.

(3) Matt. XXIV, 27.

nuestra propia carne (1), ¡oh viva esperanza! y estos nuestros mismos ojos han de contemplar tu hermosura. Tus manos llagadas, tus pies heridos, y tu costado abierto, arrojarán centellas abrasadoras sobre los proscritos; y á nosotros nos pondrás á tu derecha, llamándonos benditos de tu Padre. Y, ¡oh felicidad! subiremos contigo á las alturas, y contigo ¡Dios mío! entraremos victoriosos en el cielo; en el reino que nos preparastes desde el principio del mundo (2); en el reino que nos conquistastes con tu sangre, y allí reinaremos contigo, flotando en los océanos inimitos de tu amor, y bendiciendo, sin descanso, tu misericordia.

HABE SPES REPOSITA EST IN SISU MEO.

(1) Job, XIX, 26.

(2) S. Math., c. XXVI, v. 29.

SERMON

DE

LA CRUCIFIXION DEL SEÑOR

PREDICADO EN LEON

POR EL

SR. PBRO. D. RAMON VALLE.

Elcabitur super collas et fluent ad eum omnes gentes.

Y se elevará sobre los collados y correrán á él todas las gentes.

Isa., II, 2.

Debiera bastar, católicos, que el sacerdote en este día reuniera á su alrededor al pueblo fiel y que extendiera la mano, y señalando á Jesus crucificado, dijera una sola palabra: Mirad y aprended: *Fao secundum exemplar.* ¡Qué cuadro y qué lección! El que muere es Dios mismo, lo que enseña es la cruz, y nuestras almas lo contemplan, no á la luz del sol material, sino con la lumbre de la fe impresa en ella desde el solemne momento del bautismo.

¿Qué palabra pudiera ser bastante para expresar lo que en todo esto se contiene? Ideas celestes que viven en la tierra como con su propia vida; sentimientos sobrena-

nuestra propia carne (1), ¡oh viva esperanza! y estos nuestros mismos ojos han de contemplar tu hermosura. Tus manos llagadas, tus pies heridos, y tu costado abierto, arrojarán centellas abrasadoras sobre los proscritos; y á nosotros nos pondrás á tu derecha, llamándonos benditos de tu Padre. Y, ¡oh felicidad! subiremos contigo á las alturas, y contigo ¡Dios mío! entraremos victoriosos en el cielo; en el reino que nos preparastes desde el principio del mundo (2); en el reino que nos conquistastes con tu sangre, y allí reinaremos contigo, flotando en los océanos inimitos de tu amor, y bendiciendo, sin descanso, tu misericordia.

HABE SPES REPOSITA EST IN SISU MEO.

(1) Job, XIX, 26.

(2) S. Mat., c. XXVI, v. 29.

SERMON

DE

LA CRUCIFIXION DEL SEÑOR

PREDICADO EN LEON

POR EL

SR. PBRO. D. RAMON VALLE.

Elcabitur super collas et fluent ad eum omnes gentes.

Y se elevará sobre los collados y correrán á él todas las gentes.

Isa., II, 2.

Debiera bastar, católicos, que el sacerdote en este día reuniera á su alrededor al pueblo fiel y que extendiera la mano, y señalando á Jesus crucificado, dijera una sola palabra: Mirad y aprended: *Fao secundum exemplar.* ¡Qué cuadro y qué lección! El que muere es Dios mismo, lo que enseña es la cruz, y nuestras almas lo contemplan, no á la luz del sol material, sino con la lumbre de la fe impresa en ella desde el solemne momento del bautismo.

¿Qué palabra pudiera ser bastante para expresar lo que en todo esto se contiene? Ideas celestes que viven en la tierra como con su propia vida; sentimientos sobrena-

turales que florecen en la naturaleza de los antes débiles mortales; algo divino que se verá como propio del hombre; un todo inmenso que nos envuelve en el tiempo y en la eternidad.

¿Qué palabras bastarán? ¡Ah, hermanos míos, quién pudiera recoger estas expresiones ya salidas de mis labios! No me acordaba sino de mi propia pequeñez, cuando todos nosotros, y yo el primero, debiéramos olvidarnos de mí, porque lo que estáis oyendo es la palabra de Dios.

No solo la fe es del oído, *fides ex auditu*, también la esperanza, también la caridad nos vienen de la palabra eterna, y al tomar esta espada, como la llama San Agustín, predicaré esta palabra para vosotros y para mí.

Y aunque no será posible en estos breves momentos desarrollar sino una mínima parte de lo que se contiene con la vista de Jesús crucificado, diré a mi alma: Mira y aprende, os diré que aprendais de lo que veis, y contemplando lo que sufrió el Señor, consideremos lo que todavía sufre; recordando la irrisión de que fué objeto, lloraremos las irrisiones que hoy padece; sabiendo que nuestras culpas fueron causa de sus padecimientos, confesaremos que ellas son la causa de sus penas actuales. *Hoc volo gennere*, os diré con San Agustín. *Tempus gemendi est, tempus fletu, tempus confitendi*: tiempo de llamar con gritos la divina clemencia, la bondadosa misericordia, la bondad divina tan amante de perdon.

Esta es, católicos, la primera idea que viene á mi mente al contemplar á nuestro Dios crucificado. Jesucristo padece todavía, padece por culpa nuestra, y en vista de esto ¿qué deberemos hacer?

He aquí, hermanos míos, el sencillo plan que extenderé á vuestra vista. No esperéis un discurso, sino más bien una meditación; quiero huir los adornos académicos; no oiréis de mí sino un gemido que irá á buscar vuestros gemidos, un pensamiento que irá á pedir la simpatía de los vuestros. Yo confío en que Dios moverá mis labios y mo-

verá vuestros corazones, ó más bien, moverá al unisono nuestros corazones todos. Es lo que pide y os invito á pedir, llegando al trono de la Divinidad, como niños conducidos por la mano de su Madre.—**AVE MARIA.**

Micheas á Isaías juntamente, y casi con las mismas palabras, anunciaron que al ser elevado Jesucristo sobre las colinas, al ser suspendido entre el cielo y la tierra, atraería á sí á todas las gentes, que correrían hácia él como las aguas por el cauce abierto conocido. *Elevabitur super colles et fluent ad eum omnes gentes.*

¡Oh santos profetas, si permitido me fuera desmentiros! ¿Por qué allí veo al justo, al santo, al Omnipotente, elevado sobre los montes, y los individuos y los pueblos no corren á él y no se le acercan? ¡Ay! no solo no se le acercan, sino que le huyen, y hoy más que nunca pueblos é individuos dicen como en otros tiempos: No queremos que éste reine sobre nosotros. *Nolumus hunc regnam super nos.*

Hoy, como en la última parascove, la cruz está en medio de la tierra. Hoy, como siempre, al rededor del Calvario se agita la humanidad. Hoy presenta el mundo el mismo aspecto que la Jerusalén de la tierra el día de la muerte del Señor. Los unos, como los discípulos, se esconden para llorar; otros, como los que iban á Emaus, han perdido la esperanza; almas fieles le siguen compartiendo sus afrentas. Unos lo niegan como Pedro y tornan á él arrepentidos; otros le crucifican como el centurion y después se hieren públicamente el pecho y lo confiesan como al Hijo de Dios. Los que se llaman sábios lo blasfeman; los que lo temen lo niegan. Los hidrópicos de placeres piden que baje de la cruz para creer en él. Los desesperados añaden que salvó á otros, pero que él no se puede salvar. Quien le pide que se acuerde de él cuando

se encuentre en su reino; quien se abraza de la cruz como Magdalena; quien se lava las manos en la muerte del justo. Buenos y malos, fieles y blasfemos, todos tienen la vista fija en el Calvario. Hoy en el mundo, como ayer en Sion, no tiene indiferentes Jesucristo.

[Ah] perdon, santos profetas; perdon, porque no comprendí vuestras palabras. Yo veo, yo veo como todos, individuos y pueblos, corren á él con la impetuosidad con que corre el agua, al verlo levantado sobre las aguas. *Elevabitur super colles et fluent ad eum omnes gentes.*

Aun los que le huyen van atraídos á él, porque se arrojan en la ira. No se puede huir del Dios bondadoso sin dar en las manos del Dios vengador.

Maniféstemos, pues, lo que nos enseña Jesucristo crucificado, os diré con San Gregorio Nacianceno: *Ostendamus quid Christus nos erudiat* (1), y lo que no quiso Dios callar en las Escrituras; añadiré con San Agustín, no ha de ser callado por nosotros, y vosotros lo habeis de oír. *Quo taceri Deus nobis per Scripturas, nec á nobis tacendum est, et á vobis audientium* (2).

¡Dios mío, Dios mío! clamaba Jesucristo en la cruz, ¿por qué me has abandonado? Y ¿qué significa esta queja, pregunta el mismo San Agustín, si Dios no pudo dejarlo puesto que él mismo es Dios? *Non enim derelinquerat illum Deus, cum ipse esset Deus.* ¡Ah, se responde, el Verbo se hizo carne y el Verbo es Dios, pero nosotros estábamos en él y esta queja es por nosotros. Clamar á Dios como á su cuerpo hubiera sido abandonarlo, porque su cuerpo es la Iglesia. *Quare dicitur, nisi quia nos ibi eramus, nisi quia corpus Christo Ecclesia?*

¿Pues cuando con más razon que en nuestros tiempos, hermanos míos, podremos los que formamos la Congregación de los fieles, levantar nuestras oraciones quejándonos del aparente abandono de Dios? El Señor duerme, como dormía en la barca de Pedro, y la tempestad ruga

(1) Orat. 4.—advoca. Julian.

(2) Enarrat in Psalm. 2, n. 1.

á su alrededor y las olas amenazan destruirla y hacerla desaparecer. El Vicario de Cristo está cautivo, las naciones todas han desertado del cristianismo. Los códigos, las leyes, las costumbres han corrido hácia el Calvario, gritando: "No queremos que éste reine sobre nosotros." El mismo Señor ya no parece públicamente. Yo no sé si decir que es la pasión de Jesucristo prolongada en los siglos ó es de nuevo una pasión que nuestro siglo le impone.

Pero que, ¿no sabemos que resucitando de entre los muertos ya no muere, ya no padece, ya la muerte no lo dominará? *Christus resurgens ex mortuis jam non moritur et mors illi ultra non dominabitur?* (1) Sí, estas son las palabras del Apóstol; pero hoy estamos presenciando la pasión de Jesucristo, no de la cabeza, sino de los miembros, la pasión de su cuerpo místico en nombre del cual clamaba: "Padre, si es posible pase de mí este cáliz" en nombre del cual se quejaba del abandono del Padre.

Los que hemos sido justificados por la fe; los que, aunque en vasos frágiles, conservamos intacto el depósito sagrado; los que no podemos confundirnos con los hijos de este siglo, padecemos con Cristo que padece, sufrimos con Jesucristo que sufre, y en silencio, en el interior de nuestros hogares, y juntamente en nuestra solemnidades santas, lloramos nuestros males y pedimos á Dios nuestro remedio. Y clamamos de día, diré con el Profeta, y no somos oídos; y clamamos de noche y no somos escuchados. Y ciertamente que no por culpa de Jesucristo. *Clamavi ad te per diem et non exaudies; et nocte non ad insipientiam meam!*

Y no podrá, hermanos míos, no podrá quejarse la Santa Iglesia de otro abandono, del culpable abandono de los hijos? No pueden hoy, Cristo y su esposa, repetir, que los que los odian, los que los abandonan se han multiplicado más que los cabellos de la cabeza del hombre y que se

[1] Rom., VI, 9.

han hecho fuertes los perseguidores? *Multiplicati sunt super capillis capiti mei qui oderant me gratis. Confortati sunt qui persecuti sunt me inimici mei iniusti*

Y si solamente de los impíos pudiera decirse esto! Pero ¿no abundan los católicos cabardes que por respetos humanos se avergüenzan de Jesucristo y su Iglesia, y se muestran tímidos ante las burlas de los enemigos y no salen á la defensa de su Madre cuando la miran escarnecida y villenediada?

Y ¡cuántos hombres celosos, llenos de fe y arrebatados por su piedad, encuentran los primeros obstáculos en sus mismos hermanos, de quienes debían esperar aliento y protección y solo reciben desengaños! ¡Cuántos de estos pudieran decir: *Propter te sustinui opprobrium, extraneus factus sum fratribus meis et peregrinus lius matris meae!*

¡Qué cobardía en resistir á las impiedades! ¡Qué cobardía en no seguir á Jesucristo, allí en el Calvario, donde está! El siglo que se llama de las luces es atraído á la cruz para llamarla locura, y se declara contra Dios y contra su Cristo. *Adversus Deum et adversus Christum ejus*. Cierran los ojos á la luz sobrenatural, se retuercen de ira contra la influencia salvadora de la Iglesia, y como aquella mujer de que habla el Evangelio, solo miran la tierra y no pueden volver los ojos hacia el cielo. ¡Ah! el siglo será de todas las luces que se quiera, pero no de la luz de la fe.

El cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, está hoy de nuevo crucificado. Los príncipes, como toros recios y bravos, la cercan y la hostilizan. Los pueblos, como becerros indómitos y furiosos, siguen á los que van delante y ha llegado á ser el desecho de la plebe; el opprobio de todos los hombres. *Circumdede runt me vituli multi, tauris pingues obsecderunt me. Sum opprobrium hominis et abjectio plebis.*

Aquellos improperios que oyó Jesucristo el día de su pasión, los escucha hoy la Iglesia; aquellas penas son las suyas, aquellas quejas hoy las repite, y hoy, como entonces, se hacen las tinieblas sobre la tierra. *Tenebrae factae*

sunt super universam terram. (1). Las tinieblas cubren los entendimientos; la ignorancia, sentada en la cátedra pesifilencial, toma el nombre de ciencia; los blasfemos, los que ignoran, se llaman filósofos; los que retroceden más allá del Calvario, se llaman progresistas; y los pueblos entregados á la desmoralización, y los gobiernos entregados á la masonería, y los individuos entregados al pecado, rugen contra la Iglesia, abriendo su boca como leones robadores y rugientes. *Aperuerunt super me os suum sicut leo rapiens et rugiens*. Oigamos su rugido, dice San Agustín, oigámoslo cuando gritan: Sea crucificado. *Audiamus rugitum ipsorum in Evangelio: Crucifige, crucifige.*

Oigamos su rugido al rededor de nosotros, diré yo ahora. ¡Sea despojada la Iglesia, sea calumniada, sea perseguida, sea crucificada! Perros rabiosos la cercan, y la tienen sitiada una turba de peligros. *Circumdede runt me canes multi; consilium malignantium obsedit me.*

Hoy Jerusalem es toda la tierra antes cristiana, y de entre el tumulto podemos ver á la Iglesia llevada ante el tribunal de los reyes y de los conquistadores, de Herodes á Pilatos, y arrastrada ante los tribunales del pueblo, maltratada en las calles y en las plazas; la han hecho subir el camino de la amargura, la han conducido hasta el Gólgota, han contado todos sus huesos, se repartieron entre sí sus riquezas y hasta sus vestiduras, y jugaron entre sí hasta su más pequeño bien. *Diriverunt omnia osse me, diriverunt sibi vestimenta mea, super vesta mea miserunt sortem.*

¡Oh católicos! El corazón de la Iglesia, como el sagrado Corazón de Jesús, está lleno de amarguras, está como una cera que se derrite en medio de sus entrañas. *Cor meum tanquam ceram liquecens in medio ventris mei.*

¡Oh Señor, no dilates tu socorro! *Tu autem, Domine, ne elongaveris auxilium tuum á me.* Libra de la tribulación á tu única Iglesia de aquellos que, como perros, la cer-

(1) Mat., c. XXVII, v. 45.

can. En tí esperaron nuestros padres; esperaron en tí y tú los libraste; á tí clamaron y fueron puestos en salvo; confiaron en tí y no tuvieron porque arrepentirse. *In te speraverunt patris nostris; spera verum et non sunt confusi.* Clamad, clamad sin cesar, os diré con el profeta Jeremías: *Clama ne cesses.*

La oracion hará á Dios dulce violencia y hará cesar los males y triunfará la Iglesia. Si, triunfará, lo sabemos, como triunfo Jesucristo y como él triunfará por medio de la misma cruz. A Dios se dirigirán sus cánticos; los pobres comerán y quedarán saciados los que buscan al Señor; le cantarán alabanzas; sus corazones vivirán por los siglos de los siglos.

Se acordará de los beneficios recibidos y se convertirá al Señor toda la extension de la tierra. *Reminiscuntur et convertentur ad Dominum universi nes terre,* y se postrarán ante su acatamiento las familias todas de los justos, porque del Señor es el reino y él ha de tener el imperio de las naciones. *Quoniam Domini est regnum et ipse dominabitur terram.*

¿Y qué debemos hacer nosotros, católicos, para apresurar este triunfo? ¿Acaso de Dios solo será esta obra? No os seduceais pensándolo así. Dios quiere compartir con nosotros su victoria, y más aun, no quiere triunfar si nosotros no triunfamos.

Como Jesucristo triunfó por los sufrimientos, por los sufrimientos hemos de triunfar tambien nosotros. "Pues que estamos justificados por la fe (1), mantengamos la paz con Dios mediante nuestro Señor Jesucristo, por el cual asimismo tenemos cabida en esta gracia en la cual permaneceremos firmes, y nos gloriaremos esperando la gloria de los hijos de Dios.

"Ni nos gloriamos solamente en esto, sino en las tribulaciones, sabiendo que la tribulacion ejercita la paciencia, la paciencia sirve á la prueba y la prueba pro-

(1) Ad. Rom., c. V.

"duce la esperanza, esperanza que no será defraudada, porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado." *Justificati ex de pasem, habeamus ad Deum... Spes autem non confundit quia charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritus Sanctus qui datus est nobis.*

Si no queremos sufrir, si huinos la cruz, en vano nos llamaremos cristianos. La insignia y señal del cristiano es la Santa Cruz, y debemos tenerla en la frente, para confesar la fe delante de los hombres; sobre los labios para confesarla; para sufrirlo todo debemos tenerla en el corazon, porque debemos amarla.

¿No somos discípulos del Crucificado? ¿No somos hijos de Maria? La Inmaculada no hure la Cruz; la sigue, la besa y de pié permanece junto á ella. *Stabat juxta Crucem.*

¡Ah, hermanos míos! Jesús y Maria nos comprometen desde el Calvario. Huir el dolor, buscar el placer, aborrecer la penitencia y las lágrimas, temblar ante el sufrimiento, es hacer imposible la paciencia, y la paciencia, ya lo habeis oído, es la que por medio de la prueba puede darnos la esperanza. *Patientia autem probationem, probatio vero spes.*

Si queréis que Jesucristo reine en el universo, es preciso primero que trabajéis para que reine en la familia y en cada uno de los individuos. Nosotros mismos somos los encargados de preparar su reino.

Llorad, sí, sobre Jesucristo crucificado, llorad sobre la Iglesia crucificada; pero más bien llorad sobre vosotros y sobre los hijos de vuestras ciudades.

¿La cruz y los sufrimientos de Jesucristo no fueron por nuestra culpa? Pues lloremos, no por él, sino por las culpas nuestras. Y la pasion de la Iglesia, no es tambien á causa de nuestras iniquidades? Cuando el arca santa de la alianza fué presa de los filisteos ¿no fué esto en castigo de los pecados del pueblo?

Rómpanse nuestros corazones con la contriccion, hieran

nuestros pechos los golpes de la penitencia y desarmarémos a la justicia que hoy solo descarga sobre la esposa, como antes descargaba sobre el esposo de los cantares.

Reine Dios en vosotros y reine por su cruz. Si queremos que Dios venza, que nos venza primero a nosotros. Si realmente queremos verle libre de sus enemigos, libre-mos antes nuestra alma de los enemigos suyos. Preparemos el triunfo haciendo que la cruz triunfe de nuestras pasiones; y que esta solemnidad anual de Jesús crucificado sea la solemnidad de la cruz de cada uno de nosotros, para amarla más, para unirnos más con ella. Aunque yo esté más manchado que vosotros, soy sin embargo la voz que clama: Preparad los caminos del Señor.

Cristo ya no sufre, Cristo ya no muere. Pero no olvidemos con San Agustín, no olvidemos nunca lo que padeció una vez, recordémosle cada año para que en todo él no volvamos a olvidarlo. *Ne obliviscamur quod factum est semel. In memoria nostra omni anno sit* (1).

También la Iglesia resucitará, es decir, triunfará de sus enemigos; pero nosotros asistimos en nuestros infelices tiempos a su pasión.

También resucitarémos nosotros, pero hoy lloremos nuestros pecados, causa de la pasión de Jesucristo, causa de la pasión de la Iglesia. De modo, hermanos míos, que debemos llorar primero por nuestro Dios, porque esta solemnidad nos recuerda sus dolores, ó para valerme de las palabras de un santo Padre (2), nos está representando lo que pasó en otro tiempo; y esto nos hace mover como si viéramos a Jesucristo pendiente de la cruz. *Et sic nos facit moveri tamquam videamus in cruce pendentem Dominum*.

Debemos llorar también por la Iglesia "y esto debo gemir con vosotros. Es tiempo de llorar: *Hoc volo gemere vobiscum. Tempus est lugendi*. Es tiempo de gemir, es tiempo de llorar, es tiempo de confesar. *Tempus ge-*

(1) Ennarrat in psalm.

(2) Id.

menti est, tempus flendi, tempus confitendi et deprecandi.
 "¿Quién de nosotros es merecedor de llorar por tanto dolor? *Et quis nostrum est idoneus ad effundendas lacrimas pro dignitate doloris tanti?* Pero así como el Profeta deberemos exclamar: ¿Quién dará agua á mi cabeza y á mis ojos una fuente de lágrimas? Y en verdad "que si hubiera en nuestros ojos una fuente perfecta de llanto, ni eso debería bastar." *Si vere fons lacrimarum esset in oculis nostris, nec ipse sufficeret.*

Y también debemos llorar por nosotros mismos, y con mayor dolor que nunca, según lo mandado por el Salvador en el camino del Calvario. Que esta fiesta sea de santificación y de penitencia y este día de llanto y de dolor. Todo aquel, os diré con la sagrada Escritura, que no se aflige en este día, no será digno de contarse entre el pueblo fiel, y tal vez perecerá. *Omnis anima quae afflictata non fuerit die hae, peribit de populo meo* (1).

¡Oh Dios mio crucificado, salva á tu Iglesia! Salva á sus hijos y tus hijos. *Salva nos, perimus!* Y nosotros, católicos, justificados por la fe, mantengamos la paz con Dios, que es lo que os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. — AMEN.

(1) Levitic, XXIII, 22.



SERMON SOBRE LAS SIETE PALABRAS

QUE JESUCRISTO DIJO EN LA CRUZ

PREDICADO EL DIA 23 DE FEBRERO DE 1841 EN EL COLEGIO DE ROSAS DE MORELIA

POR EL LIC. PELAGIO A. DE LABASTIDA

ACTUAL ARZOBISPO DE MEXICO

Vere Filius Dei erat iste.

Verdaderamente este era Hijo de Dios: Son palabras que se leen en el Evangelio de S. Mateo, cap. XXVII v. 54.

El movimiento extraordinario de la naturaleza que siguió á la muerte de Jesucristo, produjo en el Centurion incrédulo una transformacion tan prodigiosa, que no pudiendo ya resistir á la luz de la fe, confesó lleno de un santo pavor la Divinidad de Jesucristo. Vere Filius Dei erat iste. Y á la verdad, católicos, ¿cuándo se mostró más visible que en los momentos críticos de su pasion? ¿No es cierto que todo en la cruz anuncia al Hijo de Dios y confirma más y más la Divinidad del Mesías? Yo pudiera, á ejemplo del Centurion, manifestárosla aquí en los

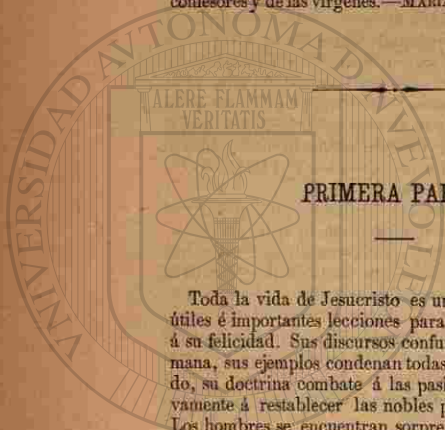
sepulcros que se abren, los muertos que resucitan, las piedras que se chocan y despedazan, el sol que se oscurece, la tierra que tiembla, y para decirlo de una vez, en el terrible desorden de la naturaleza toda (1); pero mi atencion se fija de preferencia irresistiblemente en la conducta del Salvador sobre la cruz. Allí le veo dando el último testimonio al celestial origen de su doctrina; y allí le veo distribuir soberanamente las recompensas y los castigos. Sobremanera grande en toda la série de su pasion, nunca me parece mayor que cuando está sobre la cruz, enseñándonos enal sapientísimo Maestro con el ejemplo más sublime, y mostrándonos al mismo tiempo los resultados infalibles de la sancion que ha puesto como Juez á su ley sacrosanta.

Hoy pues, católicos, que venimos aquí á meditar al pié de los altares el gran misterio de la cruz, no necesito para hablar con eficacia á vuestras almas de fatigarme en planes ricos y grandiosos, me basta decir: mirad esa cruz y repasad conmigo la historia que contiene las tierpas instrucciones que nos dirige en medio de su mismo silencio. Esto es lo que exige de mí el sagrado ministerio de la palabra, y esto es lo que pienso cumplir exactamente con solo manifestaros que Jesucristo sobre la cruz dá testimonio de su Divinidad como Maestro y como Juez.

Mas yo no puedo, ¡oh Dios mio! elevarme á tan grande altura, si vos no me sosteneis; mis labios indignos de referir esta série divina de sucesos, necesitan de ser abiertos por Vos: abridlos, pues, ¡oh Dios mio! para que yo pueda anunciar vuestras alabanzas; purificados con el carbon encendido para que yo pueda hablar en vuestro nombre; envid vuestro espíritu santo; derramad la infinita riqueza de vuestros dones en todos los que me escuchan; que vuestra palabra crezca y fructifique en esta

(1) Centurio at qui cum eo erant, custodiens Jesum, viso terramotu, et his quae fiebant, timuerunt valde, dicentes: Vere Filius Dei erat iste. Math., cap. XXVII, v. 54.

reunion escogida. ¡Oh Espíritu Santo! Venid, extendad aquí vuestras alas; comunicadnos vuestro soplo vivificador; penetradnos, en fin, de los heroicos sentimientos con que habeis sostenido la constancia de los mártires, de los confesores y de las vírgenes.—MARIA, RUEGA POR NOSOTROS.



PRIMERA PARTE.

Toda la vida de Jesucristo es una serie continuada de útiles é importantes lecciones para encaminar al hombre á su felicidad. Sus discursos confunden la sabiduría humana, sus ejemplos condenan todas las ilusiones del mundo, su doctrina combate á las pasiones y tiende exclusivamente á restablecer las nobles prerogativas del alma. Los hombres se encuentran sorprendidos con un idioma que jamás habían escuchado (1). Todos los sucesos brillantes, todas las proezas heroicas, ese fantasma de gloria que habia tomado tanto cuerpo en las ideas del paganismu, pierden todos sus atractivos y parecen disiparse como el humo á los primeros rayos de esa luz que derramó sobre la tierra el Hijo de María. A los doce años de su edad ofusca la sabiduría de los doctores, y en el primer anuncio de su doctrina, descubre los inefables encantos de un reino puramente espiritual y divino. ¿Quién

(1) Et mirabantur in verbis gratie que procedebant de ore ipsius. Luc., cap. IV, v. 22.

puede recordar, sin pasmo, el sermón de Jesucristo en el monte, aquel discurso tan sencillo y al mismo tiempo tan sublime, aquel areano profundísimo de la sabiduría increada, donde reconocemos á la vez los verdaderos caracteres de la virtud y las altas é inamissibles recompensas del justo? Desde la cumbre de esta montaña santa abre de par en par las puertas de los cielos; pero dueño absoluto de esta herencia tan rica y en extremo celoso de que nada entrase allí que pudiera llamarse indigno de tan alta grandeza, pronuncia soberanamente las condiciones con que podíamos aspirar todos á incorporarnos en el número de sus felices moradores. Desde allí llama á todos sus escogidos mencionándolos con caracteres tan visibles, que no podia confundirlos en la tierra sino la ceguedad espantosa de las pasiones. El oro que brilla en los palacios, el poder que usurpa no pocas veces los honrrajes que se deben á la justicia, el ingenio que hinchaba tanto el corazon de los sábios del siglo, los cetros y coronas que deslumbran, las miradas del universo, nada de esto se comprende en el gran convite de Jesucristo, nada entra en los divinos planes de su sabiduría, nada figura ni debe figurar en el eterno reino que gobierna con su Padre. Sin embargo, hé aqui los ídolos del mundo: hé aqui los títulos para llegar á disponer de todos los destinos, hé aqui lo que aguardaban en Jesucristo los judios carnales á tiempo de anunciárselos que estaba ya en medio de ellos el Rey prometido. Pero ¡oh Dios mío! ¡cuán diferentes son vuestros juicios de los cálculos que forma el hombre para deberse exclusivamente á sí mismo su dicha! Mientras nosotros devorados sin cesar de mil rastreras y vergonzosas pasiones, esclavizamos nuestro espíritu violentándolo á seguir una mentida felicidad, vos condenais nuestra soberbia, proclamando el triunfo de los padecimientos, de las humillaciones y de la misma simplicidad. Si, católicos, Jesucristo tiende su vista por el inmenso horizonte que le presentan á la vez todos los errores del entendimiento y todas las tendencias de una voluntad ex-

traviada. Recorre la inmensa línea de los héroes: los vé lanzarse á los combates y á la muerte, contentos con la recompensa limitada con que el mundo les brinda, distingue á los monarcas que rodeados de triunfos y homenajes, parecen hallar su ventura en el incienso que adorna la vanidad, y profundamente afectado por un espectáculo tan digno de todo el rigor de su justicia, vuelve á otra parte sus miradas, penetra con ellas en el recinto ignorado del pobre, y á la vista del menosprecio con que se mira á sí mismo y á todo lo que pasa, se adelanta presuroso á ofrecerle la inmortalidad. "Bienaventurados, exclama, los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (1)." El cuadro desolador que presenta la ira y la venganza, excita vivamente su amor al sosiego inafable de aquellos hombres que por una serie de vencimientos han llegado á desterrar de su corazón el rabioso imperio de la ira, y no contento con asegurarles una paz eterna, los proclama también señores del universo. "Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra (2)." Las lágrimas que hace brotar de los ojos la persecucion, el dolor y la miseria, estas lágrimas insultadas de continuo por la opulencia, madre de los placeres mundanos, se trasforman repentinamente en un objeto caro, envidiable y querido, en un estímulo de la más dulce esperanza y en una divisa de la más cumplida ventura. "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. (3)." UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

Los que anhelan ardentemente la justicia (4), los que ambicionan sobre todos los títulos el de Padre misericordioso (5), los que conservan el inefable depósito de un

(1) Beati pauperes spiritu: quoniam ipsorum est regnum caelorum. Matth., cap. V, v. 3.

(2) Beati mites: quoniam ipsi possidebunt terram. Matth., cap. V, v. 4.

(3) Beati qui lugent: quoniam ipsi consolabuntur. Matth., c. V, v. 5.

(4) Beati qui esurunt et sitiunt iustitiam: quoniam ipsi saturabuntur. Matth., cap. V, v. 6.

(5) Beati misericordes: quoniam ipsi misericordiam consequentur. Matth., cap. V, v. 7.

corazon sin mancha (1), los que reposan en la quietud de una conciencia libre de borrascas (2) y los que reciben todos los embates de una persecucion injusta (3); hé aquí, hermanos míos, la gran familia de Jesucristo: son los objetos más caros, los dueños y poseedores de los bienes que vino á anunciar á la tierra, los fieles amigos de su cruz y los dichosos habitantes de su patria celestial (4). Tales son los caracteres del verdadero cristiano: éstos los timbres que anuncian su nobleza y el sello augusto que Dios ha querido imprimir en la frente de sus elegidos.

Pero ¿quereis, católicos, ver reunidos en uno solo todos estos brillantes caracteres del cristianismo? ¿Solo que os presente en una sola todas las virtudes, en una sola todas las máximas, y en un solo punto toda la perfeccion del Evangelio? Convertid vuestras miradas á aquel grande precepto que Jesucristo quiso presentar á los suyos como la gran divisa de su doctrina celestial (5). "Vosotros amaréis á vuestro prójimo, viendo tal vez con odio á vuestro enemigo; pero yo os digo: amad á vuestros enemigos (6)." ¿Qué mejor prueba puede exigirse de una caridad perfecta? El que ama á sus enemigos, sacrifica sus resentimientos, dando así el ejemplo más brillante de su mansedumbre; no tiene mas objeto que la ley de Dios y cree que todo lo que sufre es nada en comparacion de lo que merece, dándonos así el testimonio más solemne de la humildad evangélica y de la pobreza de

(1) Beati mundo corde: quoniam ipsi Deum videbunt. Matth., c. V, v. 8.

(2) Beati pacifici: quoniam filii Dei vocabuntur. Matth., cap. V, v. 9.

(3) Beati qui persecutionem patientur propter iustitiam: quoniam ipsorum est regnum caelorum. Matth., c. V, v. 10.

(4) Hé aquí la ley: hé aquí la moral cristiana, la doctrina evangélica que predicó el Salvador con sus discursos, que sostuvo y manifestó con sus ejemplos, que probó divinamente con sus milagros.

(5) Si enim diligitis eos: qui vos diligunt, quomodo mercedem habebitis? magis et publicani hoc faciunt? Et si salutaveritis fratres vestros tantum, quid amplius facitis? quomodo et ethnici hoc faciunt? Matth., c. V, v. 46, 47.

(6) Adversis qui dicunt: est diligere proximum, tuum, et odio habere inimicum tuum. Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros. Matth., cap. V, v. 43, 44.

espíritu; el que ama á sus enemigos es el misericordioso por excelencia; el que padece la persecucion por la justicia, el que solo llora por sus propios delitos, el asilo delicioso de la paz. El que perdona á sus enemigos, los tiene, no como unos objetos de horror, sino como otros tantos medios para acrisolar la virtud, y al estimar por dulces estas persecuciones, nos deja traslucir un corazon que nunca se cree bastante limpio, ni deja de anhelar jamas por la justicia; en una palabra, el que ama á sus enemigos da con esto solo á su Dios una prueba que únicamente puede sostener la caridad divina, y le manifiesta con una accion verdaderamente heroica que le ama sobre todas las cosas. *Diligite inimicos vestros.*

Confieso, hermanos míos, que nada es más natural al hombre que la pasión de la venganza; y nada más contrario á sus pensamientos é intenciones que el perdón de las injurias. En todo lo demás, dice San Agustín, nada nos prescribe nuestra religion en punto de costumbres que no sea evidentemente racional y justo; pero cuando nos manda amar hasta nuestros perseguidores, parece que nos exige una cosa muy superior á nuestra razon, y por más sumisos que estemos á la ley, nos hacemos violencia para no condenarla (1). Sin embargo, el amor á los enemigos es el que nos hace propiamente cristianos, y según Tertuliano, en esto consiste el carácter de nuestra santidad (2).

Era necesario, pues, para establecer sólidamente el cristianismo, hacer morir todo deseo de venganza, y que Jesucristo con su ejemplo confirmase precepto tan sublime. ¿Mas necesitaré, cristianos, seguirle á la Piscina, acompañarle al Cenáculo, mostrarle á la presencia de sus jueces, y ponderar á cada instante la más pura de todas las máximas para verla confirmada con los más brillan-

(1) *Cum vero legitur, diligite inimicos vestros et benefacite his qui oderunt vos, tunc ipsa pene accusatur religio.* S. August.

(2) *Ita jubemur inimicos diligere ut hoc sit perfecta et propria bonitas nostra.* Tertulianus.

tes ejemplos? No, me basta contemplarle en el instante en que va á consumir su pasión, para ver allí reunido lo más augusto y lo más santo que el Evangelio nos presenta en la doctrina del Mesías.

Yo me traslado con el espíritu al Calvario, á este sitio depósito de tantos recuerdos, teatro de tantas misericordias, testigo fidelísimo del acontecimiento más grande que han visto las edades, del sacrificio por excelencia, en que una víctima de tan alto precio se ofrece para satisfacer á la justicia del Eterno. Esta montaña regada con las lágrimas de la más pura de todas las vírgenes, hollada con los piés del más ingrato de todos los pueblos, y consagrada por fin en la veneracion del universo por la muerte del Hombre Dios. Veo allí á Jesucristo en el instante mismo en que la crueldad agota su furia, en que la ingratitud excede á todo término y el abandono y desamparo á toda ponderacion; le veo, digo, herir aquella multitud ciega con una mirada de misericordia, volverla despues á los cielos, penetrar con ella hasta el trono del Altísimo y clamar con el acento más tierno y apasionado: "Padre, perdónalos que no saben lo que hacen (1)."

¡Oh bondad infinita! ¡Oh ternura que apenas puede concebir la inteligencia del hombre! ¡Oh prodigio de clemencia, título precioso para consolar al verdadero cristiano! ¿Quién hubiera podido imaginar, católicos, que á tiempo mismo en que los verdugos reunian toda su fuerza para oprimir al Salvador, en que la furia de aquel pueblo bárbaro agotaba los insultos y las humillaciones, de aquel pueblo que á trueque de conseguir la muerte de su libertador, pedía que sobre él y sobre sus hijos cayera la sangre del justo, (2) ¿quién hubiera imaginado, repito, que éste habia de ser precisamente el más poderoso estímulo para el amor de Jesucristo, y que éste divino

(1) *Pater dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt.* Luc., cap. XXIII v. 34.

(2) *Sanguis ejus super nos, et super filios nostras.* Mat., cap. XXVII, v. 25.

Maestro había de publicar, en consecuencia, un indulto general para todos los verdugos, un perdón universal para todo el género humano? *Pater dimitte illis, nesciunt quid faciunt.* ¡Qué palabras tan sublimes y cuán grande profundidad encierran!

Parece que Jesucristo esperaba que la rabia de sus enemigos llegara al extremo para interponer estos mismos dolores como solemnes títulos de un perdón ardientemente deseado. Si, hermanos míos, él amó á sus verdugos y "era amarlos bien, dice San Gregorio Papa, querer reconciliarlos con su Padre, porque no podía reconciliarlos con su Padre sin reconciliarlos consigo mismo." Ha pedido por ellos, y lo más admirable es que se ha servido de las mismas llagas y heridas que le hacían para interceder por ellos ante su Eterno Padre. "Oh prodigio de amor, exclamó un grande Arzobispo de Tours, "mientras los judíos taladraban con los clavos las manos "del Salvador, mientras abrían su costado con la lanza, "mientras ponían la hiel en sus labios, sus manos, su "costado y su boca pedían gracia y perdón por ellos." *Pater dimitte illis, nesciunt enim quid faciunt* (1).

Parece que en este grande empeño mide y compara sus palabras á fin de que ellas correspondan al éxito porque tanto suspira su amor. Se dirige al Eterno, pero escoge para hablarle el más dulce de todos los nombres, *Pater*, el que más fácil penetra en el asilo de la misericordia; *Pater*, el precursor de los sentimientos más dulces y más tiernos; *Pater*, el inefable nombre de Padre. No desprecia á los que le injurian porque esto hubiera sido finiar el orgullo de los filósofos; no se contenta con guardar silencio en medio de las injurias más atroces, porque esto hubiera sido asemejarse al débil que no puede satisfacer su venganza: tampoco á impulsos de la justicia lanza un tremendo anatema contra sus perseguidores, porque en-

(1) O charitas admiranda, dum clavi manibus, dum lancea lateri, dum fel ori ad moveretur, et manus, et latera, et os agebant pro inimica! *Hil. de verbis.*

tonces no era tiempo de hacerles sentir su poder. ¿Se contentará solo, hermanos míos, con olvidar los ultrajes que de ellos ha recibido? "¡Ah, responde San Juan Crisóstomo! eso era muy poco para él, porque no quiere "que eso sea bastante para nosotros." Clama profundamente por su perdón, y no satisfecho con perdonarles el mismo, interpone sus méritos y excita la ternura del Supremo Juez para que les perdone. *Pater dimitte illis.*

Mas qué ¿el amor de Jesucristo se reduce á clamar por el perdón de sus enemigos? Sublime y generosa, por cierto, es esta ardiente plegaria; pero Jesús aun lleva más adelante su celo. Se diría que no quiere reconocerlos como culpables: que el amor tiende un velo impenetrable sobre tanto crimen; y aunque la ignorancia de los judíos era inexcusable, como dice San Pablo, se valió de ella para disminuir el horror de tan grande atentado. No solo clama por su perdón: los defiende, los excusa, los cubre delante de Dios; derrama sobre ellos las gracias más singulares y las más abundantes misericordias. "No considera, "dice San Agustín, que ellos eran la causa de que padeciese, atiende solo á que muere por ellos (1)." No, dice, no son culpables, ellos ignoran lo que han hecho, son unos ciegos dignos de lástima, y en vez de atraer sobre sí la justicia, son acreedores á la indulgencia y merecen la misericordia. No saben lo que hacen. *Nesciunt enim quid faciunt*

Ved aquí, católicos, confirmada con el ejemplo de que solo es capaz un Dios la doctrina del Evangelio. Ved aquí al verdadero Maestro escogiendo por sí la situación más terrible para desahogar con mayor fuerza los sentimientos de su amor; se diría que poseían á Jesucristo é interesaban exclusivamente sus enemigos: en este momento solemne no asoman á sus labios los nombres queridos de una madre tierna, de un discípulo predilecto; parece no

(1) Non enim attendebat quod ab ipsis patebatur, sed quis pro ipsi moriebatur. S. August.

acordarse de Pedro, fundamento inmóvil de sus promesas, príncipe de su reino espiritual en el mundo, depositario de su doctrina y de su poder, no se acuerda de sus discípulos, los que celebraron con él la última Pascua, tampoco piensa en los fieles que deja en Jerusalem. Todo su corazón está ocupado por los que se agolpan á herirle y darle muerte. No quiere que ninguno se pierda, su ley es de amor y el que nos ha mandado amar á nuestros enemigos, se empeña ardentemente en hacer bajar sobre los suyos, con un perdón absoluto y universal, todas las bendiciones de su Padre. *Pater, etc.*

Así es, hermanos míos, como Jesucristo desde la cruz da testimonio de su divinidad como Maestro. ¿A la vista de semejante modelo de caridad os diré hermanos míos: amemos á nuestros enemigos hasta morir, si es necesario, por ellos? ¡Ojalá y pudiera yo inspiraros tales sentimientos! Pero ahí nuestro poco valor nos aleja mucho de una imitación tan sublime. Ya, pues, que no me es permitido aspirar á tanto, me limitaré á deciros con San Juan Crisóstomo: "No tengamos envidia á los que nos aman, no abriguemos una malignidad secreta contra los que nos hacen el bien;" ya que no me es dado disponer vuestros pechos á la acción augusta de volver el bien por el mal, virtud maravillosa de que nos hallamos tan lejos, me contentaré con deciros siquiera: Renunciad á la venganza; no dejéis que el odio, este horrible precursor de tantos desastres, inflame vuestra cólera y desencadene el peso de la persecución contra vuestros hermanos. Abandonad esas prevenciones siniestras tan ingeniosas para revestir de un colorido culpable las acciones más inocentes y siempre alerta contra las exageraciones del amor propio, convertid á la mejor parte las acciones que pasan delante de vosotros: Siempre que una delicadeza que no pueda autorizar el Evangelio levante pensamientos de ira en vuestro corazón, huid rápidamente de vosotros mismos y en las alas de un amor divino volad al instante á la cumbre del Calvario, animad en vuestro espíritu la imagen de esta víctima Santa,

contemplad sus humillaciones, sus oprobios, su martirio, y escuchad al mismo tiempo aquellas palabras de paz: "¡Perdonales, oh Padre!"

¡Oh, si me fuera dado, hermanos míos, decir con aquella santa alegría que inspira el reinado de la virtud que mis deseos estaban satisfechos y unir aquí mis voces con las vuestras para entonar delante de la Cruz un canto de reconocimiento, por las dulces propensiones de un corazón exento de celo, de envidia, de aborrecimiento y de ira! Pero ¡oh Dios Eterno, qué puedo deciros yo cuando viéndolos clavado en esa cruz os veo hoy tal vez más ofendido que en los aciagos días de vuestra pasión! Entonces os injuriaban unos hombres que desconociendo vuestra misión augusta se resistieron á entrar en el número de vuestros discípulos; hoy os ofende un pueblo que ha recibido el beneficio de vuestra luz, que ha sido iniciado en vuestros altos misterios y que renunciando al mundo, al demonio y á la carne, os ha ofrecido en vuestras aras su misión á vuestra doctrina y obediencia á vuestra ley: entonces os maldecían fuera de los muros de Jerusalem, hoy os maldicen en el seno de la Iglesia Católica; entonces, finalmente, vuestro amor sin límites supo hallar causas para excusar aquel pueblo rebelde: pero ahora ¿qué excusa encontrará para nosotros? aquellos no sabían lo que hicieron ¿pero nosotros? ¡Oh dolor! Sabemos lo que hacemos, obramos con pleno conocimiento, sabemos que vuestra ley es divina, que vos sois el Verbo, el hijo de Dios y Dios mismo, que vinisteis á la tierra para hacer caer de nuestro cuello abatido el yugo que pesaba sobre nosotros por espacio de tantos siglos: que vuestra doctrina es santa, vuestra pasión un torrente de amor y nuestras costumbres un exceso de ingratitud. ¿Se abren, pues, hoy vuestros labios, hoy que sentado á la diestra de vuestro Padre esperais únicamente que haga rebosar el mundo la copa de su iniquidad para descender en un trono de gloria y pronunciar el hasta aquí que ha de poner término á cuanto existe? ¿Se abren hoy, repito,

vuestrós lábios, para reclamar en favor nuestro la gracia que pedisteis desde vuestra cruz para el pueblo que os daba la muerte? Yo no puedo, Señor, penetrar en el profundo secreto de vuestros juicios: sé muy bien que vuestra misericordia no tiene límites: que la gracia mana á torrentes donde más abunda el delito; pero sé también que jamás quedan impunes los abusos de vuestra misericordia, que tenéis término y medida puestas á vuestra gracia: que el delito abunda, la caridad se resfría, el misterio de la iniquidad se consume; que vuelan los siglos á vuestra presencia y que se aproxima á nosotros el tiempo de la ira, la fiesta solemne de vuestra justicia eterna, y el día tremendo en que anunciado del trueno, precedido de vuestra cruz victoriosa, sentado en medio de las doce tribus de Israel, no direis ya como el Calvario: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen:" sino "apartáos de mí, malditos, al fuego eterno."

Pero ¿qué, señores, no descubrimos aun en el mismo Calvario una imagen terrible de esta justicia eterna que ha de sorprender al mundo en el último de los días? Acordáos del réprobo infeliz que al lado mismo del Salvador sueñaba justamente á los golpes de la justicia humana y al poder de la justicia divina; que sube del crimen al cadalso y baja del cadalso á los abismos. Acordáos al mismo tiempo de aquel delincuente feliz que reconoce al Mesías en el seno de sus oprobios, que le proclama Dios en medio de sus dolores, y que poco atento al destino de su cuerpo se fija solo en la vida del espíritu, se humilla delante de su juez, implora su misericordia, ve brillar á sus ojos la luz de la inmortalidad, y junto con Jesucristo precede á los apóstoles en la entrada del paraíso.

SEGUNDA PARTE.

En este ejemplo, católicos, descubrimos á la vez los caracteres del verdadero arrepentimiento que llama á torrentes la gracia de Jesucristo y lo infructuoso de esta misma gracia para un corazón obstinado á sus dulces é inefables inspiraciones. Si al asignar estos caracteres notáreis, hermanos míos, que me detengo con cierta predilección particular en la ventura inexplicable del uno y paso con cierta rapidez sobre la desgracia del otro, recordad que la justicia de Dios brilla igualmente en el arrepentimiento que en la obstinación, en la recompensa que en el castigo, y que los cielos y el infierno, aunque con voces diferentes, proclaman sin cesar los atributos de la justicia eterna; pero recordad muy particularmente que cuando meditamos en el misterio de la cruz un ímán irresistible nos atrae á considerar el lado benigno de la justicia, y que si este signo sagrado ha de ser un día el anuncio de la reprobación para los unos y de felicidad para los otros, hoy es para todos un signo de esperanza y un estímulo poderoso para levantar nuestras voces al asilo de la misericordia.

Después de haber pedido Jesucristo el perdón de sus enemigos, uno de los compañeros de su suplicio, viendo sin duda en esta caridad sin límites un atributo que no pertenece al hombre, se sorprende con una luz desconocida que le muestra del modo más visible la divinidad del crucificado. Echa una ojeada sobre su suerte y no le parece ya tan infausta; se convence que es muy limitado el poder de los hombres, que la muerte solo es un tránsito y que tiene cerca de sí el poder supremo que puede elevarlo hasta la esfera de los ángeles y hacerlo vivir eter-

namente. Entra en el abismo de su conciencia, reconoce el fondo de su iniquidad, confiesa la justicia de sus padecimientos, proclama la inocencia del Mesías y con un atrevimiento humilde se adelanta á pedirle su parte en el perdón general que acaba de establecer. Entonces Jesucristo, á la vista de una contrición tan perfecta, de un arrepentimiento que todo lo ha purificado, de una correspondencia fidelísima á los fuertes impulsos de su gracia, deja salir de sus divinos labios estas palabras llenas de consuelo y de paz, estas palabras de ternura que salen de su corazón: "Hoy serás conmigo en el paraíso." *Hodie mecum eris in Paradiso.*

Pero ¿qué decís ¡oh Salvador mío! vuestro cuerpo colocado en la cruz, vuestros pies y vuestras manos atravesadas con los clavos y vos prometiendo el Paraíso? Si, nos responde, á fin de que sepais cuál es mi soberano poder aun en el momento en que estoy clavado en la cruz. Si, católicos, ved aquí un contraste que descubre altamente la fuerza de su poder. No resucitando aun muerto; no mandando á los vientos y á las tempestades; no haciendo huir á los demonios, no, sino al instante en que sus pies y sus manos están encadenados á la cruz en que espira, en el momento en que está agobiado de injurias y maldiciones, cubierto de salivas, cargado de oprobios y vilipendio, entonces es cuando ha podido cambiar el corazón perverso de un ladrón. ¿Cómo resplandece por todas partes su poder! Ha hecho cimbrar la naturaleza, ha hecho que las piedras se despedacen, y lo que es más admirable todavía, ha enternecido y cambiado el alma de un criminal todavía más dura que la piedra. "Hoy serás conmigo en el paraíso."

¿Pero qué? los querubines armados de una espada de fuego vigilan sobre las puertas del paraíso para impedir que nadie penetre allí, y ¿vos prometéis á un ladrón abrirle esas puertas? Si, porque yo soy el Señor de los querubines, yo soy aquel á cuya voz obedecen el infierno y sus llamas, yo soy el árbitro supremo de la vida y de

la muerte. Haced, pues, ¡oh Señor! vuestra voluntad. ¿Mas permitiréis que entre juntamente con vos un hombre como éste y vaya á manchar con su presencia la santidad de vuestro reino? ¿Irá sentado con vos mismo en vuestro carro de triunfo? El rey de los cielos sigue leyes muy diversas, católicos, que los reyes de la tierra; la pureza que vierte en el alma un sincero y generoso arrepentimiento, tiene á sus ojos tantos atractivos, tanta dignidad y nobleza, que nada reconoce más dulce que adornar con ella su trono. "Cuando había llamado á su real corte á todos los publicanos, dice San Juan Crisóstomo, nos hacía reconocer con esto mismo que podía cambiarlos y santificarlos de tal suerte, que llegasen á ser capaces de merecer los honores y recompensas soberanas. Semejante á un médico cuya habilidad nunca se anuncia con más admiración que cuando llega á destruir las enfermedades que parecían incurables (1)."

"Hoy serás conmigo en el paraíso." ¡Honor insigne! ¡Bondad inefable! ¡Exceso inaudito de misericordia! Y para colmo de ventura, católicos, este ladrón toma posesión de ella en compañía de su mismo Señor. Pero ¿qué ha hecho, me diréis, de extraordinario é inaudito este delincuente para merecer una recompensa tan alta? A esto responde San Juan Crisóstomo: "El primero de los apóstoles, Pedro, renegaba de Jesucristo en la casa del gran sacerdote; el ladrón le confiesa sobre la cruz, poniendo en oposición al uno con el otro; no es mi ánimo, no, no lo permita Dios; no es mi ánimo injuriar al primero, sino únicamente hacer más sensible la conducta verdaderamente magnánima del otro y admitir su profuanda sabiduría." Pedro se espanta y sucumbe á la voz de una simple sierva; el ladrón ve á todo un pueblo rabioso cercando la Cruz de Jesucristo, ultrajándole con

(1) Etenim cum publicanos et meretricios introducebat in regnum coelorum, non dedecori, sed honori in erat, ostendens hujusmodi esse dominum regni caelorum, qui meretricios et publicanos ita spectabiles faceret, ut digni viderentur tanti honoris et muneris. S. Joann. Crisost.

imprecaciones de rabia, con sarcasmos insolentes; y en vez de vacilar por la debilidad aparente del crucificado, se eleva con los ojos de la fe sobre las prevenciones al parecer más naturales, reconoce en Jesucristo en el seno de las humillaciones y de los oprobios, al Rey del cielo y de la tierra; y postrándose en espíritu á sus piés, le dice humildemente: "Acordaos de mí, Señor, cuando estéis en vuestro reino (1)."

Detengámonos un momento, católicos, en estas palabras. No nos avergoncemos, dice San Juan Crisostomo, de ir á la escuela, meditar estas palabras de un ladrón, porque él es el primero de todo el género humano, á quien se ha juzgado digno de entrar en el Paraíso, y porque es el gran modelo que Jesucristo ofrece al arrepentimiento (2). No le había dicho el Salvador, como á Pedro y Andrés: "Venid y yo (3) os haré pescadores de hombres." No le había dicho como á los demás apóstoles: "Vosotros (4) os habreis de sentar en doce tronos para juzgar á las doce tribus de Israel." No, Jesucristo no le había dirigido la palabra, ni podía contarle tampoco en el número de los testigos que habían presenciado sus milagros: no, él no había visto ni los muertos resucitados, ni los demonios despedidos, ni el mar obediente á sus órdenes; no había visto descender sobre el Tabor aquella luz de los cielos que circundando al Mesías, ba-

(1) Quando Petrus Discipulorum princeps negabat infra, tunc ille supra fixus in cruce confusus est. Et hoc non dixi animo reprimendi Petrum, absit; sed ut magnanimitatem latronis et excedentiam philosophandi rationem demonstrarem. Ille non talis simplici puella minus; hic totum populum insipientem, et assistentem et vociferantem, et infusum in crucifixum convitia facientem conspicit non vertit oculos ad injuriam crucifixi: sed fidei oculis omnia hæc prætercurrere, omnique indigna, et que impedimento esse poterat, persuasione abiecit, agnoscit eorum Dominum. San Joann. Crisost.

(2) Ne erubescamus magistrum habere hominem illum, qui ante totum humanum genus dignus est habitu conversatione paradisi. Singula igitur verba expendamus ut et hinc virtutem crucis discamus. S. Joann. Crisost.

(3) Venite et faciam vos piscatores hominum. Matth., c. IV, v. 19.

(4) Sedebitis super duodecim sedes, iudicantes duodecim tribus Israel. Matth., c. XIX, v. 28.

ñándolo con la luz purísima de su Padre, lo presentó á la faz del mundo con todos los arreos de su divinidad. No ve al rededor de sí más que aparatos de muerte, no ve más que la rabia en todas sus formas conjurada contra el inocente, no ve más que un hombre que sin estar cargado de sus crímenes iba á correr su misma suerte, á morir como él á mano de los verdugos; en vano echa una mirada sobre todo su cuerpo, porque solo ve en él huellas de sangre y el espectáculo del dolor. Tampoco llevaba al patíbulo un corazón dispuesto á condolerse de la inocencia perseguida: unióse, al contrario, con su compañero de crimen para insultar como el pueblo á Jesucristo (1). Pero ¡oh prodigio de gracia y de poder! No bien su compañero había dejado salir de sus labios el primer insulto (2), cuando él se transforma, y revisiéndose de una dignidad maravillosa, le dice: Y qué, ¿tú no tienes á Dios? (3) ¡Oh fuerza sorprendente de espíritu! Dueño de su valor, insensible á sus sufrimientos, se ocupa en la salud de su compañero, quiere desengañarle y le da lecciones sobre la cruz: qué, ¿tú no temes á Dios? Como si le dijera, hermanos míos: No te detengas en la sentencia que ha pronunciado un tribunal humano: no te precipites á juzgar simplemente por lo que pasa á tus ojos. Hay otro Juez invisible cuyo Tribunal soberanamente justo es tan inaccesible á las insinuaciones del artificio, como á los impulsos arrebatados de la violencia.

Nosotros, le dice, estamos cargados de delitos, y al subir al patíbulo no hacemos otra cosa que sufrir la pena que tenemos merecida (4). Admirad aquí, católicos, los

(1) Et qui cum eo crucifixi erant, convitiabantur ei. Marc., cap. XV, v. 32.

(2) Unus autem de his qui pendebant, latronibus, blasphemabat eum, dicens: Si tu es Christus, salvum fac teipsum et nos. S. Luc., cap. XXIII, v. 39.

(3) Respondens autem alter, increpabat eum, dicens: inque tu times Deum, quod in eadem damnatione est? Luc., cap. XXIII, v. 40.

(4) Nos quidem iusto, nam digna factis recipimus, hic verò nihil mali gessit. Luc., cap. XXIII, v. 41.

caractéres con que se muestra un verdadero arrepentimiento: desde que la virtud empieza á extender su dominio en el alma, se anuncia por la humildad más profunda; el hombre vuelve una mirada triste sobre la historia de sus iniquidades; y ésta sería que antes le había causado placeres tan fugitivos, empieza á verter á torrentes la hiel en el alma, es una carga insoportable que agobia las fuerzas del espíritu; el hombre se siente profundamente abrumado, y por un instinto feliz que el entendimiento no es capaz de explicar, hace un impulso generoso y coloca á los pies de Jesucristo este peso insupportable: abátase profundamente á su presencia; le ofrece el tributo de su dolor; levanta una voz suplicante; confiesa integralmente su pecado, y cree tener un título muy grande á la misericordia cuando deshecho en lágrimas exclama: "¡Señor, te he abierto mi corazón, te he revelado mis crímenes; no he querido, Señor, ocultarte mi iniquidad." *Delictum meum cognitum tibi feci et iniquitatem meam non abscondi.* ¡Título precioso! ¡Derecho augusto para volver á entrar en el goce de las prerogativas de un hijo! El primer efecto de una confesion tan sincera y de un desahogo tan puro, es esa dulce confianza con que nos atrevemos luego á pedir á nuestro Padre una ventura perfecta, la herencia que nos tiene prometida, la posesion de su reino celestial. Despues de haber reconocido profundamente nuestra miseria, despues de haber confesado nuestro delito, clamamos con la confianza de un hijo, lo mismo que el buen ladron. "Acuérdate, Señor, de mi cuando estés en tu reino (1)."

A la vista de un arrepentimiento tan sincero, de una confesion tan humilde, de una súplica tan llena de fe, ¿extrañáremos que Jesucristo haya prodigado á manos llenas los dones de su gracia sobre este generoso penitente? ¡Ah! no vino Jesucristo á la tierra sino á buscar estas conquistas, ni su corazón jamás experimentaba delicias

(1) Et dicebat ad Jesum: Domine, memento mei, cum veneris in regnum tuum. Luc., c. XXIII, v. 42.

más grandes que cuando un pecador arrepentido imploraba su misericordia, la sencilla (1) peticion de una mujer de Samaria le detiene sin comer (2) á la orilla de un pozo, y su conversion le satisfaca más que el alimento preparado por sus discipulos (3): la humilde réplica de una mujer de Canaán le hace obrar en los confines de Tiro (4) un prodigio de bondad. Pero ¿á qué fin buscar de nuevo los ejemplos en la historia de su vida, cuando en la misma cruz no cesa un instante de repetir los testimonios de su amor al arrepentimiento? Acaba de perdonar al buen ladron y sus labios se abren de nuevo para manifestar la sed que todavia lo devoraba: *Sitio*, tengo sed, sed ardiente de padecer por los pecadores; sed ardiente de recoger sus lágrimas, sed ardiente de perdonarlos.

Conviértese luego á su Madre para recomendarnos á todos como verdaderos hijos en la persona del Discipulo amado, *Mulier, ecce filius tuus*, y se convierte despues á nosotros, anima nuestra confianza, estrecha más los vinculos de nuestro amor dejándonos ya para morir el rico legado, el inestimable presente de la intercesion de Maria. Ved aquí sus palabras; aunque dichas á San Juan, se dirigieron á todo el género humano: *Eccce Mater tua*: "Ve ahí á tu Madre."

¿Quién hubiera sido capaz de concebir siquiera este exceso de amor, si un Dios Hombre no hubiera venido á inundar con él á todo el universo? ¿Qué dulces é inefabiles sentimientos no agitaban el corazón de Jesus en el instante en que un delincuente, á nombre de su divinidad y con los titulos de su arrepentimiento, le pide el Paraíso?

(1) Dicit ad eum mulier: Domine da mihi hanc aquam ut non sitiam. S. Joann., c. IV, v. 12.

(2) Interea rogabant eum discipuli, dicentes: Rabbi manduca. S. Joann., c. IV, v. 31.

(3) Ille autem dixit eis: Ego cibum habeo manducare quem vos nescitis. S. Joann., c. IV, v. 32.

(4) At illa respondit, et dixit illi: utique Domine, nana et castelli comedunt sub mensa de micis puerorum. Et ait illi: propter hunc sermonem vade, exiit Demonium á filia tua. S. Marc., c. VII, v. 28, 29.

¡Ah! el Salvador penetra en el fondo de aquella alma confundida y atormentada por el dolor de sus crímenes, ve que la gracia todo lo ha dispuesto ya, que la fe ha vertido toda su luz, que la esperanza se eleva hasta los cielos y que la caridad se exhala con suavidad inexplicable por los labios de aquel dichoso penitente. No se detiene, pues, antes bien se adelanta presuroso á otorgarle sin tasa ni límites la ventura suprema que le pedía. Si, le dice, tú has pedido con sinceridad, tu súplica ha sido escuchada; recibe, pues, el premio de tu arrepentimiento, el caro objeto de tu esperanza, la corona inmarcesible de tu amor; un momento no más, y vas á ofrecer á los ángeles el espectáculo de tu ventura, serás entre ellos colocado y gozarás conmigo una dicha consumada en un reino á donde no llega el poder de la muerte. "Hoy serás conmigo en el Paraíso."

¡Oh día grande, día solemne en que las puertas de los cielos se abren al hombre por la primera vez, despues de tantos siglos que habian estado cerradas por la culpa! ¡Dichoso una y mil veces tú, hombre predilecto, á quien fué dado recoger las primicias de la Redención! No muere aun Jesucristo y ya recibes de sus propios labios el dulce convite para acompañarlo aquel mismo día en su entrada al reino de los cielos. "Hoy serás conmigo en el Paraíso." *Hodie mecum eris in Paradiso.*

¡Qué dicha, católicos! ¡qué perspectiva tan grata para todos aquellos que fieles del todo á las inspiraciones de una gracia benéfica se apresuran á consagrar á Dios el resto de sus días, y á expiar con una sincera y fervorosa penitencia los extravíos de su juventud! ¡Oh, vosotras almas recogidas, que habéis venido aquí á buscar un asilo contra las funestas ilusiones del mundo; vosotras las que abrazadas con la Cruz del Salvador miráis en ella el arca única que os ha de salvar de las borrascas frecuentes, continuas y siempre furiosas de este mundo, felicitad conmigo á ese ilustre penitente, entona con él el himno de la gratitud celestial al Padre de las misericordias!

¿Y qué diré de vosotros, los que alternando siempre entre la virtud y los vicios, entre el arrepentimiento y el pecado, buscáis en la misericordia misiva que ha salvado á este delincuente, una salvaguardia contra las tremendas alarmas de una conciencia culpable y los justos temores de un castigo infalible? ¡Ay! Apartad vuestros ojos de ese objeto, no reconozcáis en él vuestra imagen, volvedlos á ese otro infeliz, que igualmente cerca que su compañero del padre de la gracia, de la fuente de agua viva, pone con su obstinacion el colmo á su iniquidad; y la misma boca que abre el Paraíso al penitente, en medio de su mismo silencio, le hace descender á los abismos. ¡Desdichado fin! ¡Terrible ejemplo para vosotros!

¿Pero dónde buscar, hermanos míos, las causas de una diferencia tan espantosa? ¿No es Jesucristo el Padre de la gracia; no acaba de pedir por todos sus enemigos; no ha derramado su sangre aun por los mismos que le crucificaron (1); no ha manifestado una sed ardiente de padecer por los hombres, de perdonarlos á todos y de hacerlos felices? ¿No está este criminal inmediato á la cruz que ha salvado al mundo? ¿No ha tenido la misma vida delincuente, las mismas pasiones agitadas, los mismos arraigados vicios que conducen al patíbulo á su compañero? ¿Por qué, pues, una suerte tan desigual, por qué un destino tan adverso? ¡Ah, católicos, admiremos con temor y con temblor el misterio de la justicia! La gracia que justifica al hombre es un don precioso á la verdad, pero que nada puede por sí mismo cuando el pecador le opone un corazón obstinado; Dios la derrama á torrentes por el mundo y todos vivimos por ella; pero sus efectos saludables suponen siempre la cooperacion eficaz del espíritu. Ella, semejante á una semilla fecunda, produce frutos de bendición en una tierra blanda y dispuesta; pero deja de florecer cuando el terreno es árido y se desprecia absolutamente el cultivo. Dios no debe esta gracia ni á

(1) Sanguis sic fusus est ut ipsam peccatorum ponet delero quo faxat est. 8. August.

Los ángeles ni á los hombres; pero su bondad es infinita y siempre la vierte en abundancia para que ninguno perezca. ¿Pero se recibe igualmente y del mismo modo un bien tan inestimable y precioso? ¡Ah, por un número pequeño que sabe elevarse hasta la altura de la fuente y aprovechar este precioso talento, hay un número mayor muy distinguido por dos caracteres espantosos: unos que la reciben con desden y otros que la arrojan de sí con menosprecio! A la primera clase pertenecen aquellas almas inconstantes y tibias que tan presto se abrazan de la cruz, como huyen precipitadas del Calvario; tan pronto riegan con lágrimas los altares, como se abandonan á las locas alegrías del mundo; tan pronto, finalmente, se presentan al tribunal de la penitencia y se alimentan con el pan de los vivos, como se lanzan con más furor á los deleites reprobados y al torbellino de las pasiones. El primer efecto de una alternativa tan monstruosa es la fría indiferencia con que se reciben las máximas santas de la moral, los misterios augustos de la religión, los temores y las esperanzas de la fe. ¡Indiferencia horrible! ¡Fatal sintoma! ¡Letargo funesto del corazón! Vano es entonces que la gracia derrame su influjo en el espíritu, se la recibe como un objeto diario que ya no despierta la atención, las saludables inspiraciones que sugiere no son más que pensamientos comunes y leves, y los clamores que de tiempo en tiempo levantan en el fondo de la conciencia, son golpes muy rápidos, muy pasajeros, que regularmente se quedan sin efecto: en una palabra, la gracia se presenta, pero es recibida con desden.

A la segunda clase pertenecen aquellos hijos desnaturalizados que se avergüenzan de su clara estirpe, que maldicen á su padre y abominan sus favores; aquellos hombres que, fastidiados ya de la tierna solicitud con que los busca siempre un padre amoroso, huyen de él para siempre y se esfuerzan por olvidar su nombre; aquellos hombres que abandonados á su propia corrupción se han empeñado en acallar la voz de la conciencia, se han rebe-

lado abiertamente contra la ley y abandonados á sí mismos han renunciado ya, no solamente á los documentos de la moral cristiana, sino á las esperanzas inmortales; en una palabra, aquellos hombres que no viendo la gracia sino como una carga importuna la arrojan de sí con orgulloso menosprecio.

¿Qué hará, pues, hermanos míos, el concurso de la gracia con un corazón obstinado y con una alma rebelde? No lo diré yo, no invocaré tampoco la autoridad de las Santas Escrituras ni el testimonio de los Padres, ¿qué necesidad tenemos de las palabras cuando hablan tan alto los ejemplos? Ved á ese infeliz para quien fueron del todo inútiles los piadosos estímulos de Jesucristo: ese infeliz que escuchó con la indiferencia del orgullo aquella voz saludable que había perdonado á los más encarnizados enemigos, ese infeliz que oyó fríamente las animadas exhortaciones que le dirigía su compañero de crimen, ese infeliz, en una palabra, que murió rebelde como había vivido. Fijaos en el Calvario, en este lugar donde Jesucristo, así como había querido abrir al arrepentimiento el asilo de la misericordia, quiso también ofrecer á la obstinación contra la gracia, el tribunal severo de su justicia, como dice San Leon, á fin de que en el mismo espectáculo del patíbulo se mostrase una imagen de aquella separación terrible que ha de hacer de los hombres en el día tremendo de su venganza, y que la fe del ladrón que creyó, fuese una figura de los que han de salvarse y la impiedad del ladrón blasfemo anunciase los que han de ser condenados (1).

Es de fe, hermanos míos, que la muerte de Jesucristo fué la primera escena del juicio universal del mundo, ó para hablar con más sencillez, fué el mismo juicio del

(1) Ut etiam in ipsa patibuli specie, monstraretur illa que in iudicio ipsius omnium hominum est facienda discretio: cum et salvandorum figuram fides credentis latronis exprimeret, et damnandorum formam blasphemantia impietas prænoteret. S. Leo.

mundo. *Nunc iudicium est mundi* (1). Por esto, hermanos míos, Dios por su providencia quiso que las mismas señales que han de preceder al juicio universal se manifestasen visible y distintamente en la muerte de Jesús, pues en el instante en que espiró, el sol, por un milagro digno de admiración y contra todas las leyes de la naturaleza, apareció eclipsado, la tierra, con un prodigioso temblor, se conmovió toda; los sepulcros se abrieron y los cuerpos de muchos santos que allí estaban sepultados y entregados al sueño de la muerte, resucitaron. Prodigios todos que el mismo Jesucristo había anunciado á sus discípulos cuando los instruí y preparaba para su última venida. Entonces, les decía, el sol se oscurecerá, la tierra temblará, todos los elementos estarán llenos de confusión, los muertos saldrán de sus sepulcros; y entonces se verá el hijo del hombre sentado sobre una nube con gran poder y majestad. No faltaba, pues, sino verlo sobre la nube que había de servirle de trono; ¿pero no se le vió sobre la cruz pronunciando sentencias de vida y de muerte contra los réprobos? ¿No se le vió convertir desde la cruz á los gentiles, reprobár á los judíos, salvar al Centurion, condenar á Júdas, asegurar el Paraíso á uno de los compañeros de su suplicio y dejar morir al otro en su obstinacion é impenitencia? “Por esto, dice San Agustín, Jesucristo, no obstante la oposicion de los judíos, quiso ser proclamado Rey en la Cruz. Cualidad que hasta entonces se le había disputado; pero entonces le fué concedida por derecho, porque allí fué donde empezó á ejercer las funciones de Juez, porque quien dice “Rey, dice Juez absoluto, Juez sin apelacion, Juez sin recurso. Observad, católicos, continúa el santo obispo de Hipona, observad que es Rey en el Calvario y Rey

(1) Inaisa, contemplando al Salvador enangrentado y desfigurado en la cruz, pone en su boca estas palabras: *Dies enim ultionis in corde meo. Dies Redemptiois meae, venite.* Sin separar, antes bien confundiendo estos dos días, el de la venganza y el de la Redencion, porque como explica San Agustín, no se ha vengado Dios sino en el instante en que el hombre ha sido redimido.

“en el Tabor en su última venida, porque en el Calvario fué donde usó por primera vez de la potestad de juzgar que le había dado su Padre, y en el Tabor es donde debe acabar el ejercicio de este poder.”

¡Oh inefable gloria de la pasion del Salvador! exclama el mismo papa San Leon. ¡Oh pasion misteriosa y adorable, que nos has hecho ver y aun experimentar anticipadamente el rigor del juicio que esperamos, la santidad del Señor á cuyo tribunal debemos comparecer, y el poder supremo de este Dios crucificado, que aun espirando, no dejaba de ser, segun San Pablo, el Dios vivo, en cuyas manos es terrible, pero infalible el haber de caer! (1)

Ved aquí, pues, católicos, como el poder de Jesucristo se anuncia de una manera muy terrible aun en medio de sus humillaciones; ved aquí una derecha y una izquierda, un premio y un castigo, un delincuente arrepentido que vuela de la cruz al Paraíso y un delincuente obstinado que se precipita desde la cruz á los infiernos. Así es como Jesucristo, aun en medio de la Cruz, da testimonio de su divinidad como Juez.

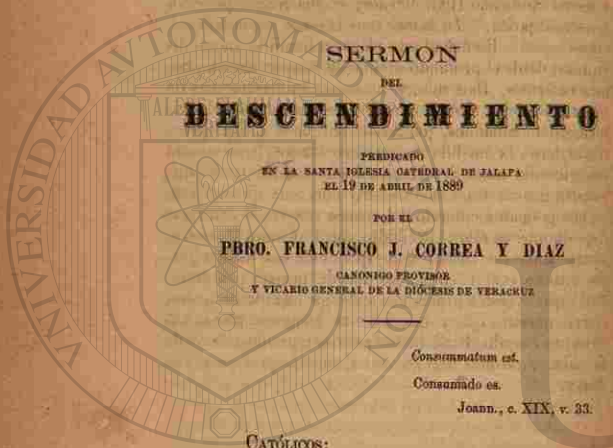
¡Oh Dios mío! Vos consumais en ese madero nuestra redencion; nosotros consumamos en la tierra nuestra infelicidad con nuestras ofensas. Vos moris por nosotros y nosotros nos esforzamos para alejarnos de nuestro corazón; perdonais á vuestros enemigos consumiendo así con un ejemplo divino la santidad de vuestra doctrina. Nosotros desencadenamos las pasiones más desastrosas y vehementes para recrear nuestra vista en la sangre de nuestros hermanos; no hay injuria pequeña para nosotros, el amor propio ha roto los diques, y la soberbia ha hecho temblar sus estandartes y amagado con la muerte á cuantos no le están sometidos. Vos perdonais á un ladrón que confiesa sus faltas y se arrepiente, y así consumais vues-

(1) O admirabilis potentia crucis! O ineffabilis passionis gloria in qua et tribunal Domini, et iudicium mundi, et potestas crucifixi! S. Leo.

tra mision de paz y de bondad, abriendo aun antes de morir las puertas del Paraiso; pero nosotros no conocemos jamás el precio del arrepentimiento; inútiles son los conatos de nuestro prójimo para desarmar nuestra furia, y el espectáculo de sus virtudes posteriores ofrece una luz demasiado opaca para distraer nuestra vista de las faltas pasadas que han tenido con nosotros, y ningún deseo más vehemente se levanta en nuestro corazon que el de consumir la venganza. Castigais á un rebelde consumando así la obra de vuestra justicia; pero un ejemplo tan terrible que os muestra como Juez inexorable, no basta para que despertemos de nuestro letargo, para que pongamos á vuestros piés el peso de nuestras iniquidades, para que digamos un adios eterno á los enemigos que combaten la virtud, para que reguemos con nuestras lágrimas ese madero sagrado y consumemos por fin la obra de nuestra conversion. Vos, Dios mio, acabais el gran sacrificio y lo anunciáis al mundo con una palabra sublime. *Consummatum est.* Alta y prodigiosa palabra que la naturaleza reveló con apresuramiento á toda la tierra: las piedras que se chocan y despedazan dicen que todo está consumado, el velo del templo que se rompe, los montes que se cimbran, las ciudades que se estremecen, los sepuleros que se abren, dicen que todo está consumado; todo está consumado, claman los cielos, todo está consumado, repiten los abismos y un luto universal de que se cubre toda la naturaleza, á ejemplo del primero de los astros, revelan á todos los países del mundo esta consumacion. Solo el hombre permanece vacilante, si no es que cerrando los ojos á la fe y el pecho á la esperanza, y haciendo rebosar la copa del delito, pronuncie de una vez aquella consumacion que arrastrará consigo cuanto existe al exterminio universal.

Peró ¿qué puede el hombre, ¡oh Dios mio! abandonado á sus propias fuerzas? ¿Qué es el hombre si Vos no le sostenéis, si no admitís la consagracion de su espíritu y lo recibis en vuestro seno para que no penetren á él los

tiros de sus enemigos? Permitid, pues, Señor, que desde este valle de lágrimas hagamos subir nosotros hasta el trono de vuestra misericordia estas palabras de eterno consuelo consagradas por vos mismo en los labios de vuestro Santísimo Hijo: "Señor, en tus manos ponemos nuestro espíritu." *In manus tuas Domine commendo spiritum meum.* Escuchad esta plegaria humilde que os dirigimos desde el profundo abismo de nuestra miseria. Somos enfermos, Dios mio, y seremos víctimas eternas de vuestra justicia, si no nos abris vuestras entrañas de misericordia. Sanadnos, ¡oh Señor! porque el mal ha penetrado hasta la médula de nuestros huesos; que vuestra misericordia mane á torrentes desde vuestro trono; que vuestra gracia transforme nuestro corazon; que vuestras manos pongan á cubierto del crimen nuestro espíritu que depositamos en ellas. Recibidlo, ¡oh Dios mio! Que no se aparte jamás de vuestro seno; que desde este asilo sagrado veámos correr en paz los dias de nuestra peregrinacion; que vuestra gracia nos sostenga cuando la muerte cierre nuestros ojos y que vuestra bienaventuranza nos aguarde cuando abandonemos para siempre las riberas de la vida. *In manus tuas Domine commendo spiritum meum.*
AMEN.



SERMON
DEL
DESCENDIMIENTO

PREDICADO
EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE JALAPA
EL 19 DE ABRIL DE 1889

POR EL
PBRO. FRANCISCO J. CORREA Y DIAZ

CANONIGO PROVINCIAL
Y VICARIO GENERAL DE LA DIÓCESIS DE YERACRUZ

Consummatum est.
Consumado es.
Joann., c. XIX, v. 33.

CATÓLICOS:

Todo se ha consumado: las predicciones de los profetas; las dulces esperanzas de los justos que habian acabado el término de su vida en gracia del Señor; todo lo que el amor infinito de un Dios podia prometer; todo lo que el corazon insaciable del hombre podia desear; todo se ha consumado: el verdadero Abraham es el que sacrifica al heredero de las promesas; el verdadero Isaac es el que lleva la leña al sacrificio sobre la montaña donde debe ser inmolado; la serpiente de bronce se ha levantado para curar las enfermedades de Israel. Desaparezcan som-

bras y figuras, porque ha llegado la realidad; el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, habia prometido á nuestros padres una generacion más numerosa todavía que las estrellas del cielo y las arenas de la mar; Jesucristo vino á realizar y producir esta generacion: el Señor habia prometido á Jacob que no saldria el cetro de su casa hasta que viniera el deseado de las naciones: ya ha venido este Mesias, Belem fué el testigo de su nacimiento, la fama de sus milagros resuena por todas partes, y el Calvario es hoy testigo de su muerte: el primer hombre ofendió por sí y por su posteridad á la Justicia Divina; y ni la sangre de los becerros, ni la multitud de hostias que se ofrecian en Jerusalem, podian desarmar la cólera de un Dios irritado; era, por lo mismo, indispensable otra víctima de valor infinito. Jesucristo ha venido á ofrecerse; ya está preparado el holocausto; el sacrificador descarga el golpe; la Víctima espira y la justicia del Señor queda vengada.

Este importante sacrificio es el que debe llamar nuestra atencion en esta lúgubre solemnidad. Rómpace ese velo que oculta al Santo de los Santos, y veremos que en ese afrentoso suplicio, Jesucristo, muriendo por nosotros, ha venido á sacarnos del estado infeliz de perdicion y de muerte en que habiamos caído por el pecado de un hombre solo. Pero entre los muchos objetos que se presentan á esta adorable Víctima en el tremendo instante de su sacrificio, los más notables son: la injuria hecha á Dios por el pecado del hombre, la cual cree indispensable reparar; la llaga hecha al hombre por la culpa que era preciso curar; y el triunfo del infierno por el mismo pecado, que era necesario contener.

Vais á ver cómo Jesucristo repara estas faltas con el sacrificio que con admirable paciencia consume sobre el Calvario; y hé aquí el objeto principal de mi discurso.

¡Cruz santa! ¡Cruz adorable! Tú fuiste en otro tiempo materia de escándalo para el orgulloso judío; pero hoy eres para nosotros el testimonio más brillante de la sabi-

duria de nuestro Dios; tú tienes sobre tí al Legislador de la nueva alianza; tú, ¡oh Cruz preciosa! eres el trofeo insigne de nuestra redención; por tanto, te saludamos con la Iglesia nuestra tierna y querida madre. ¡Oh Cruz.....

Consummatum est.

Jesucristo, nuevo Isaac, lleva sobre sus lastimados hombros el pesado madero de su sacrificio, y mientras su corazón vuela delante de los tormentos, su cuerpo abátese bajo el peso enorme de la cruz. Esta cruz tan pesada que tanto debilita y fatiga al Dios fuerte y poderoso por excelencia, es porque carga y toma sobre sus hombros todos los pecados de los hombres. ¿Ya veis, pecadores, cuánto le cuesta á nuestro Dios esa delicadeza, ese orgullo, ese lujo, esa sensualidad de que está lleno vuestro corazón? Así, cuando Jesucristo vió que una grande multitud de pueblo y de mujeres lo compadecían y lo lloraban, volviéndose á ellos les dijo: "Hijos míos, hijas de Jerusalem, no lloréis sobre mí, antes bien hacedlo sobre vosotros y sobre vuestros hijos." Pero ¿qué es, católicos, lo que veis en el camino del Calvario? Al más hermoso de los hijos de los hombres desfigurado por los golpes y tormentos; antes bien mirad á lo interior de vuestra conciencia y vereis en él esa alma criada á imagen y semejanza de Dios, desfigurada por el pecado; en él vereis esa túnica de la inocencia lavada en otro tiempo con la sangre del Cordero, y ahora llena de mil y mil vergonzosas manchas; éste es el espectáculo que debe muy particularmente excitar vuestra ternura y hacer brotar á raudales vuestros lágrimas. Pero ¿qué es lo que escucháis en el camino del Calvario? Las blasfemias de unos soldados impíos,

los clamores de un pueblo sedicioso, que con horribles gritos pide la muerte de un Hombre justo é inocente. Mas, entrad dentro de vosotros mismos, dentro de vuestros corazones, y reconoceréis que los desórdenes vergonzosos ocasionados por las pasiones que reinan en ellos, que los remordimientos crueles que los atormentan, y los gritos de una delincuente conciencia, piden con más justo título vuestra sangre y lágrimas para purificaros de vuestros pecados.

En fin, ¿qué objeto os representa el lugar del Calvario? ¡Ah! el aparato de un suplicio el más infame y los instrumentos de la venganza más cruel; pero otro espectáculo os llama desde vuestro interior y os dice, que ahí encontraréis al delincuente, á quien debéis castigar, y al crimen que exige vuestra venganza. ¿Acaso porque Jesucristo no se queja, le concedemos tan sólo el estéril tributo de algunas lágrimas? Esto sería dar á Dios la compasión que no rehusamos á cualquiera de los miserables que se llevan al suplicio: Jesucristo sobre el Calvario da nuevos ejemplos de paciencia, y nuestros pecados son los que lo crucifican. El Hijo de la promesa llega, en fin, á la montaña destinada al sacrificio: no pregunta dónde está el holocausto, porque sabe que los sacrificios de los animales han venido á ser abominables á los ojos del Señor, y que su justicia exige una víctima de más alto precio; por tanto, entrega sus pies y manos á los verdugos, déjase tender sin resistencia alguna sobre la cruz que es el altar de su amor.

En efecto, católicos, ni los clavos que lo atraviesan, ni los dolores de un cuerpo lleno ya de tormentos, ni el furor de los verdugos y ministros que lo cercan, sácaale una sola expresión de queja y de murmuración; al contrario, su boca permanece entonces muda, y para defenderse comienza á pronunciar palabras de paz para sus enemigos; estas expresiones no son sino ruegos y súplicas en favor de los pecadores y promesas para toda la Iglesia. ¡Padre mio, exclama desde la cruz, perdónalos que no

saben lo que hacen! Los decretos desconocidos de vuestra justicia, los motivos de mi obediencia, el velo espeso que cubra sus ojos, son la causa de mi muerte, perdonalos porque ignoran la enormidad de su delito.

Uno de aquellos ladrones que estaban á su lado lo injuriaba, diciendo: "A otros hizo salvos, sálvese á sí mismo si este es el Cristo, el escogido de Dios (1)." El otro, reconociendo y confesando su divinidad, le decía: "Señor, acuérdate de mí cuando estuyeres en tu reino."

Pecadores que me escucháis, si para poner en acción vuestra indiferencia y ablandar la dureza de nuestro corazón nos vemos algunas veces en la necesidad de recordar los juicios de Dios, hoy hablamos tan solo de misericordia, de gracia y de clemencia: acerquémonos, por tanto, llenos de confianza al trono de su bondad. ¿Por ventura habiendo asegurado á sus apóstoles que cuando fuere levantado sobre la cruz atraería á sí á toda criatura, os desechará á vosotros? En verdad te digo, dijo Jesucristo al buen ladrón, que hoy serás conmigo en el Paraíso. Pero Jesús distingue al pié de la cruz los dos principales objetos de su amor y ternura: una Madre querida á quien siempre fué obediente, y un discípulo escogido entre todos los otros que siempre le fué fiel. ¡Cuántos cristianos carecen de fuerza y valor para tener, en su última hora, á la vista semejantes obstáculos! El amor mismo que les profesa turba y llena de amargura á su alma, porque el hombre cuanto más cercano está á dejar los bienes que posee, tanto más los ama y estréchase con ellos.

Queremos que en los últimos momentos de nuestra vida no molesten ni turben nuestro espíritu los cuidados y bienes temporales? Fijemos los ojos en Jesucristo: al respirar en la cruz no ve en su Madre y en su discípulo sino los instrumentos de la consumación de la obra que su Padre le había confiado; en el discípulo que tan tiernamente ama, ve á todos los hombres para encomendarlos en su

(1) Luc., cap. XXIII, v. 35 et seq.

cabeza, diciendo: Mujer, hé ahí á tu hijo; y en María ve una madre llena de ternura para que sea la medianera de todos los hombres, y así dice al discípulo: Hé ahí á tu madre (1). Jesucristo no piensa tanto en sus tormentos como en nuestras miserias; no son sus dolores, sino que nuestros males son los que quiere remediar sobre la cruz.

Así, pues, no debéis admiraros de que tantas veces, y casi siempre, os presentemos el misterio de la cruz: no hay virtud alguna sino por la cruz: no hay otro mérito que el que se saca de los tormentos de un Dios: no hay otro refugio que el que se busca en sus llagas, ni otra esperanza que la que se funda en su sacrificio. Jesucristo había padecido mucho durante su vida, porque toda ella fué un tejido de penas, trabajos y humillaciones; empero no parecen de mérito alguno mientras no se ha consumado su sacrificio. Una sola gota de su sangre bastaba para rescatar al mundo entero; pero vierte muchas de ella al filo del cuchillo doloroso de la Circuncisión, y la derrama con abundancia en su agonía. Una sola gota de sus lágrimas era más que suficiente para apagar el fuego de nuestras pasiones y el del infierno, y Jerusalem, más de una vez, había sido el objeto de su llanto y de sus lágrimas.

Sin embargo, los multiplicados tormentos de este sacrificio continuo no bastan para satisfacer su amor, preciso es que se exponga sobre un infame suplicio y pague nuestras deudas; y á medida que se multiplican los pecados y que los hombres se fortifican más en ellos, tantos más dolores y tormentos quiere padecer el Divino Redentor.

La ofensa es infinita, debe serlo, por consiguiente, la reparación: el hombre lo concede todo á sus pasiones, y Jesucristo entrega todo su cuerpo á los suplicios; levantado sobre la Cruz, no se le oye ni una palabra que respire la

(1) Joann., c. XIX, v. 26 et 27.

menor queja, y sin embargo, nuestros pecados son los que le quitan la vida. Entre tanto que padece, solo pide que se le alivie la sed que le devora: nosotros, si somos elocuentes, pintamos nuestras penas con colores capaces de excitar la compasion de nuestros oyentes. ¿Y Jesucristo habrá dicho demasiado cuando dice que tiene sed? Ciertamente ¡oh pecadores! si en esta ocasion está sediento nuestro Divino Salvador, es porque tiene sed de nuestra salvacion; y si en estos dias de misericordia endureceis vuestros corazones, le vareis clamar de la misma manera: Sed tengo (1); esto fué lo que dijo á la Samaritana á la orilla del pozo de Jacob, y ella con pronta docilidad supo apagar el ardor que le devoraba. A vosotros, católicos, os grita ahora desde lo alto de la cruz, y quizá á este mismo instante con vergonzosa resistencia imitais la dureza de esos hombres, que para saciar su sed, le dan hiel y vinagre (2).

A este improprio é insulto siguen las más horrosas blasfemias: los unos, moviendo la cabeza, le decian: ¡Ah! tú que derribas el templo de Dios, y en tres dias lo reedificas, sálvate á tí mismo; y si eres el verdadero Hijo de Dios, desciende de la Cruz (3). Uno de los ladrones le improperaba tambien diciendo: "Si tú eres el Cristo, sálvate á tí mismo y á nosotros (4)." Todos le piden milagros, pero ninguno les será concedido; porque Jesucristo, al espirar en la cruz, es un prodigio que la naturaleza no puede ver sin horror. Todo se ha consumado, exclama Jesus: el culto judáico se ha destruido, la antigua alianza ya no subsiste, Moysés y los profetas callan, y el más santo Legislador viene á dar las más justas leyes; la plenitud de los tiempos ha llegado, un pueblo nuevo sucede al antiguo en la posesion de la clemencia; la muralla que

- (1) Joann., c. XIX, v. 28.
 (2) Matth., c. XXVII, v. 48.
 (3) Marc., c. XV, v. 29, et 30.
 (4) Luc., c. XXIII, v. 39.

dividia al judío del gentil, ya está destruida; nosotros somos restablecidos en los derechos de que la Justicia de Dios habia despojado á nuestros padres; este es el copiosísimo fruto de sus tormentos: todo se ha consumado, dijo Jesus, dando un grito que hizo estremecer al universo; inclina la cabeza y espira sumergido en el más profundo silencio; pero silencio el más elocuente, mil veces más elocuente que todos los razonamientos de la humana sabiduría.

Ved, católicos, el gran misterio que la Iglesia celebra, cubierta de luto en estos dias: ved el importante objeto que hoy llama la atencion de tantos fieles en nuestros templos. Pero ¿cuáles son los frutos que esperais sacar de tan dolorosa escena? Habiéis venido á contemplar el eterno espectáculo de la pasion de Jesucristo; tambien los judíos vieron realmente en otro tiempo lo que ahora veis en figura, y no obstante, la dureza de su corazón no se ablandó. ¿Venís á excitar vuestros sentimientos y lágrimas en la trágica historia de las humillaciones de nuestro Divino Salvador? Este mismo Señor habló en otro tiempo desde la Cruz, y sin embargo, todo Israel permaneció duro é insensible á la voz de sus palabras y milagros.

Pero acercaos ya, Varones justos y piadosos; acercaos á María, informadla de vuestros designios, no os sorprendais al contemplar á esa angustiada Señora; es la Noemi de la ley de gracia, aunque veais que el Omnipotente la ha llenado de amarguras; es el Arca de Noé, aunque la veais naufragando en un mar de dolores; es Débora valiente, quien para salir victoriosa en esta tan sangrienta batalla, asiste con el valeroso Jesus en el Calvario. Ella os ruega que trateis con veneracion y respeto á ese despedazado y sangriento cuerpo. Adorad ese monte, subidlo, no temais penetrar á esa cima; sus peñascos son incultos, sus piedras duras, sus caminos difíciles y su eminencia inaccesible; pero con la sangre inocente de Jesus se ha liquidado como la cera en presencia del calor:

ese monte es el lugar del Calvario donde ha muerto el Rey de los judíos: es la ingénuo confesion que han hecho estos sin entenderlo, y lo han fijado en lo alto de la Cruz, con el título de Jesus Nazareno, Rey de los Judíos. ¡Quitad, hombres piadosos, ese título!

Tú, infiel Israel, miraste en la Cruz ese título como motivo de risa y de burla; te pareció que con él quedaba el Hijo de María tñ burlado como David cuando lo tuvo por fátuo el rey Achías, ó como Sanson cuando le sacaron los ojos y lo destinaron á los oficios más viles: pero te engañaste, tú mismo diste en esas palabras un auténtico testimonio de que ese difunto perseguido era el Salvador del mundo, que le quitabas la vida por envidia y que era tu legítimo Rey: presentadlo á María, piadosos Varones, para que advierta que vive su José á quien lloramos, y que la malicia de los crímenes de Israel solo ha servido para que todos los pueblos y naciones reconozcan su poder, su dominio y su divinidad.

Pero ¡qué vision me ofrece el Calvario! Una corona de punzantes espinas que traspasen las sienas de un Dios ya difunto. ¡Oh corona de espinas! ¿Cómo no te trasladaste á la cabeza del impío Achab, que consagró sus hijos al demonio, que levantó ídolos y abandonó al Dios de Israel? Este sí que era el digno de que esa corona hiriese el orgullo de sus pensamientos, y no el que es la santidad por esencia, á quien con esas punzantes espinas le ha coronado la ingrata Sinagoga. Presentad esa corona á esa alligidísima Señora, pero ¿cómo la encontraréis, Madre mía? ¿cómo podreis verla sin que os arranque el alma de dolor? No obstante, entregádsela, porque puesta en sus manos, dice San Agustín, cada espina despiada á nuestros corazones saetas de amor y de misericordia. Aguardad, santos Varones, ¿qué golpes son esos tan desapiadados? ¿ignorais que manda Dios que al Cordero no se le quebranten los huesos? ¿no veis presente á esa Madre, y que es forzoso que formen eco en su corazón? Pero sacad ya esos clavos para que caigan esas manos, que si fueron

clavadas para ofrecer el sacrificio vespertino, como dice David, ya está su Eterno Padre satisfecho. ¡Oh clavos preciosos que nos abristeis las puertas del Paraíso que nos cerró el pecado! ¡Oh manos dislocadas, pero poderosas! Vosotras librateis á Noé del diluvio, á Lot de las llamas é incendio de Sodoma, y á Daniel del lago de los Leones; manos de misericordia que tocasteis al corazón de David; que convertisteis á la Magdalena, y que ahora mismo derramáis á raudales bondades y gracias sobre los pecadores. Sacad, por último, esos clavos de los piés de ese mansísimo Cordero; no es razon que estén por más tiempo aprisionadas esas plantas que tantos pasos dieron por nuestra salud.

Y vosotros, pecadores, que correis á vuestra perdicion con tan acelerados pasos, ¿hasta cuándo dejareis de caminar por las extraviadas sendas del mundo, donde bebéis á grandes tragos el agua de esas cisternas disipadas que no son capaces de saciar vuestro corazón? Ahí tenéis, Señora afligidísima, esas tres lanzas con que fué traspasado vuestro hermosísimo Absalón; ahí tenéis esos duros clavos. Os dice María, pecadores, ellos son los que han hecho estremecer el Calvario, humear la sangre de los piés y manos de mi Hijo y vuestro Salvador: ingratos pecadores, rompeis mi pecho, y sois los hijos de mi luto y amargura.

Llevad, Varones justos, llevad á María ese cuerpo divino, ¡qué afectos tan tiernos y amorosos despedanzarian su triste y delicado corazón! Mira una y mil veces las llagas de su amado, lo estrecha entre sus brazos, lo besa y se tiñe con su sangre helada. Agópanse entonces á su alma bendita los copiosos é inconsolables llantos de Raquel, los tristes desconuelos de Agar, las amargas penas de David y las abundantes lágrimas de la madre de Samuel. ¡Qué deshecha tormenta y qué enfurecidos vientos la acometen y la destrózan sin encontrar consuelo alguno! Apartad ya, hombres compasivos, de la vista de María ese objeto de penas y tormentos; presentadlo á ese in-

grato pueblo, quien con sus pecados ha maltratado el adorable cuerpo del muy querido Hijo de María.

Pecadores, ¿tendréis corazón para verlo? ¿No os consterna ese espectáculo tan sangriento y tan digno de compasión? ¿No bastará ponerlos á la vista y muerto ya al Unigénito del Padre para que retrocedais de vuestros delitos? Acercaos, mirad heridas cruelmente esas plantas que han pasado, como otro Moisés, el mar amargo de los tormentos, y que nos han abierto un camino franco para el cielo: mirad ese pecho divino tan amante como despedajado; mirad ese hermosísimo rostro que resplandecía en el Tabor como el sol, oscurecido y cubierto de polvo y sangre: mostrad al pueblo, hombres piadosos y justos, esas espaldas heridas y despedazadas: ved, pob. pueblo! ved lo que tus pecados han hecho; tú has herido esa boca y traspasado esas sagradas manos y piés. Lloremos, por tanto, sobre nuestro Redentor difunto y acompañémole á la tumba para sepultarnos con El; esta gracia os pedimos, adorable Jesús, en nombre de esa sangre preciosa que hoy sobre nosotros os habéis dignado derramar, pues solo lavados con ella podremos participar de vuestra gloria.—**ASI SEA.**

SERMON PREDICADO

EN LA SOLEMNE FUNCION

DEL SEÑOR DE LAS ANGUSTIAS

DE RINCON DE ROMOS

EL 21 DE NOVIEMBRE DE 1875

POR EL

PBRO. JOSE MARIA PORTUGAL

ACTUAL OBISPO DE SINALOA

Jesus Christus heri, et hodie ipse et in secula.

Jesucristo el mismo que ayer, es hoy, y lo será eternamente.

Heb., XIII, 8.

SEÑORES:

Las sombras y la luz. Hé aquí el amoroso pensamiento de Dios hacia nosotros, que corresponde admirablemente en la revelacion de su divina economia al paso de la humanidad sobre la tierra. La regeneracion y salvacion del mundo por Nuestro Señor Jesucristo. En efecto, cuando las tinieblas, saliendo del abismo, se extendieron por todas partes, amortiguaron el hermoso disco del sol de la verdad; entonces apenas llegaban á los hombres sus pálidos y vacilantes reflejos que se perdian en la inmensa

oscuridad: *Diminuta sunt veritates à filiis hominum* (1). Pero la luz sin cesar batallaba por destruir las tinieblas, y llegada la plenitud de los tiempos, estas se retiraron al confín del horizonte; y cuando se consume el triunfo de la luz, descenderán al abismo, de donde en mala hora salieran para ruina de la humanidad. Notad esta divina economía. La antigua ley, nos dice el gran Apóstol (2), tiene la sombra de los bienes venideros, no la misma imagen de las cosas. A nuestros padres todo les acontecía en figura, todos estuvieron bajo la nube, y pasaron el mar y fueron bautizados en Moysés y en el mar, y comieron una misma vianda espiritual, y bebieron una misma bebida espiritual, porque bebían de una piedra espiritual que los iba siguiendo; y la piedra era Cristo (3). Sigamos.

Habló Dios muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo á nuestros padres por los profetas; últimamente nos ha hablado por medio de su Hijo, á quien constituyó heredero universal de todas las cosas, por quien crió también los siglos (4).

En este tiempo (5) ha derramado con abundancia sobre nosotros las riquezas de su gracia, colmándonos de toda sabiduría y prudencia, para hacernos conocer el misterio de su voluntad, por el cual se propuso restaurar en Cristo, cumplidos los tiempos, todas las cosas de los cielos y las de la tierra. Ese misterio (6), escondido á los siglos y generaciones pasadas, ha sido revelado á sus santos, á quienes ha querido Dios hacer patentes las riquezas de la gloria y de este arcano, que no es otra cosa que Cristo, esperanza de vuestra gloria.

Avancemos. Nosotros, dice San Pablo en otra parte (7),

(1) Ps. II, 2.

(2) Heb., X, 1.

(3) I Cor., X, 1, 4.

(4) Heb., I, 1, 3.

(5) Ephes., I, 8, 10.

(6) Colos., I, 26, 27.

(7) II Cor., III, 18.

contemplando á cara descubierta, como en un espejo, la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen de Jesucristo, avanzando de claridad en claridad, como iluminados por el espíritu del Señor.

Hé aquí la encantadora economía del divino pensamiento que se deja entrever desde las sombras, en los símbolos y figuras que lo envuelven como en un velo trasparente, hasta la fusión de una claridad en otra. Por lo mismo: Jesucristo el mismo que ayer, es hoy; y lo será eternamente.

Hé aquí, pues, la verdadera gloria y la grandeza de la humanidad; y acomodándonos á nuestras ideas y lenguaje de actualidad: Nuestro verdadero progreso. Lo he dicho: El conocimiento y la imitación de Jesucristo crucificado, es el verdadero progreso de la humanidad. Para que mis palabras os sean de provecho, implorad conmigo el auxilio divino por los ruegos omnipotentes (1) de la inmaculada y hermosa María, Nuestra Madre muy querida, á quien saludamos.—**AVE MARIA.**

Jesus Christus, etc.

Antes de marchar directamente al objeto que os tengo propuesto, es preciso quitar la broza que obstruye el paso. Avanzar no es progresar; si así fuera, sería necesario y constante el progreso, como resultado de la condición de la vida humana que descubre, sin cesar, nuevos y variados horizontes, y que no puede pararse en el camino.

(1) S. German. Orat. 3. De dorm. B. Virg. y S. Alfonso. Glorias, c. VI. SERMONES.—TOM. II.—56.

Progresar es perfeccionar la enseñanza tradicional, es arrancar nuevos secretos á la ciencia, disipar las sombras que velan á nuestras miradas la luz pura y hermosa de la verdad.

Es, por lo mismo, el progreso, el humilde reconocimiento, la más solemne protesta de uno de los dogmas de nuestra fe, que más rudamente han combatido los enemigos de la verdad: ese dogma es la caída original, así como la negación del progreso en Dios es el testimonio de su perfección infinita. Solo Dios infinitamente perfecto no progresa, porque es la fuente sin término y sin principio de la luz y de la vida. Es la verdad.

El hombre caído, imperfecto, degradado, tiende hácia el progreso, donde se encuentra la fuerza, la perfección y la grandeza.

Siempre de lo dicho, que no todas las sendas que ha seguido la humanidad son las del progreso: hé aquí, pues, su verdadero cometido: buscar incesantemente esa senda, toca á la inteligencia del hombre esta misión. ¿Cuál es la senda del progreso? Ante nosotros se presentan dos, enteramente diversas, contrarias; y sin embargo, en ambas encontramos el nombre del progreso, la fe y la razón. Hablo de esa razón, que impaciente y orgullosa, se niega á recibir toda enseñanza que no venga de su propia luz, ó que exceda el nivel de su comprensión mezquina.

¿Por cuál de esas sendas debe marchar la humanidad hácia el progreso? La resolución práctica de esa cuestión ha dividido al mundo en creyente y racionalista. Nosotros, que nos gloriamos de pertenecer al mundo creyente, sostenemos que la fe es la única senda del progreso. Ved cómo descendemos á demostrarlo.

La inteligencia es la verdadera grandeza del hombre, que le distingue de los brutos que carecen de razón: por lo mismo á ella debe referirse el más sublime y positivo progreso de la humanidad. Pues ved: la verdad es, no solamente el progreso, sino la vida y alimento de la inteligencia. Es, por tanto, necesario contestar á estas pre-

guntas: ¿Es la verdad la fe? ¿Es la razón la verdad? Contestamos: Dios es la verdad por esencia, y la luz que se desprende de su trono ilumina la frente del hombre que dice: CREO. De otra manera: Dios es la luz por esencia que eternamente engendra en su seno la verdad; y la verdad, al comunicarse á nosotros, obliga á decir también: CREO. Así es que, resistiendo el imperio de la verdad, no hay luz; lo mismo que, cerrando los ojos á la luz, no hay verdad. Es, pues, la verdad, la fe.

El creyente alza sus ojos, y ve la luz de los cielos, y acepta rendido la verdad: nada más racional, nos dice San Pablo: *Rationabile obsequium* (1). La aceptación de una verdad nos obliga á recibirlas todas, porque ella es siempre unisona en sus manifestaciones sucesivas, y es invariable y eterna.

Decimos lo mismo la idea primordial del progreso. En el punto de partida no conocemos las verdades cuya revelación conseguiremos: pero rechazarlas de antemano, nos haría estacionar indefinidamente en el camino: la fe en su conocimiento es lo único que alienta nuestros pasos. Si no la hay, ¿á dónde vamos? ¿Quién, por otra parte, en un camino peligroso se acompaña y entrega en manos de un conductor de quien recibe? En el camino del progreso confiamos, pues, en la fe que nos conduce. Es por lo mismo necesario al hombre de progreso, ser creyente.

El racionalista, el hombre que no cree, baja sus ojos del cielo y busca la luz y la verdad en sí mismo: ceguedad inconcebible, pero real. La verdad que no nace de un principio eterno, no es verdad; y la luz que no se derrama de ese foco indeficiente, no es luz. Y el hombre que es de ayer, decía en otro tiempo un sábio en el Oriente, nacido de mujer, está lleno de miseria: es una flor que se abre y se marchita en solo un día, y va cambiando sin cesar (1).

(1) Rom., XII, 1.

(2) Job, XIV, 1.

No es, pues, ciertamente, en el sentido del hombre que no cree, la razón la verdad: no es el progreso, cuya única fe es la verdad: no es el progreso, cuya única senda es la fe.

Una vez que el conocimiento de la verdad es el progreso, y la fe el camino de la verdad, podemos preguntar: ¿por ventura habrémos de seguir á cualquiera que nos tome de la mano? ¡Solemne insensatez! Por esto los libros santos nos dicen con el acento de la más pura verdad: Probad los espíritus si vienen de Dios, ó no (1), porque Dios es la fuente de la verdad, y todo lo que no sale de esa fuente, es error, es tiniebla, es negación de todo progreso.

Una vez llegados á este punto, examinemos un hecho, por cierto el más culminante en la historia de la humanidad: el apareamiento del Cristianismo. Antes de él, y después también, en la senda que no baña con su luz, una es la doctrina y sistema de progreso, la negación ó por lo ménos el olvido del mundo invisible en sus relaciones con el destino presente y ulterior del hombre, y la consagración del mismo á los placeres de la vida animal.

El divino fundador del cristianismo ha enseñado una doctrina y un progreso enteramente contrarios, y en su enseñanza ha dicho: "Yo soy el camino. Nadie viene al Padre sino por mí (2). Yo soy la verdad. Yo salí del Padre y vine al mundo: de nuevo dejo el mundo y voy al Padre (3). Yo soy la vida, y añade: La vida eterna es conocer al Dios verdadero y á Jesucristo su enviado (4)."

Al considerar el primero de estos sistemas, el racionalista, encontramos al hombre inexplicable sin Dios, profundizamos un abismo cuyas tinieblas se palpan, y donde es imposible penetrar la luz: y al sentir la acción constante de una inteligencia y de un poder irresistibles en

- (1) I Joan., IV, 1.
 (2) Joan., XIV, 6.
 (3) Joan., XVI, 28.
 (4) Joan., XVII, 3.

el orden y los destinos del mundo, y al arrojar siquiera una mirada de honor y dignidad á la más noble parte de nuestro ser, quedamos convencidos de que el sistema que venimos examinando, no es el progreso; porque en él no aparece la verdad, ni brilla la hermosura de su luz, y es, además, rechazado por la conciencia de toda alma bien nacida, que siempre aspira á la luz y á la verdad.

Es por lo mismo necesario á todo hombre de progreso, abandonar esa senda: fuera de ella no se encuentra sino el cristianismo. Si hay, pues, en el mundo progreso, el progreso es esencialmente cristiano. Hé aquí donde el hombre debe venir á buscar la inspiración, la luz, la fuerza: en la ciencia sublime del cristianismo, en el conocimiento de Jesucristo.

¿Cuál es la noción del progreso verdaderamente cristiano? Preguntémoslo á su divino autor: su ejemplo y doctrina nos responderán. De antemano, la venida del gran Libertador del universo hallábase anunciada como la marcha solemne y gloriosa de un gigante que comienza su carrera, y cuya salida es en lo más elevado de los cielos; viaja por el mundo, y va á descansar en el seno del Señor (1). También la esposa santa lo contemplará semejante al gamo y al cervatillo que pone su ligera planta sobre los montes y collados, y á quien dice se eleve hácia los montes eternos de Sion (2).

Quando en la plenitud de los tiempos, Dios inclinó los cielos y descendió, no hizo en su vida mortal sino cumplir los anuncios de los profetas. Al aparecer Dios en la tierra, dice San Bernardo, y ser visto entre los hombres, ¿por ventura se paró? *numquid stetit?* De Él está escrito: pasó derramando en sus sendas beneficios: y desde las primeras páginas del Evangelio hallamos que Jesús crecía en edad, en sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres (3). Hé aquí lo que nos dice su doctrina:

- (1) Sal. XVIII, 6, 7.
 (2) Can. II, 19, VIII, 14.
 (3) Epist., CCLIII.—Luc., II, 40.

Cuando Jesucristo Nuestro Señor mandaba á sus discípulos á la conversion del mundo, les decía: "Id, enseñad á todas las naciones, enseñándoles todas las cosas que os he mandado (1)." Todas estas cosas mandadas por el Señor, se hallan comprendidas en el sublime precepto del amor.

El ejemplo de Jesucristo Nuestro Señor, nos da un progreso de sabiduría y gracia: *proficiebat sapientia et gratia*: su doctrina da lo mismo; manifiesta la verdad y cumplir la ley: *docentes servare*.

Para que comprendamos el profundo conocimiento del corazón del hombre que entraña el progreso cristiano, reflexionemos que en todos los sistemas se ha tenido por principio inconcuso, que el error y el crimen son las fuentes corrompidas que inundan al mundo en miserias y en desgracias, y se ha convenido también de que el único remedio de error es la verdad, como lo es del crimen la justicia. Pues ved ahora aparecer el progreso cristiano, trayendo escritas en su glorioso estandarte estas palabras: "Verdad y Justicia." En efecto, Jesús ha dicho á sus apóstoles: "Bautizad las naciones en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" ¿Qué nos revela ese baño mandado á todos los hombres, sino la corrupción espantosa en que el mundo se hallaba sepultado? Pero el bautismo se confiere bajo la fórmula sagrada que asegura la unidad de Dios en su naturaleza y la trinidad en las personas. El gran error del mundo era la negación de esa divina unidad, el politeísmo; su gran crimen la idolatría. Y Jesucristo intima más clara y terminantemente que jamás lo hubiera sido, el reconocimiento de esa gran verdad y el cumplimiento de esa gran justicia. Pero todavía no era esto suficiente para reparar los grandes males causados en la humanidad por el error y el crimen. Ultrajada la justicia del Señor, era indispensable el castigo del hombre; pero no se buscaba un castigo que aniquilase, sino que pudiera traer la salvación:

(1) Matt., XXVIII, 19, 20.

aquí el progreso cristiano se nos presenta admirable, en la profunda sabiduría de sus conceptos y amorosamente consolador en sus revelaciones. Para lograr la reparación del mundo, nos ha dicho, debe inmolarse á la justicia eterna una víctima cuyos méritos é inocencia sean infinitos y soberanamente agradables á los ojos del Señor: que selle con su sangre una alianza de perdón y gracia: que pueda rasgar el terrible decreto de condenación, fulminado contra el hombre por el pecado. Y todo esto lo ha realizado el divino Fundador del cristianismo. Oigamos lo que sobre esto nos dice el gran Apóstol: "El testamento no tiene fuerza sino por la muerte; por esto ni el primero fué celebrado sin sangre, así Cristo fué inmolado para agotar los pecados de muchos. . . . Es imposible que con sangre de toros se quiten los pecados, por lo cual entrando al mundo dice: Tú no has querido sacrificio ni ofrenda; mas á mí me has apropiado un cuerpo: holocaustos por el pecado no te han agradado. Entonces dije: héme aquí que vengo para cumplir ¡oh Dios! tu voluntad; por esta voluntad somos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo hecha una vez sola (1). En otra parte dicen también el mismo Apóstol: sepultados con Jesucristo en el bautismo, habeis resucitado con él por la fe que tenéis del poder de Dios: quien ha borrado la cédula del decreto fulminado contra nosotros, que nos era contrario quitándola de enmedio y clavándola en la cruz. Y en los días de su vida mortal Jesucristo (2) ofreciendo plegarias y súplicas con gran clamor y lágrimas á aquel que podía salvarle de la muerte, fué oído en vista de su reverencia; y así, consumado su sacrificio, fué hecho autor de la salud eterna para todos los que le obedecen. Por estas últimas palabras conocéis que en el progreso cristiano hay una condición esencial, necesaria á todos aquellos que le han de obtener: la obediencia al

(1) Heb., X, 17.—28. X, 5.—10.

(2) Heb., V, 7.

autor de la eterna salud del hombre; ¿cuál es la razón de esto? porque la obediencia es la única que puede renunciar a la enseñanza sagrada del cristianismo (1). Mas su divino fundador ha sido exaltado y lleva un nombre admirable y glorioso sobre todo nombre como insigne galardón de su obediencia (2), y la corona que ciñe la frente de los cristianos ha de brillar con los reflejos que destalla ese nombre sagrado (3), porque, en fin, á los que Dios conoció en su presencia predestinó para que se hiciesen conformes á la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos (4).

De aquí es que al abrir Jesucristo el camino del progreso, si marcha al frente, no va, sin embargo, solo; y el mundo que le sigue, ha de marchar forzosamente sobre sus huellas. Ha ido por delante, decía el príncipe de los Apóstoles, para que sigamos sus pisadas (5). Por esto comprenderéis, por una parte, la elevación del progreso cristiano, en el que podemos decir como San Juan: Tenemos union, y nuestra union es con el Padre y con su Hijo Jesucristo (6); y por otra, esta union no puede realizarse sino mediante la imitación de Jesucristo. Hé aquí lo más difícil, pero sin embargo, lo más necesario en el progreso cristiano. Largo camino es resta que andar, dijo un ángel á Elias (7).

Era sin provecho, nos dice San Bernardo el triunfo de Jesucristo, permaneciendo vosotros sin seguirla ni renunciar la soberbia (8), y San Agustín habia llegado á decir tambien, que el magisterio sublime de Jesucristo venia á realizarse cumplidamente por sus discípulos. Esto es por lo que respecta á la obra del Señor; por lo que á nos-

(1) Joann., X, 27.—Matt. XVIII, 17.

(2) Phil., II, 8, 9.

(3) Apoc., VII, 14.

(4) Rom., VIII, 29.

(5) I. Petri, II, 21.

(6) I. Joann., I, 3.

(7) III. Reg., XIX, 7.

(8) Hom. II, super Misas.

otros toca, ved lo que San Pablo nos dice hablando de Adán y de Jesucristo.

El primer hombre es el terreno formado de la tierra; y el segundo hombre es el celestial que viene del cielo. Así como el primer hombre ha sido terreno, han sido tambien terrenos sus hijos; y así como es celestial el segundo hombre, son tambien celestiales sus hijos. Segun esto, así como hemos llevado grabada la imagen del hombre terreno, llevamos tambien la imagen del hombre celestial. Porque la carne y sangre no pueden poseer el reino de Dios; ni la corrupcion poseerá la herencia incorruptible.

Para animarnos á esto, Jesucristo debia probar todas las amarguras y dolores del corazon humano. Y así sucedió, nos dice el Apóstol: Tenemos un pontífice que penetró hasta lo más alto del cielo, y que se compadecerá de nosotros habiendo experimentado todas las tentaciones y debilidades, excepto el pecado (1). Despues de esto, justísimo es que San Pablo nos estreche, diciendo: Es hora de despertar..... Dejemos las obras de tinieblas y revisemos de las armas de la luz; andemos con decencia: Revestidos de Nuestro Señor Jesucristo; y no busqueis contentar vuestra sensualidad (2).

Para continuar, notemos la gran ventaja que lleva á todos los demás el progreso cristiano: su luz se derrama en la sociedad y penetra tambien el corazon del individuo: su voz se deja oír de todos y habla tambien á cada uno de nosotros; sus atenciones son como las del pastor que cuida las ovejas del rebaño, y trae amoroso en sus hombros la extraviada. Vedlo.

Llevamos en el alma dos grandes heridas: la soberbia y la corrupcion. Para curar la primera, ha dicho el divino Fundador del cristianismo: "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon (3);" y para demostrarlo, dice San Pablo, se humilló á sí mismo hasta la

(1) Hebr., IV, 14.

(2) Rom. XIII, 11.

(3) Math., XI, 29.

muerte, y muerte de cruz (1). Para lo segundo, presentaba á sus mismos enemigos la inocencia de su vida incomparable: ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? (2).

Ved, pues, la profunda subiduría de la enseñanza cristiana. La soberbia, esa agitación tormentosa del espíritu, que nos impele y arrastra á conseguir la preferencia, la alabanza sobre nuestros hermanos, es un sentimiento contrario enteramente al progreso, porque engendra y alimenta la reaciosora envidia que niega ó mancha el mérito ajeno; que concentrándose en su interés individual, en nada tiene el adelanto de la sociedad; que divide en vez de unir, y siembra el odio, gérmen fecundo, en desgracia y miseria. La soberbia en nada ha sido combatida en el progreso anticristiano. De aquí el aborto ó la paralización de los mejores pensamientos. De aquí tambien el desfallecimiento ó el despecho que se precipita sin reflexion en las grandes empresas. Hé aquí á estas tristes rémoras del progreso, el más oportuno remedio: La humildad cristiana: porque ella inspira una generosidad y aliento sobrehumanos, ella es el único pedestal sobre que eleva sus glorias la magnanimidad. ¿Queréis un ejemplo? Vedlo en San Pablo. La humildad le inspira el sentimiento de su impotencia: Soy, nos dice, como un abortivo, el menor de los apóstoles: no merezco ser llamado Apóstol, porque he perseguido la Iglesia de Dios: nada soy (3). Al expresarse así, no creais que lleva una alma apocada y miserable: es todo un hombre de progreso. Contemplad sus empresas, sus trabajos, su generosidad y su valor, y os convenceréis: su mision es convertir el mundo á Jesucristo; y vedlo apedreado, azotado, encadenado, naufrago, y despues de esto exclamar: Deseo ser objeto de maldicion por la salud de mis hermanos (4). Y

(1) Phil., II, 8.

(2) Joana, VIII, 46.

(3) I Cor., XV, 8.—II, Cor., XII, 11.

(4) Rom., IX, 3.

revelando la firmeza incontrastable de su magnánimo corazón, decir: Nadie es capaz de separarme del amor de Jesucristo (1).

Si la humildad cristiana inspira toda grandeza y lleva á feliz término tan grandes acciones; si ella, en fin, sabe formar los verdaderos héroes, es porque ha sabido buscar la fuerza en su único é indeficiente principio: Nuestra suficiencia viene de Dios. Todo lo puedo en el que me conforta. Dios nos ha dado victoria por la virtud de Nuestro Señor Jesucristo (2). Ved aquí, por lo mismo, la ceguedad y triste insensatez de todo progreso anticristiano.

Restanos decir una palabra sobre la corrupcion del alma por las pasiones, en cuanto deba ser atendida en el progreso cristiano.

La corrupcion es, hemos dicho, otro obstáculo al progreso: por esto el Divino Salvador le opone su mortificacion y su cruz.

¿Qué encantadoras se dejan contemplar desde este punto de vista, las austeridades, las privaciones, y todo ese noble y hermoso cortejo de prácticas y severas prescripciones, que así embellecen la penitencia cristiana! Verdaderamente son, segun el lenguaje de San Pablo, una gloria que inunda el alma en consuelo; nada importa que lleven el nombre que se quiera. ¿Se llaman cruces? Mi gloria, dice San Pablo, es la cruz de Jesucristo (3), cuyo amor ha hecho que yo encuentre tormento y afliccion en los placeres del mundo, y consuelo únicamente en su cruz. ¿Se llaman tentaciones? En ellas me he de gloriar tambien para que more en mí la virtud del Cristo (4). ¿Se llaman, en fin, tribulaciones? Ellas, nos dice el mismo Apóstol, no nos hacen desmayar: son breves y ligeras, y producen por otra parte el ciego peso

(1) Rom., VIII, 39.

(2) II, Cor., III, 5. Phil., IV, 13. I Cor., XV, 57.

(3) Gal., VI, 14.

(4) II Cor., XII, 9.

de una sublime é incomparable gloria (1). ¿En qué punto ó en cuál de las enseñanzas cristianas, no halláremos elevacion y grandeza para la inteligencia, y para el corazon tiernísimos consuelos?

Fuera del progreso cristiano, el hombre muellamente reclinado en lecho de flores, envuelto en una atmósfera de placer y encanto, halagado por voluptuosas pasiones, se siente desfallecido, se enervan sus mejores facultades: cifrase su gloria en el grosero placer de los sentidos: la elevacion de sus miras no trasciende el horizonte, por cierto bien mezquino, de su precaria existencia: su corazón no se alimenta con la dulce esperanza del cristianismo; ni se siente capaz de elevar hasta el cielo en amorosa plegaria, las terribles congojas que lo devoran: se vuelve un insensato, según el lenguaje de San Pablo, un animal, un hombre bestia, cuya triste estupidez llega hasta no saber si tiene una alma inmortal. Hé aquí la profunda miseria y degradacion incalculables, á donde descende el hombre que busca y sigue el progreso fuera de las sendas que baña la luz pura de la verdad cristiana. Así lo demuestra día por día la experiencia, en el fin desgraciado de los grandes hombres del mundo, en los pueblos más civilizados de Europa, que mueren desconociendo á Dios ó negándose á sí mismos. Hé aquí las tristes glorias que recoge el hombre en su ignominia como frutos de ese progreso bastardo, que no hace sino hundirlo cada vez más en un abismo de infamia y vergüenza.

Todo lo que habeis oído nos manifiesta que la verdadera grandeza, el progreso real y positivo del mundo, hállase cifrado en la verdad y la justicia: que el divino fundador del cristianismo es quien ha enseñado la verdad y ha establecido el imperio de la justicia; que por lo mismo el conocerle, es la ciencia de la vida: imitarle, la realidad del progreso. Por esto, pues, con razon San Pablo ponía toda su ciencia en Jesucristo y Jesucristo crucifi-

(1) II Cor., IV, 16, 17.

cado, y ¿por qué así? Porque en Jesus crucificado se encuentra la divina atraccion del progreso. "Al ser levantado en la cruz atraeré todas las cosas hácia mí," había dicho el Salvador del mundo; y su palabra se ha cumplido (1): porque Jesucristo en la cruz cura las heridas de nuestra alma, el error y el crimen; y la salud y la vida que buscamos, llevan nuestras miradas y afectos al Señor: al conocerle, hallamos en su Majestad las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios: al imitarle, poseemos la verdadera y preciosa margarita de que nos habla el Evangelio: descubrimos el tesoro oculto en la profunda sencillez de su doctrina, impenetrable á los soberbios y despreciada de los hombres corrompidos, y cuyo conocimiento obligó al divino Redentor á exclamar: "Yo te alabo ¡oh Padre! Señor del cielo y la tierra, porque ocultastes estas cosas á los soberbios y las revelastes á los humildes (2)," y á San Pablo: El hombre animal no percibe las cosas de Dios (3).

Hoy, por lo mismo que venis á rendir vuestras adoraciones al divino Salvador del mundo en su sagrada imagen de las Angustias, recordando sus ignominias, sus tormentos, su muerte y su cruz, que nos han obtenido la esperanza, la vida, la salud y todos los bienes; ved cuánta grandeza y hermosura, y cuán verdadera ciencia de progreso se encierra en los actos consoladores y sublimes del culto católico; y con cuánta razon se os puede decir, mostrándoos al divino crucificado, no solo como vuestro Dios y Redentor, sino como el único verdadero progreso del mundo, lo que decía San Pablo: Por esto doblé mis rodillas ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, el cual es el principio y la cabeza de la gran familia que está en el cielo y sobre la tierra, para que según las riquezas de su gloria, os conceda por medio de su Espíritu ser fortalecidos en virtud en el hombre interior, y que Cristo habite en vuestros corazones por la fe, para que

(1) Joan., X, II, 32.

(2) Luc., X, 21.

(3) I. Cor., II, 14.

podais comprender con todos los santos la dilatación y longitud, la elevación y profundidad de la ciencia de Dios, y conocer el amor de Cristo que sobrepaja todo conocimiento (1).

¶ Oid también estas otras palabras del mismo Apóstol, que encierran las ideas más verdaderas y sublimes del verdadero progreso: Sed un cuerpo y un espíritu, así como fuisteis llamados á una misma esperanza de vocación: á cada uno se ha dado la gracia según la medida de la donación de Jesucristo, á fin de que trabajen en la perfección de los Santos, en las funciones de su ministerio, en la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos á la unidad de una misma fe y de un conocimiento del Hijo de Dios, al estado de varón perfecto, á la medida de la perfecta edad, según Cristo, para no ser ya niños fluctuantes, ni nos dejemos llevar de todos los vientos de las opiniones humanas por la malignidad de los hombres que engañan con astucia para introducir el error. Antes bien, siguiendo la verdad del Evangelio, con amor crezcamos en Cristo, que es nuestra cabeza. No vivais como los gentiles que proceden según la vanidad de sus pensamientos, teniendo oscurecido de tinieblas el entendimiento, que no viven según Dios por la ignorancia y ceguera de su corazón, los cuales sin esperanza se entregan á la disolución y á toda suerte de impurezas. Esto no habéis vosotros aprendido en la escuela de Jesucristo: habéis aprendido á despojarnos del hombre viejo que se corrompe por las pasiones. Renovaos en el espíritu de vuestra mente, revestíos del hombre nuevo, criado conforme á la imagen de Jesucristo en justicia y santidad verdadera (2).

¶ Hé aquí la verdad y la justicia, leyes eternas é invariables del progreso, abriendo la marcha triunfal del progreso cristiano, y coronando hermosamente su glorioso término.

(1) Ephes., III, 14.—19.
(2) Ephes., IV, 4, 7, 12.—24.

No me resta después de esto, sino deciros con el mismo Apóstol: Tengamos confianza de entrar en el cielo por la Sangre de Cristo con la cual nos abrió un camino nuevo y de vida; hé aquí el camino del verdadero progreso, para entrar por el velo, esto es, por su carne, y teniendo así mismo al gran sacerdote Jesucristo sobre la casa de Dios; lleguémonos á él con sincero corazón, con plena fe, purificados los corazones de la mala conciencia, mantengamos firme la esperanza que hemos confesado, pongamos los ojos los unos en los otros para estimularnos en la caridad y buenas obras; alentémonos mientras se acerca el último día de los tiempos (1). Corramos al combate que nos es propuesto poniendo los ojos en Jesús, autor y consumador de la fe, el cual, en vista del gozo que le estaba preparado, sufrió la cruz menospreciando la ignominia, y ahora está sentado en el trono de Dios (2). Corramos de tal manera que alcancemos la corona de la gloria:

SIC CURRITE, UT COMPREHENDATIS (3).

(1) Heb., X, 10.—26.
(2) Heb., XII, 1.—2.
(3) I. Cor., IX, 24.

SERMON

DE
LAS LLAGAS DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

(DE AUTOR ANÓNIMO)

Ostendit eis manus et latus, gavisus sunt discipuli.

Les mostró las manos y el costado, y se gozaron los discípulos viendo al Señor.

Joan, XX, in cap. XX.

Y por fin, tristes pensamientos míos, ¿cuándo pondréis término á mi padecer? ¿Cuándo, por piedad, dejareis de atormentar á mi pobre alma con la incertidumbre de su futura, feliz ó desgraciada suerte? No contentos con tenerla envuelta entre las sombras de una tenebrosa noche, la agitáis y la combatis también en desecha tempestad; y la levantáis hasta lo alto, asegurándole que Dios misericordioso la salvará; y la deprimis hasta lo sumo diciéndole que sus pecados la precipitarán hasta el hondo abismo; y la infeliz afligida alma mía no sabe á que onda tener por amiga, ni á cual tener como contraria. Creo que justamente la atormentáis; porque ¿quién no teme y tiem-

bla á la consideracion de esta sola pregunta: ¿me salvaré? Pero alma mía, reposa y descansa en el seno de una tranquila calma, pues con un puerto se te presenta donde tu puedas abrigar. *Ostendit eis manus et latus*; y hé aquí el puerto; hé aquí la tierra firme donde puedas poner el pié con seguridad y recobrarte; las llagas de Jesucristo y su divino costado. Porque, ciertamente, ¿con qué fin tuvo Jesucristo en su glorioso cuerpo sus santísimas llagas? No con otro sino con el de manifestarlas á los ojos de su Eterno Padre, para manifestárselas á sí mismo y para manifestarlas á los ojos de los pecadores. Manifestándolas á los ojos del Eterno Padre, aplaca su ira; manifestándolas á sí mismo recuerda su mediación, y manifestándolas á los ojos de los pecadores, aviva su confianza. Y aplacada por medio de las sacratísimas llagas de Jesus la cólera del Padre; y por las mismas excitada en Jesus su compasion para con los pobres pecadores; y avivada en los pecadores la confianza, ¿cómo puede ser que mi alma no se tranquilice y que mi corazon no se dilate con aquella alegría que dilató y llenó de gozo el de los discípulos, cuando viendo resucitado á su Maestro les manifestó sus llagas? *Ostendit eis manus et latus, gavisus sunt discipuli*. Si la incertidumbre, pues, de tu salvacion te atormenta, alma mía, sírvate de consuelo en el exceso de tu consideracion, que Jesucristo, allá en el cielo, aparece lagado de piés y manos y con el costado abierto. Imploremos la gracia del Espiritu Santo por medio de Maria para poder decir algo, de lo que son las sacratísimas llagas de Jesucristo para con el Eterno Padre, para con el mismo Jesucristo y para con los pobres pecadores. Saludemos, pues, á Marin con el Angel.

La paz, la tranquilidad, el reposo eterno y perpétuo que reina allá en los cielos, nadie más podría turbarlo;

ni nadie más podría conmoveerlo ni alterarlo, que el grande Gigante, el atrevido incircunscrito del pecado mortal. Si el mismo Dios fuera capaz de conmoveerse ó por la indignacion, ó por la ira, nada lo conmoveería más, nada lo alteraría más, ni nada lo heriría más que la presencia de este áspid venenoso, de este fiero basilisco, al que una sola mirada le bastó para convertir en negros tizonas á las más nobles criaturas, y cargar de cadenas á la más noble raza que descender pudiera del jardin del Eden. Es el pecado mortal la más atroz injuria que hace el hombre á Dios, á quien vuelve desdeñoso las espaldas para abrazarse de la vil asquerosidad de las criaturas: es un atentado tan horrendo, que si Dios, por la sublimidad infinita de su ser inalterable, no estuviese como está, colocado en un grado tan alto de perfeccion, que no puede recibir daño, se lo haría, se lo causaría el pecador pecando, y lo heriría con mortal herida, si el arco perverso de su voluntad pudiese dirigir tan alto sus mortales dardos. Porque así como el amor que una alma tiene á Dios es de tal naturaleza, que si Dios no fuera perfectamente dichoso y bienaventurado, la alma con su fervor lo haría bienaventurado y dichoso; así, y no de otra manera, es tanta la malignidad del pecado, tan torva es su mirada y su veneno tan sutil, que si Dios pudiese perder todos los bienes de que es dueño absoluto, y la misma vida, el pecado le quitaría la vida y con ella todos los bienes.

No tenemos que dudarle, señores. Si Dios estuviera sujeto á las pasiones de ira y de indignacion, el pecado sobre toda otra cosa, sería el más propio y el único que lo alteraría, como que es el único que inmediatamente se dirige contra él. *Maquam suam ostendit, et contra omnipotentem roboratus est.* Y ¿qué sería de nosotros que tantos y tan enormes y con tanta malicia cometemos al día? ¿Y cómo lo podríamos aplacar? ¿Y cómo quitaríamos de sus manos el arco para que no arrojase sobre nosotros sus saetas, y sus saetas encendidas? Pero gracias infinitas

sean dadas ahora y siempre á las llagas sacratísimas de Jesucristo, en las que tenemos un escudo con que podemos defendernos, y las que ha conservado el mismo Jesucristo para mostrarlas al Padre, con el fin de quitarle de las manos los rayos con que justamente nos debía castigar su mano justiciera.

En efecto: aun en el cuerpo de Jesucristo no aparecían esas gloriosas señales; pero no solo, ni aun el Hijo Eterno del Padre aparecía cubierto de esta piel del pecador, y ya la memoria sola de ellas suspendía el movimiento del brazo vengador. Si, en lo más terrible de su ira, cuando el horno de su furor atizado por tanto ultraje de los hijos de Adán, extendía sus llamas como queriendo devorar toda la tierra, se acordaba de ésta su misericordia que le había prometido al género humano, y en el momento se aplacaba. ¿Y cuál era esta misericordia? No otra que Jesucristo. Si, al recordar á Jesucristo que con su carne había de limpiar nuestra carne, luego se aplacaba, y repentinamente un iris de paz y de serenidad circundaba el terrible majestuoso trono, que no podía ni debía sino despedir rayos de ira, furor y venganza en contra de todos los hijos de Adán.

Y si esto era allá miles de años antes que Jesucristo apareciera en esta tierra de maldicion..... y si esto era allá miles de años antes que este Hombre Dios, obediente á la palabra de un verdugo, se tendiese sobre la cruz, extendiese los brazos y pusiese sus manos y pies para que fuesen clavados, ¿qué será hoy? ¿Qué será hoy que ya vino, que apareció en traje de pecador, que padeció, murió, resucitó, subió á los cielos y sentado á la diestra de su Padre le manifiesta sus llagas? La sola memoria de todo esto cubria su trono de un hermosísimo iris de paz, ¿qué será su realidad? Firmemente creo, señores, que en virtud de estas sacratísimas llagas, y aunque he pecado con pecado muy grande, me salvo de las penas del infierno; y creo firmemente que á la hora de mi muerte, yo mismo y con mis propios ojos he de ver á mi Dios Sal-

vador, y por toda una eternidad he de gozar de su presencia. ¿Y por qué es tanta mi confianza? Porque Jesucristo conserva en la presencia de su Eterno Padre sus sacratísimas llagas. Y así como yo espero salvarme, espero se salvarán todos los pecadores por las llagas de Nuestro Señor Jesucristo.

En efecto, fué acusado Antipatro Idumeo ante Herodes, de un grave delito: ya iba á sufrir la última pena; y con tanta severidad, que la mediación de las personas más respetables y caracterizadas nada pudo conseguir del príncipe, ni nada todas las súplicas y recomendaciones de todos sus amigos. Pero visto esto por Antipatro, lleno de la confianza que le inspiraba su valor, tomó la resolución de presentarse el mismo delante de Herodes, y desnudándose delante de él, le manifestó las heridas con que había sido señalado en la guerra por sostener la gloria de su imperio. "César, le dijo, yo no vengo á tu presencia á defender con embustes y con palabras estudiadas mi causa; basten estas heridas, que por sostener sobre tu cabeza la corona, saqué, presentando en la guerra el pecho desnudo; hablen ellas á mi favor; basta que dirijas á ellas una mirada para que entiendas bien su modo, pero elocuente lenguaje; y para aplacar en tí esa cólera, que ha encendido en tu corazón el delito de que estoy acusado: *Ista vulnera que suscepí pro te, loquantur pro me.*" Hé aquí nuestro caso, mis amados oyentes: no uno, sino innumerables son los delitos que nos constituyen reos ante el tribunal divino: haciendas dilapidadas, iglesias profanadas, prójimos aborrecidos y sacramentos despreciados. El Eterno Padre, para satisfacer los ultrajados derechos de su justicia, ya está para disparar el dardo, para fulminar la fatal sentencia de nuestra condenación. Verdad es que se han interpuesto para alcanzar el perdón, los piadosos sacerdotes, que con voz triste entonan cánticos de penitencia entre el atrio y el altar; y los santos nuestros abogados, que ya seguros de su salvación, viven solícitos de la nuestra. Pero por más que así co-

mo del incienso y de las víctimas se levanta el religioso humo, así se eleven hasta el trono divino sus oraciones y súplicas, el Eterno Padre siempre sigue enojado en contra de nosotros, porque la nube de nuestros pecados que se interpone á sus oraciones es más densa y casi impenetrable. Desesperada, pues, sería nuestra suerte, si el Hijo Unigénito, acercándose á su Padre Eterno, no se desnudase el pecho, rogándole que vuelva benigno una mirada á su lado derecho; y ciertamente, ¿de qué manera tan elocuente no hablan á nuestro favor aquel costado abierto y aquellos pies y manos horadadas? Es tanta su virtud, que el Dios de las venganzas se aplaca y su ira encendida se adormece y casi queda extinguida.

Yo, señores, considero y contemplo esas sacratísimas y preciosísimas llagas: yo considero y contemplo su virtud; y suspenso en esta consideración, se me representan en un aspecto agradable, aquellos crueles ministros, que clavaron las manos y los pies del Redentor, y aquel atrevido soldado que con dura lanza le traspasó el costado. Verdad es que su atentado es horrible y execrado; pero también es verdad que por otra parte nos prepararon grandes bienes en las llagas de Jesucristo. Y bien podemos decir de ellos lo que San Agustín decía de Herodes: que con las caricias y con los regalos no hubiera favorecido tanto á los niños de Belén, como los favoreció con la persecución y con el hierro, porque de la cuna los hizo pasar al seno del Eterno Padre; y de Edén al cielo con sus vestiduras teñidas en la inocente sangre. Los verdugos y Longinos nos favorecieron más siendo crueles y desapiadados, que si hubieran sido humanos y compasivos. Porque Longinos abriendo con su desapiadada lanza aquel santísimo costado, hizo salir agua y sangre, que son los dos sacramentos del Bautismo y de la Eucaristía con que la Iglesia, nuestra madre, nos amamanta y nos nutre; aquellas llagas sacrosantas, reflejando como rayos en el puro y limpio espejo del corazón del Eterno Padre, despiden chispas del más tierno amor en favor de los pecadores.

Pero, ¿y qué os podré decir de la ventaja que nos resulta de que Jesucristo haya conservado sus santísimas llagas para fijar el mismo en ellas sus ojos? Éste es el segundo fin porque las conservó, para mostrarlas á sus ojos y acordarse de su meditacion. El Eterno Padre, amados oyentes, mandó á su Hijo al mundo para que reconciliase á los hombres con Dios, y restituyese aquella paz, aquella concordia y atase aquellos dulces nudos que habia roto el pecado de Adán. Nos dice el Apóstol: *Reconciliavit sibi per Christum*. Fue lo más conveniente que el Padre encomendara á su hijo este negocio porque, como observa San Ambrosio, siendo oficio del mediador estar en medio de las dos partes opuestas, igualmente está obligado por parte de las dos; y él solo, como Dios al mismo tiempo que como hombre, era propio para este oficio, porque con aquella naturaleza podía tratar con el hombre acerca de los intereses de Dios, y con ésta podía satisfacer á Dios por los delitos del hombre. Y que cumplió perfectamente con este ministerio que se le encomendó no tiene duda, pues reconcilió lo más alto con lo más bajo, la criatura con el Criador, á Dios con el hombre; y volvió á establecer entre Dios y el hombre aquella hermosísima y reciproca union que habia desaparecido por el pecado del primer hombre. Por lo que San Pablo, escribiendo á los de Efeso, no duda decirles: "Vosotros, que estabais lejos de Dios, estais ahora cerca de él por Jesucristo, el cual es vuestra paz, que unió dos naturalezas en una persona." Y hé aquí por qué tambien debéis bendecir vuestra suerte, porque él, ni despues de su muerte ni de su resurreccion, ha dejado este oficio que se le encomendó en el momento de su Encarnacion, sino que todavia lo tiene y lo desempeña sentado á la diestra de su Padre, y aquellas llagas que con placer mira impresas en su cuerpo, le son un estímulo de oro para acordarse de que somos fruto de su pasion y de su sangre. Y si esto es así, ¿cómo nos podrá dejar perecer, cuando le hemos costado un precio tan grande? Seria lo mismo entonces que dejar perder la uti-

lidad de su muerte, y haber consumido inútilmente su fortaleza.

En efecto, señores, reducir á cenizas por medio de llamas de fuego que movian del cielo ciudades enteras; ahogar con un diluvio de agua á cuantos eran prevaricadores en el mundo, pudo una vez ejecutarse por su justicia, porque para criar al hombre solo le habia costado un soplo. Pero cuando para redimirlo se ha sujetado á una terrible muerte, á una muerte de cruz; cuando le ha convenido sorber hasta la última gota del amarguísimo caliz de los tormentos de su pasion, ¿cómo podrá castigar? Bien es que los ve cargados de los mismos pecados; pero las penas mismas que sufrió lo detienen para que no los castigue. Mucho le conmueve considerar que tiene que destruir imágenes, que si bien están desfiguradas por su malicia, le han costado, sin embargo, tantos desprecios, ignominias tantas, para que hermosas y bellas algun día, apareciesen en su presencia y fuesen de su Real casa el más precioso adorno. Semejante á una madre que recordando los acerbos dolores que sufrió al parir á su recién nacido, lo mira con ojo tierno y se esmera en el cuidado de guardarlo y de criarlo; así Jesucristo, al recordar que en medio de tantos tormentos nos salvó en el duro lecho de la cruz, nos considera como una parte de él mismo, y nos quiere herederos y compañeros de su gloria.

No hay, pues, pecador, prevaricador alguno no hay, de quien no se pueda esperar, por la virtud del divino mediador, la enmienda de sus corrompidas costumbres. Lloraba Jeremias como casi inevitable la perdicion de Israel, y convertidos sus ojos en dos fuentes de lágrimas, las derramaba amargamente sobre aquel pueblo infeliz, creyéndolo incapaz de que pudiera mudar sus caminos pésimos. Pero el grande Dios, para desengañarlo de su error, le puso á la vista un vaso, y despues de haberle hecho observar que siendo aquel un vaso ya formado, él á su voluntad lo trasformaba en un vaso mejor, le dijo: ¿Y qué otra cosa es en mis manos el hombre sino un va-

so de tierra? Si el hombre se entregó á la culpa, ¿porqué no le podrá yo reformar con mi gracia? *Non quid sicut figulus, iste, non potero facere Israel?* Si, dulcísimo Redentor mío, vos podéis suavemente mudar estos vasos de ira en vasos de misericordia; no tenéis necesidad más que de una gota de aquella sangre que brota de vuestras llagas y se derrama de vuestro costado; pues así como una sola gota habría sido bastante para borrar los pecados de toda la tierra, así es superabundante para borrar los míos y los de todos los hombres.

Y ciertamente, ¿quién nos sacó con mano fuerte y brazo extendido de la servidumbre del demonio y del pecado? ¿Quién nos llevó á los pies de sabios ministros á vomitar el veneno de nuestros pecados? ¿Quién nos hizo derramar amargas lágrimas, nos ablandó el corazón con la contrición y nos lo quebrantó é hizo pedazos? ¿No fué la fuerza de su pasión cuyo mérito se nos aplicó? ¿No fueron aquellas llagas sacrosantas, las saludables fuentes anunciadas por Isaías, en las cuales quedó limpia nuestra alma? ¿Qué motivo, pues, tenemos de segura confianza de encontrarlas abiertas cuando llegue el término de nuestros días, y en aquellos agujeros abiertos en la piedra guardar nuestras almas! *Erit fons patens domus Domini.*

Sin embargo, me parece que muchos, revolviendo en su entendimiento sus enormes pecados, serenar no saben su espíritu envuelto en un torbellino de tristeza, de duda y de desconfianza. ¡Oh Dios, los oigo decir, que nuestros pecados exceden con mucho á las arenas del mar! Me edifica ciertamente ¡oh amados pecadores! este vuestro temor; y la aprensión que os atormenta es para mí una señal de que el temor de vuestra salvación es como un puñal que lleváis clavado al costado y que continuamente os pinza. Pero levantad vuestras cabezas, porque Jesús, aun después de resucitado, retiene en su cuerpo sus sacratísimas llagas á fin de mostrarlas á vuestros ojos para avivar con ellas nuestra confianza.

El padre San Bernardo, oyendo una vez á David, que casi muerto por la pena, exclamaba: ¿A dónde iré, Señor, para verme libre de vuestra cólera? En el cielo os veo Omnipotente, en el infierno tomando venganza. ¿Sabéis á dónde, dice dicho Padre, á las llagas de Jesucristo que está para nacer de tu sangre; aquí dentro fabrica tu casa, aquí pon tu nido, y no dudes encontrar allí aquella venturosa suerte que tocó á Moysés y á Aron, los cuales, seguidos por el pueblo, se refugiaron en el tabernáculo de la alianza, y allí encontraron la nube del Señor, la cual los envolvió y cubrió. *Ubi tuta et firma securitas? in vulneribus Salvatoris.* Otro tanto os digo yo á vosotros, que tristes y melancólicos por tantas culpas que habeis cometido, os abandonais en los brazos de una negra pena y casi desesperais de vuestra salvación. Apartad por un momento los ojos de vuestra conciencia, por todos lados asquerosa, ora por tantas perversas inclinaciones, ora por tantas malas inveteradas costumbres; volvedlos á las Llagas del Salvador, y os sucederá lo que al pastor que teme y tiembla al ver disperso su ganado al trueno del rayo y al ímpetu del granizo que se desprende de una negra nube que oscurece el cielo; pero que se manifiesta alegre y contento cuando enrareciendo los rayos del sol los humores condensados forman un hermoso iris.

Yo he cometido un grande pecado, decía humildemente el mismo padre San Bernardo. ¿Qué haré? Se turbará mi conciencia, pero no se perturbará: *Turbabitur, sed non perturbabitur*; se turbará por la contrición, pero no se turbará por la desesperación. Porque yo me acordaré de las llagas de mi Salvador, y veré por la llaga del costado el cordial amor con que me compró. Si, no hay culpa, por grande y digna que sea de muerte, que por la inerte de Jesucristo no se borre. “Así el Santo, quien luego me recuerda aquella famosa piscina de agua prodigiosa dividida en cinco pórticos, que se gloria de tener Jerusalem dentro de sus muros. Era tanta su fama, que de las partes cercanas y más remotas se conducía á los enfermos

para su curacion; pues mas que las de esa piscina, son prodigiosas las llagas del Salvador. Porque aunque la multitud de enfermos que á ella concurrían era inmensa, uno solo en cierto determinado tiempo del año era el afortunado que quedaba curado, y era aquel, que primero que cualquier otro, bajaba al baño, cuando por el ángel del Señor eran agitadas las aguas. Pero de estas sagradas fuentes las gracias se obtienen, no solo en un tiempo determinado, sino en todo día y en toda hora; no se dá la sanidad á uno solo, sino á cuantos ocurren con confianza, ni hay necesidad que del cielo descienda alguno de aquellos bienaventurados espíritus para dar el movimiento á las aguas, porque el Ángel del testamento las contiene en sí.

Si; pero ¿cómo nos podremos atrever á ocurrir á aquellas llagas que nosotros mismos con nuestras propias manos hemos abierto con tantos pecados? ¿Con qué valor podremos acercarnos á ellas cuando doblemente crueles hemos añadido dolor á dolor y llagas á llagas? ¿Con qué valor? Con el que nos da el dulce nombre de Salvador. ¿Quién tenía mayor motivo de temer que el hijo pródigo, el cual brutalmente se había envilecido después que abandonó á su padre? ¿Quién mejor podía desconfiar de ser misericordiosamente recibido, cuando más bien impulsado de la necesidad que del arrepentimiento, vuelve á la casa paterna? Y con todo, dice San Pedro Crisólogo, él no desconfía, no teme; y si bien humilde, pero también con franqueza, se presenta animado de la consideración de que era su Padre: *Ea spe, ea fiducia, quia Pater est.* ¿Para qué preguntarme, pues, con qué valor nos podremos acercar al costado del Salvador? *Ea spe, ea fiducia, quia Pater est.* os basta saber que él es Jesús, que él es vuestro Salvador. Este nombre, que es más suave que el aceite, basta para alentaros, aunque seais los más grandes pecadores.

Y en efecto, ¿qué movió á la Magdalena á esperar el perdón de sus culpas? El solo saber que aquel á quien

ocurría era Jesús: *Ut cognovit quod Jesus esset.* No considero, advierte el pontífice San Gregorio, que él era un Dios de Majestad, delante de quien tiemblan los ángeles: un Dios de santidad que tiene horror á las almas impuras y un Dios de justicia que castiga á los pecadores. Estas reflexiones le habían turbado, desalentado y atemorizado. Entre todas las cualidades de Mesías, no considero otra que aquella de ser Jesús: *Ut cognovit quod Jesus esset;* como si dijese: Yo estoy perdido, pero él es el Salvador; yo estoy enferma, pero él es el médico; yo soy esclava, pero él es el Redentor. Con esta consideración toma valor, una viva confianza la anima, y no quedó engañada. Valor, pues, amados pecadores, corred á las llagas de Jesús, corred con la Magdalena, corred con Tomás. Aquella os enseñó el camino, éste os lo abrió, con meter las manos en su sagrado costado.

Y ahora si ya eris, amados oyentes, que cada uno de vosotros habrá comprendido el fin que me movió en esta tarde á tratar este hermosísimo asunto, el cual, ciertamente, bien considerado, no es para dar valor á los pecadores para que voluntariamente vuelvan á las culpas que hace poco han detestado, sino solo para animarlos á que tengan confianza en las llagas del Redentor, y aun cuando por fragilidad humana de nuevo vuelvan á caer. Sí, amados hermanos míos, me atrevo á deciros con San Juan: *Hac scribo ut non peccatis;* os he hablado de este asunto para que no volváis á pecar. Sí, amados hermanos míos, yo os exhorto, yo os ruego, yo os conjuro para que no volváis á ofender á nuestro Dios, á no corresponder con una negra ingratitud á aquel infinito amor que al morir os manifestó. *Sed si quis peccaverit, advocatum habemus apud patrem, Jesum Christum;* pero si por desgracia alguno vuelve á quebrantar la ley santa, jamás piense entregarse al desesperado pensamiento de que no alcanza el perdón, porque tenemos por abogado para con el Padre á Jesucristo su Hijo.

Este, amados oyentes, ha sido el fin inventado por mí

en este asunto; pero como suele suceder, que de la misma flor que la abeja saca la dulce miel, la serpiente chupa el mortal veneno; si alguno hay entre vosotros que de aquí tome argumento de presunción, sepa éste, si, sepa esto, que aquellas sacratísimas llagas que para el pecador convertido son vida y salud, para los obstinados y presuntuosos, son muerte y condenación. Una cosa es recurrir á las llagas del Salvador, despues de haber pecado, y otra pecar, porque nos queda el recurso á las llagas del Salvador. Lo primero es pedir humildemente que se borre nuestra iniquidad; lo segundo, es pretender arrogantemente que nuestra iniquidad se proteja y se fomente. El borrar, ha de ser en honor de las llagas del Salvador; el proteger y el fomentar sería destruir el fin que se propuso en conservarlas. Si él, pues, ha querido con la vista de sus llagas excitar la gratitud de los hombres é imprimir en su entendimiento una alta idea de la enormidad del pecado, ¿cómo podrá ser lícito cometer nuevas culpas para abrirlas de nuevo? Esto sería lo mismo que dar una alta idea de la culpa.

Miserables, pues, de vosotros, hombres presuntuosos y malvados, que bebeis como aguija la maldad, lisonjeándoos de que en virtud de la sangre del Cordero derramada por vosotros os será perdonado vuestro pecado. Verdad es que la sangre de Jesucristo debe ser aquello en que, desalentado por la consideración de sus pecados, debe poner sus esperanzas cualesquiera que, convertido, considera, y considerando vuelve al corazón. Porque si la sangre de un cordero derramada para teñir el umbral de las puertas, tuvo virtud para embotar la espada del ángel vengador, ¿cómo no la tendrá la sangre de un Hombre Dios, y sangre derramada para curar nuestras llagas? Pero entre tanto que el voluptuoso persista en sus placeres, en sus odios el vengativo, en sus glorias el ambicioso y en sus murmuraciones el detractor, deben justamente temer que la sangre de Jesucristo y sus preciosas llagas le sirvan de afrenta.

Vosotros lo sabeis, cayó la sangre de Jesucristo sobre los pecadores convertidos: *Laverunt stolas suas in sanguine agni*; invocaron sobre sí mismos esta misma sangre los hebreos obstinados: *Sanguis ejus super nos*. ¿Y qué se siguió? Para los primeros fué un baño saludable; para los segundos la sangre invocada fué una tempestad de granizo. La misma sangre, como allá el fuego en el horno de Babilonia, tuvo discernimiento para distinguir á unos y á otros, y supo limpiar á los convertidos y sumergir á los contumaces. ¿Podreis, pues, presumir el seguir en vuestros vicios y despues salvaros? ¡Infelices! Más bien sucederá que así como la sangre de Abel gritó venganza al cielo en contra de su hermano Cain, así la sangre del Salvador gritará venganza contra vosotros al trono del divino Padre.

Por tanto, amados hermanos míos, movido de compasión y de celo por la salvación de vuestras almas, os ruego que hagais de las llagas del Redentor aquel santo uso que os he indicado, teniendo mucho cuidado de no profanarlas con inmunda planta. Pasa el blanco cordero por una clara fuente y sale más blanco; pasa el inmundo animal y sale más sucio; la simplicidad de los corderos os conduzca á aquellas fuentes y saldreis más puros y más blancos que los corderos.—Así SEA.

SERMON DE LA GLORIA

PREDICADO A LA

SOCIEDAD CATOLICA DE SEÑORAS DE IRAPUATO

POR EL

SR. PBRO. D. GABINO CHAVEZ

Venite benedicti Patria mei; possidete paratum vobis regnum.

Venid, benditos de mi Padre; poseed el reino que os está preparado.

Math., XXV, 34.

Salomon, hermanas mías, hijo de David, fué uno de los reyes más grandes, más poderosos, y el más sabio de cuantos hombres han existido sobre la tierra. Sentado en el trono desde antes de la muerte de su padre, habia sido educado por él en el santo temor de Dios; y el Señor, que le quería disponer para grandes cosas, le apareció una noche en sueños, diciéndole que le pidiese lo que quisiese. Salomon le pidió la sabiduría, y el Señor se agradó tanto de esta petición, dice la Sagrada Escritura, que se la concedió abundantísimamente. Fundó Salomon en Jerusalem un templo al Dios de Israel, que fué el más magnífico de todo el universo. Mantuvo su reino en una paz, en una abundancia y en una tranquilidad que nun-

ca se habían visto en Jerusalem. La asombrosa magnificencia de su rey atraía un continuo concurso de extranjeros que venían á ver tantas maravillas y admirar la gran sabiduría del soberano. Eran tales las riquezas de Salomon, que tenía cuarenta mil pesobres para los caballos de sus carros y doce mil caballos de montar. La reina de Sabá, que tuvo noticia de tantas magnificencias, fué á la corte de Salomon para convencerse por sus propios ojos de tanta prosperidad, de tanta paz y de tanta riqueza; y al contemplar tanta grandeza y al admirar su gran sabiduría, la magnificencia de su palacio, los ricos manjares de su mesa, las habitaciones de sus criados y los ricos vestidos de sus ministros, estaba como fuera de sí, dice la Sagrada Escritura; y dijo al rey: "Verdadero es cuanto oí de vos allá en mi tierra, y no creía á los que me contaban estas cosas, hasta que he venido y visto por mis ojos, y he visto que no me dijeron ni una mitad. Tu sabiduría y tu gloria son mayores que lo que se me contó. Dichosos tus súbditos y tus servidores, que están siempre delante de ti y escuchan tu sabiduría."

Nosotros, hermanas mías, venimos á contemplar una patria mucho más tranquila y pacífica que Israel, bajo el reinado del sucesor de David. Venimos á admirar una ciudad muchísimo más dichosa que Jerusalem en tiempo de Salomon, y un reino mucho más glorioso, mucho más noble, mucho más feliz, y sin comparación más rico que el reino del rey más sabio del universo. Pensaréis sobre el cuanto queráis, meditaréis sobre sus grandezas cuanto os sea posible, y oiréis sus alabanzas y encomios. Pero hermanas mías, cuando algún día, como la reina de Sabá, tengáis la dicha de entrar con vuestros pies en aquella ciudad eterna, y palpar con vuestras propias manos las riquezas y la magnificencia de aquel reino celestial, solo entonces podreis medir sus grandezas; solo entonces podreis admirar su verdadera gloria y exclamaréis con dulces transportes: "Gloriosas cosas se han dicho de tí, ¡oh ciudad divina! mas yo no he sabido lo que eres en

realidad hasta que he venido, hasta que he tenido la dicha de ser uno de tus felices moradores. Cierto es lo que de tí he oído decir allá en mi tierra; pero aun es muy superior la realidad á todo cuanto allá se decía." Si, hermanas mías, entonces arrebatadas de admiración y llenas de dulce asombro, conoceréis las grandezas del reino de Dios y extáticas en un goce sublime, en una alegría divina que nunca acaba, sólo entonces podreis formaros un juicio exacto de las delicias del cielo. Todo lo que podamos decir aquí del cielo es tan poco, tan insuficiente, que quizá sería mejor guardar un absoluto silencio y suspirar en el secreto de nuestra alma por esa felicidad inmensa é infinita que sabemos nos espera, si vivimos conforme á la ley del Señor. Nuestro entendimiento es tan corto, nuestro lenguaje tan limitado, que todas nuestras concepciones no alcanzan á daros una idea exacta de la gloria, ni nuestras palabras llegan á expresar algo que sea digno de este asunto. No extrañéis, pues, que hoy sea más breve que otras veces. Voy á haceros tres reflexiones: la primera sobre la gloria del alma en el cielo; la segunda sobre la gloria del cuerpo, y la tercera sobre la divinidad de la gloria. En estos tres puntos comprenderé lo que debo deciros hoy de aquel reino feliz de bendición que está preparado á los justos, y al que el mismo Jesucristo los introducirá con estas dulcísimas palabras: *Venite, benedicti Patris mei, possidete paratam vobis regnum.*

PRIMERA REFLEXION.

No hay duda, hermanas mías, que el rey Salomon era una figura muy viva de Nuestro Señor Jesucristo. El era

hijo de David como nuestro divino Salvador; tenía una sabiduría mayor que la de todos los hombres; y Nuestro Señor Jesucristo era el Verbo de Dios y la Sabiduría increada. Tenía un reino rico, feliz y floreciente, y el Salvador tiene, no solo el reino de la Santa Iglesia, sino el reino feliz, el reino dichoso y bienaventurado de la gloria, infinitamente más noble, infinitamente más rico é infinitamente más precioso que todos los reinos de la tierra. Y así como en el infierno, amadas hermanas mías, Dios ha puesto en juego todo su poder para atormentar á los réprobos, reuniendo sobre ellos toda especie de males, así tambien en el cielo usará cumplidamente de su omnipotencia para premiar á los justos, y reunirá sobre ellos toda especie de bienes. El alma del justo, colocada en el cielo, hermanas mías, gozará de una paz, de una dicha y de una calma tan grandes, tan tranquilas y tan sublimes, que mi pobre lengua no sabe cómo decirlo ni cómo expresarlo. Allí el alma se verá en un estado de reposo que nada altera, en una santa tranquilidad que nada es capaz de turbar. Ve satisfechos sus deseos, cumplidas sus aspiraciones, cobrados todos sus votos. Se mira tan dichosa, feliz y rica, que ningun cuidado la turba, ninguna pena la entristece, ningun desasosiego la inquieta, ninguna cosa le falta. Está sumergida en Dios, anegada en Dios, abismada en la inmensidad de Dios; y al contemplar aquella soberana hermosura y aquella inmutable belleza que el tiempo no consume, al sentirse inundada de aquel torrente de luz divina, que derrama en todo el cielo la esencia de Dios, al mirarse consumida por aquel fuego inmenso que derrama su calor por todos los ámbitos de la gloria, extática, inflamada y trasportada en su arrobamiento perpétuo, dirá á su Dios: "Basta ya, Señor, basta ya. No somos ya capaces de soportar tanta alegría." Pero el Señor le dirá: "Alma querida, amada mía, no quieras poner coto á mis bondades. Yo te ayudaré, yo mismo te ensancharé para que seas capaz de nuevos gozos y nuevas alegrías." Y al pronunciar el rey

de la gloria estas palabras, un golpe súbito de nueva luz alumbra el alma; nueva calidad que da Dios á los justos, la de hacerles capaces de contemplar su divina esencia. Al recibir el alma esta luz divina que la circunda y la rodea por todas partes, le parece que todo el cielo ha cambiado de aspecto, porque por todas partes resalta un nuevo tinte de belleza y armonía. A su frente ve la esencia de Dios como un cristal lucidísimo que despiende por todas partes vivos resplandores, y se siente al mismo tiempo sumergida en ese clarísimo cristal que la envuelve y estrecha en su seno; y al sentir esta penetración de la divinidad, sus potencias se dilatan y ensanchan de una manera prodigiosa; un gozo celestial se apodera de ella, la llena una dulzura infinita; una alegría eterna y un deleite inesfable se apoderan de ella, y anegada y como perdida en la esencia de Dios, goza en un punto de toda la dicha del paraíso. Allí nada teme ni nada espera; satisfecha con una hartura celestial, ve cumplida colmadamente su felicidad. Enteramente saciada con la aparición de la gloria de Dios, constantemente suspira por él y constantemente se ve satisfecha. Continuamente tiene hambre de esta vianda divina y continuamente la saborea. Se ve perpetuamente abismada en él, deseando siempre ardientemente la posesión de Dios, y siempre le está poseyendo del modo más completo, más tranquilo y más feliz. ¡Oh Dios mío! ¿Cuándo tendremos la dicha de ser participantes de este torrente de deleites? ¿Cuándo veremos tu rostro cara á cara como es en sí, y ya no con enigmas ni figuras? Ah hermanas mías, son tantas, tales y tan grandes las riquezas del cielo, son tan inesfables sus grandezas y tan incomprensibles sus secretos, que el grande apóstol San Pablo, arrebatado al cielo en su vida mortal, no sabía, á pesar de su ingenio y de su elocuencia, decírnos de él otra cosa, sino que ni el ojo vió ni el oído oyó, ni el entendimiento humano puede jamás comprender lo que prepara Dios á los que le aman en esta vida. Despues de estas palabras del Apóstol ¿qué os puedo yo

decir? Os he hecho una tosca y ligera pintura de la gloria del alma al verse inundada de la esencia divina, pero me resta aun deciros algo acerca de la beatitud del entendimiento y de la voluntad en el cielo. Nuestro entendimiento, hermanas mías, con la vision divina saldrá de los estrechos limites que aquí la contienen, y en la misma esencia de Dios, como en un purísimo espejo, llegará á unos conocimientos sublimes á que jamás pudo tocar aquí abajo, no solo en el órden natural, sino en el órden sobrenatural. Conocerá las leyes que rigen el universo, el número y órden de todos los astros, las causas de todos los fenómenos de la naturaleza, y finalmente tendrá un completo conocimiento de toda la creacion, y su sabiduría será sin comparacion mucho mayor que la de Salomon. Por lo que hace á la voluntad, como su fin y todo su objeto es amar, estará siempre ocupada en el amor quieto, inmutable y pacífico de Dios. Presentándosele la Esencia divina como el centro de toda su actividad, como el objeto más hermoso y amable, y el único amable, le amará sin cesar, sin desfallecimiento, sin fatiga, con complacencia, con tranquilidad, con sosiego, llena de contento, colmada de alegría, satisfecha con hartura.

Le amará sin cansarse jamás, le amará siempre con más ardor, le amará con todas sus fuerzas; y en su amor inmenso é inmutable, en este amor quieto y tranquilo, encontrará siempre la voluntad, el gozo más puro, la alegría más cumplida, y su única, eterna y verdadera felicidad. ¡Ah, hermanas mías, qué grande es la gloria que el Señor os tiene preparada; qué rica, qué feliz y qué preciosa! Gloria que llenará cumplidamente todos vuestros deseos, colocará vuestra alma en el verdadero lugar de su dicha; llenará vuestro entendimiento de una ciencia y sabiduría á que en esta vida jamás se podrá llegar, y satisfará vuestra voluntad llenándola del amor sumo, del amor perpétuo, del amor inmutable y verdadero que es Dios.

Pero ¿y el cuerpo, hermanas mías, este fiel compañero

del alma, que le acompaña en sus penas, le auxilia en sus deseos y le ayuda en sus virtudes, no tendrá también en el cielo su especial recompensa? Si la tiene, señoras, y muy grande. Dios, tan liberal y tan magnífico, no ha podido en manera alguna dejar sin premio sus servicios.

SEGUNDA REFLEXION.

En efecto, hermanas mías, el cuerpo, compañero inseparable del alma, y formado expresamente por Dios para componer un todo completo, que es el hombre, participa en el cielo de una manera muy entera de la gloria del cuerpo. Toda aquella alegría, todo aquel gozo celestial que inundará el alma del elegido, redundará también en bien de su cuerpo, y le hará igualmente feliz y dichoso. Siendo Dios el fin, no solo del alma, sino de todo el hombre, todo él ha de ser saciado cuando aparezca su gloria, y la posesión perfecta de la divinidad será para el cuerpo un manantial de consuelo y de gratas sensaciones que la lengua humana no sabe cómo expresar. En la sola posesión de la esencia de Dios hay unos placeres puros, infinitos, que dan á todos los sentidos del hombre, purgados ya de pesadez, y espiritualizados, por decirlo así, después de la resurrección universal, la más cabal, cumplida y perfecta separación. Comenzando por el tacto: tan cruelmente atormentado este sentido en los réprobos

con el fuego del infierno, será suavísimamente recreado en el cielo con aquella luz de gloria que lo llenará, que lo estrechará y lo bañará todo. En esa luz clarísima estarán contenidas las sensaciones más suaves, dulces y delicadas con que el tacto espiritual puede estar satisfecho. La vista..... ¡ah, hermanas mías! la vista será dulcísima delectada con la contemplación de esa ciudad celeste, de ese reino beatísimo descrito por el apóstol San Juan en su Apocalypsis. Pero sobre todo, ¡qué dicha será ver á sus moradores tan felices, tan tranquilos, tan hermosos y en tanta multitud, que el Evangelista dice que son una turba inmensa que nadie puede contar. Allí estarán los antiguos patriarcas y los santos profetas, y todos los justos de la ley antigua; allí estarán radiantes de gloria los mártires, ostentando aun las señales de las heridas que recibieron por el nombre de Jesucristo; allí estarán reunidos con ellos y los doce apóstoles, los coros innumerables de los confesores y de las vírgenes, ostentando un gozo eterno y una belleza celestial. Pero sobre todo, hermanas mías, ¡qué consuelo y qué alegría no nos causará el contemplar con nuestros propios ojos á la Virgen Maria, Madre de Dios y Reina de los cielos! Allí la descubriremos rodeada de una luz purísima y copiosísima, sentada como en un trono más elevado que los de los ángeles y de todos los santos! Se presentará á nuestra vista con toda su hermosura, con toda su soberana belleza, con esa augusta majestad que corresponde á la Madre de Dios, unida á la dulcísima suavidad de la que es nuestra Madre. Y nos acercaremos á ella llenos de júbilo infinito, y postrados ante sus sacratísimos pies, solicitaremos como una gracia preciosa besarlos con nuestros labios; mas la Virgen Santísima, no contenta con concedernos ese favor, nos levantará con un ademán soberano, y llamándonos á su seno y estrechándonos en sus brazos, nos dirá: "Ven, alma dichosa, ven, hija mía, á gozar los deleites de la casa del Señor; ven á recibir el premio de tus virtudes, y á alabarle y ensalzarle para siempre."

¡Qué alegría sentiremos, hermanas mías, cuando contemplemos de esta manera á la Virgen María y oigamos sus dulcísimas palabras! Mas no es esto todo; no acaba aquí nuestro consuelo y la alegría de nuestro corazón; porque despues comparcerémos ante la Humanidad sacratísima de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Qué gozo tan inmenso será para nosotros contemplar á este dulcísimo Salvador, que nació, vivió y padeció por nosotros en la tierra! ¡Qué consuelo sentiremos tan grande al vernos en la presencia de nuestro Dios, de nuestro Padre, de nuestro amigo, de nuestro Maestro, de aquel Señor á quien servimos en la tierra, de aquel dulcísimo Jesus á quien tantas veces recibimos en nuestro pecho, oculto bajo el velo de los accidentes! ¡Qué consuelo sentiremos al ver sus piés y sus manos y su sacratísimo costado, marcado aun con las señales gloriosas de las llagas que recibió en la cruz por nuestro amor! Pero además de la vista, hermanas mías, el oído tendrá también en el cielo sus satisfacciones especiales. La armonía sublime de las alabanzas divinas, cantadas por los ángeles y por los santos, resonará alegremente en nuestros oídos, causándoles una alegría tan inefable, un placer tan puro y tan perfecto, que todas las armonías de la tierra y todos los más bellos cantares del mundo no serán absolutamente nada en su comparación. El olfato será suavísimamente recreado con el divino aroma que llenará toda la ciudad celestial y que supera á los perfumes más preciosos de la tierra. Todos los sentidos, recreados, satisfechos y perfectamente suciados, se verán con todo el cuerpo en la posesion de la felicidad más pura y completa. Mas, para que nuestro cuerpo, hermanas mías, se haga capaz de gozar por medio de los sentidos, de toda la beatitud del cielo, le concede Dios liberalmente cuatro cualidades, que le quitan, por decirlo así, toda su materialidad, y le hacen en cierta manera un cuerpo espiritual, como dice San Pablo. Estas cuatro cualidades, que se llaman dotes de la gloria, son: la claridad, la impassibilidad, la sutileza y la agilidad. Por la

claridad, el cuerpo del bienaventurado se verá rodeado de una clara luz, tan suave, que, no solo no ofende la vista, sino que la recrea admirablemente, y al mismo tiempo tan viva, que el sol, que tanto nos admira, parecerá á su presencia un cuerpo oscuro. Será, como un cuerpo de luz que ilumina y alegra la Sion celestial; arrojará continuos resplandores que aumenten su hermosura y su belleza, y hagan regocijar á los dichosos compañeros de su dicha. Por la impassibilidad, hermanas mías, el cuerpo del justo se hace insensible á todos los dolores, á todos los tormentos; bien podríais colocarlo en un volcan, y no se mudará ni padecerá, ni se alterará de ninguna manera. Premiado ya con la inmortalidad, no hay para él enfermedad ni causa alguna de muerte; ha perdido la corruptibilidad, y todos los agentes nocivos del universo no le podrían hacer jamás el menor daño. La sutileza le hace tan delgado, tan áereo y vaporoso, que podrá penetrar por en medio de todos los cuerpos, y atravesar, no solo una puerta, sino una pared y aun la montaña más áspera. Penetrará con igual facilidad en los planetas y en las estrellas y podrá pasearse por las entrañas de la tierra como se pasean las aves al traves de los campos, sin que se lo impida el aire. La agilidad dará al cuerpo una rapidez tan prodigiosa para moverse, que igualará la velocidad del pensamiento. En un momento bajará del cielo á la tierra; se hallará en un instante en un punto del universo, y en el instante siguiente se encontrará quizás en el extremo opuesto. De esta manera, hermanas mías, este vasto universo que nuestra vista no alcanza á reconocer, estas distancias inmensas, que asombran nuestra imaginación, y esa innumerable multitud de estrellas que nos admiran y son otros tantos soles regados en el espacio por la mano de Dios; todo eso, digo, será para nosotros, cuando estemos en el cielo, un paseo, una diversion y nuestro entretenimiento. Todo lo podemos por medio de las cuatro cualidades de que os he hablado, y que Dios dará al cuerpo de los justos como una parte de la

recompensa de su fidelidad y de sus trabajos. De esta manera, hermanas mías, el cuerpo tendrá en el cielo su bienaventuranza como el alma, ambos serán dichosos, ambos felices, y todo el hombre encontrará en la gloria, su dicha y sus felicidades. Pero ¿cuánto tiempo duran estos goces? ¿Hay alguna época en que los bienaventurados dejan de habitar el cielo y de saborear sus delicias? Veámoslo en la última reflexión.

TERCERA REFLEXION.

Herманas mías, si los justos en el cielo llegaran alguna vez á entender que su felicidad había de tener término; si llegaran á sospechar que su gozo se había de interrumpir, aunque fuese después de una duración equivalente á millares de siglos, toda su dicha se desvanecería en un punto, y aun se convertiría en la mayor desgracia, porque, en efecto, después de conocido un bien, tememos más su pérdida, y habiendo experimentado los bienaventurados todo lo que son las dulzuras del cielo, nunca podrían consolarse de tener que perderlas. Esto quiere decir, hermanas mías, que así como el infierno, si no fuese eterno, dejaría de ser infierno, de la misma manera la gloria dejaría de serlo si alguna vez tuviese fin. Pero nada de esto debemos temer, hermanas mías, porque los premios que Dios nos ha prometido son eternos, y mil veces se nos asegura así en las divinas Escrituras.

Ya os he explicado, hablando del lugar de las penas, lo que es la eternidad: un momento indivisible, pero perpetuo, único é inmutable. Así, pues, hermanas mías, guardaos de pensar que en el cielo alguna vez nos fatigaremos de ver siempre los mismos objetos, de oír las mismas armonías, de aspirar los mismos aromas. Estos pensamientos, hermanas mías, son el fruto de una imaginación loca y desarreglada. La eternidad no es más que un momento en que nada pasa, nada se muda, nada se altera. No hay en ella ayer ni mañana, ni antes ni después, sino que todo es un hoy perpetuo, un ahora inmutable que durará siempre. En ese instante de la eternidad se acabará el mundo, perecerán las naciones y los reinos, y aun padiera Dios criar y aniquilar otros millares de mundos que durara cada uno muchos siglos, y la eternidad estará siempre en su primer momento, en ese instante único y feliz que colma nuestros deseos y sacia completamente nuestro corazón. ¡Qué grandes somos, hermanas mías, cuando nos consideramos á la luz de la eternidad! ¡Qué grandes parecemos á nuestros propios ojos cuando consideramos que estamos llamados á gozar de Dios por una duración igual á la de Dios! Así los justos en el cielo, hermanas mías, darán continuamente gracias á Dios porque los hizo tan grandes, tan ricos y tan poderosos; bendecirán mil veces los trabajos pequeños de la vida, que tanto nos admiran y les han valido tanta gloria. Allí se exhortarán unos á otros para redoblar sus cánticos y alabanzas al Dios que tan magnífico y liberal se ha mostrado para con ellos; y los que tenían entre sí los vínculos del parentesco, de la amistad y otros, se abrazarán y felicitarán por haberse reunido en ese venturoso lugar donde todos son eternamente hermanos, porque todos son eternamente hijos de Dios, donde todos viven como amigos, donde todos son habitantes del mismo reino y moradores de una misma ciudad. Allí la hija y la madre, la hermana y el hermano se unirán en un vínculo infinitamente más puro para alabar á Dios de concierto y tribu-

tarle juntos sus homenajes. Tal es el cielo, hermanas mías, tal es ese lugar venturoso que Dios ha fabricado desde el principio del mundo para que sea nuestra eterna morada; tales son las delicias inefables que tiene el Señor preparadas para los que le aman.

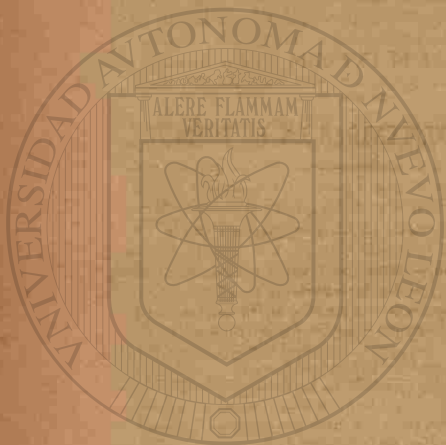
Peró, hermanas mías, á pesar de cuanto os he dicho, á pesar de todo quanto habeis oido, haced cuenta de que no habeis escuchado nada, porque ya os previne desde un principio que en esta materia muchas veces dice más el silencio que las palabras, y más vale esperar con confianza, que escudriñar con presunción. Sin embargo, yo espero que mis palabras, y más que todo, las consideraciones que todo este día habeis hecho, hermanas mías, han terminado, no en una contemplacion estéril de las riquezas del reino de Dios, sino en una resolucion firme y sincera de emprender una vida edificante y fervorosa, conforme al estado de cada una para arribar felizmente al puerto de la bienaventuranza. Vosotras creéis que al dejar la consideracion de la gloria eterna que nos espera para el último de los días de este santo retiro, no se tiene otro fin más que dar una especie de desahogo, y conceder, por decirlo así, á nuestro ánimo, un día de reposo y alegría, despues de los penosos ejercicios y de las consideraciones afflictivas de los otros días. No os niego, hermanas mías, que ese fin es bueno y puede tomarse tambien en cuenta. Pero si juzgais que la meditacion de la gloria es una especie de diversion para ocurrir el santo tiempo de ejercicios, estais muy equivocadas. La consideracion de la bienaventuranza eterna es como el cumplimiento de todas las demás. Allí vemos como llegamos á nuestro fin, y cuán grande mal es el pecado que nos separa de tanto bien. Allí veréis qué feliz es la muerte, cuán benigno el juicio de Dios para el justo que pasa á la gloria, y cuánto más terrible es para el pecador que es excluido de ella. Y además ¿no es justo que despues de que hemos excitado en vuestros corazones el temor de Dios en las pasadas meditaciones, procuremos al fin excitarnos á su

amor y al agradecimiento á sus bondades? Por eso, pues, os exhorto, hermanas mías, para acabaros de resolver seriamente á una vida vigilante y fervorosa. ¿Os ha parecido tan pequeña la gloria, que no merezca que trabajemos un poco y hagamos algunos esfuerzos por conseguirla? Animáos, pues, hermanas mías, animáos á ser de aquí en adelante lo que debeis ser, para dejar de ser siempre lo que hasta aquí habeis sido: Escribid mañana los propósitos que habeis hecho en estos ejercicios. Os encargo que no sean muchos, porque no les volveréis á hacer caso, ni muy generales, porque os serian inútiles. Así, ninguna debe decir: me enmendaré de mis pecados, haré una vida fervorosa, evitaré las ocasiones de pecar y comulgaré con frecuencia. Esto, hermanas mías, os lo repito, de nada os servirá, porque por la misma vaguedad de vuestras expresiones, al prometer mucho, en realidad nada prometeis. Sean cuatro ó cinco vuestros propósitos, y de cosas particulares que comencéis á practicar desde que salgais de aquí. Aunque me tildeis de minucioso, como desco ardientemente vuestro aprovechamiento, voy á proponeros el modo de formar vuestros propósitos para que rocejais de ello copioso fruto. Una joven, hija de familia, puede escribir así: Primero; tendré todos los días un cuarto de hora por lo menos de meditacion, luego que me levante ó cuando venga á misa, y no la he de omitir aun cuando no pueda, ni sepa y me cause mucho fastidio. Segundo; me propongo ser muy obediente á mi padre, madre ó superiores, acordándome, cuando me manden alguna cosa, que ocupan para mí el lugar de Dios en la tierra. Para esto procuraré ver en la persona de mi padre á Nuestro Señor Jesucristo, y en la de mi madre á la Virgen Maria, y me acordaré de que Dios me ha de castigar en el infierno si soy desobediente. Tercero; procuraré ser muy devota de la Virgen Maria, mirarla como á mi Madre muy amada, rezarle todos los días un rosario, considerando toda la semana sus quince misterios, cuyo orden aprenderé de memoria, y hacerle un obsequio todos los

sábados, visitándola en uno de sus templos ó buscando un acto de humildad ó de mortificación en su honor, aunque sea muy paqueño. Cuarto; me confesaré cada quince días ó cada semana, segun me diga mi director, á quien manifestaré todas mis faltas con mucha exactitud, y le diré que me encamine á la virtud, porque deseo hacer una vida santa y perfecta. Quinto y último; haré todas las noches, antes de acostarme, un ligero exámen de las faltas de todo el día, me doleré de ellas y me propondré enmendarme otro día, ayudada de su divina gracia. De este modo, hermanas mías, podreis formar y escribir vuestros propósitos, aunque no sean precisamente esos los que debais hacer, pues deben variar en cada una segun el estado de vuestra alma. Respecto de las hermanas que pertenecen á otro estado diferente del de hijas de familia, tal vez no necesiten de mis pobres advertencias. Sin embargo, por si alguna las necesita, pueden hacer así sus propósitos. Me propongo con la gracia de Dios, digan: Primero; elegir un director, si es preciso á parte de mi confesor, á quien confiarle el cuidado de mi alma, procurando que reúna estas tres cualidades: que sea instruido, prudente y celoso del bien de las almas, y le manifestaré mi resolución de hacer una vida más perfecta y le obedeceré ciegamente. Segundo; me apartaré de la ociosidad y de las visitas ociosas ó inútiles, aplicando precisamente dos horas en la mañana y dos en la tarde, ó el tiempo que cada una juzgue más conveniente, al trabajo de manos, que me ocupará y servirá para recoger mi espíritu disipado. Tercero; combatiré constantemente contra tal vicio que me domina, verbí gracia, la ira, la vanagloria ó la murmuración, y llevaré exámen diario sobre este punto. Cuarto; haré todos los días media hora de meditación en la mañana en la iglesia, y media hora en la noche antes de entregarme al descanso, y nunca la omitiré bajo ningún pretexto, y si la omitiere, la pagaré en otra hora. De esta manera, hermanas mías, habeis de ordenar vuestros propósitos, á los que dareis exacto cumplimiento; y de

no hacerlo así, es lo mismo que si no hubiérais hecho los ejercicios. Os lo repito, esos propósitos de: "seré mas buena, llevaré una vida arreglada, etc.," no valen en la práctica absolutamente nada. Os vuelvo á suplicar que los escribais, y la práctica que os asigno este día es, que siempre que comulgéis, antes de dar gracias, los renovéis delante de Jesucristo con todo vuestro corazón, y no vagamente, sino leyéndolos tales como mañana los escribais.

Ahora, habiendo concluido, sólo nos resta implorar el perdón de Dios y pedirle su gracia. Dulcísimo Jesus, que lleno de bondad y de magnificencia, has preparado esas eternas delicias de tu gloria para los que te aman, dignate hacernos aborrecer el pecado, que es el único obstáculo que nos impide entrar en tu reino celestial; aquí vienen tus hijas á tu presencia, á suplicarte que te dignes aceptar las mortificaciones que te ofrecen en union de tus propios dolores, y recibir la contrición de sus pecados y de su arrepentimiento en los brazos de tu misericordia, para que purificando sus almas, limpiando sus conciencias y purgándolas de todas sus manchas, merezcan por fin hacerte eternamente compañía en las delicias inefabiles de tu gloria.—ASÍ SEA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

INDICE

DE LAS

MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO II

	PAGS.
SERMON de la Santa Cruz, por el Illmo. Sr. D. Clemente de J. Mun- guía	5
" de la Santa Cruz, por el Illmo. Sr. Felagio A. de Labastida	24
" " " " , por Fray Pablo Barrios	53
" sobre los enemigos de la Cruz, por D. José Joaquín Díaz	63
" de la Preciosa Sangre, por D. José M. García Méndez	76
" " " " , por D. Francisco Flores	100
" del Divino Redentor, por D. Bartolomé Rojas	111
" " " " , por D. Tomás López de Figueredo	125
" " " " , por Fray José María Vázquez	135
" del Padre Eterno, por D. José María Díez de Sollano	149
" de la Transfiguración, por D. Francisco Flores	159
" " " " , por Fray Juan Riverón	165
" sobre renovación de Iglesia, por Fray Manuel de San Juan Crisóstomo	178
" sobre Consagración de Iglesia, por D. Agustín Abarca	207
" sobre centenario de fundación de Iglesia, por el Illmo. Sr. D. Francisco M. Vargas	238
" sobre el domingo de Palmas, por D. Bartolomé Rojas	251
" " " " " , por D. José María Galindo	262
" " " " " , por D. Patricio Fernández de Urbe	271
" de Lavatorio, por D. José María Galindo	278
" sobre el Camino del Calvario, por D. José María García Méndez	286

" sobre la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, por el Illmo. Sr. D. Clemente de J. Munguía	296
" sobre la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, por D. Gabino Chávez.	348
" de Jesucristo Crucificado, por D. Tiburcio Medina	367
" de Crucifixion, por D. Ramon Valle	389
" sobre las siete palabras, por el Illmo. Sr. D. Pelagio A. de Labastida.	400
" del Descendimiento, por D. Francisco J. Correa y Diaz.	428
" del Señor de las Angustias, por D. José M. Portugal	439
" de las llagas de Nuestro Señor Jesucristo, (de autor anónimo).	456
" de la Gloria, por D. Gabino Chávez	470

FE DE ERRATAS

En el sermón del Illmo. Sr. Munguía, en la pág. 321, línea sexta, se copió de la impresion hecha en Puebla, en la imprenta de Castellero: *partos de la raza humana*, debiendo decir: *partos de la raza humana*, y en la línea diez y ocho dice: *la masa de los publicanos*, en vez de *la masa de los publicanos*.

En la pág. 324, línea segunda, dice: *que le inspiró la infamia*, y debe decir: *que le inspiró la infancia*.

En el texto del sermón del Sr. D. Gabino Chávez, dice: *para sus hechos conforme á la imagen de su Hijo, léase: para ser hechos, etc.*

En la pág. 351, línea 18, dice: *se aparta un paso de ellos*; debe decir: *se aparta un poco de ellos*.

